

## **Annotation**

La vida eterna está en conoceros a vos, el único Dios verdadero, y a quien enviasteis, Jesucristo.

Esta palabra, una de las más solemnes del Evangelio, la hemos transcrito arriba como epígrafe de la obra; ella expresa en verdad todo nuestro destino. Conocer a Cristo Nuestro Señor, comprenderle en la medida que nos lo concediese la gracia del Espíritu Santo, ése era todo nuestro esfuerzo y ésa es también toda la ambición de este libro

**JULIO LEBRETON**

### *La Vida y Doctrina de Jesucristo Nuestro Señor*

*Traducción de Feliciano Cereceda*

*Razón y Fe*

### **Sinopsis**

La vida eterna está en conoceros a vos, el único Dios verdadero, y a quien enviasteis, Jesucristo. Esta palabra, una de las más solemnes del Evangelio, la hemos transcrito arriba como epígrafe de la obra; ella expresa en verdad todo nuestro destino. Conocer a Cristo Nuestro Señor, comprenderle en la medida que nos lo concediese la gracia del Espíritu Santo, ése era todo nuestro esfuerzo y ésa es también toda la ambición de este libro

Traductor: Cereceda, Feliciano

©1959, Lebreton, Julio

Editorial: Razón y Fe

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.60

**PROLOGO A LA PRIMERA EDICION ESPAÑOLA**

Entra hoy en las letras patrias, gracias a la excelente versión castellana del Padre Feliciano Cereceda, una nueva Vida de Jesús, la última que acaba de publicarse en Francia. Es admirable el movimiento intelectual católico francés en estos últimos años. Y hay que confesar que, dentro de su abundante literatura, ninguna otra rama de la ciencia sagrada ha florecido tanto entre sus sabios como ésta de las Vidas de Jesús y de su santo Evangelio. Se

podría formar ya una copiosa biblioteca con lo que han producido sus hombres más eminentes en esta ciencia tan cara al alma cristiana. Se diría que el espíritu nacional católico de Francia ha querido reparar las infamias vertidas, entre flores de exquisita literatura, por la pluma blasfema de Renán.

Entre esos nombres figuraban hasta ahora, para recordar sólo los más ilustres, el del profesor de la Facultad de Teología de Rouen, el abate Carlos Fouard (1903), cuya obra, a pesar de los años y de los avances de la ciencia, nunca envejece en sus múltiples y repetidas ediciones, tanta es la diafanidad sobria de esas líneas y tan segura su información histórica. El del obispo de La Rochelle, monseñor Emilio Pablo Le Camus (1906), más abundante, pero menos científico que Fouard, como apóstol que se dirige a las masas, y que igualmente echa mano de la exégesis, de la teología, de la piedad, de la historia, de la geografía y de la reconstrucción cronológica, a veces excesiva. El del benemérito sulpiciano Luis Claudio Fillion (1927), que dió casi al fin de sus días, en 1922, como el fruto de toda una vida diligente de cátedra y de pluma, sus tres volúmenes, en los que apenas si falta nada. El del Padre José María Lagrange, a quien sus vastos comentarios a los cuatro evangelios le han colocado sobre un pedestal único, desde el que nos habla como maestro universalmente reconocido, aunque no siempre comparta uno sus ideas. Y en otra dirección, de alta apologética, la obra magistral del Padre Leoncio de Grandmaison (1927) sobre Jesucristo, que, como todas las anteriores, acaba de tener una presentación castellana tan digna en la Editorial Litúrgica Española.

## **I.-ORIGEN, FIN Y CARÁCTER DE LA OBRA**

A esa lista de nombres, los más prominentes en esta literatura, habrá de sumarse en adelante el del Padre Julio Lebreton. Era conocido el nombre del autor, entre los más ilustres de su nación y del mundo entero, como teólogo positivo por su admirable obra *Les Origines du Dogme de la Trinité*. Su nuevo estudio sobre la Vida y la Doctrina de Jesucristo Nuestro Señor ha sido para algunos una sorpresa y una revelación de sus profundos conocimientos en estos dominios del Nuevo Testamento: para los que seguíamos de cerca las actividades del sabio, y hasta nos honrábamos con su dirección y consejo, la obra salió de sus manos tal cual la esperábamos de la ciencia del maestro.

Ha caído del árbol como el fruto maduro de diez años de enseñanza en las aulas del Instituto Católico de París: el profesor de los Orígenes del Cristianismo sentía la necesidad imperiosa de acercarse, agua arriba, hasta el manantial mismo de donde partían las corrientes. Una feliz indicación del Cardenal Amette, al reanudar el Padre su curso en 1917, le obligó a realizar las que ya de antiguo eran sus propias ideas, y sólo esperaban, para ponerse en movimiento, el impulso inicial de la autoridad jerárquica del Instituto. Sus oyentes en aquellas aulas, católicos en su mayoría, no necesitaban ni esperaban del profesor de los Orígenes cristianos una demostración apologética, sino un estudio histórico de la persona de Jesús, de su vida, de su doctrina, de la formación dada a sus Apóstoles, del origen, en fin, de su Iglesia. A eso tendieron todos los esfuerzos del maestro de aquellos

diez cursos de conferencias y ésa es también toda su ambición, al recogerlo hoy en esta obra:

«La vida eterna está en conocer a vos, el único Dios verdadero, y a quien enviasteis, Jesucristo.» Esta palabra, una de las más solemnes del Evangelio, la hemos transcrito arriba como epígrafe de la obra; ella expresa en verdad todo nuestro destino. Conocer a Cristo Nuestro Señor, comprenderle en la medida que nos lo concediese la gracia del Espíritu Santo, ése era todo nuestro esfuerzo en el curso de las conferencias de aquellos diez años; y ésa es también toda la ambición de este libro. Sin duda que estas conferencias no son homilías, ni meditaciones religiosas, sino que son estudios históricos, pero emprendidos y continuados a la luz de la fe. En el último día de su vida decía Jesús a uno de sus Apóstoles: «He aquí que estoy con vosotros tanto tiempo, y ¿no me conoces todavía, Felipe? Quien me ha visto a mí, también ha visto al Padre.» Si es verdadero nuestro conocimiento de Cristo, ése deberá ser su término, y entonces nos aparecerá, como lo canta la Iglesia, *In Patre totus Filius, Et totus in Verbo Pater.*

Entonces brillará a nuestros ojos «la misericordia y el amor de Dios, nuestro Salvador, para con los hombres (Tit., III, 4). Y no hay espectáculo comparable a éste.

No era fácil presentar una obra nueva en ese género, después de tantos modelos tan bien logrados, y que parecían, por su número y calidad misma, imposibilitar la creación de otros nuevos. Pero el Padre Lebreton sale victorioso de la prueba, y con su dominio soberano de las fuentes, con su información amplia y selecta, con su entendimiento poderoso y de alta estirpe, que le permite sorprender relaciones insospechadas, en una visión vasta de todos los puntos del horizonte, e iniciar avances allí donde otros descansan como en el término de su jornada; con su vuelo, en fin, de espíritu superior, que penetra a través de los textos hasta el misterio de la persona y de la doctrina de Jesús, ha sabido crear un nuevo modelo con sus características propias, dentro de los modelos ya existentes, dándonos una última Vida del Señor con su sello y sus valores propios. Si se me permitiera la comparación, diría yo que es el evangelio espiritual: la obra ha salido también, como la del Discípulo a quien Jesús amaba, después de los otros evangelios. Por lo demás, ese parentesco espiritual del autor con el alma, los escritos y las maneras, por decirlo así, del cuarto evangelista, se transparenta en las páginas de esta historia.

\*

Los principios que le dirigen en su trabajo los ha fijado escrupulosamente el Padre en una Introducción, tan diáfana como profunda, sobre la génesis histórica de los Evangelios, y que sólo la mano de un maestro pudo redactar, exprimiendo en ella toda la esencia de la catequesis oral primitiva. De ese estudio brotan las líneas generadoras de la obra, las proporciones que guardan entre sí sus partes principales, y sobre todo su carácter eminentemente religioso, en armonía con el carácter fundamental de las fuentes en que se inspira:

Su fin (el de los evangelistas) no ha sido satisfacer la curiosidad de sus lectores, sino iluminar su fe. Eso era lo que se proponía la catequesis primitiva, de la que todos dependen, y esto es lo que determina el carácter de la una y de los otros. Una ojeada rápida a los

cuatro evangelios evidencia este carácter eminentemente religioso del relato: la buena nueva que nos traen es la salvación, y todo tiende en ellos a poner en plena luz la persona del Salvador, su doctrina y su obra redentora... Nuestro estudio, si no quiere perderse en vanas conjeturas, ha de llevar el mismo carácter de los documentos en que se inspira: ha de ser más que una biografía, un estudio religioso.

Ahí está el sello propio de los dos volúmenes del Padre Lebreton, en que ha hecho de su estudio un estudio histórico eminentemente religioso, según lo pide el carácter mismo de los relatos evangélicos, en que se funda. Y ese principio, tan sabio en la crítica más depurada, es un hilo de oro que corre a lo largo de esta obra, enlazando e iluminando todas sus partes. De ahí el gran relieve y extensión que alcanza en su pluma la doctrina del Señor; así el Sermón de la Montaña se extiende desde la página 166 hasta la 252 del primer volumen, y el de la última Cena desde la 274 hasta la 310 del segundo. Nadie ha expuesto tal vez como él los valores religiosos, dogmáticos y morales de las enseñanzas de Jesús. De ahí también el título mismo dado a la obra, *La Vida y la Doctrina de Jesucristo Nuestro Señor*.

Y conviene acentuar este carácter religioso de su estudio, por ser de la más viva actualidad. Porque los modernos historiadores de la Vida de Jesús, a fuerza de ser irreprochables en el orden de la información y de la crítica, olvidan a veces, aun en nuestro campo, el alma que anima los documentos que manejan, y alcanzan tan poca elevación religiosa, siendo, por otra parte, ése todo su carácter, como de sí mismo acaba de confesar el Padre Lagrange, que apenas se atreven a decir que tienen por fin hacer conocer y amar mejor a Nuestro Señor Jesucristo. Y en el campo heterodoxo nos tienen acostumbrados a presentar regiones que nos son familiares y mil veces recorridas, y que son tierra santa, como si fueran un desierto en el que el Hijo de Dios, que lo vivifica todo, acaba por desaparecer, ni brilla más la luz del cielo, sintiéndose uno en plena noche, en medio de las sombras.

Al recorrer esos mismos caminos, de la mano del Padre Lebreton, vivimos en plena luz de mediodía. Las páginas de los Evangelios, al pasar por su pluma de historiador religioso, las sentimos más próximas a nosotros. Volvemos a andar, en compañía del peregrino disfrazado, los caminos de Emaús, según es el calor que dejan en nuestras almas sus palabras, calor tanto más auténtico y hondo cuanto más alejado se conserva de las maneras oratorias o de las de la simple consideración piadosa. Porque no son éstas «homilías ni meditaciones religiosas -como él nos ha dicho-, sino estudios históricos, emprendidos y continuados, eso sí, a la luz de la fe».

\*

El estudio histórico es el que le diferencia, no sólo de las Vidas populares de Jesús, obras en general de segunda mano, ni sólo de aquellas más oratorias de Didon y de Le Camus, sino aun de las otras más técnicas y mejor informadas de Fillion y de Fouard. Es mayor la importancia que se da aquí a la historia, con información también más amplia,

más selecta y, sobre todo, más universal y moderna; que no en vano han pasado los años desde la fecha de su composición, para las más de ellas ya lejana. Y más aún que el estudio histórico, lo que diferencia esta obra de esas otras similares, es la compenetración, la fusión íntima del elemento histórico con la relación evangélica. Lo que en otros es marco histórico, aquí ha entrado en el cuadro, se ha fusionado con el tema de él y se ha hecho vida en la vida de los que en ese cuadro viven y obran. Así Fouard, antes de tratar un pasaje, una época de la vida del Salvador, nos da las notas históricas del lugar, del tiempo, costumbres, etc., en que se realizó lo que va a contar. Luego, como satisfecho ya, y dejando al lector que piense por sí, nos cuenta lo que los Evangelios dicen, casi como olvidado ya de lo que antes ha dicho. Y así esos elementos quedan, o desligados, o casi desligados el uno del otro, y por de pronto, sin formar un todo orgánico. En cambio, en esta otra manera, propia de los grandes historiadores, el autor lo primero que hace es vivir o hacer vivir en sí mismo el elemento histórico, y en él los personajes. Así, de esa vida que en el autor tienen, salen fusionados, enlazados íntimamente, a vivir en la obra.

El estudio religioso es el que sobre todo le hace tan superior al Padre Lagrange, frío no pocas veces y pobre a su lado, y siempre distante de aquella elevación de pensamiento y de aquel vuelo del espíritu que caracteriza al Padre Lebreton. No creemos que modernamente haya trasladado nadie a la historia de Jesús con tanta fidelidad y amor esa serenidad divina de los Evangelios y esa emoción contenida del alma en adoración ante la Divinidad, vestida de nuestra carne, obrando el misterio de la Redención humana. El mismo se ha retratado en esta su manera, al entrar en la narración de la agonía de Jesús:

Al contar estos terribles sufrimientos del Señor, todo cristiano experimenta un dolor agudo, y al considerar la injusticia y la crueldad de sus enemigos, todo hombre honrado se subleva de indignación. Tales sentimientos son muy justos para que tratemos de ocultarlos; pero por muy en su punto que estén, son siempre sentimientos humanos, que es menester contener aquí. El historiador del Señor ha de tomar por modelo a los evangelistas: su amor por el Maestro sobrepujaba con mucho al nuestro, y su emoción, sobre todo la de San Juan, testigo presencial de todo este drama, es infinitamente más viva que cuanto nosotros podemos concebir. Y no obstante, su relato es de una emoción contenida, que nos conmueve más que todos los gritos. Comprendieron que el respeto mismo a la víctima, que adoraban, les imponía este silencio; ante la agonía y muerte del Hijo de Dios, ¿qué son las impresiones de un hombre? Deben callar. Esta reserva, o para hablar como Pascal, esta tibieza admirable de los evangelistas, era el homenaje más alto que podían rendir a aquel ante quien desaparecían. Como ellos, guardémonos de velar la cruz con la pantalla humana de nuestras emociones, por muy legítimas que sean; nuestro esfuerzo ha de ser hacer ver y comprender a Jesucristo.

Tono silencioso, como de agua honda. ¡Qué propio es del Padre Lebreton esto! Como de todos los hombres que llegaron a lo hondo de sí mismos y a las alturas de Dios. Hablan como desde aquellas profundidades, nos traen ecos de aquella altura. Su hablar resuena como rumor del corazón pensativo y abismado en Dios.

## **II.-SUS VALORES HISTÓRICOS Y RELIGIOSOS**

Fijados así el fin y carácter de su obra, el autor la realiza de manera admirable y con la perfección propia de los grandes maestros, dando en primer lugar mucha importancia a la historia, sin exagerar, por otra parte, la certeza que puede tenerse respecto del orden de los hechos.

### **1.-La reconstrucción histórica.**

Al reconstruirse, efectivamente, el cuadro cronológico, sabe guardar el justo medio entre una armonística exagerada, que cree poder precisar y ordenarlo todo, y los extremismos radicales de una crítica destructora, que califica de vano todo ensayo de reconstrucción histórica. Nacido Jesús en Belén el año 7 u 8, lo más tarde el 5 de nuestra era, se presenta en las riberas del Jordán hacia el mes de enero del año 27, y después de dos años y algunos meses de predicación, muere el 14 nisán (7 de abril) del año 30 en Jerusalén. Es la cronología más corriente en nuestros días.

Narra primero los misterios de la infancia con la sobriedad discreta e iluminada de las fuentes en San Mateo y en San Lucas, y al llegar a la historia del progreso real del Niño, anotado por el evangelista, reconoce la grande laguna que abren las informaciones, la mayor sin duda de todo el Evangelio, durante aquellos primeros decenios de la vida de Jesús, en los que, según una ley del Reino de Dios, que Jesús mismo había de revelar, la semilla divina, caída en tierra, crece bajo la mirada de Dios, sin que nadie en torno suyo, ni en el círculo de sus parientes, excepto José y María, sospeche el misterio. Y llena en parte esa laguna proyectando sobre la juventud de Cristo las luces de su vida pública: las lecturas sobre los libros santos, la contemplación de las obras de Dios en la Naturaleza y las influencias mismas naturales de la Madre sobre el Hijo, que fué de verdad, como dirán después sus compaisanos, «el Hijo de María», vienen ahí evocadas en un ambiente histórico de cielo.

Crece las dificultades al trazar el cuadro de su predicación y distribuir en él los materiales que se ofrecen en las fuentes, muchas veces sin determinación alguna de lugar ni de tiempo, cuando no vienen positivamente sacrificados, en aras de un orden lógico, con inversiones, que dificultan todavía la tarea del historiador. El Padre Lebreton interpreta con alto sentido histórico y ordena, dentro de lo que cabe, con mucho equilibrio y ponderación de razones en cada caso, los datos suministrados por la tradición cristiana, tomando preferentemente por guías en la primera parte de su obra, hasta las grandes revelaciones de Cesarea de Filipo y de la Transfiguración, a San Mateo y San Marcos; como en los últimos meses, desde la fiesta de los Tabernáculos hasta la Pascua, a San Juan y San Lucas, mucho más explícitos y detallados en esa parte de su relato. Aun así, y razonando cada paso de su reconstrucción, nos advierte él mismo, el cuadro no es más que aproximado, aunque presenta un esbozo verosímil del desarrollo cronológico del ministerio del Señor. Y cuando, como en la serie de discursos y de relatos que corren del capítulo IX, 51, hasta el XVIII, 14, de San Lucas, los documentos carecen de toda determinación, tampoco se empeña en dársela el autor, declarando desde un principio que no tratará de precisar cosas que el

mismo evangelista quiso dejar imprecisas en su relato. Hay que alabar sin restricciones, con el Padre Lagrange, una reconstrucción histórica tan fiel y ponderada de los hechos.

\*

Maurice Goguel, en cambio, acaba de calificar de método armonístico, inspirado por otros motivos que los de la historia, el que sigue nuestro autor en su obra, y hasta habla de un paso atrás, y como de una revisión de parte de la exégesis católica, después de las concesiones hechas a la crítica por los Padres de Grandmaison y Lagrange. Duda uno si Goguel ha leído detenidamente la obra, o si cree más histórico y crítico convertir en un caos el cuadro sugerido por las fuentes. La sana crítica histórica, libre de prejuicios, preferirá siempre respetarlo tal cual nos lo han transmitido los evangelistas, «Sin pretender por eso reconstruir integralmente la vida de Jesús con los fragmentos que tiene entre sus manos». Una cosa es la reconstrucción integral, y otra las ruinas, que nos presentan estos críticos: entre ambos extremos camina el autor, dándonos el cuadro aproximado que le permiten las fuentes.

Registramos algunas de sus posiciones en puntos más discutidos. La expulsión de los vendedores del templo la coloca, con San Juan, en la primera Pascua; los hechos narrados en el capítulo VI le parecen anteriores a los del V en el mismo evangelio, y adopta decididamente su inversión con Ludolfo de Sajonia, o el Cartujano, en su *Vita Christi*. Desecha, en cambio, con buenas razones la transposición del diálogo de Nicodemus, sugerida por Lagrange, con Taciano y el *Codex Fuldensis*, para la última Pascua. Pone el *Pater noster*, con San Lucas, XI, 1-5, en su relato del viaje a Jerusalén. Se inclina a la identificación de la Magdalena con María, la hermana de Lázaro y Marta. Los capítulos XV-XVII de San Juan son un complemento histórico, añadido por el mismo evangelista a los capítulos anteriores XII-XV, sobre el sermón de la Cena, no ciertamente a base de reflexiones personales, sino de recuerdos perfectamente históricos, que le hubieron de sobrevenir después de su primera redacción. El interrogatorio del sumo sacerdote, Jn., XVIII, 13-24, se desarrolla en el palacio, no de Anás, sino de Caifás, y en su presencia, justificándose la transposición del versículo 24 con la versión sirosinaítica y con San Cirilo de Alejandría. Y así podrían multiplicarse los casos de una crítica a veces discutible, pero siempre avisada y segura. Camina generalmente en compañía de los mejores exegetas modernos, y en especial de Lagrange, por esos campos de la reconstrucción cronológica e histórica de los hechos anotados en las fuentes, pero con independencia de maestro que sabe sufrir la ausencia de sus compañeros de camino, sin dejarse arrastrar por la novedad de las sendas, cuando no vienen abiertas por una crítica ponderada y madura.

## **2.- El progreso gradual de la revelación.**

Casi más importancia aún que este problema, preséntasele al historiador moderno de la Vida de Jesús aquel otro del progreso gradual de la revelación, hecha por El, de su persona. En otros maestros la luz interior varía y crece a medida que crecen sus

instituciones con los años; y es un índice seguro de ese su progreso interno su misma manifestación externa en la vida. Nada de eso en Jesús de Nazareth: desde su aparición primera en las riberas del Jordán, y aun antes, desde la infancia misma, es plena la luz dentro de su alma, para continuar siempre en esa misma plenitud, sin crecientes ni menguantes, hasta el fin de sus días.

Si es cierto que la Virgen no debía ir más que progresivamente comprendiendo la misión de su Hijo, y los deberes que ella suponía (observa al comentar las palabras del Niño en la escena del templo) (Luc., II, 49-51), no puede decirse lo mismo de Jesús; jamás se nota en su proceder ni desconocimiento, ni duda, ni revelación repentina. Desde el primer instante aparece del todo consciente de sí y de su obligación. Con sencillez, pero con toda autoridad, reivindica su independencia, preludia su misión, y en seguida, sin violencia, vuelve al estado modesto por El escogido: torna a Nazareth y a su vida de niño humilde y obediente.

Igualmente en su vida pública reaparece desde un principio diáfana y clara la conciencia que tiene de su naturaleza y de su misión divinas, aunque en su manifestación externa proceda con cautela y como por pasos, sin provocaciones vanas, pero también sin debilidades, hasta llevar las almas de buena fe al conocimiento del Hijo de Dios. Son puntos salientes, bien subrayados por el autor en esa curva que describe la revelación de Cristo, la curación del paralítico en Cafarnaún con el poder divino de perdonar los pecados, la superioridad del Hijo del Hombre sobre el templo y el sábado, la ley antigua y la nueva, el conflicto con los fariseos acerca de las abluciones rituales, el dominio sobre los elementos y las fuerzas de la Naturaleza, las grandes revelaciones de Cesarea de Filipo y de la montaña de la Transfiguración, los discursos del cuarto evangelio, la parábola de los viñadores, los textos trinitarios y las efusiones reveladoras de la última Cena, el testimonio, en fin, supremo y oficial del mártir, ante la autoridad jerárquica de Israel, que pronto va a ser rubricado con su sangre.

Eso no le impide detenerse todavía, como quien hace un alto en medio de su carrera, para fijar su atención, con visión de conjunto, desde la cima ya dominada, sobre los múltiples rasgos sorprendidos en diversos episodios a lo largo del camino, y desplegar la luminosidad de sus profundidades serenas con reflexiones de gran valor. Así son las páginas consagradas a los primeros conflictos de su predicación en Galilea, con afirmaciones y perspectivas que entreabren ya el misterio, y que los milagros más sorprendentes vienen luego a confirmar. Así el final del sermón de la Montaña, que comenta el pasmo de la muchedumbre ante la autoridad divina del nuevo Legislador. Así la exposición de la economía, a la vez justa y misericordiosa, del nuevo método de enseñanza por medio de parábolas. Así, por fin, el epílogo luminoso de la obra, en que recoge los haces de luz dispersos por todo el estudio, para proyectarlos de nuevo sobre esa revelación del Hijo de Dios y los frutos de su ministerio.

### **3.-El medio ambiente palestínés y la antigua literatura cristiana.**

Llama justamente la atención de todo lector avisado la amplia base documental sobre la que construye su estudio histórico el autor; ninguno de los modernos historiadores



de Jesús la presenta tan amplia ni tan selecta, y basta observar, para convencerse, el número mismo y la calidad de sus notas.

Todo el medio ambiente palestín del primer tercio del siglo primero, en el que se mueve la figura de Jesús de Nazareth, con sus instituciones sociales, políticas y religiosas, su opresión bajo el yugo extranjero y sus ansias de libertad, sus provincias y sus ciudades, su templo y sus sinagogas, sus duelos y sus fiestas, sus campos y sus montañas, su hermoso lago y la población de sus robustos pescadores, vive y se agita en estas páginas arrancadas a los Evangelios. Y para iluminar el cuadro histórico con las costumbres de raza, o desentramar el pensamiento religioso dentro de la tradición judía, se acude con frecuencia a la literatura antigua y moderna de Israel, desde los libros inspirados del Antiguo Testamento, todo él orientado, como a su término, hacia el Nuevo; hasta la abigarrada producción piadosa que cubre el espacio de tiempo que va de la época de los Macabeos a la ruina definitiva del nacionalismo judío en el siglo segundo, desde las obras históricas de Flavio Josefo y de Filón, y las fuentes posteriores del Talmud y de la Mischna, ampliamente servidas en sus comentarios por Strack y Billerbeck, hasta los modernos estudios sobre el judaísmo de los primeros siglos, y la historia de los tiempos del Nuevo Testamento, y la persona misma y la lengua de Jesús de Nazareth, de Moore, Schurer y Juster, de Edersheim, Montefiore y Klausner, de Abrahams, Jeremías y Dalman.

\*

Otro valor suyo, y que le distingue de todos sus predecesores, con notables ventajas para el carácter religioso de su estudio, es el uso frecuente hecho en estas páginas de la antigua literatura cristiana, y en particular de la primitiva. Como especialista en los Orígenes del Cristianismo y gran conocedor de su literatura, el Padre Lebreton saca de ella, como un hombre rico saca del tesoro que le pertenece, y del que dispone libremente a su sabor, haciendo pasar ante nuestros ojos, con grandes efectos de luz interna, en alusiones, y citas, y paralelos iluminados, la *Didache*, y la *Epistula Barnabae*, y el Pastor Hermae, y San Clemente Romano, y San Ignacio de Antioquía, y San Policarpo, y Papías de Hierápolis. Y sus palabras nos traen el primer comentario, aún fresco, y de un valor histórico excepcional, único, de las palabras del Señor en el Santo Evangelio, cuando no nos acercan tanto a las fuentes mismas de la tradición primera, que en su corriente se funden las aguas de la catequesis oral apostólica y de la escrita, sin que nos sea ya posible distinguirlas; y hasta nos permiten, en la voz de la comunidad cristiana, como murmullo lejano de manantial, escuchar la voz misma del divino Maestro, que abre su hondo cauce en las páginas de los Evangelios.

La misma historia de las nacientes herejías con dificultades suscitadas sobre un texto evangélico por Cerinto o Trifón, Valentín o Basílides, Marción, Celso, Porfirio o Juliano, le sirven para fijar con más vigor y fuerza su sentido, echando mano de los escritos antiheréticos de San Justino o de San Ireneo, de Orígenes o de Tertuliano. Y sobre ese fondo de la antigua literatura cristiana, enriquecido todavía con textos de la primera

historiografía eclesiástica -Hegesipo, y Eusebio, y las Actas de los mártires-, vienen a desplegar su manto real de púrpura y de rica pedrería, con sus mejores pensamientos y sus visiones exegéticas más profundas, los Padres de la Iglesia, en especial San Agustín y San Crisóstomo. Sus manos tienen aquí las esencias espirituales más puras, que ungen con su aroma toda la obra. Es un acierto definitivo y un ejemplo orientador para los futuros historiadores de la vida de Jesús: la modernidad de la obra queda consagrada con esa unción profundamente espiritual y eclesiástica de los Padres. Ellos son, por otra parte, en sus figuras sobre todo más representativas, como la de San Agustín, la flor del pensamiento humano.

#### **4. Los grandes pensadores y la crítica moderna.**

Después de la época patristica, apenas tienen cabida en ese estudio sino ingenios cumbres por la profundidad o por la elevación de su pensamiento: un Santo Tomás de Aquino o un Bossuet. Se puede decir que lo mejor de sus Meditaciones sobre el Evangelio ha pasado a estas páginas. Entre los exegetas del Siglo de Oro hace una excepción con el mayor de todos ellos, el Padre Juan Maldonado. Se notan sus intuiciones certeras de crítico, que en no pocos puntos, modernamente discutidos, se anticipó a sus tiempos; y se glosan sus frases más felices, como aquellas de la oración del huerto: «Cristo, en esta oración, habló como un hombre a quien la voluntad divina le fuese imperfectamente conocida, y que no tuviese bastante fuerza para dominar la muerte».

Y sólo en momentos difíciles y supremos, como los de la agonía del Señor en Gethsemaní o en la Cruz, cuando la información histórica y hasta el entendimiento humano pierden pie ante la profundidad insondable del misterio, es cuando acude a los escritos de los grandes contemplativos, para iluminar de alguna manera por sus experiencias, también misteriosas, los estados inefables del alma de Cristo. Y son entonces Santa Teresa de Jesús con su Autobiografía, o el Doctor místico de la Iglesia, San Juan de la Cruz, con su Subida al Carmelo, los que le introducen en el secreto. No son simples citas de espiritualidad, por alta que sea, sino los esfuerzos supremos del historiador religioso, que, sintiéndose impotente para rasgar el velo del misterio, acude a esos estados del alma, que sabe son los que más se aproximan, aunque con analogías todavía lejanas y con reflejos apagados de realidades infinitamente superiores, a aquellos otros del Hijo de Dios.

\*

Mal podía desentenderse de los trabajos de crítica, llevados a cabo preponderantemente por la ciencia heterodoxa, en torno a la literatura de los Evangelios, en estos últimos tiempos, un moderno historiador de la Vida de Jesús. El Padre Lebreton está al tanto de todos ellos, ni hay secretos para él en esos dominios de la nueva ciencia. Admira, con todo, la universalidad de información que posee, y hasta ese sentido de armonía y de equilibrio en el uso de las tres principales literaturas, la francesa, la inglesa y la alemana, dentro de una visión plena de todo el panorama. Y el que tan largamente nos

servía todo lo mejor que el pensamiento cristiano supo crear en torno a los Evangelios a través de los siglos, es el que ahora recorre esos nuevos campos, separando el trigo de la cizaña, mediante una crítica severa, para presentarnos, cuidadosamente amasado por sus manos, según una imagen del Padre Huby, un pan sustancial y sabroso.

Y no son sólo los autores de tipo conservador, como Bernardo Weiss, Teodoro Zahn, Godet, Lightfoot, Westcott, Sanday, Plummer o Gore, los que le ofrecen sus mejores materiales, sino que aun los otros más avanzados de tipo liberal y racionalista, como Renán y Reuss, Hioltzmann y Julicher, Bousset y Loisy, y hasta los modernos historiadores judíos de Jesús, como Klausner y Montefiore, vienen a embellecer con sus más ricos despojos la gloria y hermosura del templo de Dios. Todas las conquistas definitivas, consagradas por la ciencia, se han incorporado a la obra.

No es estudio de tendencia apologética, como el del Padre de Grandmaison, y, sin embargo, ¡cuántas dificultades, de éstas, sobre todo, en las que tropiezan modernamente las almas, no van cayendo deshechas a lo largo del camino, ora en una alusión de pasada o en una breve nota, ora en una discusión más amplia, dentro del cuerpo de la obra, sin perder por eso nunca el hilo de su narración, ni distraer con esas profanidades o blasfemias la atención del tema central! Puede decirse que no queda problema alguno de importancia sin solución. Alma gemela de la del Padre de Grandmaison, y, como ella, cargada de toda la compasión divina de Cristo, se inclina hacia esos hijos pródigos de la crítica, para alargarles una mano de amigo con las claridades serenas de la Fe. Rara vez hace restallar el látigo en sus manos o se complace en dar un revolcón al adversario: sólo frente a los más responsables de ellos dentro de su patria, como un Renán o un Loisy, irritado por sus fantasías o blasfemias, irrumpe la indignación contenida del apóstol, a la vista de los males espirituales causados por sus plumas en el mundo de las almas. «Para juzgar de estas fantasías (de Renán) no hace falta haber vivido en Oriente, ni haber hecho grandes estudios arqueológicos; basta leer el Evangelio». Igualmente flagela a Loisy: «Si uno no pudiera entristecerse con las blasfemias de esta página, quedaría al menos admirado de las contradicciones que encierra y de los contrasentidos que impone a la interpretación del Evangelio».

También aquí se lleva la palma sobre todos sus predecesores el autor: Fillion, que es el que más se le acerca en la riqueza de información, presenta a veces materiales más abundantes, pero menos selectos y, sobre todo, menos elaborados; carece, además, de esa fuerza sintética y de ese vigor intelectual del Padre Lebreton, y se deja sentir en sus movimientos y en su paso mismo el peso de la impedimenta que lleva. Su pluma, por otra parte, tiene con frecuencia acentos apologéticos y polémicos, que turban algún tanto la serenidad propia de la historia.

Entre los exegetas católicos modernos ocupa un puesto privilegiado el Padre Lagrange, en la admiración del autor, y es mucho lo que le debe esta obra. No es menor su devoción por el Padre de Grandmaison.

### III.-LA MANERA DEL PADRE LEBRETON

Pero lo mejor en el caso no es esa amplitud de información y de base documental histórica, con ser tanta y tan elevada: es el dominio con que se la maneja al servicio de un estudio siempre personal y viviente, en el que alientan una inteligencia constructiva y un espíritu de selección. Y hasta la sencillez, ornato supremo de la verdadera grandeza, le acompaña; nada de aparato ni de complicaciones en estos dos volúmenes; todo es en ellos simple, directo, diáfano y profundo, como una corriente de agua siempre limpia, en la que se refleja la gloria del Unigénito del Padre. Y no sé qué gracias ha ido derramando por estas páginas su mano, que el mismo estilo se viste de luz y de hermosura: es la belleza del pensamiento interior asomándose a sus palabras, como una floración de primavera; es aquel manto real más rico que el de Salomón, evocado por su pluma:

Se complace uno en poder sorprender en este pasaje la admiración de Jesús por las bellezas de la naturaleza: «Jamás Salomón en toda su gloria se vistió como un lirio de los campos.» Este es como un eco de la palabra del Creador delante de su obra: «Y vió que era buena»; pero al pasar por el corazón humano de Cristo, este eco lo sentimos como más cerca de nosotros y como más emocionante también. En la Galilea, donde se pronunció este sermón, las flores del campo son de un color efímero, pero más vivo aún que las nuestras de por aquí. En la primavera, toda la planicie se ve tapizada de anémonas de tonalidades encendidas, manto real más rico que el de Salomón: al cabo de unas semanas todo queda marchito y recogido en brazas, que los paisanos hacinan alrededor de montones de tierra, donde cuecen el pan. San Jerónimo, comentando este pasaje, no ha podido menos de detener su carrera, aun así tan rápida, para echar una mirada de sorpresa a la belleza de estas flores. San Crisóstomo ha dicho con más brevedad, pero con más fuerza: «De las vestiduras de Salomón a la flor del campo hay la distancia de la mentira a la verdad.» Y toda la hermosura, añade, no tiene utilidad alguna inmediata; Dios la ha esparcido por las criaturas más humildes, con el fin de manifestarnos su grandeza y su munificencia; ¿podemos persuadirnos de que, estando tan pródigo con las flores, va a rehusar a sus hijos lo necesario? «Valéis más que todas ellas».

Él es quien ha observado cómo esa admiración por la obra creadora «será siempre uno de los rasgos de la contemplación cristiana, desde los Padres Apostólicos hasta los grandes santos: el empeño de mortificación podrá algún tiempo velar su vista, pero cuando la luz de la contemplación les ilumine, les llevará en seguida a admirarse de la obra de Dios. En el cielo y en la tierra los niños no ven más que el teatro de sus juegos; la mayoría de los hombres, sus colores, sus líneas, su mole; los santos, después del Hijo de Dios, contemplan en ellos la gloria del Padre». Algo parecido le ocurre a nuestro autor en estos mundos de los Evangelios, en los que muchos sabios, aun de entre los católicos, no ven más que «sus colores, sus líneas, su mole», «rasgos externos del cuerpo de Cristo», que diría Clemente de Alejandría (la crítica racionalista no verá más que el teatro para sus juegos de disección caprichosa y temeraria); «llevado, en cambio, por el Espíritu», el Padre Lebreton contempla en ellos, con el Discípulo amado, «la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad».

\*

Cierto que no todo alcanza en su obra iguales alturas. El segundo volumen se nos hace, en conjunto, superior al primero. Y a medida que nos vamos acercando a los misterios de la Pasión, crece sensiblemente el vuelo del pensamiento y llega más honda hasta nosotros la vibración contenida del alma, y el hilo de agua, que antes se detenía en remansos y lagos apacibles, va abriéndose y dilatándose en piélago profundo, por donde el historiador navega, a imitación de los evangelistas, en esa adoración de la víctima que se inmola.

Si se nos permite apuntar todavía más en detalle nuestras preferencias, resaltan como estudios históricos especialmente completos y matizados, el mensaje del Precursor desde su prisión en Macheronte, los parientes de Jesús, el conflicto de Nazareth, el fin de las parábolas, la consumación del siglo y la parusía, el doble proceso ante el tribunal judío y romano de Jerusalén. Como estudios religiosos en los que visiblemente se deleita y se recrea el autor, destacan algunos misterios o enseñanzas, sobremanera ricos de sentido para toda alma cristiana: el sermón de la Montaña, la oración del Señor, la teología del Padre y del Hijo en los discursos de Jerusalén, la institución de la Eucaristía, el sermón de la Cena y la oración sacerdotal de Cristo, la agonía, en fin, de Getsemaní. Algunas de esas páginas tocan cimas que difícilmente podrán ser igualadas y para hallarles algún parecido, habrá que acudir a los modelos supremos de la literatura universal. Así, las efusiones reveladoras después de la Cena logran intimidades serenas, estáticas, que recuerdan las maneras de un San Juan de la Cruz. De uno de esos estudios, el de la Santa Eucaristía, ha dicho el Padre Huby que su exposición con todos los aspectos del misterio, su institución histórica, su valor de sacramento y de sacrificio, que se ha de perpetuar a través de los siglos, es de una plenitud admirable, que hace de esas páginas una pequeña «Suma», en el sentido que daba la Edad Media a estas palabras. Otro tanto pudiera decirse del sermón de la Montaña.

La obra ha brotado del contacto directo con los Evangelios y de su contemplación amorosa de un alma de sabio. Y la abundancia misma y como exceso de luz, que se tenía, quedó difundido por toda ella. El principio, tan difícil en los caminos de oración como en los de la ciencia, de ver y sentir las cosas «como si presente me hallase» a ellas, logra aquí una realización feliz y acabada. Diría uno, al recorrer esas páginas, que son hojas caídas del diario de un alma que ha pasado por aquel teatro de la vida de Jesús, y sobre todo por los Evangelios mismos, como pasaron Pedro y Juan, con los ojos y el corazón abiertos a la historia de Cristo y a las revelaciones del Padre. Su ambición, luego, ha sido como la de ellos, anunciar la vida eterna, revelar a Jesús, Mesías e Hijo de Dios. «La vida eterna es que os conozcan a Vos, solo Dios verdadero, y al que enviasteis, Jesucristo.» En medio de las tinieblas en que vivimos aquí abajo, el Evangelio, como él nos dice, es un resplandor, que nos guía hacia Jesús, hacia su Padre; en los esplendores del cielo estas antorchas se apagarán; nosotros no tendremos necesidad, nos lo asegura San Juan, de luz alguna, si no es la del Cordero: El será la luz esplendorosa, eterna, de la ciudad de Dios. Hacia esas claridades, en las que ha penetrado envuelto en la nube de la Ascensión, nos invita como a

sus discípulos el divino Maestro.

Antes, en los días del ministerio de Cristo, había algunos encargados por El de este oficio de aposentadores; por ejemplo, Pedro y Juan prepararon, la víspera del gran día, el cenáculo de Jerusalén. Ahora, la única habitación a que aspiran es al cenáculo celeste, y el Maestro mismo es el que ha ido a preparárselo. Nosotros también tenemos allí nuestro puesto y Cristo nos deja por ir a asegurárnoslo, aunque además está con nosotros en la Sagrada Eucaristía y en nuestras almas, urgiéndonos para ir a verle allá arriba; cuando todo queda dentro de nosotros en silencio, su voz se eleva, y en lo más íntimo de nuestros corazones nos vuelve a decir a nosotros lo que un día a San Ignacio de Antioquía: «¡Ven a lo alto, ven al Padre!» Que nos hable esta voz y que todo lo demás calle; pronto las voces de los hombres no llegarán a nuestros oídos; los mismos Evangelios no son sino un eco que va a morir; pero la voz de Cristo se oirá eternamente en nuestros corazones, si acá abajo le hemos amado, oído, seguido.

Esta página revela mejor que cuanto podamos decir la manera del autor. El murmullo de agua viva que se dejaba oír en el corazón de San Ignacio de Antioquía, vuelve a sonar aquí, y llega hasta nosotros, a través del espíritu del Padre Lebreton, en el silencio grande del alma. Bien ha dicho el Padre Huby que no se descubrirán esas riquezas espirituales a los ojos del lector que no se tome tiempo para meditar y reflexionar sobre estas páginas, como una selva no revela sus bellezas misteriosas, la frondosidad de su arbolado, los juegos de luz y sombra de su ramaje, al viajero que pasa en un rápido desalado. El pensador religioso y el teólogo positivo, el historiador de los orígenes del Cristianismo y el maestro conocedor de los secretos de su literatura, el exegeta y el crítico, el hombre de ciencia y el hombre de Dios, que contempla a una luz superior los misterios que el Padre le ha revelado, se han dado cita para escribir una obra tan iluminada y tan bella. No se puede negar, la obra del sabio ha florecido al soplo del amor.

*Victoriano Larrañaga, S. I.*

*Marneffe. Bélgica, diciembre 1932.*

## **INTRODUCCIÓN**

Las fuentes principales de la vida de Cristo son los Evangelios. No es ocasión de probar ahora su autenticidad y su valor, pero siquiera brevemente hemos de llamar la atención aquí sobre el carácter y origen de estos libros, ya que semejante estudio preliminar nos permitirá comprender bajo qué forma y con qué fin ha llegado hasta nosotros la vida de N. S. Jesucristo, y de aquí luego nos será fácil concluir lo que de esta vida podemos conocer.

Los Evangelios no son obras literarias nacidas de la iniciativa de uno o varios escritores, ni libros creados por los autores cuyo nombre llevan, Mateo, Marcos, Lucas o el mismo Juan, sino catequesis predicadas por mucho tiempo y definitivamente fijadas por

escrito. Clemente de Alejandría, en un fragmento conservado por Eusebio (H. E., VI, 14), escribe: «Como Pedro predicase públicamente en Roma la palabra de Dios y expusiese el Evangelio bajo la inspiración del Espíritu Santo, sus oyentes, muchos en número, rogaron a Marcos, que le había acompañado largo tiempo y recordaba sus catequesis, que pusiese por escrito lo que había enseñado. Accedió Marcos, y presentó el Evangelio a los que se lo habían pedido. Al enterarse Pedro, nada le dijo ni para retraerle ni para empujarle a ello.» El anónimo autor del canon de Muratori explica de parecida manera la redacción del cuarto Evangelio por San Juan: «A la súplica de sus condiscípulos y coepiscopos, respondió Juan: Ayunad conmigo tres días, comenzando desde hoy, y lo que a cualquiera de nosotros se revele, contémoslo. Aquella misma noche se le reveló a Andrés, uno de los Apóstoles, que Juan escribiría todas estas cosas que los demás habían de revisar.»

Hay en el relato de Clemente de Alejandría, lo mismo que en este de Muratori, detalles legendarios que, sin embargo, vienen a confirmar el recuerdo de la catequesis oral, anterior a la redacción escrita, y que durante mucho tiempo le fué preferida; por lo demás, los discípulos más antiguos de los Apóstoles abundaban sobre el particular en los sentimientos de Papías, que consignó Eusebio (H.E., III, 39, 4): «Creí que de estos libros nunca se sacaría tan gran provecho como de la palabra duradera y viviente».

Y, en efecto, los propios Apóstoles desde los primeros días de la Iglesia, predicaron el mensaje de Cristo en forma de catequesis oral; ellos eran sus testigos, y el cumplirlo, el encargo y oficio recibido del Maestro (Lc., XXIV, 48; Act., I, 8). La fidelidad a este testimonio era su principal deber (Act., II, 32; III, 15; V, 32; X, 39, 41; XII, 31). Antes de Pentecostés, al elegir entre los discípulos uno que reemplazase a Judas e hiciera el número doce en el Apostolado, se exigió sobre todo que el favorecido hubiera seguido al Señor durante toda su vida pública, desde el bautismo de Juan hasta el día de la Ascensión (Act., I, 21-22).

Este testimonio aparece desde el primer día como colectivo: no son individuos aislados, sino un grupo de Apóstoles que cuenta la actuación y expone la doctrina del Maestro, con el cual «han comido y bebido» durante el período de su vida pública. De este grupo emergen con más relieve determinados personajes: San Pedro, jefe de los doce, se significa como su portavoz desde los primeros momentos, y en la formación de la tradición apostólica debía él representar un papel sin igual. El evangelio de San Marcos acusa con más vigor aún su personalidad, por la viva frescura de sus relatos galileos, lo mismo que por la discreta reserva en que se envuelve. En el cuarto evangelio, rasgos parecidos, aunque más acusados, dejan entrever y distinguir «al discípulo a quien amaba Jesús». Jamás se menciona a sí propio, y en penumbra igual coloca a su hermano Santiago, a su padre Zebedeo y a Salomé su madre; pero sus recuerdos están narrados con una riqueza incomparable de vida.

Durante la vida pública del Señor, desarrollada toda entera ante los ojos de los Apóstoles, determinados episodios aparecen con más viva luz. Indiscutiblemente decisivos,

son también objeto privilegiado de su testimonio. Tales son, ante todo, la Pasión y la Resurrección; después, algunas revelaciones más solemnes sobre la misión y naturaleza del Hijo de Dios, como la del Bautismo, la de Cesarea de Filipo y la Transfiguración. Y luego, como marco e interpretación de estas grandes escenas, la vida y la predicación toda del Señor iluminada por el testimonio del Padre y por los milagros, prodigios y señales que Dios llevó a cabo por su medio (Act., II, 22).

A los recuerdos de los doce se juntan posteriormente los de otros testigos de la vida del Señor, los de su Madre y de algunos miembros de su familia, a los que debemos el evangelio de la infancia; también el de varios discípulos de quienes es, por ejemplo, la escena de Emaús, recogida por San Lucas. Pero aun estos recuerdos personales transmitidos por el Evangelio llegan hasta nosotros amparados por la autoridad colectiva de la Iglesia.

Esta intervención decisiva de la Iglesia en el origen y elaboración de las tradiciones evangélicas no la han perdido nunca de vista los teólogos católicos, aunque los protestantes la han despreciado ordinariamente. Uno de ellos lo confesaba hace poco: «Desde la reforma, nuestra concepción sobre el origen de los Evangelios ha quedado falseada. La reforma ha sacado las últimas consecuencias de la canonización del Nuevo Testamento al hacer de la inspiración verbal su dogma fundamental. Mientras el catolicismo jamás ha echado en olvido por completo que la tradición precede a la Escritura, los teólogos protestantes no se preocupaban del hecho histórico de que entre la época de la vida de Jesús y la de los Evangelios corre un espacio de treinta años lo menos, durante los cuales no existía aún escrita una vida de Jesús. Es curioso contemplar cómo precisamente los teólogos más liberales de la segunda mitad del siglo XIX, influenciados sin querer por esa teoría de la inspiración verbal, y atentos sólo a la letra escrita, se han olvidado de ese período importante en que el Evangelio existía únicamente bajo la forma de palabra viviente».

Conviene, sin embargo, observar que esta reacción así perfilada, va, como ocurre frecuentemente, más allá de su justo límite: los teólogos protestantes que ven en la tradición evangélica una creación de la comunidad cristiana, conceden sin dificultad que sólo se puede llegar a Jesús por la fe de la Iglesia, pero a esta fórmula dan una interpretación del todo opuesta a la nuestra: para los católicos, la Iglesia da testimonio de Cristo; para los protestantes, la Iglesia lo crea, si no en cuanto a su personalidad histórica, a lo menos en lo referente a su mesianismo y filiación divina. Para nosotros, los Evangelios son relatos históricos nacidos de la catequesis apostólica que entrañan la garantía y los caracteres de este testimonio dado por los doce de su Maestro, mas para los protestantes son creaciones de la primera comunidad, que quiere expresar y defender ansiosa su culto y su fe. Las hipótesis de estos historiadores empalman con nuestras tesis tradicionales en cuanto no separan el Evangelio de la Iglesia, y se apartan al desligar a ésta de Cristo.

No vamos a entrar ahora a refutar las consecuencias teológicas de semejantes teorías erróneas, ni a restaurar ese lazo de unión roto entre la Iglesia y Jesucristo, pero sí hemos de



señalar ligeramente las conclusiones históricas deducidas por nuestros adversarios: los relatos evangélicos, dicen, no son, en último término, más que fragmentos litúrgicos disgregados y sin trabazón alguna cronológica; sus perícopas sitúanse por eso indecisamente con un «in illo tempore», y es perder tiempo tratar de buscar en estos episodios unión real alguna, lo mismo que avance o progreso de ideas y de hechos, y por lo mismo, aun admitida la realidad de los sucesos así expuestos por nosotros, es menester renunciar del todo a estructurarlos en historia y a reconstruir con ellos una vida del Señor.

K. L. Schmidt termina con estas frases su largo estudio sobre el marco de la historia de Cristo: «En conclusión, no existe una vida de Jesucristo en el sentido de una narración biográfica encadenada y unida, ni hay tampoco un bosquejo cronológico de la historia de Jesús, sino únicamente rasgos aislados y perícopas sueltas que han sido encuadradas». Schmidt admite, sin duda, que en un principio estas perícopas tenían su puesto y su fecha, pero cree que la primera comunidad cristiana, preocupada sólo de la instrucción religiosa, dejó perder tales indicaciones y alteró el orden de los relatos.

Estas conclusiones pesimistas parecerán aún demasiado optimistas a aquellos historiadores que cargan sobre la primitiva cristiandad la elaboración y creación misma de los relatos evangélicos. Hipótesis ésta que les prohíbe todo acceso a la historia real de Cristo.

De todos modos, estas discusiones no resultan inútiles, ya que vienen a declararnos la parte principalísima tomada por la Iglesia en la formación de la tradición evangélica, haciéndonos comprender mejor el carácter de estas narraciones: su riqueza religiosa y sus lagunas históricas.

San Juan escribe casi al final de su Evangelio (XX, 30-31): «Otros muchos milagros hizo además Jesús en presencia de sus discípulos que no van registrados en este libro, pero esto se ha escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyéndo-lo tengáis vida en su nombre.»

Esta confesión del discípulo amado supónenla también los sinópticos, cuyo objetivo no es satisfacer la curiosidad de sus lectores, sino iluminar su fe. La catequesis primitiva de la que todos dependen no se proponía más fin, y esto es lo que determina el carácter de la una y de los otros.

Una ojeada rápida a los cuatro Evangelios evidencia este carácter eminentemente religioso del relato: la buena nueva que nos traen es la salvación, y todo tiende en ellos a poner en plena luz la persona del Salvador, su doctrina y su obra redentora.

De ahí la excepcional importancia que se da a la Pasión. En vida de Jesús, los Apóstoles no toleraron semejante perspectiva, que o les sublevaba o les acongojaba; después de Pentecostés ya no la pierden de vista, y todos pueden exclamar con Pablo que no conocen más que a Jesucristo, y éste crucificado. Esta jornada terrible es la única descrita por los cuatro autores, con tal lujo de pormenores, que ella sola alcanza a llenar un cuarto del Evangelio. No guarda importancia menor en la economía de la salvación la gloriosa Resurrección del Señor, igualmente atestiguada por los cuatro evangelistas, si bien cada uno de ellos sólo toca alguna de las apariciones múltiples que nos permiten conocerla, pues tales relatos, aunque tal vez no aparezcan suficientes a nuestra curiosidad, bastan para fundamentar y esclarecer nuestra fe.

La misma observación valga para la vida pública del Señor: el mensaje divino que nos trae, la nueva ley que promulga, los milagros que multiplica para sanar los cuerpos y las almas y autorizar su misión, todo se nos presenta con una transparencia indecible en estas narraciones siempre fragmentarias. Más aún que nosotros, los mismos evangelistas son los primeros en sentir estas lagunas. El que entre todos conoció mejor a su Maestro nos asegura ingenuamente que, de querer trazar su biografía completa, el mundo sería pequeño para los libros que se podrían escribir (Jn., XXI, 25). Pero Juan sabe perfectamente que no es la profusión de rasgos la que ha de revelar al Hijo de Dios, sino su verdad y su profundidad, el Espíritu Santo les ha escogido y los ilumina, ejemplos son el sermón de la Montaña y las parábolas del reino de Dios, en San Mateo; las jornadas de Cafarnaún y del lago, en San Marcos; las parábolas de la misericordia y los relatos de la infancia contados por San Lucas, y los discursos de Jerusalén y del Cenáculo que llenan las páginas de San Juan.

Las narraciones de la infancia que acabamos de mencionar se distinguen por su carácter y también por su procedencia. En el plan de la catequesis primitiva no tenían lugar. Ella seguía sólo a Jesús «desde el bautismo de Juan hasta la Ascensión» (Act., I, 22), mas la piedad de los fieles deseó pronto remontarse más arriba y conocer los años primeros del Salvador. Desde entonces estos relatos, conservados como secretos de familia, pasaron a ser bien común de toda la Iglesia, aunque guardando todavía en San Mateo, y sobre todo en San Lucas, el carácter de confidencias íntimas. Por eso, el que no se toque más que ciertos episodios, destellos luminosos que brotan aquí y allá entre el misterio y la sombra de estos treinta años. Semejantes observaciones dejan ya adivinar lo que en seguida va a hacerse manifiesto. Las preocupaciones históricas, poco sensibles al principio de la catequesis sinóptica, se hacen luego apremiantes. San Mateo, en la primera: parte de su Evangelio, prescinde con frecuencia de la cronología para seguir un orden lógico más a propósito para su fin, y San Marcos tiene en cuenta, sobre todo, el enlace histórico de los sucesos, en especial durante todo el ministerio de Galilea, y gracias a él podemos hoy reconstruir en sus grandes líneas este período capital de la vida del Salvador. San Lucas lleva a la rebusca, de que nos habla en el prólogo, la exactitud y el desvelo de la información histórica, y a su pluma se deben las inapreciables noticias referentes a la predicación en la Judea, a la Pasión y a las apariciones de Cristo, y antes que nada a su infancia. En San Juan la intención cronológica se acentúa más valiente que en San Lucas, y las mismas indicaciones topográficas logran en él una precisión que en vano se busca en los restantes Evangelios.

Estas observaciones tendrán más de una vez aplicación a lo largo de esta historia. Para el ministerio en la Galilea seguiremos la cronología de San Marcos, sobre todo al contar la vocación de los Apóstoles, donde los recuerdos personales de San Pedro son la fuente más autorizada. El *Pater Noster* no lo situaremos como San Mateo, en el sermón del monte, sino más tarde, acomodándonos a San Lucas (XI, 2-4). Por lo mismo, colocaremos al principio de la vida pública, conformes en esto con San Juan (II, 14-22), la expulsión de los vendedores del templo, no siguiendo a los sinópticos, que la ponen en la postrera semana (Mt., XXI, 12-13; Mc., XI, 15-17; Lc., XIX, 45-46). El desplazamiento observado en el relato sinóptico tiene conveniente explicación encuadrándolo en el plan tradicional trazado por los primeros evangelistas, que inmediatamente · después del bautismo de Cristo presentan sin intercalar los viajes de Jesús a Jerusalén y su ministerio en la Galilea; no ignoran las varias tentativas (Mt., XXIII, 37; Lc., XIII, 34), pero lo que de ellas cuentan agrúpanlo en el último cuadro del Evangelio.

Las indicaciones cronológicas apuntadas por los posteriores evangelistas no ahuyentan las oscuridades de la historia del Señor, aunque a la verdad, ni San Lucas ni San Juan se propusieron lograrlo. Añadamos, por lo que se refiere al primero, que su labor de investigación y composición tiene lugar ya en una época en que las fechas precisas de los primeros recuerdos comenzaban a desvanecerse; fenómeno particularmente observado al determinar los sitios y las fechas de los nueve capítulos que van del IX, 57, al XVIII, 14, y que constituyen lo que se ha dado en llamar con frecuencia «el relato de viaje», conjunto de discursos y narraciones, particularidad casi exclusiva del tercer Evangelio, donde la piedad cristiana encuentra tesoros incomparables, historias y parábolas emocionantes omitidas por los demás autores sagrados, como las del buen Samaritano, Marta y María, el grito de bendición para la Madre de Jesús, salido de labios de una mujer anónima, «bendito el seno que te llevó...», con la respuesta del Señor; el hijo pródigo, Lázaro el mendigo y el rico Epulón, el fariseo y el publicano; trazos todos iluminados de una claridad tan penetrante y tan suave, que el alma no se cansa de contemplar. Pero al tratar ya de señalar el sitio y de fijar su fecha, la dificultad se agranda. «En vano se buscará en estas páginas el dónde sucedieron. Se sabe sólo que es en tierras de Israel, ya que nada dice que se haya salido de allí. Ninguna indicación más de sitios, fuera de las que hemos señalado. La escena se desenvuelve siempre en cualquier parte». Algunos puntos de este oscuro conjunto viene a iluminarlos San Juan: la aldea de Marta y María no aparece en San Lucas más que en forma anónima, «*quoddam castellum*» (Lc., X, 33), y el discípulo amado la sitúa y la nombra: es Betania, distante de Jerusalén alrededor de quince estadios. La imprecisión, que sólo se descorre para algún pormenor, envuelve el conjunto del relato.

El origen de esto hay que buscarle en el estado mismo en que San Lucas recibió la tradición. El Padre Buzy, descartando la hipótesis que cree ver en el tercer Evangelio la descripción de tres viajes de Cristo, escribe: «Si está averiguado que San Lucas hace alusión a varias peregrinaciones, ¿quién nos asegura que quiso trazar para cada una su itinerario metódico? Y de intentarlo, ¿lo hubiera conseguido, vista la despreocupación habitual vigente entre los compañeros de Jesús y la primera comunidad cristiana, por las

pequeñeces de la cronología? De poder, ¿nos hubiera ofrecido estos episodios en esa forma caótica que los caracteriza?»

Estas observaciones previas dejan ya presentir lo que vamos a comprobar, que la tradición apostólica, tal como queda fijada en los Evangelios, nos presenta a Jesús como Mesías e Hijo de Dios, que ofrece a nuestra fe un fundamento firmísimo, pero no nos ha dejado una narración de su vida que nos permita seguir y fijar por menudo todo su desenvolvimiento. Nuestro estudio, si no quiere perderse en vanas conjeturas, ha de llevar el mismo carácter de los documentos en que se inspira, y ha de ser, más que una biografía, un estudio religioso.

Y al amparo de estas indicaciones entramos ya a señalar el marco histórico de la vida de Cristo, y primero su cronología.

En esta investigación, dos series de documentos pueden esclarecer nuestro camino: los unos, propios de la misma historia evangélica, y los otros, sacados de la historia profana.

Las noticias cronológicas que pueden captarse son estas:

1ª El anuncio del nacimiento del Precursor tiene lugar «en los días del rey Herodes» (Lc., I, 5). El «Sexto mes», a partir de este hecho, se verifica la Anunciación de la Virgen (Lc., I, 26). Jesús nació en Belén de Judá «en los días del rey Herodes» (Mt., II, 1). Cuando los Magos llegan a Jerusalén y preguntan por el sitio donde ha nacido el rey de los judíos, «el rey Herodes se turbó y toda Jerusalén con él...» (Mt., II, 3). Después de la huída a Egipto, «muerto ya Herodes, he aquí que un ángel del Señor se apareció a José en sueños y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vuelve a tierras de Israel...; pero sabiendo que Arquelao reinaba en Judea, en Jugar de su padre Herodes, temió ir allá, y avisado en sueños, retiróse a la región de Galilea» (Mt., II, 19-22).

Se infiere de todos estos textos que Jesús nació reinando Herodes; ahora bien, Herodes murió el año 4 antes de Cristo, pocos días antes de la Pascua (A.J., XVII, 9, 3; B.J., II, 1, 3) y poco después de un eclipse de luna (A.J., XVII, 6, 4), que pudo ser probablemente del 12 al 13 de marzo del año 4 antes de Cristo. Conviene añadir que, poco antes de su muerte, oprimido por la enfermedad, salió de Jerusalén a los baños de *Callirhoé*, y de aquí para Jericó, donde falleció (A.J., XVII, 6, 5; B. J., I, 23, 5-6). Si los Magos, según lo dicho, le hallaron en Jerusalén, debió suceder su llegada, lo mismo que el nacimiento de Jesús, lo más tarde el año 5 antes de Cristo.

La permanencia de la Sagrada Familia en Egipto seguramente no fué muy larga:

Arquelao heredó de Herodes el título de rey, pero Augusto no le concedió más que el de etnarca (A. J., XVII, 11, 4; B. J., II, 6, 37); y si el texto «Arquelao reinaba en Judea» se ha de entender a la letra, la vuelta debió ocurrir antes que la de Arquelao de Roma.

2ª Otro dato cronológico se lee en San Lucas (II, 1-2): «Salió por aquellos días un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el orbe. Este primer censo se llevó a cabo por Quirino, gobernador de la Siria».

El doctor A. C. Headlam (*The Life and Teaching of Jesus the Christ*, London, 1922, pág. 318) concluye de estos datos: «El nacimiento fué probablemente el año 8 (a.C.), y quizá también, sobre todo si se supone algún retraso en la ejecución del censo, se pueda señalar con el Dr. Turner el año 7 (a.C.)».

Para la vida de Cristo tiene esta discusión mediana importancia, y por lo dicho, el nacimiento de Jesús se ha de colocar lo más tarde el año 5. La fecha del censo puede extraviarnos llevándonos dos o tres años más atrás, esto es, al 7 ó al 8. La única consecuencia estaría entonces en dar al texto de San Lucas (III, 25) una interpretación más amplia.

3ª Lc., III, 1-2: «En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de la Judea, Herodes tetrarca de Galilea; Felipe, su hermano, tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilina; siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.»

El cuidado de San Lucas al establecer estos sincronismos déjanos ver su afán de señalar fijamente el principio de la predicación del Bautista, arranque de la era evangélica (Act., I, 22). La fecha más precisa es la señalada en primer término, «el año 15 del imperio de Tiberio César». «Es la única terminante en todo el Nuevo Testamento» (Headlam, 1. cit., pág. 319). Sin embargo, es también capaz de varias interpretaciones. Augusto murió el 19 de agosto del 767 de Roma (14 después de Cristo), pero dos años antes había ya asociado a Tiberio al mando, y el año 15 de Tiberio habrá que ponerlo, según esto, entre el 19 de agosto del 28 ó el 19 de agosto del 29, si se toma como punto de partida la muerte de Augusto, y retrasarlo dos años si por la ascensión de Tiberio se entiende su gobierno como *collega imperii*. Estas dos suposiciones admiten aún su pequeña variante. En Siria el año comenzaba el 1 de octubre, y si San Lucas adoptó este calendario, pudo suponer que el año 2 de Tiberio comenzó el 10 de octubre del 12, o tal vez del 14, y el 15 sería el 1 de octubre del 25 ó del 27.

4ª Lc., III, 23: «Jesús contaba al tiempo de su bautismo como unos treinta años.»

Si, pues, nació el año 7 antes de nuestra era, el año 26 tenía treinta y tres años, y el texto de San Lucas logra una explicación comodísima; pero no es tan fácil dar interpretación a la duda, si el año 15 de Tiberio se ha de identificar con el 29 para hacer que naciese Jesús el año 8 a. C. El P. Power (*Biblica*, 1928, págs. 282-284), después de Ramsay (*The Bearing of recent Discovery on the Trustworthiness of the N. T.*, página 295) cree solucionar la objeción observando que «la edad de treinta años era la requerida por la ley judía para dar principio a la vida pública. San Lucas ha querido indicar sólo con los treinta años que Jesús había llegado a la edad legal antes de iniciar su ministerio». Tal conciliación, todo lo interesante que se suponga, pudo a lo mejor ocurrírsele a San Lucas, pero es dudoso que justifique la expresión del evangelista: que cuesta entenderla de treinta y seis o treinta y siete años.

5ª Jn., II, 20: «En cuarenta y seis años se ha levantado este templo, ¡y quieres tú reedificado en tres días!» Es la frase de los judíos al Señor en la Pascua primera de su ministerio público.

Josefo señala el comienzo de la construcción del templo el año 18 del reinado de Herodes (A.J., XV, 11, 1), y esta fecha encuéntrase confirmada por la coincidencia de la venida de Augusto a Siria, colocada por Dión Casio (LIV, 7) en la primavera o verano del año 20 a. C. (cfr. Schürer, I, pág. 369). Hay, pues, que convenir en corregir, después de estos dos textos, a Josefo (B.J., I, 21, 1), quien señala la fecha de la inauguración el año 15 de Herodes (cfr. Schürer, l. cit.; Turner, página 405). Si iban cuarenta y seis años desde el año 20 a. C., estamos en el año 27 p. C. (780 de Roma), lo que concuerda bastante bien con la fecha propuesta más arriba. Cfr. Prat., l. cit., pág. 103.

#### 6ª Duración del ministerio público.

Quedando aproximadamente determinado el comienzo de la vida pública del Señor, resta fijar su duración.

El texto del evangelio de San Juan, a no ser que necesite corrección, exige un período mínimo de dos años y meses: después del milagro de Caná «se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén» (II, 12); «estando en Jerusalén, por la Pascua, durante la fiesta...» (II, 23). Terminada esta Pascua, primera del ministerio público, Jesús salió de Jerusalén, retirándose algún tiempo a la Judea (III, 22); después, atravesando la Samaria, vuelve otra vez a Galilea (IV, 3 sgg.). Al abrirse el capítulo V, se hace mención de una «fiesta de los judíos» a la que Jesús asiste subiendo a Jerusalén (V, 1). En el capítulo VI se encuentra en la ribera oriental del lago, donde multiplica los cinco panes; «y la Pascua, la fiesta de los judíos, estaba próxima» (VI, 4). Más tarde vuelve a Jerusalén con ocasión de la solemnidad de los Tabernáculos (VII, 2), después por la de la Dedicación (X, 22), y, por fin, «seis días antes de la Pascua viene a Betania» (XII, 1), entra en Jerusalén

(XII, 12); en la proximidad de la Pascua celebra la última cena (XIII, 1); y muere el día mismo en que se comía la Pascua (XVIII, 28). Es indiscutible que esta narración distingue, por lo menos, tres Pascuas: la primera, en Jerusalén (II); la otra, durante la predicación en el lago (VI) y la tercera, que es la de la Pasión, también en Jerusalén (XIII-XVIII) Todo lleva, pues, a poner un período mínimo de dos años y meses; pero, ¿hay razón para alargarlo aún fijando un plazo de tres años y algunos meses? No es probable.

En favor de la hipótesis de tres años corridos se hacen valer, sobre todo, dos textos de San Juan (Jn., IV, 35, y V, 1).

Es el primero: «¿No decís vosotros: de aquí a cuatro meses y estamos en la siega?» Buen número de exegetas creen poder concluir de este texto que la vuelta de Jesús de Judea a Galilea, a través de la Samaria, sucedió cuatro meses antes de la siega, esto es, por diciembre. En esta suposición, no es imposible, aunque sí difícil reducir a menos de tres años el período de la predicación: «Desde esta vuelta hasta la época de la multiplicación de los panes, que sería, según la hipótesis, la segunda Pascua, no correrían más de tres a cuatro meses, tiempo suficiente para desenvolverse los sucesos contados por los sinópticos y anteriores a este gran milagro.» (LEVERQUE, *Nos quatre évangiles*, pág. 89). Tal interpretación no carece de verosimilitud, aunque siempre choque con graves dificultades: este relato por el camino de la Samaria guarda bastantes detalles que se entienden mal en un viaje realizado en diciembre, y que más bien hacen pensar en una caminata estival: la gran fatiga que obliga al Salvador a sentarse junto al pozo de Jacob (IV, 6), el ruego de la Samaritana (IV, 7) y la promesa de un agua que mate su sed para siempre (IV, 14). Además, el entusiasmo con que se recibe a Jesús a su vuelta a Galilea (IV, 45) suena a recuerdo de algo que sus paisanos han visto poco ha, probablemente, en la misma fiesta de la Pascua. Así lo creen muchos expositores (Maldonado, Tillemont, Westcott, Lagrange, Prat y antes ya Orígenes), quienes entienden lo de los «cuatro meses», no como indicación cronológica, sino como un dicho o frase proverbial, y colocan el viaje por Samaria en mayo, algunas semanas después de la primera Pascua, y nunca en diciembre.

El segundo texto es del mismo San Juan (V, 1): «Después de esto celebrábase una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén.» ¿Qué festividad es ésta? San Ireneo, en el texto citado más arriba, cree que aquí se habla de la Pascua, y cierto número de escrituristas le han seguido en la interpretación; pero esta exégesis les lleva a distinguir en la narración de San Juan hasta cuatro pascuas (aun en VI, 4, donde Ireneo, como lo hemos visto, no cree tratarse de otra Pascua distinta de la del capítulo V, 1), y así, lógicamente, a dar también a la vida pública una duración superior a tres años. Tal explicación de todos modos no es la más probable, y el texto parece significar no «la fiesta», sino «Una fiesta», frase que elimina la festividad por excelencia, es decir la Pascua. Y ¿cuál es esta solemnidad indeterminada? Muchas hipótesis se han propuesto: se dice si será el día de «las Suertes», celebrado en marzo, o tal vez el de «las Trompetas», por octubre, y otros quieren que sea Pentecostés. Y con semejante inseguridad mal se ha de poder decidir la cuestión: para destruir la argumentación que de este texto se hace en favor de los tres años, basta que no se trate de la Pascua.

Los dos textos de San Juan (IV, 35 y V, 1) no inclinan a sospechar un período de más de tres años, y el conjunto del relato no prohíbe tal idea. «Desde el Bautismo y la primera Pascua, los sucesos se encadenan tan estrechamente que se hace imposible intercalar en medio un trecho considerable. A su vuelta a la Galilea, el recibimiento caluroso tributado a Jesús por sus compatriotas motívalo el recuerdo de los milagros obrados por El durante la primera Pascua (IV, 45). Entre esta vuelta y la penúltima Pascua (VI, 4) no ocurre otro milagro que la curación del hijo del Régulo de Cafarnaún y la del paralítico de la piscina de Béthesda (V, 1-15). Este episodio postrero se halla estrechamente unido con el recuerdo de la penúltima Pascua, por ser la ocasión de aquel designio tomado por los judíos de matar al Salvador (V, 18), quien sólo por esto evita ya en adelante presentarse en Jerusalén: el recorrer la Galilea es únicamente «porque los judíos le buscaban para matarle» (VII, 1). Los sinópticos, menos aún que San Juan, dan la impresión de un período largo: «San Mateo amontona en la primera mitad de su evangelio (hasta el XI, 2) sucesos diversos habidos en todas las épocas, sin que la menor indicación cronológica venga a indicarnos su marcha. La penúltima Pascua, señalada con la primera multiplicación de los panes, cae en San Marcos, en el capítulo VI, y un año parece más que suficiente para distribuir los sucesos anteriores. San Lucas dedica casi los dos tercios de su obra a la narración de los seis últimos meses, cuando el resto de la vida pública no llena más que cinco o seis capítulos (desde el IV, 14, hasta el IX, 51)».

El desenvolvimiento y curso de estas escenas nos lo da descritos el Padre Lagrange en su Sinopsis: en enero del año 28 ocurre el Bautismo de Jesús y su retiro en el desierto; por marzo vuelve al Jordán y pasa a Caná y Cafarnaún; por la Pascua sube a Jerusalén y arroja a los vendedores del templo, evangelizando después la Judea. En mayo tiene lugar la prisión del Bautista, y atravesando Samaria, preséntase en Nazareth y Cafarnaún. Hacia junio ocurre el episodio de las espigas que desgranar los Apóstoles, la vocación de éstos y el sermón del monte; por noviembre expone la parábola del sembrador, y en diciembre calma la tempestad, volviendo por segunda vez a Nazareth. El año 29, y por febrero, hay que colocar la misión de los Apóstoles, y en marzo la muerte del Bautista. Hacia el mes de abril, y próxima ya la Pascua, sucede la primera multiplicación de los panes; y por junio sube Jesús a Jerusalén a celebrar Pentecostés, curando entonces al paralítico. Recorre luego la Fenicia y la Decápolis, multiplica segunda vez los panes y se dirige a Cesarea de Filipo: a principios de agosto tiene lugar la transfiguración; en octubre, estando en Jerusalén por la festividad de los Tabernáculos, cura al ciego de nacimiento, y por diciembre vuelve de nuevo a la solemnidad de la Dedicación. Por marzo del 30 resucita a Lázaro, se retira a Efrén, y después por Jericó sube a Jerusalén. En abril, en la fiesta de la Pascua, muere.

Este cuadro no es más que aproximado, aunque ofrece un verosímil bosquejo del desenvolvimiento cronológico del ministerio del Señor.

7ª Fecha de la Pasión.



Es menester determinar el día de la semana, el día del mes y del año.

El día de la semana no parece dudoso: los sinópticos y San Juan aseguran que Jesús murió un viernes: Mt., XXVII, 62; Mc., XV, 42; Lc., XXIII, 54; Jn., XIX, 31. Estos testimonios contestes están además apoyados por los documentos cristianos más antiguos: la Resurrección del Señor ocurrió en domingo y su muerte en viernes; de aquí el origen del ayuno del viernes atestiguado ya por la *Didajé*, VIII.

El día del mes es más discutido. Con todo, el texto de San Juan es terminante sobre este particular: XVIII, 28. Según esto, el Señor murió el día en que se comía la Pascua, esto es, el 14 de nisán. El texto transcrito encuéntrase además confirmado por el relato de la cena celebrada la víspera de la Pascua, XIII, 1 y por el de la muerte, XIX, 31, y el día siguiente es el día de la gran fiesta, 15 de nisán. Cfr. Lagrange, *Saint Jean*, pág. 469 sgg.; *Saint Mare.*, pág. 355.

Esta tradición yoannea dió origen en el Asia a la costumbre llamada de los cuatro-decimales. Cfr. Turner, pág. 412; C. Schmidt, *Gespraeh mit seinen Jungen* (Leipzig, 1919), págs. 577-726.

La misma fecha 14 supónela San Pablo: Jesús murió el día de la Pascua: 1 Cor., V, 7, y resucitó el día de las primicias, 16 de nisán; *ib.*, XV, 20 (Turner, *ibíd.*).

Los sinópticos, al contrario, parecen sostener que Jesús comió la Pascua con sus discípulos la víspera de su muerte. Ya lo discutiremos más adelante, pero, por otro lado, ciertos detalles de su narración manifiestan que el día de la muerte de Cristo era día de labor, y consiguientemente no fué el día solemne de la festividad, 15 de nisán. Así parece indicarlo el episodio de Simón Cirineo (Mc., XV, 21; Mt., XXVII, 32; Lc., XXIII, 50-54), y el descendimiento (Mt., XV, 42, 46; Mt., XXVII, 57, 60; Lc., XXIII, 50, 54).

La fecha del año quedará fijada por los documentos que más adelante se expongan.

Jesús murió un viernes, 14 de nisán. Esta doble condición pudo coincidir con el 11 de abril del 27 y con el 7 del mismo mes del año 30 o, finalmente, con el 3 de abril del 33.

Las discusiones precedentes nos llevan a escoger la segunda hipótesis, según la cual Jesús murió el año 30.

## **PRIMERA PARTE**

## *LA VIDA OCULTA. LA EVANGELIZACION DE GALILEA*

### **CAPÍTULO PRIMERO**

#### *LA INFANCIA*

I.- Carácter y fuentes de los relatos evangélicos

II.- Los mensajes del ángel y la Visitación

III.- El nacimiento

IV.- La infancia de Jesús

#### **I.-CARÁCTER Y FUENTES DE LOS RELATOS EVANGÉLICOS**

Basta abrir el Evangelio para verificar el carácter particularísimo que presentan las narraciones del nacimiento e infancia de Nuestro Señor. Faltan en absoluto en San Juan y en San Marcos, y únicamente las encontramos en San Mateo y San Lucas, donde forman una especie de introducción, fácilmente separable del cuerpo de la obra. Las mismas narraciones de los dos evangelistas difieren notabilísimamente, hasta el extremo de que parecen derivarse de dos fuentes distintas. Nada de todo esto tiene que sorprendernos. La catequesis apostólica, de la cual nacieron los evangelios sinópticos, no tenía en un principio otra finalidad que contar la vida pública de Cristo «desde el bautismo de Juan hasta la Ascensión», y no es extraño que el evangelio de San Marcos se abra por la misión de San Juan Bautista y se cierre con la Ascensión, como tampoco debe admirarnos el que San Mateo y San Lucas coloquen el ministerio y el bautismo del Precursor en la primera página del libro, mientras relatan la infancia y la vida oculta de Jesús en un prólogo o introducción.

La predicación de los Apóstoles y la fe de los primeros cristianos tuvo desde un principio por objeto los grandes misterios de la salvación, tales como la muerte y resurrección del Señor, lo mismo que la vida pública y la doctrina de Jesús, determinando la fe y moral cristiana, y confirmando con los milagros esta revelación. Pero la piedad de los fieles deseó bien pronto conocer los primeros años de la vida de Cristo. La información, por otro lado, no resultaba costosa. La madre de Jesús le sobrevivía, y a su lado estaban también las santas mujeres, varias de las cuales la habían acompañado al pie de la cruz, y con frecuencia habían escuchado la historia de la natividad, de la infancia y juventud de su Maestro. Quedaban además otros miembros de su familia, que el Evangelio llama hermanos del Señor; en el siglo II serán aún sus descendientes religiosamente venerados de los fieles. Bastaba, pues, entrar en este círculo íntimo para recoger en él las tradiciones más seguras y precisas relativas a la vida oculta de Jesús.

Lo que sugiere la verosimilitud histórica confirmó la lectura misma del Evangelio: no se dará aquí con aquel elemento maravilloso, fantástico y pueril donde se acusa pronto el trabajo de la imaginación. Más adelante la piedad popular, mal habida con los rasgos admirables pero sobrios de los Evangelios, se abrirá curso libre multiplicando los milagros al paso del Niño Jesús; y ya le representa modelando pájaros de arcilla que a una señal de sus manos emprenden el vuelo; otro día es un niño que, tropezándole por descuido, queda herido de muerte, y en una ocasión, cabalgando el Niño Jesús en un mulo, libra al animal de su maleficio y le vuelve a su antigua condición de muchacho. Pero en nuestros Evangelios no existe nada tan pretenciosamente pueril y prodigioso. Se cuentan también maravillas, y apariciones de ángeles, pero no tienen más fin que ilustrar a los Magos, llamar a los pastores o salvar al Niño Jesús: en el peligro apremiante en que le pone el furor de Herodes, no se libra por un milagro de su poder, sino humildemente, como un niño pobre y débil por medio de la huída. Desde el día de su nacimiento, la humildad y la pobreza son su único aparato: un establo prestado, un poco de paja y unos pañales, cosas todas pobrísimas y que ya de antiguo sublevaban también el orgullo de Marción. Este esplendor, ciertamente, no lo ha creado la inventiva humana.

En el evangelio de San Lucas leemos la historia de la concepción y nacimiento del Precursor, preludios de la encarnación y natividad de Jesús. Estas dos series de sucesos únelos estrechísimamente el mismo evangelio, y el paralelismo se acusa en la composición de los relatos, que se dividen en dos grupos principales: cada grupo de estos se compone a su vez de tres episodios, paralelos los dos primeros del uno, a los del segundo; el tercero forma la conclusión.

La anunciación del nacimiento del Precursor (I, 5-25); la anunciación de la natividad de Cristo (26-38), y la visita de la Madre de Jesús a la del Precursor (57-80); el nacimiento de Cristo (II, 1-20), la circuncisión y la presentación del Señor (21-40). A estos dos grupos hay que añadir, a manera de final, un breve relato de la infancia del Salvador (II, 41-52).

El paralelismo que emerge de esta composición artística queda confirmado por el detalle de los rasgos: «el ángel Gabriel se aparece a Zacarías, padre de Juan, y a María, madre de Jesús. Zacarías pide explicación, María quiere sólo ser ilustrada». Juan nace de una mujer estéril, y Jesús, de un virgen. Se cuenta la circuncisión de los dos niños, lo mismo que la imposición de sus nombres, ambos proféticos, mas las gracias que se les prometen son bien desiguales, ya que el nombre de Juan quiere decir que Dios va a derramar las gracias, y el de Jesús le muestra ya a Él como Salvador. Zacarías predice que su hijo va a ser el Precursor y Simeón y Ana contemplan en Jesús la Salvación y la Luz. En fin, dos rápidas indicaciones describen el desarrollo de los niños (I, 80; 40 y 52).

La unión íntima y el enlace de estos dos relatos delatan la unidad del conjunto:

imposible distinguir aquí, como quiere Harnack, dos grupos de relatos, uno procedente de los discípulos del Precursor (I, 5-25; 46-55; 57-80) y el segundo de María, la madre de Jesús (I, 26-45; 56; II, 5, 16, 19, 33-35; 48-51). ¿Se había juntado tal vez Lucas al grupo de discípulos de Juan? (ibíd., 108, n. 3). Es hipótesis del todo gratuita, y los recuerdos de la concepción, del nacimiento y de su infancia provienen de sus parientes, pero no de su escuela, y probabilísimamente tienen no sólo el mismo carácter, sino aun la misma procedencia que los relatos de la anunciación, de la natividad y de la infancia de Jesús.

Que sea la propia madre de Jesús la fuente principal de los sucesos contenidos en estos dos capítulos indícalo el puesto que aquí tiene ella y el carácter mismo de los hechos que se describen, sobre todo el de la anunciación, y esto es tal vez lo que el evangelista ha querido destacar al mencionar tan breve pero reiterada y expresivamente las impresiones y los recuerdos de María: «María guardaba estas cosas confiriéndolas en su corazón» (II, 19); «su padre y su madre estaban admirados de lo que decían de Él» (II, 33); «Y ellos no entendieron lo que quería decirles» (II, 50); «y su madre conservaba todo esto en su espíritu» (II, 51).

Semejantes recuerdos, ¿cómo llegaron al evangelista?; ¿por escrito o verbalmente? Cuestión difícil de decidir, pero de importancia no muy grande. Lo capital es reconocer el carácter y la inspiración de estas escenas, que igual que los cánticos que ellas encuadran, fueron vividas, no por el cristianismo ya adulto que Lucas tenía ante sus ojos los días de la redacción de su evangelio, sino en los primeros estremecimientos de la era mesiánica y al rayar los albores de la aurora.

## II.-LOS MENSAJES DEL ÁNGEL Y LA VISITACIÓN

En el anuncio hecho a Zacarías todo enlaza el porvenir con el pasado; para hacer al anciano la revelación esperada durante tantos siglos escoge Dios la hora solemne entre todas y única en su vida, aquella en que el sacerdote elegido por suerte ofrecía el incienso: avanza rodeado de dos asistentes, y sólo ante el altar quema el incienso, símbolo de la plegaria que el pueblo entero hace subir a Dios. Y Dios, callado por tanto tiempo, responde por fin: ha querido que el próximo aviso de salvación se le dé a un sacerdote, en el templo y a la hora del sacrificio. Aquel culto israelítico, todo lo imperfecto que se quiera, era siempre una preparación y una figura, y el Señor, antes de sustituirlo por otro más digno de Él, quiere por última vez reconocer y consagrar su santidad. Y hasta en las promesas del ángel se oye el eco de los antiguos libros: la vida penitente del futuro profeta está trazada sobre los rasgos característicos del *nazareato* (Lev., 10, 9 sgg.), y la acción del Precursor, del nuevo Elías, es la misma profetizada por Malaquías (III, 23). Todo ello era la respuesta de Dios a la oración solemne de los judíos. Desde mucho tiempo venían lamentando su abatimiento, y tal vez más, su abandono: El Señor les había entregado a sus enemigos y parecía tenerles olvidados, mientras angustiosamente repetían las palabras del salmo: «estamos sin un profeta»; y he aquí que se les anuncia otra vez uno nuevo, y tal, que han de llamarle todos el segundo Elías penitente como el primero, y como él también, taumaturgo

y precursor de Dios.

Con esto están ya cumplidos todos los deseos de Israel, y no obstante, en el mensaje de gozo se discierne el aviso de oposiciones y divisiones futuras: «muchos se alegrarán en su nacimiento»; «muchos se convertirán al Señor su Dios», pero ni la alegría ni la conversión serán universales. A estas promesas mesiánicas en las que todo Israel debía gozarse, el ángel añade algunas peculiares hechas a Zacarías: él será el padre del profeta y él, sobre todo, se alegrará porque este es, efectivamente, el colmo de todos sus votos, lo mismo que los de su esposa Isabel: como sacerdote, había rogado por la salvación de Israel, y como padre se le había oído por encima de todos sus deseos. No puede creer por eso en tanta dicha, y en su duda pide una señal: el ángel se la da, pero es a la vez también castigo de su incredulidad.

El pueblo aguardaba entre tanto fuera del templo extrañado de la tardanza de Zacarías. Por fin, salió, y al pronunciar sobre la multitud la fórmula de bendición, no pudo. La gente comprendió que había tenido una visión en el santuario.

Al terminarse la semana de servicio, volvió a su casa. Algún tiempo después concibió su esposa, y retirada durante cinco meses envuelve en pudor y misterio su dicha naciente sin cesar de repetir: «Así ha obrado el Señor poniendo sobre mí sus ojos cuando ha querido borrar mi oprobio de entre los hombres.»

Tras este relato sencillo y admirable viene otro no menos emocionante: después del anuncio del Precursor es el del Mesías (Lc., I, 26). Aquí no son ya el templo ni los esplendores del culto, sino un rincón de la Galilea, en una aldehuela desconocida y despreciada. El Antiguo Testamento jamás menciona a Nazaret, y para los mismos contemporáneos de Jesús era un pueblo de mal nombre: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?», dirá Natanael a Felipe (Jn., I, 46). Para los cristianos es la aldea riente y florida que embalsama aún el recuerdo de la Virgen y del Niño Jesús.

Este segundo mensaje es, aun para el mismo evangelista, afín al primero, y en los dos se descubren rasgos comunes: turbación y sorpresa por la aparición del ángel en María y en el padre de Juan, que son inmediatamente tranquilizados por Gabriel, que a una y otro predice cosas grandes. Pero al lado de tales semejanzas, descúbrese profundas diferencias: desde que se presenta el ángel a María, la saluda con respeto: «Dios te salve, María, la llena de gracia, el Señor es contigo»; ningún saludo parecido hay para Zacarías; al contrario, allí el ángel domina con toda su majestad sobrehumana: «Yo soy Gabriel que estoy delante de Dios.» La actitud de María no es tampoco la del esposo de Isabel que duda y pide una señal: «¿Cómo conoceré esto?» María cree, y pide únicamente una explicación, a que tiene derecho, en una materia tan delicada, y que llevaba tan en el corazón: «¿Cómo se realizarán estas cosas, si yo no conozco varón?». En esta frase ha visto toda la tradición católica el propósito decidido de María de permanecer virgen, y, efectivamente, esta interpretación se

impone. Si hubiera pensado consumir su unión con José, la pregunta era del todo inútil. El ángel la revela el secreto de Dios, prometiéndola además una señal que no es castigo, como la mudez impuesta a Zacarías, sino señal misericordiosa: la fecundidad de Isabel. En una palabra, la diferencia esencial de la que todas las demás se derivan, es ésta: el hijo de Zacarías será un gran servidor de Dios, el Precursor; mas el hijo de María ha de ser el Hijo de Dios y el Mesías. Al primero el ángel mismo le traza un plan de vida: no probará vino ni bebida espirituosa e irá delante con el espíritu de Elías, de cuyo poder se revestirá; para Jesús no existen tales prescripciones y solamente se le proclama como rey eterno: «Dios le dará el trono de su padre David, y dominará en la casa de Jacob eternamente».

Estas magníficas promesas son eco fiel de las profecías, y se debe notar aquí esta continuidad entre el Antiguo Testamento y el Evangelio, revelada ya en el mensaje del ángel a Zacarías. En esta doble anunciación, lo mismo que en los cánticos que hemos de evocar más abajo, aparece el mesianismo no como se había abierto durante los treinta primeros años de vida cristiana, sino como se concibió y cantó en los albores mismos del cristianismo, en los años postreros del rey Herodes. El Mesías, el Hijo de Dios, se presenta en ellos sobre todo como el Hijo de David y rey eterno de Israel. La apostasía del pueblo escogido descubrirá bien pronto, después que haya inutilizado este plan primitivo, el horizonte inmenso de la Iglesia. Ninguna perspectiva era tan familiar a San Lucas como ésta, y la reserva guardada por él en estas narraciones confirma más aún su fidelidad de historiador.

Ante la magnificencia de estas promesas, María se humilla e inclina la cabeza. La dignidad sobrehumana de su misión ni la abate ni la enorgullece; se rinde sólo: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.»

Tan sencilla conformidad por la cual se entrega a Dios, parece más admirable aún a quien considera el porvenir inmediato que se abría a los ojos de la Virgen y que ella acepta: ¿qué diría José?, ¿qué sería de ella? Todo se lo deja a Dios, y antes que nada el cuidado de su honra; no será ella quien descubra el misterio a José: era secreto del Señor y Él lo revelaría cuando y como quisiera. Y efectivamente, Dios debía manifestarlo por medio de un ángel, pero dejando antes algún tiempo sumidos en esta angustia a José y a María.

¿Qué horizonte divisaba la Virgen un poco más lejos de este inmediato porvenir al pronunciar su fiat? Ella no lo dijo, pero sin temeridad se puede afirmar que Dios, que la amaba y la respetaba infinitamente, no la puso, sin saberlo ella, en el camino del Calvario. Al profetizarle Simeón, un año después, que una espada de dolor atravesaría su alma, no hizo sin duda otra cosa que recordarle revelaciones más íntimas.

María acepta esta carga inmensa de dolor y de gloria. «Aquí está -señala Bossuet-el sólido fundamento de la gran devoción que la Iglesia ha profesado siempre a la Virgen. Ella tiene la misma parte en nuestra salvación que Eva tuvo en nuestra desdicha, y no es otra la

doctrina de la Iglesia bebida en una tradición que llega hasta el principio mismo del cristianismo y que se irá desarrollando a través de toda serie de los misterios del Evangelio.»

Todo este relato de San Lucas, de una sencillez tan conmovedora, no descubre más que un aspecto del misterio, y es menester comprender el mensaje angélico, que nos muestra a la Virgen en toda su grandeza, en su humildad y en su pureza. En él hay algo más grande que ella, el Hijo de Dios, que misericordiosamente se hace hombre. Este paso lo ha descrito San Juan en su prólogo (Jn., I, 1-14).

Los primeros versos nos revelan la eternidad del Verbo, su vida en Dios y su divinidad. La doctrina de Juan sobre el Verbo no ha nacido, como la del *Memra targúmico*, de un escrúpulo ritual, ni es tampoco un expediente de traductor, sino la expresión de una fe viva en un ser divino y humano cuya preexistencia se describe y cuya vida terrena se relata. La narración del Génesis estaba presente sin duda en el espíritu del evangelista, cuando después de evocar, igual que allí, los orígenes (I, 1), recuerda también como él la creación (I, 3). Sin embargo, no parece suficiente el recuerdo para explicar el uso de este nombre personal del Verbo, que no tiene equivalente alguno en la descripción del Génesis.

La personificación de la palabra de Dios en los profetas y salmos no basta tampoco para una explicación adecuada. Si se quiere conocer por qué la fe cristiana ha revestido en San Juan esta forma, lo más seguro es, sin duda, acudir a los documentos cristianos que precedieron y prepararon el cuarto evangelio. En la carta primera a los Corintios (I, 24), al Hijo se le llama fuerza y sabiduría de Dios; en la segunda (IV, 4) aparece como la imagen de Dios, y en la carta a los de Colosos (I, 15 sgg.) vuelve sobre la idea y amplía esta doctrina, a la vez que insiste en la actividad creadora y conservadora de Cristo. En la carta a los Hebreos, esta teología alcanza toda su expansión y se descubren inconfundibles las influencias del libro de la Sabiduría. En estos documentos tan diversos, sobre todo en la epístola a los Hebreos, encuéntrase todos los componentes esenciales de la doctrina cristiana sobre el Verbo: lo único que falta es el nombre, que aparece por fin en el Apocalipsis (IX, 13) proyectado incidentalmente en medio de una visión triunfal, y en un contexto que no tiene nada de filosófico, que recuerda el libro de la Sabiduría de Salomón.

Se le encuentra de nuevo en el primer verso del evangelio, y sólo al fin del prólogo vuelve a usarlo San Juan (I, 14), para darle de mano durante todo el libro. No se concluya, sin embargo, que esta mención del Verbo tiene aquí visos de mera alusión fugaz, pues San Juan no hubiera hecho nunca tanto hincapié en una concepción como ésta, de haberle sido extraña, y en cambio se explica que haya empleado en el prólogo este término teológico, donde debía darnos la interpretación del misterio, y que le omita en el curso de la narración evangélica, cuyo carácter no se prestaba a semejante terminología. Sorprende mucho más aún esta diferencia de acento si se advierte que el prólogo es posterior a la obra misma. Anotamos, para concluir, que el evangelio entero está invadido por las dos concepciones de

la vida y de la luz, que ya desde el prólogo aparecen como atributos esenciales del Verbo.

Los primeros versículos del prólogo describen la preexistencia eterna del Verbo: El está en Dios, y El mismo, Dios, es creador de todo lo que ha sido hecho, vida, luz de los hombres, pero luz que las tinieblas no han logrado aprisionar. La luz verdadera que ilumina a todo hombre vino al mundo hecho por El, y el mundo, sin embargo, no le conoció. «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron»; este reino propio adonde el Verbo vino, y en el que no se le recibió, es el pueblo judío. El evangelista tal vez aluda a las antiguas teofanías (cf. XII, 41; VIII, 56), uniéndolas, al igual que San Mateo (XXIII, 37), con la manifestación suprema de la encarnación; y ella es ciertamente a la que en este verso apunta el autor sagrado, y con más determinación aún en el v. 14: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y nosotros vimos su gloria.» La expresión es predilecta de San Juan (cf. Apoc., VII, 15; XII, 12; XIII, 6; XXI, 3) y trae a la memoria la permanencia de Yavé bajo la tienda de campaña en medio de Israel (II Sam., VII, 6) y sus promesas de venir un día a habitar de nuevo con su pueblo (Ezech., XXXVII, 27; Zach., II, 10; VIII, 3, 8; Joel, III, 21); pero sobre todo recuerda más expresamente el himno de la Sabiduría (Eccli., XXIV, 3 sgg.). Se puede también reconocer aquí la aplicación al Verbo de lo que los doctores judíos apellidaban la *Chekina*: Jesús es verdaderamente la presencia de Dios entre los hombres, y los que a Él se acercan contemplan su gloria. A esta revelación suprema va dirigido entero el prólogo, y por esto, sobre todo, el Verbo de San Juan es completamente opuesto al logos de Filón; aquél no es, ni mucho menos, una abstracción, una personalidad imaginaria proyectada en el mundo metafísico, sino una persona viviente, que se ha hecho carne y a quien el evangelista ha visto y tocado (cf. I Jn., I, 1).

Desde la primera página de la vida de Cristo, San Juan nos revela ya el misterio: ahora el Verbo se hace carne, pronto nacerá y crecerá, enseñará y morirá, en fin, por nosotros: cuantos le vieron pasar quedaron sorprendidos por sus milagros y conmovidos por sus palabras, mas a pesar de todo no le recibieron. Algunos pocos le recibieron y contemplaron su gloria; son los hijos de Dios. Como todos, ellos le vieron con sus ojos, y con sus manos palparon la realidad de su vida humana, pero admiraron también cómo la ceguera de los otros no distinguía su gloria, la gloria del Hijo único, lleno de gracia y de verdad.

Después del misterio de la concepción virginal, cuenta San Lucas (I, 39 sgg.), el de la Visitación. Isabel esconde en el retiro su dicha y su esperanza, y María, enterada por el ángel de la milagrosa concepción de su prima, deja Nazaret y se encamina a visitarla: «Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño dió saltos en su seno, y llena del Espíritu Santo exclamó y dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre...» Por vez primera el misterio de la encarnación se revela ahora a los hombres, y no es María, que guarda preciosa y humildemente su secreto, quien lo da a conocer, sino el Espíritu Santo. Y, como lo indican las mismas palabras de Isabel, desde el principio, el niño que lleva en su seno, Juan el Precursor, da saltos de gozo a la voz de María; luego la madre es llena también del Espíritu Santo, y todo queda sin nieblas a sus ojos. Descubriendo entonces en su prima a la Madre de Dios su Señor, se humilla delante de ella y exclama: «¿De dónde a



mí que la madre de mi Señor venga a mí?» Es el mismo sentimiento que hará decir años después a Juan Bautista en el Jordán: «Yo debía ser bautizado por ti, ¡y tú vienes a mí!» Desde este día los dos bienaventurados niños inspirarán a sus madres respectivas los sentimientos que ellos han de expresar más tarde: María se humilla, igual que ha de hacerlo Jesús, e Isabel se confunde, como se confundirá el Bautista: Pero a la vez proclama la grandeza de María y la admira: «Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre»: palabras que la Iglesia ha recogido y que cada día repite con el saludo del ángel.

En el evangelio de San Lucas, donde hallamos casi todo lo que sabemos de la Virgen, se lee (XI, 27, 28) que una mujer, acabando de oír a Jesús, gritó llena de admiración: «¡Bendito el seno que te llevó y los pechos que mamaste!» Y Jesús contestó: «¡Más dichosos aún aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen!» Isabel ha comprendido ya esta bienaventuranza y admira la grandeza de María, pero ha avizorado su origen y por eso exclama: «¡Bendita tú que has creído!»

La Virgen, mejor aún que Isabel, comprende la grandeza de los dones recibidos, y por ellos bendice luego a Dios: «Mi alma engrandece al Señor.» No vamos a explicar aquí por menudo el Magnificat ni a vindicar su origen mariano; pero, al menos, detengámonos un instante en este himno de la Virgen, comparándole con el de Zacarías y Simeón, con los cuales tiene tantos rasgos comunes. Como el *Benedictus* y el *Nunc dimittis*, el *Magnificat* está lleno de reminiscencias bíblicas; ni es extraño, si se recuerda que la Biblia era entonces el único alimento de las almas piadosas; ella empapaba sus almas, y como instintivamente, sus textos acudían a sus labios, máxime cuando bajo el influjo de una emoción religiosa el corazón se les iba hacia Dios, para darle gracias o implorar su ayuda o su perdón: Nuestro Señor mismo nos dió este ejemplo al enseñar a los Apóstoles el Padrenuestro, y cuando al expresar su doloroso abandono en la cruz, repitió las primeras palabras del salmo XXII : «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me habéis abandonado?» Si pasamos a las oraciones cristianas más antiguas, como la de San Clemente y San Policarpo, veremos que son a una, espontáneas y llenas de reminiscencias bíblicas.

Por lo demás, cada uno de estos cánticos tiene su carácter peculiar: el Magnificat es la acción de gracias entonada por la Madre del Señor: María respondió al ángel: «He aquí la esclava del Señor», y ahora repite: «Dios ha puesto sus ojos en la baja de su esclava.» Tiende luego su mirada hacia el campo inmenso de la acción divina como la va a manifestar, sobre todo, la venida del Mesías, y ve a los orgullosos dispersos, destronados a los poderosos y despedidos los ricos con las manos vacías. Los humildes son, en cambio, ensalzados y los hambrientos llenos de bienes.

La Madre de Dios deja ya adivinar el Evangelio de su Hijo: la primera bienaventuranza no será otra (según el texto de San Lucas) que ésta: «Bienaventurados los pobres, porque a vosotros os pertenece el reino de Dios»; y otra vez: «Bienaventurados vosotros los que habéis sufrido hambre, porque vais a quedar satisfechos» ; y a estas bendiciones corresponderán las maldiciones : «Desdichados vosotros los ricos, porque

tenéis aquí vuestro consuelo; infelices vosotros los hartos, porque seréis atormentados por el hambre.» La Iglesia aparecerá también a los ojos del mismo Cristo como un humilde y pequeño rebaño de pobres, sencillos y perseguidos, aunque infinitamente ricos en bienes de Dios.

Esta bienaventuranza evangélica habíanla preparado las enseñanzas de los profetas y salmistas; presentíala la piedad de los israelitas fieles, y María la Madre de Jesús es quien la canta.

Pasados algunos meses con Zacarías e Isabel, volvióse María a Nazaret, probablemente antes del nacimiento de Juan el Bautista. Una prueba cruel la esperaba en su propio hogar: había guardado silencio sobre la visita del ángel, lo mismo que sobre el mensaje y misterio divino seguido después: a la Providencia divina había dejado la guarda de su honra, y Dios mismo había revelado a Isabel su milagrosa maternidad. Sólo José no había recibido comunicación alguna, y su esposa, encinta ya de tres meses, volvía a su lado. El evangelista San Mateo nos dice cuáles fueron sus angustias: «José, que era hombre justo y no quería afrentarla, determinóse a abandonarla secretamente» (I-19). Entre los judíos, los esponsales eran tan sagrados como el mismo matrimonio, pero podían, igual que éste, romperse por el divorcio. José creyóse reducido a tal término, y resolvióse a dejarla en secreto: entonces interviene Dios disipando su ansiedad y salvando el honor de María. «Un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque la concepción de su seno es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, y él salvará a su pueblo de sus pecados» (I, 20c.22). Este aviso a José es parecido a aquel otro que Gabriel había dado antes a la Virgen y él manifiesta el origen divino de la concepción de Jesús y la grandeza de su misión y el oficio de Redentor que lo llena todo en esta profecía. Zacarías exclama en su cántico: «El librará a Israel de sus enemigos», y el ángel anuncia una liberación más íntima: «El salvará a su pueblo de sus pecados.» Hay que notar aún el título que se da a José, «José, hijo de David». Tal título tiene en estas circunstancias un valor particularísimo: los derechos de hijo David se los transmitirá legalmente a Jesús su padre nutricio José. En este relato, el primero que tomamos de San Mateo, saltan a simple vista los caracteres propios de su evangelio: En San Lucas, María aparece siempre en primer término, y aquí, es José, a quien avisa el ángel la milagrosa concepción del Salvador, y a él se le aparecerá después de la venida de los Magos para intimarle la orden de huir a Egipto, como más tarde la de volver a Palestina.

Se puede, pues, concluir con verosimilitud, que San Mateo tomó sus referencias de una fuente galilea, en la que los recuerdos personales de San José se conservan más fielmente: «Ni es absurdo conjeturar que Santiago, el hermano del Señor, fuera uno de los que proporcionaran estos datos al evangelista». Es más cierto que estos dos capítulos de San Mateo indican un conocimiento preciso y seguro del judaísmo palestinese en los días de los Herodes, y que suponen también en los lectores parecida ilustración: la situación legal creada por los esponsales, la etimología del nombre de Jesús, la topografía de Belén y la proximidad del sepulcro de Raquel, el árbol genealógico de los Herodes y el poder de Arquelao, restringido a la Judea, todos estos pormenores rápidamente evocados suponen

unos lectores a quienes es familiar este pasado, tan pronto desaparecido. Ellos comprenderían por eso sin fatiga la aplicación al Mesías del texto de Miqueas (II, 15) sobre el pueblo de Israel, y apodados a lo mejor ellos mismos nazarenos, cogerían en seguida la alusión de San Mateo (II, 23) a este nombre y a su significado.

Así se nos presentan los dos evangelios de la infancia desde el punto de vista meramente histórico, como derivaciones de fuentes las más auténticas: el de San Lucas, inspirado en los recuerdos de María y el de San Mateo, ligado a los de San José. Estas dos tradiciones tan eminentemente autorizadas son independientes la una de la otra y fragmentarias: la sucesión de algunos hechos podrá permanecer incierta, y el conjunto de la narración, sobre todo, incompleto. Pero, al menos, tienen estos fragmentos un valor histórico de primer orden y en todo tiempo una frescura y una viveza de impresión que hacen de ellos uno de nuestros tesoros religiosos más estimados.

Para los sucesos hasta ahora descritos, San Lucas no pone otro marco que el de Nazaret y Galilea : San Mateo no nos lleva allá hasta la vuelta de Egipto (II, 23), advirtiéndonos, sin embargo, San Lucas que José pertenecía a Belén, como descendiente que era «de la casa y familia de David» (II, 4).

### III.-EL NACIMIENTO

Para obedecer al edicto de Augusto promulgado por Quirino (cf. *supm*, pág. 31), José debe inscribirse con su esposa María, en Belén. Salen, pues, para aquel viaje de unas treinta leguas, que los peregrinos de hoy recorren en tres o cuatro días: bajando de la colina de Nazaret, atraviesan primero la llanura de *Esdrelón*: todos los grandes recuerdos de Israel reviven uno en pos de otro en estos humildes pueblecillos, que o se divisan o se atraviesan: Sulam, santificada por los milagros de Elíseo, y donde vibra aún el acento del Cantar de los Cantares; Jezrael, manchado por los crímenes y la sangre de Jezabel: los montes de *Gelboé*, donde sucumbieron Saúl y Jonatás; después es la Samaria, con su Hebal y Garizín, antes montañas sagradas y hoy todavía reductos de cisma y rencores samaritanos: a la boca misma de este valle profundo y estrecho, junto al camino, el pozo de Jacob y la tumba de José. Luego, paso a paso, se sube de la planicie de Samaria a las montañas de Judea.

Aquí, a la derecha, están Silo y en seguida Bethel, antiguamente sitios religiosos de Israel abandonados y pospuestos desde tiempo atrás por Dios. Por fin, el Scopus, desde donde se divisa Jerusalén y el templo de Herodes sin concluir, pero aun así resplandeciente de mármoles y de oro. Dios le habita ahora, ¿pero durará mucho su estancia? Aún hoy, ningún peregrino puede recorrer indiferente esta tierra santa, donde Dios se mostró tan magnífico y el hombre tan ingrato. Pero ¿qué tienen que ver tales sentimientos con la emoción profunda que llenaba entonces el corazón de José y sobre todo el de María? También a sus ojos surgía de entre estos valles y montañas la historia entera de su pueblo, con sus deficiencias y sus plegarias, con sus esperanzas y deseos, y el Niño que la Virgen

llevaba en su seno venía a borrar estas deficiencias y pecados y a colmar todas estas aspiraciones.

Salen por fin de Jerusalén, y como a las dos horas de camino, están ya en la ciudad de David, que es también la suya. Nadie les recibe. El censo había sin duda llevado una afluencia numerosa de forasteros, y los humildes caminantes de Galilea llegaban ya tarde y eran demasiado pobres para poder encontrar una habitación: «No había lugar para ellos en el mesón.»

Era necesario buscar albergue, y divisaron un establo en una cueva; y estando allí cumplieronse a María los días de dar a luz, y parió a su hijo primogénito y le envolvió en pañales y le recostó en un pesebre. La Virgen no se debilitó como las demás madres por el alumbramiento de su hijo, y se bastaba según eso para estos primeros cuidados. Este milagro estupendo «efectuóse en silencio» (Ignacio de Ant. a los Efesios, 19, 1), y el evangelista ha respetado el misterio con la discreción de su relato. ¿Qué añadir a esta sencilla narración de San Lucas que no turbe la paz divina que respira, y no sea indigno de un misterio tan soberano? Sólo queda repetir las palabras de María: «Arrojó de su trono a los poderosos y ensalzó a los humildes.» Y a éstos antes que a nadie, se anunció el nacimiento de Jesús: a unos pastores que pasaban la noche en el campo velando sus rebaños. Una tradición antigua coloca la escena de los pastores en el fértil valle llamado el campo de Booz. Allí fué, dicen, donde en otro tiempo se quedó dormido Booz y al despertar descubrió a sus pies a Ruth la espigadora: del matrimonio de los dos nació Obed, abuelo de David, antepasado del Niño que acaba de nacer en esta noche en Belén. El viejo idilio, comenzado años atrás durante el silencio nocturno, lograba en el de esta noche su coronación y remate.

«Un ángel del Señor aparecióse a los pastores y la gloria del Señor refulgió en torno de ellos, y un temor grande los sobrecogió. El ángel les dijo: No temáis porque os anuncio un gozo grande, que lo será para todo el pueblo: que hoy os ha nacido el Salvador que es el Cristo Señor, en la ciudad de David; y esto os servirá de señal: Hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre y súbitamente apareció con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial que alababa a Dios y decían: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc., II, 9-14).

Desde el comienzo de su vida pública Jesús debía dar como señal de su misión divina la evangelización de los pobres (Mt., XI, 5). Hoy, apenas nacido, los pobres son ya evangelizados. La vida de estos pastores es la misma que antes habían llevado sus ascendientes Abrahán, Isaac, Jacob y los patriarcas, y en ella había crecido David guardando los rebaños de su padre y defendiéndolos de osos y leones. Al tiempo de Cristo era una vida despreciable y sospechosa para los escribas: porque ¿podían los pastores someterse a las mil prescripciones rituales con que habían cargado la ley? A ellos es a quienes se anuncia Jesús antes que a nadie, y a ellos se complacerá más tarde en compararse: «Yo soy el buen pastor» (Jn., X, 11). El aviso del ángel esta noche es

magnífico: El Salvador, el Cristo Señor, títulos todos que frecuentemente resonarán en las cartas de los Apóstoles, pero que el Evangelio dejará oír con parsimonia: a esta gloriosa proclamación del reino del Mesías hace eco la corte del cielo con el «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Y los pastores, los primeros peregrinos de esos cientos de millares que debían luego imitarlos, vienen a Belén.

Pasados ocho días se circuncidó al Niño y se le puso por nombre Jesús. La circuncisión de Juan Bautista resultó una gran fiesta de familia, señalada además con grandes milagros, gracias a los cuales, sus vecinos y parientes numerosos esparcieron por todo el país la noticia de los prodigios sucedidos. Nada semejante cuenta San Lucas en la circuncisión de Jesús. José y María no eran en Belén más que simples viajeros de paso, y no podían contemplar a su lado aquella numerosa parentela, ni a aquella turba de amigos que rodeó al sacerdote Zacarías. Este gran misterio de la circuncisión del Salvador pasó sin duda por alto como toda su infancia, exceptuados ciertos sucesos que Dios se reservaba para revelarlos a testigos privilegiados.

Una de estas manifestaciones iba a realizarse un mes más tarde. En este día llegaba María al templo para purificarse y presentar a su hijo. Según la Ley (Lev., XII), toda mujer que diera a luz un varón quedaba impura durante siete días, y pasado este tiempo debía aún permanecer en su casa por treinta días; luego, cuarenta después del alumbramiento, presentábase en el templo, y si era rica, ofrecía un cordero y un pichón; si pobre, dos tórtolas: el sacerdote rogaba por ella y quedaba purificada. Otra prescripción de la Ley (Éxodo, XHI, 2, 12 sgg.) consagraba al Señor todos los primogénitos. Esta legislación mosaica no exigía de ningún modo que el hijo fuese llevado a Jerusalén y se le presentase en el templo. No obstante, María va a cumplirla, y San Lucas tiene cuidado de contárnoslo: desde su primera niñez Cristo debía consagrar, por una ejemplar obediencia, esta Ley, que El venía no a abolir, sino a perfeccionar; iba además en esta ocasión a verse saludado en el templo como Mesías, y no por la turba como años después, sino por algunos testigos privilegiados escogidos de Dios.

Fué el primero un anciano que esperaba el consuelo de Israel, y a quien Dios había prometido que no moriría sin ver antes al Cristo del Señor. Guiado del Espíritu Santo, vino al templo y tomó al Niño Jesús en sus brazos y prorrumpió en el *Nunc dimittis* (Lc., II, 29-32).

Este cántico no es más que una efusión corta, aunque conmovedora. El anciano servidor que después de tantos años esperaba la consolación de Israel con la vista siempre en lo futuro, es relevado de su guardia: la luz por tanto tiempo columbrada brilla y el servidor puede morir en paz, terminada su tarea y sus deseos colmados. Sobre las naciones van a disiparse las tinieblas, e Israel será glorioso. Treinta años después advertía Jesús a sus oyentes, despreocupados de esta dicha: «¡Cuántos han deseado ver lo que vosotros contempláis, y no han podido!» (Luc., X, 24). Lo que los mismos discípulos habían de tardar tanto en comprender, alcánzalo Simeón desde el primer día; ¡tan precozmente

adelantan las almas que Dios escoge y se prepara!

Tales perspectivas de gloria y de luz eran verdaderamente proféticas; pero ¡cuántos años y cuántos siglos tendrían que correr antes de la completa iluminación de las naciones y de la glorificación de Israel! Esta alegría y esta esperanza triunfante se comprenden mejor en los albores del cristianismo que en la época de la composición del Evangelio, cuando aún se veía tan lejana la gloria de Israel, y este rasgo, como tantos otros, confirma el origen antiguo de estos cánticos conservados y piadosamente transcritos por San Lucas.

Los padres de Jesús, admirados, reflexionaban silenciosos (II, 32). Es la misma actitud ya notada por San Lucas en María después de la visita y adoración de los pastores (II, 19). Sin duda que ni María ni José tenían cosa que aprender de los pastores ni de Simeón, pero en estos milagros de la gracia, más aún que en los de naturaleza, cuanto más se sabe, más hay que admirar, y las luces ya recibidas iluminan las revelaciones nuevas que vienen a abrir horizontes infinitos. Se advertirá también cómo San Lucas, tan atento siempre a dar relieve a la virginidad de María, habla aquí del padre y de la madre de Jesús, como más arriba (V, 27) hacía mención de sus padres. Son locuciones usuales que deben interpretarse por los sucesos referidos en otros sitios. Por lo demás, María aparecerá aquí en primer término, y a ella sola predice Simeón las crueles angustias que han de desgarrar su alma (v. 34). Y efectivamente, después del himno de gloria entonado por Simeón, llegan en seguida los vaticinios más sombríos. Isaías profetizaba (VIII, 14): «El Dios de los ejércitos será para vosotros la santificación. Pero El será, además, piedra de tropiezo y de escándalo para las dos casas de Israel, y lazo y ruina para los habitantes de Jerusalén: y tropezarán muchos de ellos y caerán y serán triturados y cogidos en la red.» Jesús mismo debía recordar estas imágenes proféticas en los días postreros de su ministerio (Mt., XXI, 42), y todos los Apóstoles, San Pedro (I Pet., II, 8), San Pablo (Rom., IX, 33) y San Juan (III, 19), señalan esta dolorosa contradicción: Cristo vino a los suyos, y esta gracia inmensa de Dios ha sido salud para los fieles, y para los otros condenación. La contradicción será tan violenta, que el alma de María vendrá a quedar como si la atravesase una espada.

Al mismo tiempo que Simeón, hallábase allí una viuda por nombre Ana, de edad de ochenta y cuatro años. Jovencita aún, a los siete años de matrimonio, había perdido a su esposo, y desde entonces no salía del templo, sirviendo a Dios de día y de noche en oración y ayunos. Encontróse allí en aquel instante, y comenzó a bendecir a Dios y a hablar del Niño a cuantos aguardaban la redención de Israel (II, 36-38).

Estas dos figuras de Simeón y Ana personifican todo el judaísmo antiguo, pero fiel, que espera, que ora y ayuna. Sin duda que pasaba inadvertido, y los contemporáneos no le veían, como los historiadores no distinguen, aun hoy, más grupos que los dos rivales de los saduceos y fariseos; pero además de estos partidistas queda el núcleo de los fieles, que esperan, que ayunan y que oran, y que aguardan antes que nada la justicia y la santidad; por ellos sobre todo nace Cristo y a ellos se revela desde los primeros días.

De la oración de los Magos y de la huída a Egipto no ha quedado señal en el evangelio de San Lucas, y lo más probable es que no la conoció. M. Le Camus ha colocado la visita de los Magos antes de la presentación en el templo, y ¡difícilmente se puede admitir esta cronología! Mal se comprende cómo María y José pudieron después de la adoración de los reyes llevar al Niño Jesús de Belén a Jerusalén, sin que ni este viaje, ni sobre todo los homenajes y la profecía de Simeón, con la admiración comunicativa de Ana, despertasen las sospechas de Herodes. Además de que el texto de San Mateo no se presta a semejante interpretación, pues los Magos, avisados por el ángel, no vuelven por Jerusalén, como se lo prometieron a Herodes, y el tirano despechado, hace degollar a los niños de Belén, escapándose Jesús por la fuga. Esta sucesión de acontecimientos es tan precipitada que no consiente espacio para ese viaje a Jerusalén.

Después de la presentación en el templo volvió la Sagrada Familia a Belén, con la intención, sin duda, de establecerse allí definitivamente. San Mateo advierte, en efecto, que el pensamiento primero de José al volver de Egipto fué quedarse en Belén, determinación de que le apartó el temor de Arquelao (II, 21-22).

La visita de los Magos y la persecución de Herodes habíanle obligado a huir a poco de su vuelta a Jerusalén, y no debe sorprender que una estancia tan breve haya quedado sin anotarla la tradición transmitida por San Lucas.

Sobre los Magos, su posición, su número y su patria, no presenta muchos datos el Evangelio: «Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el nacido rey de los judíos? Porque nosotros hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle» (II, 1). Los dones que traen parecen originarios de la Arabia, y, efectivamente, así lo repite con frecuencia San Justino.

Esta cuestión de la patria de los Magos es cosa secundaria, y lo que interesa al evangelista es la lección religiosa que se desprende del relato: que extranjeros obedientes a las ilustraciones enviadas por Dios, vengan no sin trabajos y peligros, a adorar al Niño, y que en Jerusalén no les sigue un alma. Los escribas saben dónde debe nacer el Mesías, y Herodes, enterado por ellos se lo avisa a su vez a los Magos, pero ni él ni los doctores utilizan esos conocimientos que poseen. La ciudad se conmueve, y su soberano sólo sueña ya en dar la muerte a este rey de los judíos. Presiéntese ya desde este día la sentencia divina que va a echar por tierra todos los prejuicios judíos, «Yo os lo digo, que vendrán muchos de Oriente y Occidente, y tomarán asiento con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores» (Mt., VIII, 11-12).

Ni la turbación de Herodes ni el proyecto criminal que medita pueden sorprender,

ya que sus parientes más cercanos habían sido víctimas de su saña suspicaz: testigos, su cuñado Aristóbulo, su suegro Hircano, su madrastra Alejandra, su esposa Mariamme y hasta los dos hijos habidos en ella, Alejandro y Aristóbulo. La vida de los recién nacidos de Belén no podía, pues, parecerle muy preciosa; condénalos a muerte, pero sus planes fracasan por completo. Hace salir a los Magos apresuradamente en plena noche para ocultar su marcha a los habitantes de Jerusalén. La estrella aparece otra vez en el cielo y guía a los peregrinos. Al divisar su luz, ya familiar, alegráronse los Magos con indecible gozo, y guiados por ella, llegaron al sitio donde se encontraba el Niño. Entraron en casa y hallaron a Jesús con María su Madre, y postrados en tierra le adoraron, y abriendo sus tesoros ofreciéronle oro, incienso y mirra. Cristo había aceptado el humilde reconocimiento de los pastores, y acepta ahora también los ricos presentes de los Magos; pero ese oro, ese incienso y esa mirra depositados junto a su cuna no volverán a ofrecérselos ya en el curso de su vida. Sólo allá en los últimos días aceptará otra vez estas ofrendas opulentas: el vaso de alabastro y los perfumes de la Magdalena, y después de muerto, las cien libras de áloe compradas por Nicodemus para embalsamar su cuerpo. Así quería honrar Dios las grandes humillaciones de su cuna y de su tumba.

Pero esto no fué en Belén más que un relámpago fugaz de gloria: los Magos partieron y advertidos en sueños de que no volvieran a Herodes, encamináronse a su tierra por otro derrotero. Entonces hizo el rey degollar a los niños de Belén, aunque sin alcanzar a Jesús, a quien sus padres, avisados por un ángel, habían llevado a Egipto.

El destierro fué de corta duración. Algunos meses sólo después del degüello de Belén, moría Herodes: Josefo ha detallado minuciosamente esta agonía terrible y la infección purulenta que roía poco a poco el cuerpo del tirano, yapestaba su palacio de un hedor insoportable: cinco días antes de su muerte hizo matar a su hijo mayor, acabando él, a su vez, cubierto con las maldiciones de todo el pueblo.

Por su último testamento, la Judea debía pasar a su hijo Arquelao con el título de rey. Era una sucesión bochornosa: el pueblo, exasperado por las violencias del reinado anterior, y sobre todo por la reciente ejecución de los dos rabinos Judas y Matías, exigía como represalias el castigo de los consejeros reales. Trató Arquelao de calmarles con buenas palabras, aunque sin éxito, y entonces hizo intervenir a la fuerza, pero parte de los soldados fueron apedreados, y Jos demás huyeron perseguidos. Ordenó entonces la concentración de todo el ejército para sofocar la rebelión, y en el templo pasó a cuchillo a tres mil judíos. Después de una represión tan sangrienta, dirigióse a Roma para lograr su reconocimiento de Augusto. Su hermano Antipas le siguió dispuesto a pleitearle la sucesión, y los judíos, por su parte, enviaron una comisión para rogar al emperador los librase de los Herodes, y él en persona tomase el gobierno del país.

La instancia de los judíos se descartó momentáneamente, y el testamento de Herodes quedó aprobado en sus disposiciones principales: Arquelao recibió la Judea, la Samaria y la Idumea; Antipas, la Galilea y la Perea; Filippo, la Batanea, la Auranítida y



Traconítide. Arquelao no alcanzó, sin embargo, el título de rey y hubo de contentarse con el de etnarca: sus dos hermanos llegaron al honor de tetrarcas.

Antes del final de este proceso, la Sagrada Familia había ya vuelto de Egipto: el aviso del Cielo se le comunica a José inmediatamente después de la muerte de Herodes (II, 19) y le obedece sin tardanza; cuando José sale de Egipto ignora aún quién ha sucedido al tirano, de lo que sólo se enteró al llegar a Palestina, donde encuentra como rey de la Judea a Arquelao (II, 22), y no parece que de simple etnarca, como lo será a su vuelta de Roma. Este nuevo indicio confirma los precedentes, y fija la fecha de la venida en los primeros meses del reinado de Arquelao.

La Sagrada Familia se establece ya en Nazaret y aquí crecerá el Niño: del nacimiento en Belén, lo mismo que de la corta estancia en Egipto, sólo guardarán recuerdo sus padres, pues para todos los demás, Jesús era nazareno.

#### **IV.-LA INFANCIA DE JESÚS**

Estos años de la infancia, inagotables para los evangelios apócrifos, descríbelos San Lucas con una sola frase: «El Niño crecía y se fortificaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él» (II, 40). Se presente ya aquella ley del reino de Dios que Jesús debía revelar más tarde: «El reino de Dios es como una semilla que un hombre arroja en la tierra; se duerme y se levanta de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él lo advierta» (Mc., IV, 6-27). Así ha caído en tierra la simiente divina, y crece bajo la mirada de Dios; los hombres lo ignoran; embebidos en sus negocios, duermen y velan, y en su derredor el germen de salud se desenvuelve y madura.

Murió Herodes, y Arquelao fué pronto destronado; Herodes Antipas prosiguió en su vida de libertinaje, y Filipo edificó nuevas ciudades y los romanos sometieron y organizaron el país, y en medio de esta agitación con frecuencia loca, cuando no estéril o poco menos, crece el Hijo de Dios sin que un alma lo sospeche. Nadie en torno de la Sagrada Familia adivina el misterio. Pasan los primeros años, la infancia, la juventud y la adolescencia sin que ninguno advierta nada sobrehumano; los padres mismos de Jesús guardan para sí su secreto, admiran y se callan. Nada más.

Sólo en una ocasión se descubre el velo del misterio, y aun entonces a medias. A los doce años llevaron a Jesús sus padres al templo para la fiesta de la Pascua. Dejélos volver, y sin que lo notasen, quedóse en el templo. Cuando a la tarde advirtieron su falta, creyeron en un principio que vendría entre sus amigos o parientes. Buscáronle, pero en vano, y al siguiente día volvieron a Jerusalén mortalmente angustiados. Después de buscarle por mucho tiempo, al tercer día halláronle en el templo sentado en medio de los doctores oyendo y preguntándoles.

Humildemente como un discípulo, se había mezclado con los otros niños y sentándose en tierra en torno de las sillas de los doctores; pero bien pronto se reparó en la viveza de la inteligencia que brillaba en sus respuestas, y la admiración fué grande en todos. Al encontrarle allí sus padres, quedaron maravillados, y su madre no pudo contener una exclamación: «Hijo mío, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? He aquí que tu padre y yo te buscábamos angustiados. Y El les respondió: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas de mi Padre? Pero ellos no entendieron lo que les dijo, Y bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón» (Lc., II, 48-51).

Este rasgo postrero queda ya anotado más arriba en la narración del mismo San Lucas (II, 19): el evangelista apunta una vez más la fuente utilizada, los recuerdos de María piadosamente guardados en su corazón. Y la humildísima Señora ha tenido la precaución de indicar que ella en un principio no comprendió las palabras y la forma en que Jesús desarrollaría su acción en el mundo. Hasta entonces había vivido a su lado, humilde y sumiso; en este día, por vez primera se consagraba a sus excelsos deberes, y lo hacía con la independencia más absoluta, dejándole a ella, su Madre, en la incertidumbre y en la angustia.

Si es cierto que la Virgen no debía ir más que progresivamente comprendiendo la misión de su hijo y los deberes que ella suponía, no puede decirse lo mismo de Jesús. Jamás se nota en su proceder ni desconocimiento, ni duda, ni revelación repentina. Desde el primer instante aparece del todo consciente de sí y de su obligación. Con sencillez, pero con toda autoridad, reivindica su independencia, preludia su misión, y en seguida, sin violencia, vuelve al estado modesto por El escogido: a Nazaret y a su vida de niño humilde y obediente.

Su historia durante estos treinta años la resume así San Lucas: «Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y gracia delante de Dios y de los hombres» (II, 52). San Cirilo de Alejandría escribe a este propósito: «El evangelista teólogo, presentado al Verbo divino hecho carne, indica además que, habiéndose unido a ella según la economía de la encarnación, dejola desenvolverse según las leyes de su naturaleza peculiar. Y, pues, es propio de la humanidad progresar en edad y en sabiduría, yo diría también que en gracia, la inteligencia en cada uno se desarrolla según cierta medida, al mismo tiempo que las dimensiones del cuerpo. En los niños no es la misma que la de los tiernos años, y según ellos crecen, crece ella también. Y claro que no era imposible, y menos irrealizable para el Verbo, puesto que es Dios e hijo del Padre, dar un crecimiento anormal ya desde la cuna a aquel cuerpo que Él se había unido, y hacerlo de repente hombre perfecto, como no tendría dificultad en decir que le era difícil e incómodo manifestar en el niño una sabiduría admirable; pero esto hubiera distado poco de la magia y hubiera roto la sabia economía de la encarnación. Porque este misterio se realizó sin estrépito. Dejó, pues, a las leyes humanas guardar en El todo su valor. Yo veo en ello un deseo de asemejarse a nosotros: nuestro

desarrollo es gradual, el tiempo aumenta nuestra estatura, y en proporción igual también nuestra inteligencia».

La realidad de este progreso nos incita a narrar su historia, pero para tal investigación fáltanos casi en absoluto las informaciones requeridas, «y esta laguna -es observación del Padre Lagrange-es tal vez, entre todas, la que hace más costosa la tarea de escribir una vida de Cristo». Puédese en algún modo suplir estas indicaciones que nos faltan, proyectando sobre la juventud de Cristo el resplandor y brillo de su vida pública.

En la predicación se nos presenta criado con la lectura de la santa Biblia, sobre todo del Deuteronomio, los Salmos, Isaías y Daniel. La paternal providencia de Dios, tan amorosamente pintada en el sermón del monte, recordaría a los oyentes los versos familiares de los Salmos, iluminándolos, y ahondando en su sentido; su enseñanza también, lo mismo que su persona, se va con predilección tras las profecías de Isaías sobre el siervo de Yavé y sobre su acción libertadora, su bondad paciente, misericordiosa y compasiva. Al fin de su vida, en particular delante del gran sacerdote, evocará solemnemente las visiones de Daniel. En todas estas citas no aparecen jamás las sutilezas jurídicas a que estaban hechos sus contemporáneos, y que casi por completo llenan el *Midrach*. Todo es en Jesús sencillo, recto y profundo. El toma de la Escritura, como un rico del tesoro que le pertenece; conoce todos sus recursos porque El los ha creado y dispone de ellos como soberano.

Hay otro libro más humilde y más oscuro aún que la Biblia, pero como ella, también escrito por Dios y en el que Jesús contempla con placer: es el mundo, obra de sus divinas manos. «Francisco de Asís -escribe el Padre Grandmaison-no fué más amante de la Naturaleza. El Evangelio lo atestigua en cada página. Es toda la Galilea de entonces la que se refleja aquí, con sus duelos y sus fiestas, su cielo y sus estaciones, con sus rebaños y sus viñas, con sus siegas y hasta con el efímero adorno de sus anémonas, con su hermoso lago, y con la robusta población de sus pescadores y de sus desahogados campesinos.» «Jamás Salomón en toda su gloria se vió vestido como un lirio del campo.» Esta nota conmovedora, lanzada como de paso en medio del sermón del monte, parece el eco de la palabra creadora delante de su obra: «Vió que lo creado era bueno»; pero al pasar por el corazón de carne de Cristo Hombre, este eco resulta más humano aún y más emocionante. Esta admiración por la obra de la creación será siempre uno de los rasgos de la contemplación cristiana, y ya en los mismos Padres apostólicos, aun en los más antiguos, como en un San Clemente Romano, el brillo de esta hermosura del mundo engalana por un instante la gran solemnidad de la carta (c. 20 y 23). Lo mismo sucederá con los grandes santos: el empeño de mortificación podrá algún tiempo velar su vista, pero cuando la luz de la contemplación les ilumine, les llevará en seguida a admirarse de la obra de Dios. En el cielo y en la tierra los niños no ven más que el teatro de sus juegos; la mayoría de los hombres, sus colores, sus líneas y su mole; pero los Santos, después del Hijo de Dios, contemplan en ellos la gloria del Padre.

Y en este mundo se distinguirá siempre con predilección el círculo íntimo de la familia y la ciudad que nos vió nacer. Y aquí se nos presenta, lo primero, la Madre de Jesús. «Si nos fuera permitido -escribe el Padre Lagrange-llevar hasta este extremo el análisis de su desarrollo humano, yo diría que en Él, como en otros, se nota algo que denota la influencia de María. Su gracia, su exquisita delicadeza y su indulgente dulzura no son más que de María. Esto sobre todo distingue a los que con frecuencia han sentido su corazón templado por la ternura maternal y afinado su espíritu por las palabras de la mujer venerada y tiernamente querida que se complacía en iniciarles en todos los más delicados matices de la vida.» De verdad que Jesús fué como lo decían sus paisanos, el «Hijo de María» (Mc., VII, 3).

Y si Jesús recibió tanto de ella, Él la amó también infinitamente; como Dios, la escogió y otorgó sus prerrogativas únicas, de la virginidad y pureza inmaculada, junto con la gracia de la maternidad divina, y, como hombre, quísole con tanta ternura que su postrer suspiro en la cruz en medio de torturas espantosas fué para ella: «Mujer, ahí tienes a tu hijo; ahí tienes a tu madre.»

Este doble amor llevóle también a escoger para su Madre la ocupación más digna de ella: el profeta le había vaticinado a Él como servidor de Yavé, y su Madre fué la esclava del Señor por el olvido de sí misma, por la consagración y por el desprendimiento más perfecto: «Mejor es dar que recibir.» Cristo escogió para sí esta felicidad, e hizo de ella participante a su Madre. Y porque María apreció en todo su valor este regalo, quiso dejar señalados con particular detenimiento estos rasgos de la infancia, que la superficialidad de algún lector encontrará demasiado severos: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas de mi Padre?» (Luc., II, 49). Y luego en Caná: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí?» (Jn., II, 4); y en Cafarnaún: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?» (Mc., III, 33), y cuando una mujer exclame: «Bendito el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron», contestará: «Bienaventurados, sobre todo, los que oyen la palabra de Dios y la cumplen» (Luc., XI, 28). Tales respuestas de Jesús están inspiradas por el ejemplo que Él mismo debió a sus discípulos, a los que enseñó que el cuidado de las cosas de Dios ha de estar por encima de todos los afectos de familia, separándose el discípulo de Cristo si hace falta de su padre y de su madre: «He venido a separar al hijo de su padre y a la hija de su madre...; quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» (Mt., X, 35-37). Y naturalmente, tendía a dar este ejemplo de desprendimiento que les quería exigir luego.

Esta lección era particularmente necesaria en el mundo donde Jesucristo vivió. En aquel medio palestinese las relaciones de familia y de partido eran de lo más íntimo, y un hombre arrastraba en su fortuna a toda su parentela. Instintivamente se veía uno llevado alrededor de Jesús, a aplicar esta ley con sus parientes, que, como es natural, se apresuraban a reclamar las ventajas. No tiene otro sentido la respuesta a la petición de los hijos del Zebedeo y de su madre (Mc., X, 35-45), si se admite, sobre todo, que Salomé era hermana de María, Madre de Jesús.

Más adelante se notarán en Jerusalén las influencias de estas costumbres: el obispo de la ciudad santa será Santiago, el hermano del Señor, y luego Simeón, su pariente. Los dos fueron santos; pero no es menos cierto que esta importancia concedida al privilegio de la parentela según la carne, no fué ni mucho menos para la Iglesia de Jerusalén una fuente de vigor. Al contrario, San Pablo protestará que no quiere conocer al Cristo según la carne (II Cor., V, 16).

Contra la dulzura siempre temible de estos lazos de carne y sangre puso en guardia Jesucristo a sus Apóstoles con su palabra y sobre todo con su proceder. Sin duda que sólo por esto permitió la larga incredulidad de sus parientes más próximos. Seis meses antes de la Pasión cerca de la fiesta de los Tabernáculos sus hermanos no creían en El (Jn., VII, 5). La incredulidad revelada en este pasaje de San Juan proyecta una sombra oscura sobre la infancia y juventud de Cristo. En la intimidad de tales gentes creció. Sin duda que eran honrados artesanos, y más tarde la gracia de Dios hará de ellos cristianos fieles (Act., I, 14); pero en esta época son aún judíos que miran sin ver y oyen sin entender porque el Padre celestial no les ha revelado todavía a su Hijo. Esto nos advierte que no hay que imaginarse a Nazaret como un paraíso terrenal. María y José poseen la confidencia del secreto de Dios, ellos solos, y aun para éstos tiene el misterio tinieblas, que la luz de lo alto no disipa (Lc., II, 50). Están atentos, reflexionan y admiran silenciosos, y Jesús va desarrollándose, sin que a su lado, ni uno solo de sus paisanos, aun de los más próximos, si no son José y María, sospeche el misterio de su naturaleza divina, de su milagrosa concepción, lo mismo que el de su misión mesiánica. La semilla divina cayó ya en tierra y germinó; la espiga ha madurado y los hombres no la conocen.

### **Los parientes del Señor**

En esta importante cuestión han de distinguirse diferentes puntos de vista, cuya importancia es desigual, lo mismo que su certeza.

a) María, Madre de Jesús, permaneció siempre virgen y los llamados «hermanos del Señor» no son hijos naturales de María. Este punto es para todo católico un dogma de fe, y a esta conclusión nos lleva la Escritura, iluminada por la tradición.

Esta creencia se apoya en el relato de la anunciación y sobre todo en la respuesta de María: «¿Cómo se realizará esto, pues no conozco varón?» Formulada así la cuestión, supone que María quiere permanecer virgen, y que lo quiere a toda costa, prefiriendo su virginidad al mismo honor que el ángel la ofrece.

La historia de la infancia de Jesús, especialmente el relato del encuentro en el templo (Lc., II, 41 sig.), no nos presenta al lado de María y José más que un solo niño: Jesús.

A Jesús le llaman sus conciudadanos: «el hijo de María» (Mc., 6, 3). Esto supone, escribe Renan (*Les Evangiles* [París, 1877], pág. 542), «que fué por mucho tiempo conocido como hijo único de viuda». Tales apelativos, efectivamente, no se establecen más que cuando el padre ha muerto y la viuda no tiene otro hijo.

La actitud que los hermanos de Jesús toman frente a él es la de hermanos mayores con el menor (Mc., III, 21, cf. 31; Jn., VII, 3). Ahora bien; es cierto que Jesús es el primogénito de

María (Lc., II, 7, 22 sig.).

Jesús, al morir, encomienda a María a San Juan (Jn., XIX, 26-27), lo que no se comprende de haber tenido hermanos o hermanas carnales.

Se confirman estos datos evangélicos con la tradición que nos presta en este caso, no sólo un argumento dogmático, sino también un argumento histórico. Supóngase la tesis sostenida por Helvidio de que María fué madre de siete hijos, entre los que se encuentra Santiago el obispo de Jerusalén, José, Judas y Simón, conocidos en toda la iglesia de Palestina. ¿Cómo se puede comprender que esta misma iglesia haya admitido la virginidad perpetua de María?, y todo ello en una fecha y en un medio en el que las tendencias ascéticas no dominaban todavía.

Ante estos argumentos, las objeciones que se ponen tienen poca fuerza: El nombre de «hermanos», designa más naturalmente hermanos que primos; pero este término, lo mismo que el hebreo (*ah*) o arameo (*aha*), cuya traducción es, «no se refiere a los hermanos propiamente tales, sino también a los medios hermanos (Gen., XXXVII, 15), y aun se da a sobrinos (Gen., XIII, b), a primos hermanos (I Par., XXIII, 2.1), a primos lejanos (Lev., X, 4), y a parientes en general (IV Reg., X, 13), y aun simplemente a compatriotas (Gen., XIX, 6)» (DURAND, *L'Évangile de l'Enfance*, pág. 247). El término «primogénito», no supone que haya tenido hermanos menores; sino solo afirma que Jesús era el primogénito de María, y por lo tanto debía, según la ley mosaica (Num., VIII, 15 sgg.), ser presentado al Señor. Cfr. Jerónimo «*cum hic mos sit divinarum Scripturarum ut primogenitum non eum vocent quem fratres sequuntur sed eum qui primus natus sit*» (P. L., XX, VI, 28). Mat., I, 25: «Y no la conoció hasta que dió a luz a su hijo.» «*Non sequitur ut postea convenerint: sed scriptura quod factum non sit ostendit.*» (Ib., 24. Cf. Adv. Helvidium, 6 y 10. P. L., XXIII, 189-192). Esta interpretación ha sido confirmada recientemente por la publicación de una inscripción judía, hallada en Egipto, del tiempo, según parece, del reinado de Augusto: es el epitafio de una madre muerta en los dolores de parto de su primer hijo. Publicación de C. C. EDGAR, *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, 22 (1922), págs. 7-16, nn. 20-33; comentario del R. P. Frey, *Bíblica*, 1930, páginas 385-390

b) Los hermanos del Señor no son medios hermanos suyos, hijos de San José. Esta hipótesis, que San Jerónimo refutó vigorosamente, la rechazan hoy todas las Iglesias católicas. No encuentra apoyo ninguno en el Evangelio y choca con muchos de los argumentos expuestos arriba, principalmente con la narración de la infancia: Mateo y Lucas nos presentan a Jesús niño, solo, con María y José. Cf. LAGRANGE, *S. Mare* (París, 1929), pág. 83: «La ausencia (de otros hijos) es aún más característica si se la contrasta con el Protoevangelio apócrifo de Santiago. Pues habiendo dado hijos a José (IX, 1), los tiene que hacer reaparecer en su historia.»

c) Afianzados ya los puntos esenciales, podemos tratar de describir la parentela del Señor. La oscuridad es grande; el texto más explícito es el de San Mateo, XIII, 55-56 (cf. Mc., VI, 3); cuando Jesús vino a predicar a Nazareth, decían las gentes admiradas: «¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María?; y sus hermanos, ¿no son Santiago y José, Simón y Judas?; y sus hermanas, ¿no viven entre nosotros?» Se puede concluir de este texto, que José, el padre nutricio de Cristo, había ya muerto para esta fecha. De sus hermanas nada más sabemos. De sus dos hermanos Santiago y José, se hace mención explícita como hijos de las santas mujeres presentes a la tragedia del Calvario: «Entre éstas se hallaba María Magdalena y María la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo» (Mt., XVII, 56 ; cf. Mc., XV, 40; esta María es apellidada por Mc., XVI, 1, y Lc., XXIV, 10, «María de Santiago»; es decir, María, madre de Santiago; por lo que también,

sin duda, la llama San Juan, XIX, 25, «María de Cleofás».

Se pueden añadir a estos datos certísimos las referencias que Eusebio tomó de Hegesipo: Santiago, hermano del Señor, gozaba de los privilegios de los sacerdotes, y era, por lo tanto, de familia sacerdotal (H.E., 23, 6). Por otra parte, Hegesipo cuenta así la elevación de Simón a la silla de Jerusalén: «Después que Santiago, el justo, padeció el martirio como el Señor y por la misma causa, Simón, hijo de Cleofás, tío del Señor, fué elegido obispo; todos le dieron la preferencia, por ser primo segundo del Señor.»

El P. Prat (*Reeh. de Sc. Relig.*, 1927, pág. 135) interpreta así estos datos: «Cleofás, hermano de San José, habiendo tenido de su primera mujer dos hijos, llamados Simón y Judas, se casó en segundas nupcias con María, que le dió otros dos hijos, Santiago el Menor y José... Para conceder fuerza a la tradición, hay que suponer que el primer esposo de la segunda mujer, María, pertenecía a la tribu de Leví y a la familia de Aarón, y por consiguiente los dos hijos de María, Santiago y José, eran de raza sacerdotal. Que este primer esposo se llamó Alfeo hay muchas razones para creerlo.»

Todos estos de que acabamos de hablar pertenecen al grupo de parientes de Nazareth. El Evangelio nos da a conocer aún una prima más de María, Santa Isabel, que vivía en Judea y fué la madre del Bautista. Muchos autores creen que Salomé era hermana de María y que Santiago y Juan eran, por consiguiente, primos del Señor. Esta hipótesis, muy verosímil, estuvo en boga en la Edad Media, pero no puede establecerse como cierta, y viene sugerida por San Juan, XIX, 25; «Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena», cf. Mt., XXVII, 56, entre ellas se encontraban María Magdalena y María madre de Santiago y José, y la madre de los hijos del Zebedeo», y Mc., XV, 40. El P. Lagrange, reproduciendo la interpretación del P. Lagrange, escribe en su *Synopse*, n. 293: «El paralelismo... nos permite identificar a Salomé con la madre de los hijos del Zebedeo. Es, pues, la madre de San Juan el Evangelista, hermana a la vez de la Madre de Jesús.» La misma interpretación dan Wescott, Zahn, Durand, Bernard.

Con todo, el P. Lagrange retracta esta interpretación en *L'Evangelie de Jésus Christ*, pág. 567, n. 2, y 573, n. 2: «No vemos en la hermana de María a Salomé, sino más bien a otra María, madre de Santiago y de José.» Cf. esta cuestión, ZAHN, *Forse'hungen*, VI, págs. 339-342. Después de los parientes de Jesús habrá que estudiar su provincia de Galilea; diremos algunas frases al narrar la vuelta de Jesús a Galilea en los comienzos de su evangelización en esta provincia. Se puede leer para esto WALTER BAUER, *Jesus der Galillier (Festgabe für Adolf Jülicher, Tübinger, 1927, págs. 16-34)*, artículo que pone bien a la luz, aunque un poco exageradamente, la mezcla de civilizaciones y de razas que caracterizaba a la Galilea.

Acerca de las cuestiones aquí estudiadas, se puede consultar:

Sobre el evangelio de la infancia: A. DURAND, S. I., *L'Enfance de Jésus Christ d'après les Evangiles canoniques*, París, 1908. F. X. STEINMETZER, *Die Goschichte der Geburt und Kindheit Christi und ihr Verhältnis zur Babylonischen Mythe*. Münster, 1910. J.-G., MACHEN, *The Virgin Birth of Christ*, New, York, 1930.

Sobre Jesús y María: B. BARTMANN, *Christus ein Gegner des Marienkultus?* Freiburg, 1909. BAINVEL, *Le Saint Coeur de Marie*, principalmente el c. 8, páginas 229-254.

Acerca de los hermanos del Señor: A. DURAND, *L'Enfance de Jésus Christ*, páginas 219-276; J. M. LAGRANGE, *Evangelie selon Saint Marc.*, nota sobre los hermanos del Señor, págs. 79-93. J.-B. LIGHTFOOT, *St. Paul's Epistle to the Galatians* (London, 1922), págs. 252-291. C. HARRIS, art. *Brethren of the Lord dans Hastings, Dictionary of Christ*

*and the Gospels* (Edinburgh, 1906), págs. 232-237 (deja la cuestión indecisa, inclinándose a la tesis de San Epifanio). TH. ZAHN, *Forschungen zur Geschichte des neutestamentlichen Kanons, VI. Teil, II, Brüder und Veittern Jesu, Leipzig, 1900*, págs. 225-264 (rechaza la tesis de San Epifanio y se adhiere a la de Helvidio; como también, recientemente, en *GTundriss der Geschichte des Lebens Jesu* (Leipzig, 1928), pág. 25. Pueden verse sobre el mismo asunto las hipótesis fantásticas de G. M. DE LA GARENNE, *Le probleme des freres du Seigneur*, París, 1928. Cf. la crítica que hace de ello A. CHARUE, *Rev. d'Histoire Eccl.*, 1929, pág. 176.

Acerca de los parientes de Jesús y de las genealogías: F. PRAT, *La Parenté de Jésus. Recherches de Science Religieuse*, XVII (1927), págs. 127-138. P. Vogt, *Der Stammbaum Christi bei den hl. Evangelisten Matthiuis und Lukas*, Freiburg, 1907. J.-M. HEER, *Die Stammbaume I esu nach Matthaus und Lukas*, Freiburg, 1910. Estas dos disertaciones tienden a establecer que Mateo da la genealogía legal de Jesús por parte de José, y Lucas, la genealogía por parte de María. Heer insiste particularmente (págs. 97-106) en el «carácter mariano» de la genealogía de San Lucas; y añade que el cuadro pintado en este pasaje del Evangelio es verosímilmente de mano del maestro de San Lucas: San Pablo; quien nos presenta a Jesús como al segundo Adán, como el primogénito de entre los muertos, y como el hijo de David según la carne (pág. 106). La mayor parte de los exegetas sostienen, por el contrario, que Lucas, lo mismo que Mateo, da la genealogía de José, y esta opinión es la más probable. Cf. LAGRANGE, S. Luc., páginas 116-130; PRAT, *art. Généalogie, en el Dictionnaire de la Bible*.

## **CAPÍTULO II**

### **LA PREDICACION DE JUAN BAUTISTA. EL BAUTISMO DE JESUS. LA TENTACION**

I.- Juan Bautista

II.-El bautismo de Jesús

III.-La tentación

IV.-La vuelta al Jordán. Testimonios de Juan Bautista. Los primeros discípulos

#### **I.-JUAN BAUTISTA**

«El principio del evangelio de Jesucristo» (Mc., I, 1) es la predicación de Juan Bautista; de aquí el que San Lucas fije la fecha con tanto cuidado: «el año 15 del imperio de Tiberio César...» (Lc., III, 1). Ya lo había dicho Jesús: «Hasta Juan, la ley y los profetas, y desde entonces se anuncia el reino de Dios» (Lc., XVI, 16). Pero Cristo es quien también aseguró: «Yo no os digo que entre los nacidos de mujer no hay mayor profeta que Juan, pero el menor en el reino de los cielos es mayor que él» (Lc., VII, 28). El ministerio de Juan pertenece asimismo al evangelio, aunque no sea más que como su preparación.



Y efectivamente, así nos presentan a Juan los evangelistas: es el Precursor. Esta misión, tan definida desde su anunciación y nacimiento, se hace manifiesta en su predicación y en la acogida que se le dispensa: «Todo el pueblo y los publicanos que le oyeron dieron gloria a Dios, recibiendo el bautismo de Juan, mas los fariseos y los doctores de la ley despreciaron el consejo de Dios en daño de sí propios, no recibiendo su bautismo» (Lc., VII, 29-30). Su martirio debía ser también presagio de la Pasión del Hijo de Dios (Mt., XVII, 12).

Y, sin embargo, es innegable que el pujante impulso iniciado por Juan no logró en todos sus discípulos una orientación hacia el reino de Dios, hacia el Evangelio. Bien pronto entre el grupo que le rodea, despuntan las envidias (Jn., III, 26), y cuando él les falta, la rivalidad se acentúa (Mt., IX, 14). En los documentos más antiguos de la catequesis cristiana se nota que los Apóstoles tuvieron que poner en claro la misión de Juan respecto de Cristo: aquél fué su testimonio, su Precursor, y no fué ni quiso ser más que esto (Act., XIII, 25); (Jn., I, 8, 20, 26-27). La historia de A polo y de los Yoanistas de Éfeso (Act., XVIII, 24; XIX, 7) demuestra bien claro que la acción de Juan se continuó mucho tiempo después de su muerte, atrayendo a gentes que nada sabían del cristianismo.

De aquí han concluido los críticos protestantes la independencia total de los dos movimientos; el iniciado en vida de Juan, y el de Jesús. Así Ed. Meyer escribe: Juan fundó una secta análoga a la de los Esenios y Terapeutas, mejor aún, a las confraternidades islámicas. M. Goguel no va tan allá: admite que Jesús se llegó a Juan, y cree que se hizo su discípulo, pero que después desertó «por la razón sencilla de no participar de sus ideas sobre el bautismo», y Juan desde entonces «no vió en Cristo otra cosa que un discípulo infiel y, pronunciamos la palabra, un renegado» (pág. 274). Más sabiamente y con mayor reserva M. Moffatt cree, no obstante, que «ciertas ligeras indicaciones, si bien seguras, descubren en este movimiento una independencia que le impedía fundirse con la primera misión cristiana, no con tanta rapidez y tan por completo como la tradición supone». Pero aun reducida así tal oposición entre el yoanismo y el cristianismo, queda refutada por los relatos evangélicos, además de que nada la sugiere. Verdaderamente, Juan no ha sido ni ha querido ser otra cosa que el Precursor «que preparaba los caminos del Señor», que no conoce al que va a venir, y se cree indigno de echarse a sus pies para soltar la correa de sus sandalias. Semejante actitud de absoluta abnegación y de humilde desinterés no se desmiente nunca. Pero todos sus discípulos no sabrán imitar al maestro ni serán capaces de defenderse contra un estrecho espíritu de camarilla, y ya frente a Jesús, de una susceptibilidad envidiosa. También veremos más adelante en Corinto formarse facciones y partidos alrededor de Pablo, de Cefas y de Apolo, a pesar del desinterés personal y unión íntima de los maestros.

La predicación de Juan se dirige toda entera hacia Cristo, que hasta la aparición de Jesús no es más que una preparación: en cuanto se presente se convertirá en testimonio, y precisamente porque es sólo preparación, le falta el carácter de la predicación evangélica. Los profetas, escribe San Ireneo, son los heraldos del Rey, y Juan Bautista es el último de

ellos, el principal, pero sólo eso. De aquí la severidad de su palabra: «Raza de víboras, ¿quién os enseñará a huir de la cólera venidera? Haced frutos divinos de penitencia» (Mt., III, 7-8). Cuando el Maestro venga hablará con otro acento, más real y más divino. Revelará los celestiales secretos, dará su perfección a la ley y perdonará los pecados, mientras el Precursor no pretende semejante papel; ¿quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? Pero predica la penitencia, y despierta en las almas el hambre y la sed de justicia, y el deseo del reino de Dios.

«Irá delante con el espíritu y poder de Elías», había anunciado el ángel a Zacarías (Lc., I, 17), y así se presentó en aquel Jordán, de donde Elías había desaparecido: su mismo vestido, su voz misma, igual ministerio (Mt., XVII, 10), y pronto el mismo final también, por causa de una mala mujer y de un rey débil. Preséntase de improviso, como apareciera Elías (I Reg., XVII, 1), y se revela como un profeta.

Israel repite dolorido las quejas del salmista: «¿Dónde están, Señor, vuestras antiguas misericordias? ¿Dónde las promesas juradas hechas a David? Acordaos del oprobio de vuestros siervos sufrido delante de todas las naciones. Vuestros enemigos nos echan en cara como un reproche estas eternas tardanzas de vuestro Mesías» (Ps., LXXXIX, 50 sgg.). «No tenemos un profeta» (Ps., LXXIV, 9). Y este grito del profeta se escucha inesperadamente, y los hombres corren hacia él llenos de esperanza y de temor. Se acercaba el día del Señor y su visita. ¿Qué sucederá? ¿Quedarán Israel libre del yugo extranjero y vengado de sus enemigos, o vendrá a juzgarlos severamente Dios, que escudriña el fondo de los corazones?

Juan ordena la seguridad ilusoria que se cubre con los privilegios de raza que repite: «¡Tenemos por padre a Abrahán!» «Pues yo os aseguro que Dios es poderoso para sacar de estas piedras hijos de Abrahán. Ya está puesta la segur a la raíz de los árboles y todo el que no lleve buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (Mt., III, 9-10).

Con todo, este predicador austero vestido de una túnica de pelos de camello y de un cinturón de cuero, cuya comida es la miel silvestre y las langostas, no impone a nadie el rigor de su ascetismo; se contenta con predicar la justicia y la limosna, y ni siquiera exige a publicanos y soldados la renuncia de su profesión, a servicio del extranjero; basta que la ejerzan lealmente (Lc., III, 10-14).

Los que se conmueven por su palabra confiesan sus pecados y reciben el bautismo. Este bautismo de Juan difería notablemente de las abluciones legales. No era algo que uno se administrase a sí mismo, pues había que recibirlo de manos del Bautista, y sobre todo buscábase en él no la pureza legal, sino la justicia. Era, en cierto modo, comparable al bautismo de los prosélitos, cuyo efecto era la limpieza levítica y un rito de agregación al pueblo de Israel. El de Juan, bautismo de penitencia, simbolizaba la pureza moral y preparaba para el reino de Dios. Mayor diferencia existe aún si le comparamos con la

ablución ritual de los Esenios. Por otra parte, el bautismo de Juan parangonado con el cristiano no es más que un presagio o una promesa: «Yo os bautizo en agua; pero otro vendrá más fuerte que yo, y él os bautizará en Espíritu Santo y fuego» (Lc., III, 16). La promesa del Espíritu Santo hecha en este texto, y que se lee también en los paralelos (Mt., III, 11; Mc., I, 8), no conservará su significación completa más que para los cristianos, pues los discípulos de Juan no parece que guardaron recuerdo de ella: «Ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo», dirán los yoanistas de Éfeso (Act., XIX, 2).

Esta predicación ardorosa inflama a los judíos y háceles acudir en tropel: «Venía a él toda Jerusalén, toda la Judea y toda la tierra de la comarca del Jordán» (Mt., III, 5); también gran número de fariseos y saduceos se acercaban a recibir el bautismo (Ib., 7) y los galileos no se quedaron atrás: entre ellos encontrará Jesús sus primeros discípulos, y más adelante, hablando a las turbas de Galilea, les recordará el entusiasmo que les arrastró allá, y el profeta que salieron a admirar: «¿Qué habéis ido a contemplar al desierto?... ¿Qué habéis salido a ver? ¿Un profeta? Sí, yo os digo que más que a un profeta» (Mt., XI, 7-9).

Tan profunda fué la impresión, que dos años después, en los últimos días de la vida de Jesús, los fariseos no se atreven a negar la procedencia divina del bautismo de Juan: «Si decimos que era de los hombres, el pueblo entero nos apedreará» (Lc., XX, 6).

Entre los oyentes hay quien se le une más estrechamente y se hace de sus discípulos; les enseña a orar (Lc., XI, 1) y a practicar el ayuno (Mc., II, 18), y les lleva tras sí a este reino de Dios adonde él se dirige. Y, efectivamente, toda su acción está orientada hacia aquí. En su derredor el entusiasmo es tan grande, que se llega a preguntar si acaso no es el Cristo. Juan es el primero en desengañar a sus incondicionales: «En verdad que yo os bautizo en agua para penitencia, pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y cuyo calzado no soy digno de llevar; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego» (Mt., III, 11). A este Mesías, que anuncia sin conocer, le divisa como justiciero «con el bieldo en la mano para limpiar su era» (Ib., 12), pero bien pronto, iluminado más perfectamente, le presentará como «el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (Jn., I, 29).

## **II.-EL BAUTISMO DE JESÚS**

Venía Jesús entonces de Nazaret y acercóse a recibir el bautismo de Juan (Mc., I, 9), el cual no le conocía (Jn., I, 33): la teofanía del bautismo era la señal prometida por Dios como indicadora del Mesías. «Era tal la reputación de piedad, tan grande la modestia de su persona y el candor del rostro de Jesús, que Juan, advertido por una voz interior, tal vez por una emoción removida del fondo de sus recuerdos de niño, le rogó: «Yo debo ser bautizado por ti, y ¿tú vienes a mí?». Jesús replicó: «Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia. Entonces le consintió» (Mt., III, 15).

Esta resistencia de Juan, vencida por la humildad de Cristo, trae a la mente la escena del lavatorio de los pies con la admiración de Pedro y la humilde pero imperiosa instancia de Jesús (Jn., XIII, 6 sgg.). Pudiera haber dicho a Juan lo que repetirá a Pedro: «Tú no comprendes lo que hago ahora, más adelante lo entenderás.» Este asombro de Juan ha encontrado repercusión en los evangelios apócrifos: ¿Cómo Cristo, la misma pureza, ha venido al bautismo de penitencia? En el Evangelio, según los hebreos, se leerá más tarde: «Dijéronle al Señor su madre y sus hermanos: Juan Bautista bautiza para remisión de los pecados. Vamos y que nos bautice. Respondióle Jesús: ¿En qué he pecado yo para que vaya a bautizarme?, a no ser que lo que acabo de decir sea tal vez un pecado de ignorancia».

La Iglesia católica ha comprendido mejor a su Maestro que quiso ser bautizado para santificar el agua.

Quísolo también para humillarse, El, cabeza del humano linaje, bajo este yugo impuesto al hombre pecador. Por igual sentimiento sometióse María a la purificación, y Jesús mismo en todas las ocasiones echará sobre sus hombros, humilde, amorosamente, la pesada carga de la ley.

Pero aquí, como en toda la vida de Jesús, aparece la providencial disposición: «el que se humilla será ensalzado.» «Y después que Jesús fué bautizado, salió del agua, y he aquí que los cielos se abrieron y vió al espíritu de Dios que descendía como paloma, y que venía sobre él. Y oyóse una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido» (Mt., III, 16-17). En este relato la voz celeste se dirige a los asistentes, presentándoles a Jesús como a su Hijo querido; en San Marcos (I, 11), lo mismo que en San Lucas (III, 22), la voz se dirige a Jesús. Estas dos formas de la narración no se excluyen la una a la otra. Aquí, lo mismo que en la escena de la Transfiguración, como en la celestial revelación contada por San Juan (XII, 28), como también en la aparición de Cristo a San Pablo camino de Damasco, la manifestación divina fué percibida sin duda por muchos testigos, si bien desigualmente; los menos preparados quedaron absortos por el milagro, sin darse cuenta exacta de su alcance, Juan Bautista reconoció en esto la señal prometida por Dios (Jn., I, 32-34), y Jesús experimentó la dulzura infinita de su Padre, al mismo tiempo que el poderoso impulso del Espíritu que le llevaba al desierto, empeñándole ya en su ministerio mesiánico.

### **III.-LA TENTACIÓN**

«Y en seguida del bautismo, el Espíritu impelió a Jesús al desierto» (Mt., I, 12). Semejante impulso del Espíritu está íntimamente ligado con el bautismo, en el que Jesús acaba de ver los cielos abiertos sobre su cabeza, y al Espíritu bajar sobre El en forma de paloma; ha escuchado la voz del Padre, e imperiosamente obligado, se retira al desierto. Durante cuarenta días y cuarenta noches, en las desiertas cuevas que bajan de Jerusalén a Jericó, solo entre las fieras Jesús ayuna, como habían ayunado cuarenta días Moisés (Exo.,

XXXIV, 28; Deut., IX, 9) y Elías (I Reg., XIX, 8).

Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches tuvo hambre. Y llegándose a él el tentador le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Pero él respondió: Escrito está: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces le tomó el diablo, y le llevó a la ciudad santa, y le puso sobre la almena del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque está escrito «que mandó a sus ángeles por ti, y te tomarán en palmas, para que no tropieces en la piedra con tu pie». Jesús le dijo: También está escrito: «No tentarás al Señor tu Dios.» De nuevo le subió el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo, y su gloria y le dijo: Todo esto te daré si cayendo me adorares. Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás, porque está escrito: «Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás.» Entonces le dejó el diablo, y he aquí que los ángeles se llegaron y le servían (Mt., IV, 2-11).

Este combate no tuvo aquí abajo más testigo que Cristo, y Él es quien lo contó a sus discípulos viendo en ello una enseñanza para los Apóstoles. La gran lucha del cristiano «no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los directores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que pueblan el cielo» (Ephes., VI, 12). Contra estos demonios, y sobre todo contra su cabeza, Satanás, combatió Cristo. Al fin de su vida dirá a sus discípulos: «Ahora es el juicio del mundo y ahora será arrojado fuera el príncipe de este mundo» (Jn., XII, 31; cf. XIV, 30; XVI, 11). Y meses antes, al volver de su misión sus discípulos, exclamaba ya: «Veía a Satanás caer del cielo como un relámpago» (Lc., XVI, 18). Estas breves sentencias descubren momentáneamente a los discípulos ese mundo invisible contra el que el hombre se bate ciegamente. El Hijo de Dios conoce y desenmascara a este enemigo del género humano, a este «hombre fuerte y armado» que se cree seguro en la casa que ha usurpado, y de donde Cristo, más fuerte que él, va a arrojarle en seguida (Lc., XI, 21-22). La escena de la tentación es el preludio de esta lucha.

El Señor se somete a esta experiencia para «hacerse en todo semejante a sus hermanos» (Hebr., II, 17) y para saber «compadecerse de nuestras debilidades, siendo tentado en todas las cosas, a semejanza nuestra, excepción hecha del pecado» (Ib., IV, 15). Así debía realizar en sí mismo esta perfección humana enriquecida con el conocimiento experimental de nuestros trabajos, y transida sobre todo de compasión.

Para tentar a Jesús, recuérdale el demonio la visión del bautismo y la voz de los cielos: es «Hijo de Dios»; si tiene hambre, que convierta en pan las piedras del desierto, y se arroje del pináculo del templo, seguro de que los ángeles le llevarán en sus palmas. El Señor opone a tales tentaciones la palabra divina. El enemigo le muestra entonces los reinos todos de la tierra, y «príncipe de este mundo» (Jn., XII, 31) dispone de él a su placer, ofreciéndoselos a Jesús, «con tal que, postrado, me adorares. - ¡Vete de aquí, Satanás...!»

Esta triple tentación supone que Jesús tenía conciencia de su cargo mesiánico y de su poder de taumaturgo. Y, efectivamente, antes del bautismo y antes de oírse la voz del

cielo, cuando se acerca a Juan, tiene ya plena conciencia de lo que es (Mt., III, 15). Pero ¿cómo debe comprender y ejercitar su oficio mesiánico? El pueblo que le rodea y le escucha y sueña con un mesianismo carnal, en el que el reino de Dios ha de ser para él un banquete opíparo, una milagrosa liberación y un reinado universal. Cuántas veces durante su ministerio escuchará Jesús estos requerimientos: ¡Si eres el Cristo, danos una señal celestial; danos el maná, como lo hizo Moisés en el desierto! Y aun en su hora postrera: ¡Si eres el Cristo, baja de la cruz! En el decurso de estos largos meses experimentará Jesús de continuo que la doctrina que predica es demasiado elevada, y el mesianismo que representa demasiado divino. Sus Apóstoles mismos se le indignarán al predecirles la Pasión: «No lo permita Dios, Señor, jamás te sucederá cosa tal», exclamará San Pedro, para que dolorosamente herido Jesús le conteste: «Apártate de mi vista, Satanás, pues me sirves de escándalo, ya que no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres» (Mt., XVI, 22-23). La emoción que vibra en esta respuesta descubre cuán cruel resultaba para Jesús este conflicto entre Él y su pueblo, y esta mala inteligencia sobre su misión. El demonio lo presiente y le ataca en este punto doloroso; pero Jesús se cubre con la palabra divina, con el «yelmo de la fe», y «todos los dardos encendidos del enemigo caen apagados» (Ephes., VI, 16). Jesús era el Mesías humilde y manso cuyo manjar sería la voluntad y la palabra del Padre (Jn., IV, 34); no tentará, pues, a Dios, y decididamente rehusará a los judíos esos prodigios efectistas que reclaman con insolencia, y que Simón Mago tratará de ofrecerles porque no tiene la ambición de imperios terrenales, ya que es rey, aunque su reino no sea de este mundo (Jn., XVIII, 36).

#### **IV.-LA VUELTA AL JORDAN. TESTIMONIOS DE JUAN BAUTISTA. LOS PRIMEROS DISCÍPULOS.**

Los sucesos que entramos a describir cuéntalos únicamente San Juan, y de no poseer otra fuente que el relato de los sinópticos tendríamos que representarnos a Jesús inmediatamente después de la tentación, volviendo a Galilea, dando allí principio a su ministerio y atrayéndose los Apóstoles. Con todo, los mismos sinópticos, por lo menos Marcos y Mateo, aseguran que: «después que Juan fué preso vino Jesús a la Galilea» (Mc., I, 14; Mt., X, 12). Quedóse, pues, en Judea hasta la prisión del Bautista, de la que los sinópticos no dan la fecha, que San Lucas coloca dos o tres meses, por lo menos, después de la tentación.

Durante este intervalo de tiempo el ministerio de Jesús aparece ligado estrechamente al de Juan: El Bautista da testimonio de Cristo, orienta hacia Él sus discípulos, y sin dejar de predicar y bautizar, mírale de lejos y se alegra de verle crecer. Así se advierte en la preparación del reino de Dios una continuidad que sólo el cuarto evangelio nos deja comprender perfectamente. Hay que reconocer en ello la obra de aquel que, antes de ser discípulo amado de Jesús, lo había sido de Juan. Y este rasgo también nos deja apreciar mejor la importancia que la Iglesia dió desde sus albores al ministerio del Precursor.

Añadamos que estos relatos tan importantes guardan un valor histórico manifiesto, reconocido en sus líneas generales hasta por aquellos mismos que rechazan la autenticidad yoannea y están muy en guardia contra el libro.

Juan había atravesado el Jordán y bautizado en Betania. Tal vez pueda adivinarse en este cambio la primera señal de hostilidad por parte de los judíos de Jerusalén; en su zona de influencia, el Bautista no se siente seguro, y pasa a Perea, como lo hará también algún día Jesús.

Antipas, a quien pronto convertirá en perseguidor el adulterio, adopta aun durante estos primeros meses una actitud, si no de protector, por lo menos de oyente simpático. De entonces es la embajada de sacerdotes y levitas enviados desde Jerusalén para preguntarle en Betania: «-¿Quién eres tú? -Yo no soy el Cristo. -¿Eres Elías acaso? -No. -¿Eres por ventura el profeta? -No lo soy. -¿Quién eres, entonces? - Yo soy la voz del que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor.- ¿Por qué bautizas entonces si no eres ni el Cristo, ni Elías, ni el profeta? - Yo bautizo en agua, mas en medio de vosotros está el que vosotros no conocéis y que vendrá después de mí y a quien yo no me creo digno de desatar la sandalia (Jn., I, 19-27).

Este testimonio es un eco del anuncio profético que había precedido al bautismo (Mt., III, 11 y par.). Sin embargo, añade un rasgo esencial: el Mesías profetizado ha venido ya y está en medio de los judíos, ignorado de ellos y conocido de Juan. El Bautista no levanta aún su incógnito. «Al día siguiente vió a Jesús venir hacia él y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo», y cuenta la visión del bautismo cómo el Espíritu descende del cielo en forma de paloma y se posa sobre Jesús. Era el prodigio prometido por Dios y por él conoció Juan al Cristo (Jn., 29-34).

Al otro día estaba otra vez Juan y dos de sus discípulos con él, y viendo pasar a Jesús, les dijo: «He aquí el Cordero de Dios», y los discípulos siguieron a Jesús. Era uno Andrés, el segundo no le nombra, pero le delata su propia reserva, lo mismo que la precisión de sus recuerdos. «¿Qué buscáis?, preguntóles Jesús. Rabbí, ¿en dónde moras? - Venid y ved.» Eran como las diez (las cuatro de la tarde de nuestro reloj), y quedáronse con él todo aquel día. Andrés salió en busca de su hermano: «Tú eres Simón, hijo de Juan, le dijo Jesús: tú te llamarás Cefas» (Jn., I, 35-42).

«Al día siguiente quiso Jesús salir para Galilea y encontró a Felipe, a quien dijo: Sígueme. Era Felipe natural de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro.» Contábase sin duda entre el grupo de galileos discípulos de Juan, y quedó conquistado como los demás; él, a su vez, gana para Jesús a Natanael, que era de Caná (Jn., XXI, 2) y a quien identifican con el apóstol San Bartolomé (Ib., 43-51).

Estos recuerdos, que hemos resumido, sumariamente, conservan una frescura encantadora. Por otra parte, encadénanse entre sí con tanta precisión que nos permiten reconstruir el curso de esta primera semana de la vida pública de Jesús. Ninguna otra, sino es la última de la vida de Cristo, está contada con tan gran precisión, y de verdad que lo merecía; ella había sido para el propio narrador el preludio de una vida nueva, y para el mundo entero la aurora de la salvación). Antes de cerrar el relato conviene considerar su alcance en la historia de Cristo: de doce Apóstoles, cinco se mencionan como expresamente conquistados entonces por el mismo Señor. Antes habían sido ya discípulos del Bautista; los siete restantes, ¿lo eran también? No es improbable; al menos, está averiguado que todos habían conocido a Juan y que todos podían testificar su predicación y bautismo (Act., I, 22). Por este dato se nos revela el lazo íntimo y fuerte que une al Precursor con el Mesías.

En Caná, adonde Jesús llega con sus discípulos, hallábase ya María convidada a una boda, y el Señor lo fué también con sus discípulos. Durante el convite comenzó a faltar el vino, y María advirtió a Jesús el contratiempo, con tanta más preocupación cuanto no desconocía que al disgusto podía haber contribuido la imprevista llegada de Jesús con sus discípulos.

Cristo le responde: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Mi hora no ha llegado todavía.» El apelativo de «mujer», no encierra sorpresa alguna y «cae de lleno -anota el Padre Durand-dentro del peculiar lenguaje de aquel idioma, lleno de respeto y de nobleza, que los antiguos empleaban...; la última palabra de Jesús para María será la misma: Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Por otro lado, la misma respuesta, es frase repetida con frecuencia en el A. T., y en el Evangelio también. Siempre se emplea para descartar una intervención o declinar una instancia; ni hay lugar aquí para traducirla en otro sentido. El incidente es exactamente paralelo a aquel otro del templo (Lc., II, 49). Entonces había respondido Jesús a su madre: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais, acaso, que yo debo estar en las cosas de mi Padre?»; y a continuación de esta frase, que semeja una repulsa, había seguido a María y José. Aquí, igual, Jesús, reivindica su independencia en el ejercicio de su misión y después hace el milagro deseado, discreta y calladamente, pues la hora de una manifestación más esplendente no había sonado aún.

La conversión del agua en vino fué el primer milagro de Jesús, y llevaba ya el carácter común a todas aquellas «señales», obras reales y milagrosas, al mismo tiempo que símbolos de operaciones más elevadas: «Sus discípulos creyeron en él», pues aunque desde un principio habíanse entregado a Juan y luego a Jesús, sin pedir milagro alguno a sus maestros, los de Cristo iban en seguida a confirmar y esclarecer su fe.

«Bajó Jesús desde allí a Cafarnaún con su madre, sus hermanos y discípulos, y permanecieron allí algunos días» (Jn., II, 12). Nada sabemos de este breve descanso en Cafarnaún, y sin embargo la noticia no carece de interés, Jesús se encuentra entre su familia y sus discípulos. De sus hermanos va luego a asegurarnos el evangelista (VII, 7) que no creían en El, y por consiguiente, no le siguen como a Maestro; acompañanle sólo como a



pariente, y es que el ministerio mesiánico no se ha inaugurado aún, ni la hora de Cristo ha llegado todavía. Entre tanto, algunos discípulos pasados de la escuela de Juan, síguenle y le acompañan, disponiéndose para el Evangelio. Han venido a Cafarnaún, donde vive Pedro, ciudad que de aquí a poco será el punto de partida y, algunos meses más tarde, el centro de la acción de Cristo.

### **CAPÍTULO III**

#### *PRIMERAS TENTATIVAS EN JERUSALEN Y EN LA JUDEA*

I.- La expulsión de los vendedores del templo

II.- Nicodemo

III.- Jesús en Judea

IV.- La Samaritana

#### **I.-LA EXPULSIÓN DE LOS VENDEDORES DEL TEMPLO**

«Estaba próxima la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén» (Jn., II, 13). San Juan sitúa en este momento la purificación del templo y la expulsión de los vendedores.

Este episodio es en la vida de Cristo uno de los más reveladores. Casi todos sus pasos vienen como provocados por la Providencia divina, cuyas indicaciones Jesús reconoce y sigue, dispensando sus milagros al ruego de los enfermos, acomodando su doctrina a las disposiciones de los oyentes, y con frecuencia a sus preguntas: aquí, El es quien toma la iniciativa y obra como Señor en la casa de Dios. Delante de los sacerdotes que toleran la contratación y la explotan no sólo la condena, sino que a latigazos arroja del lugar santo a animales, vendedores y cambistas.

La impresión de este relámpago luminoso está vivamente consignada por los discípulos: «El cielo de tu casa me ha devorado» (Jn., II, 17). En el siglo n, la polémica exagerada de la carta del seudo Bernabé envolverá en una condenación y aberración inmensa a todo el culto judío, a sus sacrificios y a su templo. No hay nada de eso en Jesús; al contrario: circuncidado El mismo, rescatado por su Madre al precio de dos tortolillas, asiduo a las fiestas pascuales ya desde su niñez, veneró siempre el templo como a la casa de su Padre, y si hoy arroja de él las ovejas, los bueyes y a los que las venden, no es por desprecio a los sacrificios, sino por respeto a la casa de oración.

Esta severa ejecución iba a recibirla el pueblo con júbilo y los sacerdotes con ira;

ellos cuidaban del orden del santuario y percibían sus emolumentos, haciendo sentir en la vigilancia toda la dureza saducea, y su avaricia en la recaudación: el pueblo sufría estos fraudes y toleraba su tiranía, y un dicho, atribuido a un rabino anterior a la ruina del templo y transmitido en muchas colecciones talmúdicas, nos trae el eco de estas quejas. Dice así:

¡Casa de Boethus, desdichado de mí!, ¡desdichado de mí, por causa de sus porrazos!  
¡Casa de Anás, desdichado de mí!, ¡desdichado de mí, por causa de sus silbidos!  
¡Casa de Kanteras, desdichado de mí!, ¡desdichado de mí, por causa de sus demandas!  
¡Casa de Elischa, desdichado de mí!, ¡desdichado de mí, por causa de sus puñetazos!  
¡Casa de Ismael, hijo de Fabi, desdichado de mí!

Porque ellos son sumos sacerdotes, y sus hijos tesoreros, y sus yernos inspectores del templo, y sus criados caen sobre nosotros y nos apalean a garrotazos.

A estos dueños del santuario que se sienten culpables y aborrecidos alcánzales el látigo de Cristo más aún que a los vendedores. Estos se dispersan sin chistar; pero los sacerdotes preparan una resistencia, o al menos una protesta: «¿Qué señal nos das para proceder de este modo? -destruid este templo y en tres días yo lo levantaré.» Palabras misteriosas, que la Resurrección debía hacer comprender (II, 13-21).

Algunas semanas después del bautismo, predicando aún el Precursor, el mismo que él había señalado a sus discípulos se presentaba en el templo como Señor. Era lo que estaba profetizado en Malaquías: «He aquí que yo envío a mi mensajero que preparará el camino delante de mí y en seguida vendrá a su templo el Señor que esperáis y el ángel de la alianza que deseáis» (Mal., III, 1).

Los judíos piden señales, y Jesús no quiere darles otra que la de la resurrección, aquí predicha: con todo, durante esta Pascua ejecutó muchos milagros que hicieron creer a numerosos judíos, de los cuales el Señor no se fiaba, porque «les conocía a todos y sabía lo que se encerraba en el hombre» (II, 18-25).

Desde este primer contacto con las multitudes de Jerusalén, véselas ya cuales aparecerán siempre en San Juan: impresionables, rápidamente conquistadas por los milagros de Jesús, pero superficiales y precariamente adheridas, y por eso el Señor se reserva, porque sabe lo que hay en el hombre. Esta intuición de los corazones es un rasgo que Juan gusta señalar en Cristo, como lo ha hecho ya más arriba, en el primer encuentro con Natanael (I, 47).

## **II.-NICODEMO**

Esta sumaria narración de la Pascua sirve de introducción al relato de Nicodemo. Este diálogo de Cristo es una de las páginas de San Juan que abre las perspectivas teológicas más profundas sobre la vida nueva del cristiano y la obra del Espíritu Santo en esta regeneración. Hemos de señalar la persona y las circunstancias en que se propuso esta

doctrina. Es un maestro de Israel, perplejo, pero sinceramente deseoso de instrucción, que en el silencio de esta larga noche conversa confidencialmente con Jesús.

Nadie puede admirarse de leer en este capítulo una doctrina más profunda y más difícil de comprender que las que hayamos en el sermón del monte o en las mismas parábolas.

Los milagros hechos en Jerusalén habían conmovido a muchos judíos. Entre esta turba, San Juan distingue a un hombre eminente por su ciencia y por su posición: Nicodemo, perteneciente a la secta farisaica, sanedrita y maestro en Israel. Probablemente venía herido ya por la predicación del Bautista; y al tocar Jesús el bautismo en agua y en Espíritu, parece querer traerle a la memoria recuerdos que debían serle familiares: tal vez fué uno de aquel grupo de fariseos comisionados por el sanedrín para preguntar al Bautista en el Jordán. En todo caso, preocupado como aparece por el problema religioso, no había permanecido indiferente ante aquella predicación que removía toda la Judea. Luego había visto llegar a Jerusalén a este profeta galileo de quien Juan había dado testimonio y cuyos milagros de ahora él mismo presenciara, y se había verdaderamente conmovido (III, 2). Por otra parte, no se le había pasado, sin duda alguna, la suma reserva del Maestro. Muchos creyeron en Jesús, pero El no se fiaba de ellos. Resolvióse a penetrar el misterio, pero su envidiable posición en Jerusalén, que no quería comprometer, y su natural timidez (lo fué siempre), lleváronle de noche a la entrevista con el discutido y ya sospechoso Maestro.

«Maestro -díjole para comenzar-, sabemos que eres maestro y venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviere con él» (III, 2). En este saludo lleno de deferencia, siéntese a la vez la dignidad del hombre que también es maestro que ha pensado el paso que da y que quiere justificarlo. La respuesta de Jesús fué: «En verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios sino aquel que renaciere de nuevo» (III, 3). La diferencia de los dos puntos de vista entre Jesús y Nicodemo es inmensa, y el Señor se esfuerza por imprimir a los pensamientos de su interlocutor una dirección nueva. Nicodemo, maestro en Israel, pretende comprender y juzgar la doctrina misma de la que pide explicación. Desde el primer momento detiéndole Jesús: nadie puede ver el reino de Dios si no renace de lo alto, porque el hombre carnal no puede entrar con pie firme en los misterios de Dios, ni llegar allá si el Padre no le lleva (Jn., VI, 44); nadie puede entrar si no se hace como un niño pequeño (Mt., XVIII, 3; XI, 25).

Ante las exigencias, Nicodemo se sorprende y hasta parece traslucirse cierta sorda irritación en su respuesta: «¿Cómo un hombre puede volver a nacer siendo ya viejo? ¿Puede, acaso, volver al seno de su madre y nacer de nuevo?» (III, 4). Jesús insiste: «En verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo, del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es, y lo que nace del espíritu, espíritu es» (III, 5). Esta segunda afirmación es tan terminante como la primera, y más precisa también. Es necesario renacer de nuevo, esto es, «del agua y del Espíritu». En la predicación del Bautista, estos dos términos aparecían opuestos el uno al otro, como

preparación y corona de la obra evangélica (Mc., I, 7-8): pero Jesús les une aquí: Es necesario ser bautizado en agua y en Espíritu para entrar en el reino de Dios. El Bautismo de Juan, en agua, no era más que un rito transitorio, e iba a desaparecer de allí a unos meses, y en adelante no habría más que un bautismo de agua y de Espíritu Santo a la vez: habían de recibirle todos los cristianos, todos renacerían por él a una vida nueva y entrarían por fin en el reino. Sería una creación nueva en toda regla: el día primero del mundo, el Espíritu Santo era llevado sobre las aguas, cubriéndolas y vivificándolas, y toda vida había nacido de agua y de Espíritu. Igualmente el Espíritu, reposando sobre las aguas del bautismo y fecundándolas, debía engendrar entre los cristianos a todos aquellos «que nacerían, no de la sangre, ni de la voluntad de carne, ni de voluntad de hombre, sino sólo de Dios». Porque, efectivamente, «lo que nace de la carne, es carne, como lo que nace del espíritu, es espíritu». Esta frase ilumina y resume toda la doctrina del capítulo: ¿Por qué es menester volver a nacer para entender el reino de Dios? Porque el hombre carnal no puede comprender las cosas del espíritu (cfr. I Cor., II, 14). Esta doctrina se apoya en una teología tan antigua como la Biblia, y si en el Nuevo Testamento, sobre todo en San Pablo y en San Juan, alcanza un relieve y una forma nueva, es porque toda esa enseñanza tradicional se ilumina con una nueva revelación: Ha aparecido la Vida y, por contraste, nos da a entender la debilidad de la carne.

«El espíritu donde quiere sopla, y oyes su voz, mas no sabes a dónde va ni de dónde viene: así es todo el que ha nacido del espíritu» (III, 8).

Tal vez, en esta tranquila y tibia noche de primavera sentíase correr, como es frecuente en Jerusalén, el paso de la brisa marina. Este vientecillo que se levanta de repente susurrando a lo largo de las estrechas callejas, ¿de dónde viene? , ¿A dónde va? Nadie lo sabe, y sólo le declaran y acusan esos miles de objetos que anima y hace vibrar. Así es también el Espíritu de Dios: nadie conoce su origen y ninguno sigue su marcha, pero se ve que las almas vibran, tocadas y animadas por él.

«¿Cómo puede realizarse esto?» (III, 9). Esta pregunta de Nicodemo no viene con el mal humor de la primera, y, sin embargo, no trae tampoco el acento de la fe: el maestro de Israel es carnal, incapaz por eso de comprender los misterios del Espíritu. Jesús contesta con una ironía dulcísima: «¿Tú eres maestro de Israel, y no sabes estas cosas?» Y en seguida, con una gravedad entristecida: «En verdad, en verdad te digo, que lo que sabemos eso hablamos, y lo que hemos visto eso atestiguamos, y no recibís nuestro testimonio. Si diciéndoos cosas terrenas, no creéis, ¿cómo creeréis si os hablare de las celestiales?»

Hasta aquí Jesús ha afirmado y explicado la necesidad de un nuevo nacimiento en espíritu; han sido cosas de la tierra, no porque vengan de la tierra o a ella vayan a parar, sino porque todos estos misterios se han de realizar aquí abajo, en los corazones de los hombres que viven en la tierra. Desde este momento, los misterios que Jesús va a descubrir a Nicodemo son celestiales, y no tienen más testigo que el propio Cristo. ¿Cómo los creará el sanedrita?

Nada dice lo restante del diálogo de la acogida que el neófito hizo a estos subidísimos misterios: ni una palabra más, ni la más leve mención de su estancia, ni de la despedida. Para San Juan, todo el interés de esta escena se encuentra en la manifestación del Hijo de Dios, y la figura de Nicodemo es secundaria; por eso la olvida pronto.

«Ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo» (v. 12). Jesús nos introduce ya en esos misterios celestiales que acaba de insinuar, y cuya trascendencia señala desde el principio. El cielo es inaccesible a toda criatura, y por lo tanto, sólo puede hablar de él quien «haya nacido en este secreto y en esta gloria». Es lo que leímos ya en el prólogo del evangelio: A Dios nadie le ha visto nunca, mas el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre lo ha declarado» (I, 18). Es la doctrina que predicará en el sermón sobre el pan de vida: «Nadie ha visto al Padre sino el que vino de Dios» (VI, 46). Y esta doctrina la vemos además paralelamente enseñada por los sinópticos: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y al que quisiere revelarlo el Hijo» (Mt., XI, 27) En todos estos testimonios Jesús reivindica ese conocimiento exclusivo, y siempre por el mismo título, a saber, por derecho de nacimiento y de naturaleza; sólo Él conoce al Padre, porque sólo El es el Hijo, y sólo Él conoce las cosas del cielo porque sólo El ha venido de lo alto. Y el que está en el cielo y ha descendido de él y puede hablar como testigo, es únicamente el Hijo del Hombre.

Esta afirmación de su personalidad que se impone a nuestras miradas no la ha adquirido sobre la tierra, pues le viene de más arriba: de ese cielo misterioso donde nadie ha penetrado y donde existía ya vivo y consciente; y esta vida consciente es la misma que continúa aquí abajo, y todo el amor y contemplación de esta vida eternal resuena aún en este Hijo del Hombre que nos habla.

Semejante revelación de la encarnación queda completada por la de la muerte redentora: «igual que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así conviene que el Hijo del Hombre sea levantado, para que el que creyere en El tenga la vida eterna» (v. 14). En el desierto del mundo, a la entrada misma de la tierra prometida, todos los hombres salen mordidos de aquella serpiente venenosa que desde el paraíso hirió de muerte a nuestros primeros padres. Pero pronto se alzarán en medio de nosotros una cruz en la que el Hijo del Hombre será levantado a vista de toda la humanidad, y todo el que le mire con ojos de fe quedará curado y salvo. La historia de Israel era figura del Nuevo Testamento; por eso todos estos grandes recuerdos llegan evocados uno tras otro, para revelar poco a poco a los judíos, y más aún a los cristianos, al Hijo de Dios, a quien ellos simbolizan; así el templo, figura de la muerte y resurrección de Cristo (Jn., II, 19-22); Jonás (Mt., XII, 40); el maná (Jn., VI, 32); el cordero pascual (Jn., XIX, 3); la roca del desierto (VII, 37-38), y el agua de Siloé (IX, 7).

De todos los símbolos, ninguno representaba de manera tan explícita la cruz como

la serpiente de bronce, patíbulo y trono adonde el Hijo de Dios debía ser levantado (Jn., VIII, 28) para, desde allí, atraer así todas las cosas (XII, 32).

Los versos siguientes, final del capítulo, son como un eco de lo que acabamos de leer:

De tal manera amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él; quien cree en él no será juzgado, más el que no cree, ya ha sido juzgado porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Pero éste es el juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, y es que sus obras eran malas; porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Más el que obra la verdad, viene a la luz, para que se vean sus obras, porque son hechas en Dios (III, 15-21).

En estos pocos versículos se nos descubre el designio de Dios: la encarnación no es la venida de un Juez, sino la de un Salvador. Ella provoca un juicio en el que los hombres mismos se disciernen: los unos, los que obran el mal, huyen de la luz; los segundos, los amantes de la verdad, corren hacia la luz. Desde esta primera subida de Cristo a Jerusalén, ese deslinde se manifiesta ya: la mayoría de los fariseos se aleja del Mesías; Nicodemo se le acerca, tímida, pero sinceramente; poco a poco crecerá su valor, y este discípulo cobarde acompañará a Jesús hasta su tumba (Jn., VII, 50; XIX, 39).

### **III.-JESÚS EN JUDEA**

Terminada la Pascua, salió Jesús de Jerusalén, y con sus discípulos volvióse a la Judea, donde comenzó a bautizar (III, 22): aunque un poco más abajo, el mismo Juan ha de precisar que no era Jesús quien bautizaba, sino sus discípulos (IV, 2). La localización de tal estancia no aparece muy definida; sin embargo, no dista de la residencia de Juan el Bautista, que entonces estaba en Enón, junto a Salín (III, 23).

Y ya no se volverá a hablar durante toda la vida pública de este bautismo conferido por los discípulos en nombre de Jesús. Sólo después de resucitado ordenará el Señor a sus Apóstoles el ir a enseñar y bautizar a todas las naciones (Mt., XXVIII, 19). Parece, pues, que este bautismo administrado en la Judea durante las primeras semanas del ministerio del Señor, no era más (igual que el del Bautista) que una preparación del Evangelio, con la particularidad de estar conferido por autoridad de Cristo, y de hacer a los que lo recibían discípulos suyos.

San Juan es el único que ha mencionado esta primera fase de la actividad evangélica. Indicación preciosa, permítenos admirar mejor la continuidad divina aun antes de la primera predicación del reino de Dios, tal como Cristo la propondrá a los galileos

(Mc., I, 15; Mt., IV, 17), pero que la mención del bautismo deja suficientemente entender: Jesús bautiza como Juan, y como él predica la penitencia, que prepara los corazones para el advenimiento del reino de Dios.

Aunque corta, alcanzó esta predicación una resonancia tan grande, que los discípulos de Juan quedaron sobrecogidos: «Maestro -le dijeron-, aquel de quien tú diste testimonio, bautiza, y todo el mundo se va tras él» (III, 26). Este grito de envidia brotará más tarde en labios de los judíos: «Todo el mundo le sigue» (XII, 19). Pero Juan no sabe de tales sentimientos: «Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino su enviado delante de él; el que tiene esposa es esposo, pero el amigo del esposo que está con él y le oye, se llena de gozo con la voz del esposo: Y este es mi gozo cumplido. Es necesario que él crezca y que yo disminuya» (III, 28-30).

Tales recuerdos del evangelista nos descubren como ningún otro texto la grandeza de alma de su primer maestro, el Precursor, y ellos también revelan aún mejor al Maestro, infinitamente más soberano, en cuyas manos le puso Juan el Bautista: Este es el Cordero de Dios, les dijo entonces. Este es el esposo, les dice ahora. Semejantes revelaciones tal vez parezcan prematuras en esta aurora del Evangelio. Pero no es extraño, si se recuerda que fué la última llamarada del que había sido «antorcha ardiente y luminosa» (Jn., V, 35). La fe del Bautista supera a la de los Apóstoles y se les adelanta, pues si bien éstos serán testigos de Cristo, pero después de su muerte y resurrección, y como tales propagarán su obra, y Juan, por el contrario, es su Precursor verdadero por la predicación y por su martirio.

Poco después de este postrer testimonio, Juan Bautista entraba en la cárcel por orden de Herodes: Jesús entonces salió de Judea, y atravesando la Samaria, volvióse a Galilea (Jn., IV, 1-4; cfr. III, 24; Mc., I, 14; Mt., IV, 12).

Esta primera fase del ministerio de Cristo nos manifiesta sus intenciones. Las primicias de sus trabajos son para Jerusalén; allí estaba el centro religioso israelítico, del que todo dependía, y Jesús iba a decir de él: «No está bien que un profeta muera lejos de Jerusalén», y también: «Jerusalén, ¡qué de veces he querido recoger a tus hijos... y tú no has querido!» Después de su resurrección prescribirá a sus Apóstoles la estancia en la ciudad santa esperando la efusión del Espíritu Santo (Act., I, 4); y, efectivamente, allí se establecieron y allí permanecieron durante la persecución (Ib., VIII, 1), y en aquella metrópoli concentraron todas sus fuerzas: será menester que San Pedro fije su sede en Roma y que sobrevenga la ruina de Jerusalén para desplazar de allí definitivamente el centro religioso del cristianismo.

Jesús tomó ocasión de la fiesta de la Pascua para su primera predicación, con miras, no sólo a los habitantes de Jerusalén, sino además a los peregrinos, preparando así ya la misión de Galilea (Jn., IV, 45), para donde muchos marchaban impresionados, sin estar aún

convertidos del todo; por otra parte, los fariseos quedaban ya sobre ojo, y la vida en Jerusalén se le hará pronto imposible. Jesús, con todo, se aleja lo menos posible; permanece en Judea, predica y bautiza allí como lo hiciera Juan, pero la envidia de los fariseos le persigue, y la prisión del Bautista viene a advertirle las ventajas de una retirada para proseguir con seguridad la predicación del Evangelio. Desde entonces la Galilea va a ser el campo de sus sudores.

#### IV.-LA SAMARITANA

El Señor (es la primera vez que da Juan este nombre a Jesús, con el que seguirá designándole ya), cuando entendió que los fariseos habían oído que El hacía más discípulos que el Bautista..., dejó la Judea y se vino de nuevo a Galilea. Debía, por tanto, pasar por Samaria. Vino, pues, a una ciudad de Samaria, que se llama Sicar, cerca del campo que dió Jacob a su hijo José. Allí estaba la fuente de Jacob (Jn., IV, 1-6). El manantial saltaba en el fondo de un pozo, en el sitio mismo en que hoy se encuentra el *Bir-Jaquob*. Sobre este pozo profundísimo estaba ya edificado en tiempo de San Jerónimo un templo. Tratábase, pues, de un lugar fijo y determinado.

Cuanto a Sicar, las excavaciones efectuadas en 1927 han venido a identificarla con la antigua Siquén.

«Jesús, fatigado del camino, estaba sentado sobre la fuente. Vino una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús la dijo: Dame de beber.» Este desfallecimiento y sed de Jesús son detalles en los que Juan insiste con predilección; es el único entre los evangelistas que notó la sed del Señor en la cruz, y su grito de «Sitio»; y él también quien nos revela esa fatiga abrumadora que le obliga a sentarse al borde de los caminos samaritanos. *Quaerens me sedisti lassus*.

Estos rasgos, que confirmarán otras menudencias del relato, inclinan a colocar el viaje por la Samaria en la fecha fijada en la Introducción. La fuerza del calor y el agotamiento y la sed recordada por el evangelista, dicen mejor con un mediodía de principio de estío, que con diciembre, y mejor aún que en esa temporada de lluvias, logra explicación la dificultad de alcanzar el fondo del pozo (V, 31); además, sólo hay que levantar los ojos para ver ya el campo blanco para la siega (v. 35).

Al ruego de Jesús, la mujer responde desdeñosa: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy samaritana?» Los galileos acostumbraban a pasar por Samaria en sus viajes a Jerusalén, aunque a las veces eran allí mal recibidos.

El Señor no retrocede por estos rencores de raza: «Si conocieras el don de Dios y



quién es el que te dice: dame de beber, ciertamente que tú le pedirías a él y te daría agua viva. -Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo, ¿de dónde tienes agua viva? ¿Eres acaso más grande que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo?» El cambio de acento es manifiesto: se sienten ya próximos el respeto y la admiración, y flota una vaga sospecha de misterio profundo. Como excusa a las observaciones de Cristo menciona la Samaritana al patriarca Jacob, padre común de los samaritanos y judíos: es lo mismo que harán éstos en Cafarnaún, oponiendo Moisés a Cristo (Jn., VI, 31 sgg.). Pero Jesús, mayor que Moisés, da cosas mejores que el maná, y más grande que Jacob, ofrece algo superior al agua del pozo: «Quien bebiere de esta agua tendrá aún sed, mas quien bebiere del agua que yo le daré no tendrá nunca jamás sed, sino que el agua que yo le daré se hará en él una fuente de agua viva que saltará hasta la vida eterna» (VI, 13-14).

Los judíos gustaban simbolizar en el agua las gracias de Dios y de su ley, y Jesús utiliza la imagen, que luego será tan querida de los cristianos.

La Samaritana cree en Cristo y comienza a rogarle: «Señor, dame de esa agua para que no tenga sed, ni venga aquí a sacarla.» Jesús la descubre su triste pasado y su situación de ahora, más desoladora aún. «Señor -vuelve a responder la mujer-, creo que eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde es menester adorar.» Jesús la dijo: «Mujer, créeme, que ya viene la hora en que ni en Jerusalén ni en este monte adoraréis al Padre. Vosotros no sabéis lo que adoráis, pero nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos. Mas llega la hora, y ya es, cuando los adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. Porque el Padre busca quien le adore así; Dios es espíritu y es menester que los que le adoren le adoren en espíritu y verdad».

Preguntas como esta de la Samaritana no faltan en el Evangelio, aunque no abundan. La mayoría de los hombres ansían más el bienestar que la verdad religiosa; de aquí el que los más suplican a Jesús la salud, y unos pocos la solución de sus dudas, y a éstos respóndeles sin rodeos, como lo hace aquí.

Los judíos tienen sobre los de Samaria una ventaja innegable, saben lo que adoran; «la salud viene de los judíos». Pero su culto nacional va en seguida a extenderse por el mundo entero, y desde entonces no serán ya ni Jerusalén ni el Garicín sedes privativas de la adoración, porque Dios va a ser adorado como El quiere serlo, en espíritu y en verdad.

La Samaritana se queda a medio entender estos grandes secretos, conoce su ignorancia y para todo se remite al Mesías que ella espera también. «Yo sé que ha de venir el Mesías, que se llama Cristo, y cuando venga, él nos explicará todas las cosas.» Díjole Jesús: «Yo soy que hablo contigo». Por vez primera oímos de labios de Cristo esta declaración formal, que no prodigará mucho, y las pocas veces que lo haga será sólo delante de corazones dispuestos para comprenderla. Las multitudes que le sigan irán poco a

poco llegando a esta fe, gracias a sus milagros y explicaciones, pero sus esperanzas mesiánicas vendrán envueltas en ilusiones tan engañosas y peligrosas que la revelación de Cristo no podrá hacerse con frecuencia más que fragmentariamente y siempre precedida de una preparación lenta y progresiva. Otro proceder será sólo para muy pocos oyentes selectos, como sus Apóstoles y algunos más, en los que sus palabras y sus milagros produzcan impresión profunda y honda; tal por ejemplo aquel ciego de nacimiento (Jn., IX, 35-39): al ver entonces la conversión milagrosa de este hombre despreciado por los judíos, ha de exclamar Jesús: «He venido al mundo para juzgarle, a fin de que los ciegos vean y los que ven se queden ciegos.» La Samaritana es también ciega, no sabe lo que adora, y porque es ciega se le revela.

«Entonces llegaron sus discípulos y se admiraron de que hablase con una mujer. Pero ninguno le dijo: ¿qué le preguntas, o qué hablas con ella?» (v. 27).

La opinión judía era muy severa en lo relativo a estos coloquios con mujeres: «El hombre jamás debe hallarse en una casa a solas con una mujer, ni con su hermana, o con su hija, por lo que pueda murmurarse. No debe decirse nada a una mujer a quien se tropieza en la calle, ni aun a su propia mujer, y menos aún a otra por lo que los hombres puedan decir».

El desprecio más aún que la prudencia aconsejaban la mayor reserva con las mujeres. El cristianismo iba a derribar estas barreras: «No hay ya más judío ni griego, esclavo o libre, hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gal., III, 28). Y durante el curso de su vida mortal, Jesús consagró con su ejemplo esta igualdad cristiana. La santidad de su vida es tan grande, que puede decir: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?», sin que los mismos fariseos se atrevan a sostener el desafío, y por eso, lo mismo a hombres que a mujeres, reparte con igualdad su doctrina, sus milagros y su gracia. Los Apóstoles no se explicaban el caso; deseaban preguntarle, pero no se atrevían. Desde el principio de su formación, Jesús les impone respeto. Es para ellos un Maestro infinitamente bueno, humilde, sacrificado, pero maestro, y en la última cena, después de lavarles los pies, se lo recordará: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy» (Jn., XIII, 13).

La Samaritana deja su cántaro y vuelve a la ciudad diciendo a la gente: «Venid y ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será, acaso, el Cristo?» Salieron de la ciudad y vinieron a El (28-30) y a sus ruegos quedóse aún Jesús dos días con ellos, y muchos creyeron por sus palabras y decían a la mujer: «Ya no creemos por tu dicho, sino porque nosotros mismos le hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo» (v. 41).

No es esta cuestión de milagros: lo mismo que en la vocación de los Apóstoles, la palabra de Jesús basta: Cristo pasa dos días con ellos y confiesan que es el Salvador del mundo. Este título era muy prodigado entre los paganos, pero al admitirlo Jesús íbalo

también a ennoblecer y hacer de él un título verdaderamente divino: el Salvador no será ya más el protector de una ciudad, de un reino o de un imperio, sino el que redime las almas y las libra del pecado y del demonio.

Esta adhesión pronta de una turba samaritana no sorprende más que a medias a un lector de los sinópticos: de diez leprosos curados, uno sólo vuelve a dar gracias, y es Samaritano (Lc., XVII, 11-19): tres viajeros pasan junto al herido en el desierto de Judea y únicamente el Samaritano se compadece de él (Lc., X, 33). Se presiente ya la predicción tan frecuente en labios de Jesús: «Muchos vendrán de Oriente y Occidente y se sentarán en el festín del reino de los cielos con Abrahán, Isaac y Jacob, y los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores» (Mt., VIII, 11-12). Por lo demás, estos convertidos no son más que primicias de la siega venidera (Jn., IV, 35). Jesús, enviado a buscar las ovejas perdidas de la casa de Israel, no hace sino pasar por entre estos extranjeros; más adelante volverán los Apóstoles y recogerán la cosecha ya madura (Act., VIII, 4-25).

Este coloquio con la Samaritana y esta conversión de los vecinos de Sicar no pasa de ser más que un episodio en la vida del Señor, pero es revelador, y tal vez es plan de San Juan darnos a entender con esto que el alma llega hasta Cristo por el deseo y por la fe, dejándonos además entrever las inmensas perspectivas de apostolado, que debe abrir al Cristianismo no sólo la Judea, sino el mundo entero.

## **CAPÍTULO IV**

### *PRIMERAS PREDICACIONES EN GALILEA*

I.- Desenvolvimiento del ministerio de Jesús. La Galilea

II.- La predicación del reino de Dios

III.- La vocación de los Apóstoles

IV.- La predicación en las sinagogas

V.- Cafarnaún

VI.- Conflictos con los fariseos

VII-La elección de los Apóstoles

### **I.-DESENVOLVIMIENTO DEL MINISTERIO DE JESÚS. LA GALILEA**

Jesús salió de Judea, y atravesando la Samaria llegó otra vez a Galilea. Este cambio

de marco y de auditorio iba a dar a su obra de evangelización el impulso definitivo. Mientras Juan estuvo libre y prosiguió en su misión, Jesús se limitó también a una labor preparatoria: abrir paso al Evangelio: ahora es tiempo ya de anunciarlo.

La Galilea iba a ofrecer a esta predicación un suelo más favorable que la Judea: la influencia política y religiosa de los saduceos, ejercida en Jerusalén por los sumos sacerdotes, era allí más lejana y por lo mismo más débil. Los fariseos, numerosos, lo mismo que en toda Palestina, no podían desarrollar una acción tan compacta y eficaz como en la ciudad santa, donde la proximidad del sanedrín ejercía sobre todas las sinagogas y sobre la vida religiosa una vigilancia cotidiana. Además, sobre todo la población era más accesible al mensaje mesiánico, más ruda sin duda y también más violenta, pero sencilla, recta y sana y menos enredada en los compromisos de la política. Recuérdense por ejemplo, las mil precauciones que fué menester adoptar en Jerusalén desde los primeros días de evangelización; las de Nicodemo, viniendo a encontrar al Señor de noche y a escondidas, y las del mismo Jesús, que no se fía de los que creen en Él, porque sabe lo que hay en el hombre. En Galilea, por lo menos durante los primeros meses, las idas y venidas no pueden ser más libres y desembarazadas; en la ribera del lago, en la montaña y por la llanura de Genesareth, los oyentes acuden a centenares y a millares, y Jesús podrá sin dificultad predicarles a todos la buena nueva. A este período de libre expansión se sucederá otro más vigilado, y por lo mismo más violento, y el Maestro entonces tendrá que exponer en parábolas lo que sería peligroso predicar claramente; y pronto ni aun estas precauciones bastarían para protegerse Jesús y los suyos contra las sospechas de Herodes y la envidia de los fariseos, imponiéndose la salida de Galilea buscando abrigo en tierras de Filipo. Pero al producirse estas oposiciones, llegarán ya tarde para ahogar el Evangelio, porque la semilla divina cayó en tierra fecunda, y ya germinará.

Estas observaciones nos permiten entrever el desenvolvimiento progresivo del ministerio de Jesús. En un principio es la expansión avasalladora en que las muchedumbres galileas corren arrastradas, y a la vez elige los Apóstoles, los forma y los envía a misionar. El éxito despierta luego la hostilidad de los fariseos, que persiguen a Jesús, le atacan y le calumnian; la turba, superficialmente conmovida, vacila ante la infamia y queda desconcertada por la doctrina de Jesucristo, demasiado sublime y pura para ella. Desde entonces tendrá Jesús que prevenirse en sus sermones contra la malicia de sus enemigos y la pusilanimidad de sus discípulos, y será el momento de hablar frecuentemente en parábolas, reservando para sus Apóstoles la interpretación más explícita de lo que otros sólo a medias comprenden.

Por fin deja Galilea, y después de una nueva expedición breve por las costas de Fenicia, se retira a la región de Cesarea de Filipo: durante este tercer período, consagra sus esfuerzos al grupo de sus Apóstoles, y a ellos se revela más explícitamente, de paso que les prepara para la crisis terrible de su Pasión.

De este modo, a medida que se va haciendo más difícil y peligroso el apostolado

entre las masas, los cuidados de Cristo se dirigen con especialidad a sus escogidos. Para los doce ya desde un principio reserva la interpretación de las parábolas, y más tarde, la revelación de su persona, de su misión y de su destino; de entre los mismos doce distingue a sus tres privilegiados, Juan, Pedro y Santiago, testigos de su transfiguración, cuyo secreto han de guardar hasta después de la muerte y resurrección del Señor.

Se puede, según esto, representar la obra evangelizadora de Cristo diciendo que progresivamente pierde en extensión lo que gana en profundidad: comienza cubriendo la Palestina entera, Jerusalén, la Judea y Samaria; redúcese luego a Galilea, y termina casi en absoluto por el grupo de los Apóstoles, entre los cuales distingue aún más a los tres preferidos. Sin duda que los mismos sucesos externos impusieron esta ley a la labor de Jesús, aunque nada impide a la fe remontarse más arriba y reconocer en todo la disposición providencial que guió de este modo los acontecimientos. Cristo debía confiar a la Iglesia el cuidado de predicar el Evangelio, de convertir a Israel y al mundo, la entregaría todo aquello que El compró con el precio de su sangre, el don del Espíritu Santo, con todos sus tesoros de gracias y de verdad, que no cesaría de distribuir hasta el fin de los siglos; y la Iglesia había de ser la que dispusiera, asistida por su acción invisible, de todos estos carismas y enriqueciera con ellos a los hombres. Para disponerla a esta empresa era menester concentrar en ella, en sus cabezas, todos los esfuerzos y cuidados, contentándose con esparcir en su derredor, entre el pueblo de Dios, la semilla del reino, que más adelante, bajo la acción del Espíritu Santo, debía germinar y ofrecer a la Iglesia naciente sus primeras cosechas.

La Galilea formaba con la Judea, Samaria y Perea una de las cuatro grandes provincias de la Tierra Santa. Dentro de Galilea hacia el norte, caía la alta Galilea, cuyas montañas alcanzan y pasan los mil metros de altura: al sur se encontraba la baja Galilea, cuyas colinas no llegan a los seiscientos metros. Todo el país, sobre todo al sur, es de una fertilidad pasmosa, comparado al menos con Judea. La proximidad del Líbano es causa de que los tesoros de sus nieves acumulados en sus crestas se evaporen en nubes que se resuelven en lluvias. Dígase lo mismo de las montañas del norte, donde la regularidad de las aguas es más abundante que en las de Judea. Si se desciende hacía la baja Galilea, las colinas redondas sirven de cuadro a planicies extensas de una fecundidad maravillosa, ya que la llanura de Esdrelón es comparable por su fertilidad a las tierras negras de Polonia. Josefo no regatea elogios a la riqueza de su provincia: «Fecunda, abundosa y cubierta de árboles de todas clases, convida al cultivo aun a los menos laboriosos, y está toda trabajada por sus habitantes y ni un rincón queda baldío; por el contrario, las ciudades son numerosas, y las aldeas casi siempre muy pobladas por la abundancia de aprovisionamiento, hasta el punto de que la más pequeña cuenta con más de 15.000 habitantes» (B.J., III, 3, 2, 42-43). Con alguna reserva conviene tomar estas cifras, que darían a Galilea un total de tres millones por lo menos de habitantes, esto es, 3.000 por milla cuadrada; si bien se ha de reconocer, no obstante, que la densidad era entonces mayor que la de hoy día.

Entre los productos galileos era renombrado sobre todo el de su olivo (Jos., B.J., II,

21, 27). Se lee en las bendiciones de Jacob: «Aser moja su pie en aceite» (Deut., XXXIII, 24), y a propósito de este pasaje, se encuentra en Sifré la historia legendaria de un hombre de Laodicea enviado a Galilea a comprar aceite, que volvía con la recolección de un solo campo de olivos: la cosecha era tan abundante que para su transporte hubo de alquilar todos los asnos y camellos de la tierra de Israel. «Es más fácil -decían- alimentar toda una legión en Galilea con el producto de los olivos que mantener un niño en toda la tierra de Israel».

Sus grandes llanuras llevaban también hermosas cosechas de trigo. Jacob decía bendiciendo a Aser: «Aser, su pan es exquisito y hará las delicias de los reyes» (Gén., XLIX, 20). Luego, los rebaños, de frutos tan sabrosos para los judíos: «¿Por qué los productos de Genesareth no suben a Jerusalén?; para que los peregrinos no digan: si hubiéramos ido a Jerusalén para comer los frutos de Genesareth nos hubiéramos saciado».

Los campesinos galileos, tal cual nos les dejan conocer las parábolas evangélicas, aparecen con frecuencia como agricultores acomodados, o a la cabeza de alguna importante explotación; así aquel invitado al festín que se excusa de no poder asistir, porque acaba de comprar cinco pares de bueyes que debe probar (Luc. , XIV, 19); así también el padre del hijo pródigo, matando el becerro cebado a su vuelta, y a quien el heredero reprocha como una tacañería el no haberle dado nunca un cabrito siquiera para alegrarse con sus amigos. Los de Judea decían proverbialmente: «Si alguno quiere hacer fortuna, que vaya al norte, y si desea ser sabio, que venga al sur»; y calculaban que el precio de la vida era en Galilea cinco veces menor que en Judea.

Pero esto no les impedía despreciar a estos provincianos: echábanles en cara una pronunciación rústica que siempre les traicionaba, y esto fué, como es conocido, lo que la noche de la Pasión descubrió a Pedro en casa de Anás. No sabían de finuras en la interpretación de la Ley y se complacían más con las leyendas de la *Haggadah* que con las sutilezas de la *Halakhah*, y sus tradiciones regionales diferían en más de un punto de la casuística rabínica de Judea. Cuando Nicodemo tomó tímidamente delante de los fariseos la defensa de Jesús, respondieronle con suficiencia: «¿Es que tú también eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no ha salido un solo profeta» (Jn., VII, 52).

Un siglo después de Jesucristo producía por primera vez la Galilea un rabino famoso, R. José, el competidor y adversario de Aquiba que hubo de vencer infinidad de obstáculos antes de imponerse a la atención de sus contemporáneos, y aun en medio de los esplendores de toda su reputación no evitó, sin embargo, el verse tratado de «loco galileo» por una mujer a quien preguntando el camino de Lydda, encontró la expresión demasiado verbosa. Y sin embargo, estos galileos tan ridiculizados no eran solamente ricos labradores cuyos campos de trigo, bosques de olivos y rebaños podían causar la envidia a los judíos, sino que además de colonos valerosos rodeados de vecinos hostiles tenían que defenderse e imponerse. En tiempo de Judas Macabeo, entre el 164-163 a. J. C., los galileos, acometidos por los paganos de Tolemaida, Tiro y Sidón, tuvieron que llamar en su ayuda a los judíos de la Judea. Simón, al frente de 3.000 hombres, pudo vencer a los enemigos, si bien tuvo

que llevar a Judea los judíos de Galilea con sus mujeres e hijos para sustraerles a nuevos ataques, que no eran fuertes para sostener.

Al final de este siglo n, en el reinado de Aristóbulo (105-104), los judíos eran ya bastante fuertes para imponer a los de Ytorea la circuncisión o la salida del país (Jos., A.J., XIII, 11, 3, 318). El mismo Josefo, que nos hace conocer esta evolución, escribe por lo demás hablando de los galileos: «Considerables por su extensión y rodeados de razas extranjeras, han vivido en un continuo quién vive. Son belicosos desde la infancia, y muchos en número: no conocen la cobardía, ni puede con los hombres, lo mismo que la despoblación con el país.» (B.J., III, 3, 2, 24). Semejantes cualidades viriles desarrolladas por tanta lucha habían templado el carácter galileo y dándole una firmeza que los rabinos mismos no rehusaban negar. «En Galilea -decían- vale más el honor que el dinero». Estas robustas cualidades tenían también sus peligros, pues del descontento pasaban con facilidad a la revuelta y de aquí al bandidaje: la Galilea era la tierra del bandolerismo y de la insurrección, y allí había hecho Herodes sus primeras pruebas militares contra los salteadores, y durante la dominación romana, los zelotes encontraban allí siempre reclutas para los levantamientos. La predicación evangélica había, pues, de tropezar con un peligro gravísimo y las esperanzas mesiánicas debían avivar en estas almas violentas un eco apasionado, y era necesario a Cristo gran tacto y gran paciencia para arrancar a sus oyentes de aquellos sueños terrenales y transportarlos a la realidad divina que venía a proponerles.

Entre los galileos hay siempre, según el Evangelio, un grupo perteneciente a esta categoría: son los pescadores del lago, entre los que iba el Salvador a reclutar sus primeros Apóstoles. Su mismo oficio les había habituado a las faenas rudas: el lago no es muy grande, pero es con frecuencia peligroso.

Profundamente encajonado entre acantilados cuyas hondas gargantas se abren aquí y allá, recorriendo de arriba abajo el valle del Jordán, está sujeto a vendavales súbitos y violentos que, para barcas de vela de poca quilla, uno de estos golpes de viento basta para volcar. El Evangelio nos ha descrito varias de esas tempestades y recogido los gritos de terror de los marinos: «¡Sálvanos, Señor, que perecemos!» Además de estos peligros frecuentes, el oficio tenía sus fatigas y sus días desdichados: en una de estas noches de labor ingrata es cuando, subido el Señor en la barca de Pedro, le manda echar la red y Simón le responde: «Maestro, hemos trabajado durante toda la noche sin coger nada, mas en tu nombre echaré la red.» Siéntese aquí una resolución fuerte y tenaz; estos pescadores no se desaniman con facilidad porque es menester ganarse bien la vida. Por lo demás, la pesca es productiva; el lago, ya lo hemos dicho, es abundante y los pescadores están hechos a redadas magníficas recordadas por el Señor en sus parábolas. «El reino de Dios -dice- es semejante a una red, que echada en el mar, recoge toda clase de peces, y cuando está ya repleta la sacan a la orilla y, sentados allí, escogen los buenos y los meten en cestas y echan fuera los malos» (Mt., XIII, 47-48). El pescado se vendía sin dificultad, y las brillantes ciudades levantadas en las riberas del lago ofrecían siempre salida segura; detrás, por si acaso, quedaba la Galilea y la Judea.

Para los judíos, el pescado era el alimento preferido. En el desierto, adonde la turba seguía a Jesús, no había más provisión que unos panes y pocos peces (Mt., XIV, 17-19; XV, 36). Cuando Jesús resucitado encuentra en el Cenáculo a sus Apóstoles le presentarán un poco de miel y un trozo de pescado (Lc., XXIV, 42); y el mismo Jesús, si quiere pintar a sus discípulos al hijo pidiendo de comer a su padre, hácele pedir un huevo o un pez (Lc., XI, 11). Y si de este humilde plato de los pobres pasamos a los grandes banquetes, encontraremos el pescado como plato de honor: puede verse descrita una comida suntuosa ofrecida a un gran rabino, en la que, según se dice, sirviéronse trescientas especies diferentes de pescado.

Cuando la pesca es tan abundante y deseada, la existencia de un pescador no puede ser miserable. Tales son los que nos da a conocer la narración evangélica; gentes rudas y sencillas, pero que ganan la vida con holgura. San Pedro y San Andrés poseen juntos su barca: San Juan y Santiago trabajan con su padre y tienen además sus criados.

Los dos grupos de hermanos están asociados entre sí: cuando la pesca milagrosa el estupor invade a San Pedro y a todos los suyos «y también a Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que estaban en compañía de, Simón» (Lc., V, 10); y un poco antes, a propósito de este mismo episodio, cuenta San Lucas que Pedro y sus remeros «hicieron señales a sus amigos, que estaban en otra barca, para que viniesen a ayudarles» (Lc., V, 7). Este pequeño grupo de pescadores va a constituir el primer núcleo del colegio apostólico, llevando a él sus hábitos de trabajo y de mutua ayuda contraídos en las riberas del lago. Una palabra de Jesús va a decidir de esta transformación y hacer de estos humildes marineros pescadores de hombres.

## **II.-LA PREDICACIÓN DEL REINO DE DIOS**

Jesús, después de haber atravesado la Samaria, llegó a Galilea. Los galileos venidos a Jerusalén por la Pascua estaban aún bajo la impresión de los milagros de Jesús, e hicieronle un buen recibimiento (Jn., IV, 45). En Caná, un dignatario de la corte de Herodes llegóse a suplicar al Señor la salud de su hijo, enfermo en Cafarnaún. «Si no veis milagros y prodigios, no creéis.» El padre insiste, y Jesús le dice: «Vete, tu hijo vive»; y en aquella hora quedó sano el joven (Ib., 46-56). Después de este segundo milagro hecho en Caná, bajando Jesús hacia el lago inaugura la predicación del Evangelio. El Precursor estaba ya en la cárcel y con él desaparecía su ministerio de preparación y de espera. La predicación de Jesús se transforma al mismo tiempo y San Marcos la resume en unas palabras densas de sentido: «El tiempo se cumplió, y se ha acercado el reino de Dios, haced penitencia y creed al Evangelio» (Mc., I, 15). ¿Cómo entender esta fórmula? De atenernos al texto de San Mateo (IV, 17), Jesús repetía con los mismos términos lo que Juan había predicado: «Convertíos, porque se acercó el reino de los cielos» (cf. íbid., III, 2). El texto de San Marcos introduce un elemento nuevo: «el tiempo se ha cumplido». No es ya la preparación sino la promulgación del reino de Dios. ¿Quiere esto significar que ya se ha cumplido? Sin



duda que no, pero por lo menos ha dado ya principio. Yavé es rey de Israel y a la vez rey del mundo, pero este reino es despreciado y combatido en la tierra y en el propio Israel. La ocupación del Mesías ha de consistir en manifestar este reino y en establecerlo, haciéndole aceptar a las almas de buena voluntad, imponiéndoles a otras. Esto no será obra de un momento, sino labor progresiva, y por esto al anunciarle Cristo no ha quedado perfecto de golpe, lo inaugura únicamente. Es una nueva era la que da principio: «Hasta Juan, la ley y los profetas; después de él, es evangelizado el reino de Dios» (Lc., XVI, 16). Como lo da a entender el texto, la labor de Cristo, lo mismo que la de los Apóstoles es desde un principio anunciar y evangelizar el reino de Dios. El da los primeros pasos y envía a su Hijo y al Espíritu Santo, pero es menester que los hombres respondan a estos pasos para que este reino se realice en ellos; y porque es reino de santidad y de justicia, no puede establecerse más que en las almas que se abren a Él. Ya está presente, pues que Dios lo ofrece a los hombres y les llama, y sin embargo no ha hecho más que aparecer. Es una era nueva, cuya consumación ha de pedir todo discípulo de Cristo y en cuanto de él dependa también asegurarla. Por eso, al aviso sigue inmediatamente la exhortación: «Convertíos y creed al Evangelio.» Juan Bautista había predicado ya la conversión: era su mensaje. Jesús se hace eco de él, pero a este mandato añade otro más: «Creed al Evangelio.» A primera vista parece una prescripción fácil. Se cree sin dificultad una buena noticia, y sin embargo aquella debía encontrar muchos incrédulos. Se había soñado en una manifestación del reino de Dios fulgurante e irresistible, y el desarrollo silencioso y progresivo de la buena simiente desconcertaba esta expectación, y había que hacerse mucha violencia para poder divisar debajo de aquellas humildes apariencias la esperanza de toda la nación. Bastante más tarde, tal hostilidad manifiéstase en este rasgo que San Lucas nos ha conservado (XVII, 20-21): «Y preguntaron a Jesús los fariseos: ¿Cuándo vendrá el reino de Dios? Les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con señales exteriores, ni dirán: helo aquí, o helo allí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros.»

Vaga algo de trágico en esta obstinada incomprensión de los judíos, empeñados en esperar este beneficio divino que se les ofrece, que le tienen ante los ojos y que no quieren ver. Como Jesús avisa aquí mismo a sus discípulos: «Vendrán tiempos en que deseéis ver un día del Hijo del Hombre, y no le veréis» (Lc., XVII, 22) Mientras dure esta ceguera los corazones estarán cerrados, y el advenimiento del reino de Dios se hará imposible, por lo menos para esos ciegos voluntarios. Jesús se va repitiendo su predicación: «Convertíos y creed al Evangelio.»

### **III.-LA VOCACIÓN DE LOS APÓSTOLES**

Pero Jesús no será El sólo para predicar. Desde un principio llama a su lado discípulos, de los que hará apóstoles. He aquí cómo narra San Marcos el suceso a continuación de los versículos que acabamos de comentar:

Y pasando por la ribera del mar de Galilea, vió a Simón y a Andrés su hermano que echaban sus redes en la mar, porque eran pescadores. Y Jesús les dijo: Venid en pos de mí y haré que seáis pescadores de hombres: y luego, dejadas las redes, le siguieron. Y pasando

un poco más adelante, vió a Santiago hijo del Zebedeo, y a Juan su hermano, que estaban en una barca componiendo las redes. Y los llamó. Y ellos, dejando la barca de Zebedeo su padre con los jornaleros, le siguieron.

Esta narración tan sencilla, de consecuencias tan incalculables para la Iglesia entera, y sobre todo para San Pedro, está referida según los recuerdos del Apóstol tal como quedó grabada en su memoria. Ve todavía la barca, y en pie junto a su hermano Andrés, arroja su gran red rectangular que retumba pesadamente al caer en el agua del lago arrastrada por sus colgantes de plomo, mientras al lado en otra barca los compañeros Juan y Santiago componen sus mallas, frecuentemente rotas en los fondos roqueños del mar. A unos y otros dirige Jesús una sola palabra: «Venid conmigo y yo os haré pescadores de hombres»; y aquellos hombres animosos le siguen.

Vocaciones así no carecían de ejemplo. San Crisóstomo (P. G., LVII, 209) recuerda la de Eliseo, siguiendo a Elías a la primera palabra. Sin ir tan lejos, hállanse por el tiempo de Cristo ejemplos de rabinos, entre los cuales los más famosos acostumbraban a agrupar en torno suyo a discípulos y seguidores. Mirábase no sólo como privilegio, sino como deber, aunque los discípulos así reunidos no eran jamás asociados a una obra común; debían sólo escuchar y aceptar su doctrina y ponerse a disposición del maestro. El llamamiento del Bautista acercábase ya mucho al de Cristo: los seguidores del Precursor participaban de su vida y de sus ayunos, eran testigos de su bautismo y de las predicaciones y muchos le fueron fieles con una fidelidad ejemplar sirviéndole en su cautividad y después de su degollación por Herodes, viniendo a tributarle los postreros deberes.

En este ambiente fervoroso, pero un poco estrecho y exclusivista, se habían formado los cuatro Apóstoles primeros y allí habían oído hacia poco el llamamiento primero de Jesús. Así lo advierte San Crisóstomo. Y, efectivamente, el relato de San Juan completa e ilumina el de San Mateo y San Marcos: «San Juan -escribe el santo-nos relata de otro modo esta vocación, por donde se ve que ésta es la segunda, persuasión que vienen a confirmar, por otra parte, muchos rasgos. Allí nos decía Juan que los discípulos se llegaron al Señor cuando el Bautista aún no había sido encarcelado, y aquí es después de su prisión. En aquélla Andrés llama a Pedro; aquí Jesús habla a uno y a otro. Juan escribe: «Viendo venir Jesús hacia sí a Pedro, le dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú te llamarás Cefas, que quiere decir Pedro.» Mateo en este pasaje recuerda que Simón se llamaba ya Pedro: «Viendo -dice-a Simón que es llamado Pedro». Llegaremos a la misma conclusión fijándonos en el lugar donde ocurre la vocación, y sobre todo en otros detalles, como el de la prontitud en seguir a Jesús y en dejar todas las cosas. Lo que indica que ya estaban eficazmente formados» (P.G., LVII, 219). Este último rasgo es, en efecto, de los más significativos. Corriendo los años, Porfirio y Juliano el Apóstata echarán en cara a los Apóstoles el haber seguido a Cristo en un momento de entusiasmo ciego e irracional: La mejor respuesta está en el evangelio de San Juan: vese allí cómo los Apóstoles, ya preparados y dispuestos por el Precursor, vienen a buscar a Jesús, pasan con El la noche, se le juntan y le siguen. Le acompañan a Caná, y son allí testigos del primer milagro y creen en El. Viene luego el viaje ya en común a Jerusalén y a Judea por la Samaria, después de lo cual se vuelven a sus casas a continuar en sus oficios, como lo harán todavía después de la Resurrección (Jn., XXI, 3), pero a la primera palabra de Cristo le siguen: son sus hombres.

Dejan su trabajo, y «ya sabéis-anota finalmente San Crisóstomo-, ya sabéis vosotros cuánto apasiona la pesca.» Juan y Santiago abandonan a su padre Zebedeo, que no tenía más ayuda que la de los jornaleros y desde ahora van a convertirse en pescadores de hombres.

#### **IV.-LA PREDICACIÓN EN LAS SINAGOGAS**

Durante este nuevo período de su ministerio, Cristo no procede como antes cuando por vez primera vino a Caná y Cafarnaún: entonces su hora no había llegado; estaba en compañía de su Madre y de sus parientes y había hecho algunos milagros, pero sin emprender aún su obra de evangelización. Ahora su entrega es absoluta, se ha concluido la vida de familia, y su madre y sus hermanos son los que escuchan y siguen la palabra de Dios. Ya llegó su hora. Una frase de San Lucas nos ilustra su método: «Enseñaba -dice-en las sinagogas, y todos le honraban» (Lc., IV, 15): y prosiguiendo la narración, continúa: «Vino a Nazareth, donde se había criado y entró, según su costumbre, el sábado en la sinagoga y se levantó a leer» (Ib., 16). No describiremos ahora ese pasaje, que es sin duda de época posterior; sólo retenemos esta preciosa referencia sobre la costumbre de Nuestro Señor, que se valía de los oficios del sábado para enseñar en las sinagogas.

El detalle hirió, sobre todo, a San Lucas, que veía en él el método de su maestro San Pablo a su llegada a Antioquía de Pisidia. Pablo y sus compañeros «entraron en la sinagoga un sábado y tomaron asiento. Después de la lectura de la Ley y de los profetas, enviáronle a decir los príncipes de la sinagoga: Hermanos, si tenéis que decir alguna palabra de exhortación al pueblo, decidla. Y levantándose Pablo y haciendo señal de silencio con la mano, comenzó: Israelitas y demás gente que teméis a Dios, escuchad» (Act., XIII, 14 y siguientes), y siguió predicando el Evangelio; del mismo modo se puso en contacto con las otras colonias judías de Asia, Macedonia y Acaya.

En esto no hacía más que seguir los pasos de su Maestro. Por esto se comprenderá el papel providencial de las sinagogas en la obra de la evangelización. Edersheim mismo, judío convertido, escribía: «La sinagoga fué la cuna de la Iglesia. Sin ella y sin la dispersión de Israel, el establecimiento de la Iglesia universal no hubiera sido imposible humanamente hablando, y la conversión del paganismo hubiera exigido mil años de milagros».

La tradicional costumbre de los oficios en la sinagoga ofrecía a Jesús ocasión para evangelizar al pueblo sin chocar con su manera de ser, uniendo por el contrario el Evangelio a la Ley y a los profetas. Su predicación en Judea y luego en la Galilea, y sus milagros atraían hacia sí la atención de todo el pueblo, y hasta que la ruptura entre Él y las autoridades judías no se consumó definitivamente, parecía natural que se le invitase a hablar al pueblo en sus reuniones de la sinagoga. Podía voluntariamente elegir un texto profético y desarrollarlo como lo hizo en Nazareth (Lc., IV, 16 sgg). Esta escena, tan sencilla por otro lado, aun a nosotros nos sobrecoge, para quienes el cristianismo nos es familiar y vemos el judaísmo tan lejos; pero, ¿cuál no sería el estupor de los primeros

oyentes de Cristo en las sinagogas de Galilea?

Quedaban pasmadas de que Jesús interpretase así los textos sagrados: «¿Cómo ·sabe éste tanto no habiendo estudiado?» (Jn., VII, 15): el hebreo era desde tiempo atrás una lengua muerta para los judíos, como hoy lo es el latín para nosotros. Pero antes que nada impresionaba aquel acento nuevo y aquella autoridad sobrehumana, a la vez que tan humana. Nada de aquella erudición farragosa con que los rabinos dificultaban el comentario de la Ley; nada de aquellas sutiles exégesis que reformaban y torturaban el texto sagrado; nada de aquel alarde de ingenio que despierta la curiosidad, pero que deja el alma vacía y hambrienta ; una palabra sencilla que no necesita comentarios, que la entiende un niño y que el esfuerzo de toda una vida estará penetrando sin llegar a su fondo, y aquel tratar la Escritura con un respeto sumo y con una libertad soberana: «Las turbas admirábase de su doctrina, porque enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mt., 28-29).

Sin duda que los muros de la sinagoga eran demasiado estrechos para contener mucho tiempo a la Iglesia naciente y, sobre todo, el espíritu de sus jefes era muy fariseo para tolerar a la larga la predicación del Evangelio. La escena de Nazareth nos demuestra cómo se le arroja a Cristo, lo mismo que más adelante los judíos decretarán la expulsión de la sinagoga contra todos sus discípulos (Jn., IX, 22; XII, 42: XVI, 2; cf. VII. 13). Pero cuando lleguen a tomarse medidas tan extremas, el Evangelio se habrá ya extendido profusamente y estará predicado en las riberas del lago, en la llanura de Genesareth, en la montaña de las bienaventuranzas y por todos los caminos de la Palestina. La sinagoga le había dado abrigo los primeros días: era su misión providencial y Jesús quiso aprovechar este apoyo, y sobre todo rendirle con ello un homenaje. En el último día de su vida podrá decir delante del sumo sacerdote: «Yo he hablado públicamente delante de todo el mundo, y he enseñado siempre en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y ocultamente no he dicho nada» (Jn., XVIII, 20).

## V.-CAFARNAÚN

Parece que aquí predicó Jesús lo más frecuentemente en la sinagoga, pues los sinópticos mencionan más de una vez estas predicaciones y este edificio (Mc., I, 21; Lc., IV, 33, sgg.; cf. Lc., VII, 5) y San Juan, que tan poco nos ha conservado del ministerio en la Galilea, describe no obstante una predicación en la sinagoga, que es la de Cafarnaún (VI, 51). ¿Existe hoy aún algún resto de este monumento tan venerable, que nos sería tan querido? Es cuestión dudosa. El Padre Lagrange escribe: «Se sabe que en *Tell-Houm*, la antigua Cafarnaún, se han descubierto ruinas aún muy hermosas de una sinagoga». El P. G. Orfali las ha descrito, y sobre la fecha del edificio, concluye el autor con estas líneas su larga discusión (págs. 74-85): «Para terminar, sostenemos que el origen de la sinagoga de Cafarnaún sube hasta el siglo primero de nuestra era, quitando algunas modificaciones posteriores, mas señalar para su construcción el fin del siglo II o principios del III nos parece insostenible».

Aunque no se piense en suscribir las conclusiones del Padre Orfali, deben estudiarse con el mayor interés las ruinas de esta sinagoga, «verdadera joya en su género en la serie palestinese conocida».

No son estas ruinas el único vestigio de la antigua Cafarnaún: «las ruinas del *Tell-Houm* continúan sobre las riberas del lago de Tiberíades, y su extensión puede señalarse como en un kilómetro de longitud por unos 400 metros de ancho». El cómputo nos permite sospechar lo que en tiempos de Cristo debía ser esta ciudad floreciente «que se creía levantada hasta el cielo» (Mt., XI, 23). Asentada en la parte norte del lago, veía llegar a sus mercados las caravanas de Damasco y los barcos de la Transjordania cargados del trigo de Hauran, mientras por el oeste los campesinos de la Galilea venían a vender sus ganados y sus frutos. Existía allí, además un puesto importante de aduaneros, .y uno de ellos, Mateo o Leví, será de los doce Apóstoles, y en su conversión ofrecerá a Jesús una comida, a la que invitará también a los demás publicanos de Cafarnaún. Desde las primeras narraciones evangélicas nos encontramos en esta ciudad con un centurión al frente de un destacamento romano allí de guarnición (Mt., VIII, 5), y cuando se acerca a pedir la curación de su criado, recomiéndanle a Jesús los judíos: «Merece -dicen-este favor, porque quiere a nuestro pueblo y nos ha levantado la sinagoga» (Lc., VII. 4-5).

Parece por este dato que en esta ciudad cosmopolita podían existir entre judíos y gentiles relaciones amistosas y mutuamente serviciales, pero no se concluirá sin duda que todas las barreras habían caído. San Pedro, vecino de Cafarnaún, como se sabe, ha de necesitar de toda una intervención divina para decidirse a tratar con los paganos y admitirlos en la Iglesia; pero de todos modos, esta situación y estas costumbres facilitarían la difusión del Evangelio. Existía allí una población algo flotante, más acogedora que la de Judea; y recibida en su suelo la divina semilla, había seguridad de que sería llevada muy lejos, igual que los sabrosos productos de Genesareth que las caravanas transportaban a los extremos del mundo judío.

A Cafarnaún vino efectivamente Jesús luego de la vocación de los Apóstoles por lo menos en el orden de hechos que traza San Marcos (I, 21).

Hemos de seguir con preferencia al intérprete de San Pedro cuando nos cuenta el relato de la vocación de su maestro y de los primeros días de su vida apostólica. Se comprende, por lo demás, que Pedro atado por su matrimonio a Cafarnaún, condujera a Jesús a la ciudad que pronto vendría a ser el centro de la acción evangélica y como la patria del Señor.

Seguido de cuatro discípulos, vuelve a Cafarnaún; «Y en seguida, el sábado entrando en la sinagoga enseñaba y se pasaban de su doctrina, porque en la sinagoga tenía

potestad, y no como los escribas» (Mc., I, 21-22).

Así comienza la predicación del Evangelio: En la sinagoga, al levantarse Jesús a leer el texto sagrado, todos los ojos se van a Él: no es desconocido, ha llegado con toda su familia después del milagro primero en Caná y aquí vive el oficial real cuyo hijo acaba de curar; aquí está casado también Simón Pedro. Le miran, le oyen y quedan conmovidos del acento de esta palabra que por vez primera oyen de este modo: ¡éste es Maestro!

Y de entre la turba silenciosa salen gritos desaforados: ¡un poseso! Muchas veces los relatos sinópticos nos presentan casos de posesión señalando la intervención milagrosa de Jesús. Este es el primero producido en el primer sermón de Cristo.

Los que hoy día creen que los progresos de la ciencia médica han eliminado definitivamente del mundo real las posesiones diabólicas, quedan ofendidos o perplejos por esta sugerencia. Es curioso y merece leerse el comentario de Reuss, autor protestante liberal, pero creyente, el cual piensa «que se trata aquí de diversas enfermedades que la ciencia contemporánea de entonces no acertaba ni a explicar ni a curar, y que el pueblo atribuía consiguientemente, a la fuerza oculta del demonio»; pero ha de reconocerse que esta hipótesis no explica suficientemente la intervención de Jesús y su eficacia. «De todos modos, siempre quedará que Jesús procedió en estos casos como quien está seguro del éxito, y que nosotros vemos ceder ante su poder, males debidos, no a una u otra causa ocasional, sino radicados en el organismo, males inveterados y profundos, sin que sea menester un tratamiento racional y continuado. Dejando, pues, esa concepción vulgar y tradicional de las posesiones diabólicas, no habrá cambiado en nada el gran problema de la historia santa relativo a los milagros en sí.»

Estas últimas líneas son justas, aunque insuficientes, porque eso de «abandonar esa concepción vulgar y tradicional» no sólo no facilita la explicación de las liberaciones milagrosas, sino que las complica con dificultades insolubles. Plummer las enuncia así: «Si se trata de verdaderos demonios, a quienes Cristo arrojaba, librando de ellos a sus víctimas, no hay nada que explicar, y la narración está en armonía con los hechos.

Si no es cuestión de demonios, y lo de la posesión diabólica es superchería, hay que decidirse por una de las tres hipótesis: 1ª Jesús no empleó tal método de curación con los que se creían «posesos», sino que es un error que le han atribuido los evangelistas. 2ª Jesús empleaba el método y hacía exorcismos, sabiendo que no había tales demonios que arrojar. 3ª Jesús adoptaba el método y usaba exorcismos porque en cierto grado participaba El también de la creencia errónea de sus contemporáneos sobre el particular».

Difícilmente se expondrá mejor el estado de la cuestión: ¿pero exponerlo así, no es resolverlo ya?

Si queremos comprender mejor este caso particular, recordemos que toda la vida de Cristo no fué más que lucha contra el demonio: el combate se inicia inmediatamente después del bautismo, en la tentación, y proseguirá durante todo el ministerio público de Jesús, redoblándose el furor en la Pasión. Entonces fué la advertencia de Jesús a San Pedro: «¡Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido cribaros como trigo, pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca!» (Lc., XXII, 31-32); al hablar así el Señor, «Ya Satán había entrado en Judas, llamado Iscariote» (Ib., XXII, 3; cf. Jn., XIII, 2, 27). Y poco después añade Jesús: «He aquí que viene el príncipe de este mundo, pero conmigo no tiene nada que ver» (Jn., XIV, 30). Esta lucha no se concluirá más que con el mundo. Ya se lo advertirá San Pablo a los fieles. «No sostenemos combate contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal...» Ni ha de sorprendernos que una de las ocupaciones propias de Cristo fuera la guerra contra Satanás, y su explicación al refutar las calumnias de los fariseos es terminante y luminosa. Después de demostrarles que no arroja a Satán por virtud diabólica, concluye: «Si yo arrojo los demonios por espíritu de Dios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios. ¿Es que acaso puede uno entrar en la casa del fuerte y saquear sus muebles, si antes no hubiere sujetado al fuerte?» (Mt., XII, 28-29).

Así el conflicto surge desde el día de la primera predicación en que el hombre fuerte que ocupa la casa siente el paso de otro más fuerte que él: La exclamación del diablo viene además llena de rabia, de furor y de servilismo, como de quien procura evitar el choque: «¿Qué tienes que ver con nosotros?» Presiente que se acerca para perderle y que su adversario es el «Santo de Dios». Tal expresión es muy rara, y tal vez fuera un título mesiánico, ya que también la volveremos a oír de labios de San Pedro (Jn., VI, 69). El demonio reconoce así en Jesús a su mayor adversario, y consiguientemente también, al más terrible y aplastante. Cristo le impone silencio: «Calla y sal de este hombre.» No hay aquí sólo el cuidado del secreto mesiánico, sino sobre todo el horror que experimenta ante esta presencia. Y jamás es otro el proceder de Jesús con Satanás, que no tiene para él otra palabra: «Vete», y después de un postrer espasmo el hombre queda libre.

La admiración producida por la predicación de Jesús redóblase aún más por este exorcismo: «los demonios le obedecen», repiten; «esta es una doctrina nueva y una señal de autoridad».

En Pedro la impresión debió de ser particularmente profunda, y siéntesele en la narración de San Marcos, temblando todo de emoción. Esta jornada tan gloriosamente comenzada iba a ser, además, para el Apóstol día de bendición y de revelaciones. «Y saliendo de la sinagoga fueron a la casa de Simón y de Andrés, con Santiago y Juan». Los dos primeros eran de Betsaida, y aquí vemos que vivían en Cafarnaún en una casa común, a la que invitan a Jesús, con sus discípulos Santiago y Juan; si se recuerda que los hijos del Zebedeo formaban sociedad con Pedro y Andrés, es casi seguro que no era esta la primera vez que recibían hospitalidad en aquella morada de Cafarnaún.

«Y la suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y le hablaron en seguida de ella.» La expresión es discretísima y equivale casi a una súplica. Es probable que Simón no hubiera presenciado aún milagro alguno de curación, pero terminaba de asistir a la liberación de poseso en la sinagoga y está aún bajo tal impresión: necesita exponer a Jesús su preocupación, y espera oportunidad.

«Y acercándose Jesús a la enferma, la tomó por la mano, la levantó, y la fiebre la dejó instantáneamente, y púsose a servirles.» Estos detalles tan precisos y tan sobriamente expuestos quedaron grabados en la memoria del Apóstol. Era la primera vez que Jesús entraba en su casa, y ya le traía la salud: *Hodie salus domui huic facta est.*

Era sábado, y el descanso sagrado defendía un poco a Jesús durante el día; por el contrario, los largos ratos de ocio de la tarde favorecían el cambio de impresiones. La predicación y el milagro de la sinagoga habían conmovido a la pequeña ciudad, y la curación de la suegra de Pedro corrió bien pronto, creciendo la emoción aún más. Esperábase impacientemente la puesta del sol, y la irrupción comenzó entonces. «Y por la tarde, ya puesto el sol, le traían todos los enfermos y los endemoniados, y toda la ciudad se había juntado a la puerta. Y sanó a muchos que estaban afligidos de diversas enfermedades, y lanzaban muchos demonios, y no les permitió hablar porque sabían quién era» (I, 32, 34).

En todas estas curaciones ve San Mateo (VII, 17) la realización de un oráculo profético: «Y estas cosas se hicieron-dice-para que se cumpliera lo que dijo el profeta Isaías: El tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias.» Este texto tiene sin duda un alcance más alto: en él se contemplan todas nuestras miserias físicas y morales, y se predice que el siervo de Yavé, el Mesías, nos libraré de estas cargas, echándolas sobre sí mismo. Por lo demás Cristo comienza a entrar en su misión por estas curaciones, que no son únicamente obras de gran poder, sino sobre todo obras de gran simpatía y de grande misericordia. Orígenes (in Mat., XVIII, 2) habla así por boca del Señor: «Jesús dice: por los enfermos me puse enfermo, y por los hambrientos pasé hambre, y con los sedientos sentí la sed».

A los demonios les impuso silencio, igual que al de la sinagoga y por idénticos motivos: le conocían. Jesús no quería recibir testimonio alguno del diablo, y tendía a reprimir una manifestación que no hubiera sido sino prematura y entusiasta. Sólo por esto dejó al otro día Cafarnaún, «y levantándose muy de mañana, salió y se fué a un lugar desierto, y allí hacía oración» (I, 35). Después de las escenas tan movidas de este día, se comprende sin trabajo esta retirada. Las turbas de Cafarnaún habían quedado vivamente impresionadas por la predicación y por los milagros de Cristo, pero la viveza misma de su conmoción resultaba un peligro, que revelaba más que preocupación por la penitencia y por la conversión profunda, un ansia grande de ver milagros y aprovecharse de ellos; ella podía, además, sobreexcitar las impacientes ambiciones del mesianismo judío, y desde los



primeros días de su apostolado debía Jesús moderar los ardores demasiado humanos que amenazaban ya ahogar el Evangelio.

Se retira como lo hará más adelante, después de la multiplicación de los panes, cuando los judíos pretenden hacerle rey (Jn., VI, 15), y se aparta para orar; quiere darnos ejemplo, aunque aquí hay más. Como hombre, Jesús tenía necesidad de socorro de lo alto, y era conveniente pedirlo por la oración. Pero todavía se ha de ir en esto más allá: la plegaria era para Jesús un consuelo y una dulzura grande, y se trasluce por las palabras que iba a dirigir el último día a sus discípulos, poco antes de abandonarle: «Vosotros me dejáis solo, pero no me quedo solo porque el Padre está conmigo» (Jn., XVI, 32). Este sentimiento profundo aparece frecuentemente en Jesús; es un peso que le doblaba y que después de las jornadas más violentas y tempestuosas le lleva a retirarse durante la noche a la soledad de una colina para orar y suplicar.

Pero el Señor no debía gozar por mucho tiempo la paz de este retiro: «Y fué en pos de él Simón y los que con él estaban, y cuando le hallaron, le dijeron: Todos te andan buscando. Díjoles él: Vamos a las aldeas y ciudades más cercanas para predicar también en ellas, porque para esto he venido. Y predicaba en las sinagogas, y por toda la Galilea, y arrojaba los demonios» (I, 37-39). San Pedro, el huésped de Jesús es el primero en notar la falta y se lanza en su busca, acompañado de los que le rodean. No porfía en hacer volver a su Maestro; al contrario, él mismo le sigue. Ahora va a comenzar su misión apostólica, y es menester salir de Cafarnaún, recorrer las aldeas vecinas, y luego toda la Galilea, predicando el reino de Dios.

Antes de acompañarlos reflexionemos aún sobre este primer día que acaba de pasar. Es el único de todo el ministerio de Jesús en que podemos seguirle sin interrupción desde la mañana hasta la noche: El amanecer le sorprende en sus obligaciones religiosas en la sinagoga, la predicación, la liberación del poseso, y después entra en casa de Simón, donde cura a la suegra de su huésped, pasa la tarde con él y con Andrés, Santiago y Juan; al anoecer se arremolina la turba y comienza un desfile de enfermos y endemoniados, que el Señor sana hasta bien entrada la noche. Antes del nuevo día se retira, va en su busca Pedro, le encuentra y comienza la evangelización. Se entrevé lo que ha de ser en adelante la vida de Cristo: no se pertenece a sí propio; está completamente dedicado a la obra de su Padre y también al consuelo y conversión de las pobres gentes que le rodean. Y esta actividad bienhechora que no se agotará ya más, ha nacido en la casa de Pedro: ¿no es acaso un prenuncio de lo que será a lo largo de los siglos la historia de la Iglesia?

La expedición a través de la Galilea no nos la han referido los evangelistas, pues apenas si le han dedicado más que unas frases. «Cristo -dice San Marcos (I, 39)- predicaba en las sinagogas y arrojaba los demonios»; «curaba -añade San Mateo (IV, 23)- toda enfermedad y dolencia». Entonces dió principio aquel largo ministerio de misericordia, que San Pedro después de ser testigo y compañero iba a resumir en esta frase: «Pasó haciendo bien y sanando a todos los oprimidos del demonio» (Act., X, 38).

Un solo trazo se ha conservado: la curación de un leproso. Esta pobre gente a quien la religión y la higiene arrojaban lejos de la ciudad, tenía títulos especiales acreedores a la misericordia del Señor, y efectivamente, experimentaron sus efectos. Cuando Jesús envía a los doce Apóstoles a misionar, les traza así su programa: «Id y predicad, diciendo: se acercó el reino de los cielos. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos y arrojad los demonios» (Mt., X, 7-8). Y al dar a los enviados de Juan las señales de su misión, les dice: «Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios y los pobres evangelizados; y bienaventurado el que no se escandalizare en mí» (Mt., XI, 4-6).

El leproso de esta curación (Mc., I, 40-44) entra en la casa donde está Jesús, que no se muestra riguroso, sino que se compadece y le cura, pero le hace recomendaciones severísimas: le obliga a salir en seguida y le dice: «Cuidado con que se lo digas a nadie: mas ve, preséntate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que Moisés prescribió.» Mas apenas salió, comenzó a publicar y divulgar lo acaecido, de manera que Jesús no podía estar manifiestamente en la ciudad, sino andaba fuera en parajes desiertos, y acudían a El de todas partes. «Primeros hermosos días de la predicación evangélica, en los que el pueblo daba libre curso a su admiración mezclada de entusiasmo y de interés, es claro, pero que no turba el menor atisbo de prejuicio u oposición. Breve aurora, en la que bien pronto van a dibujarse las primeras nubes precursoras de trágicas luchas».

## **VI.-CONFLICTOS CON LOS FARISEOS**

Poco tiempo después estaba ya Jesús de vuelta en Cafarnaún (Mc., II, 1); y la casa de Pedro fué también ahora la morada de reposo para El y sus Apóstoles, una vez concluida la primera excursión por la Galilea. En la ciudad se sabe que ha llegado Jesús, y corren todos en su busca.

Los que ahora le rodean no son únicamente los oyentes entusiastas y afectuosos ganados por sus milagros anteriores, pues hay además entre ellos muchos escribas y fariseos con la intención de espiar y de empeñar la lucha. Cinco incidentes agrupados en este sitio por San Marcos y San Lucas señalan la hostilidad cada vez más creciente. El primero de estos conflictos lo provoca un milagro de Jesús, la curación de un paralítico referida por los tres sinópticos (Mt., IX, 1-8; Mc., II, 1-12; Lc., V, 17-26), si bien la narración de San Marcos es la más circunstanciada y la más precisa también, aunque ninguno fija la fecha del suceso. Parece, sin embargo, que estos altercados tuvieron lugar, según los refieren San Marcos y San Lucas, dándose en ellos no sólo un encadenamiento artificial y aproximado, sino efectivo y cronológico.

La escena está descrita con tanta precisión que parece realizarse ante nuestros ojos,

pero nunca será exagerada, porque su importancia es decisiva en la historia de Cristo. Por vez primera se ve intervenir a los futuros y mortales enemigos del Señor, los fariseos sentados en primera fila, silenciosos, pero atentos. San Lucas, precisando aquí los datos de San Marcos, añade que habían venido de toda Galilea, de la Judea y del mismo Jerusalén, y esta emoción sentida tan lejos no tiene nada de inverosímil, ni es menester echarse para su explicación en brazos de una «fuerte hipérbole». En Judea y en Jerusalén, las anteriores predicaciones de Jesús han puesto sobre aviso a los fariseos, y precisamente por huirles ha venido el Señor a Galilea. Desde entonces han pasado bastantes meses, durante los cuales ha predicado y hecho milagros con los que la Galilea toda se ha removido, y sería sorprendente que la recelosa vigilancia de las gentes de Jerusalén no se hubiera puesto en acecho.

La turba es más numerosa que nunca, pero está muda, intimidada sin duda por la presencia de estos doctores, que les adivina hostiles, pero cuyo ascendiente sobre ella es también considerable. Plummer la compara a la multitud que rodeaba a Elías en el monte Carmelo, fluctuando entre el profeta de Dios y los del falso Baal (I Reg., XVIII, 21), y aquí, como allí, la indecisión va a borrarla el juicio de Dios por un milagro.

Valiéndose de la hospitalidad que las costumbres orientales ofrecen a todos los vecinos, la multitud se agolpa tan numerosa a la puerta donde Jesús se encuentra, que es imposible, no ya entrar, pero ni acercarse. Llegan nuevos desconocidos trayendo en una camilla un paralítico, llevado por cuatro hombres que, para abrirle algún camino, le suben al tejado. La operación resultaría fácil, si como sucede con frecuencia en aquella región, la casa tenía una escalera exterior hasta la altura del techo. Una vez arriba, era practicable una abertura. El autor de los Proverbios compara en dos pasajes a la mujer querelosa con el tejado donde el agua del invierno abre goteras (Prov., XIX, 13: XXVII, 19), y semejantes terrazas construidas con cañas y tierra apisonada descansando sobre vigas, prestábanse con facilidad a agujeros y boquetes. La camilla con el paralítico está ya en la habitación, a los pies mismos de Cristo. Una fe así conmueve a Jesús, que dice al enfermo: «Hijo, perdonados te son tus pecados.» Los escribas sentados en primer lugar se escandalizan; se callan aún, pero interiormente se sublevan: «¿Cómo habla así este hombre? Blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?» Jesús lee en sus corazones y pregunta: «¿Qué es más fácil decir: perdonados te son tus pecados, o decir: levántate y anda?»

No responden los escribas porque temen el poder de Jesús, y no quieren verse cogidos en palabras. Cristo, pasando ahora a la mala fe de sus contrarios, continúa: «Para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad sobre la tierra para perdonar los pecados, yo te lo digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa.» Hemos comparado al principio de este relato la actitud vacilante de la turba con la de los israelitas que rodeaban a Elías en el Carmelo. Para disipar entonces las dudas, el profeta se había acogido al juicio de Dios: «Que oren los profetas de Baal e invoquen a sus dioses, y yo invocaré a Yavé. El Dios que quemé y abrase por el fuego el holocausto, que sea vuestro Dios. Y clamó el pueblo entero: Es justo lo que propones» (I Reg., XVIII, 24). En nuestro caso, las circunstancias son aún más solemnes: los doctores de la Ley, los que se sientan en la cátedra de Moisés, y a quien

el pueblo debe escuchar, se oponen manifiestamente a la misión de Jesús. ¿Habrá que creerles? Dios cortará ahora también esas diferencias por el milagro: «Levántate, toma tu lecho y anda.» Jesús no invoca a uno mayor que Él; ¡cuán distinto es este proceder y posición de aquel de Elías!; Cristo ordena autoritariamente («yo te lo mando, levántate») y el milagro se realiza. Esta es la enseñanza central de este episodio, que resalta con una evidencia esplendorosa.

Tiene también interés sumo anotar cómo esta manifestación del poder de Jesús, tan decisiva, es, con todo, reservada y prudente. «El Hijo del Hombre tiene potestad sobre la tierra para perdonar los pecados.» ¿A qué título? Bien entendieron sus adversarios que no había aquí lugar a una simple declaración, pues de ser así, ninguno se hubiera escandalizado. Natán había dicho ya a David en nombre de Dios que su pecado quedaba perdonado (II Sam., XII, 13), mas no procede así Cristo, cuya actitud no se reduce a notificar solamente una sentencia de perdón por otro acordada, sino que El propio es quien pronuncia este juicio en virtud de su autoridad; pero, ¿de dónde le viene a El tal poder?; no se explica más. El Hijo del Hombre tiene potestad para perdonar pecados sobre la tierra.

Por vez primera ocurre en los sinópticos llamar a Jesús «Hijo del hombre», y desde ahora el Señor mismo se designará con este título.

Las multitudes, ante semejante prodigio, quedaron estupefactas y daban gloria a Dios, que había concedido a los hombres semejante poder. Esta no es aún más que una fe imperfecta, pero «si se hubieran afirmado en esta creencia, el progreso en ella hubiera llegado hasta terminar poco a poco por reconocer en Jesús al Hijo de Dios».

«Y salió otra vez hacia el mar, y venían a él todas las gentes, y las enseñaba. Y pasando, vió a Leví, hijo de Alfeo, que estaba sentado a la mesa de cuentas, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió» (Mc., II, 13).

Los otros dos evangelistas narran el suceso en términos iguales. San Mateo escribe, sin embargo: «Vió Jesús sentado en el banco de cuentas a un hombre llamado Mateo.» Ambos nombres designan al mismo Apóstol, igual que a Simón se le llamó Pedro; a Tomás, Dídimo, y a Natanael, Bartolomé; a Mateo se le llamaba Leví. Se debe advertir, por lo demás, que la expresión «que se le llamaba Mateo» parece significar un sobrenombre.

No hay duda que esta vocación, tal como queda contada, es de un apóstol y rigurosamente paralela a la de los pescadores del lago. Pero aquí el designio de Cristo es aún mucho más desconcertante, ya que los primeros, aunque gente sin tacha, carecían de cultura y formación rabínica. Pero Mateo, por su profesión misma, es un hombre desacreditado.

A la primera palabra sigue a Jesús. A propósito de este súbito llamamiento,

reprocharon de ligeros a los Apóstoles Porfirio y Juliano. San Jerónimo respondió que para este momento muchos milagros habían podido ya emocionar a Mateo. Y, de verdad, establecido como estaba en Cafarnaún, sin duda que no se le habían pasado desapercibidos los comienzos de la vida pública de Jesús, su predicación en la sinagoga, la liberación del poseso y la curación milagrosa de tantos lisiados. Por eso, a la primera palabra de Cristo, le sigue sin dudar. Y como bien lo advierten todos los comentadores, su resolución resultaba más meritoria aún que la de los pescadores, los cuales no habían quemado aún las naves, y la prueba es que vuelven al trabajo para ganarse el sustento, poco después de la muerte de Jesús. Pero San Mateo, una vez ido su puesto pasa a otro, y en caso de mal éxito, ¿qué podía ya esperar el antiguo publicano? Mejor que ninguno debió experimentar en sí los riesgos de la fe.

Para agasajar a su nuevo Maestro, Mateo prepara una gran comida, que será a la vez un banquete de despedida, al que el publicano quiere que asistan todos sus colegas y amigos.

El conflicto entre Jesús y los fariseos había ya estallado en Cafarnaún con ocasión de la curación del paralítico, y aquí se continuó. Jesús está con sus discípulos de siempre. Mateo, por su parte, ha invitado también a sus amistades: publicanos y pecadores. Estos dos términos aparecen frecuentemente unidos en el Evangelio, pero en este contexto el nombre de pecador no ha de entenderse con tanto rigor, pues parece más que nada, que en comparación de la moral judía, se encontraban manchados con impurezas legales. Gente de esta clase sigue a Cristo en número elevado, como habían venido también muy numerosos a recibir antes el Bautismo de Juan. Para los fariseos, el trato con ellos era una mancha, y un escándalo el sentarse a su mesa.

Los escribas no entran, pues, probablemente en la casa, pero vigilan desde la puerta, y siempre solapados, se dirigen no a Jesús, cuya respuesta desde la curación del paralítico les ha reducido al silencio, sino a sus discípulos, esperando un triunfo fácil de aquellos pobres y sencillos pescadores, intimidados delante de gente tal, y de sus prosélitos, logrados el día antes. Tal vez esperaban turbarles y apartarles así de Cristo. Pero el Señor interviene en persona y esgrime las armas que ellos mismos le presentan: «Los enfermos -exclama-son los que tienen necesidad de médico.» Y prosigue toda la narración de San Mateo (IX-12): «Id, pues, y aprended qué cosa es y qué quiere significar: misericordia quiero y no sacrificio» (Os, VI, 6).

Y última palabra, recordada por los tres sinópticos: «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.»

Esta frase postrera manifiesta la misericordia del Salvador, dejando adivinar además un gran misterio: ¿qué venida es ésta, de la que habla Jesús? Ya lo había manifestado y hecho alusión a ella el día siguiente a la primera jornada de su predicación en Cafarnaún,

cuando invitó a San Pedro a evangelizar con él la Galilea: «Vayamos a las ciudades próximas para que predique también en ellas, pues para esto he venido»; o, como lo refiere San Lucas (IV, 43), «pues para esto he sido enviado». Tales palabras, tan significativas para nosotros, eran sin duda demasiado discretas para penetrarlas los Apóstoles. En esta ocasión el Señor las repite y las recalca: la «Salida», de la que había hablado hacía poco, podía entenderse de la inflexibilidad respecto de su marcha de Cafarnaún, pero la «venida» de que ahora se trata tenía una significación más amplia y más profunda.

Y sin duda que los sinópticos, sólo por apuntar este conflicto con los fariseos y su instrucción consiguiente, han contado la vocación de San Mateo y el banquete a que dió origen, mientras pasan en silencio la mayoría de las invitaciones hechas a los restantes Apóstoles, como también refieren, para iluminar el antagonismo entre Jesús y los fariseos, la doctrina del Señor sobre el ayuno:

Y los discípulos de Juan y los fariseos que ayunaban vienen a él y le dicen: «¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan y tus discípulos no ayunan?» Y Jesús les dice: «¿Acaso los hijos de las bodas pueden ayunar mientras está con ellos el esposo? Todo el tiempo que tienen consigo al esposo no pueden ayunar; mas vendrán días, cuando les será quitado el esposo, y entonces ayunarán (Mc., II, 18-20).

Entre los judíos, el único ayuno impuesto por la Ley era el del día de la Expiación (Lev., XVI, 29): de tiempo en tiempo, las autoridades locales (sanedrín, sinagoga) ordenaban otros ayunos con motivo de algunas calamidades o determinados aniversarios, que por lo general se colocaban en el segundo o quinto día de la semana, o sea, los lunes y jueves: cierta clase de fariseos extendían esta costumbre a todos los lunes y jueves del año, y estos dos días eran también de reunión en la sinagoga.

Los discípulos de Juan ayunaban conformándose con el ejemplo de su maestro, mientras los de Jesús seguían su tenor de vida: «Vino Juan -exclamará luego el Señor-, vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: es un endemoniado. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: he aquí un glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores» (Mt., XI, 18-19).

Para rechazar esta acusación, compárase Jesús al esposo, y a sus discípulos con los «hijos de la sala nupcial»: mientras el esposo está con ellos, ¿cómo van a ayunar?

Dirigida a los discípulos de Juan, la respuesta alcanzaba una fuerza particular: en su último testimonio, el Bautista había comparado a Jesús con el esposo, y a sí propio, con el amigo del esposo (Jn., III, 29); sus discípulos no lo habían olvidado, y la respuesta de Cristo en este instante venía a recordarles este testimonio tan solemne y tan pronto desvanecido.

Jesús añade: «Días llegarán en que les sea quitado el esposo, y entonces será el

ayunar.» La frase se encuentra textualmente en los tres sinópticos; el tono es tan solemne y el anuncio tan evidente, que asegura no una previsión, sino una profecía: el esposo «les será quitado», dice Jesús, señalando así la muerte violenta que se lo arrebatará a sus discípulos: es el primer vaticinio que Jesús hace de su muerte, y del que Loisy deduce una prueba contra la autenticidad de esta predicción, que a lo sumo concede haberse pronunciado más tarde. «Si se admite que Jesús habló de su fin en público y en una época tan poco entrada de su ministerio, es fácil suponer que la anécdota no está en su lugar cronológico» (I, 498). No hacía falta acudir a semejante salida: hemos señalado más arriba la mención discreta, pero fácil de conocer, de la preexistencia de Cristo y de su venida a este mundo, y no hay lugar a admirarse por esta profecía de la Pasión, que en los casos quiere sólo decir que la frase de Jesús estaba por encima de la comprensión de sus oyentes, inmediatos, pero que en sí a nosotros nos revela su pensamiento, como para los mismos discípulos sería, andando el tiempo, un consuelo y una luz.

Jesús desenvuelve su idea por dos breves parábolas: «Ninguno echa en un vestido viejo un remiendo de paño sin tundir, porque de otro modo el remiendo nuevo quita de lo viejo y se hace mayor la rotura, y ninguno echa vino nuevo en odres viejos, de otra manera romperá el vino los odres y el vino se esparcirá y se romperán los odres» (Mc., II, 21-22). La primera de estas parábolas está también enunciada en San Lucas (V, 36) en una forma diferente, pero que le da más energía aún: «Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo, porque de otro modo el nuevo rompe el viejo, además de que no cae bien remiendo nuevo con el viejo.» Del mismo modo, someter a sí y a los Apóstoles a las prescripciones farisaicas sería hacer retales el Evangelio para remendar el judaísmo. Estas dos sentencias de incontestable autenticidad grábanse profundamente en el alma y la llevan muy lejos.

Pero para comprenderlas bien, es menester observar que a lo que aquí se apunta no es a la Ley, sino a los ayunos farisaicos, y si se prefiere, a todo el conjunto de sus observancias. Este es el manto viejo que no puede repararse y el odre viejo que el vino nuevo reventaría. Sobre este particular, jamás variarían las enseñanzas de Jesús. No es menos digno de mención, que ya desde el principio del ministerio se opone Cristo de una manera radical y definitiva a una doctrina que los doctores imponían al igual de la Ley y que el pueblo toleraba ciegamente.

San Lucas desenvuelve la segunda comparación, y añade: «El vino nuevo se ha de echar en odres nuevos, y uno y otro se conservan. Y nadie que bebe de lo añejo quiere en seguida de lo nuevo, porque dice: mejor es lo añejo» (V, 38-39). Es, pues, necesario, para gustar la novedad del Evangelio, perder el gusto de los viejos manjares y hacerse una alma nueva: tal interpretación nuestra es de San Crisóstomo (P. G., VII, 367-368), y también de San Jerónimo (P. L., XXVI, 57), salvo una modificación de detalle: será menester tiempo para que los Apóstoles se adapten al Evangelio, no precisamente porque el ayuno se les haga demasiado riguroso por su debilidad, pues evidentemente aun entonces eran ya más virtuosos que los fariseos, y como discípulos de Juan debían estar por otra parte hechos a los ayunos, sino porque las prácticas evangélicas exigen una disposición más íntima y un atractivo que todavía no tienen para ellos.

San Marcos y San Lucas ponen a continuación de este relato dos episodios en los que Jesús y los fariseos disputan sobre la guarda del sábado: San Mateo recuérdalos bastante después (XII, 1, 14), y su fecha no es fácil, sin duda, de fijar, si bien el orden seguido por San Marcos y San Lucas parece más conforme con el encadenamiento de los hechos, y por eso vamos a seguirlo.

El primer incidente es el de las espigas desgranadas (Mc., II, 23-28). El relato no lleva data alguna, y San Mateo se contenta con un «en este momento», expresión que no determina más, y San Lucas con la frase muy oscura de un «Sábado segundo primero».

La única indicación evangélica hay que sacarla del relato mismo: el grano está ya formado en las espigas, y el sábado en cuestión se debe colocar entre las fiestas de Pascua y de Pentecostés. Desde el comienzo del ministerio galileo han pasado, según esto, de unos ocho a diez meses. A la predicación y milagros que los han llenado ha respondido, por parte del pueblo de Galilea, un entusiasmo vivo en un principio, fluctuante luego y dudoso, durante los cuales la obra evangélica ha sido arduamente combatida por el «hombre enemigo», y no sin éxito; es la lucha que se transparenta en los dos sucesos aquí referidos.

En ambos casos el motivo de la disputa es el mismo: la guarda del sábado. Jesús ha salido a poca distancia con sus discípulos, y se pasea con ellos entre los sembrados; los fariseos no critican la vueltecita: ellos también están por allí, ya que el camino recorrido no pasa de lo que permite la ley del sábado. «No lamentan, ni mucho menos, algún atentado contra la propiedad, porque siempre fué costumbre en el Oriente y continúa siéndolo hasta hoy tomar al pasar, si se tiene hambre, unas espigas, unos higos o algún racimo». La queja de los fariseos contra los discípulos es que hagan en sábado lo que está prohibido hacer en día santo, que era segar (Exo., XXXIV, 21). Los fariseos habían llevado hasta el absurdo la aplicación de este precepto: «Está prohibido cortar una rama o una hoja, o recoger un fruto». Y es evidente que Jesús no discute con esta casuística: podía demostrar, y le hubiera sido muy fácil, que tal interpretación de la ley sabática la falseaba por el hecho de exagerarla, pero entonces la disputa hubiera logrado menor alcance: ¿la ley del sábado no iba a caducar pronto? Por eso el Señor va a la raíz de la dificultad, y demuestra que la necesidad está por encima de una ley positiva, *Noth kennt kein Gebot* (la necesidad carece de ley), como nota Holtmann, y aquí con razón (pág. 92).

Para demostrarlo, arranca Jesús del ejemplo de David. La autoridad del rey profeta se imponía a todos, y nadie se atrevería a atacarla nunca: si, pues, David, acuciado por el hambre pudo comer los panes que la Ley reservaba a los sacerdotes, los discípulos de Jesús, trabajados por la misma necesidad, han usado de su derecho sin faltar a las prescripciones legales, cogiendo unas espigas el día del Señor.



El argumento no tiene réplica en el plano de ataque de los fariseos: pero para nosotros, los principios más capitales son los que Jesús enuncia al concluir: «Y les dijo: el sábado se ha hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del Hombre es Señor también del sábado.» La fórmula en que San Marcos introduce esta doble sentencia indica, así parece probable, una interrupción en el discurso; veremos, por lo demás, pronto que San Mateo intercala aquí otro argumento, aunque el principio expuesto domina toda la discusión: El sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado, ni hay más razón de que esta ley positiva, que no tiende a otra cosa que al bien del hombre, ceda ante una razón de necesidad. Se sabe que en los días de los Macabeos, y ellos iban a reconocerlo después de duras experiencias, se podía defenderse del enemigo el sábado con las armas en la mano (I, Mac., II, 39-42; Jos., A.J., XII, 6, 2).

El principio en sí no era del todo desconocido, pero resultaba dos cosas muy distintas aplicarlo en caso de extrema urgencia y enunciarlo simplemente, dejándole a plena luz, para sacar de él todas las consecuencias como lo ejecuta, el Señor: «así que el Hijo del Hombre es dueño aun del sábado». Aquí, lo mismo que en la curación del paralítico, Cristo se designa por esta expresión, dando a entender discreta pero firmemente los poderes divinos de que se encuentra revestido. Si el Sábado es una ley positiva instituida para el bien del hombre y el Hijo del Hombre es dueño del sábado, puede no sólo dispensarla sino abrogarla: la conclusión no la deduce aún, pero la premisa está anunciada ya, y más adelante se desprenderá naturalmente. En San Mateo viene, junto a este argumento que acabamos de exponer, según San Marcos, otra razón, que es la que sigue: «O es que tal vez no habéis leído en la Ley que los sacerdotes en el templo quebrantan la prescripción del sábado y están sin falta» Pues yo os digo que aquí está el que es más grande que el templo» (XII, 5-6). Ahora no es ya, como en el hecho precedente, un caso de necesidad: si el trabajo de los sacerdotes en el santuario es lícito aun en sábado, señal que su labor es religiosa y santa; pues, continúa Jesús, aquí está quien es mayor que el templo. Algunos manuscritos leen «hay alguno más grande», pero la lectura más autorizada es la de «algo que es mayor que el templo». Los sacerdotes andan cubiertos en él con la santidad del sitio y de la ocupación que desempeñan, y aquí hay algo mayor: no se precisa más. Jesús se contenta con abrir a sus oyentes una perspectiva indefinida: a los que entran por ella, la luz del Evangelio les guiará y poco a poco les hará avanzar. Vese además que las variantes mencionadas arriba tienen menos importancia de la que a primera vista manifiestan: cuanto hay en la tierra procede originariamente de la santidad personal de Cristo, que consagra a sus Apóstoles y a su obra. Jesús añade: «Y si supierais qué es, misericordia quiero y no sacrificio, jamás condenaríais a los inocentes.» Hemos encontrado ya en labios de Cristo la sentencia de Oseas a continuación de sanar al paralítico y es fácil comprender que Nuestro Señor se la opusiera muchas veces a sus adversarios en trances parecidos.

Conviene recoger de este suceso finalmente la última lección. Los discípulos están con hambre, por eso cortan unas espigas y por esta razón les defiende su Maestro. Jesús no hace milagros para substraerse a sí y a los suyos de las necesidades de la vida diaria: «Si tú eres el Hijo de Dios -le decía el diablo en la tentación-, manda que estas piedras se conviertan en pan.» Y Jesús le replicó: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios.»

Y siempre desecha la sugestión. Su poder de hacer milagros lo empleará curando, resucitando y consolando, pero jamás lo utilizará para remedio de sus necesidades y de las de los discípulos: desde los albores de su ministerio, aparece junto al pozo de Jacob extenuado por la fatiga y por la sed y aquí el hambre molesta a sus Apóstoles: y así siempre: observando los suyos esta ley que se impone a sí propio, todos los más grandes taumaturgos padecerán el hambre y la enfermedad, y si San Pablo, cuyas manos sanaron tantos enfermos, implora un día la ayuda en favor propio, escuchará esta sola respuesta: «Bástate mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad.»

Otro incidente, el último acaecido en sábado, vino a exasperar el conflicto. Jesús encuentra al entrar en una sinagoga, a un hombre que tenía seca la mano derecha (Mc., III, 1-6).

Aquí otra vez se hace dificultoso determinar el sitio y el tiempo de la escena. La narración de San Marcos y de San Mateo unen tan íntimamente este episodio con el que precede que se podría colocar en la misma jornada, pero San Lucas (VI, 6) avisa expresamente que sucedió en sábado. Ninguno de los tres evangelistas indica tampoco en qué sinagoga ocurrió; pudo ser en Cafarnaún, pero no pasa de suposición. Allí están los enemigos de Cristo (los escribas y fariseos), venidos para expiar al Señor, y, según San Mateo (XII, 10), ellos toman ahora la delantera y preguntan: «¿Está permitido curar en sábado?» Han advertido la presencia del enfermo, y quieren prevenir a Jesús o hacerle caer en el lazo.

La escena descríbela San Marcos con una precisión sorprendente. Al mandato de Cristo el lisiado avanza y delante ya, junto al Señor que concluye de leer la Escritura, se sientan en sus puestos de honor los escribas y fariseos, detrás está el pueblo: todas las miradas van hacia Jesús y el infortunado. Cristo entonces, vuelto a los fariseos que le rodean, intenta despertar en sus corazones algún sentimiento de piedad y de buena fe. San Mateo formula así su pregunta: «¿Quién de vosotros que tenga una oveja, si acaso se le cayere en un pozo el sábado, no echa mano y la saca? Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja?» Esta argumentación, traída por San Lucas en otro contexto (XIV, 5), era una llamada al sentido común y resultaba particularmente sensible para los adversarios de Cristo, gente interesada y más cuidadosa de su ganado que de su prójimo. Jesús no se detiene aquí, y lleva la discusión a su principio general: «luego es permitido hacer el bien en sábado» (Mt., XII, 12); o, como transcriben los otros dos evangelistas: «¿Está permitido el sábado hacer bien o hacer mal, salvar la vida a uno o matarle?» El principio soberano del amor del prójimo está ya colocado en plena claridad: ninguna ley positiva puede prohibirnos salvar la vida a un hombre. Es esto tan evidente, que ni los fariseos intentan tergiversarlo, pero su aplicación es muy odiosa para que se atrevan a admitirla, y, fieles a su táctica habitual en casos parecidos, se callan. Tan mala fe indigna a Jesús, y aun aquí conservó el evangelista la viva impresión de esta escena: «Y mirándolos en derredor con indignación, dolido de la ceguedad de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y

la extendió, y le fué restablecida la mano.»

El milagro se realizaba con una palabra y no había lugar para la crítica farisaica; su casuística prohibía en sábado toda operación quirúrgica, y hubieran podido acusarle a lo sumo, si como otras veces hubiera tocado al enfermo; pero en aquella palabra pronunciada, ¿cómo ver una violación del sábado?

Adversarios de buena fe hubieran quedado desarmados por precauciones tan prudentes; los de Cristo, al contrario, se exasperaron. «Saliendo los fariseos de allí, entraron en consejo contra él con los herodianos, buscando medios para perderle.» Estos herodianos eran sin duda partidarios del tetrarca Herodes Antipas. Los fariseos querían utilizarles para provocar por su medio las sospechas del príncipe contra la influencia creciente del Señor, haciéndole temer un movimiento popular, llevándole así a perseguir a Jesús como lo había hecho con el Bautista.

Los diferentes episodios, contados uno después de otro por San Marcos nos muestran el desenvolvimiento progresivo de la rabia y también de la audacia farisaica. En un principio, cuando la curación del parálítico, observan con inquietud y envidia, pero se callan; en el convite con los publicanos en casa de Leví dan un paso más, preguntan, pero sin osar trabarse directamente con Jesús; interrogan, pero a los Apóstoles; a propósito del ayuno, la interpelación es ya al Maestro, pero necesitan venir acompañados de los discípulos de Juan y ponerles de avanzada; más tarde, al buscarle querrela por lo de las espigas desgranadas, les pregunta directamente y solos, pero sin violencia y con una aparente moderación; mas en la sinagoga, ellos provocan el incidente, y una vez hecho el milagro no se contienen ya y buscan cómplices para procurar la muerte de Jesús. San Crisóstomo ha hecho notar con finura suma los motivos de esta exasperación farisaica: si se trata únicamente de espigas desgranadas, discuten, pero si ven curar milagrosamente a un hombre, se ofuscan.

Esto no es aún más que el primer acto de la sangrienta tragedia, y la intriga está todavía al principio de la trama, pero basta ya para sorprender los resortes secretos y adivinar la solución.

Por todos estos episodios aprendemos a conocer mejor a Jesús mismo. Desde un principio, manifiesta la clara idea que tiene de su naturaleza y de su misión: procede con prudencia, discretamente y sin provocación vana, pero también sin debilidades. Recordémosle delante del parálítico: «Sólo Dios-murmuran-es quien puede perdonar los pecados» «El Hijo del Hombre-contesta El-tiene en la tierra esta potestad», y lo prueba con el milagro. En el banquete de los publicanos: «He venido a llamar, no a los justos, sino a los pecadores.» A propósito de ayuno: «¿Es que los hijos de las bodas pueden ayunar mientras está con ellos el esposo?» No son sino indicaciones, pero que sacuden el alma y la abren el camino. ¿Quién es el Hijo del Hombre y de dónde le viene este poder

sobrehumano? ¿Qué venida es ésta que menciona y de dónde llega? ¿Cómo es el esposo y qué significa ese título dado por Juan, que El mismo reclama? Y aquello otro, cuando lo del sábado: «El hijo del Hombre es dueño aun del sábado»; ¿de dónde proviene tan soberano poder? Todas estas afirmaciones sostenidas con milagros se imponen a las almas de buena voluntad y ¡qué perspectivas las que les abren! Necesitaban los oyentes de Cristo una gran lealtad y ánimo intrépido para lanzarse por este sendero que tan lejos y tan alto debía llevarles; a ello les empujaban estas frases tan misteriosas y allí les arrastraba la gracia del Padre, revelándolas de aquel modo a su Hijo.

No es menos digna de mención la doctrina de Cristo relativa a la Ley. En esto se mostró también desde los primeros días del todo consciente del fin adonde debía dirigirse: las leyes positivas, por santas que ellas sean, se han dado para el hombre y no pueden urgirse en caso de necesidad; de este modo se afirma ya la libertad del Evangelio. Pero al mismo tiempo esta ley nueva aparece tan diferente de la antigua, que nadie puede comprenderla ni gustarla sin renovarse primero; de otra manera, este vino nuevo tan generoso hará saltar los odres viejos. Estas son revelaciones momentáneas, que instantáneamente dejan admirar la nueva economía que va a establecerse: en seguida expondrá con más extensión a sus Apóstoles la ley que viene a promulgar, su santidad incomparable, sus insospechadas exigencias, pero también la infinita dulzura que la acompaña y la bienaventuranza que es su corona.

## **VII-LA ELECCIÓN DE LOS APÓSTOLES**

Son ya varios meses durante los cuales Jesús ha multiplicado sus predicaciones y sus milagros; algunos discípulos le siguen con asiduidad, y otros muchos van impresionados y esclarecidos; es hora ya de agrupar estos elementos dispersos hasta hoy y darles cohesión, asegurando así su permanencia. Los ataques de los enemigos de Cristo son además una advertencia: el porvenir aparece amenazador, y puede divisarse ya «la noche en que todo trabajo es imposible»; mientras dura el día conviene, pues, terminar la tarea comenzada. Si Jesús, en fin, liberta al pueblo de las cargas intolerables impuestas por los fariseos, no pretende ciertamente eximirles del yugo de Dios. Urge, según esto, promulgar la nueva ley del reino y enseñar a los discípulos el yugo que han de llevar, yugo ligero sin duda, pero yugo en fin, aunque sagrado.

Subiendo, pues, a un monte llamó a los que quiso: y vinieron a Él, y escogió doce para que estuviesen con Él y para enviarles a predicar, y les dió poder de sanar enfermedades y de arrojar demonios (Mc., III, 13-15).

Semejante relación tan solemne hace ya resaltar la importancia del suceso, que aparece aún más por la oración de Cristo (Lc., VI, 12). «Y retiróse a la montaña y pasó en ella toda la noche en oración.» Estamos, en efecto, en vísperas de una elección decisiva y de una institución de la que va a depender toda su obra. Quiere orar y pedir para sus

Apóstoles y para su Iglesia luz, fuerza y asistencia perpetua.

Y amanecido, llamó a sí a los agraciados; pues parece que, según su costumbre, subió solo a la montaña a orar. Algunos de sus discípulos más íntimos vienen a esperarle, y háceles llamar a los elegidos. Por el relato de San Lucas se podía creer que hizo venir a todos los discípulos, por lo menos a los que le seguían de ordinario, y, una vez reunidos, escogió a doce: San Marcos insiste en la libre iniciativa de esta elección: «llamó a los que quiso», como se lo recordará en otra circunstancia: «No me elegisteis vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros» (Jn., XV, 16; cf. VI, 70; XIII, 18. Act., I, 2).

Por eso, cuando en los días primeros de la Iglesia se haya de cubrir la plaza vacante por la traición de Judas, los Apóstoles y discípulos no echan sobre sí la responsabilidad del nombramiento del nuevo Apóstol: buscan dos candidatos y los proponen a la elección del Señor (Act., I, 24-26). También San Pablo, si es Apóstol, lo es porque Cristo le ha escogido: «Pablo apóstol, no de los hombres ni por obra de los hombres, sino por Jesucristo y Dios Padre que le resucitó de entre los muertos» (Gal., I, 1).

El episodio de la elección de San Matías ahora mencionado señala también otro hecho importante: Jesús eligió doce Apóstoles, y este número, menguado por la traición de uno, debe restablecerse. La narración de San Marcos indica de por sí la importancia que Cristo daba a este grupo: lo repite en dos ocasiones: «eligió doce»; y cierto que no carecía de significado: más adelante, al preguntar San Pedro al Señor cuál será la recompensa guardada para los apóstoles, Jesús iba a responderle: «El día en que el Hijo del Hombre venga sentado en su trono de gloria, vosotros os sentaréis también en doce tronos a juzgar a las doce tribus de Israel» (Mt., XIX, 28). Esta gloriosa sesión coronará su apostolado, pero antes de llegar aquí y ser jueces de las doce tribus israelíticas han de trabajar y evangelizar también a las doce tribus del pueblo de Dios. Esta cifra es simbólica y representa la extensión del Evangelio: desde un principio son enviados los Apóstoles a Israel. Pero allá, al fin de los siglos, a los elegidos de las doce tribus se juntará la multitud infinita de toda raza y de toda nación, como va a describirla San Juan en el Apocalipsis.

A estos agraciados se les llama con frecuencia los Doce, también, Apóstoles, y el título hay que subirlo hasta Jesús mismo; «los Doce que Él llamó APÓSTOLES», leemos en la narración de San Lucas (VI, 13), que terminamos de transcribir.

El título de Apóstol tiene una significación muy clara, que el propio Señor determina: el último día de su vida se explaya así con su Padre: «Como vos me enviasteis al mundo, yo también los envío por el mundo» (Jn., XVII, 18); y después de la Resurrección «Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros» (XX, 21). Según esto, la misión de los Apóstoles será una delegación de la de Cristo, serán en la tierra sus representantes, como El lo es de su Padre. Estas indicaciones sobran para hacer ver la infinita dignidad de semejante vocación: todos los bienes del Cielo, revelación, gracia y vida eterna, puestos por

el Padre en las manos del Hijo, todos pasan a sus Apóstoles. Por esto se adivina ya lo que va a ser la sociedad religiosa que empieza a fundar: no multitud dispersa de individuos que animados del mismo espíritu poseerán a Dios independiente y aisladamente unos de otros, sino sociedad jerárquica, regida y enseñada por pastores que son delegados de Cristo, como El lo es de su Padre. Y como la mediación del Hijo es indispensable para llegar a Dios, nadie va a El sino por Jesús, así también el ministerio de los Apóstoles y de sus sucesores es tan indispensable que nadie viene a Cristo sino por ellos.

Esta institución de Jesús era, pues, decisiva para su obra; nueva, y toda de su iniciativa, lleva un sello especial que la proclama obra divina. Los antiguos profetas habían agrupado en su derredor discípulos, y así lo hizo también el Bautista, pero ni unos ni otros de tales seguidores se habían visto revestidos de semejantes poderes y delegaciones: ni los profetas ni el Precursor tenían delegación alguna que transmitir: se les había encargado un ministerio pasajero de predicación y preparación, que no tendía más que a disponer los caminos de otro. Jesús es, por el contrario, el enviado definitivo que trae en sí la plenitud de la verdad y de la gracia. Y ya que no hará más que pasar por la tierra, ha de transmitir a otras manos este depósito sagrado. Sin duda que aun después de la Ascensión continuará dispensando estos tesoros, pero será por medio de aquellos intermediarios escogidos y formados por El.

La lista de los Doce se halla cuatro veces en el Nuevo Testamento dividida en tres series de cuatro Apóstoles (Mt., X, 2-4; Mc., III, 16-19; Lc., VI, 14-16; Act., I, 13): en cada serie, el primer nombre es siempre el mismo, y los otros tres vienen también en la misma forma, aunque no colocados fijamente; el último de la serie postrera es siempre Judas, como Simón es el primero de la primera. He aquí esta lista tal cual se lee en San Mateo: Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Bartolomé, Tomás, Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Tadeo, Simón, Judas Iscariote. La vocación de los siete primeros la conocemos ya, de la de los cinco restantes no hay referencia alguna en el sagrado texto, y es posible que este llamamiento colectivo fuera para ellos la primera invitación al apostolado. Sobre cada uno en particular, guardamos bien pocas noticias, si hemos de prescindir como es obvio de las tradiciones apócrifas. Pedro es el más conocido de todos. El es, ya lo hemos visto, quien viene siempre a la cabeza en todos los catálogos de los Apóstoles, y San Mateo observa expresamente: «Los nombres de los doce Apóstoles son éstos: el primero Simón, llamado Pedro.» No es esto mera formalidad protocolaria, sino reconocimiento de un hecho. En las ocasiones más decisivas, Pedro hace de jefe del colegio apostólico. Después de la predicación de la Eucaristía cuando desconcertados muchos por aquellas duras palabras abandonan a Jesús, Pedro es quien responde en nombre de todos los fieles restantes: «¿También vosotros queréis irnos?», pregunta el Señor, y contesta Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.» Y en Cesarea de Filipo, cuando demanda a los Apóstoles lo que de Él se corre, queriendo saber su propio sentir: «Vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Pedro es quien responde: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»

Para este primado que ya comienza a ejercitar así, hábale Dios preparado con las gracias de la vocación, pero también con un tesoro de dotes naturales: sencillo, recto,

impetuoso, habíase entregado a Cristo con toda su vehemencia de alma. Al verle caminar sobre las olas, le grita: «Si eres tú, mándame venir a ti sobre las aguas», después, al primer paso, duda y comienza a hundirse: se retrata de cuerpo entero en este pasaje: impulsivo, pero débil; más ardoroso que constante. Pero aun así era todo para su Maestro, cuyas enseñanzas recogía con avidez, preguntándole siempre sin falsa modestia: «¿Cuántas veces pecará mi hermano contra mí y he de perdonarle? ¿Hasta siete veces?» La presencia misma de Moisés y Elías en la Transfiguración no le impide pensar como de costumbre en voz alta: «Señor, bien estamos aquí, levantemos tres tiendas»; el evangelista anota que no sabía lo que decía, y esto es claro, pero Jesús disimula y perdona este abandono tan espontáneo y confiado. Por lo demás, aunque su educación judía le influía fuertemente, Pedro es dócil a su Maestro; en la última Cena, cuando Jesús quiere lavarle los pies, protesta desde un principio: «No me lavarás nunca los pies», pero desde que Jesús le dice: «Si yo no te lavare los pies no tendrás parte conmigo», exclama con el mismo impulso: «Señor, entonces no sólo los pies, sino las manos y la cabeza.» En un punto sólo la docilidad es defectuosa: no se hace a la idea de la Pasión de su Maestro: inmediatamente después de su confesión gloriosa en Cesarea de Filipo no pasa por la profecía de Jesús, e intenta disuadirle de su pensamiento, mereciendo en fin de cuentas aquella respuesta severísima: «Retírate, Satanás, que me sirves de escándalo; tú no piensas como Dios, sino como los hombres.» El último día, cuando Jesús dice a sus discípulos: «Donde yo voy, no podéis venir vosotros», responde Pedro con su natural viveza: «¿Adónde te vas?; ¿por qué no voy a poder seguirte?» Durante toda la noche las advertencias se multiplican y no quiere entenderlas; ve sólo que el peligro es grande, pero no puede hacerse a que haya que retroceder a su vista, sobre todo él: «Yo puedo dar mi vida por ti»; «aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré», y «Si fuere menester morir contigo, yo no te negaré jamás». Todas estas protestas eran evidentemente presuntuosas, opuestas sobre todo a las graves advertencias de Jesús, y los hechos debían traerle una cruel desilusión; pero rebosaban sinceridad: Pedro sentía tal amor en su corazón que se creía inmovible, aunque iba a aprender pronto que el espíritu está presto y que la carne es flaca. En el huerto, en un arranque impetuoso, saca la espada y hiere a Maleo; luego ve apresar a Cristo y esto es ya para él un golpe mortal; su sostén era su Maestro, fáltale el apoyo y cae. El día de Pascua corre con Juan su fiel amigo al sepulcro, encuentra la tumba vacía, y a la vuelta se le aparece Cristo. De esta aparición dice sólo el Evangelio: «Se ha aparecido a Simón.» Las otras manifestaciones eran para ilustrar a la Iglesia entera; la concedida a Pedro no tenía otro fin que animarle otorgándole el perdón y volverle su brío jubiloso, pero apoyado ya en una fuerza inmovible y divina. En el último capítulo de San Juan, le hallamos igual que le habíamos conocido antes de la Pasión, saltando de su barca y arrojándose al agua para ganar tiempo y llegar a Jesús; pero este amor impetuoso está ya limpio de presunción: su postrer respuesta a la triple pregunta del Señor es ardorosa como siempre, a la vez que humilde y contenida: «¡Señor, tú lo sabes todo! ¡Tú sabes que te amo!»

En este último relato aparece Pedro íntimamente unido con Juan: si Pedro se tira al agua, es porque Juan ha reconocido al Maestro y se lo ha dicho a su amigo; los dos se encuentran junto a Jesús, y después de la comida, luego que Cristo ha predicho a Pedro su gloriosa confesión, el Apóstol no puede contenerse sin preguntar: «Y de éste, ¿qué va a ser?» ·

Esta íntima amistad así manifestada la ha formado el mismo Señor: cuando envió a misionar a los Apóstoles distribuyéndoles de dos en dos, no se puede dudar de que el compañero de Pedro fué el propio San Juan, y en efecto, juntos les vemos, mandados por el Señor a preparar la Pascua (Lc., XXII, 8); unidos volvemos a contemplarles siguiendo a Jesús a la salida del huerto (Jn., XVIII, 15): y ambos corren al sepulcro el día de Pascua (Jn., XX, 3); las narraciones de los Hechos los presentan también juntos, en el milagro del templo (III, 1-4, 19), y en la misión de Samaria (VIII, 14). Así transformó y consagró su ocupación de pescadores de hombres, la antigua amistad nacida en los días de trabajo en compañía entre las barcas de pesca.

Íntimamente unido al jefe de los Apóstoles, San Juan será también por título especial el amigo y confidente del Salvador, «el discípulo a quien Jesús amaba», el que en la última Cena descansará sobre su pecho. Tal vez fuera ya su pariente por nacimiento, y de ser así, Jesús hubiera hecho sus primeras conquistas en Betsaida entre sus parientes y amigos. Juan sería entonces, por parte de su madre, igual que Jesús, pariente del Bautista. Sin duda que no son más que hipótesis, pero no carecen de interés para la historia de los orígenes del ministerio evangélico.

Ciertamente está averiguado que Juan lo mismo que Pedro ganaba en un principio su vida como pescador en el lago, y más adelante, cuando después del primer milagro los llevan al sanedrín, los jueces se pasman de su audacia conociendo que son hombres «simples y sin letras» (Act., IV, 13). Había, eso sí, por lo demás, una larga abundancia en casa del Zebedeo; los jornaleros que en ella trabajaban continúan con el padre cuando los hijos son llamados por Cristo; su madre, Salomé, es una de las santas mujeres que seguían a Jesús y proveían a sus necesidades (Mc., XV, 47; cf. Lc., VIII, 2-3), y después de la muerte, es una de las que llevan perfumes para embalsamarle (Lc., XXIII, 56). Estos rasgos finales hacen ver que Juan tenía muy cerca de sí en su propia madre un ejemplo grande de amor y entrega a Jesús.

Pero mejor aún aparecen en el mismo Evangelio las cualidades personales del discípulo amado. Jesús denomina a los dos hermanos «hijos del trueno» (Mc., III, 17), y de verdad que ambos se revelan llenos de fuego, de ardor y de celo poco iluminado aún, y, si se quiere, propenso a estrecheces y enviduelas. Juan es quien viene un día a Jesús diciéndole: «Maestro, hemos visto a uno que arroja los demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido porque no anda con nosotros» (Lc., IX, 49); los dos hermanos son también quienes al ver una ciudad de samaritanos obstinada en no recibir a Jesús, preguntan: «¿Quieres que hagamos bajar fuego del cielo sobre ellos y los destruya?» (Lc., IX, 15). La misma estrechez de espíritu más molesta aún trae la súplica de su madre: se acerca con sus hijos y pide a Jesús los dos primeros puestos para ellos, colocándoles uno a la derecha y otro a la izquierda en su reino. «No sabéis lo que decís -observa el Maestro-; ¿podéis beber el cáliz que yo he de beber?» «Podemos.» «Bien; vosotros beberéis mi cáliz, pero sentaros a mi derecha o a mi izquierda, no me pertenece dároslo a vosotros, sino a quienes está preparado por mi Padre» (Mt., XX, 20-24).



A través de estas pequeñeces descúbrese el amor sincero que Juan inspira, y que Jesús no ignora: Juan beberá su cáliz, que así ama Cristo con predilección a esta alma todavía tan imperfecta, pero ya tan generosa; en la Cena, Pedro y Juan rodearán a Cristo recostados en el mismo lecho, y Juan es quien reposa sobre su corazón y recibe sus secretos. Le sigue hasta casa de Caifás y hasta el Calvario, y es el único de los Apóstoles que está al pie de la cruz, y quien recibe el más precioso tesoro de Jesús, a su Madre. Más adelante, en sus escritos, en el Evangelio sobre todo, confiará a la Iglesia las íntimas revelaciones a él manifestadas: mas en el discípulo a quien Jesús amaba habrá que reconocer aun entonces al «hijo del trueno»; él hace eco en el Apocalipsis al gran clamor de los mártires: «¿Hasta cuándo, Señor, santo y veraz, dejarás sin venganza nuestra sangre?» (Apoc., VI, 10); no puede sufrir a los falsos profetas, que pervierten la doctrina de Cristo: «No los recibáis en vuestras casas, ni les digáis adiós, porque quien les saluda comunica con sus obras malvadas» (II Jn., 10).

Se ve por estos dos ejemplos lo que Jesús exigió, sobre todo, a los Apóstoles: no eligió hombres de ciencia ni de alta posición; quiso únicamente hombres de corazón, incondicionales, sencillos, dóciles, que tales aparecen los dos preferidos, Pedro y Juan, y así son también los restantes, al menos por lo que de ellos conocemos.

Andrés tiene el privilegio de haber sido llamado el primero por Jesucristo, y de haber conducido a su hermano Pedro. En la historia evangélica, su papel no es comparable al de su hermano Simón, pero se le haya con él y con los hijos del Zebedeo formando un grupo íntimo al que el Señor reserva algunos secretos, por ejemplo, el de la Parusía (Mc., XIII, 3). En dos ocasiones le encontramos al lado de Felipe: antes de la multiplicación de los panes, Felipe preguntado por Jesús, no sabe qué responder: «Doscientos denarios no bastarían para dar un bocado a cada uno.» Interviene Andrés y propone: «Hay aquí un chico que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; pero ¿qué es esto para tanta multitud?» (Jn., VI, 7-9). Más tarde, en la entrada de Cristo en Jerusalén, al acercarse los griegos a Felipe y suplicarle: «Señor, queremos ver a Jesús», apurado acude a Andrés y los dos pasan aviso al Maestro. En los dos incidentes Andrés aparece como el hombre práctico y de buen criterio a quien acude su amigo Felipe, propenso de suyo a la turbación, y más tímido también. El autor del canon de Muratori refiere que para decidir a San Juan a redactar su evangelio, sus discípulos vinieron a suplicárselo y el amado discípulo les contestó: «Ayunemos juntos durante tres días, y quienquiera que fuere favorecido con la revelación que prevenga a los demás»: la noche siguiente se le reveló a Andrés, uno de los doce, que Juan escribiría el evangelio y que todos debían revisarle. Esta antigua leyenda no se ha de tomar como suena, pero complace encontrar así unidos al fin de su vida a los dos Apóstoles que en un tiempo habían seguido juntos al Bautista, y juntos también recibieron la invitación de seguir a Cristo.

El cuarto del grupo de los íntimos de Jesús es Santiago, hermano de Juan. Lo mismo que éste y su madre Salomé, jamás aparece nombrado en el cuarto evangelio: se lee

únicamente: «los hijos del Zebedeo» (nombre exclusivo del último de los evangelios) (XXI, 2). Parece ser el mayor de los dos hermanos: cuando se les nombra, Santiago siempre precede a Juan (salvo en San Lucas, IX, 28), y en dos pasajes se señala a Juan como hermano de Santiago, no recíprocamente. Como a Juan, se le llama «hijo del trueno», y como él quiere hacer bajar fuego del cielo sobre los inhospitalarios de la Samaria, y con su hermano viene a reclamar el primer puesto en el reino de Cristo. Jesús usa con él también trato de excepción: asiste con Pedro, Juan y Andrés a la curación de la suegra de Simón (Mc., I, 29), le entera, como a estos tres, de las profecías escatológicas (Mc., XIII, 3), y con Pedro y Juan presencia la resurrección de la hija de Jairo (Mc., XIII, 33). Había prometido a Jesús beber su cáliz, y le cumplió la palabra: catorce años después de la Pasión, moría el primero de los Apóstoles, por orden de Herodes Agripa (Act., XII, 2). El rey perseguidor caía herido bien pronto por una enfermedad terrible y repentina, en medio de los esplendores de su fortuna insolente (Act., XII, 21; Jos., A.J., XIX, 8, 2, 343-352). Sobre los demás Apóstoles sabemos muy poco: de Felipe nos ha conservado San Juan algún detalle de su vocación, a la que responde con presteza, ganando en seguida a su amigo Natanael, apenas termina de conocer a Jesús, a quien llama hijo de José. Antes de la multiplicación de los panes duda, y Jesús le pregunta para provocar en él un acto de fe (Jn., VI, 6), cuyo resultado es una confesión de su impotencia. Encuéntrasele luego, en la entrada de Jerusalén, solícito por presentar a Jesús a los griegos, pero no osa intentarlo por sí mismo. Durante la Cena manifiesta a una su buena voluntad y su escasa inteligencia de los misterios celestiales: «Señor -se espantanea-, muéstranos al Padre, y esto nos basta»; pensaba aún en teofanías parecidas a las de las apocalipsis judías, y Jesús replica dominado por la emoción y la tristeza: «Tanto tiempo como llevo con vosotros, y no me conocéis aún. Felipe, quien me ve a mí, ve al Padre; ¿cómo dices, pues, muéstranos al Padre?» (Jn., XIV, 8-9). Es la última vez que aparece ya en la historia evangélica.

También por el evangelio de San Juan conocemos algo sobre Santo Tomás. Se le ve en las postreras semanas de la narración sagrada: no es más que un personaje secundario, pero se revela el hombre. Al decidirse Jesús, recibida la noticia de la enfermedad de Lázaro, a volver a Judea, los otros Apóstoles quedan consternados ante los peligros que va a correr su Maestro, y entonces exclama Tomás: «Vayamos también nosotros y muramos con él» (Jn., XI, 16). Vibra en este grito toda su fidelidad profunda y su adhesión a Cristo, pero también su poquito de temor; así le descubrirán los restantes episodios: permanece adicto, pero fáltale la constancia propia del que espera. Después de la Cena, al decir Jesús a sus Apóstoles: «Sabéis dónde voy, y también conocéis el camino», interrúmpele Tomás: «Señor, nosotros no sabemos dónde vas, y ¿vamos a saber el camino?» Y vuelve el Maestro: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (XIV, 4-6). Después de la muerte de Jesús, el desaliento de Tomás es absoluto: en su ausencia, los restantes Apóstoles han visto al Señor, y se lo cuentan: «Si yo no viere en sus manos la señal de los clavos y no metiere el dedo en las cicatrices y la mano en su costado, no creeré nunca» (XX, 25), y ocho días más tarde se aparecía otra vez Jesús para cumplirle a la letra las exigencias tan inconsideradamente requeridas.

Tomás, fuera de sí por la confusión y la dicha, exclama: «¡Señor mío y Dios mío!» Esta confesión, la más explícita de todo el Evangelio, se guardaba para el Apóstol más

incrédulo, y otra vez volvía Jesús para su gloria y para nuestra instrucción las debilidades de aquel corazón sincero y adicto: en la Cena su pregunta abatida había provocado también una de las más altas declaraciones de Cristo, y aquí, su obstinación en no creer le lleva a la más bella profesión de fe, levantada sobre las garantías más indudables. Más adelante le hallaremos comprometido por Pedro para su pesca, juntamente con Natanael, los dos hijos del Zebedeo y otros dos discípulos más (XXI, 2).

San Mateo y San Bartolomé nos son también algo conocidos por el relato de su vocación: el uno, publicano de Cafarnaún, que a la voz de Cristo lo deja todo y le sigue, y el segundo es un «verdadero israelita en el que no hay dolo», y a quien Jesús conquista recordándole la escena de la higuera. El Evangelio no añade rasgo ninguno más a estos dos.

Tales datos, por incompletos que sean, ilustran un poco la vida de los Apóstoles de los dos primeros grupos; de los cuatro restantes, Santiago de Alfeo, Simón Celotes, Judas, llamado también Tadeo o Lebeo, y Judas Iscariote, apenas si conocemos más que los nombres: el último Judas es tristemente conocido no tanto como Apóstol cuanto como el traidor que entregó a Jesús.

Si para concluir este diseño echamos una mirada de conjunto sobre los doce Apóstoles elegidos por Jesús, nos convenceremos de que todos ellos, por lo que se puede juzgar, fueron reclutados en un medio idéntico: los cuatro primeros son pescadores del lago; dígame lo mismo de Tomás, Natanael y de los otros dos que vemos en el último capítulo de San Juan asociados a la pesca de San Pedro. Mateo era recaudador de tributos; de los otros no sabemos su vida primera: eso sí, ninguno en esta nueva sociedad que Cristo funda se eleva sobre los demás, por su fortuna, su educación o su ciencia; Jesús les llamaba para una vida ruda y laboriosa, y los quería ya habituados. Exigía una consagración total y una entrega absoluta a Él y a su Padre, y estas virtudes encontrábalas más fácilmente en la gente sencilla y de condición modesta: la historia del joven rico (Mt., XIX, 16-30) confirma tristemente lo sabio de esta lección. Quería encontrar en sus discípulos la docilidad y sencillez de los pequeñuelos (Mt., XVIII, 3), y le hubiera resultado muy difícil formar en su doctrina a los maestros de Israel, como un Nicodemus. En una palabra, esta elección de instrumentos ignorantes y débiles debía colocar en marcadísimo relieve la fuerza y la sabiduría de Dios, para que el que se gloria no se gloríe más que en el Señor (I Cor., I, 26-31).

Estos Apóstoles así seleccionados debían ir formándose poco a poco para su nueva vocación, por una vida nueva: el desenvolvimiento de esta historia permitirá seguir esta formación lenta y paciente, que se notará sobre todo en el mismo Evangelio, durante la segunda parte del ministerio galileo: cuando las turbas, trabajadas por los enemigos de Jesús, no sean ya su auditorio dócil y confiado de otros días, la solicitud del Maestro vendrá a descansar entonces sobre el pequeño rebaño de sus Apóstoles, a los cuales confiará esta semilla, que deberán a su vez sembrar a manos llenas por el mundo, después que la hayan fecundado las gracias de su Pasión.

## **CAPÍTULO V**

### *EL SERMÓN DE LA MONTAÑA*

I.- El sermón. Su importancia y su interpretación

II.- Las Bienaventuranzas

III.-La Ley antigua y la Ley nueva

IV.- La religión interior

V.- La preocupación única del cristiano

VI.- Conclusión

### **I.-EL SERMÓN. SU IMPORTANCIA Y SU INTERPRETACIÓN**

Inmediatamente después de haber contado la elección de los Apóstoles, refiere San Lucas el sermón de la montaña (V, 20). San Mateo, que no narra la vocación de los Apóstoles, le coloca al principio del ministerio galileo (V, 1). Parece por esta distribución que la mente de San Mateo fué exponer ya desde las primeras páginas de su evangelio todo el programa de Cristo, y el orden adoptado por San Lucas permite seguir más de cerca la sucesión efectiva de los hechos, pero no es creíble que Jesús ya desde los primeros días de su predicación diera a conocer con toda plenitud todas sus promesas y toda su Ley: se imponía una preparación, y las homilías en las sinagogas, los milagros y las enseñanzas prodigadas en más de una coyuntura, pudieron y debieron hacer posible esta predicación a que Jesús va a dar ahora principio.

Este paso decisivo se halla estrechamente unido a la constitución del colegio apostólico y es también su complemento. Al elegir Jesús a sus Apóstoles, aseguraba la perpetuidad de su obra: ya es tiempo, según esto, de entrar a exponer plenamente la doctrina que estos emisarios van a recoger y que más tarde han de predicar. Están en primera fila, delante de la multitud, y a ellos sobre todo se dirige Cristo, aunque no son oyentes exclusivos: las turbas también escuchan, «una gran masa de pueblo procedente de toda la Judea, de Jerusalén y de las costas de Tiro y Sidón»; todos «habían venido para oírle y hacerse curar de sus enfermedades»; y «toda la muchedumbre le buscaba para tocarle, porque salía de él una virtud que les sanaba a todos». Esta breve pintura descubre bien la fuerza de atracción que el Señor ejerce en las turbas; virtud milagrosa, sobre todo, pero también es su doctrina: los enfermos sufren y desean curarse, y las multitudes dispersas como ovejas sin pastor apetecen con avidez las enseñanzas del Maestro. Tales son las disposiciones que Jesús exige y que espera de sus oyentes.

Al tomar de San Lucas esta descripción de las circunstancias, hemos supuesto que se trata del mismo discurso en el citado de San Lucas (VI) y en San Mateo (V), y efectivamente, la identidad no aparece dudosa: «Los dos evangelios consignan el sermón en la primera parte del ministerio galileo. Las circunstancias son parecidas: la montaña, la multitud, las curaciones, el mismo dirigirse a los discípulos. Hasta el tema es en ambos sermones igual: la verdadera justicia. El desarrollo es también parecido: Jesús caracteriza esta justicia, explica detalladamente cómo ha de afectar nuestro pensar y obrar y exhorta a los hombres a vivir de este modo. Cada una de las redacciones comienza por las bienaventuranzas y concluye por la exhortación a cumplir la voluntad de Dios, tal como Jesús la manifiesta y expone, y este orden expreso acaba confirmado en ambos evangelistas por la parábola de los dos constructores. En una palabra, la casi totalidad del sermón relatado por San Lucas se encuentra también en San Mateo». Hay, no obstante, sus divergencias entre ambas relaciones, manifiestas ya desde el principio de la introducción: San Mateo escribe: «Y viendo Jesús las turbas, subió a la montaña, y sentándose llegaron a Él los discípulos, y comenzando a hablar les enseñaba diciendo...» En San Lucas, por el contrario, se lee: «Y bajando se paró en un llano con el grupo de sus discípulos y una multitud de pueblo, y levantando los ojos hacia sus discípulos les decía...» La diferencia es evidente, pero no es de consecuencias: puede suponer muy bien que Jesús subiera primero la montaña y bajara después a mitad de la cuesta, a una de aquellas planicies cubiertas de césped, tan numerosas en los flancos de las colinas galileas. El análisis mismo del discurso nos hará reconocer en las dos relaciones divergencias más importantes que ésta de aquí; ninguna, sin embargo, prevalecerá contra los argumentos apuntados más arriba, que hacen fijar definitivamente la identidad de las dos narraciones.

Con mayor razón descartaremos la hipótesis emitida por ciertos críticos, que no quieren ver en el sermón del monte más que una composición ficticia de los evangelistas, pero jamás la narración de un discurso pronunciado efectivamente por el Señor: para dar valor a tal opinión, se hace observar que San Mateo agrupa con frecuencia los milagros, las parábolas y las sentencias en una forma artificial, y que, sobre todo en este discurso, se notan bastantes rasgos que no parece estén en su sitio, y que San Lucas inserta en otro contexto: así, por ejemplo, la oración del *Pater noster* situada por San Mateo en el sermón de la montaña (VI, 9), y referida por San Lucas en ocasión y circunstancias bien diferentes (XI, 2-4).

La observación es justa, pero no autoriza para una conclusión de este género: es posible que alrededor del discurso de Cristo agrupara San Mateo sentencias pronunciadas en otras ocasiones, pero de aquí a reducir todo el discurso a un conglomerado ficticio hay un abismo que no se podrá nunca salvar. Porque nos consta por otros testimonios (Mc., IV, 1-35; VI, 34) que el Señor acostumbraba aprovechar los grandes concursos de turba reunidos en parajes solitarios para enseñar más a su placer, y éste es uno de esos discursos conservados por este método, y trae marcada la señal del Maestro, no sólo por el valor de sus detalles, sino por la unidad de su conjunto. No nos ilusionamos de todos modos con hacer de esta redacción un informe estenográfico: en San Mateo está más completo, y si

aun allí se le quiere leer de un tirón, apenas durará veinte minutos; parece, pues, evidente que Jesús no pudo condensar hasta este extremo enseñanzas de tal plenitud y de tanto alcance y el Evangelio nos ha transmitido los rasgos más capitales del discurso, pero sin darnos su desarrollo. Inversamente, según queda observado, San Mateo ha unido a este sermón del Señor sentencias pronunciadas en otras circunstancias, que una lectura atenta, y sobre todo la comparación con San Lucas, permitirá la mayoría de las veces reconocerlas y hasta separarlas.

Estas advertencias y averiguaciones no han de hacernos perder de vista lo que es esencial, y que además está a flor del texto: la trascendencia religiosa del sermón. Reuss escribía a este propósito: «Encierra un tesoro incomparable de sabiduría y moral religiosa, y en todas las edades se le ha mirado como la perla entre todos los discursos recogidos en el Evangelio: no hay línea ni palabra que no lleve el sello de la originalidad, de la más absoluta verdad, de la concepción más sublime y del sentimiento más admirable. Si no existe parte alguna de la tradición que nos ha conservado los recuerdos del paso de Jesús sobre la tierra que no traiga con ella la garantía y la prueba de su fidelidad, de ésta puede afirmarse sobre todo que no posee ni una sentencia que no haya llegado a ser para todos los siglos máxima proverbial, sin que además haya perdido un ápice de su poder y de su valor».

Hemos reproducido aquí este juicio de un protestante liberal, no ciertamente para fortalecer con él la autoridad del Evangelio, sino sólo para tener la alegría de encontrar unidos en la misma veneración, siquiera una vez, a todos los cristianos de la tierra. Muchas páginas del Evangelio han quedado lamentablemente laceradas por la herejía; ésta recibe aún de verdad los homenajes de todos los creyentes.

Al estudiarla, sin embargo, hemos de observar que también aquí la Iglesia debe cumplir en la interpretación del texto su misión bienhechora e indispensable. Nuestro Señor habló la lengua de su país y de su tiempo, lengua popular, rica en imágenes e inclinada con preferencia a los dichos y proverbios, tan del gusto del pueblo, sobre todo del oriental, y esto hace a esta palabra, todavía hoy tan expresiva y tan movida, y esto constituye a la vez el peligro muy grande de una interpretación demasiado literal. Orígenes ya experimentó en sí propio este riesgo, y otros muchos lo han sentido también después. El sermón del monte muy en particular, explicado con excesivo rigor, ha dado pretexto a las más violentas teorías antisociales, como las de Tolstoi. Contra semejantes perversiones del Evangelio ha protestado siempre el sentido cristiano, y la exposición tradicional de la Iglesia ha de bastar para ponernos en guardia, ya que tal explicación es tan antigua como el mismo Evangelio. Su hechura se reconoce mejor en San Mateo: las bienaventuranzas, por ejemplo, están formuladas en él de un modo más explícitamente espiritual que en San Lucas. Y en este caso es posible que el tenor de la letra se halle conservado más fielmente en San Lucas, y en San Mateo el espiritual, que es, sobre todo, el pretendido por Jesús y el que sus oyentes comprendían. Por lo demás, si Lucas aparece en ciertos detalles más literal, Mateo es más completo: casi la mitad del discurso sólo se encuentra en él, y lo que es de mayores consecuencias aún: Mateo ha mantenido los judaísmos de expresión y pensamiento, que Lucas ha dejado caer como menos interesante para sus lectores griegos: esta diversidad de

posición aparece sobre todo en la comparación entre la Ley vieja y la nueva, explícitamente mencionada en San Mateo (V, 17-48) y muy velada en San Lucas (VI, 27-36). Un estudio de conjunto de los dos evangelistas confirma esta impresión: San Mateo conservó con más fidelidad la forma semítica de las palabras del Señor y San Lucas la adaptó más libremente a los gustos de sus lectores.

En los dos evangelistas comienza el sermón por las bienaventuranzas: desde las primeras frases, Cristo propone a sus fieles el cuadro de la vida cristiana ideal: no es sólo entrar en materia, sino la parte central del discurso: Jesús determinará en seguida sus relaciones con la antigua Ley (V, 17-20), luego las aplicaciones principales (V, 21; VII, 12) y por fin su obligación (VII, 13-27).

## **II.- LAS BIENAVENTURANZAS**

«Bienaventurados», esta es la primera palabra del sermón; al promulgar la nueva ley, su ley, nos propone Cristo desde un principio el fin a que ella nos conduce: la felicidad. El autor de la epístola a los Hebreos debía oponer más tarde la revelación terrorífica del Sinaí con sus truenos y relámpagos sobre una montaña inaccesible, a la revelación cristiana, tan luminosa y tan pacífica (XII, 18). Desde las primeras frases aparece efectivamente la diferencia entre los dos Testamentos: en vez de aquellas intimaciones imperiosas, seguidas de amenazas de muerte, es la proposición simultánea de la virtud ideal y de la dicha.

La primera palabra del mensaje de Cristo es la buena nueva, el Evangelio. Semejantes sentencias anunciando bienandanzas, no son tan raras en el Antiguo Testamento, sobre todo en los Salmos y en los libros sapienciales, y según esto, el Señor adopta una forma de expresión ya familiar a sus oyentes; pero aquí, como en las parábolas, les infunde un sello personal que las hace suyas. No es sólo una inspiración aislada que surge de la oración o contemplación, es la promesa solemne de aquel que sabe lo que es la felicidad, y puede darla, y que finalmente consagra por esta sanción suprema el cumplimiento de los más altos deberes.

Lo que se promete, la felicidad, es siempre lo mismo, y lo demás son únicamente nombres y modos diferentes de anunciarla: «En la primera bienaventuranza es el reino. En la segunda, la tierra prometida. En la tercera, el consuelo verdadero; el colmo de todos los deseos, en la cuarta. La quinta, como la última misericordia que quitará todos los males y ofrecerá todos los bienes, en la sexta, con expresión ritual, es la vista de Dios. La séptima predice la perfección de nuestra adopción, y la octava, otra vez aún, vuelve a ser en forma del reino de los cielos. Este es siempre el fin; pero como los medios son tantos, cada bienaventuranza propone uno, y todos a la vez conducen al hombre a la dicha». Lo mismo es la virtud, propuesta también en sus aspectos diversos: los pobres, los afligidos, los mansos, los hambrientos, los misericordiosos, los puros, los pacíficos, los perseguidos; en una palabra, los cristianos fieles al espíritu del Evangelio y semejantes a su Maestro. A

primera vista, esta descripción del ideal cristiano aparece como la antítesis de todo aquello que ambiciona el hombre vulgar: la riqueza, el gozo y la consideración, y este efecto es exacto, pero incompleto; de ser así, no se comprende cómo Jesús dió principio a su doctrina hiriendo de frente todos los instintos más arraigados y vivos, cuando en toda su predicación no se encuentra nada de violento o paradójico, sino que, al contrario, busca siempre el apoyo de todo aquello que a su alrededor es piedad o religión. Tal preocupación es sólo aparente en el sermón del monte, ya que arranca de aquello mismo que el judaísmo tiene de más sagrado: la Ley y los profetas; les consagra, pero les sobrepuja y deja atrás. Lo mismo es aquí: las virtudes que exalta y beatifica, la pobreza, la dulzura, la misericordia y la pureza son desde mucho tiempo particularmente queridas de los judíos piadosos, imperfectamente comprendidas, tal vez, y más imperfectamente practicadas, pero en las que se presiente ya el Espíritu de Dios que va inclinando a las almas sinceras preparándolas de este modo para el Evangelio.

Los dos o tres siglos que precedieron al advenimiento de Cristo resultaron para los judíos siglos de dura opresión, y exceptuados algunos años luminosos, pero cortos, en tiempo de los Macabeos, este largo período no les trajo más que servidumbre y persecución: la independencia nacional, amenazada, cuando no abolida; su religión, despreciada o proscrita, y su libertad individual, puesta al capricho de sus dominadores, los griegos, los Herodes o los romanos, y aun durante los años relativamente tranquilos, en que su suelo no estaba todavía invadido por los Ejércitos de un Antíoco, Gabino o Pompeyo, sentían, no obstante, pesar siempre sobre ellos el yugo del extranjero, sufrían sus desaires y quedaban arruinados por sus expoliaciones inicuas. «Si quisiéramos sacar la cuenta de todos los que murieron en las guerras y revueltas, de los ejecutados por Herodes y los procuradores durante este siglo terrible, llegaríamos a un total de lo menos doscientos mil hombres, cifra espantosa para un país relativamente pequeño y número más terrible aún si recordamos que estos caídos en la guerra eran físicamente la flor de la nación, y los sacrificados por Herodes, la nata de la intelectualidad».

Diezmada por estas matanzas, la tierra se había empobrecido con las exacciones de Herodes y sus locas prodigalidades, pues las construcciones suntuosas de este monarca y de sus sucesores adulaban el orgullo de los príncipes, pero arruinaban al país. Estos sufrimientos crueles y diarios provocaban en muchos corazones la exasperación insubordinada, en otros el orgullo altanero que se consuela con la desgracia aislándose y despreciando; en no pocos, el cansancio y el desaliento, pero había también almas a quien la prueba alzaba a Dios, y comprendían todo lo que había de grande y revelador en esta vida pobre, humilde, resignada, pero justa y fiel para con Dios. En Galilea, donde no existían los saduceos y los fariseos tenían menos influjo que en Jerusalén, estos «pobres» parecen haber abundado particularmente, ya que con los zelotes se repartían la población de la provincia.

Muchos salmos, y muchos textos proféticos sostenían esta piedad de los «pobres» y preparaban los caminos al Señor, y el retrato trazado por Isaías (sobre todo el c. LIII) del siervo de Yavé, arrastraba a las almas tras este ideal que Cristo había de realizar. En este



cuadro patético en verdad, el sufrimiento logra un carácter excepcional, y que es una expiación voluntariamente aceptada para salvar a los pecadores. Pero si se deja en la sombra este rasgo, que tal como fué trazado en este sitio sólo conviene a Cristo, el conjunto del poema nos hace comprender la alteza religiosa de los humildes, de los pobres, de los afligidos, de los castos y pacíficos, como Jesús los pinta en las bienaventuranzas. No habrá más distancia de ellos a El que la que hay entre un modelo sobrehumano y las copias imperfectas. Los fieles de su *«pusillus grex»* se ven descritos en esta profecía de Sofonías, III, 12: «Yo dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pequeño que se confiará al nombre de Yavé.»

De este modo, por los salmistas y profetas, había Dios preparado su pueblo para el Mesías y para su obra y su doctrina. Pero esto era sólo preparación. Si queremos medir aún la distancia que les separa de estos pobres del Evangelio, bastará leer algunos pasajes de esos salmos o de esos libros proféticos.

Sea, por ejemplo, el salmo CIX:

Hacedle caer en manos de un hombre violento que le abruma, y nunca se aparte Satanás de su lado para acelerar su perdición. Salga condenado cuando comparezca en juicio, y si tuviere aliento para abrir la boca en su defensa, que esto se le impute también como un delito. Abréviensele los días de la vida como indigno de vivir entre los hombres, y pase otro a sucederle en el elevado ministerio que indignamente ocupa. Muera con la congoja de dejar viuda a su mujer, y con la pena y tormento de ver huérfanos a sus hijos. Anden éstos errantes y vagabundos por todas partes, reducidos a la última miseria y mendiguen el pan arrojados de sus mismas casas. Entren en ellas acreedores inflexibles para registrar hasta el último rincón y para adueñarse de lo que allí encontraren, y sea presa de extraños todo el fruto de sus fatigas y sudores. No haya quien le alargue la mano, ni acuda a sostenerle mientras viviere, ni quien se mueva a piedad de sus hijos después de muerto. Mueran éstos, y mueran sin que quede uno de ellos, para que no pase su nombre a la segunda generación. La memoria de los pecados del padre encienda la cólera de Dios contra el hijo delincuente, y venga sobre él su indignación por los excesos de su madre. Las maldades de éstos no se aparten jamás de la presencia del Señor, para que desarraigue de la tierra a los hijos del que cerró sus entrañas a la misericordia. Porque persiguió de muerte al que se veía sin amparo, al pobre y al que tenía el corazón traspasado de amargura y de quebranto. No llegará a él la bendición que despreció, y en su lugar le alcanzará la maldición. Esta entrará en él y penetrará sus entrañas, como se empapa el agua en la tierra y como el aceite penetra los huesos. Cúbrale como si fuera un vestido, y rodéale por todas partes como faja que le ciñe continuamente. Esta es la recompensa que el Señor dará a los que me calumnian y a los que con sus imposturas pretenden despojarme de la vida (Ps., CIX, 6-20).

De estas terribles maldiciones se pudo, sin duda, desprender alguna de las ideas fundamentales del sermón del monte: quien a los demás rehúsa la misericordia, tampoco la obtendrá para sí. Pero en labios de Jesús se oye, antes que nada, una ley de caridad que obliga a todos los cristianos a perdonar a sus enemigos, y aquí es una ley de justicia que condena al ofensor del pobre a un castigo sin misericordia. Si hoy día los cristianos

tomasen tales imprecaciones para lanzárselas a sus enemigos, se les diría con toda justicia: no sabéis de qué espíritu sois.

De las virtudes judías a las cristianas la distancia aparece infinita, y es aún más evidente si se considera la recompensa de estas virtudes, la bienaventuranza que las corona. En su estudio sobre los «pobres», Reuss les concede el mérito particular de haberse sostenido en su indigencia, cuando según la concepción judía todo se acababa en el sepulcro.

Pero esta no es su fuerza; será, a lo sumo, su flaqueza. Nada, sin duda, más sincero y más conmovedor que la seguridad del salmista en la posesión de Dios: «¿Qué tengo yo en el cielo comparado contigo?, y sin ti nada me agrada sobre la tierra. Mi corazón y mi carne se consumen. Dios es mi fortaleza y mi parte para siempre. Porque todos los que se alejan de ti perecerán, y destruirás a los que fornican lejos de ti. Para mí, mi dicha es estar junto a Dios, en él he puesto mi refugio, en mi Señor Yavé». (Ps., LXXIII, 25). Pero estas palabras, las más bellas sin duda del Antiguo Testamento, no guardarían para el cristiano todo su alcance si esta unión con Dios no fuese algo perdurable y seguro, indisoluble y eterno en el cielo. Aquí abajo se goza de Dios, pero como con posesión precaria e incompleta; ¡nos separan tantos obstáculos!; y sobre todo, el más íntimo y formidable, el pecado y nuestras miserias; no se poseen más que las primicias del espíritu, que está salvado, pero en esperanzas (Rom., VIII, 23-25). Las bienaventuranzas, tal como Cristo las formula, responden a estas aspiraciones y las llenan, asegurando ya acá abajo la dicha, y presentándola como el gusto anticipado de aquella otra que ha de ser eterna e infinita.

Muchos filósofos contemporáneos que sólo querrían una moral sin sanción, se molestan por la promesa de la felicidad: la virtud, pretenden estos sabios, sería más pura si fuera desinteresada y el deber se cumpliera porque es deber, no porque nos lleva a la bienaventuranza. En la Vida de Jesús que en 1795 escribía Hegel aún de veinticinco años e influido en absoluto por la ideología de Kant, se esforzaba en interpretar el Evangelio según aquella su predilecta filosofía. Mirad su exégesis sobre los dos preceptos cristianos de la limosna y de la oración: «Vuestra recompensa, si tenéis necesidad de ella para obrar el bien, ha de consistir en la consideración plácida y sedante de la misma obra buena ejecutada, y en el pensamiento de que, si bien en el mundo han de conocer muy pocos a su autor, sin embargo el efecto de esa buena acción será rico en consecuencias bienhechoras para la eternidad». Esta filosofía ambiciosa y estéril es el antípoda del pensamiento de Cristo. El que viene de Dios y que vuelve a Dios, y que siendo Dios también, contempla en su inteligencia humana, cara a cara la divinidad, sabe lo que es poseer a Dios, y El, que es hombre y que halla en esta vista toda su felicidad, sabe que la bienaventuranza humana se esconde allí. En el primer instante de su vida nos señala el camino que hemos de seguir para encontrarle: la pobreza y humildad, la dulzura, la justicia y la pureza. No es otra la gran lección de las bienaventuranzas. Un poco más tarde, cuando invita a sus oyentes a hacerse sus discípulos y a pertenecer a su escuela, no se contenta con imponerles un deber, sino que les muestra la felicidad que han de encontrar (Mt., XI, 28-30). Todavía más adelante, cuando le pregunta un joven sobre la vida eterna y por el camino que a ella

conduce, exígele grandes sacrificios, pero le promete un premio eterno de gloria (Mt., XIX, 19-21). Y al recordarle San Pedro en nombre de los doce, que ellos lo han dejado todo por ir en su seguimiento, Cristo responde: «En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, cuando en la regeneración se sienta el Hijo del Hombre en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce sillas para juzgar a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare su casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos o tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno y después poseerá la vida eterna» (Mt., XIX, 27-29).

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.  
Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.  
Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os maldijeren y persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo por mi causa. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es muy grande en el reino de los cielos. Pues así persiguieron también a los profetas que fueron antes de vosotros (Mt., V, 314).

Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis hartos. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando os aborrecieren los hombres, y os apartaren de sí, y os ultrajaren y desecharen vuestro nombre como cosa mala por el Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día y regocijaos, porque nuestra recompensa es grande en el reino de los cielos; porque de esta manera trataban a los profetas los padres de ellos.  
Mas ¡ay de vosotros los ricos, porque tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que estáis hartos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis! ¡Ay de vosotros, cuando os bendijeren los hombres, porque así hacían a los falsos profetas los padres de ellos! (Lc., VI, 20-27).

Basta comparar estas dos redacciones para ver las diferencias profundas que las separan: en San Mateo son ocho las bienaventuranzas, y en San Lucas cuatro solamente; pero estas cuatro bienaventuranzas están seguidas de otros tantos anatemas, que faltan en el primer evangelista. La enunciación de las ocho bienaventuranzas, exceptuada la primera, se encuentra en éste redactada en forma gnómica en tercera persona: «Bienaventurados los pobres de espíritu...»; en San Lucas van directamente pronunciadas sobre los oyentes: «Bienaventurados vosotros los que sois pobres...» En fin, y es la diferencia capital, en San Mateo traen un sentido puramente espiritual, y según San Lucas, parecen imponer una condición material: nunca dice: «los pobres de espíritu», sino «los pobres», y por igual manera, jamás se expresa: «los que tienen hambre y sed de justicia»: sólo «los hambrientos». Esta diversidad parece exigir las otras dos, y en efecto, las cuatro bienaventuranzas que faltan en San Lucas son de una significación espiritual netísima e incontestable: «Bienaventurados los mansos, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacíficos». Por lo mismo, al dirigirse Jesús según lo hace San Lucas en forma directa a los discípulos presentes, ¿no era, acaso, porque encontraba en ellos aquellas condiciones particulares que bendecía? En este caso, el sermón, en lugar de destinarse a todos los

hombres, no se dirigía más que al pequeño grupo de discípulos que efectivamente eran pobres, hambrientos y perseguidos.

Por estas divergencias ciertos exegetas concluyen la diversidad de los dos discursos. Ya se ha descartado esta opinión, que hace caso omiso de la identidad sustancial de los dos conjuntos. Para explicar las diferencias notables que acabamos de señalar, basta recordar, creémoslo así, que estos discursos del Señor antes de insertarlos en el Evangelio que hoy leemos, habían sido frecuentísimamente y bajo distintas formas reproducidos en la catequesis cristiana. Una de estas redacciones es la que San Mateo reproduce, y otra distinta la que da San Lucas; la de éste es más incompleta, y no tiene sino cuatro bienaventuranzas, pero el origen es el mismo.

Su enunciación es en forma más absoluta y con menos precauciones, y es posible que dé también más libremente la forma primitiva de las sentencias del Señor, pero no puede ser dudoso que las interpretaciones transmitidas por San Mateo fijan exactamente el sentido auténtico de estas palabras. Esta colección reducida y de una forma más rígida, ¿se formó, acaso, entre aquel grupo de discípulos para los cuales la pobreza era no sólo una disposición de alma, sino una situación material? Es posible, pero no cierto. Los anatemas que en San Lucas siguen a las bienaventuranzas los recibirían en todo caso en tal estado estos discípulos, sea que primitivamente formaran parte del sermón auténtico del monte, sea que Jesús las pronunciara en diversas ocasiones. Acentos parecidos resuenan también en la carta de Santiago (V, 1-7):

Y ahora, ricos, llorad y dad gritos ante las calamidades que van a venir sobre vosotros. Vuestras riquezas se pudrieron, y vuestros vestidos se los comió la polilla. Vuestro oro y vuestra plata se han llenado de moho, y su herrumbre será testimonio contra vosotros, y comerá vuestras carnes como fuego. Estáis acaudalándoos ira para los días postreros. Aquí está el salario de los trabajadores que segaron vuestros campos; lo que defraudasteis da ahora gritos, y su clamor entró en los oídos del Señor de Sabaoth. Habéis banqueteados en la tierra, y nutrido vuestros corazones con el lujo y las delicias para el día del sacrificio. Habéis condenado y matado al inocente, y él no se os opuso. Y vosotros, hermanos, permaneced en paciencia hasta la venida del Señor.

La inspiración que anima esta página ardiente es la misma que escribió los anatemas del Señor. Si se maldice a los ricos, no es simplemente porque les sobran los bienes, sino porque gozan injusta y egoístamente de ellos. Lo mismo en San Lucas: los pobres son bendecidos y los ricos execrados, no porque sean pobres o ricos, sino porque los primeros ansían otros bienes mejores, y los otros, satisfechos y hartos, tienen ya en la tierra su consuelo.

El punto es de una trascendencia grande, e interesa no sólo para la interpretación del sermón de la montaña, sino para penetrar en el carácter de todo el evangelio de San Lucas. Las diferencias acusadas en este punto aparecen también en otras ocasiones: se lee en San Mateo, VI, 19: «No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los acaban, y donde los ladrones los desentierran y los roban. Porque donde está tu

tesoro, allí está también tu corazón»; San Lucas habla así (XII, 33): «Vended lo que poseéis y dadlo de limosna; fabricaos bolsas que no gastan ni envejecen, tesoros en los cielos, que jamás faltan, adonde el ladrón no llega ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.» Y ahora, compárense aún estos textos de San Mateo, V, 3, con los de San Lucas, VI, 20; Mateo, V, 42, y Lucas, VI, 30; Mateo, XIX, 21, y Lucas, XVIII, 22.

El cotejo de estos lugares viene a persuadir que donde San Mateo habla de despego de las riquezas, San Lucas exige la renuncia efectiva. Se insiste aún en la parábola del rico Epulón y Lázaro el pobre, contada por el mismo evangelista, y viene a concluirse que San Lucas condena al infierno no sólo a los ricos, sino aun las riquezas mismas. Esto es lo que se ha llamado el ebionismo de San Lucas. Pero esto es también pervertir el pensamiento del evangelista. Es seguro que para él, como para Cristo, como para todos los otros escritores sagrados, la pobreza efectiva es un bien precioso: nos consta por la vocación de los cuatro pescadores del lago, y por la de San Mateo, referida no sólo por San Lucas, mas por los dos sinópticos restantes, que nos pintan a los Apóstoles abandonándolo todo, padre, barca y mesa de cambio. Ni es únicamente San Lucas, sino los tres sinópticos, los que a una nos han conservado la palabra más terrible de Cristo lanzada contra las riquezas: «Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios» (Mt., XIX, 24; Mc., X, 25; Lc., XVIII, 25).

Inversamente, en San Lucas (XIX, 1-10) está la historia del rico Zaqueo, que en su conversión repara los daños dando un cuádruplo más y reparte a los pobres la mitad de sus bienes, reservándose lo restante. Nuestro Señor pronuncia entonces aquella frase: «Hoy ha entrado la salud en esta casa.»

Relatada también por San Lucas llega a nosotros la historia de las santas mujeres, asiduas seguidoras de Jesús y de su obra, que ayudan con sus limosnas a todas las necesidades del Señor (XIII, 2-3), y la de aquel rico, José de Arimatea, que viene a sepultar a Jesús (XXIII, 50-53).

La riqueza en sí no es motivo de condenación, lo mismo para San Lucas que para los demás cristianos, y el ebionismo del evangelista no pasa de ser una leyenda. Lo que únicamente quedará en claro es que al reproducir ciertas frases de Cristo, particularmente aquellas del capítulo VI, 20 y las del XII, 33, pudo tener presente antes que nada a aquel grupo, que de hecho y efectivamente habían dejado todo por seguir a Jesús.

El sentido de la bienaventuranza en labios de Cristo no es dudoso: los pobres a quien beatifica son esa gente humilde, modesta, sufrida y colgada de Dios: aquella, en fin, cantada en los salmos, cuyos padecimientos se exaltan y cuyas esperanzas y súplicas se celebran: no son otros los privilegios del ministerio evangélico. En la sinagoga de Nazareth, al anunciar Jesús su remisión, lee y comenta el oráculo de Isaías : «El espíritu del Señor

sobre mí, por eso me ha enviado a evangelizar a los pobres» (Lc., IV, 18): y cuando desea presentar al Bautista las credenciales de su misión, responde a sus enviados: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído; los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los muertos resucitan, y a los pobres se les predica el Evangelio» (Lc., XVII, 22). Ya el Salmista se espontaneaba con Dios: «A vos se confía el pobre, y vos seréis el apoyo del huérfano» (IX, 35). El pobre ha sido siempre cosa de Dios, y lo es también de Cristo, y a los pobres especialmente está destinado el Evangelio, y a ellos sobre todo se les prepara para recibirlo: los otros, los ricos, los satisfechos, los que nada esperan de Cristo, nada reciben efectivamente de Él, pues sea el que fuere el origen de esta suficiencia, se opone como un obstáculo insuperable al Evangelio: «Tú dices: Yo soy rico, tengo fortuna, y no necesito de nadie, y no sabes que eres un miserable, y pobre, y desnudo, y ciego» (Apoc., III, 17). La recompensa de los pobres es el reino, y desde ahora es para ellos, pues lo poseen.

«Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra.» Esta bienaventuranza había sido ya proclamada en los mismos términos por el Salmista: «Los mansos recibirán la tierra en herencia y gozarán de una paz inmensa» (XXXVII, 11). Los mansos, o como Reuss traduce los resignados, son los que no se rebelan ni contra Dios ni contra los hombres, sobrellevando todo con humilde paciencia: «Mansos son los que no se rinden a la maldad, sino triunfan del mal por el bien» (Rom., XII, 21). Jesús presentóse a sí mismo como modelo de esta virtud (Mt., XI, 29), y San Pablo, a su vez, exhorta a los fieles «por la benignidad y mansedumbre de Cristo» (II Cor., X, 1). En el salmo la recompensa que se promete es la tierra de Canaán; los malos serán arrojados de allí, y los mansos la poseerán como su herencia. Al hacer aquí semejante promesa, el Señor como otras veces, habla en sentido más elevado: la tierra prometida es aquella tierra, nueva patria de los que siempre viven.

«Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.» Esta aflicción es múltiple: San Crisóstomo ve, sobre todo, el dolor de los pecados cometidos, sean propios o ajenos, San Agustín, la tristeza producida por los duelos de la muerte. Todas estas tristezas sobrellevadas con humilde resignación acercan a Dios, que las consuela.

El último día dirá Jesús a sus discípulos: «En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se regocijará; estáis tristes, pero vuestra desolación se convertirá en gozo» (Jn., XVI, 20). Un eco de estas promesas se oye en el Apocalipsis: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres con los que Él habitará. Y ellos serán su pueblo, y Dios será su Dios, y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor para siempre, porque todo esto ya pasó» (XXI, 3-4).

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.» La justicia se entiende en este sitio en el sentido más genérico, de perfección y de santidad, y así la tomará Jesús un poco más adelante cuando exclame: «Si vuestra justicia no fuere

mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.»

«Bienaventurados-escribe Bossuet-los que desean la justicia con la misma ansia con que desea la comida o la bebida el que está hambriento, o sufre la sed, porque entonces serán efectivamente hartos. ¿De qué, sino de justicia? Lo serán en esta vida, porque el justo se hará más justo, y el santo mayor santo para satisfacer su avidez. Pero el perfecto y el lleno cumplido será sólo en el cielo, donde la eternal justicia se nos entrará con la plenitud del amor de Dios.» «Quedaré saciado -exclamaba el salmista-cuando se me muestre tu gloria.» Jesús adoptó con frecuencia esta metáfora para significar el ardor del deseo y la hartura que se le promete: «El que bebe de esta agua tendrá aún sed, pero quien bebiere del agua que yo le daré no tendrá nunca jamás sed, sino el agua que yo he de darle se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna» (Jn., IV, 13-14); y de nuevo: «Quien cree en mí, saldrá de su interior ríos de agua viva; que venga y beba» (Jn., VII, 37-38). Y vuelve a oírse el rumor de esta corriente viva en el Apocalipsis: «Que el sediento se acerque, y el que lo desee reciba gratis el agua de la vida» (XXII, 17).

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.» Es una bienaventuranza ligada fuertemente con la anterior, al igual que en el lenguaje bíblico la misericordia está unida a la justicia. El término adquiere toda su amplitud, significando la limosna y el perdón, y en general todas las manifestaciones de ternura, de compasión y caridad. La misericordia prometida es la eterna de Dios en lugar de la nuestra: es una de las enseñanzas capitales del sermón del monte y de todo el Evangelio. Nuestro Señor tuvo cuidado de colocarla en la oración que nos enseñó: «Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores», y añade inmediatamente: «Porque si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre del cielo os las perdonará también a vosotros; pero si no perdonareis a los hombres, vuestro Padre del cielo tampoco os perdonará vuestras ofensas» (Mt., VI, 12, 14-15). Y en una sentencia traída por los tres sinópticos: «Con la medida que midiereis se os medirá» (Mt., VII, 2; Mc., IV, 24; Lc., VI, 38). No es que la misericordia de Dios quede estrechada a la medida de la apreciación humana: «La recompensa -es frase de San Crisóstomo-será igual a la virtud: los hombres ejercitan la misericordia, y reciben en cambio la de Dios. Pero no hay punto de igualdad entre la humana misericordia y la divina, pues la distancia entre estas dos es como la que hay entre la malicia y la bondad.» Nuestro Señor indica también la diferencia en la parábola del siervo insolvente y despiadado que debe diez mil talentos y a él le adeudan cincuenta denarios (Mt., XVIII, 23-25).

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.» La pureza aquí bendecida por Cristo no es sólo la virtud moral opuesta a la lujuria, es también la inocencia y la rectitud de corazón. En este sentido se lamentaba el profeta: «¿Quién subirá la montaña de Yavé? ¿Quién podrá estar en su santuario? El que tenga inocentes las manos y el corazón puro» (XXIV, 3-4). El mismo sentimiento latía en Isaías al contemplar la visión de Dios: «El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado en su solio excelso y elevado y lo que a sus pies tenía llenaba todo el templo. Los serafines estaban encima, con seis alas cada uno; con dos alas cubrían su rostro, y con otras dos sus pies, y con las otras

dos restantes volaban. Y se decían el uno al otro y clamaban: Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos, y la tierra está llena de su gloria; a esta voz temblaron las puertas sobre sus goznes, y la casa se llenó de humo, y exclamé: ¡Ay de mí porque callé, porque soy hombre de labios impuros, y vivo entre un pueblo de labios manchados, y vi al rey Señor de los ejércitos con mis ojos! Y voló hacia mí un serafín, y en su mano traía un ascua que había tomado con unas tenazas del altar. Y tocó mi boca, y me dijo: Esto ha tocado tu boca, y tu maldad se te quitará y tu pecado será limpio» (VI, 1-7).

Los reyes de Oriente eran inaccesibles, y resultaba una dicha codiciada y temida a la vez el ser admitido a su presencia; pero de ello a Yavé no hay proporción: el sentido vivísimo ya entre los israelitas de la santidad y de la superioridad de Dios, se había desarrollado y exagerado aún por las apocalipsis judías. Y a la vista de Dios aspiraba el salmista, que decía: «Yo me presentaré ante tu mirada en mi justicia, y cuando tu gloria se me muestre, quedaré satisfecho» (XVII, 15). Jesús consagra estas aspiraciones y promete satisfacerlas, pero sólo a los limpios y puros de corazón.

«Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.» El texto de la carta a los Hebreos que acabamos de mencionar en la nota demuestra la unión íntima de esta bienaventuranza con la que antecede: el corazón puro es fuente de paz, y poseyéndola en sí y con Cristo, la expande también entre los hombres. Desde la cuna de Cristo, los ángeles habían anunciado la paz como el gran don de Dios a la tierra (Lc., II, 13-14). Jesús a su vez esparce esta paz en su derredor, ofreciendo el reposo a los que están fatigados y cansados (Mt., XI, 29), y el último día deja como recuerdo a los Apóstoles su paz (Jn., XIV, 27). Al enviar a los doce a su misión, les manda que den la paz a sus hospedadores (Mt., X, 5-6), y El mismo, apareciéndose a los suyos después de su resurrección, les da la paz (Jn., XX, 19, 21, 26): los Apóstoles igual harán con sus fieles (Rom., I, 7; I Cor., I, 3, etc.). La recompensa prometida es llamarse hijos de Dios, y Dios es en verdad «el Dios de la paz» (Rom., XV, 33; XVI, 20; I Cor., XIV, 33; Phil., IV, 9; I Thess., V, 23; Heb., XIII, 20). Cristo es «nuestra paz» (Eph., 11-14), y «el Señor de la paz» (II Thess., III, 16). Los pacíficos, los que viven en paz y la difunden, están animados del espíritu de Dios, y por consecuencia son llamados sus hijos, y esta expresión tiene aquí no sólo el sentido lato que con frecuencia reviste en el Evangelio, sino que ha de entenderse según toda su fuerza; los pacíficos son verdaderamente de la familia de Dios, porque a su alrededor fundan y establecen esta unidad cuyo ideal es el mismo Dios : «Que sean uno como nosotros somos uno, yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad» (Jn., XVII, 22-23).

«Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos».

En las cuatro bienaventuranzas precedentes las virtudes que Cristo proponía a sus discípulos eran ya de por sí de un atractivo grande, independientemente de la recompensa prometida: todo corazón recto debe admirar y tener sed de justicia, de misericordia, de



inocencia y de paz, pero no ocurre igual con las persecuciones, y la afirmación del Señor presenta de nuevo otra vez lo mismo que en las tres primeras bienaventuranzas una apariencia paradójica, que en estas de ahora contaba con el apoyo de toda una larga tradición: la piedad israelita tendía a bendecir a los humildes, a los resignados y afligidos, pero jamás se había alzado a proferir bienaventuranzas de las persecuciones y de los perseguidos. Sin duda que los profetas y santos del Antiguo Testamento fueron perseguidos-inmediatamente lo va a recordar Jesús-, pero ellos no habían hecho de estas persecuciones prenda de su felicidad y privilegio de los amigos de Dios. La revelación de este secreto pertenecía al Evangelio, pues hasta ahora era eso cosa inaudita. Desde hoy el ejemplo de Cristo arrastrará hasta este extremo a los cristianos, y la vista del cielo les sostendrá. Esta es aquella perspectiva que más tarde descubriría Jesús a sus Apóstoles: «Guardaos de los hombres porque os harán comparecer en sus audiencias, y os azotarán en sus sinagogas: seréis llevados ante los gobernadores y los reyes por causa mía en testimonio a ellos y a las naciones» (Mt., X, 17-18), y una palabra más terrible aún: «Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre»; y continúa un poco más abajo: «No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo mayor que su señor, y si al padre de familia llamaron Beelzebub, ¿cuánto más a sus domésticos? Pero no los temáis». Y más adelante volvía Jesús a explicar a sus discípulos esta razón profunda de la persecución, que debía constituir para ellos al mismo tiempo la razón suprema de consuelo: «Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció primero antes que a vosotros. Si fuerais del mundo el mundo amaría lo que es suyo, mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de mi palabra, que ya os he repetido, no es mayor el siervo que su señor. Si a mí me han perseguido también os perseguirán a vosotros, y si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Todas estas cosas os harán por causa de mi nombre: porque no conocen a Aquel que me ha enviado» (Jn., XV, 18-21).

La inminencia de la Pasión debía dar a estas advertencias una fuerza suprema para grabarlas decisivamente en el corazón de los Apóstoles. La historia de la Iglesia desde sus primeros días muestra, en efecto, que estas lecciones dieron su fruto: «Salían gozosos de los tribunales porque habían sido hallados dignos de sufrir afrentas por su nombre» (Act., V, 41).

Esta alegría que brota en tantas de las actas de los mártires, ya desde las cartas célebres de San Ignacio, es sin duda uno de los más grandes milagros del cristianismo. No es extraño que el Señor insistiera en esta bienaventuranza como no lo hizo en ninguna otra, ya que aquí no solamente redobla la afirmación, sino que dejando la forma gnómica se dirige directamente al auditorio: «Bienaventurados sois cuando os maldijeren y persiguieren, y dijeren todo mal de vosotros, mintiendo por mi causa. Gozaos y alegraos porque vuestro galardón es muy grande en los cielos, y así persiguieron también a los profetas que fueron antes que vosotros.» Este ejemplo de los profetas y de los santos del Antiguo Testamento fué muy querido siempre a los cristianos, y el autor de la carta a los Hebreos les presenta azotados, encadenados, apedreados, puestos en la cárcel y perseguidos en todas las formas, porque el mundo no les merecía (IX, 33-40). La Santa Iglesia los celebra aun hoy día, por ejemplo, a los santos hermanos Macabeos; aunque por lo demás estos ejemplos ilustres han venido a caer como en la sombra frente al más glorioso de los

mártires cristianos: en ellos se encontrará este gozo y esta alegría que Jesús predice y exige de sus discípulos.

Se debe notar en esta bienaventuranza el motivo de las persecuciones tal como el mismo Señor le indica: dice en un principio «por la justicia» y después «por causa mía». Los dos motivos son idénticos; la justicia es la fidelidad a Cristo, y en los otros textos recordados hace poco, cuando Jesús anuncia a sus Apóstoles las persecuciones que les aguardan, insiste en este motivo que las atraerá sobre ellos, y que al propio tiempo constituirá su gloria: «Seréis llevados ante los magistrados por mi causa», «Os aborrecerán por causa mía», «os harán todas estas cosas por causa de mi nombre». Y este es uno de los rasgos más reveladores y admirables de la predicación del Señor, que no habla casi de sí propio, de su persona ni de su misión, y, sin embargo, se hace conocer lo bastante por la promulgación de su ley. La regla que El propone es su ejemplo, y el motivo de las persecuciones que predice, su nombre; igualmente la sentencia suprema que decidirá de la felicidad o desgracia del hombre, es también el juicio que ha de dar. Quien entra por este sendero y le sigue, no tardará en reconocer que sólo Jesús tiene derecho a hablar de este modo. San Crisóstomo señala sobre este pasaje: «Cristo hace comprender aquí su dignidad, igual a la del Padre: como los santos del Antiguo Testamento sufrieron por el Padre, vosotros, avisa a sus discípulos, debéis sufrir por mí».

El mismo Santo Doctor demuestra cómo esta bienaventuranza, la más alta e inaccesible de todas, llega preparada por todas las que la preceden: «El Señor -escribe-ha tenido cuidado de llevarnos hasta aquí por esta cadena de oro de las bienaventuranzas: el que es humilde llorará de buen grado sus pecados; llorándolos será manso, justo y misericordioso, y si posee estas virtudes, también será puro de corazón, y pacífico, y una vez aquí se hallará defendido contra todos los ataques, no le herirán las palabras injuriosas que se le digan, ni le turbarán todos los males que se le puedan hacer sufrir».

Pero si esta «cadena de oro» nos levanta, es porque ella nos une al modelo soberano cuyo ejemplo nos seduce. Más aún que con sus discursos, Cristo ha determinado el ideal del cristiano por su vida en el mundo, donde experimentó en sí todas las bienaventuranzas antes de predicarlas a los hombres. Siendo rico se hizo pobre, no sólo con aquella pobreza esencial herencia de todo hombre, mas también con aquella otra que entre los hombres es la herencia de los pequeños y humildes: la tomó en el pesebre, la conservó durante toda su vida de artesano y en la vida pública («los pájaros del cielo tienen sus nidos, y las zorras sus madrigueras, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza»), y la subió consigo a la cruz. Cristo, que no dió a esta pobreza los rigores de austeridad excepcional que adquirió en San Juan Bautista, la quiso vulgar y despreciada, como de ordinario la sufren los hombres y comúnmente la rehúsan, para que así pudiesen reconocerla en Él, y lo que es todavía más, la amasen.

A sí mismo se describió como «manso y humilde de corazón», llamando de este modo la atención de sus discípulos sobre estas sus virtudes predilectas: es el cordero de

Dios, la oveja conducida al matadero sin que exhale un balido y el siervo de Yavé que no apaga la mecha humeante, ni quiebra la caña cascada. Es además la misericordia soberana que sana todas las enfermedades, que perdona todas las faltas y que se complace en repetir las palabras del profeta: «Misericordia quiero y no sacrificio.» El es el príncipe de la paz que pacifica todos los corazones, y por su sangre sellará la paz entre Dios y el mundo; es la pureza misma, el Hijo de la Virgen y el que puede desafiar a sus -enemigos a que le convenzan, si pueden, de pecado. Ansioso de justicia, podrá exclamar: «Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió», y viéndole los discípulos vengar en el templo el honor de Dios, le aplicarán aquel verso: «El celo de vuestra casa me ha devorado.» Y, sobre todo El es el gran perseguido: desde su cuna, por Herodes; durante su ministerio, por los fariseos y el tetrarca, y en el último día, por todos los poderes de la tierra, ministros del príncipe de este mundo.

Y no obstante su pobreza, su dolor y su persecución, es bienaventurado como no lo fué hombre alguno, ni lo será nunca: El poseyó el reino de Dios y la vista de Dios, como ningún hombre la poseerá, y por eso al promulgar las bienaventuranzas habla experimentalmente. Ya se notará en más de una ocasión esta dicha íntima de Cristo ante ese ideal de pobreza y de sufrimiento, y exclamará con suspiro que es a la vez admiración: «Te doy gracias, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y se las has manifestado a los pequeños. Bien, Padre porque así lo has querido» (Mt., XI, 25). Y sobre todo a la vista de su Pasión: «¡Con un bautismo debo ser bautizado, y como estoy en angustias hasta que le vea cumplido!» (Lc., XII, 50).

Todo este programa de humillación y de muerte se lo impuso a Cristo su oficio de Redentor: si tuvo que humillarse y sufrir tanto, fué porque debía expiar muchas rebeliones y muchas alegrías culpables. Pero a la vez es nuestro modelo y nuestro ideal, cuyo ejemplo nos traza el camino único por el cual hemos de poder llegar al reino. Por esto y como postrer análisis, todo este programa de bienandanzas está trazado por Dios en vista de la redención. Suprimamos mentalmente el pecado original y volvamos al paraíso: las condiciones de felicidad serían otras bien diferentes; las penas, el llanto y las persecuciones no formarían parte de los hijos de Dios, ni habría que ver en ellas la señal de su predestinación. Dios Padre nuestro no se complace en nuestras lágrimas, ni era el sufrir lo que en un principio buscó para el mundo. Pero después que el pecado destruyó el plan primitivo, Dios concibió este otro, y quien contempla su ejecución en Cristo, y trata de seguir en pos de Él, descubre inmediatamente aquí un designio de sabiduría y de amor.

Vosotros sois la sal de la tierra, mas si la sal se desvanece, ¿con qué será salada? Para nada vale, sino para tirarla, y para que los hombres la pisoteen. Vosotros sois la luz del mundo. No puede esconderse una ciudad puesta sobre un monte. Ni encienden una antorcha y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en casa. Así debe brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt., V, 13-16).

El sermón de las bienaventuranzas proponía el nuevo ideal cristiano; ahora se trata de darlo a conocer al mundo, y esta será la obra de los Apóstoles. Lo que Jesús termina de

decir sobre las persecuciones hace comprender bastante lo que les aguarda, y sin embargo, a pesar de todos estos riesgos, les es imposible abandonar el Evangelio porque han recibido la verdad, son responsables de ella ante todos los hombres, y sólo por eso son la sal y la luz del mundo y de la tierra.

Las dos metáforas «sal de la tierra», «luz del mundo», tienen evidentemente el mismo sentido. Eliseo purificó las aguas impotables derramando sobre ellas un poco de sal (II Reg., II, 21); y esta fué la misión de los Apóstoles; se esparcieron por el mundo entero para purificarle. Para apreciar la comparación, es necesario recordar que la sal usada en la Palestina no es pura, puede perder su virtud y entonces sólo vale para tirarla. Igual es la suerte reservada a los discípulos degenerados de Cristo: nada tienen que temer de las persecuciones, al contrario, de ellas deben esperar todo; pero si decaen y se acobardan, no sirven para otra cosa que para ser pisados.

La ciudad edificada sobre el monte, la luz que ilumina la casa y que se pone en el candelero, indican con otras imágenes la misma idea: la acción irradiadora que Cristo espera de sus discípulos. La Iglesia aceptará también esta imagen evangélica para simbolizar su misión en el mundo. Ciudad santa alzada sobre una alta montaña, presenta a todas las miradas las señales de su origen, y antes que nada su santidad. Esta es la que exige sobre todo el Señor a sus Apóstoles: después de haberles dicho que su luz debe brillar a los ojos de todos los hombres, añade: «para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre celestial». Sin duda que son doctores, deben enseñar y les encomendará esa misión: «Id y enseñad a todas las gentes»; pero sobre todo han de ser modelos y deben exhibir en sí propios el ideal cristiano cual Jesús acaba de exponerlo. Este fué el objetivo del Bautista, de aquella «lámpara ardiente y luciente», y este ha de ser el suyo; como debe serlo de todos los cristianos, ya que este sermón de la montaña no se dirige a los Apóstoles solos, sino a todos los discípulos de Cristo, aunque no es todavía ocasión de repetir con San Crisóstomo, que «Si todos los cristianos obedeciesen a este precepto del Señor, tan gran luz avanzaría sobre el universo, que el mundo pagano no existiría más.»

### **III.-LA LEY ANTIGUA Y LA LEY NUEVA**

En la primera parte de su sermón expuso Jesús el ideal cristiano y lo trazó a grandes rasgos dejando aún muchos detalles en la penumbra, pero proyectando en un torrente de luz las virtudes características del Evangelio: la humildad, la dulzura, la pureza, la resignación, la alegría, y en fin, el mismo dolor. Sus oyentes estaban parcialmente preparados por los profetas y salmistas para comprender esta revelación, y en conjunto, sin embargo, les había parecido enteramente nueva: era, pues, natural preguntar ahora ya, lo que sería, en esta nueva economía, de aquello que los judíos de siempre habían considerado como la última palabra de toda religión: la Ley.

Y, sin embargo, desde el comienzo de la predicación del Señor no se les escapaba a

sus oyentes, que adoptaba frente por frente de la enseñanza oficial, una libertad que para ellos era desconocida y del todo desconcertante. Era evidente que no tenía por obligatorias todas las prescripciones de los escribas: pero su independencia, ¿se detendría allí sólo? ¿No alcanzaría a la misma Ley? No había para todo judío creyente cuestión más decisiva; Jesús iba a resolverla en esta exposición de su programa con tanta mayor razón cuanto sus discípulos, ya reunidos, debían predicar por todo el orbe su doctrina. Se imponía, pues, decidirla allí completamente.

No creáis que he venido a abolir la Ley o los profetas; no he venido a abolirlos, sino a darles cumplimiento. Porque en verdad os digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará de la Ley ni un punto, ni una tilde, sin que todo se cumpla. Por lo cual, quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños y los enseñare, así a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos. Mas quien los hiciere y enseñare, ésta será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt., V, 17-20).

Tan solemnes afirmaciones, naturalmente debían tranquilizar del todo a los discípulos: su fe judía quedaba no sólo respetada, sino consagrada. No obstante, pudieron comprender también que el Maestro sobrepasaba, en lo tocante a la Ley, las enseñanzas que estaban habituados a escuchar: «cumplir» en la terminología judía no significaba únicamente poner en práctica, sino perfeccionar, consumir.

Al leer estas declaraciones de Jesús se nos vienen a la memoria otros rasgos de su conducta y de sus discursos: las libertades que Él reivindica en la cuestión del sábado, que se ha hecho para el hombre y no el hombre para el sábado; el principio que atañe a las prescripciones elementales sobre los manjares puros o impuros: «no mancha al hombre lo que entra en la boca, sino lo que de ella sale». Recordamos sobre todo manifestaciones de tan profundo alcance como aquellas sobre los vestidos viejos en los que no cabe un retazo nuevo; sobre los odres viejos que hace reventar el vino nuevo, y mucho más aún se recuerda esta afirmación tan categórica de la superioridad del Evangelio: «En verdad os digo, que entre los nacidos de mujer no se levantó otro mayor que Juan el Bautista, pero el menor en el reino de los cielos es mayor que él»; y prosigue: «Todos los profetas y la Ley, hasta Juan, profetizaron» (Mt., 11-13).

Así, pues, ¿no está ya claro que la Ley y los profetas es una época pasada, a la que el Bautista ha puesto fin? El período nuevo es el del reino de los cielos. ¿Cómo conciliar estas palabras con aquella otra solemne consagración definitiva de la Ley: «Hasta que pasen los cielos y la tierra, no pasará ni un punto ni una tilde de la Ley sin que sea cumplida»?

Para concordar esta oposición, ciertos exegetas creen poder distinguir en el Antiguo Testamento las leyes morales y las rituales: Cristo consagraría las primeras, pero no las últimas, que debió abolirlas: nada hay, ni en el texto ni en el Evangelio, que autorice una

distinción parecida. Jesús tomó parte en los sacrificios y oraciones litúrgicas del templo y de las sinagogas: le hemos sorprendido imponiendo al leproso curado el cumplimiento de las purificaciones legales (Mc., I, 44). E inversamente, hemos de ver en la continuación de este discurso un cuidado especial por renovar y perfeccionar los mismos preceptos morales.

Bastantes historiadores o teólogos piensan que Jesús, con profesar un respeto sin límites a la Ley, se dejó inconscientemente llevar a una oposición cuyas consecuencias superaron todas sus previsiones. Así lo escribe Weinel: «Jesús nunca tuvo conciencia de que su predicación tendía a la destrucción de la Ley, mas sus contrarios viéronlo mejor que El». Y Klausner, pág. 370: «La actitud de Jesús era más bien instintiva que consciente: por sus parábolas y algunas acciones de sus discípulos que dejó pasar sin reprenderlos... por oposición: Aquel no decir nunca, «se os ha dicho», sino «yo os digo», pero sobre todo, sus ataques sin miramiento contra los fariseos; desprecia el valor de las ceremonias hasta presentarlas como secundarias, y aun las leyes morales hasta casi suprimirlas. Pero convenía no traspasar el límite, y por eso Jesús jamás llevó su enseñanza hasta su conclusión final. El mismo observó las leyes ceremoniales... incluso la postrer noche de su vida...». Estas soluciones críticas o psicológicas recházanlas todos los católicos, y es su deber, aunque para refutarlas no es menester acogerse a razones de autoridad, pues basta el estudio histórico del Evangelio.

El objeto de la Ley con relación al Evangelio debía ser oficio de preparación: era el pedagogo que debía formar al pueblo aún niño, y disponerle para el reino de Dios. En la prolongada educación de este pueblo rudo de alma y de cerviz dura era menester, por lo menos, sujetarle a ciertas prácticas virtuosas, que poco a poco fuesen criando costumbres que del exterior pasasen al interior, acabando por transformarle. Esta acción sería lo imperfecta que se quiera, pero un día se promulgaría una nueva ley; ley de gracia, que no sólo iba a intimar el mandato, mas daría también el deseo y la fuerza de observarle. Podría formular incluso las exigencias más íntimas, ya que a un tiempo mismo traería el modo de satisfacerlas.

Tal es el nuevo orden de cosas que Cristo iba a implantar: el sermón del monte era la promulgación de esta ley nueva, que aún no debía ponerse en vigor. Sólo después de su muerte nos merecería Jesús esas gracias que la ley cristiana exige, y la Cruz alcanzaría esta victoria clavando definitivamente en el madero como un trofeo las prescripciones de la vieja ley (cf. Col., II, 14). Por lo demás, era casi deber cubrir con su autoridad esta ley que aún no estaba abolida, y esta observancia de las prescripciones mosaicas se imponía como protección del Evangelio naciente: más tarde podrán decir los cristianos gozosamente con San Pablo (I Cor., XIII, III: «Cuando me hice hombre arrojé de mí las costumbres de mi niñez.» Era, pues, preciso que los judíos llegasen a la edad viril. Y aquí está la distintiva del método de Cristo de todos los demás pretendidos reformadores. Los del siglo XVI, o los modernistas de hoy día, sueñan siempre en corregir los abusos que ven o que se imaginan. Jesús, deseoso sobre todo del bien de las almas, viene a traerles una vida nueva, y para cubrir esta semilla tierna aún, déjala la protección de los viejos usos. «Los ignorantes y los extraños -anota en este lugar un protestante-pueden hallar placer en destruir sin inquietarse

de lo que luego vendrá: pero otro es el método de una reforma fecunda, la cual, guardándose bien de cambiar de un golpe todo lo existente, lanza su fundamento y le deja desarrollarse en silencio, hasta que las formas viejas se cuartejan por la presión interna de los órganos más apropiados a las necesidades nuevas...». Hemos apuntado ya esta conducta del Señor respecto del Bautista, y es más evidente en la guarda de la Ley; y sus Apóstoles no harán también más que imitar esta prudencia respetuosa con los intereses de las almas y con las indicaciones de la Providencia. Cuando se considera este proceder y norma de conducta no tienen difícil interpretación los textos que nos detenían hasta hace un momento. El primer principio puesto por Cristo es también el que da la clave para todo lo demás: «No he venido a abrogar la Ley, sino a cumplirla.» «El fin de la Ley es Cristo» (Rom., X, 4). El Evangelio que Jesús promulga ahora en el monte no es la abolición del pasado, sino su coronamiento, y prosigue el Señor: «Hasta que pase el delo y la tierra, no pasará de la Ley un punto ni una tilde sin que todo se cumpla.» Palabras que fijan el sentido de las precedentes. La Ley no sucumbirá hasta que dé su fruto, ya que nada hay en ella estéril, y no tenga su cumplimiento: los detalles más mínimos, una iota y un rasgo, los ha querido Dios, y tienen por consiguiente una significación que perdura para siempre: idea implícita en las palabras que siguen: «por lo cual, quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños y los enseñare así a los hombres, será llamado el último en el reino de los cielos». Para ser digno del reino de los cielos es menester tener de la Ley esta inteligencia y este respeto, que no desecha nada, que lo abarca y cumple todo.

Tal respeto y prudencia parecerán aún más necesarios si se recuerda que la reacción contra la Ley amenazaba violenta: en el siglo n, Marción se autorizará con la doctrina del Apóstol para negar que el Viejo Testamento pueda venir de Dios bueno, y semejante herejía penetrará tan profunda en los espíritus, que San Crisóstomo, comentando el sermón de la montaña, tendrá que recordar a sus oyentes que la Ley no procedía del diablo. Y hace creer que para los contemporáneos de Jesús el peligro de tales impiedades hubiera existido también, de haber sido la doctrina del Señor en este respecto menos terminante y precisa.

La frase última recuerda la primera: «No he venido a abolir la Ley, sino a cumplirla», decía Jesús en un principio; y luego: «Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.» Esta perfección de la ley evangélica era una revelación reservada al Hijo de Dios. Pero ¿en qué está esa plenitud y si se la compara con las revelaciones anteriores-esa novedad? Jesús nos lo va a hacer entender, tomando algunos preceptos de la ley mosaica para darles una perfección nueva.

Los desarrollos que se leen en San Mateo (V, 21-48) se hallan divididos en dos grupos, cada uno de los cuales contiene tres párrafos, y en todos ellos, Jesús recuerda primero la letra de la Ley, o su interpretación corriente: «Oísteis que se dijo», o sencillamente: «Se dijo.» La autoridad que aquí se afirma, frente por frente de la Ley a la que perfecciona, y de las conciencias a las que se impone, admira a todos los comentadores. San Crisóstomo la subraya de esta forma: «¿Veis qué autoridad tan soberana?, ¿no admiráis la autoridad propia de un legislador? ¿Quién ha hablado jamás así entre los profetas o justos del Antiguo Testamento, o entre los mismos patriarcas? Nadie. Por eso repetían: así habla

el Señor. El Hijo trae otro acento. Ellos transmitían las órdenes de su soberano; Jesús, las de su Padre. Y al decir: las de su Padre, digo las tuyas propias, porque lo que es mío es tuyo, se explica El, y lo que es tuyo es mío también. Ellos hablaban a hombres siervos de Dios como ellos mismos, pero Cristo se dirige a sus propios súbditos».

En los tres preceptos del primer grupo toca Jesús las cuestiones del homicidio, del adulterio y del divorcio, y examina directamente la ley mosaica para darla un alcance más amplio, y sobre todo, más íntimo: en los tres postreros mandatos no es tanto la misma Ley como la interpretación corriente de los escribas lo que Jesús se propone corregir, y las materias escogidas son también ahora de grande importancia, relativas todas ellas a las relaciones sociales, los deberes de la verdad, de la paciencia y del amor del prójimo. En los tres casos el objetivo es el mismo: Cristo exige a sus discípulos no sólo la mera corrección externa de los actos, sino la perfección íntima del alma. Todo se condensará en la última frase de este desarrollo: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial». La Ley prohibía el homicidio y el adulterio, y Jesús, el rencor y los malos deseos. Y así se continúa entre ambas leyes la diferencia señalada más abajo: la ley antigua, escrita para un pueblo niño, le impone ceremonias exteriores; la legislación nueva, promulgada para hombres, reclama de ellos virtudes íntimas. Y lo que es más, esta ley que se extiende a lo que el alma tiene de más delicado, lo abarca todo, y se apodera de todo con una exigencia tan universal cual no la conocía la vieja ley. Así aparece a propósito del homicidio la obligación necesaria de reconciliación con nuestros hermanos, reconciliación rápida, antes de presentarnos a ofrecer a Dios nuestros sacrificios: igual se diga en el adulterio. La prohibición de la ley mosaica llegaba sólo a proteger el honor y la paz del hogar, el Evangelio va más allá imponiendo a todos, casados o no, y en toda su universalidad, idéntico deber de pureza; más aún: la poligamia permitida por Moisés queda suprimida, lo mismo que el divorcio. El precepto sobre este último punto se completará más adelante con la respuesta de Jesús a aquella consulta (Mt., XIX, 3-12): «¿Es lícito repudiar a su mujer por cualquier causa?» Contestó: «¿No habéis leído que el que hizo al hombre desde el principio, les hizo varón y mujer, y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y madre y se juntará a su mujer y serán dos en una carne? Así que ya no son dos, sino una carne. Por tanto, lo que Dios juntó no lo separe el hombre. Dijéronle: ¿Por qué entonces mandó Moisés dar libelo de repudio y divorciarse? Y contestó: Moisés lo permitió por la dureza de vuestro corazón, mas al principio no fué así. Y dígoos que todo aquel que repudiase a su mujer, si no es por fornicación, y tomase otra, comete adulterio, y el que se case con la que repudió otro, comete adulterio.» Esta doctrina resultaba tan nueva para los Apóstoles que preguntaron al punto: «Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.» Y la respuesta fué: «No todos son capaces de esto, o entienden esto, sino aquellos a quienes se les concede... El que pueda ser capaz de esto, que lo sea.»

Esta declaración aquí mencionada, si bien de fecha posterior al sermón del monte, es, sin embargo, su complemento y un paralelo exacto de lo allí explicado, sin que falte el contraste entre la ley nueva y la antigua: al texto de Moisés que no dice más que una condescendencia provisoria tolerada a más no poder, opone Jesús su autoridad soberana: «Pero yo os digo...» A la vez asciende hasta la revelación primitiva, del mismo modo que San Pablo subirá el Evangelio hasta empalmado con Abrahán, viendo en ello el



cumplimiento de todas las promesas. El recuerdo de este texto de San Mateo era menester para disipar el equívoco que puede crear la cláusula «a no ser por la fornicación», frase exclusiva de San Mateo, y que no se halla en San Lucas (XVI, 18) ni tampoco en San Marcos (X, 10).

Y he aquí un problema al que se han dado multitud de soluciones; ninguna, en todo caso, puede ser aceptable si no se hace cargo de estos dos hechos atestiguados por el mismo San Mateo: Jesús no sólo revisa la interpretación de los doctores, sino que reforma la misma ley mosaica para volverla al plan primitivo de Dios: la indisolubilidad absoluta del matrimonio. Tan nueva es la reforma para sus discípulos, que ven en ella un motivo para renunciar al matrimonio y guardar continencia.

Los tres puntos registrados en el segundo grupo de preceptos no son de menor gravedad. El abuso del juramento (V, 33) era una de las plagas del judaísmo, y los paganos mismos estaban escandalizados. La legislación rabínica castigaba con azotes el perjurio, pero, por otro lado, los escribas habían imaginado alrededor de los preceptos legales toda una casuística tan complicada, que pervertían aquella misma ley que trataban de explicar (Lev., XIX, 12; Núm., XXX, 3; Deut., XXIII, 27-33). Habíase llegado para engañar a Dios y a los hombres a buscar escapatorias, a distinguir las mismas fórmulas de apariencia solemne que no obligaban, mientras otras las imponían como obligatorias. Hacia el final de su ministerio, Jesús ha de condenar de nuevo este abuso en sus anatemas contra los fariseos: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, guías ciegos que decís: todo el que jurare por el templo nada es, más el que jurare por el oro del templo, deudor es!...» Y otra vez: «todo el que jurare por el altar nada es, más cualquiera que jurare por la ofrenda que está sobre él, deudor es» (Mt., XIII, 15-22). Este pasaje deja entender clarísimamente los abusos apuntados por Cristo en su sermón: los judíos temían perjurar cuando invocaban el nombre de Yavé, y no sentían escrúpulo de hacerlo jurando por el cielo, por la tierra y por el templo. Para acabar con estos abusos, enseña Jesús que en todas sus formas diversas, el nombre de Dios a quien se invoca, debe ser respetado: y yendo aún más allá, prohíbe todo juramento: nos hemos de contentar con la respuesta de un «sí, sí; no, no». Santiago debía presentar esta doctrina en una forma ligeramente diversa (V, 12): «Ante todo, hermanos, no juréis ni por el cielo ni por la tierra, ni otros juramentos cualesquiera. Sea vuestra conversación: sí, sí; no, no.» Algunos herejes, los cuáqueros, por ejemplo, tomando esta prohibición a la letra, concluyeron que el juramento era siempre una falta, aunque se jurase con justicia. Pero esta interpretación la desmiente el ejemplo del mismo Jesús: cuando Caifás le conjura en nombre de Dios para que confiese si El es el Cristo, le responde sin dificultad (Mt., XXVI, 63), y San Pablo recurre también al juramento para dar más fuerza a ciertas afirmaciones (Rom., I, 9; II, Cor., I, 23; XI, 31; Gal., I, 20; I, Thess., II, 5).

Además, en el pasaje paralelo a éste donde el Señor condena el abuso del juramento, no prohíbe en absoluto su uso. Se debe concluir de todo ello que el ideal cristiano sería el que bastase aquella simple fórmula de respuesta: «sí, sí; no, no»; por lo demás, es preciso, como lo manda Santiago, que su sí sea siempre sí, y su no, siempre no. Todo lo que se diga

de más procede del Maligno.

La antítesis siguiente opone a la ley del Tali3n la no resistencia al mal que se nos hace, y es de lo m3s marcado en todo el serm3n, y una de aquellas cosas en las que con mayor facilidad se desliza el enga3o, sea porque tomado a la letra el precepto se ve all3 un desaf3o a la raz3n, sea por querer imponerlo literalmente, o hacer a Tolstoi int3rprete del Evangelio. Todo lo contrario, si se ahonda en este esp3ritu de desinter3s, de entrega y de servicio, en el que se encuentra verdaderamente el secreto de Jes3s.

La antigua legislaci3n jud3a impon3a la ley del Tali3n en caso de accidente (Exod., XXI, 23-25), de homicidio, de herida (Lev., XXIV, 17, 21) o de falso testimonio (Deut., XIV, 18-21), y el peligro capital de semejante legislaci3n estaba en dar pie al sentimiento de la venganza. Dios se hab3a por ello separado con frecuencia de su pueblo (Lev., XIX, 18; Prov., XX, 22; XXIV, 29), proclamando que El solo se reservaba la venganza (Deut., XXXII, 1, 7) de manera especial en este deber del perd3n. Tales textos indican de sobra que Dios preparaba poco a poco a su pueblo para el Evangelio; y que no obstante esta preparaci3n, quedaba muy apartado, pues aun en los m3s grandes hombres se siente animar el esp3ritu del Viejo Testamento. Recu3rdense, por ejemplo, estas recomendaciones supremas de David, pr3ximo a expirar, a su hijo Salom3n: «Tienes junto a ti Seme3, hijo de Gera Benyamita, de Bahur3n. El profiri3 contra m3 maldiciones violentas el d3a que yo iba a Mahanaim; pero porque sali3 a mi encuentro cuando yo iba a pasar el Jord3n, yo le jur3 por el Se3or diciendo: no te har3 morir por la espalda. T3 no le dejes impune, y sus cabellos blancos bajen con sangre al lugar de los muertos» (I Reg., II, 8-9). A Jerem3as se le considera como una figura de Cristo por raz3n de sus sufrimientos y su paciencia, y, sin embargo, profiere contra sus enemigos anatemas que aterran: «Esc3chame, Se3or, y oye las voces de mis enemigos. ¿Acaso tendr3 que devolver mal por bien, porque cavaron la fosa a mi Alma? Acu3rdate que estuve en tu presencia para pedirte bienes y apartases tu ira de ellos. Por esto, entrega a sus hijos al hambre y mueran a espada; sus mujeres pierdan a sus hijos y se queden viudas, sus maridos mueran por la peste, y sus j3venes sean traspasados por la espada en la lucha. Que se oiga el clamor de sus casas, cuando traigas sobre ellos repentinamente ladrones armados» (Jer., XVIII, 19-22. Cf. Ps., CIX, y supra, p3g. 152).

Prescindiendo de discusiones de detalle, se encuentran en el Antiguo Testamento dos series de textos bien diferentes: unos, los m3s antiguos, que constituyen el c3digo de la raza, legislaci3n inmisericorde, escrita para un pueblo rudo: es el tali3n. Los otros textos, m3s recientes y con miras sobre todo a la formaci3n religiosa de Israel, proh3ben la venganza y recomiendan el amor al pr3jimo; pero aun 3stos distan mucho del Evangelio: la noci3n del pr3jimo es restringid3sima, como vamos a verlo pronto, y aun las mismas reivindicaciones de la justicia, aunque no lleven un car3cter vengativo, presentan un acento implacable, como el que se oye en los anatemas de los Salmos y en los del mismo Jerem3as. En una palabra, no conviene olvidar que todos estos textos, antiguos o modernos, judaicos o religiosos, eran todos igualmente sagrados y todos expresi3n de la ley divina; por eso la vieja f3rmula jur3dica «ojo por ojo y diente por diente» aparec3a en el mismo plano que los preceptos nuevos del Eclesi3stico o de los Proverbios, ni es sorprendente que Cristo los

recuerde aquí para oponerles las leyes nuevas del Evangelio.

Estas leyes nuevas están enunciadas en una forma que a primera vista parece paradójica: no resistir al mal, ofrecer la otra mejilla, dejar el manto a quien nos toma la capa, dar doble al que pide prestado, ser generoso con quien pide. Todo esto, ¿es, acaso, posible?, ¿es conveniente?

Para comprenderlo bien, conviene señalar que de todas estas prescripciones se desprende una actitud general, o mejor, una disposición de espíritu. Es lo que Jesús exige sobre todo a sus discípulos, y es de lo que principalmente nos ha dado ejemplo: «Yo soy manso y humilde de corazón.» Si el Antiguo Testamento recomienda en alguna parte esta mansedumbre, es en aquel retrato profético que traza del Mesías: «Se ofreció porque quiso, y no abrió su boca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero que no bala delante de quien le trasquila no desplegará sus labios» (Is., LIII, 7).

Este es, en efecto, el ideal de esta no resistencia al mal, y así en efecto apareció el Señor durante toda su Pasión. Y, sin embargo, cuando el criado del gran sacerdote le da una bofetada, Jesús no le ofrece la otra mejilla, sino que le reprende dulcemente: «Si he hablado mal, muéstrame en qué, pero si hablé bien, ¿por qué me hieres?» (Jn., XVIII, 23). Años adelante, llevan a San Pablo ante el gran sacerdote Ananías, y éste ordena a uno de sus guardas dar una bofetada al Apóstol: Pablo contestó únicamente: «Dios te herirá a ti, pared blanca: ¿y tú, que te sientas para juzgarme según ley, me mandas herir contra toda ley?» (Act., XXIII, 3). ¿Y quién acusará a San Pablo de no haber entendido el Evangelio o de haber sido infiel a su enseñanza? Hay casos en los que el cristiano debe defenderse, o, mejor, defender en sí los intereses que representa. El proceder de San Pablo en Filipos coloca a plena luz esta doble obligación: Pablo y Silas habían sido azotados, puestos en la cárcel, sujetados sus pies con grillos; pero ni se quejan ni se defienden: durante la noche, un himno de alabanza a Dios sale de sus labios: un terremoto hace temblar la prisión, se abren las puertas, caen las ataduras y huyen todos los demás reclusos; sólo Pablo y Silas quedan en su sitio: el carcelero, pasmado de aquella actitud, se convierte y recibe con todos los de su casa el bautismo: hasta aquí la no resistencia al mal, tan espléndida, que admira y convierte a los mismos paganos. Pero hay deberes que han de cumplirse porque los reclama el honor del Evangelio. Los magistrados hacen anunciar a los prisioneros que están libres: Pablo contesta a los lectores que le traen la noticia: «Después de azotarnos con varas sin juicio alguno, a nosotros, ciudadanos de Roma, nos han puesto en la cárcel, ¿y ahora nos sueltan a escondidas? No será así: que vengan y que ellos nos pongan en libertad.» Y los magistrados, llenos de temor, reparan debidamente las exigencias de Pablo (Act., 37-39). Aún se acerca más a este texto otro mandamiento de Cristo: «Si tu hermano pecó contra ti, vete y corrígele entre ti y él solo, y si te oyere, habrás ganado un hermano, si no te escuchare, toma una o dos personas para que por su dicho conste toda palabra; si no los oyere, dilo a la Iglesia, y si no oyere a la Iglesia, tenlo como un gentil y un publicano» (Mt., XVIII, 15-17). Aquí ya no impone Cristo a sus discípulos la no resistencia al mal, el ofrecer la otra mejilla al que los hiere en una, y no obstante, lo mismo éste que el otro precepto rebosan de su espíritu; si hay que reprender al hermano, que sea por amor suyo, esto es, por

salvarle.

En un mundo lleno de malicia y de pasión, si el no resistir al mal se impusiera en todas las circunstancias a todas las almas de buena voluntad, constituiría para otros una incitación a obrar inicuaente, y el interés de la sociedad, como el de los mismos malhechores, exige con frecuencia que se hagan valer los derechos y que se resista a sus violencias. Pero, al menos, cuando haya de obrarse así, no se perseguirá con ello la defensa o la venganza de sus intereses personales, sino que tendrá delante de su vista los intereses superiores que representa o el provecho del prójimo. Además, los pasos dados en su defensa no irán con el apremio y con el encarnizamiento de un hombre que se venga, mas con aquella caridad cristiana que el Apóstol describe: «La caridad no busca su interés...; lo excusa todo, lo cree todo, lo espera todo y lo sobrelleva también todo» (I Cor., XIII, 5-7).

Las aplicaciones que el Señor indica se comprenden de sobra y San Lucas (VI, 29) las reproduce ligeramente cambiadas: «A quien te hiere en la mejilla, preséntale la otra, y al que te pide el manto, no le niegues la túnica; da a quien te pida, y a quien tomare lo que es tuyo, no se lo vuelvas a pedir.» La túnica es vestida de encima, y habrá que dárselo a quien nos cogió el manto. En San Mateo la gradación es inversa, el texto supone un proceso en el que la túnica hace de objeto disputable, prenda menos preciosa y menos útil; déjese, pues, el manto mismo, que es el abrigo del pobre, y que hasta la Ley protege (Exod., XXII, 26-27).

Sobre este particular hay que juntar a la doctrina de Cristo las enseñanzas de San Pablo (I Cor., VI, 1-7): «¿Se atreve alguno de vosotros a ventilar delante de hombres inicuos, y no de santos, algún pleito que trae contra otro? A buen seguro que es ya una falta el que andéis pleiteando entre vosotros. ¿Por qué no sufrís la injusticia? ; ¿por qué no os dejáis despojar? Pero vosotros mismos sois los que cometéis la injusticia y despojáis a los demás, pues son hermanos vuestros.»

Estos postreros renglones, que recuerdan a los cristianos el Evangelio, dan toda su fuerza a las expresiones precedentes: ¡despojar a los demás, cuando debíamos estar dispuestos a dejarnos despojar a nosotros mismos! El desinterés predicado por Jesús es, efectivamente, la más segura salvaguardia de la justicia. No para aquí, sin embargo, su eficacia: este espíritu de abnegación, de servicialidad y de olvido de sus propios intereses, ha vivido siempre en la Iglesia hasta llegar a ser una de las notas más salientes del cristianismo, y estas máximas, cuya letra parece una paradoja, y que guardan un sentido humanísimo, han sido más de una vez literal y heroicamente aplicadas: muy conocido es, por ejemplo, aquel rasgo de San Juan Cancio, quien despojado por los ladrones, notando en seguida que le quedaban algunas monedas, les llamó para dárselas, y los ladrones, conmovidos, se convirtieron a Dios. Semejantes acciones tal vez parezcan un desafío al sentido común, pero es cierto que, cuando las anima una caridad heroica, son los frutos más bellos del Evangelio, y gracias a estos altísimos ejemplos de los preceptos del Señor, practicados literalmente y «sin glosa», se ha conservado el espíritu viviente en todos los

cristianos, aun en aquellos también que no tienen ni la fuerza ni la vocación de subir más alto.

San Lucas añade aquella «regla de oro» que San Mateo recuerda al fin del discurso: «Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo vosotros también con ellos. Porque esta es la Ley y los profetas» (Mt., VII, 12: cf. Lc., VI, 31). Esta regla es fundamental en la moral del Evangelio. Sin duda que no era del todo nueva, pues el viejo Tobías decía a su hijo: «Lo que tú no quieras que te hicieren, ten cuidado de no hacerlo jamás a otro» (Tob., IV, 16). Se cita una sentencia parecida atribuida a Hillel: a un prosélito que le pedía le condensase en una frase toda la Ley, díjole Hillel: «Lo que tú aborreces no se lo hagas a nadie; esto es toda la Ley, lo demás es comentario». De la prohibición al precepto existe un abismo, ya que una cosa es ahorrar a otro el mal que uno teme para sí, y otra hacerle todo el bien que uno se desea. Además, el sermón del monte no es la última palabra de la doctrina de Cristo: el postrer día de su vida iba a decir a sus Apóstoles: «Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros como yo os he amado; no hay amor mayor que el dar la vida por sus amigos» (Jn., XV, 12-13). Este era el ideal nuevo, infinitamente más alto que el primero, y del mismo modo que el amor con que Cristo nos ama supera el amor con que nosotros mismos nos amamos, así pudo Jesús decirnos: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os amé» (XIII, 34).

El precepto del amor a los enemigos indica hasta dónde debe alargarse la cristiana caridad, que no conoce límites; sólo el amor del Padre celestial, cuya perfección es el modelo e ideal adonde debemos tender. La ley antigua ordenaba al israelita: «Amarás al prójimo como a ti mismo» (Lev., XIX, 17, 18). Pero seguía la cuestión: ¿quién es mi prójimo?, como lo hará luego el doctor de la Ley a quien Jesús va a recordar este precepto, contestándole con la parábola del buen Samaritano (Luc., X, 29); el texto del Levítico sugería una respuesta más estrecha aún: «No aborrecerás a tu hermano..., no te vengarás de los hijos de tu pueblo»; el extranjero parece, pues, excluido de este amor y de este perdón. A la entrada misma de la tierra prometida había Dios impuesto el aislamiento de todo extranjero, y aun su misma destrucción (Deut., XXIII, 3-6; XXV, 17-19). Más tarde, los esfuerzos realizados por los judíos para evitar el contagio del paganismo, ya durante el destierro, ya durante la dominación hebraica, ya también durante la dispersión, habían hecho más oscuro y tenebroso este aislamiento, y para los mismos paganos, habituados con todo a ver en cualquier extranjero un enemigo, el judío les resultaba el tipo de un hombre que huye todo contacto con el extraño, y a quien rehúsa el menor servicio, aun el de indicar la dirección en el camino. Los fariseos habían llevado más lejos todavía estas tendencias: formaban entre ellos como una Iglesia en pequeño, pagada de su ciencia y de su luz y de la ticsura de sus observancias, mirando a los otros judíos como «malditos».

Jesús derriba estas barreras y cambia el antiguo precepto «ama a tu prójimo como a ti mismo», dándole una extensión universal: todos los hombres son hijos de Dios, objeto de su misericordia y de su amor; todos son, pues, prójimos nuestros. Aun así habrá enemigos; pero será su número reducido y no entrará en esta cifra todo extranjero: vendrán «los que nos persiguen», y aun a éstos habrá que amar y pedir también por ellos.

El ejemplo que Jesús nos propone es el de Dios mismo, cuya providencia paternal hace bien aun a sus mayores enemigos, y animándonos con una emulación nueva y sublime, nos hace avergonzar de estar al mismo nivel de los publicanos y de los infieles y nos propone como fin de nuestras aspiraciones la perfección de Dios: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt., V, 48).

Y este mandamiento sublime se propone sencillamente, sin que nada indique el esfuerzo y el terror de esta meta infinitamente apartada de nosotros. Sabe Jesús que El puede ayudarnos en esta empresa sobrehumana. Y, en efecto, nos socorre; y la práctica de este precepto, imperfecta a no dudarlo, pero sincera y animosa, ha penetrado tan hondo en las costumbres cristianas, que ha venido a ser su característica y distintiva. Si se le dice a uno: «eso que hacéis no es de cristiano», no significa más sino que falta a esta ley de misericordia y no sabe amar a sus enemigos. Así, el precepto y el ejemplo de Cristo, el heroísmo de los santos y la virtud de los cristianos fieles, han levantado al género humano a esta altura que parecía inaccesible, y que ni todos alcanzan, ni en ella se sostienen; pero saben todos que el deber llega hasta aquí y que no se pueden quedar más acá sin dejar de ser cristianos de verdad.

Si queremos ahora medir el camino recorrido, recordemos lo que los paganos, aun los mejores, pensaban de los enemigos: Para Platón, la justicia consistía en hacer bien a los amigos y mal a los enemigos (Rep., I, 332 d): la dicha está en poder decirse en el lecho de muerte que nadie ha hecho tanto bien a sus amigos y tanto mal a sus enemigos; esto es lo que Xenofonte celebra en *Ciro el Joven*, ni es más lo que se ensalza en *Sila*. Un hombre honrado y bueno como Cicerón, dos años ya distante de la muerte de su enemigo Clodio, fecha una epístola «el día 560 después de la batalla de Bovilla», y escribía a Casio, asesinado ya César: «Debías haberme invitado a comer en los Idus de marzo: no lo hubiera rehusado» (Ad fam., XII, 4, 1). Sófocles también es uno de los representantes más nobles de la humanidad pagana, y en una de sus obras se ve a Agamenón responder admirado cuando Ulises, después de muerto Ajax, le suplica que no niegue a aquel cadáver la sepultura: «¿Qué quieres hacer? ¿Vas a tener compasión del cadáver de un enemigo?» (Ajax, 1.356). En la antigüedad se celebró la clemencia del César, y esta opinión estaba tan arraigada que, al solemnizar su triunfo sobre la Galia, se esperaba que perdonase a Vercingetorix, y todo parecía empujarle a ello: el valor del enemigo derrotado y el espacio largo de tiempo transcurrido eran seis años desde la victoria de César, seis años de triunfo y de glorias, y le hizo sin embargo ejecutar: «Quería abandonarse al gozo de su triunfo y beber hasta la última gota la copa embriagadora; no podía entender un placer perfecto sin el encanto de la venganza... No concebía otro triunfo que los que nosotros admiramos representados en los bajo-relieves egipcios, donde el vencedor pone su pie sobre la nuca de sus cautivos, o en la forma que leemos en la vida del discípulo de Aristóteles que hizo caminar atado delante de su carro a uno de sus más heroicos enemigos».

Estos rasgos, cuya lista podía continuarse indefinidamente, vienen a resumirse en

esta frase de San Pablo caracterizando al paganismo de su tiempo: «sin corazón, sin piedad» (Rom., I, 31). Y pudo escribir a los Romanos lo que decía a los Corintios (I Cor., VI, 11): «Y fuisteis todo esto, pero habéis sido lavados, santificados y justificados en nombre del Señor nuestro Jesucristo y en el Espíritu del Dios nuestro».

#### **IV.-LA RELIGIÓN INTERIOR**

El capítulo VI de San Mateo se distingue netamente del capítulo V, tanto, que muchos críticos creen que no pertenece al sermón del monte más que por un lazo artificial creado por el evangelista. Y no obstante, si se considera al menos la primera parte del capítulo (1-12), se advierte el mismo cuidado por conducir a los discípulos de Cristo a una justicia completamente interior.

Jesús acaba de comparar el Evangelio con la antigua ley en algunos de los grandes preceptos de la moral; ahora va a estudiar las obras principales de la religión: la limosna, la oración y el ayuno, e invita a sus discípulos a no tener delante de su vista a nadie más que a su Padre celestial, de quien sólo deben esperar su recompensa.

Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres para que ellos Os' vean; de otra manera, no tendréis galardón de vuestro Padre que está en los cielos (Mt., VI, 1).

El principio asentado aquí por Nuestro Señor debe dominar toda nuestra vida religiosa, y El mismo va a hacer su aplicación a los tres deberes judíos considerados como los centrales entre sus prácticas religiosas : la limosna, la plegaria y el ayuno. Pero es menester, antes de entrar en más detalles, considerar el principio mismo. Se comprenderá mejor si nos fijamos en el ejemplo del Señor: su vida religiosa modelo de la nuestra, está integrada por su unión íntima con su Padre: «Yo no estoy solo, porque mi Padre está conmigo»; «yo hago siempre lo que le agrada»: «mi manjar es hacer la voluntad del que me envió, y cumplir su obra.» Sin duda, que esta unión adquiere en Cristo una intimidad que jamás se logrará en nosotros: la naturaleza humana de Jesús, unida al Verbo en unidad de persona, está toda ella dominada por la complacencia divina; además, ella va como arrastrada irresistiblemente hacia Dios por la visión beatífica que goza desde el primer instante. Estas son evidentemente las únicas condiciones imposibles de pretender nosotros, que quien dijo: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial», rogó también hablando con su Padre: «que ellos sean uno como nosotros somos uno, yo en ti y tú en mí, para que sean consumados en la unidad».

Para tender a este ideal, el primer paso es hacer de Dios el centro de toda nuestra vida religiosa: nada nos hará distanciarnos tanto de Dios como el deseo de ser vistos por los hombres: «Si yo pretendiera complacer a los hombres-exclamará después San Pablo-no sería discípulo y servidor de Cristo» (Gal., I, 10). La vida del cristiano está escondida en Dios con Jesucristo, y en esta intimidad y secreto es adonde Jesús nos introduce.

No quiere esto, sin embargo, decir que debemos despreocuparnos de todo cuidado de edificar al prójimo: el mismo San Pablo exhorta a los fieles de Corinto a seguir su ejemplo y a complacer a todos en todas las cosas (I Cor., X, 33), pero añade: «no buscando nuestra utilidad, sino la de muchos, para que sean salvos». Por lo mismo, decía también Jesús un poco antes: «Que vuestra luz brille delante de los hombres, de suerte que vean vuestras buenas obras»; y prosigue inmediatamente: «y así glorifiquen a vuestro Padre celestial», sobre lo cual observa San Agustín: «Es evidente que el Señor no prohíbe en este sitio obrar el bien delante de los hombres, sino el ejecutarlo con la intención de que ellos lo adviertan» (II, 2, 1.270).

«De otro modo, no tendréis recompensa delante de vuestro Padre del cielo»; es la consecuencia inmediata de la actitud tomada; si no se trabaja por Dios, no hay que esperar nada de Dios. Ya volverá Jesús sobre esta idea a propósito de cada una de las aplicaciones que van a seguirse: «han recibido su recompensa», dirá de los fariseos y de sus imitadores. Sobre este punto hay algunos exegetas que se admiran o se escandalizan: sería mejor, dicen, no preocuparse de la recompensa divina, y practicar la justicia por ella misma, pero explican o excusan este recuerdo de la recompensa por la necesidad de levantar poco a poco las almas imperfectas. Conviene recalcarlo: tal puritanismo es extraño al Evangelio: Nuestro Señor jamás nos exhortó a trabajar sin la vista en el cielo, bien al contrario, quiso demostrarnos en las bienaventuranzas que la virtud era la felicidad; lo que sólo nos enseñó fué a colocar esta dicha en Dios; es la primera palabra del cristianismo, y quien la entienda, ¿podrá mirar como una imperfección el deseo de poseer a Dios?

Entre las obras de religión, es la primera la limosna en el orden de las consideraciones de Jesús: y tenía efectivamente en el judaísmo una importancia de primer orden (60). Por la oración y la limosna Cornelio el centurión atrajo sobre sí las gracias de Dios (Act., X, 1-4). En la literatura talmúdica, la limosna ocupa aún lugar más importante).

Nuestro Señor, en muchas ocasiones hará comprender a sus discípulos esta virtud, en particular en el sermón del juicio final, y al llegar a su descripción, no propondrá otro motivo de la sentencia definitiva que las obras de misericordia practicadas por los elegidos y olvidadas por los réprobos (Mt., XXV, 34-36). El dará también ejemplo, y a pesar de toda su pobreza, pues vive sólo de las larguezas de otros, manda dar limosna de los fondos escasos de la pequeña comunidad apostólica (Jn., XIII, 29). Pero, al mismo tiempo, reforma lo que sobre el particular hay de imperfecto en la ley judía: recomienda hacer el bien a todos, aun a los mismos enemigos; más aún, a los perversos, y es la lección del sermón del monte transmitida hasta nosotros en tono más pronunciado (V. 42): la doctrina del Antiguo Testamento era en este punto bastante más estrecha:

Si haces el bien, mira a quién lo haces y se te convertirán en gozo tus beneficios. Haz bien al justo y encontrarás muy grande recompensa, si no de él, ciertamente de Dios. No le irá bien al que es asiduo en hacer mal y en no dar limosnas, porque el Altísimo odia a los pecadores y se compadece de los que se arrepienten. Da al piadoso y no recibas al pecador,



pues a impíos y pecadores les devolverá su venganza. Favorece al humilde y no al malvado, y guárdate de darles tu pan, no sean en ello superiores a ti: porque encontrarás males dobles en todos los bienes que les hagas, y el Altísimo odia a los pecadores y se vengará de los impíos. Da al hombre virtuoso y no tomes a tu cuidado al pecador (Eccli., XII, 1-7).

Quien compare con esa severa doctrina las palabras de Jesús, medirá toda la distancia recorrida: «Sed hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y envía la lluvia sobre justos y pecadores.»

Del mismo modo, a los tentados de establecer con Dios merced a sus limosnas una especie de cuenta corriente, les recuerda que el mérito no se aprecia por la suma entregada, mas por el amor que atestiguan.

Y estando sentado frente al arca de las ofrendas, miraba cómo echaban las gentes el dinero en el cepillo; y muchos ricos echaban sumas fuertes. Y vino una pobre viuda y depositó dos piezas pequeñas, del valor de un cuadrante. Y llamando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo, que esta pobre viuda echó más que todos los otros que echaron en el arca. Porque todos han dado de aquello que les sobra; mas ésta de su pobreza echó cuanto tenía que era todo su sustento (Mc., XII, 41-43).

Y aquí otro defecto que Jesús ataca: la ostentación en la limosna. La descripción que hace de los hipócritas no ha de tomarse a la letra: ni se ha de ver efectivamente a los fariseos haciendo sonar la trompeta para publicar sus limosnas, sino sólo su ansia de darlas a conocer: Las reuniones de las sinagogas atraían muchos mendigos, como hoy las fiestas célebres en nuestras iglesias, y era una ocasión espléndida para la publicidad farisaica; otros la encontraban en las calles, dando allí limosna con ostentación. Todo lo condena Jesús como un mercado: has dado limosna, recibiste tu premio, no esperes más, que esto significa aquel término, pago del que se ha entregado recibo.

El cristiano, por el contrario, debe hacer sus limosnas con tanta discreción que la mano derecha ha de ignorar lo que hace la izquierda. Aquí la locución es también figurada, pero el sentido es bastante claro: «Esconded vuestras limosnas aun a vuestros íntimos, escondedla en el seno del pobre», dice el sabio (Eccli., XXI, 15); que el pobre, si se puede, no os conozca tampoco. Sería preciso, a ser posible, el que a vosotros mismos os escondieseis el bien que hacéis; y ya que no, esconded por lo menos el mérito a vuestros ojos; creed que hacéis poco, que no hacéis nada y que sois, en fin, un siervo inútil. Este es el fruto que ha de sacarse de esta enseñanza, el pudor admirable de la caridad cristiana, tan solícita en socorrer la miseria y tan ingeniosa para hacerse ignorar.

La instrucción siguiente (V. 5 sg.) sobre la oración es aún de mayor alcance que la anterior, no sólo por la materia, más capital de suyo, sino porque la misma doctrina expuesta es más completa también: y ya desde un principio es el consejo de huir toda ostentación, y el amor del secreto, en este punto el precepto dado para la oración es exactamente paralelo al que va a exponer en el punto del ayuno. Luego es la sencillez y la confianza filial en la plegaria, recomendaciones precisadas, además, por la fórmula de la

oración que el Señor enseñó a sus discípulos. Estas postreras instrucciones tráelas San Lucas en otro contexto diferente, y es bastante probable que San Mateo las insertara en este sitio por completar la doctrina de Cristo sobre la oración. Nosotros tendremos, pues, la ventaja de estudiar por separado los elementos así reunidos.

Jesús pide a sus discípulos que se retiren para orar; y así lo vemos practicando desde los primeros días de la Iglesia a los Apóstoles y discípulos reunidos en la sala alta del Cenáculo (Act., I, 13): después, a San Pablo con los suyos en Troas (XX, 8), y a San Pedro, en la terraza de la casa en Joppe (X, 9). Durante el ministerio apostólico, no abundaban tales retiros; Jesús, no obstante, en este tiempo se aparta para orar a lo escondido de alguna colina. Este precepto, ya se entiende, no ha de tomarse al pie de la letra, ni menos como si Jesús prohibiera toda oración pública. El mismo, en más de una ocasión, oró públicamente delante de sus discípulos y de la turba (Mt., XI, 25; Jn., XI, 41; XII, 28; XVII). Lo que nos prohíbe es orar para ser vistos de los hombres.

Nos manda además que nuestra plegaria no sea una charla, lo que no significa que se haya de evitar toda repetición en ella. Lo contrario nos enseñó con su doctrina (Lc., XVIII, 1-8) y con su conducta en el huerto (Mt., XIV, 39); lo que hace falta es que estas repeticiones no sean supersticiones, como las de los paganos o aquellas de los sacerdotes de Baal en el Carmelo (I Reg., XVIII, 26-27).

Para apartarnos de esta locuacidad pagana, añade Jesús: «Sabe vuestro Padre celestial todo lo que necesitáis antes de que se lo supliquéis». Con esto quedan ya solucionadas una porción de dificultades. Si Dios lo sabe todo, y todo sucede según sus designios eternos, ¿a qué rogar?, y aun ¿a qué obrar? Orígenes refutó ya largamente el sofisma en su tratado de la oración (V), en el que demuestra cómo la presciencia de Dios no determina fatalmente nuestras acciones y cómo Dios ya desde toda la eternidad previó nuestras plegarias y el despacho que las dispensaría. Pero, aparte de este sofisma hijo de la pereza, hay otro argumento que muchos herejes han manejado y que los Padres tuvieron que refutar: Dios es nuestro Padre, nos ama y conoce nuestras necesidades; ¿a qué exponérselas en la oración? No ciertamente para hacérselas conocer, sino para representárselas humildemente. A esta razón añade San Agustín otra aún más profunda: debemos estar preparados para las gracias de Dios y la mejor preparación es ese deseo que desarrolla en nosotros la plegaria.

Añadamos que la oración es un elevarse del alma a Dios, como nos lo enseña el catecismo, y esta elevación ya de por sí es muy bienhechora: lo anotó Orígenes: «Aun suponiendo que no se sacara-dice- otra ventaja de la oración, el mismo recogerse es ya un beneficio grande, y la fuerza que se adquiere con este ejercicio frecuente, para apartarse del pecador y avanzar en la virtud, sábenlo bien por experiencia los asiduos a la plegaria» (De orat., VIII).

La oración no es solamente un ejercicio espiritual, y esto es claro, sino un coloquio con Dios, y una instancia que le dirigimos; y el solo hecho de presentar esta demanda y de hablar con Dios, es ya un honor y un beneficio.

La tercera aplicación que el Señor hace de su principio general de religión es relativa al ayuno: en este respecto, debe obrarse menos aún por ser visto de los hombres, sino sólo de Dios. Ciertos fariseos acostumbraban a ayunar dos veces por semana, el lunes y el jueves, y era una obra supererogatoria que aprovechaban para adornarse delante de Dios y de los hombres; y ya con este fin tenían buen cuidado de llevar ostensiblemente los vestidos de ayuno. Entre los judíos, era el ayuno ciertamente señal de duelo y aflicción, y con frecuencia se vestían un saco, cubríanse de ceniza y se abstenían de ungüentos y perfumes.

Estas manifestaciones eran legítimas, y Dios las aceptaba cuando querían significar un sentimiento sincero y verdaderamente religioso, pero muchas veces tendían a substituir a la religión y a convertirse en alarde. Se ve entonces a los profetas protestar en nombre de Dios, y es un ejemplo el capítulo LVII de Isaías:

Cada día me buscan y quieren conocer mis caminos: como gente que hubiese vivido en justicia y que no hubiera abandonado la ley de su Dios, me preguntan sobre los juicios de mi justicia. ¿Por qué ayunamos y no miraste? ¿Humillamos nuestras almas y te hiciste el desentendido? He aquí que en el día de vuestro ayuno se descubre vuestra voluntad, porque apremiáis a vuestros jornaleros. Ayunáis para andar con pleitos y contiendas, y herir sin piedad con vuestro puño. No ayunéis como hasta ahora, para que vuestro clamor se oiga en lo alto. El ayuno que yo impuse, ¿consiste a lo mejor en afligir el alma por un día?, ¿o en que se tuerza como un junco la cabeza, y la cama se cubra con saco y con ceniza? ¿Acaso voy a llamar a esto ayuno aceptable al Señor? ¿No es por ventura el ayuno que yo elegí éste: rompe las ataduras de impiedad, desata los hacillos que deprimen, despacha libres a los oprimidos y rompe todo yugo?

En estas estrofas, como en otras muchas de los últimos capítulos de Isaías, se deja oír ya el acento del Evangelio; sin embargo, nadie las podrá interpretar en el sentido tan ajeno a la verdad, de que a Dios le desagradase el ayuno : desde la primera página del Evangelio hallamos alabados los ayunos y oraciones de Ana la profetisa (Lc., II, 37); vese igualmente el ejemplo del Bautista, cuya abstinencia es perpetua, y su austeridad celebrada por el mismo libro santo, y Jesús dió en el desierto ejemplo del ayuno más riguroso: si por el momento no impuso a sus discípulos ninguno, ni de ninguna clase, les predice, sin embargo, que cuando El no esté con ellos deberán ayunar (Mt., IX, 15). El ayuno no lo condena Jesús, como tampoco ninguno de los profetas.

No se tomará además a la letra el consejo de ungir la cabeza y lavarse la cara el día de ayuno. Son expresiones figuradas, que sólo significan la alegría que debe aparecer; lo cual tiene doble ventaja: ocultar primero nuestro ayuno a los hombres, dejándole aparecer sólo a los ojos de nuestro Padre, por quien únicamente ayunamos y de quien sólo esperamos la recompensa, y además, dar así el carácter de sacrificio hecho con gozo a esta

práctica de penitencia: es lo que San Pablo exigirá, andando los años, a los fieles de Corinto a propósito de la limosna: «Cada uno dé según la resolución de su corazón, no de mal grado y molesto, porque Dios quiere un dador alegre» (II Cor., IX, 7). Es el fenómeno que aun hoy día se nota en los monasterios fervorosos: la misma austeridad se abre en forma de esta flor encantadora de la alegría; el mundo si se aproxima, aspira el perfume y la envidia, pero no puede imitarlo.

Antes de dejar esta cuestión del ayuno, será provechoso leer lo que uno de los más antiguos escritores cristianos, Hegesipo, cuenta de Santiago el hermano del Señor.

A través de esta descripción se trasluce la vida austera y de oración de este obispo de Jerusalén. No se le ocurrirá a nadie adivinar aquí un conflicto entre esta conducta y los preceptos de Cristo que acabamos de leer: en todo este proceder no hay rastro de farisaica ostentación, sino una austeridad sincera y profunda que debía darle sobre los judíos un ascendiente grande y poderoso. Jesús había dicho, al fin de sus días, a los judíos: «Yo os envío profetas y sabios y doctores, y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra...» (Mt., XXIII, 34-35). En primera fila entre estos sabios, escribas y profetas, brilla este gran hombre, a quien admiraron los judíos, y a quien, sin embargo, condenaron a muerte. Con ocasión de estos tres preceptos de religión: la limosna, la oración y el ayuno. Jesús da a sus discípulos otras enseñanzas que hemos comentado detalladamente, pero que ahora conviene considerarlas en conjunto; todas ellas obedecen efectivamente al mismo principio y desarrollan en el alma la misma tendencia.

Ante todo, nos imponen la pureza de intención y la sinceridad: dar limosna, orar y ayunar por ser visto de los hombres, es religión de hipocresía, ya que tiende a substituir la apariencia exterior por su realidad íntima; es religión estéril, pues que nada hace por Dios, y nada tiene que pretender de Él; va sólo dirigida a ser vista de los hombres, y cuando logra su efecto, ya está pagada. Cuanto más cristiano sea uno, aborrecerá más esta falsa apariencia.

Pero esta nueva orientación impresa en la vida religiosa, la cambia completamente y la renueva: cuando el alma concentra sus esfuerzos en las prácticas exteriores, hace depender también de eso todo su valor moral: sus obras alcanzan entonces un valor absoluto: no hace más que desplegarlas ante sus ojos, como lo hace también ante los de los hombres, para persuadirse de lo que ellas valen: tantos ayunos, tantas limosnas, tantas oraciones, era la cuenta que se echaba en el templo el fariseo del Evangelio, estableciendo el balance de su religión como el de su fortuna. El discípulo de Jesús comprende que la realidad de la vida religiosa es más profunda que puedan serlo estas apariencias: las obras son su manifestación, ¿engañosas o verdaderas?; ni el prójimo es juez, ni el cristiano que las ejecuta, sino Dios solo, y por esto podrá decir resueltamente San Pablo: «A mí no me importa que me juzguéis vosotros, o cualquier tribunal humano»; añadiendo en seguida:

«Ni yo mismo me juzgo. No tengo conciencia de falta, pero no por esto estoy ya justificado, porque quien me juzga es el Señor..., el cual, cuando venga, iluminará las más escondidas tinieblas y hará patentes los secretos de los corazones, y entonces la alabanza se la dará Dios a cada uno según sus obras» (I Cor., IV, 3-5).

La religión tomada así, hace al alma sincera y humilde, al mismo tiempo que la impone un progreso indefinido hacia un ideal cada vez más perfecto: si el deber no consistiera más que en prácticas exteriores, sería fácil señalar un catálogo de ellas, y cumplido, quedar ya tranquilo. Pero si lo que Dios requiere es la perfección del corazón, ¿cuándo nos podremos detener legítimamente? De aquí todas esas nuevas exigencias promulgadas por Cristo: no es sólo el adulterio lo que se prohíbe, sino hasta el mal deseo; ni sólo el homicidio, más la cólera, las injurias y el rencor. ¿Se podrá presentar una lista completa de estas leyes nuevas, como se hacía para la ley antigua? Es aquella ilusión ingenua de San Pedro, que preguntará más adelante a Cristo: «¿Cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y he de perdonarle? ¿Hasta si e te veces?» Y Jesús: «No te diré que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt., XVIII, 21-22). Era darle a entender que no se trataba ya de tales límites y cálculos. Y así, no satisfecho con decir a sus Apóstoles: «Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos», insiste aún: «Sed, pues, perfectos como lo es vuestro Padre celestial.» Ciertos filósofos griegos habían propuesto al hombre este ideal: imitar a Dios; pero a este Dios a quien proponían como modelo no le conocían, y si se empeñaban en describir sus rasgos, hacíanlo según sus sueños, o lo que era más corriente, según sus propias debilidades: «Ningún hombre ha visto jamás a Dios, pero el Hijo único que está en el seno del Padre nos le ha dado a conocer» (Jn., I, 18). De aquí le viene a la ley cristiana su exigencia infinita, a la vez que su seguridad: el Padre celestial, término ideal de nuestros esfuerzos, es también la fuente inagotable de nuestra energía; como el Salmista, y mejor aún que él, el cristiano ha sido «escondido» por Dios «en lo recóndito de su faz», y en esta intimidad vive y suplica.

## **V.-LA PREOCUPACIÓN ÚNICA DEL CRISTIANO**

El ideal religioso, trazado en los pocos versículos que acabamos de comentar, se descubre en una serie de preceptos y recomendaciones que se leen en San Mateo por casi todo el capítulo IV (19 sg.).

Estos preceptos tienen una unidad menos estrecha que la de la sección precedente: la idea capital, sin embargo, se desprende con bastante facilidad, y está apuntada sobre todo en el verso 33: «Buscad primero el reino y su justicia» ; ésta debe ser la inquietud grande del cristiano, y por ella es menester que se desentienda de los restantes cuidados: la preocupación del pan de cada día es señal de poca fe, y debía ser cosa sólo de paganos; la de las riquezas es indigna del hombre de Dios, y el cristiano, hijo del Padre celestial, no debe tener ante los ojos más que el reino de Dios: lo demás, ya se lo dará su Padre por encima de lo convenido.

Los primeros versículos (19-21) manifiestan claramente la tendencia de toda esta exhortación: Jesús no condena las riquezas como malas en sí, sino el cuidado y la preocupación de amontonar y atesorar; y la razón que da, designa a la vez el fin que persigue: «donde está tu tesoro, está también tu corazón». La práctica aquí condenada implica una civilización rudimentaria aún, tal como existía al tiempo de Cristo: la riqueza no consistía en valores depositados en Bancos, sino en objetos de precio, muebles valiosos y telas, que el propietario acaparaba en casa, y éste era el tesoro, tesoro perecedero que roen la polilla y el moho. La casa misma, expuesta a asaltos con sus muros de ladrillos cocidos al sol, se presta fácilmente a las perforaciones del ladrón. Todos estos detalles, tan reales para los oyentes de Jesús, resultan para nosotros un lenguaje figurado, en el que, no obstante, la enseñanza pretendida queda siempre urgente: dónde está tu tesoro, allí también estará tu corazón.

San Lucas ha unido estas palabras a una exhortación tenida al grupo de discípulos (XII, 32-36).

No temas, pequeña grey, porque plugo a vuestro Padre daros el reino. Vended lo que poseéis, y dad limosna. Hacedos bolsas que no envejecen, tesoro en los cielos, que jamás falta, adonde el ladrón no llega, ni roe la polilla, porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.

Está clara la diferencia de las dos enseñanzas: Jesús, por San Mateo, recomienda a sus discípulos el no atesorar, y en San Lucas, el vender los bienes. Otra vez ha dado pie el pasaje para hablar del ebionismo de San Lucas, y ya hemos descartado más arriba semejantes acusaciones, que aquí no están mejor fundadas: La instrucción es distinta según los oyentes a quienes se dirige: A todos los cristianos recomienda Jesús el que no hagan de la riqueza su tesoro, para no esclavizar a él su corazón, y a todos consiguientemente prohíbe el amontonamiento del oro; pero a sus discípulos que le siguen de cerca mándales dejar todas las cosas, como nos lo ha probado ya la historia de la vocación de los Apóstoles, y el Evangelio nos va a dar en seguida otras pruebas; pero, lo repetimos otra vez, si la práctica no obliga por igual a todos, el fin que se pretende es siempre el mismo más o menos perfectamente conseguido, y éste es la libertad del corazón. Se puede comparar esta doctrina con la expuesta por San Pablo a propósito del matrimonio (I Cor., VII, 32 sg.). El Apóstol tiene el mismo cuidado que Cristo; no quiere imponer a sus discípulos la continencia, que no es obligatoria, pero el ideal hay que descubrirlo claramente, porque aquí es también la libertad del corazón, y les hace ver los obstáculos creados por el matrimonio, para que cada cual proceda según las fuerzas de su vocación.

«Nadie puede servir a dos señores...» La comparación tómala el Señor de la vida doméstica: un criado no puede estar a sueldo de dos amos diferentes: de otro modo, descuidará el servicio del uno por el del otro: igual es el que sirve a Dios y a Mamón: es menester decidirse por uno. «Por eso os digo: No os afanéis, por vuestra alma qué comeréis, ni por vuestro cuerpo qué vestiréis...» No basta haber indicado el peligro de las

riquezas; es menester libertarnos de su servidumbre, y a ello van los avisos que Jesús da ahora. Si la riqueza nos esclaviza, es que tenemos necesidad de ella, la buscamos y nos apegamos a ella, e instintivamente nos preguntamos: si llegase a faltarme, ¿qué sería de mí?, ¿qué comería?, ¿con qué me vestiría? Para curarnos de todas estas inquietudes, Jesús nos muestra a los pájaros del cielo y a los lirios de los campos, y sobre todo, nos hace alzar los ojos a nuestro Padre celestial, que conoce nuestras necesidades y las proveerá.

No hay página en el Evangelio más querida para los cristianos, ni hay tampoco apartado que levante tantas objeciones en los espíritus de poca fe.

Renán aquí, como en otros sitios, explica esta doctrina de Jesús por las influencias locales del clima y de las costumbres de la Galilea.

Para juzgar de estas fantasías no hace falta haber vivido temporadas en Oriente, ni haber hecho largos estudios arqueológicos; basta leer el Evangelio. Los oyentes de Jesús, pescadores, artesanos, labradores, no sospechan siquiera esta vida idílica fantaseada por Renán; son rudos trabajadores a quienes el salario cotidiano les cuesta caro y viven de él: si no recuérdese, por ejemplo, el acreedor sin compasión (Mt., XVIII, 28), las excusas de los invitados al festín (Lc., XIV, 18), el gozo de la mujer que ha encontrado la dracma (Lc., XV, 9). El sermón del monte también lo predica bastante alto, y si Jesús combate con tanta energía la avaricia es, sin duda, porque necesitaban esta lección aquellos a quienes se dirigía.

Los escatologistas adoptan otro principio de solución, que ellos aplican también a todo: la parusía es inminente; ¿a qué trabajar? Como la que precede, esta interpretación es puramente sistemática y no tiene en cuenta los textos: en el sermón que estudiamos, jamás habla Jesús de «este fin inminente del orden social»: si prohíbe a sus discípulos las inquietudes y preocupaciones, no es porque amenace una gran catástrofe que eche por tierra todo el edificio, ni porque ellos deban estar en su espera, sino porque su Padre del cielo proveerá a todos sus menesteres. El ejemplo de los pájaros y de las flores del campo debe sostener su confianza; no han de ver en todo esto una señal del fin del mundo, sino únicamente una prueba de la universal y constante providencia de Dios.

Y orilladas ya estas interpretaciones, es fácil comprender el verdadero sentido del texto. Desde un principio se ha de tener cuidado de no explicarlo por una exégesis literal que le deformaría: aquí, como siempre, Jesús habla el lenguaje de su tiempo y de su pueblo, lenguaje sencillo, expresivo y de imágenes, que imprime la verdad en las almas rectas e ingenuas, pero que es fácil de falsear si se le escucha con espíritu de crítica. Se dirá, por ejemplo: los pájaros del cielo no son todos preservados por Dios, y muchos mueren de frío o de inacción; o también: sus necesidades son infinitamente menos complejas que las de los hombres, y nosotros no nos podemos reducir y estrechar hasta este término. Son manifiestas sutilezas; si queremos comprender la palabra del Señor, hemos de meternos

entre su auditorio y escucharle como las turbas que le oyeron, no en un plan de naturalistas, sino de hombres rectos y sencillos. Así canta el Salmista: «Todas las miradas están colgadas de ti, y tú les das el alimento a su tiempo. Abres tu mano y llenas de bienes a todo el que vive» (Ps., CXLV, 15-16). «El cubre los cielos de nubes y prepara la lluvia para la tierra; da pasto a los rebaños y a los polluelos del cuervo que le gritan» (CXLVII, 8-9). «Los cachorros del león rugen por la presa, y piden a Dios su comida... Todos aguardan de ti que les des a su hora el sustento. Tú se lo das y ellos lo reciben; abres la mano y se sacian de tus bienes...» (CIV, 21, 27, 28). El texto que comentamos es eco de estos cánticos. Pero mientras la contemplación del Salmista se detiene admirando sólo las obras de Dios, su sabiduría y poder, el Señor ve en ellas una exhortación a la confianza.

Se complace uno en poder sorprender en este pasaje la admiración de Jesús por las bellezas de la Naturaleza: «Jamás Salomón en toda su gloria se vistió como un lirio de los campos.» Este es como un eco de la palabra del Creador delante de su obra: «vió que era buena»; pero pasando por el corazón humano de Cristo este eco lo sentimos como más cerca de nosotros, y más conmovedor también. En la Galilea donde se pronunció este sermón, las flores del campo son de un color efímero, pero más vivo aún que las nuestras de por aquí: en la primavera, toda la planicie se ve tapizada de anémonas de tonalidades encendidas, manto real más rico que el de Salomón: al cabo de unas semanas, todo queda marchito y recogido en brazas, que los campesinos hacían alrededor de montones de tierra donde cuecen el pan. San Jerónimo, comentando este pasaje, no ha podido menos de detener su carrera, aun así tan rápida, para echar una mirada de sorpresa a la belleza de estas flores. San Crisóstomo ha dicho con más brevedad, pero con más fuerza: «De las vestiduras de Salomón a la flor del campo hay la distancia de la mentira a la verdad» (Hom., XXII, 1.300). Y toda la hermosura, añade, no tiene utilidad alguna inmediata; Dios la ha esparcido por las criaturas más humildes con el fin de manifestarnos su grandeza y su munificencia: ¿podremos persuadirnos de que estando tan pródigo con las flores va a rehusar a sus hijos lo necesario?

«Valéis más que todas ellas»; he aquí el pensamiento que debe sostener al cristiano, que no ha de tomar por modelos a las flores ni a los pajarillos, sino que, considerando la providencia de Dios para con estas cosas, no ha de dudar de que la tendrá con él. Sería una exégesis perversa sacar de este texto el desprecio del trabajo o de la previsión. San Pablo va a escribir a los de Tesalónica: «Cuando estuvimos entre vosotros os denunciarnos lo siguiente: si alguno no quiere trabajar, que no coma. Hemos oído que andan por ahí algunos inquietos, sin hacer nada y curioseándolo todo. A los tales pedimos y suplicamos en el Señor que en silencio trabajen y coman su pan» (Thess., III, 10-12). Y el mismo Apóstol volverá otra vez a escribir: «No andéis solícitos por cosa alguna, sino en todas vuestras oraciones y súplicas haced a Dios sabedor de todas vuestras necesidades, dándole gracias por ello» (Phil., IV); y San Pedro: «Descargad en el Señor todos vuestros cuidados, porque El tiene providencia de vosotros» (I Pet., V, 7). En uno y en otro es la misma doctrina del Evangelio: Dios quiere que trabajemos y que ganemos nuestro pan con el sudor de nuestra frente, pero quiere también que este trabajo sea sin inquietud, que deje libre el espíritu cuidadoso ante todo del reino de Dios y de su justicia.



Aún añade Jesús otro motivo de abandono en Dios: nuestros esfuerzos son insuficientes y tales bienes no pueden alcanzarse más que con la ayuda de su gracia: «¿Quién de vosotros podrá, a fuerza de cavilar, alargar un instante su vida?» Y ya en el mismo sermón, para retraernos de jurar por nuestra cabeza, había dicho: «No podéis volver blanco o negro uno solo de los cabellos de vuestra cabeza» (V, 36). Nos recuerda esta dependencia, para obligarnos completamente a entregarnos a nuestro Padre del cielo, de quien, en efecto, todo depende: «Ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios solamente que da el crecimiento» (I Cor., III, 7).

«Los gentiles se afanan por estas cosas»; como si dijera: preocuparse así, es falta de fe excusable en un pagano que desconoce a Dios, pero no en un discípulo de Cristo.

«Y nuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas»; nuestra excusa para todas estas preocupaciones excesivas es siempre la misma, la necesidad, y de ellas saca Jesús un motivo de confianza: sí, es verdad que tenéis necesidad, pero vuestro Padre la conoce y estad sin inquietud.

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.» ¿Qué es esto del reino? El tesoro del cielo; si nuestro corazón está allí fijo, ¡qué libertad!, ¡qué elevación! No tenemos que temer por esto que nos falte lo necesario, pues se nos dará más aún de lo necesario, lo cual no es, en realidad, más que accesorio, ya que el único necesario es Dios, su justicia y su reino, y a quien así lo mire, nada le faltará, siendo el Señor el que de todo le provee; mas a quien, por el contrario, busca los bienes de la tierra hasta olvidarse del cielo, nada se le promete.

La frase última completa toda esta doctrina: «No andéis cuidadosos por el día de mañana. Porque el día de mañana a sí mismo se traerá su cuidado, y le basta al día su propio afán.»

Una vez más aparece el fin perseguido por el Señor: la libertad de espíritu: «quiero que andéis sin preocupaciones»; lo que San Pablo repetía a sus fieles es lo que Jesús nos ha dicho a todos.

La práctica de su vida confirmó esta doctrina: desde los comienzos de su predicación, dejó todas las cosas remitiéndose a la providencia de su Padre: «Las zorras tienen sus madrigueras y las aves del cielo nidos, y el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza» (Mt., VIII, 20). Exigió el mismo desprendimiento a sus Apóstoles, hasta el punto de poderle decir con derecho San Pedro: «He aquí que nosotros hemos dejado todas las cosas por seguirte: ¿qué tendremos nosotros?» (Mt., XIX, 27). Al enviarles a misión, les prohibió llevar con ellos «bastón, o saco, plata o dos vestidos» (Lc., IX, 3), y en

la última Cena les recordará este incidente: «Cuando fuisteis enviados sin bolsa, sin saco y sin sandalias, ¿os faltó alguna cosa? Y le respondieron: Nada» (Lc., XXII, 22-35).

Desde entonces, cuántos cristianos se han puesto, como los Apóstoles, en manos de la Providencia, encontrándola como ellos fiel, San Crisóstomo decía a sus oyentes: «No creamos que estos mandamientos del Señor están más allá de las fuerzas humanas, porque son muchas las almas que los practican hoy mismo. Si lo ignoráis, no es extraño. Elías pensaba que él era el único siervo de Dios, y le dijo el Señor: Me he reservado siete mil hombres (I Rg., XIX, 18). Hoy día muchos abrazan también la vida apostólica, como entonces aquellos tres mil y cinco mil. Y si no lo creemos, no es porque falten los ejemplos, sino porque nos hallamos lejos de imitarlos» (Hom., XXI, 42-98). Después de veinte siglos de cristianismo, la experiencia es aún más manifiesta que en tiempo de San Crisóstomo.

En el capítulo VII de San Mateo, el lazo que une entre sí las sentencias del Señor es aún más laxo que en el capítulo VI. Sin embargo, la comparación con San Lucas deja reconocer en esta continuación de sentencias la pertenencia de muchas de ellas al discurso de la montaña. Nosotros las conservaremos como de aquí.

La primera tiene por objeto los juicios sobre el prójimo (Lc., VI, 37-38; cf. Mt., VII, 1):

No queráis juzgar, para que no seáis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará buena medida, apretada, y desbordante darán en vuestro seno. Porque con la misma vara que midiereis, se os volverá a medir.

Estos pocos rasgos propuestos por San Lucas están vivísimamente descritos: se ve al comerciante al pormenor echando al manto de su cliente esta medida buena, justa y colmada. En la primera carta de San Clemente (XIII, 2) se expone la misma sentencia del Señor en una forma un poco diversa y más completa: «Haced misericordia, para que recibáis misericordia; perdonad, para que se os perdone; lo que hicieris, os harán; según deis, se os dará; según juzguéis, se os juzgará, y según os mostréis buenos, así lo serán con vosotros, porque con la misma medida que midiereis, se os medirá.»

En los Salmos se encuentra un pensamiento parecido: «Yavé me ha devuelto según mi justicia y según la pureza de mis manos delante de sus ojos: con el piadoso, tú te muestras piadoso; con el hombre íntegro, tú obras con integridad; con el puro, tú te muestras puro, y con el perverso, te vuelves perverso» (XVIII, 25-27). Sería un antropomorfismo de lo peor apoyarse en este texto para atribuir a Dios las pasiones humanas: únicamente se podrá sacar de él, que la santidad practicada por el hombre le da el derecho de contar con la justa protección de Dios, y por eso añade inmediatamente el Salmista: «Tú salvarás al pueblo oprimido y humillarás las miradas de los soberbios».

Por lo mismo (en este caso), el hombre misericordioso puede también contar con la misericordia divina, lección que el Señor nos da ahora con la parábola del deudor insolvente: su amo le perdona una deuda inmensa, con la condición de que él a su vez perdone a su hermano el pequeño crédito que sobre él tiene; es también la gran lección del *Pater noster*.

San Mateo no la repite en este sitio, como lo hace San Lucas, contento con esta prohibición de Cristo: «no juzguéis y no seréis juzgados». El punto está explicado en San Pablo con una fuerza enorme:

Tú, ¿quién eres para juzgar al siervo ajeno? Delante de su Señor está en pie o caído, y se alzaré, porque poderoso es Dios para levantarte. Tú, ¿por qué juzgas a tu hermano, o por qué le desprecias? Todos hemos de presentarnos ante el tribunal de Dios. Cada cual ha de dar cuenta de sí propio a Dios. No nos juzguemos, pues, los unos a los otros (Rom., XIV, 4, 10, 12-13). Quien me juzga a mí es el Señor. No juzguéis, pues, antes de tiempo, hasta que venga el Señor (I Cor., IV, 4-5)

Igual de severo es Santiago:

Hermanos: no habléis los unos contra los otros, pues el que murmura de su hermano o le juzga, murmura de la Ley, y juzga a la misma Ley. Y si juzgas de la Ley, no eres cumplidor de ella, sino su juez. Uno es el legislador y el juez, que puede condenar o librar; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a tu hermano? (IV, 11-12).

Para dar a entender mejor Jesús su pensamiento acude a la comparación de la paja y de la viga, y de paso, se puede observar cómo estas sentencias populares vivamente fustigadoras abundan en este discurso: «que tu mano derecha no sepa lo que hace tu izquierda»; «si tu ojo te escandaliza»; «donde está tu tesoro allá está tu corazón»; «no arrojéis las perlas a los puercos», *etc.* Su sentido es demasiado evidente.

San Crisóstomo lo expone en estos términos: «¡Cuántos hombres caen en este defecto! Ven a un monje que tiene dos túnicas y repréndenle en seguida, recordándole la palabra del Señor, y ellos pasan la vida robando al prójimo y amontonando riquezas: le ven comer, y le acusan, prosiguiendo ellos en sus orgías y opíparas cenas, acumulando de este modo pecados a pecados, a la vez que se hacen inexcusables» (Hom., XXIII, 2.309).

Después de este precepto de caridad se lee un consejo de prudencia que no se une muy estrechamente con lo que precede y donde puede adivinarse una especie de correctivo: la caridad nos prohíbe los juicios temerarios, no la circunspección: los Apóstoles, y aun los cristianos todos, han recibido en depósito las cosas santas, que son los misterios de Dios; deben, pues, respetarlos, y no exponerlos al desprecio entregándolos a los indignos: «No deis a los perros lo que es santo, ni echéis vuestras perlas a los puercos» (Mt., VII, 6). Jesús junta aquí el ejemplo al consejo: cuando los judíos vienen con malévolas intenciones, prosigue en sus doctrinas por medio de parábolas, y San Pablo aconsejará lo mismo a sus discípulos para que eviten a los herejes protervos (II Tim., III, 5; IV, 15; Tit., III, 10). La

Iglesia tendrá también esta precaución: se lee ya en la Doctrina de los Apóstoles, IX, 5: «Que ninguno coma ni beba de vuestra Eucaristía, sino los que han sido bautizados en el nombre del Señor: porque a este propósito dijo el Señor: No deis a los perros lo que es santo.» Esta misma preocupación inspirará la ley del arcano, religiosamente observada por los católicos y olvidada negligentemente por los gnósticos, como se lo echa en cara Tertuliano: «No se sabe entre ellos quién es catecúmeno o fiel; todos se acercan igualmente, todos escuchan, y oran igual, y si se presentan los mismos paganos, se arrojarán a los perros las cosas santas y a los puercos las perlas, que no son por otra parte para ellos más que perlas falsas» (De Praeser., 41, 2). Durante la persecución de Diocleciano, muchos cristianos prefirieron morir antes que entregar a los paganos las Escrituras. Esta circunspección la imponía no sólo el respeto a las cosas sagradas, sino también, y es observación de San Agustín, el interés de aquellos así excluidos. Por eso ese aire de misterio que se encuentra en todas las liturgias cristianas: entre los orientales, la *iconóstasis* esconde a los fieles la parte más santa de las ceremonias; entre nosotros, todo se ejecuta a los ojos de todos, pero el empleo del latín como lengua litúrgica cubre los ritos como con un velo sagrado.

Después de haber traído a propósito de la oración (VII, 7-11) enseñanzas que volveremos a encontrar, después de haber transcrito la «regla de oro» (VII, 12), comentada más arriba, San Mateo nos da las postreras sentencias de Cristo, colofón de todo el sermón del monte:

Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él. ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva a la vida!: pocos son los que dan con él (Mt., VII, 13-14).

La comparación de los dos caminos era familiar a judíos y griegos. Pero lo más digno de atención es lo que se dice sobre las dificultades y estrechuras del camino de la salvación. ¿No ha dicho Jesús que su yugo es suave y su carga ligera? Pocos lo creen así, exclama San Agustín, y por eso no quieren sostener esa carga. Y San Crisóstomo, apretando aún más la dificultad: «Aquí también, si se considera con atención, hace creer que el trabajo es ligero, fácil y cómodo. Y eso, ¿cómo?, se preguntará: ¿no es una puerta estrecha y un camino difícil? Sin duda, pero es camino y puerta...; no hay que detenerse, sino pasar. Por eso Pablo puede decir que la tribulación es ligera no ciertamente en sí misma, sino por el ánimo de los que la soportan y por la esperanza de los bienes futuros; porque la carga ligera de las tribulaciones, explica él, lleva un peso eterno de gloria, si consideramos no lo que se ve de fuera, sino lo interno y lo invisible (II Cor., IV, 17-18)» (Hom., XXIII, 5, 314).

Uno de los grandes peligros de este camino estrecho son los guías malvados que se presentan y que es menester desenmascarar: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores. Por sus frutos los conoceréis...» (Mt., VIII, 15; cf. Lc., VI, 43 sg.).

Estos lobos rapaces son aquellos denunciados en otra parte por Jesús: «Cuantos

vinieron antes de mí, ladrones son y salteadores» (Jn., X, 8). Los cristianos, por su parte, conocieron estos pastores malvados y procuraron evitarlos: la Didache da en este respecto las reglas siguientes: «Todo hombre que habla movido del espíritu, no es por eso profeta, y sólo lo será si ejecuta las obras del Señor. Por las obras, pues, se ha de conocer el falso del verdadero profeta...; todo profeta que enseña la verdad, sin hacer lo que enseña, es falso profeta... A aquel que venga diciéndoos, como llevado del espíritu: dadnos plata u otra cosa, no le sigáis, pero si os dijere que lo deis a otras personas que están en pobreza, que nadie le juzgue» (XI, 8, 10, 12). Y el pastor Hermas: «Señor, rogaba yo, ¿cómo distinguir el uno del otro, el verdadero del falso profeta? Escucha, dice él, la regla que voy a darte para hacerte discernir el verdadero del falso profeta: por su vida conocerás al hombre que posee el espíritu de Dios. Ante todo, el hombre que tiene el espíritu de Dios, espíritu que viene de lo alto, es dulce, humilde y complaciente; huye del mal y de los vanos deseos del mundo, está por encima de todo el mundo, no contesta a cuestiones vanas y nunca habla secretamente...» (Mand., XI, 7). Se ve, por estos ejemplos, cómo desde sus orígenes la Iglesia se puso en vela contra los lobos vestidos de oveja, y cómo también les aplicó la regla que nuestro Señor la había legado.

Porque no todos los que me dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, más los que hagan la voluntad de mi Padre celestial (Mt, VIII, 21).

Jesús acaba de prevenir a sus discípulos contra los falsos profetas dándoles además el medio de reconocerles, y aquí hay un error todavía más funesto: la ilusión que cada cual se hace a sí mismo, y entonces la regla será idéntica; el árbol se ha de juzgar por los frutos: ¿cuáles son?: el cumplimiento de la voluntad del Padre; lo demás, no es nada, y las protestas de vana fidelidad: «Señor, Señor», son palabras únicamente.

Jesús advierte que el postrer día del mundo nos juzgará por esta regla: profecías, oraciones y milagros no se contarán para nada, y que sólo reconocerá a los que hayan cumplido la voluntad de su Padre.

En este cuadro profético trazado por Cristo se notará el papel que para sí reivindica de juez universal. En aquel instante decisivo del último juicio, la única esperanza del hombre estará en que Cristo nos reconozca, y ésa será la vida eterna, pero si El no nos reconoce será la condenación nuestra.

Esta prerrogativa de juez del mundo no era, en el mesianismo judío, un atributo del Mesías, que nunca aparecía como juez, excepción hecha del libro de las parábolas de Henoc, en donde todavía no ejerce funciones de juez universal. Este texto evangélico es uno de aquellos que sobrepasan manifiestamente toda la teología judía; por lo demás no es único en el Nuevo Testamento.

Después de tan gravísimas advertencias, Jesús apremia a sus oyentes para poner en práctica sus palabras: Los que tienen la ciencia de cumplirlas, edifican sobre roca:

aguaceros, torrentes, vientos impetuosos, todo podrá sobrevenir, pero nada les conmoverá; los que, al contrario, oyen sus palabras sin darlas ejecución, construyen su casa sobre arena; las avenidas la cercan y cae, y su ruina es grande (Mt., VII, 24-27; Lc., VI, 47-49).

Jesús volverá otra vez sobre la misma doctrina aunque en forma un poco diferente, comparando sus explicaciones a la semilla: si cae en tierra pedregosa, nace rápidamente, pero como no tiene raíz, un día de sol basta para secarla. ¡Con cuántas almas sin fondo se encontró el Maestro! ¡Su palabra les encantaba y conmovía, haciéndose la ilusión de creerse sus discípulos, pero la menor contrariedad volcaba su débil fe! En ellas estaba, sin embargo, adquirir esta firmeza y profundidad que les faltaba. Jesús les enseñaba aquí el camino; que hubieran puesto en práctica esa doctrina escuchada, y sobre esos esfuerzos, ayudados por la gracia hubiera penetrado el Evangelio, que no hubiera sido ya para ellos objeto de curiosidad, sino regla de vida.

Aquí, como con tanta frecuencia, el Apóstol Santiago se hace eco de esta palabra del Señor conservada por los sinópticos:

Sed obradores de la palabra, y no oyentes sólo engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno oye, y no cumple la palabra, habrá que compararlo al hombre que se miró el rostro en un espejo: se vió, se fue y en seguida se olvidó de como es. Pero el que se mirare en la ley perfecta de la libertad, y permaneceré en ella, no como oyente olvidadizo sino como ejecutor de la obra será bienaventurado en sus obras (I, 2-25).

En San Juan también afirma Jesús la necesidad de las obras para la fe, pero allí presenta una forma algo distinta: «Si alguno quiere hacer la voluntad del que me envió, conocerá si mi doctrina es de Dios, o si yo hablo por mí mismo» (VII-17): la práctica de la voluntad de Dios da, pues, al alma el discernimiento imprescindible para reconocer la doctrina divina, y sin el cual no puede tampoco poseerla. En el discurso que estudiamos, la necesidad de la práctica aparece tan firmemente asegurada, no para discernir la verdad religiosa desde un principio, que esto es claro, sino únicamente para conservarla: conviene que por la aplicación generosa la costumbre se forme y se arraigue, y entonces la semilla no será abrasada por los rayos primeros del sol, porque sus raíces son profundas, y la casa no caerá a la primera tempestad, porque sus cimientos son firmes y sobre roca, y esta roca es Cristo.

## **VI.-CONCLUSIÓN**

Al fin del sermón, San Mateo describe la impresión de los oyentes: «Y cuando Jesús acabó estos discursos, se maravillaban las turbas de su doctrina, porque los enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas y fariseos» (VII, 28-29): Las predicaciones de Cafarnaún habían producido ya también una conmoción parecida (Mc., I, 22; Lc., IV, 32): era el primer despertar de la fe al contacto con el Evangelio, pero hoy, enfrente de una revelación más explícita e imperiosa, el asombro es más profundo. Se podrá leer, entre

otros muchos, la impresión de un historiador que no comparte nuestra fe, pero que habiendo estudiado de cerca estos textos quedó vivamente emocionado: «Se ve alzar aquí al fondo de la comunidad cristiana la figura elevada y noble de Jesús. Nos hace la impresión que nunca tal vez se ha presentado en todo su carácter de austeridad, de poder, de grandeza y de violencia, con todas las punzadas de sus vivas espinas, como lo ha sido en este primero y arrebatador discurso de Cristo. Como uno de esos enormes bloques errantes que ofrecen a cada generación un enigma y un choque, sus palabras y sus exigencias oscuras y difíciles se amontonan y se suceden».

Esta impresión es sincera, pero descubre un lector extraño a la fe de Jesús: quien se le somete totalmente y se violenta según el mandamiento de Cristo para poner en práctica este programa de vida, aquí hallará la fuente única de la felicidad. No es que la costumbre haya velado para Él el resplandor de estas sentencias, y que no sean su luz, sino que este fulgor luminoso es también apacible: ni un gemido en la voz, ninguna extrañeza ante tan alta revelación, nada de ese balbuceo que se apoderaba y desanimaba a los más grandes profetas, Moisés, Isaías, San Pablo, al intentar traducir los misterios inefables.

Este misterio no es para Jesús un mundo lejano, aquellas «ínsulas extrañas» de que habla San Juan de la Cruz, es su tierra natal y su casa de familia. Cuando el Hijo nos introduce en estos misterios de Dios, no quedamos ni abrumados ni deslumbrados; la providencia del Padre celestial, el cuidado constante que tiene del más pequeño de sus hijos, la atención que presta a su plegaria, y sobre todo, la intimidad con que les llama a vivir en Él, solo con solo en lo escondido, cosas son que únicamente el Hijo podía revelarnos con tanta sencillez y seguridad.

Y en esta gran luz de Dios aparece unida la vida, profunda, toda entera, transparente y sincera. Basta de particiones: «nadie puede servir a dos señores». Basta de violencia externa; se acabaron esas actitudes correctas que cubren la falsedad del alma; hay que evitar el homicidio, pero también la venganza y el rencor, el adulterio, pero además la avaricia. Basta de juramentos; ya, la veracidad constantemente asegurada por un sí que es efectivamente sí, y por un no que es sólo no. Ya no hay límite para el amor fraternal, que se extiende a todos los que llega el amor del Padre: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» Camino difícil y puerta estrecha; pero el que se lanza en seguimiento de Cristo y sufre por su nombre, siente en su padecer mismo una felicidad desconocida, y adivina ya a través de la puerta estrecha un rayo de la celestial claridad.

Así es como aparecen estas revelaciones nuevas tan paradójicas al sentido humano: la libertad con el renunciamiento absoluto, la vida en la muerte y la dicha en el llanto. Y todo, sin ese falso brillo de las paradojas estoicas: aquí no hay nada del Manual de Epicteto. Todo es apacible, humilde y sincero; nada ofende al corazón de buena voluntad, sino todo le penetra, le dilata y llena de Dios.

El sermón del monte no es la última palabra de Cristo, sino la introducción al Evangelio, y en este prólogo de la moral cristiana, de su ideal, de sus deberes y de sus recompensas, Jesús no habla aún de la Iglesia: parece como esconderse constantemente a sí mismo, no revelándose más que por la autoridad de su palabra; pero esta autoridad es soberana, y para toda alma recta y atenta constituye una revelación eficazísima. Ella aparece, sobre todo, en la oposición continuada por Jesús entre la ley antigua y la nueva: «Sabéis que se dijo a los antiguos..., pero yo os digo...» (V, 21, 27, 31, 33, 38, 43). Igualmente significativa es en este enunciado de las bienaventuranzas: «Dichosos seréis cuando digan mal de vosotros por causa mía» (V, 11), y en la descripción del juicio final: «Y entonces yo diré claramente: nunca os conocí: apartaos de mí los que obráis la iniquidad» (VIII-23): sacrificar la vida a Jesús, es la felicidad para siempre, y no ser conocido de Él, la condenación.

Así se reveló el Señor a la turba de sus discípulos: sin duda que se hallarán en su Evangelio declaraciones más expresas, pero si más se examina, se verá que estas revelaciones se hacen a algunos oyentes de excepción, o las provocan la discusión con los escribas y fariseos : Con la multitud de sus discípulos, Jesús procede lenta y prudentemente, instruyéndoles desde un principio en la práctica de su ley, dándoles a conocer y a amar mejor a su Padre celestial, revelándose al mismo poco a poco, día por día, como legislador supremo y manifestador del Padre, como el Maestro cuya causa merece todos los sacrificios y asegura todas las recompensas, y como Juez que decidirá de la felicidad de todos. A quien le hubiere seguido hasta aquí, le será fácil conocer y aceptar la verdad. .

## **CAPÍTULO VI**

### *PREDICACION Y MILAGROS EN LAS RIBERAS DEL LAGO*

I-El Centurión de Cafarnaún. La viuda de Naín

II.- La embajada de San Juan Bautista

III-La pecadora

IV.- Los parientes de Jesús. Los fariseos

### **I.-EL CENTURIÓN DE CAFARNAÚN. LA VIUDA DE NAÍN**

«Y cuando Jesús concluyó de hablar estas palabras al pueblo, entró en Cafarnaún. Había allí un centurión que tenía un criado muy enfermo, casi a punto de muerte, y el siervo le era muy querido» (Lc., VII, 1-2; cf. M t., VIII, 5).



Es la primera vez que los relatos evangélicos nos presentan un centurión. Estos oficiales mandaban una unidad compuesta de cincuenta a cien hombres, que seguían al efectivo de la legión de la cual formaban parte. Eran soldados veteranos procedentes de filas, y un sarmiento de vid, símbolo de su autoridad, hacía en ellos de bastón de mando: no podían ascender en el escalafón militar, y su rango social era bastante análogo al de los suboficiales de hoy. Esta posición, demasiado modesta en la metrópoli, resultaba más independiente y autorizada en las provincias; eran algo así como la de los oficiales subalternos del cuerpo oficial francés, que desempeñan en las colonias el puesto de jefes de posiciones.

En las provincias administradas por procuradores, el ejército romano sólo contaba con tropas auxiliares, no con legiones, y ésta era la formación de las guarniciones en Palestina hasta Vespasiano. Estas tropas auxiliares reclutábanse en el mismo país, cuya elección se hacía exclusivamente entre la población no judía. No hay, pues, que representarse a los soldados y oficiales que Jesús encuentra como unos quirites; eran originarios de la Siria y Arabia, aunque formados a la romana. Advertamos, por fin, que la Galia no estaba al mando directo de los romanos, sino del tetrarca, y el centurión de Cafarnaún estaba a sueldo suyo.

El modo de realizar el reclutamiento del ejército de ocupación tenía sus consecuencias para las relaciones entre la población judía y las tropas: éstas, que representaban el elemento pagano del país, veíanse pronto metidas en conflictos con los naturales, y las luchas sangrientas que estallaron a todo lo largo de las ciudades ribereñas la víspera del gran levantamiento, acusan la animosidad latente que dominaban a unos y a otros, paganos y judíos. Con todo, entre estos soldados fijos en las ciudades, había algunos ganados por la religión de Israel, que seguían gentiles, incircuncisos y separados por un abismo de los judíos de nacimiento, aunque atraídos por su culto y su fe, y tal era el caso del centurión Cornelio en Cesarea, y el de éste de Cafarnaún.

Si se recuerda la historia de Naamán el leproso, la joven esclava que está al servicio de su mujer la dice: «Si mi señor estuviese junto al profeta que vive en Samaria, él podría curarle», y Naamán parte en busca de Elíseo, el cual, efectivamente, le sana (II Reg., V). Ahora el centurión infiel oye hablar de Jesús: un siervo a quien aprecia mucho está a la muerte: si este profeta quiere, puede sanarle. Pero el pagano no se atreve a dar el paso, y sus amigos lo hacen en su nombre porque es bienhechor de la comunidad judía de Cafarnaún: los ancianos toman por suyo el negocio y varios salen a buscar al Señor: «Bien merece que le hagamos este favor, porque él quiere a nuestra tierra y nos ha levantado la sinagoga».

Jesús echa a andar, y al acercarse a la casa del centurión, encuentra algunos de los amigos por él enviados: «Señor -le dice-, no te molestes, porque no merezco que tú entres en mi casa, pero di una palabra y curará mi criado»: plegaria humilde y conmovedora, que la Iglesia ha tomado y hace repetir a sus hijos: Esta reserva se aprecia aún mejor si se

recuerda que el centurión era pagano y conocía demasiado las costumbres judías para ignorar que un israelita no podía sin contaminarse entrar en la morada de un gentil. Pero su humildad va más allá, pues según el relato de San Lucas, ni siquiera se atreve a presentarse él mismo, y hace transmitir estos ruegos por sus amigos. Y tanto como su humildad, es admirable su fe: «pronuncia una palabra y mi criado quedará sano». El Crisóstomo escribe (Hom., XXVI, 1, 334): «Observa que este hombre, como el leproso, comprende quién es Cristo, y no le dice, intercede, pide o suplica, sino: ordena. Y temiendo que por modestia Jesús no quiera a lo mejor hacerlo, añade: yo soy un subalterno que tengo a mis órdenes soldados, y digo a uno: vete, y va, y a otro: ven, y viene, y a mi siervo: haz esto, y lo hace.»

El santo Doctor compara la fe imperfecta de María, que dice a Jesús: «Todo lo que tú pidieres a Dios, te lo concederá», y el Maestro, poco satisfecho, le replica: «Yo soy la resurrección y la vida, ¿lo crees?» Aquí no hay necesidad de insistir de este modo, y desde la primera palabra el pobre pagano se levanta la confesión de este poder excelso, que se impone a la enfermedad y que se hace obedecer con una indicación: por eso Jesús responde admirado: «Os digo que en el mismo Israel no encontraré fe semejante.» Jesús se asombra y se extraña: «Las sorpresas de la vida -escribe Swete-, sobre todo aquellas que revelan un aspecto moral y espiritual, provocan en el alma humana de Jesús verdadero pasmo y admiración.

Viendo en un pagano esta admirable fe mientras tantos judíos en aquella misma Cafarnaún permanecían incrédulos, el Señor continúa: «Yo os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, y los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores» (Mt., VIII, 11-22). Los judíos gustaban representarse el reino de Dios como un festín triunfal (cf. Lc., XIV, 15), donde los israelitas se sentarían al lado de los patriarcas, mientras los gentiles confundidos, quedarían allá a la entrada, en las tinieblas. Jesús recoge de grado en sus parábolas la imagen del convite, pero aquí también tiende a significar que la presunción de los hijos de Israel va a quedar defraudada y que han de invertirse los papeles: al lado de los patriarcas estarán los paganos fieles que tendrán su puesto, y los hijos del reino, los judíos, serán echados fuera de la sala del festín, en las tinieblas. Así ya desde el comienzo de la vida pública, Jesús dejaba entrever el ocaso de los judíos y la vocación de los gentiles.

De Cafarnaún, San Lucas (VII, 11 sgg.) nos conduce a Naín, donde Jesús va a resucitar el hijo de una viuda. Esta narración tan conmovedora lleva la marca inconfundible de San Lucas, reconocida no sólo en las frases y locuciones que le son familiares, sino antes que todo, en esta tierna compasión que tan vivamente ha reproducido: en su evangelio las mujeres desempeñan papel más relevante, y aquí despierta la simpatía mayor por esta pobre viuda, que marcha presidiendo el entierro de su hijo único.

La pequeña villa de Naín no se nombra más en la Biblia. Está situada en Galilea, sobre el flanco norte del pequeño Hermón, a unos ocho kilómetros al sureste de Nazaret, y hoy es una aldea de ciento cincuenta habitantes, musulmanes todos: su nombre (Naín:

praderas, pastos) marca su posición a media altura de la montaña dominando la planicie. Se sube por un sendero que dibuja naturalmente el escarpado terraplén, y que por consiguiente debía ser lo mismo que en tiempo de Cristo, la única entrada a la vecindad: a diez minutos sobre el camino de Endor está el pequeño cementerio, esto es, unas tumbas cavadas en la misma roca. Es fácil representarse el encuentro de los dos grupos; de un lado la comitiva fúnebre saliendo de la aldea, y frente por frente, Jesús, sus discípulos y la turba que le rodea. El cuerpo iba descubierto, seguía la madre a la cabeza del cortejo, detrás sus parientes y amigos y las plañideras asalariadas.

Jesús dijo a la madre: «No llores más», y al mismo tiempo se acerca, toca el féretro e impera al muerto: «Joven, yo te lo mando, levántate.» Misericordia y poder infinito, toda la obra milagrosa de Cristo está aquí pintada en cuatro rasgos. Se leen, por todo, tres relatos de resurrección en el Evangelio: este peculiarísimo de San Lucas, la resurrección de la hija de Jairo, que la cuentan los tres sinópticos (Mt., IX, 18-26; Mc., V, 21-43; Lc., VIII, 40-56), y la de Lázaro, que está en San Juan. En estos tres estupendos milagros la actitud de Jesús es la misma: ordena: sin duda que en todas las curaciones, o en las multiplicaciones del pan se debió reconocer la misma virtud soberana, pero nunca se afirma tan imperiosamente como cara a cara con la muerte: aquí detiene Jesús el cortejo y dice al muerto: «¡Levántate!» delante de la tumba de Lázaro manda quitar la piedra y ordena al difunto: «¡Lázaro, sal fuera!» Antes de esta última resurrección, asegura a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida»; y efectivamente es la afirmación que salta de todos los milagros.

Si se quiere medir mejor aún el alcance de este prodigio, se le puede comparar con la resurrección de los dos hijos de las viudas atribuida en el Antiguo Testamento a los profetas Elías y Eliseo (I Reg., XVII, 17-24; II Reg., 18-36). Las dos son sin dudarlos grandes prodigios; mas ¡qué diferencia con las que el Evangelio nos refiere! Elías y Eliseo son los fieles servidores de Yavé, pero sólo servidores; con sus súplicas alcanzan de Dios el gran milagro, mas es menester mucha oración y muchos tanteos, como aparece sobre todo en el segundo relato. Eliseo comienza ya por ignorar la desgracia que ha caído sobre la Sunamitis, y lo que viene a rogarle; luego envía a Giezi confiándole el bastón, y este primer esfuerzo fracasa: vuelve en persona junto al niño, y se inclina sobre él, y no obtiene más que reanimarle: se alza, vuelve y dificultosamente la vida empieza a latir y el niño abre los ojos.

Léanse ahora los relatos evangélicos: nada de estos escarceos y de esos ensayos laboriosos y progresivos; nada tampoco de súplicas; una palabra es una orden: «¡Joven, yo te lo mando, levántate!»

Y no obstante, de creer a ciertos críticos, todo esto se reduciría a reminiscencias del Viejo Testamento. ¿Qué extraño que San Lucas trabajando sobre estos modelos los haya superado, y haya sabido unir sobre todo tanto poder con tanta sencillez y misericordia? Un hombre dispuesto a sobrepasar por un esfuerzo de imaginación a todos los taumaturgos del Antiguo Testamento, hubiera inventado algún milagro prestigioso y deslumbrador, como lo

hacen los apócrifos, pero no hubiera soñado, ni alcanzado a imprimir a su narración una grandeza tan sencilla, tan natural y tan divina, a la vez que tan humana.

## II.-LA EMBAJADA DE SAN JUAN BAUTISTA

El encarcelamiento de Juan Bautista determinó, como queda dicho, la salida de Jesús de la Judea.

El cautiverio y la muerte del Precursor están descritos por Josefo, y no carece de interés su lectura (A. J., XVIII, 5, 2, 116, 119). Hablando de la expedición de Aretas contra Herodes y de la intervención de Tiberio, se expresa así el historiador:

Tiberio, dió, pues, estas instrucciones al procónsul de Siria, pero entre los judíos creyeron muchos que el ejército de Herodes había sido destrozado por Dios, y que había quedado justamente escarmentado por su conducta con Juan, llamado el Bautista, a quien Herodes había hecho matar, hombre bueno que predicaba a los judíos la práctica de la religión, la justicia con los prójimos, la piedad con Dios y la recepción del bautismo; y si bien el rito le parecía útil, no era porque quitase los pecados, sino porque aseguraba la pureza legal del cuerpo, ya que el alma había sido anteriormente purificada por la justicia. El pueblo se agrupaba en torno suyo, y casi todo el mundo se conmovía con sus predicaciones. Temió, pues, Herodes que Juan se sirviese de su ascendiente para llevar a la turba a alguna sedición por parecerle que las multitudes estaban dispuestas a realizar cualquier cosa, a una palabra que las dirigiera, y el tetrarca juzgó preferible prevenirlo y suprimirlo antes que aventurar una revolución y caer en apuros y preocupaciones de los que luego habría que lamentarse. Con estas sospechas, hízole prender y lo llevó a Maqueronte, fortaleza de la que ya hemos hablado, y allí le hizo decapitar. Los judíos pensaron que la derrota del ejército había sido un castigo de esta muerte, que Dios quería vengar en Herodes.

En este apartado no da bien Josefo la actuación religiosa de San Juan, ya que tal vez él mismo no la entendiera tampoco del todo, o a lo mejor pretendiera hacérsela más inteligible a los paganos, lo mismo que en asemejar otras veces los fariseos a los estoicos, y los saduceos a los epicúreos, pero esta misma incomprensión es una garantía de autenticidad, y es interesante recoger este testimonio de un hombre tan alejado del cristianismo que nos enseña también hasta qué grado se había impuesto a sus compatriotas la alta santidad del Precursor, aun a aquellos a quienes no había llegado directamente su acción.

Este relato nos da además el sitio de la prisión y de la muerte de Juan, que los evangelistas no parecen conocer: Josefo dice que era Maqueronte. Aun hoy día, si bien el palacio, la fortaleza y el pueblecillo quedan destruidos, se puede sentir la impresión de este sitio salvaje y terrible.

No es menester gran esfuerzo imaginativo para seguir en esta prisión al Precursor y

sus discípulos. Cuando aún estaba en libertad predicando y bautizando, los de su escuela no podían ver sin amargura los primeros triunfos de Jesús: «Maestro -decíanle-, aquel que estaba contigo de la otra parte del Jordán, de quien tu diste testimonio, bautiza y todos se van con él» (Jn., III, 26). ¿Qué sentimientos serían ahora los suyos, al mirar preso a su maestro en aquel torreón, mientras allá en la riente Galilea otro maestro predicaba y arrastraba las turbas detrás de sí? Y cuando de vuelta veían a Jesús sentado con sus discípulos a la mesa de los publicanos, protestaban y se rebelaban indignados (Mc., II, 18).

Tales sentimientos son demasiado humanos, y por lo mismo también demasiado fáciles de entender; pero ¿eran únicamente los discípulos de Juan los picados de esta amargura, y no el maestro mismo, agriado por la prisión y sufriendo con ellos? Tertuliano así lo creyó. Según él, el Espíritu Santo al posarse sobre Jesús en el Bautismo, habría abandonado a Juan. Esta concepción extraña sobre esa traslación del Espíritu, es propia de Tertuliano y no tiene fundamento; la misma hipótesis de la duda de San Juan Bautista no está más autorizada y la tradición patristica la rechaza.

Sin embargo, muchos y modernos exegetas ven en esta embajada de Juan la prueba de una duda sobre la misión de Jesús. Reuss es tal vez quien ha expuesto mejor y con más fuerza este sentimiento (*Théol. Chrét.*, I, 143-145): «Juan Bautista desde la oscuridad de su prisión envía sus discípulos a preguntar a Jesús si es Él el que ha de venir, o es menester esperar aún a otro. Mal se ha de ver para colorar este hecho y para disipar esas sombras que parecen caer sobre una figura por lo demás tan radiante. Y, sin embargo, la cosa es bien sencilla con tal de que el prejuicio no se encargue de buscar la solución. Juan Bautista permanecía judío, y pedía una brillante y deslumbradora inauguración del reino que él acababa de predicar con tanta decisión y entusiasmo, e impacientábase en su calabozo del retraso experimentado. Tan lejos estamos de buscar excusas a esto, como otros las han imaginado, que seremos los últimos en echarle en cara el no haber sido otra cosa que la que la Providencia quiso que fuera.» Y más abajo (página 145): «¿Ha comprendido la respuesta traída por sus discípulos? Nadie lo ha dicho, y no osaremos afirmarlo. Había visto bien al Mesías y estaba seguro de haberle contemplado; había ante su paso allanado las montañas, trabajado con ardor por aumentar los ciudadanos de su reino, y había podido descubrir en su derredor las primeras señales del grano de mostaza brotando del seno de la tierra, pero sus ojos, cegados por el resplandor de una imagen ideal no divisaban la luz más débil en apariencia, que iba a disipar las frías tinieblas de la noche secular; se cerrarán al golpe del verdugo, interrogando siempre el horizonte la aparición del sol, sin notar los millares de gotas de un rocío brillante, que a dos pasos de su calabozo anunciaban el despertar de la aurora y la llegada de la primavera.»

Esta página magnífica, ¿reproduce fielmente la psicología de Juan? No lo creemos, ya que no puede uno representarse al Precursor fascinado por estos sueños apocalípticos y ciego a la luz del Evangelio. De todos los evangelistas, el que mejor le conoció fué su antiguo discípulo San Juan, y recordemos cómo le describe desde un principio junto al Jordán, cuando, al ver pasar a Jesús, dice a sus discípulos: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo.»

Luego, cerca de Enón, sus seguidores envidiosos, le hablan con desprecio del éxito creciente del nuevo Maestro, y responde: «El que tiene esposa, esposo es, pero el amigo del esposo que está con él y le oye, se llena de regocijo con la voz del esposo, y en esto pongo mi gozo, y bien cumplido. Es necesario que él crezca, y que yo disminuya.» No pide entonces señales del cielo ni inauguración radiosa del reino; espera realidades más íntimas, los pecados borrados por el Cordero de Dios, la unión de Jesús con Israel, o mejor, con la Iglesia naciente, y por esto y de esto se alegra, y su gozo es lleno. No reivindicando nada para sí, ni con más aspiración que la de eclipsarse, permanece como durante los primeros días austero y humilde, pero tal austeridad se suaviza al contacto de Cristo y se abriga por la alegría del Evangelio.

Esta fe tan luminosa, ¿se nubló en el calabozo? La misma depresión de aquella dura y larga cautividad, la inacción, el desaliento y la amargura de sus familiares, ¿no terminaron por dominarle también a él? ¿Desfalleció, como luego desfallecerían San Pedro y los demás Apóstoles durante la Pasión?

No es imposible, pero para admitir tal desaliento, hay que probarlo, y es lo que no se logra: al contrario, la respuesta que Jesús va a dar a los enviados y el elogio mismo que hará de Juan, han de demostrar la estima excepcional que tiene de su Precursor con quien se solidariza sin creer posible una flaqueza en su gran testigo.

Pero si no hubo desfallecimiento, ¿no pudo ser, al menos, impaciencia? Puede que sí. El Padre Grandmaison ha notado muy bien que ciertas acciones de Jesús llamaban la atención, no sólo a su padre adoptivo, mas aun a su propia madre (Lc., II, 48-50; cf. *Jésus Christ.*, I, página 301, n. 3).

El ministerio mesiánico se desarrolló según el plan de una sabiduría divina que durante la misma vida del Señor desconcertó a los mismos Apóstoles; ¿no han de preguntar a Cristo, el día de la Ascensión, si va a restablecer el reino de Israel? La fe del Precursor superó sin duda a la de los Apóstoles; pero ¿no se impacientó por contemplar aquella gran escena del juicio por él predicho; el Mesías biendo en mano, limpiando su era? No resonaría en su prisión de Maqueronte esta impaciencia de los mártires que, corriendo los años, su discípulo Juan también desterrado en Patmos, va a lanzar como un grito de dolor: «¿Hasta cuándo, Señor santo y veraz, dejas el juicio y tomas venganza de nuestra sangre?» (Apoc., VI, 10). Así se podría explicar la embajada de Juan, mirando en ella la preocupación cuidadosa del Maestro por la fe de sus discípulos, y tal interpretación nos parece la más verosímil. Allá en el Jordán, remite sus discípulos a Jesús, diciéndoles sólo: «¡He aquí el Cordero de Dios!» El ha de concluir la obra. Por lo mismo, se decide ahora a la embajada; el mensaje que les confía será para sus discípulos una ocasión de ver al Mesías de cerca, y para el mismo Jesús, de darse además a conocer. San Crisóstomo ha propuesto esta interpretación con la finura de análisis que le caracteriza (Hom., XXXVI, 1, 2, 413) El

Precursor había hecho lo indecible por reducir la oposición de sus discípulos contra Jesús, y sintiéndose a dos pasos de la muerte no quiere dejarles en esta obstinada oposición: sus exhortaciones resultaban vanas y otras seguridades que pudiera darles las hubieran interpretado por excesiva modestia; oye ahora hablar de :os milagros de Jesús, y envía a sus discípulos, no a todos, sino a dos, :os más a propósito y encárgales una instancia que ha de obligarles a mirar y a escuchar. Jesús entra de lleno por los caminos de su Precursor, y preguntado por los dos enviados, no responde con una sencilla afirmación: «Yo soy el que ha de venir», sino muestra sus obras: «Volved y decid a Juan lo que habéis visto y oído», y para probarles que leía en sus corazones, subraya: «y bienaventurado el que no se escandalice en mí».

La respuesta del Señor a los emisarios de Juan tiene para nosotros una trascendencia enorme: hoy, como antes sin conocerle más que a medias, se llegan a preguntarle: «¿Eres tú el que esperamos, o hemos de aguardar aún a otro?» Jesús propone, igual que a los discípulos del Bautista, las señales por las que pueden reconocerle: sus milagros. Era la lección ya leída en Cafarnaún, cuando la curación del paralítico: «Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder sobre la tierra para perdonar los pecados, yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y ve a tu casa» (Mc., 9-10): Con frecuencia, sobre todo en el evangelio de San Juan, Cristo repite la enseñanza, por ejemplo, después de la curación del paralítico en la piscina de Bézatha: «Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, las obras que mi padre me ha dado para que las ejecute, dan testimonio de que mi Padre me ha enviado» (Jn., V, 36). No obstante todas estas lecciones, la que aquí oímos es una de las más admirables, y el destinatario de esta respuesta es el más noble fruto del judaísmo: «Entre los nacidos de mujer, nadie se ha levantado tan grande como él» ; en él se resume toda la religión y toda la esperanza de Israel; a esta embajada tan autorizada, Cristo debe dar una respuesta definitiva y presentar sus credenciales; y los títulos que hace valer son sus obras: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los sordos oyen, los muertos vuelven a la vida y los pobres son evangelizados.» Esta enumeración de las obras mesiánicas se encuentra en términos idénticos en San Mateo y San Lucas; y este último hácela preceder de aquellas frases que faltan en San Mateo: «Y en aquel momento curó a muchos de enfermedades y de llagas y de espíritus malignos, y dió vista a muchos ciegos.»

Los exegetas radicales se han impacientado por este relato y por esta respuesta. Loisy, por ejemplo, se desentiende como sigue de esta observación de San Lucas: «La noticia, una añadidura al texto fuente, es sencillamente una interpolación» (I, 662): por lo que hace a la respuesta en sí concede que los evangelistas la entendieron en sentido literal: «No importa mucho que los términos empleados en Isaías sean simbólicos o no. Ni Mateo ni Lucas les interpretan como milagro espiritual, sino como realidades sensibles» (663). Pero semejante exposición es un contrasentido. «El objetivo mismo de la respuesta invita a distinguir la realidad que Jesús ha querido significar, y la que los evangelistas han encontrado «El discurso, si se exceptúa el marco preparado por los redactores, se puede con facilidad interpretar como resultados espirituales de la predicación evangélica, y la respuesta dada a la pregunta del Bautista se encuentra tal como era de esperar en Jesús. El Salvador pudo pronunciar el discurso que se le atribuye, diciendo como lo hace San Mateo: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído. Y lo que los discípulos del Bautista pueden

ver y oír en ese instante no es una profusión de milagros, sino cómo enseña Jesús, el efecto del Evangelio en las masas que siguen al Salvador, una turba de desdichados que bien podía calificárseles de multitud de ciegos, sordos, cojos, leprosos y muertos a Dios por el pecado, que curados de sus dolencias espirituales, toman puesto entre los pobres a quienes promete el reino de Dios» (664-665).

Maravilla tal interpretación: se afirma que los testigos de tránsito lo pudieron ver y comprender esta multiplicación de milagros; ¿les sería entonces más fácil juzgar en un momento el estado moral de los oyentes de Cristo y adivinar su pasado, saber que estaban muertos a Dios por el pecado, y que la palabra de Cristo les volvía a la vida? ¿No les era incomparablemente más fácil darse cuenta, o por sí o por las conversaciones escuchadas, de los milagros físicos que Nuestro Señor multiplicaba en su derredor?

Estos milagros del Mesías estaban ya anunciados por Isaías: «Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos; en: onces saltará como un cervatillo el cojo, y se soltará la lengua de los mudos para entonar cantos de triunfo» (XXXV, 5-6, LXI, 1): «El espíritu del Señor Yavé está sobre mí, porque Yavé me ha consagrado con su unción y él me ha enviado a llevar la buena nueva a los infortunados para aliviar a los afligidos, anunciar a los cautivos la libertad y a los prisioneros la liberación.» Al referirse a estas profecías, Jesús recordaba a los enviados de Juan, y subrayaba el carácter mesiánico de estas obras milagrosas que ejecutaba a sus mismos ojos.

Era ya luz suficiente para iluminar a los que la buscaban; ¡cuántos, sin embargo, lejos de guiarse por ella tropezarían con su resplandor!; y porque Jesús preveía este escándalo, allí mismo, entre aquellos oyentes, añade: «Y bienaventurado el que no se escandalice en mí.» Su método es el que conocemos por tantos rasgos: a la fe que le busca se le presenta con las pruebas innegables de su misión; a la obstinación que le rehúsa, no se impone. Partieron los enviados de Juan; ¿iban convencidos por lo que habían visto?; nadie lo sabe; y tal vez su maestro remató la obra comenzada por Jesús. Pero es cierto al menos que por mucho tiempo aún habrá un grupo de discípulos del Bautista que rehusarán seguir a Jesús. Estando los emisarios presentes no tuvo Cristo una palabra para su Precursor; no quiso, sin duda, parecerles adulador. Marcháronse, y entre los asistentes, más de uno a no dudarlo quedaba impresionado por esta embajada tan extraña. Juan ha llegado a dudar, y en tal caso, ¿qué pensar de su actitud?

Para disipar estas tinieblas tributa ahora Jesús a su Precursor el panegírico más admirable que los dos evangelistas nos han transmitido en términos casi idénticos, y hasta han conservado la forma tan movida y familiar. Los recuerdos del desierto eran de ayer, y Jesús los hace resurgir por sus insistentes interrogaciones: «¿Qué habéis salido a ver?, ¿las cañas movidas por la brisa? El Jordán las tenía en abundancia; pero, ¿eso habéis salido a ver?» Juan no era, a la verdad, una caña, sino el predicador terrible que se fué hasta Herodes para echarle en cara su incesto. A sus cortesanos, todos con ricas vestiduras, conocíanles muy bien los oyentes de Jesús, y les veían en la próxima ciudad de Tiberíades;



recuérdese, por ejemplo, el relato de Josefo sobre la muerte de Herodes Agripa, cuando el príncipe, mostrándose vestido con una túnica tejida de plata, que a los rayos del sol naciente deslumbraba los ojos, repetía la turba aclamando: «Este es dios y no hombre» (cf. Act., XII, 21). ¿Era un espectáculo como aquél el que habían salido a contemplar al desierto? No, por cierto, que gentes así no se encuentran más que en los palacios: a Juan, por el contrario, ¿quién no le recordaba con su túnica de pelo de camello? ¿Por qué, pues, se habían juntado en torno suyo? Es que era profeta, y más que profeta: era el Precursor vaticinado por Malaquías. Al citar este testimonio, Jesús no sólo hacía justicia al Bautista, sino que a la vez les dejaba comprender quién era El mismo: ¿no es, tal vez, aquel a quien Juan ha anunciado y a quien él ha preparado los caminos? «Entre los nacidos de mujer, ningún profeta mayor que Juan Bautista.» Esta afirmación, unida sobre todo a la que sigue: «El más pequeño en el reino es mayor que él», ha desconcertado a muchos exegetas. El contexto parece determinar con bastante claridad la interpretación verdadera. Juan es profeta, y más que profeta, y por esto queda por encima de todos los anteriores. La comparación va directamente, no sobre la santidad, sino sobre el ministerio y sobre la misión atribuida por Dios a los antiguos profetas y al Precursor: éste no se ha reducido sólo a anunciar al Mesías, mas también se le ha enviado delante de Él para prepararle el camino. Con todo, este ministerio tan augusto como se quiera, no es más que preparación para el reino, y consiguientemente, los fieles del reino son más privilegiados que Juan, pues están por su vocación más próximos a Cristo y más íntimamente unidos a EL Aquí, como arriba, la comparación no se establece sobre la virtud sólo, sino sobre los privilegios concedidos y sobre las gracias gratuitamente repartidas.

Y del Precursor, la mirada de Jesús pasa a los que han venido a él y han escuchado su palabra (Lc., VII, 29; Mt., XI, 12 sgg.). Ante el bautismo de Juan, los judíos se han dividido en dos campos: las gentes olvidadas, los del pueblo y los publicanos, han sido dóciles y en tropel han venido a bautizarse. Al contrario, los selectos, los fariseos y legistas se han puesto en actitud de desvío; los primeros han glorificado a Dios, y los otros han frustrado sus designios de misericordia. No muestran más los primeros relatos evangélicos, y así nos lo vuelve a probar la historia de Cristo; los publicanos y pecadores preceden a los fariseos en el reino de Dios.

Gracias a Dios, estas gentes despreciadas son la masa, y así podrá exclamar el Señor: «El reino es evangelizado, y el mundo entero se le junta.» Esta última expresión es paralela a la que leemos en San Mateo: «El reino padece fuerza, y los que se la hacen le arrebatan.» No se sacará, sin embargo, del texto la lección moral de la necesidad de la violencia para entrar en el cielo, pero tampoco se ha de adivinar aquí una censura contra los que arrebatan el reino; habrá, pues, que conservar el sentido de San Lucas: el impulso dado por Juan es tal, que se apiñan a la puerta estrecha del reino hasta parecer que quieren forzarla. La impresión así expresada es aquella misma que sentía el Señor, rebosando de gozo (Lc., X, 21), viendo ante sí aquella multitud de pobres a quien Dios revelaba el Evangelio, y por la que daba gracias a su Padre: júbilo precioso entre todos, que los Apóstoles también debían experimentar más de una vez, y que endulzaría la tristeza de sus fracasos, originados con frecuencia por aquellos que debieran haber sido los más accesibles al Evangelio.

Este impulso y vuelo marca el principio de una nueva era: «Desde los días de Juan Bautista»; y la sentencia del Señor acentúa todavía la división de los tiempos: «Hasta Juan, la Ley y los Profetas»: todo este orden del Antiguo Testamento era profético, que caminaba hacia el actual, como a su término.

Lo que sigue está presentado por Jesús como un misterio que sólo conocen los que quieren penetrarle: «Si deseáis comprenderlo, Juan es este Elías que debe venir.» Cristo no significa con semejante modo de hablar que tal revelación sea facultativa, que pueda recibirse o rechazarse, sino mejor, que no todo el mundo quiere entenderle, y de aquí la insistencia «¡el que tiene oídos para oír, que oiga!».

Pero, ¿a quién compararé yo esta generación? Es semejante a unos muchachos sentados en la plaza, que gritan a sus compañeros: «Os cantamos y no bailasteis, lloramos y no plañisteis.» Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: «Es un endemoniado.» El Hijo del Hombre vino, come y bebe, y dicen: «He aquí un glotón y un bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores.» Pero la sabiduría ha quedado justificada por sus hijos (Mt., XI, 16-19; cf. Lc., VII, 31-35).

El sentido general de la parábola es muy claro: los judíos son como esos chicos molestos, traviosos y esquivos que no se prestan a juego alguno, ni a reír ni a llorar. Para convertir a estos obstinados, Dios multiplica sus esfuerzos, como cazador que por dos partes tiende su red para apresar la pieza codiciada. La mala voluntad de los judíos ha podido escapar a estos anticipos de Dios, pero ya hay quien le haga justicia, porque la sabiduría ha quedado justificada por sus hijos: ¿es menester creer que se trata de la sabiduría de Dios en sentido personal?; lo sería si, como lo cree probable Rendel Harris, Jesús se hubiese designado a sí propio con este nombre; pero las pruebas no son suficientes, y más natural es entender aquí la Providencia, o la Sabiduría de Dios, a la que glorifican sus hijos, mientras los otros hacen fracasar todos sus proyectos. Estos hijos de la sabiduría son los Apóstoles, como lo son también de un modo más general todos los que se han dejado impresionar por los avances de Juan Bautista y de Jesús, los humildes y pequeños a los que Dios revela los misterios del reino. Por eso San Mateo coloca este pasaje después de las maldiciones a las ciudades del lago que no se aprovecharon del ministerio y de los milagros del Mesías, y a continuación del himno de alabanza que Jesús entona a su Padre, cuya providencia ilustra a los pequeños y deja a los soberbios en la ceguera. Lucas, al revés, cuenta todo esto al final del ministerio de Cristo en Galilea, y al describir a su tiempo este período comentaremos esos textos (X, 13-15; 21-22).

### **III.-LA PECADORA**

Después de la embajada de San Juan Bautista, cuenta San Lucas la conversión de la pecadora (VII, 36-50). No determina el sitio ni la fecha del suceso que refiere, y como los restantes evangelistas no lo mencionan siquiera, todo se reduce a conjeturas. Cafarnaún era

entonces el centro del ministerio de Jesús, y se ha supuesto que aquí, efectivamente, vino la pecadora en busca de Jesús, y como este relato lo describe el evangelista unido al mensaje del Precursor, creen que los dos sucesos se desarrollan bastante próximos; todo ello no son más que conjeturas probables, pero no muy importantes. El relato encierra en sí mismo la lección. El evangelio de San Lucas es el evangelio de la misericordia, y entre todos los rasgos que guarda de ella, éste es uno de los más conmovedores. Al comenzar San Gregorio el Grande el comentario, dice a sus oyentes: «Cuando yo veo esta penitencia de Magdalena, quisiera llorar y callarme». Todo expositor del Evangelio experimenta aquí igual emoción, mas, como San Gregorio, comenta, no obstante, el incomparable suceso.

Jesús fué convidado a comer en casa de un fariseo, y no es la única vez que el Señor acepta semejante invitación; otras dos ocasiones parecidas nos transmite también San Lucas (XI, 17; XIV, 1), y en los dos casos, los huéspedes de Jesús sienten por El escasa simpatía y poco respeto: el primero se escandaliza de que Jesús haya omitido las abluciones tradicionales, y el otro, de que haya curado a un hidrópico en sábado. Aquí, también el fariseo aparece más preocupado de espíarle que de agasajarle. ¿Será, como Herodes, curiosidad de tener cerca al taumaturgo, o deseo de aparecer ante el pueblo como protector del nuevo profeta, o le empuja algún sentimiento más hondo y más religioso? Nada es seguro, y sólo su falta de miramiento es manifiesta, como Jesús se lo advertirá en seguida.

En este país, donde el pie no está defendido más que por una sandalia que se cubre de polvo en el camino, es costumbre lavar los pies de los huéspedes, y Jesús en la última cena prestará a sus Apóstoles este humilde servicio; el fariseo no se preocupa de ello, y menos de darle antes beso de paz, según el uso al recibir a un invitado o a un amigo; esta manifestación de cordialidad que Judas dará a Jesús va a ser la señal por la que le hará conocer. Era también costumbre ungir la cabeza con perfumes, y pinturas egipcias reproducen esta escena, que se reconoce en aquellas palabras del Salmista a Yavé: «Preparaste delante de mí una gran mesa contra aquellos que me atribulan, llenaste de aceite mi cabeza» (Psal., XXIII, 5). Esto es una unción vulgar, porque el aceite en Palestina era extremadamente común, y si se quería honrar más especialmente al huésped, se derramaban sobre su cabeza perfumes preciosos, como lo hizo más tarde María en Betania. En este caso, el fariseo lo descuida todo. Jesús lo tolera, se sienta a su lado y, como en los demás convites, se tiende sobre un sofá de los que rodean la mesa, medio apoyado sobre el codo izquierdo y con los pies echados hacia afuera.

Durante la comida entra una mujer; el acceso a las casas orientales es más libre que entre nosotros; sin embargo, el paso era bien resuelto, y ya conocemos con qué rigor alejaban los rabinos de su lado a las mujeres, sobre todo en público, y ésta, más que otra alguna, podía exponerse a sus desvíos, pues se la conocía en la ciudad como pecadora. El fariseo, no obstante, la deja obrar, deseoso de poner en aprieto a su huésped, y este cuidado le hace olvidarse por una vez de la rigidez de sus principios. ¿Qué pretendía esta mujer? Era fácil adivinarlo: había sin duda oído al Maestro, y disgustada y pesarosa de su conducta, venía allí delante de todos a rendirle homenaje y a demostrarle a Él y a los demás su resolución de cambiar de vida. Cuando se encuentra junto a Él, la emoción es más fuerte:

rompe en sollozos, deja un instante el vaso de perfumes que trae consigo, baña con sus lágrimas los pies del Salvador y los enjuga con sus cabellos; luego, creyéndose indigna de derramar sobre su cabeza el perfume, le unge los pies. Siente posarse sobre ella el desprecio del fariseo y de los otros convidados, mas no le importa ya; Jesús está en silencio y finge olvidar el humilde homenaje que ella sigue prestándole.

Pronto rompe el Maestro su silencio; como en tantas otras ocasiones, oye los murmullos a media voz de sus enemigos, y va a responderlos. Por deferencia, pregunta al dueño de la casa, el cual respóndele con delicadeza algo violenta y distanciada, y Jesús le propone la parábola de los dos deudores: «¿A cuál de los dos amaré más el acreedor?», y el fariseo contesta a esta sencilla cuestión con una condescendencia negligente: «Pienso que aquel a quien ha perdonado mayor suma.» «Has juzgado bien», responde Jesús, y hace a la pecadora la aplicación del relato, al mismo tiempo que pone de relieve por contraste el descuido del dueño de la casa para con EL Parecía no haber notado nada ni en el fariseo ni en la mujer, y en seguida le hace resaltar hasta el último detalle: «Entré en tu casa y no me diste agua para los pies, mas ésta, con sus lágrimas los ha regado, enjugándolos con sus cabellos. No me diste beso de paz, pero ésta desde que entró no ha cesado de besármelos. No ungiste con óleo mi cabeza, y ésta ha ungido mis pies con perfumes.» No es Cristo el que ha de decir el postrer día de los tiempos a todos, elegidos y réprobos, todo lo que ellos han hecho u omitido en su servicio, de tal manera que unos y otros le dirán sorprendidos: «¿Cuándo te vimos necesitado y te socorrimos?», o viceversa: «¿Cuándo olvidé el auxiliarte?» Pero entonces será la sentencia soberana del Juez, y ahora es la advertencia indulgente del Salvador. Simón queda avergonzado, pero ¡qué dicha, en cambio, para la penitencia! Ha venido allí sin pensar más que en Cristo, poniendo todo en sus manos: su reputación, su alma, sus pecados y sus deseos. El ha provocado el juicio de todos los comensales, que la han colmado de su desprecio, y ahora, ¿triunfa con la palabra de Jesús? No; se regocija sólo olvidando todas estas censuras, para pensar únicamente en el Salvador, que acepta su homenaje y reconoce su amor.

Viniendo a la aplicación de la parábola, se ha escrito mucho sobre el sentido de esa frase de Jesús: «Le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho; mas al que menos se le perdona, ama también menos.»

El amor de la pecadora, ¿se presenta como la causa o como el efecto del perdón? Tal vez no sea menester buscar oposición entre las dos interpretaciones: sin duda que el primer paso de esta mujer fué inspirado por su admiración y adhesión hacia Cristo, a quien quiso tributar un obsequio; pero desde que se pone a sus pies, su contrición crece con su amor; rompe a llorar, baña con su llanto los pies del Señor y los enjuga con sus cabellos. ¿Se ha de ver aquí únicamente su reconocimiento para con aquel que la ha perdonado?; es una interpretación mezquina. La piedad cristiana no se engaña cuando contempla en este caso el modelo del arrepentimiento, que está consagrado por la respuesta de Cristo: «Tus pecados te son perdonados»; «tu fe te ha salvado, vete en paz.» Su amor le merece el perdón, y este perdón, concedido con tanta misericordia, redobla su amor. Aquí, como en el caso del paralítico, los asistentes se escandalizan: «¿Quién es éste, que aun los pecados

perdona?» Jesús no vuelve sobre el ataque y anuncia a la pecadora: «Tu fe te ha salvado; vete en paz.»

Con frecuencia despedía Cristo de este modo a los enfermos curados, y al hablar a la pecadora demuestra bien el sentido que da a las palabras: la salud que El concede sobre todo es la del alma. También la Iglesia hará repetir la frase a sus sacerdotes al dar la absolución a un pecador.

Los invitados del fariseo se escandalizaron al oír a Jesús perdonar los pecados, y también hoy ciertos exegetas al ver en esta parábola presentarse a Jesús como acreedor del pecador, quien por sus faltas ha venido a convertirse en deudor. Es interpretación de Loisy: «Lucas ha podido atribuir a Jesús la remisión de los pecados, pero eso no es lo que la misma parábola supone, pues en la aplicación primitiva Jesús no podía compararse al acreedor». Pero esto no es más que suposición gratuita, ya que el texto, para quien quiere atenerse a él, tiene un sentido muy claro y altamente significativo: el pecador es deudor de Dios: «Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» La misma idea se toma en este caso: en grado diferente, todos somos deudores y todos insolventes, y a todos se nos perdona nuestra deuda, según la medida de nuestro amor; pero notemos bien que aquí aparece alguien a quien debemos, alguno que nos perdona nuestras deudas y no a quien amamos, Cristo. El texto no es único, y la lección que encierra es la misma que nos da la escena del juicio: el Señor nos pondrá entonces ante los ojos toda nuestra conducta para con Él, y según ella decidirá; pero ahora, en la tierra, juzga y perdona los pecados, no sólo como apoderado de Dios, sino como acreedor que puede con una palabra perdonar efectivamente la deuda, y que la perdona realmente a los que le aman como la pecadora.

San Lucas describe así el paso de Jesús por ciudades y aldeas:

Y aconteció después, que Jesús caminaba por ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, y los doce con Él, y también algunas mujeres que había curado de espíritus malignos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la cual había echado siete demonios, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas que le proveían de sus haciendas (Lc., VIII, 1-3).

Esta nota de San Lucas sobre las mujeres que seguían y asistían a Jesús ha sido, sin duda, traída aquí por el relato precedente, que descubre la misericordia del Señor para con las mujeres.

De María Magdalena nos asegura que había sido librada de siete demonios. Este texto se puede cotejar con la parábola donde Jesús describe la recaída del pecador: el demonio echado del alma reúne siete espíritus peores que él y entra de nuevo en el que ya antes había sometido, y el fin de este hombre es peor que su pasado (Mc., XI, 26); en estos versículos nada nos fuerza a tomar literalmente el número siete, que como en otros sitios

del Evangelio puede tener un sentido espiritual y significar la violencia de la posesión. Marcos también recuerda los siete demonios echados de Magdalena, pero lo hace a propósito de la aparición de Cristo resucitado (Mc., XVI, 9). La comparación sola da a entender la obra del Señor en esta alma libertada de tal esclavitud y subida tan alto.

El sobrenombre de Magdalena, significa «de Mágdala», población situada en el borde del lago, distante de Tiberíades una jornada de sábado; era rica y renombrada por sus tintorerías y su mercado de palomas. La tradición rabínica, que fuerza todas las cifras, atribuye a Mágdala ochenta manufacturas de tinte de lana y trescientas casas para el comercio de pichones y palomas, y aun concediendo su buen porqué a la exageración, siempre quedará que había allí gran movimiento comercial y mucha industria. Desgraciadamente, con la riqueza había venido la inmoralidad, y los rabinos achacaban a este pecado la ruina de la villa. Hoy sólo quedan algunas barracas miserables y una vieja torre de acecho, y, efectivamente, a una torre vigía (*Migdol*) debía su nombre de Mágdala, y su nombre ligeramente desfigurado puede reconocerse en el de la aldea actual (*Mejdel*); veinte minutos también al norte se encuentra el valle llamado todavía hoy «el valle de las palomas» (*ouady Hamam*), cuyo nombre trae a la memoria el antiguo comercio de Mágdala. Todos estos recuerdos están hoy ya muy borrados, y sólo nos queda de la población activa y disoluta lo que Cristo nos ha salvado de ella: gracias a la pobre posea este nombre de Magdalena ha venido a ser querido y venerado, y símbolo para todo cristiano del reconocimiento y amor más fiel.

Las restantes mujeres son menos conocidas: la una de ellas, Juana, era esposa de un intendente de Herodes, por nombre Cusa ; si ella seguía a Cristo, sin duda que su marido era también discípulo de Jesús, y vemos por este dato que el Evangelio había conseguido adeptos en la misma casa de Herodes (así también *Manaem*: en Act., XIII, 1). Ahora tal vez se entienda la frase del tetrarca, quien oyendo hablar de Jesús dijo a sus servidores: «Es Juan Bautista que ha resucitado» (Mt., XIV, 2), pues no se hace imposible que Herodes conociera siquiera vagamente las simpatías de algunos de sus subordinados por Jesús y tomase ocasión para preguntarles sobre su persona.

De Susana sólo conocemos el nombre escrito aquí, que significa el lirio. Lucas añade que eran muchas más las mujeres que, como éstas, seguían a Jesús y le asistían. Marcos, contando la agonía de Nuestro Señor en la cruz, escribe: «Y había también allí unas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, y María madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé, las cuales, cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían, y otras muchas, que juntamente con El habían subido a Jerusalén» (Mc., XV, 40-41).

Estas dos notas, sobre todo la de San Lucas, nos permiten seguir un poco más de cerca la vida de Jesús y sus condiciones materiales durante el período de predicación: en conjunto, lo hemos observado ya frecuentemente, los relatos sólo nos hacen conocer las obras y la doctrina de Cristo, y todo está orientado a fundamentar la fe y a esclarecerla; el

resto, a no dudarlo, no nos es igualmente necesario, aunque sí precioso. Aquí, como en las narraciones de la infancia, San Lucas nos transmite las más preciosas noticias, y por este rasgo también se puede juzgar el valor de sus fuentes y el interés con que la piedad cristiana recogía en derredor suyo cuanto se relacionaba con el Señor.

Se comprenden sin trabajo los motivos que en este particular decidieron la conducta de Cristo: no se retira ya a Cafarnaún, como acostumbraba, según parece, al principio; recorre entera la Galilea, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, y tal actividad era necesaria para la difusión del Evangelio. No va solo, síguenle los doce, y esto era ya para Él una necesidad: debía formar a sus Apóstoles para su futuro ministerio, y la única formación eficaz y posible era aquella que les daba llevándoles a su lado, predicando delante de ellos y obrando a su vista los milagros. Mas este acompañamiento no carecía de inconvenientes: Jesús podía dar como instrucción a sus Apóstoles el que entrasen en la primera casa encontrada, y que allí pidiesen hospitalidad, porque entonces sólo eran dos los peregrinos; pero el Señor no podía introducir consigo en casa de sus amigos a los doce compañeros; pues se hubiera expuesto a renovar con bastante frecuencia el apuro de Caná, y en sus planes no entraba el remediarlo con milagros habituales. Las mujeres que le acompañaban y le servían aseguraban así la independencia y el sostenimiento de la pequeña grey, y a la vez que tenían el consuelo de estar junto al Maestro, de recibir a diario sus enseñanzas y ejemplos y demostrarse además reconocidas con sus servicios, a los que del mismo Señor habían recibido.

Este cargo no podía chocar a los judíos, ya que se usaba entre ellos. Tal costumbre tenía evidentemente sus peligros, y Jesús mismo condena la rapacidad de los fariseos que «devoran las casas de las viudas» (Lc., XX, 47; Mc., XII, 40). Pero al mismo tiempo que execraba su avaricia mostraba con su conducta que esta adhesión, cuando llega inspirada por la fe, es buena y santa. El que alimenta al universo entero, quiso ser amantado por su Madre la Virgen María. Durante su ministerio da de comer por un milagro a una multitud de tres y de cinco mil hombres, pero El vive de limosnas y enseña a sus Apóstoles a vivir del mismo modo.

#### **IV.-LOS PARIENTES DE JESÚS. LOS FARISEOS**

Los incidentes que agrupamos en este apartado tienen una cronología difícil de fijar, pues en San Marcos, la intervención de los parientes de Cristo está unida con las acusaciones de los fariseos, y todo el conjunto parece como sucedido en los primeros tiempos del ministerio de Jesús, casi inmediatamente después de la elección de los doce. San Mateo lo refiere en dos ocasiones, con motivo de las calumnias de los fariseos (IX, 32; XII, 22), y el segundo relato, más completo y más parecido al de San Marcos, se lee después de la misión de los Apóstoles, donde sitúa la intervención de los parientes del Señor (XII, 46-50), aunque la refiere de un modo más incompleto que Marcos, y ni en San Mateo ni en San Lucas se encuentra nada paralelo a lo que San Marcos trae en el capítulo III, 21; en fin, Lucas no cuenta los ataques de los fariseos, sino después de la misión de los

setenta discípulos con motivo de la descripción del viaje (XI, 14-26), y al contrario, menciona en seguida la visita de los parientes de Jesús, casi a continuación de la parábola del sembrador (VII, 19-21).

Con esta incertidumbre, no insistiremos en señalar la fecha de estos sucesos, y tomaremos con preferencia el relato de San Marcos, que en la narración de los hechos de Cafarnaún nos transmite los recuerdos de San Pedro, los coloca más exactamente y los reproduce de una manera más completa.

La escena pasa en Cafarnaún, y los dos grupos de interlocutores que se encuentran ante Cristo, sus parientes y sus enemigos, son, sin dudarlos, bien diferentes unos de otros, aunque un rasgo común les aproxima. Las dos facciones están admiradas de la actividad apostólica de Cristo, de su predicación y de sus milagros; pero ninguno de ellos cree en Él. Los primeros están preocupados por la religiosa exaltación que denuncian en Cristo las gentes de Cafarnaún, quieren llamarle al orden y llevarse a su casa. Los fariseos se acercan violentos y hostiles, porque Jesús es para ellos un poseso que enseña, que exorciza y hace milagros por virtud del demonio. Semejante doble intervención constituye uno de los incidentes más penosos en la vida pública del Señor. El ataque farisaico es de los que sublevan, y la incredulidad de los parientes de Jesús es dolorosa. No se puede, sin embargo, apartar los ojos de la escena, y la indignidad misma de esta ceguera nos deja comprender aún más las humillaciones de Cristo: «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron.»

Y llegaron a casa, y concurrió de nuevo tanta gente, que no podía ni tomar alimento. Y cuando le oyeron los suyos, salieron para echarle mano, porque decían: está fuera de sí (Mc., III, 20-21).

Esta primera mención de los parientes sólo se encuentra en San Marcos, y nos permite contemplar, ya desde el principio de la escena, la conmoción creciente que provoca la predicación de Cristo: entre las gentes de Cafarnaún, unos le admiran, otros le censuran y repiten: «No está en sí».

La casa adonde Jesús vuelve es, sin duda, la de Pedro, su domicilio habitual en Cafarnaún; los que vienen a su encuentro «llegan de sus casas», y se puede suponer con verosimilitud que bajaban de Nazaret para ver de hallarle en Cafarnaún.

La expresión de que se sirve Marcos para designarles es muy vaga. Víctor los identifica con los escribas y fariseos, de los que hablará después, pero es violentar el texto; otros, como Knabenbauer, ven aquí a los amigos o discípulos de Jesús, y tal interpretación quita al incidente lo que tiene de más penoso, y no parece muy verosímil: los que Marcos introduce en escena son probabilísimamente los mismos que vamos a encontrar más abajo acercándose a Jesús.



Si se quiere no excusar pero al menos comprender este paso que tan justamente nos solivianta, hay que recordar que los treinta primeros años de Cristo pasaron en la oscuridad de una vida ordinaria, y que las gentes de su aldea y de su familia le miraban como uno de ellos, un artesano sin letras; al verle ahora de repente recorrer la región como un profeta y taumaturgo, la admiración fué pasmosa, y en muchos casi motivo de escándalo; reformar según esto su juicio y someterse humildemente a su escuela después de un tan prolongado período de menosprecio, era cosa que la mayoría no estaba decidida a ejecutar. En este respecto, la fe hallaba menos obstáculos en los extraños: Jesús resultaba para éstos un desconocido al que nada tal vez les recomendaba, pero a quien tampoco habían ya clasificado en su interior.

De este modo, Jesús que había encontrado una aceptación entusiasta en las riberas del lago, debía fracasar desde el primer instante en Nazareth. Esta larga costumbre que paralizaba la fe de sus compatriotas, pesaba ahora más aún sobre sus parientes. No hay lugar que se trate aquí de Nuestra Señora ni de San José, iniciados ambos en el misterio de Dios, pero los otros, aun los parientes más próximos del Salvador, no sospechaban nada de la sobrehumana dignidad de aquel sencillo artesano que había siempre vivido con ellos tan familiarmente, sin que nada de aquella vida, tan junta y tan igual a la suya, pudiese revelar un origen más alto y otro destino más celestial.

Así, ni los milagros ni la predicación de Cristo les pueden convencer: al fin ya del ministerio de Jesús, en la víspera de la última fiesta de los Tabernáculos, vienen a encontrarle y le dicen: «Marcha de aquí, y ve a la Judea para que tus discípulos vean también las obras que haces: pues nadie hace las cosas ocultamente, y procura ser conocido en público; si tú haces esto, manifiéstate al mundo», y añade el evangelista: «Porque ni aun sus hermanos creían en El» (Jn., VII, 3-6). Estos son los incrédulos obstinados que vemos ahora intervenir, y cuya incredulidad no es para sorprendernos.

Pero aun reducido a este extremo, la resolución de los parientes de Jesús es dolorosa y ofensiva, ya que no sólo revela una falta absoluta de fe, sino también la determinación de arrancar a Jesús, quieras o no, de su ministerio y de introducirle por un género de vida, a su entender, más razonable y sensato.

Se preguntará cuál fué en este instante la actitud de María: ningún cristiano, no hace falta decirlo, pondrá en duda su respeto excelso para con su hijo y su fe en El: sabía muy bien la misión que Jesús había de llenar, y sabía Este no menos bien que Ella no se asociaría en la vida a esos sentimientos de sus parientes; por otro lado, está averiguado que asistió al final de la escena; ¿vió el principio?

Fouard cree que no, y supone que los parientes de Cristo habían venido desde un principio con intención de llevárselo, y no pudiendo llegar hasta El, «desesperados de atravesar por entre la turba, se volvieron, sin duda, a María. La Virgen, consternada por

aquellas noticias, salió de su casa para unirse con ellos» (I, 391). Es una interpretación que tiene su lado verdadero, pero que el texto no la sugiere directamente, y de todos modos, no orilla la dificultad capital: no importa mucho que María se asociase desde el principio al ruego de sus parientes, o poco después, lo que sorprende es que se les junte. Sobre esto observa justísimamente el Padre Lagrange: «La presencia de la Madre de Jesús no prueba que participará de las intenciones de los otros ni aquí ni al pie de la cruz.» Si acompañó a sus parientes, fué tal vez con la esperanza de poder evitar el conflicto que se temía entre ellos y su Hijo, consciente de su destino de conciliación, pues abandonándoles a su ciego empeño, razón le sobraba para sospechar excesos, y acompañándolos podía esperar guiarles y contenerles. Tales piadosos cálculos no le fallaron, y al pie de la cruz tuvo el consuelo de ver a su lado asistiendo a Jesús, a su hermana María de Cleofás, la madre de Santiago el Menor y de José (Jn., XIX, 25; Mc., XV, 40). Al día siguiente de la Ascensión, en el Cenáculo, la Iglesia naciente contaba no sólo a los Apóstoles, santas mujeres, y a María la Madre de Jesús, más también a sus hermanos (Act., I, 14). ¿No podría atribuirse en gran parte por lo menos esta conversión a la influencia de Nuestra Señora? Al mismo Jesús le era imposible atraerse estos obstinados, que no se unían jamás al grupo de los discípulos, y que, lejos de someterse al ascendiente del Señor, pretendían imponerle su autoridad. María, al revés, quedaba con ellos, y su dulce influencia debía, a la larga, alumbrar esta ceguera y dominar su orgullo.

Pero para cumplir este cargo y acercar a su Hijo a la familia incrédula, la Santísima Virgen no debía separarse de ella; tenía que acompañarla, costase lo que costase, en estos trances tan crueles aceptando también la confusión que tales pasos traerían sobre Ella a la vez que sobre sus parientes: lo hizo de todo corazón, y a este precio rescató aquellas almas que la eran tan conjuntas. No habían llegado a Cafarnaún los nazarenos, y ya estaban allí los escribas espionando y acusando al Señor. Su rabia sobrepasa con mucho la desconfianza que ha hallado eco en los mismos parientes de Jesús, ya que no dicen: es un exaltado, sino que se atreven a formular que es un poseso. Marcos, el único que transcribe esta calumnia atroz, añade que los escribas que se expresaban así habían venido de Jerusalén (III, 22).

Con motivo de la liberación de un endemoniado saltaron estas calumnias (Mt., XII, 22-24; Lc., XI, 14-15). La multitud testigo del exorcismo, quedó estupefacta, y tal admiración llevaba irremisiblemente a la consecuencia: ¿no será éste el Hijo de David? La expectación del Mesías estaba viva en todos los espíritus, y la predicación del Bautista la había aún removido más; era, pues, natural que los milagros de Jesús, su doctrina, la reserva misma y el misterio en que envolvía su misión, excitasen en las turbas, si no la fe en Él, por lo menos las esperanzas: ¿no será Él el Mesías? Pero aun esta fe naciente parece a los escribas intolerable, y por ahogarla, recurren a esta calumnia indigna, que viniendo de tales hombres podía impresionar a las masas: este es un poseso, que arroja los demonios en nombre de Beelzebul, príncipe de ellos.

Jesús se indigna de tan mala fe, y su réplica es una de las más severas que leemos en el Evangelio (Mc., III, 23-30; Mt., XII, 25-32; Lc., XI, 17-23; cf. XII, 10). Dos comparaciones breves, dos «parábolas», como dice San Marcos, ponen en plena luz las

absurdas consecuencias de la calumnia farisaica: «Si un reino anda dividido contra sí mismo, no puede subsistir, está perdido.» Y más aún: «¿Cómo un contrario puede entrar en la casa del hombre fuerte, y despojar sus alhajas, si primero no ata al valiente? Porque sólo entonces saqueará su casa.» Si se arranca a Satanás lo que él creía poseer, es que ya está vencido y con cadenas; y, ¿quién puede ser este adversario mejor armado y más fuerte que Satanás, si no es el Mesías?

Y pasando al ataque directo, habla Jesús a los fariseos: Si yo arrojo por Beelzebul los demonios, vuestros hijos ¿por quién les echan? (Mt., XII, 27; Lc., XI, 19).

La conclusión que Jesús saca de este argumento tiene una trascendencia grande: «Si es que arrojo yo los demonios por el espíritu de Dios, señal es de que el reino de Dios ha venido a vosotros.» Uno de los rasgos del ansiado reino mesiánico era, efectivamente, la victoria sobre los demonios.

Semejante noción del triunfo del Mesías sobre Satanás, si no es uno de los datos más corrientes de la escatología judía, estaba sin embargo entonces en el alma israelítica, y el texto que estudiamos toma de aquí su mayor fuerza, pues Cristo no reivindica únicamente contra las calumnias de los fariseos, el origen divino de su poder sobre el demonio, sino que de él saca un argumento para probar su dignidad mesiánica : una vez más lo indicamos, cómo afirmaciones de esta clase, tan reservadas y prudentes al hablar con las turbas, son más categóricas con los escribas, cuya ignorancia no puede oponer las mismas excusas.

Ya esta idea de lucha entre Cristo y Satanás enlaza la sentencia que se lee en San Marcos: «Quien no está conmigo, está contra mí, y quien conmigo no recoge, dispersa.» En otras circunstancias será: «Quien no está contra vosotros, por vosotros está» (Lc., IX, 50). Renán concluye que ha variado Jesús como Mahoma, quien, en el Corán, trata a los judíos digna o duramente, según que espere ganarles o no; «Una lucha apasionada -añade-lleva consigo casi necesariamente este género de contradicciones» (pág. 238). Basta examinar los dos textos para disipar toda contradicción: en San Lucas (IX, 50), Jesús se dirigía a San Juan, quien se lamentaba de ver a un desconocido que no seguía a Cristo, arrojar con todo los demonios en su nombre; reprime este falso celo y le reconviene : «Déjale obrar, porque quien no está contra vosotros, con vosotros está»; al juzgar al prójimo, es menester contar por un amigo a quien tampoco es adversario, y al revés en el texto que comentamos, uno se juzga a sí propio, y la regla en este caso es más severa: quien no se junta a Cristo, debe tenerse por su contrario, ya que la lucha empeñada entre Él y Satanás no es posible la neutralidad.

Por la argumentación que acabamos de reproducir, Jesús refuta pacientemente las calumnias de los fariseos, y para concluir muestra además la gravedad de aquella falta, blasfemia contra el Espíritu Santo, que no se perdonará ni en este mundo ni en el otro. En

San Mateo (XII, 31-32) y en San Lucas (XII, 10), la blasfemia contra el Espíritu Santo se presenta opuesta explícitamente como pecado más grave, a las palabras pronunciadas contra el Hijo del Hombre, oposición que falta en San Marcos (III, 28-30), pero que ciertamente pertenece al texto original, ya que no puede suponerse que la sentencia primitiva de Cristo haya sido corregida en un sentido aparentemente menos favorable a la dignidad del Hijo del Hombre. Esta sentencia deberá entenderse en la dirección expuesta por San Jerónimo: Se puede perdonar a los que se escandalizan de la humildad del Hijo del Hombre, pero nunca a aquellos que, reconociendo en Él una virtud sobrenatural, la blasfeman.

No se concluya por esto, que el poder de las llaves confiado a la Iglesia tiene sus excepciones: ciertamente es universal, pero es preciso que el que recurra a él venga con las disposiciones necesarias, y no las puede tener el que peca contra la luz, y ataca directamente a la fuente de toda gracia, que es la bondad y misericordia infinitas de Dios.

En el evangelio de San Mateo y de San Lucas sigue aún la discusión con los fariseos. Los adversarios piden a Jesús una señal, y el Señor les responde que no los dará otra que la de Jonás profeta. Este vivo altercado, omitido aquí por San Marcos, colócanlo los otros dos escritores en un período ulterior del ministerio de Cristo, y lo dejaremos para entonces, siguiendo ahora con San Marcos el desarrollo de los sucesos de Cafarnaún.

Y llegaron su madre y sus hermanos, y quedándose afuera, le enviaron a llamar, estaba sentado a su alrededor un número muy grande de gente, y le dijeron: Mira que tu madre y tus hermanos te buscan ahí afuera. Y él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de sí, exclamó: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque el que hiciere la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mis hermanas y mi madre (Mc., III, 31-35, cf. Mt., XII, 46-50; Lc., VIII, 19-20).

Esta escena referida por los tres sinópticos nos vuelve al incidente contado por San Marcos: los parientes de Jesús llegan para llevárselo, y en el intervalo ocurre todo lo que acabamos de comentar: el Señor termina de deshacer la violenta oposición y las calumnias de los fariseos, la multitud le rodea entusiasmada por los milagros que ha contemplado y apasionada por el debate que Cristo acaba de dirimir, cuando en esto llega la Madre de Jesús con sus hermanos, y ante la imposibilidad de atravesar la turba, se hace anunciar. El sentimiento que les conduce no es igual en todos, sin duda alguna. Según el primer relato de San Marcos, han oído decir que Jesús está fuera de sí, y quieren recogerle, pero ciertamente, no es este error y pensamiento el que trae allí a María: como queda observado páginas arriba, pretende acompañando a los parientes hasta su Hijo, aproximarlos a Él y evitar un rompimiento: tal vez preocupada también por el furor de los fariseos, quiere exhortar a Jesús a defenderse, y muchos exegetas atribuyeron esta intención, además, a los hermanos del Señor, y nada prueba efectivamente que todos en este grupo fueran por igual incrédulos, y llevados en este caso por el mismo designio. Siempre habrá que anotar, por lo menos, que no insisten ni ahora ni más tarde, y esto nos permite pensar que la voluntad de traer a Cristo consigo no era ni unánime ni decisiva.

Jesús declina su intervención, y no quiere reconocer por sus parientes a otros que a los que hacen la voluntad de Dios: su palabra es soberana y corta el debate. Así, de este incidente que en un principio se nos mostraba tan penoso, salta para todo cristiano una grave lección y un consuelo preciosísimo.

Jesús pretendía patentizar, en esta circunstancia, la independencia de su ministerio, como lo hiciera de niño en Jerusalén: «¿Por qué me buscáis?, ¿no sabíais que me conviene estar en las cosas que son de mi padre?» Hoy era necesaria la misma respuesta, y con mayor razón aún: ya no es un niño ni se dirige a María solamente, sino a su familia, que no tiene con seguridad, ni la fe de su Madre ni su grandeza de miras.

Esta respuesta es también para todos nosotros una seguridad preciosa: no son los lazos de la carne y sangre los que pueden unirnos a Cristo, pues la fe y la obediencia a Dios son suficientes ya para eso. Así iba a repetirlo Jesús en circunstancias parecidas. En seguida de haber hablado de las calumnias de los fariseos sobre Beelzebul, y la sentencia de Cristo sobre las recaídas, prosigue San Lucas de este modo (XI, 27-28): «Y sucedió que mientras hablaba estas cosas, una mujer levantó la voz de entre la turba y dijo: ¡Bendito el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron! A lo que respondió: Dichosos mejor los que escuchan la palabra de Dios y la guardan.» La Santa Iglesia ha elegido este Evangelio para las fiestas de la Virgen, comprendiendo que Nuestro Señor no pretendía con esta frase negar la grandeza de su Madre, sino sólo indicar su fundamento, y porque es así, el día de la Visitación repetía Isabel a María: «¡Bienaventurada tú, porque has creído!» (Lc., I, 25).

A estos rasgos hay que juntar, además, los que en otro sitio nos refiere el mismo evangelista: cuando los setenta discípulos vuelven de su misión, cuentan llenos de gozo a Jesús: «Señor, hasta los demonios mismos se nos han sujetado en tu nombre», y Cristo observa: «Alegraos, no de que se os hayan sometido los demonios, sino porque vuestros nombres están escritos en el reino de los cielos» (Lc., X, 17-20). Según esto, los privilegios más sublimes, el apostolado y la maternidad divina misma, no son ni mucho menos, la verdadera fuente de felicidad, ya que ellos de por sí no constituyen independientemente de la fe y del amor de Dios, el principio de la unión con El. En el último día de su vida, en aquella suprema efusión, dice Jesús a sus Apóstoles: «Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama»: ¿razón?, «porque vosotros me amasteis y sabéis que yo salí de Dios» (Jn., XVI, 26-27). Todo cristiano puede asegurarse el mismo título al amor del Padre; claro que nosotros no hemos seguido a Cristo en su vida mortal, mas como San Pedro decía a sus cristianos, nosotros le amamos, y creemos en El sin haberle visto, y ésta es una dicha más grande que la misma del apostolado (I Pet., I, 8): «Quien cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre.»

## CAPÍTULO VII

## *LAS PARABOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS*

I-El fin de las parábolas

II.- Las parábolas

### **I.-EL FIN DE LAS PARÁBOLAS**

Si proseguimos en la lectura de San Marcos, leemos al principio del capítulo cuarto, v. 1-2: «Y de nuevo se puso a enseñar a la orilla del mar, y se acercaron tantos, que entrando en una barca, se sentó dentro, y la gente estaba en tierra en la ribera, y les enseñaba muchas cosas en parábolas.» Después de esta introducción. San Marcos refiere la parábola del sembrador y las otras. San Mateo sitúa también esta predicación en la orilla del lago (XIII, 1-3): Jesús sale de la casa, se sienta junto al mar; y las turbas, numerosísimas, le cercan; sube entonces a una barca, se sienta mientras la multitud se acomoda en la ribera, y «les habló largamente en parábolas». San Lucas es más breve en la descripción de las circunstancias de esta nueva predicación, y nos pinta una turba considerable corriendo de cada una de las ciudades en pos de Jesús, y al Señor instruyéndola en parábolas.

Es fácil reconstruir con estas indicaciones el marco de esta predicación: «Una pequeña ensenada del lago de Tiberíades, con su adorno de adelfas y el pueblo formando un semicírculo en la costa; ninguna tribuna más popular».

Más importante que el marco es la fijación del objetivo que Jesús se propuso en su enseñanza por medio de parábolas: Fouard le expone en estos términos (I, 391): «Los insultos que acabamos de indicar, los esfuerzos de Jesús por ilustrar a la muchedumbre y la inquietud de sus parientes, todo anuncia un cambio originado en Cafarnaún durante la segunda misión en Galilea. Los sanedritas se habían aprovechado de la ausencia del Salvador para turbar los espíritus, y si las masas le permanecían fieles aún, el número de los enemigos era ya tan crecido, que Jesús debió renunciar a hablar claramente como lo hiciera hasta entonces. Por muy distanciado que anduviera de los escribas, se somete a sus formas y métodos, y en adelante resuelve presentar su doctrina como ellos, en parábolas y por semejanzas. Pero mientras los maestros de Israel no usaban de la alegoría más que para ocultar a la turba popular los tesoros de sabiduría reservados para sus discípulos, Jesús, al esbozar su pensamiento, no tenía más designio que el de ganar el tiempo necesario para sus divinas instrucciones; quedábale aún por exponer la parte capital de su obra, la fundación de la Iglesia, su constitución y su jerarquía, eterno motivo de desconfianza para los grandes de la tierra. Un cambio tan repentino se prestaba por su naturaleza a una sorpresa, y veremos, con todo, que no llegó a disgustar los espíritus.»

Tal exposición no carece de verosimilitud, y se apoya sobre todo en las explicaciones facilitadas por los mismos evangelistas, como vamos a leer más abajo. Pero,

por otro lado, choca con dificultades muy visibles: Fouard supone que el género parábólico lo usó Jesús a más no poder, bajo la presión de las circunstancias, y por el modelo de los «maestros de Israel», y no produce tal impresión la lectura de las parábolas evangélicas, tan espontáneas, tan rebosantes de naturalidad y tan expresivas. La cuestión aquí agitada encierra una importancia considerable e interesa sumamente a la teología, la exégesis y la historia.

Para resolverla, menester será, ante todo, considerar la explicación que el mismo Señor dió a sus discípulos; la que está en San Mateo es la más explícita (cf. Mc., IV, 10-12; Lc., VIII, 9-10):

Mt., XIII, 10-17: Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? El les respondió y dijo: Porque a vosotros os es dado comprender los misterios del reino de los cielos, más a ellos no se les ha concedido. Porque al que tiene, se le dará y tendrá más, pero al que no tiene, aun lo que posee se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, para que oyendo, no oigan, y viendo no vean ni entiendan. Y se cumpla en ellos la profecía de Isaías que dice: De oído oiréis y no entenderéis, y viendo, veréis y no veréis. Porque el corazón de este pueblo se ha hecho pesado, y sus oídos oyeron con dificultad, y cerraron sus ojos para que no vean con ellos, ni oigan sus oídos, ni su corazón entienda y se conviertan y los sane. Más ¡bienaventurados vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen!: porque en verdad os digo, que muchos profetas y justos codiciaron ver lo que veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron.

La simple lectura de estos versículos pone en evidencia algunas de las dificultades que suscitan. Supongamos que estas palabras no se hallaran en el Evangelio y leemos la parábola del reino de Dios ; si nos preguntamos por qué Jesús ha propuesto en esta forma su doctrina, diremos que por hacerse entender mejor de sus oyentes, presentándoles verdades más altas bajo estos símbolos que les son familiares; pero si luego leemos los textos que acabamos de transcribir, ¿no parece que el fin del Señor fué distinto, y que se propuso intencionadamente símbolos que sus oyentes no debían comprender, para llevar su ceguera a lo irremediable? Esta es la oposición que Jülicher, y Loisy después, han creído poder denunciar, concluyendo que los cristianos de las primeras generaciones idearon toda esta teoría, contraria a las intenciones reales de Jesús, para explicar el fracaso demasiado aparente de su predicación.

«Puedense distinguir -escribe Loisy-tres momentos, en la redacción, que corresponden al desenvolvimiento de la idea tradicional relativa a las parábolas (I, 739-740): Una primera redacción, probablemente escrita e idéntica a la colección de sermones, daba como ejemplo de la enseñanza evangélica una serie de parábolas, sin más explicación, ya que allí no había oscuridad alguna; una segunda redacción, donde los discípulos piden y consiguen la interpretación de la parábola del sembrador, hace sospechar que han comenzado a encontrar ya las parábolas no tan claras, y a preocuparse del éxito escaso logrado con los judíos por la predicación del Evangelio, y más aún tal vez, de la poca solidez de ciertas conversiones, y la interpretación del sembrador ha suministrado la explicación que en ella se buscaba; por fin, la tercera redacción viene a probar que se ha ahondado mucho más y se ha querido tener la razón última, sea de la oscuridad de las

parábolas, en lo sucesivo agregada ya a la tradición sea de la ceguera de Israel; como se encontraba fácilmente la causa de este último hecho en un decreto providencial de reprobación que implicaba la ceguera previa, y no se podía pensar en ver un defecto en la imaginaria oscuridad de las parábolas, se terminó por persuadirse que este género misterioso de enseñanza había sido expresamente buscado por el Salvador para procurar el cumplimiento de los designios de Dios sobre su pueblo; el judaísmo no se convirtió porque no debía convertirse, y porque la verdad evangélica se le propuso en enigma para que no pudiese verla ni salvarse.»

Esta teoría artificial queda desmentida por las mismas parábolas que pretende interpretar: la distinción que se esfuerza en introducir entre las parábolas primitivas y su elaboración posterior es violenta y sin fundamento, pues las perspectivas del futuro que se vislumbran en las parábolas nos las explica el mismo Jesús, y el tercer momento se distingue también gratuitamente de los dos primeros: sin duda que la teoría con que aquí tropezamos es difícil de comprender, pero esto es una razón mayor para tenerla por primitiva: los cristianos no hubieran prestado al Señor estas intenciones, sino las hallaran atestiguadas en la tradición que recibieron. El único argumento especioso que se pudiera hacer valer en pro de esta construcción es la lucha aparente que señalamos ya, entre la impresión que da espontáneamente la primera lectura y el plan allí expuesto; se puede, si se quiere, considerar en otro aspecto esta oposición poniendo ante los ojos la terrible severidad de este programa, y de otra parte la infinita misericordia del Salvador y sus cuidados constantes por iluminar e instruir a sus oyentes. Esta dificultad central se resolverá por el estudio atento de los textos que tenemos a la vista.

Y ante todo es menester señalar que la enseñanza por parábolas marca en el ministerio de Jesús un método nuevo: sentimos tener que separarnos en este punto del parecer del Padre Lagrange, tal como lo ha explicado en la *Revue Biblique* (1910, pág. 10): «Pensamos -dice- que no hay en San Marcos rastro alguno de ese cambio de actitud que quiere verse en las turbas respecto de Jesús, y en el proceder de Cristo con la muchedumbre... De creer a los autores modernos, esta mutación se verifica en las riberas del lago de Genesareth. En el instante de pronunciar las parábolas sobre el reino de Dios, Jesús en presencia de la obstinación de los judíos en despreciarle, habría adoptado un género de enseñanza oscuro que ellos no podrían comprender. Pero basta leer a San Marcos para persuadirse que Jesús aún no ha comenzado a hablar en parábolas; que hasta la Pasión, el concurso de la turba en torno suyo es el mismo siempre, y sobre todo, ¡sobre todo!), y esto no debía nunca jamás haberse puesto en litigio, que Jesús consagró siempre sus palabras a hacer bien a la multitud.»

En este juicio hay muchos elementos que estamos dispuestos a aceptar, máxime la observación de los esfuerzos sinceros y constantes del Salvador por instruir al pueblo. Pero sobre la cuestión preliminar, que nos obliga a cortar aquí nos es imposible suscribir la sentencia del Padre Lagrange. Claro que si esta solución fuese exacta, tendría la gran ventaja de resolver el problema de la manera más radical y más elegante: no habría que andar buscando los motivos de una mudanza que no existió. Pero, desgraciadamente, nos



parece imposible poder interpretar así los textos evangélicos: con ocasión de la parábola del sembrador, los tres sinópticos mueven la cuestión que nos detiene, y todos tres, después de haber dado cuenta de ella, refieren cómo Jesús, al exponer la solución a sus discípulos solos, les advierte que a ellos se les ha concedido el comprender el misterio del reino, pero que a otros no se les ha otorgado esa gracia. Tal oposición entre las dos clases de oyentes es nueva en la predicación de Jesús. Esta novedad sintieronla, por lo demás, los mismos Apóstoles: en San Mateo, preguntan a Cristo: «¿Por qué les hablas en parábolas?» Interrogación que no tiene sentido, de no haberse dado cambio en el método empleado por el Salvador. Sin duda que Cristo había ya propuesto parábolas, y se podría citar en San Marcos, la sentencia del reino y de la casa dividida (III, 23), y anteriormente (II, 17): «No son los sanos los que necesitan de médico»; «¿Es que los hijos de la cámara nupcial pueden ayunar mientras está con ellos el esposo?»; «Nadie cose una pieza de paño nuevo en un vestido viejo, ni mete el vino nuevo en odres viejos». Pero estas breves sentencias no logran el desarrollo de las parábolas del reino, y solamente a propósito de estas últimas, los tres sinópticos nos refieren las interpretaciones privadas que Jesús debe dar a sus discípulos, y también, con la misma ocasión, vuelven a insistir en la predilección del Señor por la forma parabólica: Marcos, antes de dar principio a la exposición de las parábolas, pone este prólogo: «Y Jesús les enseñaba muchas cosas en parábolas» (IV, 2), y concluye el capítulo: «Y así les proponía la palabra con muchas parábolas como éstas, conforme a lo que podían oír, y sin parábolas no les hablaba». Buzy nota a este propósito: «Hemos visto en estas últimas palabras una hipérbole, pero toda exageración, para que no sea una falsedad, debe ser el abultamiento de un hecho real. Jesús empleaba, pues, frecuentemente en esta época y a partir de ella, la narración parabólica. Si no me equivoco, se da en tal novedad, unida a su repetición frecuente, la inauguración de un método nuevo» (pág. 367).

Este hecho nos pone frente por frente del problema, aunque no nos dé su solución: Jesús ha dado principio, por las parábolas del reino, a un método nuevo de predicación; ¿cuáles son los motivos del cambio? Una razón obvia se deduce del tema mismo: hasta hoy, la enseñanza de Jesús había sido, sobre todo, moral, y en este campo podía hablar libremente a sus oyentes, quienes a su vez podían comprenderle sin peligro de equívoco; la confianza en el Padre celestial, las bienaventuranzas, la preocupación por las riquezas y su peligro; en todos estos temas el desprecio era improbable. Otra cosa era al ir a tratar del reino. «Era muy delicado -anota Buzy (pág. 382)- hablar, lo mismo del reino que del Mesías delante de estos auditorios galileos. Por un lado, el cuerpo de los fariseos y de los escribas espionando una ocasión para escandalizarse, y publicar sus pretensiones y aun blasfemias; de otra parte, con el pueblo, las cosas amenazaban terminar en delirio, y aquí el delirio lleva directamente a lo trágico. Jesús tenía, pues, que temer susceptibilidades sombrías y vigilantes, y por otros respetos, debía guardarse de los excesos de una buena voluntad puesta al servicio de prejuicios irreductibles. Sin embargo, no podía enmudecer. Sonaba la hora de declarar de alguna manera el objetivo de su misión. Iba a realizarlo, sometiendo sus enseñanzas a un sistema de precauciones que constituyen precisamente la economía de la revelación mesiánica». Es de notar que Jesús habla del «misterio» del reino de Dios y es el único uso de este nombre que hallamos en los Evangelios, aquí y en los pasajes paralelos (Mc., IV, 11; Mt., XIII, 11; Lc., VIII, 10).

Así, la materia misma que Cristo había de tratar en adelante, le conducía a emplear un método nuevo de enseñanza, y a doctrinar al pueblo en punto tan oscuro y peligroso, con más circunspección. Este solo motivo bastaría para explicar el uso de las parábolas, y bastantes autores, como M. Mangelot no admiten otro. Parece, no obstante, que los textos evangélicos suponen aún otra razón: «A vosotros se os ha concedido entender los misterios del reino de los cielos, mientras que a otros no se les ha dado. Porque al que tiene, se le dará, y tendrá más, pero al que no tiene aun lo que posee se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden.» Estas palabras del Señor traídas por San Mateo, son bien claras, y so pena de descartarlas, es menester reconocer que existe en las parábolas alguna oscuridad que el Señor permitió para castigar a los judíos su ceguera.

En el pasaje que en parte hemos transcrito más arriba, el Padre Lagrange se esfuerza en demostrar que las multitudes permanecían fieles al Señor, le seguían al desierto hasta olvidarse de comer y beber, y, en la víspera misma de la suprema crisis, manifiestan una adhesión tan entusiasta por El, lo mismo en su entrada en Jerusalén, que durante sus predicaciones en el templo, que los sacerdotes no se atreven a detener a Cristo por temor de provocar una algarada (Mc., XIV, 2; cf. XI, 18). Ante tales hechos, ¿se puede sostener que la actitud del pueblo merecía un castigo así? Este entusiasmo del pueblo es indiscutible y sin embargo, su ceguera no lo es menos, recordamos cómo los judíos siguieron a Jesús al desierto, pero no podemos olvidar lo que entonces les advierte el Señor: «En verdad, en verdad os digo que me buscáis, no porque habéis visto milagros, sino porque habéis comido de los panes y quedasteis satisfechos» (Jn., VI, 26). Iguales reproches podrían haberse hecho en la entrada de Jerusalén: el movimiento es grande, pero pasajero porque era ciego, y el Padre Buzy concluye muy bien (pág. 350): «Si hubiera que caracterizar en unas frases esta posición de la turba frente a Jesús, se podría decir que ella se detenía más ante el Taumaturgo que ante el Mesías, más antes el Mesías popular que ante el auténtico, más ante el bienhechor de los cuerpos que ante el médico de las almas, más ante el orador simpático que ante el predicador. Sus sentimientos no eran, ciertamente, de odio, ni de indiferencia, ya que estos galileos estimaban a Jesús y creían por lo menos en su poder y en su bondad, pero no le tenían ni el amor ni la fe que el Maestro hubiera deseado. En el fondo, quedaban siendo hijos de un pueblo impulsivo, egoísta e irreflexivo. Veían, y no veían; entendían, y no comprendían; creían, y no creían, y menos aún se convertían.»

Estas disposiciones señalaban a Jesús las precauciones que debía guardar. Si hubiera contado con un pueblo, si no convertido, al menos sinceramente deseoso de convertirse, capaz, por consiguiente, de comprender algo más que sueños de grandeza y de independencia nacionales, hubiera podido exponerles con más claridad la naturaleza del reino de Dios, al mismo tiempo que sus personales reivindicaciones de Mesías; no habiendo hallado tal disposición, se contenta con proponer los caracteres más que reales del reino de Dios, la humildad de sus principios, la energía de su desarrollo y lo inmenso de su porvenir. Es lo que quiere dar a entender cuando dice: «A quien tiene se le dará y tendrá más, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará»: esta sentencia la hallaremos más adelante en la parábola de los talentos (Mt., XXV, 29; Mc., IV, 25; Lc., VIII, 18), y la ley que enuncia, y que a primera vista choca con nuestros instintos igualitarios, se verifica a

diario en el orden de los bienes de fortuna. Ya lo observaba en su tiempo Maldonado, si se va a elegir un banquero, se escoge preferentemente el que cuenta con más crédito, y lo mismo es en el orden espiritual: las gracias de Dios se llaman entre sí, y nada dispone tan eficazmente a recibirlas como el espíritu de fe y el amor de Dios, los mejores dones de Dios para recibir otros más altos.

Por lo demás esta oscuridad que era a la vez consecuencia y castigo de la obcecación judía, no estaba sin su designio de misericordia: por la forma un poco enigmática de sus parábolas, Jesús quería provocar la atención y picar la curiosidad; por eso, la misma llamada a sus oyentes: «escuchad», que les dice siempre como comienzo, y al concluir: «¡quien tiene oídos para oír, que oiga!» «No me digáis -escribe San Crisóstomo- que Jesús hablaba oscuro; podían venir los que le oían y preguntarle de nuevo, como lo hacían los Apóstoles, pero no querían, porque eran perezosos y abandonados. ¿Qué digo no querían? Hacían todo lo contrario, porque no sólo no creían, ni escuchaban, sino que encima atacaban y llevaban mal lo mismo que entendían» (P. G., LVIII, 473).

Se ve ya cómo esta actitud del Salvador se concilia con su misericordia y con su preocupación constante de instruir al pueblo. San Crisóstomo lo dice admirablemente: «De no haber querido salvar a los judíos, no tenía más que haberse callado, pues ninguna necesidad había de hablarles por parábolas, pero deseaba por el contrario estimularles con la oscuridad misma de su palabra» (Ibíd.). Así, debiendo enseñar una doctrina altísima y tan sujeta a fatales desprecios, y teniendo ante sí un pueblo obstinadamente enamorado de sus sueños, a quien por sus anteriores discursos no había logrado levantar a más altas preocupaciones, no debía enseñarles más de lo que pudiesen tolerar; por esto, ese algo oscuro de sus parábolas, o más exactamente ese algo incompleto: cada uno de estos pequeños cuadros que traza está perfectamente claro, mas no se sabe qué significado tiene, ni hasta qué punto es menester urgir su aplicación. Quien lee la parábola de la cizaña con la interpretación ofrecida por Nuestro Señor, notará que esta última desarrolla y glorifica la misión mesiánica en unas proporciones que la parábola no imponía de ningún modo, y la distancia aquí advertida entre las dos enseñanzas nos deja señalar lo que la parábola en el punto de la relación evangélica tiene de imperfecto y no acabado. Que Cristo en su predicación pública no fuera más allá, era a la vez la consecuencia y el castigo de la ceguera de los judíos. A Él no le tocaba, por lo demás, y en ellos estaba el rogarle que les introdujese más adentro en esta revelación del reino de Dios; Jesús quiso provocar por su parte este esfuerzo, y en la mayoría la tentativa fracasó.

Este análisis de hechos y de textos nos parece dar razón de unos y de otros, sin necesidad de eliminar nada, y sin que pueda caer la menor sombra sobre la bondad de Cristo y su sincero y eficaz deseo de convertir a sus oyentes.

Quédanos aún por examinar la cita de Isaías que los tres evangelistas recuerdan a este propósito. En la gran visión referida en el capítulo VI de su profecía, el vidente recibe la misión de Yavé: «Yo oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré?, ¿y quién irá por

nosotros?; y dije: Aquí estoy, enviadme. Y El me dijo: Vete y dirás a este pueblo: Oíd, y no queráis entender; ved la visión, y no queráis conocer. Ciega el corazón de este pueblo y haz pesados sus oídos, y cierra sus ojos, ¡no sea que vea con sus ojos y oiga con sus oídos, y entienda en su corazón, y se convierta y sane!» (VI, 8-10). El Padre Lagrange cita con esta ocasión el comentario de Duhm: «La religión, un remedio en sí, se convierte en veneno para quien la befa. Amós y Oseas amenazan con la supresión de la religión, mas en Isaías, el juicio consiste en el exceso de revelaciones divinas. La concepción isaíana ha prevalecido con razón en la escatología subsiguiente, y es la más profunda. El mundo no puede hallarse dispuesto para la nueva creación más que por el perfecto anonadamiento de su estado actual, ya que el aniquilamiento se ha hecho moralmente necesario por el paroxismo del pecado, y supone la más elevada manifestación del bien.» Este texto de Isaías se encuentra citado en varios sitios por los escritores del Nuevo Testamento. «Se ve por nuestro pasaje -dice aún Lagrange (Ibíd.)-, por San Juan (XII, 37) y por el relato de la predicación de San Pablo en los Hechos (XXVIII, 25), que en los primeros tiempos del cristianismo les había impresionado el parecido de la misión de Isaías con la de Jesús. Isaías fué encargado por Dios de predicar la penitencia, pero sabía que iba a ser sin efecto. La masa de la nación sería arrastrada a un desastre pavoroso del que sólo un residuo pequeño se salvaría, el cual había de ser el núcleo de un Israel renovado y más santo. ¿No era lo que pasaba ya a los ojos de los Apóstoles? Siempre existe, con todo, una diferencia entre la situación cual la describe Isaías y como se mostraba a los ojos de los evangelistas: para el profeta, es la luz excesiva que cegará a los judíos; para los discípulos de Jesús, será al contrario, la oscuridad de sus parábolas. Pero en los dos casos, los judíos se perderán por el abuso de lo que era un designio de misericordia.

Quedan esclarecidos estos puntos, y resta sólo hacer una pregunta: Dios hubiera podido escoger tales medios de conversión, que la perversa voluntad y ceguera de los judíos hubiesen cedido y no lo hizo. La última razón de este plan divino nadie puede darla; y hay que someterse y adorar. San Agustín, encontrándose con este texto de Isaías, escribe en su comentario de San Juan: «Aquí se presenta otra cuestión. Para tratarla como se merece, hay que sondear todos los repliegues tenebrosos, y ni mis fuerzas me lo consienten, ni el tiempo que tenemos, ni vuestra capacidad lo tolera.» Quiere, no obstante, dar alguna respuesta a los que dicen: ¿cuál es, pues, la falta de los judíos si su ceguera era fatal? «Les respondemos que el Señor que preveía lo futuro, predijo por sus profetas la incredulidad de los judíos. La vaticinó, pero no fué su causante, porque aunque Dios prevé los pecados futuros de los hombres, no fuerza a nadie a pecar» (Tr., 53). Esta respuesta es corriente entre todos los filósofos católicos que saben que la ciencia divina no impone necesidad alguna a sus objetos, y que aunque consagra su verdad, garantiza a la vez también la libertad del acto que ella conoce como libre. Pero esto no es más que una respuesta a una objeción, y no es, ni puede ser, la explicación de un misterio; por eso prosigue San Agustín: «Los juicios de Dios son justos, pero además secretos. Por esto, cuando se mueve una cuestión como ésta: ¿por qué fulano es tratado así?, ¿y el otro así?; ¿por qué éste es abandonado de Dios, al otro se le ciega y el de más allá socorrido e iluminado?, no pretendamos juzgar el juicio mismo de un juez tan grande, sino con el Apóstol digamos temblando: «¡Oh profundidades y riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son tus juicios, y cuán impenetrables tus caminos!» Por esto se dice también en el salmo: «Tus juicios son un abismo sin fondo.» Así, pues, hermano, no me comprometa

más tu caridad haciéndome penetrar estas profundidades, discutir este abismo y sondear lo que es impenetrable. Yo conozco mi debilidad, y creo sentir además la vuestra. El empeño es demasiado pretencioso para mis recursos, muy arduo para mis fuerzas, y pienso que también para las vuestras. Escuchad a la vez la Escritura, que nos advierte: «No busques lo que está sobre ti, ni escudriñes lo que es demasiado para ti (Eccli., III, 22)» (In Ioann., tract. LIII, 4, 6-7).

Yo creo que, sin vergüenza ni falsa modestia, podemos aplicarnos lo que San Agustín juzgaba de sí y de sus oyentes: tales misterios están muy por encima de nosotros, y si queremos escudriñarlos, nos agobian. Contentémonos, pues, con las enseñanzas recogidas y adoremos los designios de Dios. Observemos, además, que si las parábolas del reino resultaron oscuras para los judíos, no lo fueron para los discípulos. La turba, decíamos arriba, podía haber preguntado a Cristo, y no quiso; hicieronlo los Apóstoles, y consiguientemente se les concedió conocer el misterio del reino de Dios. Es claro que su alma no estaba libre de prejuicios, pues sus sueños de grandezas nacionales les eran aún queridos, y hasta el día de la Ascensión importunan a Jesús con sus ambiciones e impaciencias. El Maestro les soporta con magnanimidad, pero a la vez trae sin cesar a su mirada perspectivas que les desconciertan: es menester que Cristo sufra y muera, que el reino de Dios cueste este precio; a veces, lo mismo que San Pedro en Cesarea de Filipo, los Apóstoles se sublevan ante esta idea, pero el Señor les reprende con severidad y se doblegan. Así, poco a poco, van habituándose a estas nuevas revelaciones, que son siempre difíciles de concebir y pesadas de llevar, pero que el Espíritu Santo vendrá a iluminar y transformar el día de Pentecostés. Este depósito es el tesoro común de la Iglesia.

De este modo, lo que las turbas ciegas no pudieron recibir del mismo Cristo durante su vida mortal, lo recibirían de los Apóstoles. Ellos serían los doctores de la ley nueva, y como fieles intendentes, sacarían de su depósito todas las riquezas de que nosotros necesitamos, *nova et vetera*. Este es su privilegio y su dignidad: lo que los profetas y los reyes han deseado ver sin conseguirlo y lo que la turba ve sin verlo, ellos lo contemplan y entienden. Pero, una vez más, esta ciencia no es para ellos solos y Jesús se lo advierte en estas frases que cita San Marcos:

¿Por ventura se trae una lámpara para meterla debajo de un celemín, o debajo del lecho?; ¿no la traen para colocarla sobre el candelero? Porque no hay cosa escondida que no se haya de manifestar ni secreto que no venga a saberse. Si alguno tiene oídos para oír, que oiga (Mc., 21-23).

En el Evangelio no hay doctrina alguna esotérica que sea y deba ser secreto de solos iniciados: los gnosticismos de todos los tiempos tendrán esos misterios, pero la doctrina de Cristo, no.

Más, para que los Apóstoles pudiesen transmitir a la Iglesia todos estos misterios, era menester que primero los hubiesen recibido en depósito. De aquí que el principal esfuerzo de Cristo caiga sobre la formación de los que van a ser sus testigos. Hemos seguido la misión de Jesús en Jerusalén y en Judea, y hemos visto cómo la envidia

desconfiada de los fariseos le obligó a abandonar la comarca y volverse a Galilea. Aun allí la primera emoción de la multitud es viva y entusiasta; admira sus milagros, se conmueve con la autoridad de su palabra, está ávida de escucharle y le rodea y sigue por todas partes. Desgraciadamente para la mayoría, esta admiración es estéril; las llamadas a la penitencia les dejan inertes, y ni siquiera se ve en la turba que oprime a Jesús aquel ardor de conversión notado en el Jordán durante la predicación del Bautista. Los más escuchan al Señor sin preocuparse de poner en práctica lo que manda, como edificadores insensatos que construyen sobre arena. Y ya, la tempestad y las avenidas de los torrentes que amenazan el edificio imprudentemente cimentado: los fariseos espían a Cristo, se ofenden de su doctrina y de sus milagros y blasfeman del espíritu que está en El. Las masas les escuchaban sin seguirles aún. Pero bien pronto llegará el instante de tomar una resolución, por la cual quien no está con el Señor, estará contra El. Después de la predicación moral que ha llenado los primeros meses, Jesús comienza a exponer su misión, el reino de Dios que ha venido a establecer sobre la tierra. Aún le escucha la multitud con avidez, pero mal convertida, y consiguientemente mal preparada, no puede comprender este reino de Dios tan distinto del que ella imaginaba en sus sueños. Esta ceguera obliga a Jesús a proponer su doctrina bajo el velo de las parábolas, velo transparente sin duda para el que quiera ver y para quien sabe ver, y velo que desea se le manden alzar todos los que le escuchan, como lo hacía con sus Apóstoles. Pero ni las apremiantes llamadas de Cristo despiertan la atención de la turba, ni la semioscuridad de las parábolas excita su curiosidad; oye, pero sin intención de entender más, ni de obrar mejor. Desde entonces todos los cuidados del Señor se concentran en sus Apóstoles. Pero por eso tampoco abandona a la multitud, y sigue teniendo compasión de estas pobres ovejas sin pastor. Su gran preocupación es prepararles zagales. A ellos les entrega este misterio del reino, que las turbas no pueden comprender aún y que los Apóstoles le harán entender más adelante; sobre todo, va manifestándose a sí mismo por su vida diaria, por sus conversaciones familiares y por revelaciones más esplendentes, como la transfiguración, que ha de fundamentar la fe de los Apóstoles preferidos, fortificándoles para el escándalo de la Pasión y para iluminación posterior de la Iglesia entera.

## II.- LAS PARÁBOLAS

En el estudio precedente se ha examinado la forma de la enseñanza de Cristo: ¿qué son las parábolas evangélicas?, ¿por qué habló Jesús en parábolas? Otra cuestión queda aún, no de menos importancia: ¿cuál es esa doctrina de Jesús expuesta por las parábolas? ¿Qué reino de Dios es éste que comienza a predicar? Para comprenderlo, el método, si no el más rápido, sí el más seguro, es seguir paso a paso al Señor, leer sus parábolas y, cuando la tenga, leer la interpretación que El propone.

Mc., IV, 3-9: Oíd: He aquí que salió el sembrador a sembrar. Y al tiempo de sembrar, una parte cayó cerca del camino, y vinieron las aves del cielo y la comieron. Y otra cayó sobre el terreno pedregoso, donde no tenía mucha tierra, y nació luego, porque no había profundidad de tierra; mas, luego que salió el sol, se asolanó, y como no tenía raíz, se secó. Y otra cayó entre espinas, y crecieron las espinas, y la ahogaron y no creció. Y otra cayó en buena tierra, y dió fruto, uno de treinta, otro a sesenta y otro a ciento. Y decía: Quien tiene

oídos para oír, que oiga. Cf. Mt., XIII, 3-9; Lc., VIII, 5-8. (Las diferencias son poco notables con el texto de Marcos, que es el de más detalle y el más matizado de los tres.)

Esta parábola del sembrador es la única de esta serie que se lee en los tres sinópticos; y en este respecto se la puede comparar con la parábola de los viñadores, que también está en los tres. Esta coincidencia se explica por la importancia de las dos parábolas: la de los viñadores hace entender toda la misión de Cristo, y la del sembrador tiene por objeto la predicación del Evangelio y el recibimiento que alcanza; hace además el papel de introducción con respecto a las restantes parábolas del reino, en las que se describen el reino y las leyes de su desenvolvimiento, aquí se nos pinta su promulgación.

La escena del sembrador está descrita en San Marcos, sobre todo, con una precisión de detalles que la dan gran vida y verdad: es el espectáculo que los oyentes de Jesús tenían todos los días delante de sus ojos, y que hoy aún se ve en todos los campos de Palestina. Las rutas no son en su mayoría otra cosa que pistas marcadas sobre la tierra no pedregosa; y cuando los acarreos han cavado allí profundos carriles que los grandes chubascos primaverales llenan de cieno, los transeúntes tiran camino adelante por el campo, y la pista primitiva se prolonga a derecha e izquierda: sobre esta tierra trillada, el sembrador arroja su grano que es una ganga para los gorriones. Al lado, el suelo pedregoso que se halla en tantos campos de Palestina, después las espinas, la buena tierra y su rendimiento de treinta, sesenta y ciento por uno.

Jesús había principiado su discurso por aquel «oíd», y le concluye repitiendo: «Quien tiene oídos para oír que oiga.»

Era una llamada de atención al auditorio, y Cristo se contentaba con proponer la parábola sin dar la interpretación; luego que cada uno trabajase sobre el tema. Los más próximos, y los más íntimos a la vez, le interrogan.

Mc., IV, 10-20: Y cuando estuvo solo, le preguntaron los doce, que estaban con Él, sobre la parábola. Y les decía: A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios: mas a los que están fuera, todo se les trata en parábolas, para que viendo, no vean, y oyendo, no oigan y no entiendan: no sea que alguna vez se conviertan y les sean perdonados los pecados. Y les dijo: ¿No entendéis esta parábola?, ¿pues cómo las entenderéis todas? El que siembra, siembra la palabra. Y éstos son los de junto al camino, en los que la palabra es sembrada, más cuando la han oído, viene al punto Satanás y quita la palabra que fué sembrada en sus corazones. Y asimismo, éstos son los que reciben la simiente en pedregales, los que cuando han oído la palabra, luego la reciben con gozo: mas no tienen raíz en sí, sino son temporales, y después, en levantándose la tribulación y la persecución por la palabra, luego se escandalizan. Y éstos son los que reciben la simiente entre espinas, los que oyen la palabra, más los afanes del siglo y la ilusión de las riquezas y las otras pasiones a que dan entrada, ahogan la palabra y no dan fruto alguno. Y éstos son los que reciben la simiente en buena tierra, los que oyen la palabra y la reciben y dan fruto, uno a treinta, otro a sesenta y otro a ciento.

En esta explicación se distinguen fácilmente dos partes: en la primera expone Jesús a sus discípulos por qué habla en parábolas a la turba, y esto ya queda comentado más arriba ; en la segunda les interpreta la parábola del sembrador.

Este comentario es de una transparencia límpida, y basta su lectura para comprenderlo. No es con todo inútil insistir, ya que nos permite conocer mejor que todas las descripciones, los grupos diferentes del auditorio que Jesús encontraba ante sí. La expresión que hallamos en San Marcos (y también en San Lucas y parcialmente en San Mateo): «los que están a lo largo del camino», «los que reciben la simiente en pedregales...», no debe detener a ningún lector ; y claro está que si se quiere hablar en rigor, no son los oyentes los que se siembran, mas la palabra la que «es sembrada en sus corazones» (Mt., XIII, 19); son detalles de redacción, a los que todo lector del Evangelio debe estar hecho, y que él mismo rectifica luego.

Los primeros, figurados por el camino, no ofrecen a la palabra más que un lecho de tierra pisada y dura, que el Evangelio no penetra; Satanás viene y se lleva la semilla que ha quedado inerte y a flor de tierra. Los segundos son el suelo pedregoso; como una tierra móvil y ligera, han recibido la simiente que ha germinado y crecido con rapidez, pero no tenía raíces y las primeras persecuciones que sobrevienen la secan y la queman. Se reconoce en éstos a aquellos a quienes Cristo comparó en el final del sermón del monte, al hombre que levanta su casa sobre arena: la primera tempestad que se alza, echa por tierra el edificio. En el momento en que Jesús habla, su obra naciente no se ve aún expuesta a grandes persecuciones, pero lo está a las sospechas y al descrédito. En seguida sus adeptos serán arrojados de la sinagoga (Jn., IX, 22), y para afrontar la oposición del judaísmo oficial, y no escandalizarse por estas decisiones de las autoridades religiosas más veneradas, es necesario algo más que el fervor pasajero que acoge la palabra de Dios con gozo, pero sin hacerla echar raíces profundas con la práctica de la doctrina recibida.

El terreno que luego se siembra no es del todo estéril, pero se ve invadido por las espinas: el Señor presenta en él a los oyentes preocupados por las solicitudes de este mundo y por la seducción de las riquezas, volviendo ahora a encontrarnos con las enseñanzas del sermón de la montaña: allí también arrancaba Jesús a sus oyentes de estas preocupaciones que llenan el alma y que la impiden ser de Dios: «Nadie puede servir a dos señores» (Mt., VI, 19); y luego, como lo observa Jesús, el amor de las riquezas no viene solo, sino que le acompañan las otras pasiones, ahogando la semilla del Evangelio y haciéndola estéril. Esta comparación de Cristo la desenvolverá Hermas en el Pastor, Sim., IX, 20:

Del tercer monte, aquel que está cubierto de espinas y de cardos, llegan los creyentes que veis aquí: los unos son ricos y los otros enredados en el tráfigo de los negocios: los cardos representan a los ricos, y las espinas a aquellos que están enzarzados en multiplicidad de ocupaciones. Estos últimos, los que se encuentran metidos en esta nube de negocios de todas clases, no frecuentan el trato con los siervos de Dios, sino van lejos de ellos, a la aventura, ahogados como se hallan por sus quehaceres. Los ricos no visitan sino muy raras veces a los siervos de Dios, por el temor de que les pidan alguna cosa. Tales hombres no



entrarán sino con dificultad en el reino de Dios. Y como es difícil caminar con los pies descalzos por entre cardos, igual de difícil es a estos hombres entrar en el reino de Dios.

Por fin, la cuarta categoría, una sola entre las cuatro anota Reuss, y bien, aunque no ha de insistirse mucho en ello, pues nada nos dice la cifra de los oyentes que pertenecían a cada una de estas clases. Es la de los que no sólo oyen la palabra, mas la reciben o aceptan (Marcos), la cogen (Mateo), la retienen (Lucas), el cual añade: «Ellos llevan fruto con paciencia»; opónense según esto a los oyentes inconstantes a quienes la adversidad desconcierta y derrota; v así la última frase de esta parábola es eco de la postrera cláusula del sermón del monte: para dar fruto en la escuela de Cristo es menester saber soportar las tempestades y las persecuciones con paciencia.

Mc., IV, 26-29: Decía también: El reino de Dios es como un hombre que echa la semilla sobre la tierra, que duerme y se levanta de día y de noche, y la semilla brota y crece sin que él lo advierta. Porque la tierra de suyo da fruto primero yerba, después espiga y, por último, grano lleno en la espiga. Y cuando ha producido los frutos, luego se echa la hoz, porque llegó la siega.

Esta parábola sólo se lee en San Marcos, y es la única de su evangelio que no tiene su paralela en los otros sinópticos. La parábola anterior ponía a plena luz las diversas disposiciones de los oyentes del Evangelio, ésta como las que siguen tiene por objeto el reino mismo y las leyes de su desarrollo. De nuevo el Evangelio se nos presenta comparado con una semilla, pero Jesús no pretende enseñarnos con esto que el germen que El ha venido a depositar en el mundo se ha de desenvolver según las leyes peculiares y bajo el impulso de su propia fuerza de expansión. Estas lecciones, por lo demás fundadísimas, pueden sacarse de otros pasajes; aquí quiere hacernos comprender que Dios es quien asegura el crecimiento de la semilla; el hombre que la sembró continúa su vida ordinaria según el ritmo cotidiano de vigilia y reposo; no se preocupa más del grano, el cual crece no sabe cómo, y vuelve sólo para recogerlo cuando está maduro. «Ni el que planta ni el que riega son cosa, sino Dios que da el crecimiento» (I Cor., III, 7); San Pablo recordará esta verdad a sus fieles para apartarles de cuestioncillas de personas y de los corrillos que de ellas nacen; mas Jesús pretende otro fin; quiere dar a entender que el progreso del Evangelio es, antes que nada, obra de Dios. «Como el labrador -dice Loisy-, Jesús siembra el reino predicando el Evangelio; aunque no le pertenece recoger la siega, esto es, el completo advenimiento del reino ; por esto el no impacientarse porque la venida no se realice inmediatamente, que es negocio de Dios, como el desarrollo actual y misterioso del reino es obra y secreto suyos». Al mismo tiempo, el oficio del sembrador que vuelve cuando el grano está maduro para segar, debía dejar entender a sus discípulos lo que El vendría a realizar y cómo habían de entenderlo: «Inmediatamente que los discípulos le hayan reconocido como Mesías y como juez, necesariamente también han de mirar en El al segador, y cuando haya desaparecido, dejando el reino de Dios destinado a crecer, los Apóstoles comprenderán que este reino que ellos predicán, se debe desarrollar sin la presencia del Maestro, que sólo al final se presentará a recoger la cosecha. Así esta parábola tan sencilla en apariencia era susceptible de un desenvolvimiento indefinido. Los que la entendiesen debían interpretarla sobre todo en el sentido infalible del reino de Dios. Ella les convidaba a la vez a la confianza y a la calma. Y en este doble respecto era apropiadísima para aquellos galileos deseosos de nuevos sucesos, siempre dispuestos a intervenir con violencia por el establecimiento del reino de Dios».

Mt., XIII, 24-30: Les propuso otra parábola, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Y mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Y después que creció la yerba, y dió fruto, apareció también entonces la cizaña. Y llegándose los siervos al dueño, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo?, ¿pues de dónde tiene cizaña? Y les dijo: El enemigo lo ha hecho. Y le dijeron los siervos: «¿Quieres que vayamos y la cojamos? No, les respondió: no sea que cogiendo la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y en el tiempo de ella diréis a los segadores: coged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla, pero el trigo recogedlo en mi granero.

Esta parábola, que únicamente se lee en San Mateo, es de interpretación también fácil, y su fin es dejar comprender cómo la semilla divina es siempre buena y el mal anda mezclado con el bien en el mundo: los criados se extrañan y dicen al dueño: ¿Acaso no sembraste simiente buena en tu campo?, ¿de dónde viene el mal? Y Dios les responde: Un hombre enemigo lo ha hecho. Entonces los siervos irritados y escandalizados de ver esta cizaña mezclada con el buen trigo, quieren ir a arrancarla y Dios les contiene: la limpia no debe hacerse aún, pues correría peligro de arrancarse juntamente el trigo con la cizaña, y es conveniente esperar hasta la siega. Una vez más, todo esto es de una transparencia grande y de aplicación inmediata; el reino de Dios germina apenas, y en la hierba que comienza a crecer vese ya la cizaña con el trigo. Entre la turba que rodea a Cristo, aparecen discípulos no sólo sinceros y fieles, sino indecisos y enemigos también, que oyen para espiar y denunciar; y a medida que el sembrado bueno crezca, la cizaña se erguirá más alta y más espesa: «Es necesario que haya herejías» y falsos hermanos. Y luego, el escándalo, y la pregunta: ¿de dónde viene esto? Es el enemigo que sembró todas esas malas hierbas, responde Dios. La herejía es «la primogénita de Satanás». Se advertirá aquí también el carácter netamente personal de este enemigo de Dios, pues Jesús pudiera haber presentado la cizaña como acarreada por el viento o traída por los pájaros, y la pinta sembrada malignamente, de noche, por el enemigo; por eso, en la interpretación de la parábola del sembrador exclamaba hablando de los primeros oyentes, los figurados en el camino: «Llega Satanás y se lleva la palabra que había sido depositada en ellos.»

Pero la impaciencia humana no se tranquiliza con saber de dónde proviene el mal, y querrá arrancarle: «¿Quieres que vayamos y recojamos la cizaña?» Los hijos de Zebedeo indignados ante la repulsa dada a Jesús por los samaritanos preguntábanle: «¿Quieres que mandemos bajar fuego del cielo, que les abraze?» (Lc., IX, 54). ¡Cuántos participan de su impaciencia! Sin duda que toda planta que no ha plantado el Padre celestial será arrancada (Mt., XV, 13), pero más adelante, el día de la siega. Por esto San Juan en el Apocalipsis hace oír el grito que lanzan al Señor los que murieron por su causa en la tierra: «¿Hasta cuándo, Señor santo y veraz, harás justicia y vengarás nuestra sangre en aquellos que viven en el mundo? Entonces se les dió a cada uno de ellos una estola blanca, y se les dijo que tuviesen paciencia un poco de tiempo, hasta que esté completo el número de sus consiervos y hermanos que deben ser, como ellos, sacrificados» (Apoc., VI, 10-11).

San Mateo, antes de dar la interpretación de esta parábola, expone la del grano de mostaza y del fermento, aunque podemos invertir el orden por él seguido, para no separar la parábola de la explicación que el Señor dió a sus discípulos.

Mt., XIII, 36-43: Entonces, despidiendo a las gentes vino a casa, y llegándose los discípulos le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. El les respondió: El que siembra la buena simiente es el Hijo del Hombre. Y el campo es el mundo. La buena semilla son los hijos del reino. Y la cizaña son los hijos de la iniquidad. El enemigo que la sembró es el diablo. Y la siega es la consumación del siglo. Y los segadores son los ángeles. Por manera que, así como se coge la cizaña y se la quema al fuego, así será en la consumación del siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles y recogerá de su reino todos los escándalos y a los que obran iniquidad, y los echará al fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. Quien tiene oído para oír, que oiga.

La interpretación del Señor es notable por varios títulos, lo primero, por el relieve con que aparece el papel central del Hijo del Hombre, sembrador y también juez. El es asimismo el que preside la recolección, los ángeles son los ejecutores de sus órdenes, que van bajo sus instrucciones, a arrancar de su reino la cizaña del buen grano. El campo de su acción es el mundo; el horizonte, limitado durante el ministerio de Jesús al pueblo de Israel, se entreabre y muestra a los Apóstoles la longitud sin término de su acción. Los malos y condenados no aparecen aquí tampoco como fuera del radio de influencia de Cristo; están en su reino, pero son seductores que causan la ruina de los demás y artesanos que fabrican la iniquidad. La suerte final de buenos y malos está dibujada aquí con los rasgos de siempre en el Evangelio, y como lo observa Reuss, no puede seleccionarse en esta pintura, separando como en una estantería tradicional, lo que se dice del castigo de los condenados y conservando como un dogma la descripción de la felicidad de los escogidos. Se notará, en fin, que la interpretación de la parábola acentúa sobre todo, no precisamente la palabra divina, mas las dos categorías de oyentes, la primera sembrada por el Hijo del Hombre, la otra por el diablo: ¿no es esto la misma; concepción, tan familiar a San Juan, de los hijos de Dios y los hijos del diablo?

Vemos, pues, que las enseñanzas implícitas en la parábola están luego desarrolladas en la explicación de Jesús a sus Apóstoles, a los cuales no se contenta con darles la clave de los símbolos que emplea, sino que por ellos les profundiza. El comentario del Padre Lagrange, citado más arriba, indicaba en la parábola de la semilla que brota en silencio, una fuente de verdades religiosas más profundas que las que allí se entienden en un principio. Aquí encontramos la misma doctrina, y Cristo es quien nos convida a este estudio más íntimo.

Mc., IV, 30-32: Y decía Jesús: ¿A qué asemejaremos el reino de Dios?, ¿o con qué parábola lo compararemos? Es como un grano de mostaza, que cuando se siembra en la tierra es el menor de todas las simientes que existen, pero cuando fuere sembrado, sube y crece más que todas las legumbres, y cría grandes ramas, de modo que las aves del cielo pueden morar debajo de su sombra. Cf. Mt., XIII, 31-32; Lc., XIII, 18-19. Mt., XIII, 33: Y les dijo otra

parábola: El reino de los cielos es semejante a la levadura que toma una mujer y la esconde en tres medidas de harina, hasta que todo queda fermentado. Cf. Lc., XIII, 20-21.

Estas dos parábolas tienen un alcance parecido, y ambas dibujan el desarrollo del reino; nada tan pequeño y escondido al principio, y nada tan grandioso al fin. Las imágenes de que Jesús se sirve para dar esta lección son familiares a todos sus oyentes: los judíos repetían a manera de proverbio: «Pequeño como un grano de mostaza». El arbusto que de él nacía no era un árbol grande tampoco, pero siempre mayor que todas las hortalizas del campo, y esto bastaba. «Las aves del cielo vienen a reposar bajo su sombra.» Era imagen querida de los profetas. Ezequiel decía de Assur: «Todos los pájaros del cielo hicieron sus nidos por sus ramas» (XXXI, 6), y Nabucodonosor vióse en sueños como un árbol gigante: «a su sombra habitaban las bestias del campo, y en sus ramas cantaban las aves del cielo, y de él comía toda carne» (Dan., IV, 9; cf. 18). Al tomar la misma imagen y aplicarla al reino de los cielos, trae Jesús a la memoria todos esos grandes imperios.

La levadura más bien suscita por otra imagen una idea algo diferente. Es la fuerza asimiladora del Evangelio aquí simbolizada: humildes comienzos y pujante desarrollo. Entre la antigüedad judía lo mismo que entre la griega, la levadura era un signo de impureza y de corrupción, y la institución de los ácidos para el día santo de la Pascua confirmaba aún más tal impresión: este pasaje es el único que muestra otro aspecto de la levadura que San Ignacio de Antioquía tomará en el mismo sentido más tarde: «Arrojad la mala levadura, la levadura vieja y avinagrada, y transformaos en la nueva levadura que es Jesucristo» (Magn., 10).

Comentando la parábola del grano de mostaza, escribía Reuss (página 322): «El reino de Dios no comienza por resplandor ni por una victoria decisiva y deslumbrante como lo esperaba la fe popular; nace en la oscuridad y se inicia modestamente en el corazón de un reducido número de discípulos, para ganar insensible, lentamente el terreno hasta que reúna bajo su imperio a todos los hombres. Nada prueba mejor que esta parábola cuán lejos andaba Jesús de participar de las fantásticas esperanzas de su tiempo relativas a una revolución inmediata en el gobierno del mundo. Si temporalmente mostró compartir estas ilusiones, textos como el presente nos permiten apreciar la naturaleza de sus doctrinas positivas.» ¿No se podría añadir que se ve en este plan providencial una señal de Dios? En la Naturaleza, las obras más perfectas son las vivas cuyo crecimiento se efectúa progresivamente bajo el impulso vital que se les infunde. Las obras humanas son, al contrario, obras de arte que surgen repentinamente, pero sin vida: el Evangelio no debía ser así, sino obra de Dios, obra viviente y lentamente progresiva, pero que cubriría la tierra y transformaría al hombre.

Mt., XIII, 44-45: El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que, cuando lo haya un hombre, lo esconde, y, por el gozo, va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo. El reino de los cielos es asimismo parecido a un negociante que busca buenas perlas. Y habiendo encontrado una de gran precio, se fué y vendió cuanto tenía y la compró.

Ambas parábolas encierran la misma enseñanza: el reino de los cielos es de tanto

precio, que merece se venda cuanto uno posee; sobrepasa todos los valores, y por muy caro que se compre, vale siempre infinitamente más. Las dos parábolas son transparentes, y se ha preguntado, a propósito de la primera, qué hay que pensar del proceder de este hombre que encontrando el tesoro en el campo lo esconde de nuevo y marcha a comprar la posesión: semejantes tesoros soterrados en las heredades no eran raros, y en la parábola de los talentos, uno de los depositarios entierra el depósito recibido: un tesoro oculto en esta forma, ¿pertenece legítimamente al que lo hallaba? Es un punto moral sobre el que se discutía, y que aquí no nos interesa resolver, y por lo mismo, va poco en inquirir por qué motivo el que lo ha descubierto lo entierra de nuevo: ¿será, tal vez, para que otro no lo coja?; ¿es, a lo mejor, por poder comprar el campo al dueño sin que sospeche lo que vende? No hay por qué entrar en estas cuestiones; lo que aquí interesa es el valor del tesoro: quien da con él, se siente dichosísimo de poder adquirirlo aun a precio de todos sus bienes. Lo mismo se diga de la perla; el hombre retratado en la parábola no parece un coleccionista, sino un mercader: la perla hallada es su fortuna, y quien la posee no sospecha su precio, pero él la reconoce, vende lo que tiene, la compra y es feliz.

La doctrina enseñada aquí en parábolas es la misma que Jesús iba a dar a sus Apóstoles al enviarles a misionar: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí, y quien no toma su cruz para seguirme, no es digno de mí. Quien halla su alma la perderá, y el que la perdiere por mí, la hallará» (Mt., X, 37-39).

Mt., XIII, 47-50: El reino de los cielos es parecido a una red que echada a la mar, recoge toda clase de peces. Y cuando está llena la sacan a la orilla, y sentados allí, escogen los buenos y los meten en cestas, y tiran fuera los malos. Así será en la consumación del siglo; saldrán los ángeles, y apartarán los malos de los justos, y los meterán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes.

Esta última parábola tiene gran parecido con la de la cizaña, y retrata también la mezcla de buenos y malos en el reino de Dios, pero sin señalar la acción doble de Dios y del diablo. Los Apóstoles aparecen como pescadores de hombres, en cuya red se recogen buenos y malos, pero ellos no son los que hacen la selección; al fin del mundo, los ángeles arrojarán a los malos en el infierno. El oficio de los ángeles es, pues, el mismo aquí que en la parábola de la cizaña.

Mt., XIII, 51-52: ¿Habéis entendido todo esto? Ellos dijeron, sí. Y añadió: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familias que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

San Mateo, después de haber transcrito siete parábolas, añade esta breve sentencia de Cristo a modo de conclusión: un poco antes había anotado el ruego de los discípulos preguntando a Jesús: «¿Por qué hablas en parábolas?» Evidentemente que el método les desconcertaba y el Señor se asegura ahora de que han entendido efectivamente. Ni hay lugar a extrañarse de que se contente con esta seguridad, sin interpretar las últimas palabras, como lo había hecho en el sembrador y en la cizaña, que eran los dos trozos más extensos y más repletos de enseñanzas. Por el contrario, las parábolas que concluye de exponer son tan cortas y tan claras que no exigían explicación; además que las declaraciones anteriores

debían también ayudarles a comprender estas postreras enseñanzas: si los Apóstoles habían entendido la parábola de la cizaña, tenían que comprender también la de la red.

Persuadido de que los Apóstoles se han hecho cargo de su pensamiento, añade Jesús que todo doctor iniciado en el reino de Dios es semejante al dueño de una casa, que saca de sus arcas lo viejo y lo nuevo. Aquí otra sorpresa: ¿qué cosa más antipática a Cristo y al Evangelio que el espíritu de los escribas? Asemejar a ellos los Apóstoles, podrá ser obra del redactor del Evangelio, pero nunca de Jesús. Esto es olvidarse de que Cristo hablaba la lengua de su tiempo y de su pueblo, y de que podía sin renegar de sí tomar para explicárselo a los Apóstoles este título de doctor, o de escriba. Y ciertamente que no se parecerán a los escribas del judaísmo como tampoco la enseñanza de su Maestro tendrá mucho parecido con la de los fariseos. Pero, no obstante, serían doctores transmitiendo e interpretando los tesoros de verdad que habían recibido y esto podían comprenderlo, tanto más, cuanto que Jesús se lo anunciaba en la lengua que les era familiar. Por lo mismo dirá más tarde: «He aquí que yo os envío profetas, sabios y escribas» (Mt., XXIII, 34). Estos doctores del reino de los cielos sacarán de sus tesoros lo viejo y lo nuevo: la doctrina de las parábolas les indica cómo todo lo que sucede a su vista puede traducir los misterios del reino. El ejemplo de Cristo y su luz les enseña también cómo deberán sacar de su tesoro religioso las verdades que enseñen a los hombres: todo será para ellos, y lo comprenderán todo, para enseñarlo después a la Iglesia.

## **CAPÍTULO VIII**

*ULTIMO PERIODO DEL MINISTERIO EN GALILEA. NAZARET. LA MISION DE LOS APOSTOLES. LA MULTIPLICACION DE LOS PANES. EL PAN DE VIDA I-La tempestad*

II.- El endemoniado

III.- La hemorroísa y la hija de Jairo

IV.- Nazaret y las ciudades del lago

V.- La misión de los Apóstoles

VI.- La muerte de San Juan Bautista

VII-La multiplicación de los panes. Cristo anda sobre las aguas

VIII.- El pan de vida

IX.-Genesaret. Discusión con los fariseos de Cafarnaún

### **I.-LA TEMPESTAD**

El relato de la tempestad apaciguada se lee en los tres sinópticos, pero su colocación en el cuadro de la historia evangélica es diversa en todos ellos (Mc., IV, 35 y sgg.; Lc., VII, 22 y sgg.; Mt., VIII, 18 y siguientes). La narración de San Marcos, que es la más circunstanciada, junta explícitamente esta travesía del lago con la predicación del reino de los cielos y las parábolas. Aquí otra vez hemos de seguir también los recuerdos de San Pedro: Jesús había subido a una barca para exponer las parábolas; concluyó su predicación y, caída la tarde, se decidió a pasar el lago. No bajó de la barca y «en la que estaba» partió. Le hallamos ahora tal como se dibujara al escriba, no teniendo dónde reposar su cabeza, yendo de aquí para allá según lo reclamaba su misión, sin preocuparse del albergue y sin preparativos de viaje, pues sus discípulos son también gente pobre como El. Marchóse. Seguíanle algunas embarcaciones, probablemente de oyentes que deseaban escucharle aún, de los que no se hablará más en el relato, y que se puede pensar que la misma tempestad dispersó.

En estas barcas del lago, el puesto de honor aun hoy día es la popa, donde hay un asiento de lana o un cojín. Cristo apoyó allí la cabeza y se durmió. Preveía la tempestad y quería poner a prueba la fe de sus discípulos, aunque también estaba fatigado de la larga jornada, y el sueño era para Él como para nosotros una necesidad física. Duerme, lo mismo que en el recorrido de la Samaria, cansado por el camino y el sol, reposa sentándose junto al pozo de Jacob. Esta vez es la única que el Evangelio nos le presenta dormido.

Repentinamente se alza la tempestad, pues en este lago cavado como una cubeta profunda a la que rodean altas montañas, las tempestades son en invierno frecuentes e imprevistas. Por las gargantas que atraviesan los acantilados del nordeste y del este, el viento se encajona y alborota la mar, y así describen esta tempestad San Marcos y San Lucas. La barca, muy cargada, pues llevaba al Señor y a sus doce Apóstoles, vióse bien pronto sumergida por las olas, hasta llegar casi a llenarse Cristo duerme aún, y los discípulos, muertos de pavor, le despiertan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» Es notable que, aun bajo la turbación de este espanto, no se les ocurre que pueda existir peligro para Jesús, pero su sueño les parece descuido frente a su propio peligro: en una ocasión menos trágica, Marta se admirará también de ver a Jesús despreocuparse de su afán: «Señor, ¿no te da cuidado de que mi hermana me deje servir sola?» (Lc., X, 40'). Esta consternación, ¿no nos parece natural a todos, y no hallamos a Dios demasiadamente olvidado de nuestras penas y peligros? Jesús se levanta y con una palabra sosiega la tempestad, y reconviene a sus Apóstoles de su poca fe. Según San Marcos y San Lucas, comienza por calmar la tempestad; en San Mateo aviva la fe de los discípulos y la exige antes de realizar el milagro. Tal divergencia no es de cuidado y lo que importa, sobre todo, es la soberana autoridad con que Jesús calma los vientos y la mar: «Moisés había hecho algo semejante, pero el Señor aparece aquí mucho más grande; aquello era un milagro del siervo, aquí es del Dueño que no necesita vara, ni elevar los ojos al cielo, ni dirigir una oración ; manda con una palabra». En estas circunstancias los Apóstoles se mostraron cobardes, mas no del todo incrédulos; creen en su Maestro, cuentan con su protección, y por eso le despiertan, pero es aún fe muy imperfecta, y basta su sueño y esta especie de

aparente despreocupación para desconcertarles: por eso les reprende Jesús; más adelante, ¡cuántas tempestades más terribles exigirán de ellos una fe más firme! ...

Esta advertencia, y más aún la contemplación del milagro, era afianzar esta fe vacilante. Los Apóstoles quedaron espantados, pero no con ese terror por el peligro que les invadía un momento antes, sino con aquel pavor religioso que se apodera del hombre cuando se encuentra frente a una fuerza divina, como aquella que después de la pesca milagrosa prosternaba a San Pedro a los pies de Jesús: «Retírate de mí, Señor, porque soy un pecador.» Observamos entonces que Pedro se había emocionado más profundamente con este milagro, por relacionarse con su vida cotidiana; lo mismo se diga hoy: una tempestad apaciguada con una palabra era para los marineros del lago un milagro más sorprendente que la curación de un paralítico o la liberación de un endemoniado. En los otros prodigios habían sido testigos, y en éste eran ellos los beneficiados y su sujeto y sobre todo los demás no provocaban en ellos esta verificación evidente de una larga experiencia: habían contemplado muchas tempestades, sabían que no se apaciguaban con una palabra, y menos repentinamente, pues cuando el viento amaina, la mar permanece aún un rato movida, y ahora era la calma absoluta inmediatamente después de la tormenta. A propósito de la curación de la suegra de San Pedro, se observó que aquel violento acceso de fiebre no le dejó debilidad alguna, y que la enferma milagrosamente curada se había puesto sin tardanza a servir al Señor; aquí se advierte algo parecido y más tangible aún, cuanto las leyes materiales son más inflexibles, no pudiendo invocar en este caso el feliz efecto de una sobreexcitación moral.

## II.-EL ENDEMONIADO

Después de esta travesía tan llena de emoción, tocaron en la ribera oriental del lago. La determinación del sitio no es tan fácil de precisar: San Marcos habla del país de los Gerasenos; San Mateo, de Gadara, y Orígenes, de Gergesa. Recientes expediciones arqueológicas de los Dominicos de Jerusalén parecen haber esclarecido esta oscura cuestión. «El lugar de la liberación del endemoniado sería *Moqá Edló*, y la vecina villa de Koursi, a no ser tal vez que haya que buscar más lejos hacia el sur las tumbas habitadas por el endemoniado que andaba errante por toda la montaña.»

Los detalles tan precisos conservados por San Marcos nos dejan reconstruir la escena en toda su plenitud de vida: habían salido al anochecer, y esta travesía de una docena de kilómetros debió llevarles, por poco, unas tres horas; la tempestad retardó a los barqueros, y la noche estaba ya sin duda bien avanzada cuando tocaron en la ribera; al saltar a tierra ven llegar hacia ellos, saliendo de entre unos sepulcros, un hombre desnudo, consumido, y gritando: «¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? ¡Yo te conjuro por Dios, que no me atormentes!» Se puede imaginar la consternación de los Apóstoles ante esta infernal visión, surgiendo de en medio de la noche y entre tumbas. Desde que ve a Jesús, el demonio le reconoce por su Señor y se estremece; conocemos la frase que usa, y se puede interpretar: «¿Qué me quieres? Yo no te hago mal; ¡déjame!»; y



añade, según San Mateo: «¡No me atormentes antes de tiempo!» Sin duda que los demonios sufren ya, y no obstante sólo en el postrer día su suplicio será completo. El demonio no reconoce aquí pura y triunfalmente la divinidad de Cristo, ya que le conjura «por Dios»: el título que le da de «Hijo de Dios Altísimo» no es mesiánico, sino una confesión imprecisa pero humilde de lo que hay de divino en Jesús y de su origen excepcional.

Jesús le exorciza: «¡Espíritu impuro, sal de este hombre!», y le pregunta su nombre, no evidentemente al poseso, sino al demonio, y él fué quien dió la respuesta: «Mi nombre es legión, porque somos muchos»; quieren permanecer en la tierra y le suplican que les deje entrar en una manada de puercos que pacía por allí. Jesús se lo concede, y los puercos, entonces, «se arrojaron desde lo alto al mar, alrededor de dos mil, y se ahogaron». Jesús permite a los demonios entrar en los puercos, cuya ruina ocasionaron, como Dios permite también los males temporales que padecemos, pero que son origen de un bien superior. «Valéis infinitamente más que muchos pajarillos», decía Jesús a sus discípulos, y el hombre libertado valía más que aquella piara de puercos.

El hombre vuelve de repente a la vida normal y cabalmente, y los que se acercan encuéntranle a los pies del Señor, vestido y en su seso. La posesión del diablo había hecho del hombre una bestia salvaje, vergüenza y terror del país. Bajo la acción de Cristo, todo sucede decente, apacible y noblemente humano. ¿Y no es esto lo que opone la esclavitud de Satanás al servicio de Dios? Este cuadro tan sobrio de emoción y tan discreto termina por dar a toda la narración su carácter peculiar: un relato popular hubiera descrito esta curación con trazos recargados y llamativos. Por esto se podrá apreciar el error pueril de los que imaginan aquí una explicación psicológica: el poseso, dicen, era sólo un loco que vivamente emocionado por Jesús se arroja sobre los puercos; éstos, despavoridos, se precipitan en el lago, y el hombre, tranquilizado repentinamente por Cristo, llega a sentarse a sus pies. No solamente es menester para esto cambiar todo el texto y suponer una corrida que los evangelistas ignoran, sino ante todo es necesario admitir que la sola influencia moral de Jesús opera instantáneamente esta transformación milagrosa: «Nunca se llegará-dice Reuss (pág. 338)-a hacer desaparecer este hecho capital; que un caso de locura tan intensa, y que debió arruinar por completo el sistema nervioso del enfermo y dar lugar, a lo sumo, a una postración absoluta de todas las fuerzas físicas y mentales, pueda ceder a unas palabras al cabo de unos instantes e introducir un estado de salud como el que refiere aquí la narración evangélica.»

Entre tanto, los pastores del rebaño habían contado el sucedido, y por la mañana comenzaron a llegar las gentes. La emoción que la noticia les produjo se hizo más viva al ver a los pies de Jesús, tranquilo y apacible, a aquel hombre que había sido por tanto tiempo el terror de la comarca. De nuevo se hacen contar toda la escena; sienten en este desconocido del lado de allá del lago una fuerza sobrenatural que les atemoriza y le ruegan que se salga de la región. La población de esta comarca, en su mayoría pagana, estaba mal preparada para el Evangelio, y en la virtud sobrenatural de Jesús no veían más que un motivo de espanto: Cristo tuvo que salir y ganar otra vez la ribera opuesta, donde hallaría oyentes menos ignorantes y más dóciles. En el instante de subir a la barca, el poseso curado

le pide que le permita seguirle y Jesús no se lo otorga; mándale sólo contar a los demás lo que el Señor ha obrado en él. Hízolo efectivamente, y cuantos le oían se llenaban de admiración. De este modo, aquel pobre hombre, que durante tanto tiempo no había sido más que objeto de horror y de miedo, convirtiéndose en primer evangelista de la Decápolis. Los Apóstoles, y sobre todo el más conquistador de todos ellos, San Pablo, ¿no iban a demostrar de manera parecida a los paganos lo que la gracia de Dios puede hacer de un hombre libertado del demonio y del pecado?

### III.-LA HEMORROÍSA Y LA HIJA DE JAIRO

Jesús volvió a la otra orilla y la multitud le rodeó de nuevo: uno de los jefes de la sinagoga, Jairo, apenas enterado, acudió a postrarse a sus plantas: «Mi hija -decía-se muere; ven a poner tu mano sobre ella, para que sane y viva.» Jesús le siguió y la turba se arremolinaba a su lado, cuando una mujer que padecía flujo de sangre hacía ya doce años acercóse entre la multitud y tocó el vestido de Cristo (Mc., V, 21-43; Mt., IX, 18-26; Lc., VIII, 40-56).

Estos dos milagros de la resurrección de la hija de Jairo y de la curación de la hemorroísa se leen en los tres sinópticos como intercalados el uno en el otro; pero aquí, como tantas veces, San Marcos ha conservado la narración más detallada y más viva, y San Pedro, uno de los testigos privilegiados de esta resurrección, ha querido repetir hasta materialmente el «*Talitha kumi*» que el Maestro había pronunciado. A estas descripciones tan variadas hay bien poco que añadir. Jairo pide al Señor que imponga las manos a su hija, rito tradicional, y Jesús se presta gozoso (cf. Naamán, II Reg., V, 11; Mc., VI, 5; cf., VII, 32; VIII, 23, 25). Cristo le sigue rodeado de una multitud, y la hemorroísa aprovecha la circunstancia para acercarse al Señor sin hacerse notar; su enfermedad volvíala impura, y no podía darla a conocer sin producir repulsión, y esperaba, por decirlo así, robar un milagro. La pobre mujer era bien digna de compasión; después de doce años seguía enferma, habiendo gastado su fortuna en consultas de médicos, sin resultado alguno. Se acercó por detrás mezclada con la turba, y tocó uno de los pequeños flecos que colgaban de los cuatro lados del manto.

Inmediatamente quedó curada, mas Jesús no quiso que el milagro pasase inadvertido: «¿Quién me ha tocado?», pregunta; y toda temblorosa de emoción y de vergüenza, la enferma, ya sana, se arroja a sus pies y lo confiesa todo. «Hija mía, tu fe te ha salvado; vete en paz.» Estas palabras dejan conocer el designio de Jesús, que no era dar publicidad al milagro; al contrario, con frecuencia imponía silencio, sino más bien iluminar a esta mujer y hacerla comprender que lo más importante era el contacto de la fe, no aquel físico.

Mientras se realizaba este primer milagro moría la hija de Jairo; llegan a avisárselo al padre; ¿a qué importunar más al Maestro? También más adelante exclamará la hermana

de Lázaro: «¡Si hubieses estado aquí!», sin pensar en una esperanza de futura resurrección. En esta circunstancia Jesús iba a decir a sus Apóstoles: «Lázaro, nuestro amigo, duerme»; aquí también: «La niña no está muerta, duerme»: es que para Él la muerte no es más que un sueño del que va a despertarla, y así, de paso, quería también encubrir el resplandor demasiado potente del milagro. No lleva consigo más que los tres privilegiados testigos, Pedro, Santiago y Juan; la casa está llena de alboroto, de llantos y de gritos, y cuando Cristo dice que la niña no ha muerto, se ríen de Él. Hace salir a la gente y se queda con los tres Apóstoles y con los padres de la niña; entra en la habitación y toma a la pequeña de la mano: «*Talitha koumi*», la dice; la niña se incorpora y anda con toda la viveza de sus doce años.

Como lo hemos observado cuando lo de Naín, y volveremos a hacerlo en Betania, la muerte se ve dominada con una palabra por un poder soberano: nada de oración, nada de largos esfuerzos, como en algunas de las resurrecciones efectuadas por los antiguos profetas. Jesús ordena. Y en esta virtud altísima, ¡qué sencillez! Todos quedan estupefactos, y manda que den de comer a la niña, y se retira recomendando insistentemente el silencio. En estas masas de Cafarnaún, tan impresionables, una resurrección hubiera excitado gran sobresalto, y Jesús, que siente la necesidad de preparar a las almas en silencio, lo exige, y en cuanto de Él depende lo asegura: si la consigna se guardó, las gentes creerían que la niña no estaba más que dormida, y que el Maestro habíala despertado; los únicos conocedores del milagro serían sus padres, a quienes no se les pudo ocultar, y los tres Apóstoles, confidentes de tantos misterios. El secreto, ¿se guardó por mucho tiempo? No se sabe. Tal vez los padres, como se puede temer, no pudieran contener su gozo y lo dijeron; Jesús prefirió correr este riesgo y salvar a la niña.

#### **IV.- NAZARET Y LAS CIUDADES DEL LAGO**

En los relatos precedentes hemos seguido el nacimiento y el desarrollo del Evangelio en Galilea. Han sido en un principio los primeros milagros y la elección de los Apóstoles, luego la promulgación de la ley nueva en el sermón del monte, y por fin la predicación del reino de los cielos y las parábolas.

Este primer período de la vida pública de Nuestro Señor es el más brillante y también el más feliz: los Apóstoles se le entregan entusiasmados, y las turbas, amontonadas a su paso, admiran su doctrina y más aún sus milagros. Una vida nueva hace germinar y reverdecer esta Galilea tanto tiempo estéril: es el cumplimiento del oráculo profético que San Mateo saludaba con gozo: «El pueblo que vivía en las tinieblas ha visto brillar una luz grande.»

Y sin embargo, en este campo donde el trigo se levanta lleno de esperanza, comienza a verse despuntar ya la cizaña. La envidia de los fariseos no se apacigua; acuden no sólo de las ciudades vecinas, sino hasta del mismo Jerusalén; le espían, le atacan y le

blasfeman, y mientras las turbas aclaman al Maestro, van ellos repitiendo que es un poseso que por Beelzebul arroja a los demonios. Ante estas atroces calumnias, la multitud vacila; no se separa del todo de aquel hombre, cuyas obras son tan maravillosas y su palabra de tanto imperio, pero no osa tampoco resistir a estos malvados pastores, cuyo poder aborrece y cuya autoridad tradicional por tantos años incontestable tolera.

Estas vacilaciones flotan ya inquietantes en los episodios referidos. El conflicto va a estallar en Nazaret.

San Mateo coloca esta predicación inmediatamente después de las parábolas (XIII, 53-58); San Marcos, a continuación del milagro de la hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo (VI, 1-6), ya que estos dos milagros vienen unidos estrechamente en su evangelio a las parábolas. La sucesión de los hechos es, pues, de una y otra parte casi la misma; las narraciones concuerdan de manera parecida, y los matices distintivos son los mismos de otros episodios: más acusado el rasgo en San Marcos; Jesús es «el carpintero» «que no puede hacer milagro alguno», y «que se admira de la incredulidad de sus paisanos».

En San Lucas falta por completo el relato de este tiempo, y al revés, se lee casi al principio del ministerio galileo la narración de una visita a Nazaret, de la que no hablan ni San Mateo ni San Marcos.

Lc., IV, 14-30: Y Jesús, revestido del poder del espíritu, volvió a Galilea y su fama corrió por toda la región. Y enseñaba en todas las sinagogas y era aclamado de todos, fué a Nazareth, donde se había criado, y entró según su costumbre el sábado en la sinagoga y se levantó a leer. Y le dieron el libro de Isaías profeta. Y cuando desdobló el rollo, halló el lugar en donde estaba escrito: El espíritu del Señor sobre mí, por lo cual me ha ungido para dar la buena nueva a los pobres; me ha enviado para anunciar a los cautivos redención y a Jos ciegos vista, para poner en libertad a los oprimidos y publicar el año favorable del Señor. Y habiendo arrollado el pergamino se lo devolvió al ministro y se sentó. Y cuantos estaban en la sinagoga tenían los ojos clavados en él. Y les empezó a decir: Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos. Y todos le daban testimonio, y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José? Y les dijo: Sin duda me diréis esta semejanza: Médico, cúrate a ti mismo: Todas aquellas cosas que oímos decir que hiciste en Cafarnaún, hazlas también aquí en tu patria. En verdad os digo, que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo grande hambre por toda la tierra, mas a ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo de Eliseo profeta, mas ninguno de ellos quedó limpio, sino Naamán de Siria. Y llenáronse todos de saña en la sinagoga al oír esto. Y se levantaron y lo echaron fuera de la ciudad, y lo llevaron hasta la cumbre del monte sobre el que estaba edificada su ciudad, para despeñarle. Mas él, pasando por medio de ellos, se fué.

La primera lectura indica ya un relato más circunstanciado que el de los otros

sinópticos, y se reconoce en él al evangelista de Nazaret, que para este episodio, lo mismo que para los de la infancia, tuvo el guía de un testigo ocular, lo más probable la misma Madre de Jesús. Con todo, revela también muchos rasgos comunes, como son, no sólo la incredulidad de los nazaretanos, sino aun las mismas reflexiones que ellos se hacen: «¿Pero no es éste el hijo de José?» Y el juicio dado por Cristo de todo aquello («ningún profeta es acepto en su patria»). Por otro lado, las circunstancias de tiempo son manifiestamente otras, y para conciliar todos estos rasgos, los exegetas se dividen. Levesque estima que San Lucas ha fundido en una dos visitas a Nazaret; en la primera, las gentes se maravillan, y en la otra, le hostilizan. Muchos expositores piensan con San Agustín (10 bis), que no hay motivo para suponer la duplicidad de predicación en Nazaret, y esto nos parece lo más probable. Este único viaje debe situarse donde San Marcos y San Mateo lo colocan; sin duda que se puede decir, con Godet y Plummer, que los milagros de Cafarnaún recordados por los vecinos de Nazaret pudieron realizarse en los pocos días que pasaron desde el milagro de Caná; pero es una suposición bastante gratuita, y esta frase se explica mucho mejor si se adopta la cronología de San Mateo y de San Marcos. En esta hipótesis, se dirá que San Lucas ha colocado este relato al principio del ministerio en la Galilea para hacer comprender desde el comienzo toda la trama de esta historia, la favorable acogida primero, y la oposición violenta de las últimas semanas.

La narración de San Lucas es tan circunstanciada y viva que da la impresión de que sucede ante nuestros ojos.

Los tres evangelistas acoplan la escena al oficio del sábado. La curiosidad era sin duda vivísima en Nazaret, pero paralizada por la actitud desdeñosa en que se cierran las gentes de aldea: ¿no conocían ellos mejor que todos a este profeta, a quien las turbas del lago seguían con tanta pasión? Llegó el sábado y fueron a la sinagoga. Entra Jesús y reconoce este edificio familiar, donde tantas veces durante treinta años había venido a orar, a escuchar la palabra de Dios y las homilías de los escribas; a todos los que entran y se aprietan allí bajo en los bancos, en lo alto y en las tribunas, a todos los reconoce; no sólo su saber sobrenatural penetra en sus conciencias, mas las múltiples impresiones del pasado reviven repentinamente en su alma, poniéndole a la vista tal vez la buena voluntad, pero también la vulgaridad, el egoísmo y la dureza de esta pobre gente entre la que se ha criado. Durante treinta años ha vivido aquí, ignorado de todos, excepción hecha de su Madre y de San José; hoy todas las miradas se clavan en El, dudosas entre la admiración y la desconfianza.

La ceremonia comenzaba por la profesión de fe, seguida de la oración y de la bendición; después era la lectura de la Ley, cuyas perícopas se señalaban con antelación para todo el año, y luego venía la *Haphtarah*, lectura de los profetas; «el texto leído por Jesús jamás fué una *haphtarah* oficial, y si Cristo le tomó como texto, prueba que en esta época el *Maphtir* era aún libre en la elección del pasaje profético».

El texto estaba tomado de Isaiás (LXI, 1, unido al LVIII, 6), y el miembro de la

frase pegado también («para poner en libertad a los quebrantados»), verosíblemente lo unió el Señor, no en la lectura, sino en el comentario; la *hapharah* contaba normalmente 21 versos, cuyo número por lo demás podía reducirse a siete o a cinco, y también a tres si la lectura era seguida de una interpretación, o de una homilía, y el texto citado por San Lucas no cuenta sino verso y medio, más unas palabras del capítulo LVIII, 6; es menester ver aquí probablemente, no el pasaje entero leído por Jesús, sino el texto que Él recitó al principio de su sermón y que ilustró con la unión de una perícopa próxima del mismo Isaías, según el método familiar judío, engarzando en el decurso los textos sagrados como sartal de perlas.

Este vaticinio de Isaías era particularmente predilecto de Cristo, y lo había alegado cuando los enviados del Bautista, aplicándose de un modo parecido: «Id y contad a Juan cuanto habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan y los pobres son evangelizados (Mt., XI, 5). Hoy vuelve a interpretarlo en la misma dirección y con más solemnidad, si cabe; todos los detalles de esta escena quedaron impresos en la memoria del testigo, probablemente Nuestra Señora, que se lo transmitió al evangelista. Cristo enrolla el pergamino, lo entrega al *hazzan* y se sienta, y cuando todos los ojos se vuelven a Él, comienza su discurso por esta sencilla frase: «Hoy se ha cumplido esta palabra de la Escritura en vuestros oídos.»

¿Quién dirá el escalofrío de emoción que debió recorrer entonces la concurrencia? La Virgen María está allí, en aquella sinagoga donde ha escuchado tanto tiempo en silencio y pacientemente: he aquí la hora de la manifestación del Hijo de Dios; ¡qué gozo, pero qué angustia también, ante los sentimientos de esta turba de amigos, vecinos y parientes suyos! ¿Se dejarán convencer? ¿Tal vez se resistirán, cerrando sus corazones?

La primera impresión parece favorable: «todos le daban testimonio»; les ha emocionado su explicación y subyugado el nombre del Taumaturgo; tal vez les ha ganado el recuerdo de sus treinta primeros años, tan discretos y humildes, pero que habían de impresionar profundamente a las almas sinceras. A la vez, es admiración: se maravillan de sus «discursos llenos de gracia», pero no se les oye que los comprendan: «¿No es éste el hijo de José?» Se deja sentir aquí ya aquella desconfianza sobre la que desde un principio han insistido San Marcos y San Mateo: «¿De dónde le viene esta sabiduría y estos milagros?»; ¿no es el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón?; ¿y sus hermanas no viven aquí con nosotros?» De seguro que el raciocinio es extraño. San Hilario, más tarde, al comentar el evangelio de San Juan, admirará con todo derecho la sabiduría altísima de este pescador, y escribirá que la ilustración de su inteligencia es un milagro tan grande como la resurrección de un muerto. Mejor aún que un escritor del siglo IV, los conciudadanos de Jesús podían medir toda la distancia que separaba su predicación de su infancia y juventud: «¿Cómo sabe él sin haber jamás estudiado?» Pero lo que este recuerdo produce en ellos no es admiración de una ciencia sobrenatural, sino desconocimiento. Jesús, si vale la frase, está ya clasificado para ellos; es un carpintero cuyo pasado todos conocen, lo mismo que a su familia: otros, los extraños, pueden dejarse deslumbrar por Él; ellos, nunca.

Se desearía poder reconstruir entero el discurso del Señor para apreciar el viraje producido en el alma de sus oyentes, pero de esto parece que San Lucas no ha conservado más que el exordio y el fin. Los oyentes quedan desde un principio bajo una impresión de encanto y de poder; luego se desconciertan por el ideal mesiánico, tan nuevo para ellos, y le siguen ya dudosos, mientras levantan cabeza las objeciones y las demandas. Durante las predicaciones de la sinagoga, los asistentes permanecían en silencio, pero luego las preguntas trababan en seguida un diálogo entre el orador y los circunstantes. La oposición se acusa entonces: no olvidemos que los parientes de Jesús no creían tampoco en El, y que poco antes habían venido a Cafarnaún para arrancarle de lo que ellos creían ser una exaltación mística. ¿Sería sorprendente que esta incredulidad de los más próximos allegados del Señor influyera sobre sus convecinos? Ahora recuerdan su humilde nacimiento, el oficio en que ha vivido, su parentela, a quien todos conocen y que está allí presente; y después, lo de siempre: se le piden milagros, y, como siempre, Cristo se los niega, porque no están pedidos con humilde fe, sino reclamados por una curiosidad imprudente.

Y el debate se prolonga, y Jesús prueba a sus paisanos que aquella conducta no es más que la aplicación de un juicio, ya de antiguo pronunciado frecuentemente por Dios: ningún profeta es acepto en su patria, y con el ejemplo de Elías y de Eliseo les recuerda que estos dos profetas obraron sus más grandes milagros en beneficio, no de sus conciudadanos, sino de extranjeros. A Elías se le mandó a una mujer de Sidón, y Elíseo curó a un sirio.

A estas frases estalla la cólera: los judíos no pueden soportar nunca esta perspectiva de su propia reprobación y del llamamiento de los gentiles: cuando San Pablo, detenido en el templo, se sincera delante de sus oyentes, le dejan contar detalladamente la historia de su conversión, pero al llegar a la visión de Cristo que se le aparece allí mismo en Jerusalén y le dice: «Vete, que yo te enviaré lejos, a naciones extrañas», los judíos, atentos hasta allí, lanzan gritos terribles y reclaman su muerte (Act., XXII, 22). Este relato de San Lucas en los Hechos es el mejor comentario del episodio evangélico que nos ocupa.

La indignación no es aquí menor. Se levanta tumultuosa, echan a Jesús del pueblo y quieren precipitarle desde la cumbre del monte; pero su hora no ha llegado aún; pasa por medio de ellos y se aleja. Plummer interpreta: «La adición de ... da más fuerza aún a la expresión, y parece envolverse cierto aire de milagro en este proceder de Cristo atravesando por medio de los que querían darle la muerte y que parecían tenerle completamente en su poder. Le habían exigido un milagro y allí lo tenían. Los que creen que lo que le libró fué su dominio y majestad deben explicar por qué estas mismas cualidades no habían impedido antes que le arrojasen fuera de la sinagoga. Parece mejor ver, con Meyer y otros antiguos comentadores, un milagro dependiente del libre querer de Jesús (cf. Jn., XVIII, 6; Dan., VI, 22). Lo que refiere San Juan en el capítulo VIII, 59, es diferente: «entonces Jesús se libró por la fuga».

El teatro de este milagro ha sido diversamente identificado. Una tradición antigua lo fija en el monte del precipicio, a dos kilómetros del sudoeste de Nazaret. En el camino que lleva a este despeñadero, a mano izquierda según se sale de la aldea, se enseña una capilla que ha sustituido a la antigua basílica de Nuestra Señora del Espanto; allí, según una antigua tradición, vió María con el terror más grande volver a los judíos del precipicio sin Jesús, y próxima a desfallecer, se apoyó en la pared de la roca, que se entreabrió para resguardarla.

No sólo esta leyenda, sino la misma localización del precipicio, se dan hoy día como averiguadas. Las circunstancias tienen aquí un valor muy secundario, y el sitio de la escena pudo ser a unos centenares de metros al este o al oeste, pero el sentido del episodio es siempre el mismo y es lo que nos interesa. La leyenda de Nuestra Señora del Espanto se puede poner en duda porque el sentimiento de la Virgen en esta circunstancia trágica no puede ser dudoso y emerge clarísimo del relato de San Lucas. Recordamos ahora la llegada de los hermanos del Señor a Cafarnaún; María debió quedar allí satisfecha, y entonces ya, sentimos su emoción al contacto de aquella incredulidad de sus parientes más cercanos; pero la escena de hoy es todavía más dolorosa. Esta tentativa de Jesús en Nazaret, renovada tal vez en varias ocasiones, choca con una brutal hostilidad. La aldea donde Jesús creció y donde María vive aún, cuyos vecinos son muchos parientes y todos conocidos, rechaza definitivamente al Señor, mereciéndose con ello la reprobación para siempre. Ruptura trágica, y que debió constituir para la Santísima Virgen uno de los dolores más vivos de su vida. Permanece, sin embargo, en su puesto, y su dulzura logrará volver a su hijo, si no toda la población infiel, al menos sus parientes más próximos.

Y para Jesús el episodio fué también doloroso. Al dejar a Nazaret al principio de su vida pública, se separaba de todos aquellos lugares donde Él había vivido, de todos aquellos con quienes se había criado, si bien guardaba al menos el recuerdo de aquellas relaciones cordiales cambiadas entre vecinos y parientes; hoy todo se rompe y todo lo rechaza; la colina desde donde tantas veces había contemplado el ancho horizonte abierto del Carmelo hasta el Hermón, ya sólo es desde hoy para Él la montaña del precipicio; estas gentes, vulgares y egoístas sin duda, pero que se daban por amigas y honradas, no son más que enemigos fanáticos que no pueden tolerar su vista. Otra vez más hay que repetir aquel: «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron.»

San Pablo iba a escribir a los romanos (IX, 1 sgg.): «Os digo la verdad en Cristo, y no miento, y mi conciencia me lo asegura en el Espíritu Santo, que siento una tristeza grande y una pena continua en mi corazón. Desearía yo ser anatema y separado por mis hermanos que son parientes míos según la carne, los israelitas.» ¡Cuánto más honda que esta emoción del Apóstol sería la de Cristo en esta trágica jornada de Nazaret!

San Marcos escribe: «Y no podía obrar allí milagro alguno, y solamente curó algunos pocos enfermos poniendo sobre ellos las manos. Y estaba maravillado de su incredulidad.» Admiración desgarradora ante esta incredulidad que paraliza su poder. Ya



sabemos cómo exigía Jesús efectivamente la fe de los que le pedían milagros, y a falta de fe perfecta, al menos ese comienzo de ella que tiene conciencia de su flaqueza y que ora: «Creo, ven en socorro de mi incredulidad» (Mc., IX, 24). Aquí no hay nada de esto; es la incredulidad altiva que juzga y que desprecia, y por ella Jesús no puede hacer nada... Se admira de este endurecimiento: sin duda que su infinita ciencia lo penetra hasta el fondo, pero en su alma humana hay siempre al contacto de esta soberbia y de esta locura a la que no se hace nunca, una sorpresa de indignación. También lo escribía ya Jeremías: «Pasmaos, cielos, y llorad desoladamente, dice el Señor. Dos pecados ha cometido mi pueblo: dejarme a mí, fuente de agua viva, y cavarse cisternas rotas que no pueden retener el agua» (II, 12-13). De este modo, las tres ciudades particularmente santificadas por Cristo en la tierra, le rechazaron especialísimamente también: a Belén, que le vió nacer, tuvo que dejarla pronto porque Herodes le buscaba para la muerte; en Nazaret creció, y vivió en ella treinta años, y cuando la visitó como Mesías fué menester un milagro de su poder para librarse del furor de los nazaretanos; en Jerusalén no obró tal prodigio, y la ciudad santa que le vió predicar tantas veces y hacer tantos milagros, le arrojó fuera de sus muros y le dió la muerte.

A estas tres ciudades, favorecidas con tantas gracias y cargadas con tanto crimen, hay que juntar las del lago, testigos prolongados de su predicación y de sus milagros, de los que tan mal se aprovecharon. Las últimas palabras que Jesús les dirigió son frases de maldición.

Mt., XI, 20-24: Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en que ejecutó muchas de sus maravillas, de que no habían hecho penitencia. ¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Bethsaida, porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han obrado en vosotras, ya hace mucho tiempo que hubieran hecho penitencia en cilicio y ceniza! Por tanto, os digo: Que habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras en el día del juicio, y tú, Cafarnaún, ¿por ventura te levantarás hasta el cielo? Hasta el infierno vas a bajar. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los prodigios que se han ejecutado en ti, tal vez hubieran permanecido hasta este día; por tanto, os digo que en el día del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti. Cf. Lc., X, 13-15.

Este apóstrofe tan patético quedó grabado en la memoria de los cristianos, como lo atestigua la redacción de los dos evangelistas, pero las circunstancias del tiempo parece que se esfumaron más pronto; en San Mateo, estas frases del Señor se juntan a la embajada de Juan el Bautista, y en San Lucas vienen a continuación de las instrucciones dadas a los Apóstoles. En uno y otro, el lazo de unión es bien artificial; nosotros no vamos a buscar otro, y sin querer precisar las circunstancias que se nos ocultan, bastará indicar que estas frases de Cristo pertenecen manifiestamente a los últimos tiempos del ministerio en las orillas del lago.

Ellas pudieran también enlazarse con la predicación de Nazaret, mas en los dos casos, las ciudades colmadas de gracias del Señor le son infieles, y al no recibirle se dan su sentencia de condenación.

Las poblaciones del lago jamás tuvieron para Jesús la hostilidad violenta de Nazaret, pero su responsabilidad parece mayor aún: en su seno eligió Jesús a los Apóstoles y en ellas obró la mayoría de sus milagros y predicó su ley; no podían alegar, como Nazaret, los humildes recuerdos de su infancia, que ellas no habían presenciado; presentóse en sus plazas sólo como Taumaturgo y Mesías, y bajo esa cualidad le despreciaron. Como antes los oyentes del Bautista, se regocijaron un instante con su luz, y después le dejaron pasar sin sacudir su indiferencia ni esforzarse por entrar en el reino que les predicaba. Su predicación ha iluminado al mundo entero y sus milagros le han convertido; y ellas, que habían oído el acento de su palabra, que habían visto y tocado sus obras, y que podían haberse alzado hasta el cielo, dejáronse caer hasta el infierno. Aun hoy mismo no puede recorrerse la ribera del lago sin oír el eco de estas maldiciones de Cristo: Corozáin ha desaparecido sin que quede rastro de ella; de Bethsaida hay unas ruinas dudosas, y Cafarnaún, la opulenta villa comercial, que veía en tiempo de Jesús afluir a sí las caravanas de Haurán y de las costas de Fenicia, no es más que un campo de excavaciones. Y esta región, pintada por Josefo con tanto entusiasmo como la tierra más rica y fecunda y como un segundo paraíso terrestre, está hoy yerma y abandonada.

Así allí también sobre la orilla del lago, como en Belén y Nazaret y como en Jerusalén, el Evangelio pasó, los hombres le rechazaron, y se les quitó el reino para dárselo a otros, que debían hacerle fructificar: misterio de ceguera para los judíos y de gracia para nosotros.

La continuación del ministerio de Cristo nos hará comprender cada vez más esta disposición providencial.

## **V.-LA MISIÓN DE LOS APÓSTOLES**

Después de haber referido este fracaso de Cristo en Nazaret, prosigue San Marcos (VI, 7-13):

Y llamó a los doce, y comenzó a enviarles de dos en dos, y les daba potestad sobre los espíritus inmundos, y les mandó que no llevaran nada para el camino, ni alforja, ni pan, ni dinero en la bolsa, sino solamente un bordón, que calzasen sandalias, y no vistiesen dos túnicas. Y les decía: En cualquier parte donde entrareis en una casa, permaneced en ella hasta que salgáis de allí: y todos los que no os recibieren ni os escucharen, al salir de allí sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio a ellos. Y saliendo, predicaban que hiciesen penitencia, y lanzaban muchos demonios, y unguían con óleo a muchos enfermos, y los sanaban.

Las circunstancias en que se nos presenta este episodio nos permiten conocer bastante el pensamiento del Señor. Desde hace tiempo ha reunido a los doce, ha multiplicado ante ellos su predicación y sus milagros y les ha llevado junto a sí por todas

partes para iniciarles en sus ideas y en su ministerio. Ha querido también que presenciasen su fracaso en Nazaret, para aprender en él entre qué clase de opiniones debía desenvolverse su futuro ministerio. Ahora les envía por la Galilea, como preludio de su misión futura.

Al relatar la elección de los doce, se advirtió que era una institución completamente nueva: sin duda que los rabinos habían acostumbrado a reunir en torno suyo discípulos, a quienes instruían con sus conversaciones cotidianas y con su ejemplo; pero jamás se había visto la formación de un colegio de oyentes privilegiados que fueran a la vez investidos del poder y continuadores de la obra del Maestro, y es que aquellos rabinos no tenían ni obra que confiar, ni poderes que transmitir. Jesús por el contrario, agrupó aquellos doce hombres que Él había hecho sus Apóstoles. Hoy este título va a comenzar a ser una realidad: hoy les envía. Más aún que la elección primaria, esta misión es una novedad: enviar por toda la comarca, no sólo misioneros sino exorcistas y taumaturgos, nadie lo había ejecutado nunca, ni lo había pretendido. Muchos profetas poseyeron el don de milagros, pero a título personal y sin poder delegar en otros esta potestad, de la que Dios sólo es Señor. Cuando a punto ya de desaparecer Elías, le ruega su discípulo Eliseo como supremo requerimiento que le deje su espíritu, responde: «Pides una cosa difícil, pero si me vieres cuando me arrebatan de tu lado, sucederá lo que deseas; si no me vieres, no se te concederá» (II Reg., 11, 10); y es que él no podía de ningún modo legar una potestad que no era suya, sino de Dios que podía manifestar su querer por aquella circunstancia providencial. Un poco más tarde cuando la Sunamitis llega a pedir a Eliseo piedad de su hijo muerto, el profeta manda a Giezi, le entrega su bordón, y le advierte: «Pondrás mi bordón en la cara del niño»; pero Giezi vuelve anunciando: «El muchacho no ha resucitado.» Cristo, al enviar a los Apóstoles no procede como Eliseo a modo de tentativa de un éxito incierto; confíales con toda seguridad los poderes de que dispone porque es Señor.

Entre las instrucciones de Cristo que leemos en San Marcos, y que completan los otros dos sinópticos, el primer detalle que debemos hacer resaltar es que les envía de dos en dos. Cuando se fija uno en el catálogo de los Apóstoles, se advierte que a los doce se les nombra por pares; así en San Mateo, X, 2: Pedro y Andrés; Santiago y Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo; Santiago y Tadeo; Simón y Judas. En esta lista la agrupación la impone en parte las relaciones de familia, pero se nota también que las instrucciones del Señor habían introducido nuevos grupos dobles, por ejemplo, el de Pedro y Juan, a quienes vemos asociados, no sólo en el Evangelio, sino en los Hechos, en el templo y en la morada de Samaria. Más adelante, en Antioquía, mientras los discípulos ayunan y oran, el Espíritu Santo les dice: «Separadme a Bernabé y Saulo para la obra a que les he llamado» (XIII, 2). En la misión primera, la agrupación se imponía aún más necesariamente que después de Pentecostés, pues estos misioneros sin experiencia y sin recibir aún el Espíritu Santo, podían al menos sostenerse el uno al otro.

Su campo de acción es también más estrechamente limitado; Jesús les dice (Mt., X, 5-6): «No vayáis camino de gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos, sino id más bien a las ovejas que perecieron de la casa de Israel.» Estas instrucciones no reducen evidentemente el desarrollo futuro del Evangelio; circunscriben sólo esta misión temporal,

que como la misma predicación de Jesús, no se dirige más que a los hijos de Israel.

El fin de su misión es anunciar el reino de Dios y exhortar a la penitencia (Mt., X, 7): «Id, y predicad diciendo: se acercó el reino de los cielos. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos y arrojad demonios; graciosamente lo recibisteis, dadlo también gratis» (cf. Lc., IX, 2).

Esta no es más que una misión preparatoria, análoga a la del Precursor; los Apóstoles no reciben aún el encargo de predicar a Jesucristo, a quien ellos mismos conocen tan imperfectamente todavía, sino sólo el de predicar el reino de Dios y preparar las almas y ejecutar las obras maravillosas que indican el advenimiento del reino.

Las últimas frases que hemos transcrito de San Mateo demuestran el desinterés que Cristo les exige: al llamarles en su seguimiento les mandó dejarlo todo; hoy no han de crearse nuevos lazos aprovechando las ventajas que pueden producirles los dones sobrenaturales confiados por el Maestro; deben descuidar aun los preparativos de viaje y ponerse en camino como están, sin tomar pan ni saco, dinero, mudas de repuesto ni sandalias. Los detalles de estas prescripciones varían un poco según los diversos evangelistas, pero el sentido es siempre el mismo y no es menester atarse literalmente a la expresión, sino considerar ante todo, el fin que Jesús se propone: enseñar a sus Apóstoles el desprendimiento y la confianza en Dios. Tal es la gran lección que El les recordará el último día al decirles: «Cuando os envié sin bolsa y sin sandalias, ¿os faltó algo? Respondieron: Nada, Señor» (Lc., XXII, 35).

Hay además todavía otro motivo para estas prescripciones; Jesús les dice: «No os proveáis de oro, plata, ni dinero en vuestras fajas, ni de alforja para el camino ni de túnicas, de calzado y de bastón, porque es digno el trabajador de su alimento», y los Apóstoles que deben confiar en el Padre celestial, deben poder contar también con la ayuda material de aquellos a quienes predicán. San Pablo, que por asegurar su independencia no quiso nunca usar este derecho, lo reivindica no obstante enérgicamente: «Si hemos sembrado entre vosotros los bienes espirituales, ¿es mucha pretensión querer recoger de vosotros bienes temporales?» (I Cor., IX, 11). Sin duda que la práctica de este derecho es delicadísima y puede dar pie a abusos, comprometiendo el desinterés de los Apóstoles, o su independencia, pero cuando las disposiciones son las requeridas por Cristo, de desprendimiento en los beneficiados y de espíritu de fe en los que dan, hay en este intercambio de servicios un nuevo lazo que juntan los unos a los otros, los pastores con los fieles y les aseguran a unos y a otros la dicha y la nobleza de dar: «es mejor dar que recibir». Por esto quiso el mismo Cristo deber su mantenimiento y el de su pequeña grey a aquellas santas mujeres que San Lucas nos presenta como dedicadas a su servicio, después de su ministerio en Galilea hasta el Calvario.

Cristo manifiesta también a sus Apóstoles cómo han de pedir y aceptar la

hospitalidad:

Mt., X, 11-15: Y en cualquier ciudad o aldea en que entrareis preguntad quién hay digno en ella: y estaos allí hasta que salgáis. Y cuando entréis en la casa, saludadla diciendo: Paz sea en esta casa. Y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz, mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros. Y todo el que no os recibiere ni oyere vuestras palabras, al salir fuera .de la casa o de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo, que será más tolerable a la tierra de los de Sodoma y de Gomorra en el día del juicio, que a aquella ciudad.

Todas estas prescripciones se comprenden por sí mismas: los enviados de Cristo deben obrar con circunspección y no honrar con su hospitalidad a un dueño indigno: han de permanecer en el sitio donde se establezcan, y no recorrer un lado y otro, porque ofendería a los hospedadores y haría sospechar en ellos mismos poca delicadeza y mucha exigencia. En entrando en una casa, han de desearla la paz con la fórmula usual entre los judíos, y Nuestro Señor se complacía en dársela también a sus discípulos cuando se les acercaba: «La paz con vosotros.»

En los labios de los Apóstoles lo mismo que en los suyos, no será una fórmula vana de deseo, sino que efectivamente la dan. Si los huéspedes son indignos de ella, esta paz se volverá a ellos, sin que se entienda por esto, que las bendiciones que ellos auguran a los amos caigan sobre sí propios, sino sencillamente, que por mala disposición de los hombres quedarán sin efecto.

Estos encargos de Cristo se han comparado con las costumbres judías de la época. Tales semejanzas son bien tenues, y además importan poco. Lo que interesa mucho más a la historia evangélica es afirmar la seguridad con que Cristo encarga una misión tan importante y con tan extraordinarios poderes a hombres tan imperfectos aún, ya que después de esta misión es cuando quieren los hijos del Zebedeo hacer caer fuego del cielo sobre los samaritanos que no reciben a Jesús, y más tarde todavía, cuando incitan a pedir para sí los primeros puestos en su reino. Por lo que se refiere a conocer a su Maestro, su idea es bien imperfecta, ya que sólo en Cesarea de Filipo, Pedro le confiesa como a Mesías e Hijo de Dios, viendo el propio Jesús en esta confesión una revelación del Padre celestial. Y efectivamente, a hombres mal convertidos aun y tan poco ilustrados, entrega Jesús el poder de arrojar los demonios, de curar las enfermedades y de resucitar los muertos, y Judas mismo es también uno de estos taumaturgos. ¿Qué concluir de todo esto, sino que Dios dispensa sus dones con una soberana independencia, y que no teme encerrar en vasos frágiles y de tierra las gracias más divinas?

## **VI.-LA MUERTE DE SAN JUAN BAUTISTA**

Llevado por los Apóstoles, el Evangelio del reino· de Dios se extendió por toda la Galilea: el nombre de Jesús «se hizo célebre» y Herodes comenzó a temer:

Y cuando lo oyó Herodes, dijo: Este es aquel Juan a quien yo degollé, y que ha resucitado de entre los muertos. Porque el mismo Herodes había enviado a prender a Juan, y le había hecho aherrar en la cárcel por causa de Herodías, esposa de Filipo, su hermano, a la que había tomado por mujer. Porque decía Juan a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. Y Herodías le armaba lazos, y le quería hacer morir, pero no podía. Porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y por su consejo hacía muchas cosas y le oía de buena gana. Hasta que últimamente llegó un día favorable, en que Herodes celebraba el día de su nacimiento, dando una cena a los grandes de su corte, a los tribunos y a los principales de Galilea : y habiendo entrado la hija de Herodías, y danzando y dando gusto a Herodes y a los que estaban con él a la mesa, dijo el rey a la joven : Pídeme lo que quieras, y te lo daré; y le juró : todo lo que me pidieres te daré, aunque sea la mitad de mi reino. Y habiendo salido, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ella dijo: La cabeza del Bautista. Y volviendo luego a entrar apresurada a donde estaba el rey, pidió diciendo: Quiero que luego al punto me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista. Y el rey se entristeció; mas por el juramento y por los que estaban con él a la mesa, no quiso disgustarla: y enviando uno de su guardia le mandó traer en una bandeja la cabeza de Juan. Y le degolló en la cárcel y trajo su cabeza en una bandeja, y la dió a la joven, y ésta a su madre. Y cuando sus discípulos lo oyeron, vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro (Mc., VI, 14-29).

La misma narración compendiada, Mat., XIV, 1·12; y una mención breve, Lc., IX, 7-9.

La tragedia, así contada por San Marcos, es una de las más punzantes de todo el Evangelio. Renan veía en este relato «la única página verdaderamente histórica que existe en los cuatro evangelios» (Les Evangiles, pág. 116, n. 3). Hoy al contrario la mayoría de los exegetas independientes creen reconocer aquí una leyenda popular inconciliable con las realidades históricas, y en particular con el testimonio de Josefo.

El carácter de Herodes aparece en esta narración tal como le conocemos, indeciso, supersticioso, libertino y cruel. Se aprovecha de la presencia de su prisionero para preguntarle, y cada coloquio le sume en perplejidades enormes; se nos muestra además sin cesar, curioso de hacer hablar al Precursor, lo mismo que en la Pasión se mostrará curioso de ver a Jesús hacer algún milagro.

Herodías no conocía tales vacilaciones: toda para su venganza y sus celos, sabe la debilidad del tetrarca, teme el ascendiente del profeta, y está intranquila por deshacerse de él y verse vengada. El cumpleaños de Herodes le ofrece la ocasión apetecida, y no la desprecia.

Goguel, después de Marx, se indigna del oficio de Salomé: «Estas danzas eran oficios de prostitutas, y una altiva princesa herodiana ¿iba a enviar a danzar a su hija a una reunión de hombres medio ebrios? Sólo lo creerá quien no haya visto nunca los bailes

orientales.» Esto es tomar muy en serio la indignidad de esta orgullosa princesa herodiana; cuanto a las danzas orientales, no resultaban, al menos entre los judíos, una lasciva exhibición como parece suponerse aquí: «Los bailes de los antiguos -escribe Reuss (368)- no eran esparcimiento de sociedad, sino de teatro; danzas figuradas y mímicas, algo así como las coreográficas nuestras; representaciones de caracteres, de situación y pasiones. Entre los judíos y los pueblos semitas en general, no tenían en un principio nada inconveniente, y formaba parte de las ceremonias religiosas. Por lo demás, no creemos equivocarnos con decir que la presente exhibición es una prueba de la creciente depravación de costumbres de aquel siglo de sincretismo en que cada nación tomaba de la otra lo que ésta tenía de más perverso.»

Que este sincretismo disoluto reinara en la corte de Herodes y dominara a la esposa adúltera y a su hija, no es cosa que extrañe a ninguno que conozca la triste historia de esta familia. Cuando a la verosimilitud de la petición hecha y de la respuesta recibida, no hay sino recordar una anécdota clásica: en *Senectute* (12, 42), Cicerón hace narrar a Catón cómo arrojó del Senado a L. Flaminio: «Estando de procónsul en la Galia Flaminio, durante un banquete le rogó una cortesana que hiciera decapitar a uno de los condenados a muerte que tenía prisioneros, y él se lo concedió.» Plutarco, en su vida de Flaminio, refiere el mismo suceso con más detalles: esta mujer, en medio de la comida, dijo al cónsul que jamás había visto una cabeza cortada, y por agradarla, Flaminio hizo cortar la cabeza a un condenado y se la presentó. Si los romanos podían proceder así en tiempos de un Catón, ¿a qué admirarse de que Herodes hiciera cosa semejante? Se puede comparar aún con la historia de los amores de Jerjes y sus imprudentes promesas, tal como nos lo refiere Herodoto (IX, 108-113): la segunda de estas historias y de estas promesas es la más característica: El día en que el rey festejaba con un banquete el aniversario de su nacimiento, la reina Amestris le pide la entrega de su rival, nada menos que su cuñada; el rey se vió obligado y hubo de acceder.

Salomé tendría entonces unos quince años, y esta exhibición de una princesa era muy del gusto de los cortesanos depravados y del mismo Herodes; hace jactancioso su promesa y su juramento, y la joven le toma por la palabra: no se atreve a decidirse, pues para un hombre débil y depravado, una condescendencia mundana es más imperiosa que el Decálogo. Salomé no pierde un segundo, y empujada por su madre exige la cabeza de Juan, «ahí, sobre esa bandeja», para asegurarse de su victoria y de su venganza; y minutos después el guardia volvía trayendo sobre la bandeja la cabeza del profeta.

Los Padres han comentado a porfía este episodio trágico, y San Crisóstomo, que debía ser a su vez la víctima de Eudoxia, exclamaba: «¿Qué espectáculo igual al de esta cabeza goteando sangre, traída al medio de un convite?; nosotros nos estremecemos de horror, pero Herodes no, ni su mujer malvada, porque esta es la particularidad de las adúlteras: nada tan desvergonzado, ni tan cruel... dispuestas a asesinar a cualquiera que se oponga a sus designios».

Ya se sabe cuál fué el castigo providencial de este crimen: Josefo mismo cuenta que el pueblo vió en la derrota de Antipas por el rey de los árabes un castigo de la muerte del Bautista; poco después, Herodías, el genio malvado de Herodes, le arrastra a Roma y le hacía pedir la corona real, y este imprudente paso les condujo a los dos al destierro, siendo relegados a Lión, en *Saint-Bertrand-de-Comminges* (A J. XVIII, 7, 2 B.J., II, 9, 6).

Semejante tragedia nos conmueve aún más cuando pensamos que este miserable que trata tan indignamente al Precursor, tendrá a su capricho al Hijo de Dios; éste es el tirano adúltero e incestuoso que hará de Cristo objeto de irrisión y se lo devolverá a Pilato vestido de tonto. Es lo que Jesús predecía poco después a sus Apóstoles recordándoles la muerte de Juan Bautista: «¿Sigo que Elías ya vino y que no le han conocido, y que le han tratado como han querido, y así también harán padecer al Hijo del Hombre» (Mt., XVII, 12).

En la época a que hemos llegado, se comienza ya a presentir que el tirano no ha de quedarse a medio camino. Con motivo de la misión de los Apóstoles, cuenta San Marcos según acabamos de leerlo la muerte del Precursor: la emoción producida en todo el país llegó hasta su palacio y se preguntaba quién sería este nuevo profeta: «Es Juan, a quien yo degollé y que ha resucitado de entre los muertos», repetía. San Lucas cuenta las mismas dudas en forma un poco diversa.

Salta sobre todo en la narración de San Lucas esta curiosidad de Herodes : gustaba oír al Precursor, y hubiera querido ver a Cristo; y en la Pasión se alegrará de la circunstancia que se le ofrece, aunque entonces sólo ha de tomarlo como cosa de pasatiempo, y quedará extrañado de que Jesús no se preste a entretenerle: «Tal vez -escribe Godet (I, 434)- estas referencias llegaron a San Lucas o al autor del documento que utiliza, por medio de alguna de aquellas personas designadas en los Hechos, que San Lucas tan exactamente caracteriza, y que pertenecían a la casa de Herodes» (Act., XIII, 1).

Esta curiosidad del tirano no debía ser satisfecha: en esta población de Tiberíades donde residía Antipas, no parece que Jesús entrara nunca. Antes, al hablar de Juan Bautista, preguntaba a las turbas: «¿Qué habéis ido a ver al desierto?; ¿un hombre vestido con ropas lujosas? ¡Mirad que los que visten espléndidamente y viven en la comodidad, habitan los palacios de los reyes!» Este lujo que había anatematizado la austeridad del Bautista quedaba también excluido por la humildad de Jesús, y si el Precursor no compareció en presencia de Herodes más que para reprenderle y luego para verse condenado por él, Cristo a su vez, no debía entrar en esta corte más que como prisionero.

## **VII-LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES. CRISTO ANDA SOBRE LAS AGUAS**



El episodio que entramos a relatar nos deja volver a ponernos en contacto con la narración de San Juan: sin duda que aquí, como en todo su evangelio, el Discípulo amado escogió con preferencia aquellos hechos que los sinópticos dejaron en la oscuridad, y es cierto también que los nuevos detalles que él aporta forman parte clarísima del incidente que los tres habían ya referido. Esta coincidencia es única entre el bautismo de Cristo y su Pasión, y por eso es también más preciosa. La fecha puede fijarse con bastante exactitud: «la Pascua, la fiesta de los judíos, estaba próxima» (Jn., VI, 4), y las indicaciones de los sinópticos concuerdan con ella: los Apóstoles hacen sentar a la turba en la hierba verde, lo que supone ser primavera (Mc., VI, 39). La unión de este suceso con los precedentes no la indica San Juan, que se contenta con decir: «después de esto»; pero en los sinópticos el encadenamiento de los hechos aparece mejor: la retirada de Jesús se presenta motivada por el temor de Herodes (Mt., XIV, 13) y por el deseo de dar un poco de descanso a los Apóstoles que vuelven de su misión y a los que la turba continúa asediando:

Y llegándose los Apóstoles a Jesús, le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Y les dijo: Venid aparte a un lugar retirado, y reposad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, y no tenían tiempo ni aun para comer (Mc., VI, 30-31).

Esta explicación es sencillísima, tanto que les parece demasiado a ciertos críticos: «El motivo que se invoca para explicar el deseo de soledad en Jesús, es algo mezquino e inverosímil». Monnier prefiere interpretarlo así: «Jesús invita a los Apóstoles a descansar. Se concibe que su ministerio, habiendo sido esencialmente ministerio de curación, haya exigido un gran dispendio de fuerzas psíquicas.» Esto es sustituir una hipótesis fragilísima por un hecho no menos claro. Las turbas habían seguido en parte a los Apóstoles por las regiones evangelizadas hasta Cafarnaún y continuaban afluyendo, y entre este ir y venir tumultuoso de visitantes, no tenían los discípulos tiempo ni para comer. Jesús les conduce entonces:

Y entrando en una barca se retiraron a un lugar desierto y apartado. Y les vieron muchos cómo se iban, y los reconocieron: y concurrieron allá a pie de todas las ciudades, y llegaron antes que ellos (Mc., VI, 32-33).

Según San Juan, es manifiesto que Jesús había hecho atravesar el lago a sus discípulos, y se ha preguntado repetidas veces cómo las masas pudieron adelantarseles yendo a pie al mismo punto. La dificultad desaparece si se advierte que Cafarnaún se halla en la extremidad norte del lago, y que para pasar de allí a Bethsaida Julias que indica San Lucas, el camino es casi tan corto por tierra como por mar (Lc., IX, 10).

Esta gran afluencia de pueblo se explica no sólo por la vuelta de los Apóstoles, cuya misión debió mover las poblaciones de las comarcas vecinas, sino más aún por la proximidad de la fiesta de la Pascua, para la cual muchos peregrinos estaban ya en camino, que lo desviaban un poco por llegarse a Jesús y escucharle. La reciente muerte del Precursor debía también contribuir a hacer más vivo aún y más general el entusiasmo popular, pues la gran conmoción originada por Juan y de la que Josefo como los evangelistas da testimonio, no podía ahogarse con su fin violento: el discurso de la muchedumbre se manifestaba pujante, y venía encima a exaltarle las esperanzas provocadas por la predicación de Cristo y sus Apóstoles. En el territorio adonde el Señor se recogía, hallábase al abrigo de la crueldad de Herodes; Filipo gobernaba allí, y el Jordán formaba la

frontera entre los dominios de los dos príncipes.

Y al desembarcar vió Jesús una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque estaban como ovejas que no tienen pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas (Mc., VI, 34).

Este rasgo tan conmovedor de la compasión del Maestro recordábase a los discípulos los textos numerosos del Antiguo Testamento en los que Dios había pintado el abandono de su pueblo.

Como el pastor que visita su rebaño el día en que se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así visitaré a mis ovejas y las recogeré de todos los sitios donde se hallaren en los días de oscuridad y de nubes. Yo llevaré a los pastos a mis ovejas, y las haré descansar, dice el Señor Yavé. Yo buscaré la que se perdió, y traeré la que se extravió, y a la herida la curaré, y fortaleceré a la que esté enferma. Y conocerán que yo soy Yavé su Dios con ellas, y ellas mi pueblo, y ellas la casa de Israel, dice el Señor Yavé. Vosotros mis rebaños los rebaños de mis pastos sois los hombres, y yo soy vuestro Dios, dice el Señor Yavé (Ezech., XXXIV, 12, 15-16, 30-31).

Estos textos tan tiernos estaban presentes en la memoria de todos pero ¡cómo ahora la realidad sobrepuja ya todas las esperanzas!

¿Quién hubiera esperado esta visita personal de Dios, hecho hombre, a su rebaño?

En el capítulo mismo donde se encuentran estos versículos se habla también del «Servidor David», que será el único pastor de este rebaño de Yavé; pero, todavía otra vez, ¿quién se atreviera a imaginar que este siervo David iba a ser no sólo el pastor fiel delegado por Yavé, sino el mismo Señor, que movido a piedad a la vista de su grey dispersa, vendría del cielo para reunirla y salvarla?

San Mateo y San Lucas añaden un detalle a la narración de San Marcos: «Jesús curó sus enfermos.» Así transcurre este día; Cristo y sus Apóstoles necesitaban descanso, y para tomarlo pasaron el lago hacia este sitio desierto, pero el Señor no se resiste al espectáculo de la turba, y la jornada se le va en instruir y curar.

Al caer la tarde, los discípulos dijeron a Jesús: «La hora es avanzada; despídelos para que vayan a comprar víveres.» Jesús respondió: «Dadles vosotros de comer.» A esta descripción de San Marcos añade San Juan algunos detalles: en el grupo apostólico que los sinópticos representan casi siempre englobado, se complace Juan en distinguir a tal o cual de los doce. Aquí es Felipe, a quien se dirige Jesús: «¿Dónde compraremos pan para que estas gentes puedan comer?» Y Felipe contesta: «Doscientos denarios no bastarían para dar a cada uno un bocado.» Andrés, el hermano de Pedro y amigo de Felipe, interviene: «Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos, pero ¿qué es esto para tanta multitud?» (cf. Jn., XII, 22) Estas escasas provisiones de un niño, pasando por las

manos de Cristo, alimentarán hasta saciarla a la multitud. Estos cinco panes de cebada y estos dos peces son bien poca cosa, y por eso los pide Jesús que quería que la turba aportase su concurso, por pequeño que fuera, y quería sobre todo despertar en sus apóstoles la preocupación de proveer a las necesidades de las multitudes. San Cirilo, comentando este pasaje recuerda las oraciones de Moisés en el desierto: «¿Dónde encontraré carne para tanta gente?»; se quejan contra mí y dicen: danos carne para que comamos. Yo no puedo solo con todo este pueblo que es demasiada carga para mí» (Núm. XI, 13-14). Los Apóstoles comienzan a comprender lo que es este oficio pastoral en el que el Maestro les inicia. Más adelante ya sentirán cargar sobre sí este peso formidable, pero por ahora no le llevan solos, pues el Buen Pastor está con ellos.

Por orden de Jesús hacen sentar a la multitud distribuida en grupos de cincuenta y de ciento. Todos se tienden sobre la hierba verde y esperan. «El Señor es mi pastor, El me conduce y nada me faltará; El me ha hecho reposar en los verdes prados» (Ps., XXIII, 1). Estas palabras del salmo, recordadas aquí por San Cirilo, pintan, en efecto, el reposo del festín campestre, pero el pensamiento vuela también hacia el banquete que acaba de ensangrentar a Maqueronte: es toda la diferencia entre Cristo y Herodes: aquí es la sencillez frugal con la pureza y encanto de esta naturaleza de primavera que Dios ha creado y en la que se complace Jesús. Los panes de cebada y los dos pececillos salados que El multiplica son la comida de los pobres y es lo que Dios da a los suyos; así había alimentado a Elías, multiplicando la harina y el aceite de la viuda de Sarephta (I Reg., XVII, 14). Todos han quedado satisfechos y sobran aún doce cestas repletas. Estos canastillos o paneras de camino eran bagaje inseparable de los judíos y lo que antes que nada se observará es esta lección de prudente economía, dada aun en medio del milagro: cuando la imaginación de los hombres juega con la omnipotencia, se muestra locamente pródiga, cuando Dios la ejercita permanece el Dios sabio que enseña la prudencia a los hombres.

Y esto es sólo imagen y promesa de un milagro todavía mayor, que el relato de los evangelistas, sobre todo el de San Juan, lo está anunciando; la proximidad de la Pascua, la acción de gracias (eucaristía) pronunciada por Jesús antes del milagro, y en fin, el mismo portento: bien pronto, entre las manos de los Apóstoles un manjar más santo aún se multiplicará, para alimentar y saciar a toda la multitud de los creyentes.

En la hora en que nos hallamos, esta significación simbólica no aparece todavía, ya que lo que los judíos ven es el prodigio que a sus ojos acaba de realizarse. Este milagro se les hace difícil hoy a muchos exegetas. Unos reconocen que es «el más grande y mejor probado de todos los prodigios de Jesús sobre las fuerzas naturales» (Keim, II, 490), pero la mayoría de los no católicos se incomodan por él. K. Weiss (II, 200) quiere reducirlo a un milagro de adivinación: Jesús comienza la distribución con cinco panes y dos peces confiándose a la providencia de su Padre, pero enterándose por otro lado, que hay entre la multitud más provisiones, que se descubren providencialmente a medida de las necesidades. Según esto, aquí no había otra cosa que una lección de confianza en la Providencia, a la vez que de beneficencia y de mutuo socorro. Pero esta explicación se estrella contra el relato de los evangelistas: ciertamente que los Apóstoles y las turbas

quedaron pasmados por una multiplicación prodigiosa, y no por un gran ejemplo de confianza en Dios. Esta, como otras varias hipótesis, quedan bien refutadas por Reuss: «Si Jesús no hizo más que dar un ejemplo de caridad con las pocas provisiones que tenía, provocando con esta conducta un proceder semejante en gran parte de los asistentes, se preguntará con justicia, cómo la tradición pudo llegar nunca a fabricar con este hecho el suceso que acabamos de leer. La supuesta explicación ortodoxa moderna que habla de un aumento de la fuerza nutritiva de los cinco panes, o de una hartura espiritual, o de una acción magnética, es menos aceptable todavía, ya que ella es no sólo contraria al texto (¡los doce canastos de sobra!), sino absurda por encima de lo convenido, y se burla a la vez del buen juicio de la turba de los galileos y del de los narradores.»

Pero luego de haber rechazado todas estas fantasías, el mismo crítico vuelve en seguida: «Y de verdad, que todo modo de explicar la dificultad nos resulta inadecuado. De una parte, aceptando el milagro como tal, no llegamos a tener idea clara del suceso, y por otro lado, si intentamos llevar la narración a un terreno que de una u otra manera pueda dar algún agarradero a la inteligencia, nos exponemos a desnaturalizar la tradición, hasta el punto de no quedar nada de todo él. Y en esta perplejidad, lo más seguro será abstenerse de toda crítica del hecho, y buscar aquí preferentemente los elementos de una enseñanza religiosa (Jn., VI).»

Nada mejor en efecto que ver aquí una enseñanza religiosa, y nada más conforme también con el pensamiento de los evangelistas. Pero aún precisa apoyar esta lección sobre este hecho, y tal es el sentido manifiesto de los evangelistas, máxime de San Juan, como también el de los comentadores, principalmente San Agustín, el cual desarrolla con esta ocasión la semejanza que le es tan familiar de las letras, en las que se admira la belleza de su forma, pero en las que además ha de comprenderse su significación. Mas sería necedad querer borrar la escritura para admirar mejor el sentido del texto. Cuanto a la escritura misma, esto es, cuanto al sentido literal del relato, bien estará recordar la interpretación que le da el mismo santo Doctor: «El gobierno del mundo entero es un milagro mayor que el saciar a cinco mil hombres con cinco panes, y, sin embargo, nadie se admira de lo primero, y este otro sobrecoge a los hombres, no porque sea más grande, sino porque es más raro. ¿Quién es, efectivamente, el que alimenta al universo entero, sino Aquel que con unos granos hace las siegas? Se ha realizado lo que un Dios podía ejecutar, y por este mismo poder que con unos granos da para las recolecciones, ha multiplicado en sus manos los cinco panes. Porque el poder estaba en las manos de Cristo, y estos cinco panes eran como la semilla, no confiada a la tierra, mas multiplicada por el que ha hecho la tierra.»

Semejante exégesis de San Agustín es la explicación más profunda del milagro: un racionalismo estrecho se empeña en hacer violencia al episodio evangélico para meterlo dentro del marco de la experiencia diaria, y una observación más atenta deja descubrir en esta experiencia misma la marca de un poder supremo, que para quien le reconoce, el milagro no es más que una señal excepcional de este mismo poder: así fuerza Dios a confesarlo a los que sus obras habituales no alcanzan a impresionar. Y concedido esto, lo demás es secundario. Se pregunta: ¿cómo se hizo?, ¿fué en los canastos o en las manos de

los Apóstoles donde se verificó la multiplicación?; pregunta a la que no hay por qué responder: distribuyendo los panes, encontrábanlo los Apóstoles sin faltar entre sus manos, como la viuda de Sarephta halló siempre pan y aceite para sustentar a Elías.

M c., VI, 45: Y obligó luego a sus discípulos a que entrasen en la barca para que fuesen antes que Él a Bethsaida, a la otra parte del lago, mientras despedía al pueblo. Y después que los despidió, se fué al monte a orar.

La expresión usada por San Mateo y San Marcos, «les obligó», indica que Cristo hubo de vencer alguna repugnancia de sus Apóstoles para alejarles de sí; dudaban tal vez dejarle solo en el desierto en medio de esta turba, aunque lo más probable es que ellos estaban también profundamente admirados por el milagro como la multitud, y más o menos participaban de sus mismas aspiraciones. San Juan dice, como explicación de esta retirada de Cristo (VI, 15): «Jesús, sabiendo que las masas iban a venir para proclamarle rey, se fué solo al monte.» Tal exaltación popular es fácilmente explicable: el pueblo, sobre todo el galileo, estaba dispuesto a seguir a todo profeta verdadero o falso que les arrastrara con la promesa de la independencia y de la restauración del reino mesiánico. Josefo, tan cuidadoso por otro lado de borrar todas las aspiraciones mesiánicas, narra de este modo las sublevaciones producidas en los veinte o veinticinco años que siguieron a la muerte de Cristo:

B.J., II, XIII, 4-5: Individuos vagabundos y granujas, que no buscaban más que mudanzas y revoluciones con máscara de inspiración divina, empujaban a la turba a un delirio furioso y la arrastraban al desierto, donde según ellos decían · debía Dios mostrarles las señales de la próxima libertad. Como podía verse en esto los primeros gérmenes de revuelta, envió Félix contra estos ilusos soldados de a pie y de a caballo terriblemente armados, que descuartizaron a una multitud. Más funesto fue aún para los judíos un falso profeta egipcio. Se presentó con este nombre en la región un charlatán que se arrogaba autoridad de profeta y que reunió en su derredor hasta treinta mil cándidos. Les sacó del desierto por un rodeo, conduciéndoles hasta el monte de las Olivas: desde allí él era capaz de marchar contra Jerusalén y apoderarse de la fortaleza después de vencer a la guarnición romana, y reinar luego tiránicamente sobre el pueblo con el apoyo de los satélites compañeros de invasión. Entonces Félix se adelantó al ataque, marchando a su encuentro con la infantería gruesa romana, y el pueblo entero se preparó también para la defensa. En el combate que se siguió en Egipto, huyó con varios compañeros; pero muchos quedaron muertos o hechos prisioneros, y el resto de la multitud se dispersó, volviendo cada cual a esconderse en su casa.

Por tales relaciones se comprende sin dificultad cuán fácil era lanzar a la revolución al pueblo judío, y se imagina sin trabajo la impresión que debió producir el milagro en esta turba de cinco mil hombres, bastante decididos por seguir a Jesús aunque fuera al desierto sin preocuparse de comer y beber, exaltados encima por la inminencia de la Pascua, y mucho más sin duda por la muerte reciente del Precursor. Los Apóstoles, tanto y más que los otros, estaban impacientes por ver ya la restauración del reino de Israel, y el entusiasmo político de las masas era para ellos un peligroso contagio: Jesús quiso sustraerles a él, pero fué menester toda su autoridad obligándoles a partir, y solo ya con la multitud, la despidió, retirándose El también a la montaña para orar.

La noche anterior se había también retirado a lo mismo ya que en la oración hallaba nuevas fuerzas y la jornada que iba a abrirse debía ser una de las más decisivas y de las más dolorosas de toda su vida. La promesa a los hombres de la señal suprema de su amor arrancarí­a de su lado a la mayor parte de sus oyentes, y hasta a algunos de sus mejores discípulos. Y los sucesos de la noche, la tempestad, el andar sobre las olas y la fe vacilante de Pedro, iban a ser el presagio de esta jornada tormentosa, y sin embargo fecunda.

Y cerrada la noche, la barca estaba en medio de la mar, y Jesús solo en tierra (Mc., VII, 47).

El Señor tardaba en venir en ayuda de sus Apóstoles: partiéronse al caer la noche, y hacia la cuarta vigilia, o sea, como a las tres de la mañana, no habían recorrido sino de veinticinco a treinta estadios, alrededor de cinco kilómetros (Jn., VI, 19) porque el viento contrario hacía en vano remar: siguieron no obstante, y en esta voluntad tenaz y meritoria se reconocen los fuertes hábitos de obediencia creados en la escuela de Cristo que iba a bendecir con un milagro; pero quiere primero poner a prueba esta voluntad, y por eso tarda como lo hace en más de una ocasión, como lo ejecutará en la muerte de Lázaro. Por fin, se acerca a ellos bastante para que le vean bien y puedan reconocerle, pero adopta la actitud de pasar adelante sin querer disipar en seguida su incertidumbre, a fin de hacerles sentir cuán prontos son a la consternación y cuán lentos para la fe. Lanzan un grito, y con una palabra les tranquiliza: aquella voz tan conocida les calma, lo que no había logrado su aparición, a la que, el andar sobre el agua, su estupor y la noche, les había hecho tomar por un fantasma.

Pedro siente luego impaciencia de juntarse al Señor.

Mirad -dice San Crisóstomo-qué fervor tenía y qué fe, pero ved también su falta ordinaria de pedir lo que está sobre sus fuerzas; ahora exige algo milagrosamente grande, por amor solamente, no por ostentación; no dice: mándame ir sobre el agua, sino: mándame ir a ti, porque nadie ama tanto a Jesús. Igual hará después de la Resurrección: no puede sufrir venirse con los demás y salta al agua por tomarles la delantera. Y no es únicamente el amor, es más aún su fe la que se manifiesta: cree que Jesús puede caminar sobre las aguas, y además conceder a otro la misma virtud, y está impaciente por verse en seguida a su lado (P. G., LVIII, 505-506).

Jesús respondió: «Ven»; pero la fuerza del viento le hizo temer; comienza a hundirse y lanza un grito; Cristo le ofrece la mano y lo alza: «como un pajarillo salido antes de tiempo del nido y presto a caerse, a quien la madre levanta y vuelve al nido sobre sus alas» (Ib.). Pero, entonces, ¿por qué Jesús se lo ha concedido?; porque si le hubiera dicho: «tú no puedes». «Pedro no le hubiera creído y se hubiera obstinado, y ahora al contrario, permitida la experiencia de su debilidad le hará modesto en lo porvenir» (Ib.).

Cuando Jesús entra en la barca, el viento se amansa: los Apóstoles no se dicen

ahora: «¿Quién es éste a quien la mar y los vientos obedecen?», sino se arroja a sus plantas exclamando: «¡Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios!» Se palpa el progreso de la formación en los Apóstoles, y se comprende además el fin del milagro: la jornada que viene será la de la gran tentación, no sólo para la turba sino aun para los discípulos. Jesús va a proponerles el misterio más admirable, pero también el más desconcertante, y para prepararles, les ilumina durante esta noche con esta sucesión de prodigios.

El andar sobre las aguas podía recordar el texto de Job (IX, 8) en que pinta a Dios «caminando sobre las crestas del mar como sobre tierra firme»; pronto el poeta de las Odas de Salomón cantará también:

Sobre los abismos, el Señor ha fabricado un puente con su palabra; ha ido y les ha atravesado a pie; sus huellas son firmes sobre el agua y no han desaparecido; son como las del buey que asienta fuertemente, y a un lado y a otro se levantan las olas; pero las pisadas de Nuestro Señor Jesucristo son firmes, no se borran ni destruyen; el camino está preparado para los que pasan después de Él, y recorren la ruta de su fe y adoran su nombre... (XXXIX).

La luz de estos prodigios debía esclarecerlos más tarde, ahora les ciega y se prosternan llenos de fe, porque como nota San Marcos, «estaban interiormente pasmados, por no haber comprendido lo de los panes: su corazón estaba ofuscado». A buen seguro que ellos, mejor aún que la turba, habían reconocido una multiplicación maravillosa, y el andar sobre el mar y la tempestad serena volvía a conmovierlos más aún, pero su alma no era todavía bastante fuerte para soportar tranquilamente este esplendor, y quedan ofuscados y confusos; y es que su corazón, según lo observa el evangelista, permanecía duro: andando los días, Jesús no hallará más resistencia y hará apaciblemente irradiar su paz.

Los Apóstoles se apresuraron a hacer subir a Jesús a la barca y en seguida se encontraron en tierra.

La noche se acabó en Cafarnaún, después de una jornada tan llena de prodigios. Estos milagros, como todos los de Cristo, no son vanas demostraciones de poder: alimenta a la turba en el desierto, salva a sus Apóstoles de la tempestad, y cumple por ellos a la letra las palabras del salmo CVII, 28: «El les libró de sus angustias, calmó la tempestad y trajo la tranquilidad, y las olas se callaron: alegráronse porque se apaciguaron, y Yavé les condujo al puerto que deseaban.» Pero estos milagros de bondad son también y más visiblemente aún que los otros, milagros de omnipotencia: los elementos están en manos de Cristo; por eso vemos a los Apóstoles prosternarse a sus pies y decirles: «Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios.» Este reconocimiento, logrado bajo la impresión viva del milagro, tendrá dificultad en recordarlo cuando la doctrina del Señor venga a desconcertar con su alteza sus aspiraciones todavía muy terrenas. Todo entonces a su derredor les hará el vacío, vacilarán, pero siquiera Pedro, el más vehemente de todos, ha de repetir a impulsos de la gracia la confesión de esta noche: «Señor, ¿a quién hemos de ir, si tú tienes palabras de vida eterna? Y nosotros sabemos y hemos conocido que tú eres el santo de Dios.»

Y los cristianos de todas las épocas encontrarán también en los milagros de esta jornada y de esta noche una introducción que les conducirá a la fe en la Eucaristía. Esta multiplicación de los panes presagia la multiplicación más maravillosa del Pan bajado del cielo para dar vida al mundo, y el milagro de andar sobre las aguas nos muestra, además que este cuerpo divino de Jesús, salido del seno virginal de María, puede, si el Señor lo quiere, dominar las leyes de la naturaleza. Es interesante leer en este punto los comentarios del siglo XVI. Calvino, preocupado con atacar el dogma eucarístico, no quiere admitir en el cuerpo de Cristo viviendo en la tierra estas milagrosas propiedades, y prefiere para explicar el milagro recurrir a una solidificación de las aguas del mar, sin reflexionar que el agua, en esta hipótesis, debió sostener lo mismo a Pedro que a Cristo. Hoy nadie admitirá esas teorías de una fe tímida, pues quien acepta un milagro, lo admite todo entero: a la luz de este prodigio así reconocido se va a iluminar el misterio.

### **VIII.-EL PAN DE VIDA**

Cuando hoy día llega uno al capítulo sexto de San Juan y considera las interpretaciones de los exegetas, no puede menos de admirarse del cambio profundo originado desde el siglo XVI: en esta época, los comentaristas protestantes no veían más en todo el apartado, que la manducación espiritual por la fe; los católicos, sin condenar la explicación, muy extendida entre ellos también y que el Concilio de Trento dejó disputar libremente, insistían cada vez más en la interpretación eucarística del sermón de Cristo. Hoy la controversia ha cambiado: la polémica no es ya entre cristianos creyentes sobre materia de fe o de sacramentos, sino entre racionalistas y cristianos. Y desde este momento, la exposición tradicional de los protestantes no la ha aceptado nadie. Los católicos sostienen que aquí se trata de la Eucaristía; los contrarios, al revés, niegan que se hable de realidades históricas, sino más bien de un comentario alegórico de la doctrina de la Eucaristía. Loisy no ve otra cosa en todo este capítulo sexto, y Reville estima que la multiplicación de los panes no es más que un relato alegórico de un banquete eucarístico. Esta es una prueba más, entre otras muchas, de la solidez de nuestras interpretaciones tradicionales, pues cuando la preocupación dogmática no se opone a la exégesis de nuestros adversarios, su interpretación viene a juntarse con la nuestra, si es que no la sobrepasa. Es útil hacer semejante verificación, ni debe ser un motivo para abandonar nuestras posiciones el empeño de hacerles frente por otro lado: el exceso de nuestros contrarios, lo mismo que los ataques de los antiguos, no ha de separarnos del camino lleno de la verdad.

Los sinópticos, cuya narración hemos seguido más arriba, cuentan que Jesús y sus discípulos después de atravesar el lago vinieron a Genesaret; omiten, pues, todo el discurso de Cristo, que tuvo por teatro a Cafarnaún y que Juan nos va a relatar. Las primeras frases del evangelista insisten en lo que la turba ha podido verificar por sí misma: allí no había más que una barca, Jesús no había subido en ella, y no obstante, no se hallaba ya en aquel sitio: son nuevos testigos, observa Maldonado, del milagro de la noche. No encontrándolo donde le dejaron, van en su busca, y algunas lanchas habían en efecto llegado de Cafarnaún, empujadas tal vez por el temporal de la noche; las gentes las aprovechan, y es



claro que no podían transportar los cinco mil oyentes de la víspera: los más entusiastas suben; los demás, acaso a pie, se vuelven como lo hicieran la antevíspera.

«Maestro-le preguntan-, ¿cuándo viniste aquí?» Ellos también y más que los Apóstoles tienen el corazón insensible, y ni la misma multiplicación de los panes contemplada por ellos les hace admirar el camino de Cristo por el lago, y se imaginan que, a lo mejor, les tomó la delantera y que pasó antes que sus discípulos en una barca. Jesús no les contesta, sino como siempre en San Juan, da de lado a las preguntas curiosas y va derecho a la enseñanza espiritual: «Si me buscáis no es porque habéis visto milagros, sino porque comisteis de los panes y os hartasteis.» El mismo San Juan observa un poco antes (VI, 2): «Seguíale una gran muchedumbre, porque veían los milagros que hacía con los enfermos.» Venían conquistados por sus milagros, pero lo que ellos seguían no era el «signo», sino el bien material, la curación de las enfermedades y el hartar su hambre: «en vez de ver en el pan la señal, ven sólo el pan». Cristo se esfuerza por dirigir estos deseos hacia la vida eterna; es, anota San Agustín, el mismo movimiento en la idea, que en el coloquio de la Samaritana, «ella se alegraba con las promesas de Jesús; había deseado esta agua, para no conocer nunca ya la sed ni la fatiga de sacarla, y por estos deseos había llegado hasta la bebida espiritual; aquí es exactamente el mismo camino».

Los judíos, sin embargo que son menos dóciles que lo fuera esta mujer, preguntan no tanto por instruirse cuando por comprometer a Cristo: «¿Qué hemos de hacer para cumplir las obras de Dios?» (VI, 28). Jesús, sin detenerse en las cuestiones de los judíos, prosigue su exposición: «La obra de Dios consiste en creer en el que ha enviado.» Los protestantes ortodoxos han tomado con frecuencia esta respuesta como prueba de que para Jesús la obra de Dios es la fe con exclusión de toda otra; consecuencia fragilísima que los controversistas católicos, por ejemplo Maldonado, refutaron eficazmente y que en la actualidad nadie sustenta. El Señor no ha querido decir tal cosa, sino que, como sus adversarios le hablan de la obra de Dios, recoge su expresión para afirmar que lo que deben hacer siempre es creer en El.

Así desconcertados, los judíos piden una señal según su costumbre: *Judaei signa petunt*. Admira esta nueva exigencia después del milagro de la víspera y de sus conatos por hacer rey a Jesús. Pero si ceden con prontitud a sus aspiraciones nacionales, están menos preparados a los deberes religiosos que Cristo les impone, y por defenderse, reclaman nuevos prodigios: Moisés les ha alimentado durante cuarenta años: ¿ha hecho Jesús acaso algo parecido? Se siente cuánto de carnal tienen sus deseos: quedaron satisfechos de pan y quieren quedarlo de nuevo, y siempre. Esta comparación con Moisés recuerda aquella otra que la Samaritana hacía entre Cristo y Jacob: «¿Eres tú acaso más grande que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, del que bebió él y sus ganados?» (IV, 12). Aquí, igual, la medida de la grandeza era el beneficio material.

Jesús había respondido entonces acentuando la calidad del agua de Jacob y la que El daría: «Quien bebiere de esta agua tendrá aún sed, mas quien bebiere del agua que yo he de

darle, no tendrá sed jamás, sino que el agua que le daré se hará en él una fuente viva hasta la vida eterna» (IV, 13-14). Ahora responde lo mismo: el pan verdadero, el pan del cielo, no ha podido darlo Moisés, porque el Padre es quien lo da; y explicando más su pensamiento: «el pan de Dios es el pan que ha bajado del cielo, que da vida al mundo». Este pan del cielo, este pan de ángeles, es el Verbo de Dios, que ha bajado del cielo y puede dar la vida, no a unos pocos hombres solamente, mas al mundo entero; El se nos ha dado en la Eucaristía, para vivificamos del todo, en el cuerpo y en el alma; el cuerpo nos arrastra con su peso como una piedra hacia abajo, pero este pan celestial nos levanta al cielo.

Los judíos responden: «Señor, danos siempre de este pan.» Se vuelve a reconocer otra vez la misma dirección de pensamiento que en el diálogo con la Samaritana que también decía a Cristo: «Señor, dame de esta agua, para que no tenga nunca jamás sed y no venga aquí a sacarla.» Los judíos, como ella, sólo piensan en el alivio del cuerpo, y de esto se muestran ávidos.

E igual que en el coloquio con la Samaritana concluía con esta declaración: «Soy yo, Cristo, que te estoy hablando», así dicen a los judíos: «Yo soy el pan de vida», y añade sin tardar: «quien se llega a mí, no tendrá más hambre, y quien en mí cree, jamás tendrá sed»: así recoge todas sus promesas y muestra en sí mismo su cumplimiento. Pero ¿quién las disfrutará?: quien se llegue a EL ¿Cómo llegar a Él?: creyendo en El. Los judíos, al revés, han visto y no han creído: han visto sus milagros, tanto que han estado a punto de hacerle rey, pero se han detenido en este aspecto humano, sin alzarse más arriba por la fe, sin reconocer en el Hijo del Hombre al pan bajado del cielo que da la vida al mundo.

«Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí, y aquel que viene a mí, no le echaré fuera»: Jesús comienza a dar a entender la razón de la ceguera judía: han ofendido al Padre (cf. Cirilo, 524), y el Padre no les da ya más a su Hijo; al contrario, los que parecen más alejados serán más atraídos por el Padre hacia el Hijo: los profanos se llegarán, y la Eucaristía les ha de vivificar, y «quien viene a mí, no le echaré fuera».

Los dos versos 38 y 39 están estrechamente unidos y ambos, tomados en conjunto, dan la razón del verso 37: «no le arrojaré fuera, porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad de aquel que me envió, el Padre, que nada se pierda de todo aquello que él me dió, sino que lo resucite en el último día». Pero al mismo tiempo, revelará la expresa afirmación del versículo 38: «yo he bajado del cielo...»: ya había dicho Jesús a Nicodemo: «Nadie ha subido al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre» ; pero en este discurso sobre todo, más que en ninguna parte, afirma Jesús explícitamente su origen celestial: lo ha dado ya a entender al hablar del pan verdadero descendiendo del cielo, que da la vida al mundo, pero ahora lo asegura expresamente. Y a la vez que este origen celestial, se anuncia aquí todo el objetivo de la Encarnación: «para hacer no mi voluntad sino la de aquel que me envió». San Cirilo lo entiende principalmente de la Pasión, y es cierto que en ella sobre todo aparece esta preferencia dada por Jesucristo a la voluntad de su Padre, pero su vida entera es además la

realización de este programa, y San Juan se muestra cuidadoso de iluminarnos este anonadamiento y esta perpetua desaparición del Hijo de Dios delante de su Padre.

El Padre quiere que todos los que ha dado al Hijo sean vivificados y salvos para siempre por El, y por eso, el último día de su vida en su oración sacerdotal, Jesús decía a su Padre : «Tú has dado poder a tu Hijo sobre toda carne, para que a todos los que tú le has entregado, él les dé la vida eterna» (XVII, 2); y un poco más abajo: «yo les he guardado a todos, y ninguno se ha perdido sino el hijo de perdición, para que se cumpliese la Escritura». El Hijo les guarda, según esto, y nadie les puede arrancar de sus manos (X, 26). Y esta guarda fiel no se acaba con la muerte; es eterna: los que ha recogido el Hijo, El les ha de resucitar el último día. Esta promesa de resurrección volverá con frecuencia en este discurso, y aparecerá siempre como el privilegio de los que habrán de ser vivificados por el Hijo de Dios.

La voluntad del Padre es que todos los que vean al Hijo y crean en El tengan la vida eterna. Esta voluntad del Padre la expone en estos términos San Cirilo: El Padre entrega, pues, a su Hijo que puede vivificar a los que necesitan la vida, y El se la da comunicando a cada uno el conocimiento del Hijo, haciéndosele comprender verdadera y puramente... De este modo, el Padre conduce al Hijo por el conocimiento y por la contemplación divina, a los que El quiere conceder la gracia. El Hijo, que acoge y vivifica y da a estos seres, naturalmente corruptibles, la vida que le pertenece con toda propiedad, deposita en ellos como chispas de fuego la fuerza vivificadora del Espíritu, y les transforma enteramente por la inmortalidad.

Jn., VI, 41-51: Los judíos murmuraban de El porqué había dicho: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? Pues, ¿cómo dice éste: Del cielo descendí? Mas Jesús respondió y les dijo: No murmuréis entre vosotros; nadie puede venir a mí si no le trajere el Padre que me envió, y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados de Dios. Todo aquel que oyó del Padre y aprendió, viene a mí. No porque alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios, éste ha visto al Padre. En verdad en verdad os digo: que aquel que cree en mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo.

En los versos que preceden vense hacer cada vez más categóricas las frases de Jesús; este pan de vida, este pan bajado del cielo, hacia el cual va orientando poco a poco a sus oyentes, es El mismo: comparábase la marcha de este diálogo con aquel de junto al pozo de Jacob, mas la diferencia salta ahora irreprimible: a la categórica afirmación de Jesús: «Yo soy, el que hablo contigo», la Samaritana había creído luego; los oyentes de Jesús son aquí menos dóciles, y su afirmación no recibe adhesiones, sino que provoca murmullos. Lo que les molesta no es el misterio eucarístico, que no les ha predicado aún claramente, sino la afirmación de la preexistencia de Jesús en el cielo; le conocen muy bien a Él, a su padre y a su madre; ¡este obrero de Nazaret, su conciudadano, vecino suyo, venir

del cielo! Resuena aquí el eco de la escena de Nazaret, que Juan no ha referido, pero que no es improbable que en sus murmullos se repitieran más de una ocasión.

Por primera vez en este capítulo, los oyentes de Cristo aparecen llamados con el nombre de «judíos», que en el vocabulario de Juan esta expresión designa siempre los enemigos de Jesús: se ha supuesto que los que aquí intervienen son también fariseos de Jerusalén mezclados entre la turba; nada les acusa y parece mejor, que son los mismos asistentes, que se dejan poco a poco arrastrar al partido de los enemigos de Jesús. El Señor les responde reanudando sus precedentes afirmaciones, y antes que todo, la necesidad para llegar a Él, de ser atraído por el Padre, y así, dirá más tarde a sus adversarios de Jerusalén: «El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; vosotros no escucháis porque no sois de Dios» (VIII, 47).

Y añade Cristo: «yo le resucitaré en el último día», queriendo con esta promesa de inmortalidad atraer a sí a sus oyentes. Después les recuerda las promesas de los profetas: en tiempo del Mesías, todos los hombres serán instruidos directamente por Yavé: el vaticinio de Isaías Citado por Jesús era el siguiente: «Todos tus hijos serán discípulos de Yavé, tus hijos gozarán de una paz grande» (LIV, 13), y el de Jeremías: «Pondré mi ley en sus corazones y en ellos la escribiré, y seré su Dios para ellos, y ellos serán para mí mi pueblo; no enseñaré más éste a su prójimo, ni el otro a su hermano diciéndole: conoce al Señor, porque todos desde el pequeño al grande me conocerán, declara Yavé (XXXI, 33-34); y el profeta Joel, II, 28; tal vez para referir a todos estos pasajes, usó el Señor la fórmula general: «está escrito en los profetas».

Pero aunque todos sean instruidos por el Padre, sin embargo «nadie le ha visto sino el que es Dios». También había asegurado Jesús a Nicodemo que sólo el que bajó del cielo y ha vuelto a él puede hablar experimentalmente (III, 13), que es lo que repite el evangelista al fin del prólogo: «A Dios nadie le ha visto nunca, el Dios unigénito que está en el seno del Padre, éste nos le ha revelado» (I, 18). El Señor se muestra deseoso de afirmar estas relaciones únicas con el Padre, e igual afirmación aparece en los sinópticos (Mt., XI, 27): El solo conoce al Padre, y El solo puede revelarle. .

Y volviendo con nueva fuerza, afirma otra vez que El es el pan de vida, y nuevamente contrapone este pan al maná que los judíos comieron en el desierto, y que no les libró de la muerte.

«¿Por qué -pregunta San Agustín-, habiéndole comido, murieron? Porque no creían lo que veían, y no comprendían lo que tampoco veían. Así fueron vuestros padres, y vosotros les imitáis. Porque, hermanos míos, si es que se trata de esta muerte visible y corporal, ¿acaso no morimos también nosotros, que comemos de este pan bajado del cielo?... Pero si se trata de esa muerte con la que el Señor nos amenaza, esta muerte de la que murieron sus padres; Moisés comió del maná, Aarón, Finés y otros muchos amigos del Señor comieron

del maná y no murieron. ¿Por qué? Porque esta comida visible ellos la comprendieron espiritualmente; tenían hambre espiritual y gustáronla espiritualmente para ser saciados espiritualmente. Y nosotros también hoy día recibimos un alimento visible; pero una cosa es el Sacramento y otra la virtud del Sacramento. Atendedme, hermanos: comed espiritualmente este pan del cielo, traed al altar la inocencia. Si hay pecados diarios, que no sean mortales. Antes de acercaros al altar, recordad que decís: perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdonad, y se os perdonará; acercaros con confianza, es pan, no es veneno... (1.611).»

Se ve ya dibujarse la interpretación de San Agustín, que no hace aquí en este comentario teología de la Eucaristía, sino ante todo, una exhortación a la unidad, en aquella Iglesia de África arruinada por el cisma, y presenta la Eucaristía primeramente como el sacramento de la unión.

Esta doctrina es bellísima y excelsa, y con todo, no puede decirse que exponga directamente la predicada por el Señor en este discurso, pues es más bien una aplicación hecha por el santo obispo a las necesidades de sus oyentes. La interpretación de San Cirilo expone con más fidelidad el pensamiento de Jesús. Como lo hemos visto, este comentario insiste sobre todo en la vivificación por el cuerpo de Cristo, y ésta efectivamente es la idea central de todo el sermón, que de nuevo expone con gran relieve en los versículos que ahora entramos a comentar: «Este pan..., es mi carne, que yo daré por la vida del mundo»; Cristo la da ofreciéndose a su Padre por nosotros como víctima, y en este sentido dijo también : «Yo me santifico por ellos», como si dijera : yo me ofrezco como víctima inmaculada en olor de suavidad que de este modo da Jesús su cuerpo por la vida de todos: pero ved cómo así nos da también la vida :

Después que el Verbo de Dios, que todo lo vivifica, ha habitado en la carne, la ha transformado en la virtud que le es propia, esto es, en vida, y uniéndose a ella de una manera inefable, la ha vivificado, como El es vivificante por naturaleza. Por esto, el cuerpo de Cristo vivifica a aquellos que de Él participan, porque El arroja a la muerte cuando se acerca a los mortales, y aleja la corrupción, engendrando una disposición que hace desaparecer la corrupción. Pero se dirá, a lo mejor, pensando en la resurrección de los muertos: ¿acaso los que no han recibido la fe de Cristo, ni han participado de su carne, no volverán a la vida el día de la resurrección? ¿Cómo? ¿Es que no resucitarán todos los que han muerto? Ciertamente, respondemos, toda carne resucitará, porque la palabra profética predice que los muertos revivirán. Entendemos que el misterio de la resurrección de Cristo penetra a todo el linaje humano, y creemos que en El nuestra primera naturaleza corruptible quedó destruida. Porque todos resucitarán a semejanza de aquel que por nosotros resucitó, y que, en cuanto era hombre, nos contenía a todos en sí. Y del mismo modo que en el primer Adán quedamos todos muertos, así, en aquel que se hizo por nosotros primogénito de todos los que nacen, resucitaremos de entre los muertos; los que han obrado bien, con resurrección de vida, como está escrito, y los que hicieron el mal, con resurrección de juicio.

Jn., VI, 52-59: Comenzaron a altercar los judíos unos con otros, y se preguntaban: ¿Cómo puede darnos éste a comer su carne? Y Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en

vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día: porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él. Como me envió el Padre que vive, y yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por mí. Este es el pan que descende del cielo. No como el maná, del que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente. Esto dijo en la sinagoga de Cafarnaún.

Según su método ordinario, Jesucristo insiste tanto más, cuanto sus oyentes se le oponen: «Se ve -dice Bossuet-cómo Jesucristo entra y se sumerge siempre, por hablar así, más y más en la materia, e introduce el discurso del alimento celestial con ocasión del pan material que acababa de darles, y llega a decir que es menester comer su carne y beber su sangre, lo que inculca con tanta insistencia, hasta indicar que por esto ha obrado la Encarnación, enseñándonos claramente por esto que debemos en realidad comer también su carne y beber su sangre, ya que por eso ha tomado una y otra. Hay que traer fe, porque es su comienzo. Es necesario creer en Jesucristo que da a comer su carne, como es menester creer en Jesucristo bajado del cielo y aparecido hecho carne; no es la fe la que obra el que esta carne se nos dé de comer. Creyendo o no, aquí está; creamos o no, Jesús bajó del cielo en carne humana; creamos o no creamos, Jesús nos da a comer la misma carne que tomó» (Día 32).

Algunos protestantes, todavía hoy, intentan una inteligencia alegórica de todo este discurso. No obstante, los mantenedores de esta hipótesis se hacen cada vez más raros, y si fuera menester refutación, bastaría enviarles a sus correligionarios que se han libertado ya de esta tradición.

Sólo a partir del verso 51, cree San Crisóstomo reconocer la doctrina eucarística, y no habiendo hablado hasta aquí de la Eucaristía sino muy veladamente a causa del arcano, dice en seguida: «ya saben los iniciados lo que digo», y prosigue de este modo:

Para que estemos unidos no sólo por el amor, sino en realidad, es menester que nos mezclemos con esta carne, y esto se logra por el alimento que nos ha dado, queriendo mostrarnos el gran amor que nos tiene. Por esto se junta a nosotros, y por esto ha unido su cuerpo al nuestro para que fuésemos una sola cosa, como un cuerpo unido a la cabeza. Porque en esto se muestra su grandísimo deseo... Esto es lo que Cristo ha hecho por nosotros llevándonos a una amistad más íntima y mostrándonos el gran amor que nos profesa; no ha querido solamente dejarse ver de aquellos que lo deseaban, sino que se ha dejado tocar y comer, y unirse con nosotros y satisfacer todos nuestros deseos... Con frecuencia las madres dejan a otras el cuidado de amamantar a sus hijos; pero yo no lo haré, dice Jesús, sino al revés; yo les alimentaré con mi carne, yo me ofrezco por vosotros, yo os quiero ennoblecer a todos, yo quiero daros a todos las más bellas esperanzas de los bienes futuros. Porque el que ahora se nos da, se nos dará luego también con creces en el siglo que ha de venir. Yo he querido hacerme vuestro hermano, yo he tomado por vosotros carne y sangre, y yo os doy ahora esta misma carne y sangre por la que me he convertido en hermano vuestro.

Otra vez es San Cirilo quien nos da de estos versículos la interpretación más completa y más profunda: hace recalcar desde un principio la impiedad de los judíos, que,

después de tantos milagros, preguntan aún el «cómo». Cristo, observa el Santo, no les da por misericordia la explicación que le piden; la fe debe preceder a toda inquisición, y por eso se dedica a provocar en ellos la fe por las promesas de vida: más adelante, en el momento de la institución, dará Jesús este pan a los que creen, aquí despierta la fe. Las promesas son siempre las mismas: es la vida que da su carne, y luego explica en estos términos cómo es vivificante la carne de Cristo.

«El Hijo es vida por naturaleza, en cuanto ha nacido del Padre viviente, y su cuerpo, por tanto, es viviente, como unido que está de un modo inefable al Verbo, que todo lo vivifica...; y pues que la carne del Salvador se ha convertido en vivificante, en cuanto se ha unido a la vida por naturaleza, esto es, al Verbo de Dios, cuando la comemos, tenemos la vida en nosotros, como unidos que estamos a Él, igual que ella está unida al Verbo que habita en ella. Por esto no se contenta con decir sólo una palabra para traer los muertos a la vida, sino que para demostrar que su cuerpo es vivificante, como lo hemos ya explicado, toca a los muertos, y con su cuerpo comunica la vida a los cuerpos corrompidos. Y si por el mero contacto de su santa carne, lo que está corrompido se vivifica, ¿cuánto más no seremos vivificados y completamente bendecidos cuando le comemos? Porque El transforma en su propia cualidad, es decir, en vida, a los que le reciben». Y líneas más abajo expone así cómo aquel que comulga permanece en Cristo: «Si se unen dos trozos de cera, aparecen entre sí fundidos íntimamente el uno con el otro. Igual, a mi entender, el que recibe la carne de Cristo Nuestro Salvador y bebe su preciosa sangre, no hace más, como El lo dice, que ser uno con El. El se mezcla y se confunde, en cierto modo, con el otro por la comunión, de tal manera, que está en Cristo y Cristo en él. Es lo que nos enseña Jesús en el evangelio de San Mateo, cuando dice: «El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.» Un poco de levadura hace fermentar toda la masa, dice San Pablo. Igualmente, la más pequeña hostia se apodera de nuestro cuerpo y le llena de su propia energía, de tal suerte, que Cristo está en nosotros y nosotros en El». Cf. MAHÉ, *Rev. d'Hist. Eccle.*, 1907, 684.

Todo esto, escribe San Juan, enseñó Cristo en la sinagoga de Cafarnaún. En las ruinas de la sinagoga de esta ciudad se ven sobre un dintel, unas esculturas que representan el maná en un tarro cercado de hojas de vid y racimos. No es cierto que éstas formen parte del edificio donde Jesús habló (v. supra, pág. 113), pero en todo caso, nos ponen ante los ojos los símbolos familiares a los judíos. El maná allí representado era el gran regalo de Moisés, y los judíos pensaban que se les había concedido el honor a sus méritos, que luego de su muerte, Dios les había rehusado; pero el Mesías les daría otro nuevo. Estas son las esperanzas que abrigan las almas de los oyentes de Jesús, y a ellas llamaba el Señor cuando repetía otra vez: «Vuestros padres comieron el maná y murieron, pero quien come este pan vivirá eternamente.» En este discurso, como lo hace frecuentemente San Juan, máxime en el de la Cena, todo se relata sin interrupción; parece sin embargo que se sucedieron durante él varios altercados.

En todo caso, los versículos que nos quedan por considerar se desplazan manifiestamente de todo el sermón, y retratan la impresión que produjo en los presentes.

Jn., VI, 60-70: Muchos de sus discípulos, que oyeron esto, se dijeron: Duro es este razonamiento: y ¿quién lo podrá oír? Y Jesús, conociendo que murmuraban sus discípulos, les dijo: ¿De esto os escandalizáis? ¿Pues qué si vierais al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes? El espíritu es el que da la vida, la carne nada aprovecha; las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son. Más hay algunos entre vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que creían y quién le había de entregar. Y decía: Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí si no le fuere dado de mi Padre. Y desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y no andaban ya con él. Y dijo Jesús a los doce: ¿Vosotros también queréis iros? Y Simón Pedro le respondió: ¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús les respondió: ¿No os escogí yo a los doce, y uno de vosotros es demonio? Y hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón, porque éste, que era uno de los doce, le había de entregar.

Por este conflicto y por este abandono se concluyó esta larga conversación: «este sacramento de unidad y este vínculo de caridad» sólo se revela para escandalizar a la muchedumbre, descorazonar a los discípulos y preparar la traición de Judas. Es una de las páginas más patéticas del Evangelio. El discurso que hemos oído dejaba ya prever esta ceguera de los judíos, y San Crisóstomo pregunta a este propósito por qué Cristo les expuso este misterio: no podía ya callarlo más, dice el Santo; sin duda que ellos no eran capaces de comprenderle aún, pero debían creer como lo hacían los Apóstoles, apoyados en sus promesas y esperando el porvenir, pues los milagros vistos por ellos eran garantía bastante suficiente. Jesús no dice: «hay entre vosotros quien no comprende», sino «quien no cree», porque, como observa San Agustín, la falta de fe es la que no comprende: es necesario creer primero, después Dios da la inteligencia del misterio; es lo que dice la respuesta de Pedro: «nosotros hemos creído y hemos conocido»: «nosotros hemos creído, para poder conocer, porque si nosotros hubiéramos querido conocer antes de creer, no hubiéramos conocido ni creído». Igual y más insistentemente San Cirilo: «Después de la fe, el conocimiento, y nunca antes el conocimiento que la fe, según está escrito: si no creyereis, no comprenderéis».

La partida de Cristo sería para los discípulos otro escándalo más terrible que este del discurso actual, y Jesús se la propone, sin embargo, ahora como otras veces en San Juan unida a la idea de la glorificación, que será su ascensión allá arriba, donde El estaba antes: al mismo tiempo que este recuerdo del cielo, trae a la memoria aquí lo que con tanta frecuencia ha repetido en el decurso de este diálogo, que El ha descendido del cielo, y encauza las almas hacia una interpretación que se opone menos a sus promesas. Y les compromete a ellos más, cuando añade: «El espíritu es el que vivifica, la carne no es nada.» San Crisóstomo interpreta: «Lo que no sirve para nada, no es la carne de Cristo, con la que nosotros no podemos vivir, es la inteligencia carnal de los misterios.» Y San Cirilo: «Por su propia naturaleza, la carne es impotente para vivificar, pero en tanto que ella tiene al Verbo vivificante que en ella habita, puede también vivificar», porque en Nuestro Salvador la plenitud de la divinidad ha habitado corporalmente, y el Señor es Espíritu».

Estas afirmaciones de Cristo no retiran una sola frase de las que antes había adelantado, y, de hecho, muchos de los asistentes se desaniman y se marchan.



Jesús se vuelve a los Apóstoles: «¿Vosotros también queréis irnos?» Al hablarles así, observa San Cirilo, no les da libre opción de irse o permanecer fieles; les advierte únicamente, que si ellos no son mejor que los judíos, serán como ellos rechazados, y otros ocuparán su sitio; Dios es bueno, pero también severo (Rom., XI, 22): El guarda en sí a los que les son fieles, pero a los otros les corta y separa sin piedad. No tiene necesidad de nadie, ni de sus Apóstoles; ellos son los que necesitan de Él: «¿A quién iremos?; tú tienes palabras de vida eterna.»

Por vez primera aparece en el Evangelio la traición de Judas que Cristo predice terminantemente, sin designar quién ha de entregarle: «¿No es cierto que yo os elegí doce?, y uno de vosotros es un demonio»; y Juan hace eco a su predicción con este toque tan discreto, pero tan expresivo: «Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón que había de entregarle, y era de los doce.»

Por lo demás, la escena que terminamos de comentar deja ya presentir la crisis suprema que estallará un año más tarde: al principio es el entusiasmo de las turbas, que quieren apoderarse de Cristo y hacerle rey; ¿no es este un preludio de los Ramos? Esta vez Jesús no se presenta al triunfo que le preparan, el cual sin duda no hubiera sido como el del día de Ramos, una sencilla demostración, y por eso huye a la montaña El pueblo se desconcierta; si no quiere ser rey de Israel, ¿qué es entonces?, ¿no es El acaso el Mesías, o duda, tal vez, de su propio poder? De la multitud ansiosa y dividida parten sólo unos grupos que siguen a Jesús a Cafarnaún, pero únicamente por oírle su discurso sobre el pan de vida, que es incomparablemente más de lo que ellos sospechan y esperaban: tales promesas les atormentan. Los mismos Apóstoles sienten el contagio de este escándalo, la mayoría le resiste y Judas comienza a ceder: avaro, interesado, ve desvanecerse las brillantes perspectivas del reino en las que se complacía, y no acierta a comprender lo que Cristo le propone; sus palabras claro que son espíritu y vida, pero el hombre carnal no puede comprender el Espíritu de Dios. Los otros siquiera permanecen fieles y responden por boca de San Pedro: «¿A quién iremos?, si tú tienes palabras de vida eterna.» Es la primera confesión del Apóstol: bien pronto se seguirá otra más solemne todavía. Las turbas se alejan y los discípulos desertan numerosos, pero al menos los que quedan se acercan más aún al Señor, y El comienza a formarles más íntimamente también.

## **IX.-GENESARET. DISCUSIÓN CON LOS FARISEOS DE CAFARNAÚN**

Los sinópticos no hablan del discurso sobre el pan de vida. Después de la travesía del lago, cuentan que Jesús llegó a Genesaret, y que desde que desembarcó, le conocieron, trayéndole de toda la región los enfermos para ponerlos a su paso.

Y recorriendo toda la comarca, le traían de toda ella los enfermos en sus camillas. Y

dondequiera que entraba, en aldeas, granjas o ciudades, ponían los enfermos en las calles y le rogaban que les permitiese tocar siquiera la orla de sus vestidos, y cuantos le tocaban quedaban sanos (Mc., VI, 53-56; Mt., XIV, 34-36).

El punto donde desembarcó Cristo se llama en algunos manuscritos Gennesar, y muchos críticos prefieren esta forma; éste era el nombre del lago, y también el de la planicie descrita por Josefo; Genesaret no se le conoce más que así, y es otra razón para conservar este nombre que atestigua la tradición de los mejores manuscritos que ella no ha inventado.

La escena aquí brevísimamente descrita es parecida a tantas otras que dejamos ya relatadas: afluencia de enfermos y curación universal de todos, porque esta carne que devuelve la salud a quien le toca, es verdaderamente la carne vivificada que Cristo acaba de prometer a sus fieles: este relato, ¿no es el comentario más persuasivo de este discurso? Parece que el Señor no quería detenerse; los viajes precedentes habían sido una misión apostólica, y éste un breve recorrido: Jesús no hace más que atravesar la comarca, y la multitud que le reconoce le sigue y se va tras él.

San Marcos (VII, 1-15) y San Mateo (XV, 1-11) nos presentan a Jesús inmediatamente en Cafarnaún, donde le llevó tal vez, el sábado; allí encuentra a los fariseos de la tierra y a los escribas de Jerusalén, que empeñan con El una vivísima discusión: «¿Por qué tus discípulos no proceden según la costumbre de los mayores y comen el pan sin lavarse las manos?»

Esta observancia ritual era una de aquellas que los fariseos tenían en más, y descuidarla era separarse de su asociación y clasificarse entre los «am ha-res». R. Meir les definía así: «¿Qué es un «am ha-res»? El que come los manjares con manos no lavadas» (verso 150) (51). Un rasgo, entre muchos, demuestra la importancia capital que se daba a esta tradición: a R. Aquiba, viejo y enfermo, le servía en su prisión R. Joschua, y un día que el carcelero redujo a la mitad la cantidad de agua, Aquiba dijo a su discípulo: - Dame agua para lavarme las manos. -¿Si no tienes bastante ni para beber! - ¿Qué hemos de hacer? -repuso Aquiba-; más vale morir de sed que salvarme la vida transgrediendo las máximas de mis compañeros».

Estas precauciones no estaban de más en un país donde todos los invitados comían en el mismo plato, sin más utensilio que los dedos, pero aquí no se trataba ni de aseo ni de higiene, pues lo que oprimía las conciencias eran los escrúpulos religiosos: la ley escrita era muda, pero la tradición oral era tiránica. Los dos grandes rabinos rivales Hillel y Schammai, que andaban discordes en la mayoría de los puntos, estuvieron unánimes en la cuestión de las abluciones, y poco antes de Cristo suscribieron juntos dieciocho decretos de carácter de lo más farisaico.

La observancia escrupulosa y el máximo cuidado impuesto a la conciencia por esta

legislación, hacían olvidar los preceptos esenciales. Uno de los historiadores más respetuosos con el judaísmo y hasta con el fariseísmo, G. F. Moore, escribe: «El efecto de esta legislación no iba solamente a poner en principio todas las obligaciones en un mismo plano. En todas las sectas, en toda *ecclesiola in ecclesia*, las particularidades de doctrina de observancia y de piedad son las que logran para los miembros el más soberano valor; lo que tiene en común con la muchedumbre es sin duda mirado como adquisición, pero queda, por decirlo así, en la subconsciencia del sectario» (Judaism, II, pág. 161).

Los escribas, se han de notar, no se traban directamente con Cristo: «¿Por qué tus discípulos descuidan la tradición de los ancianos?» También, a propósito del ayuno se dirigieron a ellos, aunque en los dos casos la conducta del Maestro debe ser la de los discípulos, y ellos oponen una escuela a otra, sin pretender someter a Jesús a sus prescripciones.

El Señor no responde directamente a estos requerimientos, y en seguida hablando a la turba la hará comprender la vaciedad de estas reglamentaciones: aquí toma la cuestión de más arriba y prueba a los escribas que en su falso celo por la tradición aprisionan la misma ley de Dios: «Vosotros decís: Si alguno dijere a su padre o a su madre: Corban, todo don que yo ofreciere, a ti te aprovechará.» Esta frase, en su forma elíptica, ha sido con frecuencia mal comprendida. Pueden verse, por ejemplo, en Maldonado todas las interpretaciones a que ha dado pie, y efectivamente, no es más que la traducción literal de la fórmula rabínica que se halla en el Talmud, en el tratado Nedarim, VIII, 7. El mismo tratado refiere la historia de un joven que había llevado este voto contra su padre y el día de sus bodas deseaba invitarle a la comida: para evitar la dificultad consiguiente, imaginó otorgar ficticiamente a un amigo la sala donde el convite debía celebrarse, para que su padre pudiese asistir. El amigo rehusó, viendo en esto un perjuicio; se discutió el caso, y los rabinos fueron de parecer que un hijo que había hecho tal voto no podía dar nada a su padre, ni aun por tercera persona, excepción hecha del caso en que el padre se hallase en trance de morir de hambre, que entonces el hijo podía socorrerle con algo, pero no por sí sino por intermediario.

Este ejemplo que nos ha conservado el Talmud, arroja sobre esta discusión la luz más viva. Lo que Cristo ataca no era una consecuencia lejana y dudosa de la doctrina de los escribas, sino su doctrina misma, cual pretendían imponerla al pueblo, y éste la padecía efectivamente. Ante esta casuística moral, Jesús coloca el precepto divino «Honra a tu padre y a tu madre». Y subraya el contraste con la cita del dicho profético: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.»

Este conflicto es uno de los más serios de todo el Evangelio. La tradición era en efecto para los judíos tan sagrada como la Ley y algunos decían que más que la Ley. Se imponía tiránicamente a las conciencias, y todos los oyentes de Cristo estaban hechos a venerada como la voluntad misma de Dios. Jesús no la denuncia desde el primer día, y su primer cuidado en el sermón del monte no es tanto descargar a sus oyentes del peso

humano que les agobia, cuanto acostumbrarles a su yugo. Por lo demás, El mismo no se preocupó de sujetar a sus discípulos a todas las prescripciones rabínicas, y con su ejemplo, y probablemente también con sus avisos, les libertó de ellas: cuando los rabinos se ofenden, lejos de evitar el debate o de buscar excusas, el Señor toma ocasión para recordar a sus oyentes el desprecio de la ley divina desfigurada por todas estas tradiciones humanas.

No contento con esta respuesta, Jesús se dirige a la multitud:

Escuchadme todos, y entended: no hay cosa fuera del hombre que entrando en él le pueda ensuciar; más las cosas que salen de él, éstas son .las que manchan al hombre. ¡El que tiene oídos para oír, que oiga! (Mc., VII, 14-15).

Esta declaración era particularmente solemne, y tenía alcance inmenso. «La ruptura era completa entre Jesús y los fariseos». No se trataba ya sólo de las abluciones rituales impuestas por la tradición de los antiguos, tratábase de la diversificación de alimentos puros e impuros prescrita por la legislación levítica, legislación santa, por cuya defensa, los mártires Macabeos habían ofrendado su vida (Mach., I, I, 62 y sgg.; II, VII, 6); y, sin embargo, tampoco tenía más que un valor pedagógico, benéfica para un pueblo niño, hubiera puesto trabas al progreso evangélico y a la libertad cristiana. Cedía a un principio superior. «Este -escribe un exegeta judío- tenía una grandeza y una trascendencia decisiva». Víctor expresa bien la transformación religiosa inaugurada de este modo: «Desde ahora comienza la Ley, según el espíritu, que no busca las purificaciones corporales ni la distinción de los alimentos, sino la virtud del espíritu... La Ley miraba sobre todo al hombre exterior y los preceptos del Señor, al hombre interior. Se acercaba la hora en que la Cruz iba a poner fin a todo lo que era material, para que en adelante, depuesto lo corpóreo, los creyentes viniesen a ser espíritu puro.»

El principio lo enuncia Jesús en forma sentenciosa y enigmática acentuada aún más por la exhortación final que le era tan familiar en casos parecidos: «el que tenga oídos para oír, que oiga». La turba estaba mal preparada para desenredarse de lazos hasta allí sagrados, y los mismos Apóstoles sólo lentamente lo comprendieron, dudosos de poner en práctica una regla de conducta tan nueva y tan atrevida (Act., X, 14 y sgg.). De momento, contén tase el Señor con echar la simiente dejándola germinar.

Y cuando entró en casa, despedida ya la gente, le preguntan sus discípulos el sentido de la parábola. Y les respondió: «¿Qué, también vosotros tenéis tan poca inteligencia?» (Mc., VII, 17-18). En el lago, Jesús reprochó a los discípulos su dureza, y aquí su cortedad de inteligencia. Al menos, no son como los fariseos ciegos voluntarios, y preguntan a Jesús cuando se encuentran solos con El, como antes cuando las parábolas del reino de Dios: y ahora también, les interpreta su pensamiento y lo hace con una insistencia tal, que motiva la ansiedad en los espíritus: «La preocupación de las impurezas había llegado a ser abrumadora, y el trato con Dios estaba paralizado... Cuidábanse más de evitar las impurezas que de practicar la virtud. Por eso declara Jesús con energía y con un realismo que no es común en Él, que los alimentos se destinan únicamente al vientre, para venir a parar a los

retretes, trazando así una demarcación definida entre la vida física y la vida moral».

Se observa de todos modos que esta insistencia no pretende otra cosa que dar a entender el principio, sin precisar la aplicación. Será menester para esto un largo progreso, bajo la dirección del Espíritu Santo. Con los años, San Pablo volverá sobre el tema, llevándole todavía más allá, en otros medios mejor preparados.

Todo me es lícito, pero no todo me es conveniente; todo me es permitido, pero no me someteré a ninguno. La comida para el vientre, y el vientre para los alimentos, y Dios destruirá a uno y otros (I Cor., VI, 12-13).

El relato de San Mateo (XV, 12 y sgg.) añade al de San Marcos la condenación de los fariseos. Los discípulos parecen intimidados por su actitud:

¿Sabes que los fariseos se han escandalizado cuando han oído esta palabra? Mas El respondió y les dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dejados: ciegos son y guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caen en el hoyo.

La primera de estas sentencias recordaba a los Apóstoles la parábola de la cizaña, en una forma que les era bien familiar: Israel era la plantación de Dios, y ellos, a su vez, plantarán también (I Cor., III, 6): el Señor bendecirá esta planta, y el enemigo procurará arrancarla: «El perseguirá las plantaciones que hayan plantado los doce Apóstoles del muy amado» (Ase., Is., IV, 3). La segunda sentencia se lee además en San Lucas (VI, 39), y es también una expresión proverbial que San Pablo dirá a los judíos: «Tú pretendes ser el guía de los ciegos» (Rom., II, 19).

El episodio que acabamos de relatar tiene en la historia evangélica de la formación de los Apóstoles un alcance considerable. El les hace comprender que lo esencial es siempre el esfuerzo íntimo del alma, y no las prescripciones rituales, que serán la protección de la vida religiosa, pero no pueden sustituirla. Cuánto tiempo y gracia de Dios serán necesarios para entender esta doctrina nueva, la historia de los orígenes de la Iglesia nos lo dice bastante. Recuérdese en particular la visión de San Pedro en Joppe (Act., X, 10); por tres veces contempla el gran lienzo tendido entre el cielo y la tierra presentándole todos los cuadrúpedos y reptiles de la tierra y las aves del cielo y tres veces oye la voz que le dice: «Levántate, mata y come», y otras tantas contesta: «No, Señor, porque nunca comí lo que es común e inmundo»; y por tercera vez se escucha la voz, que le advierte: «Lo que Dios purificó, no digas tú que es común»: Esta visión le ilumina por fin y le permite entender que no ha de mirar a ningún hombre como manchado e impuro. Tal instrucción era, pues, el símbolo de una enseñanza más alta: a la vez que las leyes de los alimentos, también todas las barreras iban a caer al paso de los Apóstoles, abriéndoles el mundo pagano.

## CAPÍTULO IX

*LAS GRANDES REVELACIONES. LA PISCINA DE BEZATHA CESAREA DE FILIPO. LA TRANSFIGURACION LA FORMACION DE LOS DISCIPULOS*

I-La piscina de Bezatha

II.- La Cananea

III.- La segunda multiplicación de los panes

IV.- La confesión de San Pedro

V.- La Transfiguración

VI.- Jesús en medio de sus discípulos. La Iglesia

**I.-LA PISCINA DE BEZATHA**

El altercado que concluimos de referir ocasionó la disensión entre Jesús y los fariseos de Galilea; un conflicto parecido va a producirse en Jerusalén sobre la guarda del sábado, dándole el Señor una trascendencia aún mayor y afirmando su unión con el Padre y su misión aquí en la tierra. Antes de estas afirmaciones, que el Padre sostiene por el testimonio de los milagros, los fariseos se sublevan, protestan de tal blasfemia y reclaman la muerte de Jesús; es la nube precursora de la gran catástrofe y el primer acto de la tragedia que va a representarse en Jerusalén, en el decurso de este año decisivo: después de la fiesta que Jesús acaba de celebrar ahora (V, 1), será la de las Tiendas o Tabernáculos (c. VII), luego la fiesta de la Dedicación (c. X), y después de la curación del paralítico, vendrá la del ciego de nacimiento (c. IX), y por fin la resurrección de Lázaro (c. XI). A través de todos estos episodios, la revelación del Hijo de Dios se hará cada vez más luminosa; las almas de buena voluntad quedarán alumbradas y las otras ciegas porque amaron más las tinieblas que la luz, queriendo todavía encima ahogar su resplandor. Los enemigos de Cristo, y su jefe, el príncipe de este mundo, tendrán su hora: «hora de las tinieblas», pero este triunfo momentáneo será crimen de todos, y el suplicio de Jesús constituirá su gloria.

Este conflicto tan desagradable y glorioso a un tiempo, da a estos capítulos de San Juan un acento trágico. Es ya lejos de la Galilea y de las apacibles predicaciones de la montaña y del lago; estamos en Jerusalén en la ciudad santa, pero también en la ciudad que ha matado a los profetas, y el Hijo de Dios hace el último esfuerzo por salvar «la ciudad del gran Rey»; fracasa, y sólo le queda llorar sobre su ruina y morir en ella.

«Después de esto, celebrábase una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén (Jn., V, 1). Esta solemnidad no se designa más expresamente y ciertos exegetas la identifican con la Pascua. Otros con Pentecostés y algunos con la de las Trompetas, o fiesta de las Suertes. Esta identificación importa poco; todo el interés se concentra en las

revelaciones del Hijo de Dios: la curación milagrosa del paralítico, la oposición que levantan, y sobre todo las declaraciones de Cristo sobre su naturaleza y su misión.

«Y está en Jerusalén la piscina Probática, que en hebreo se llama *Bethsatha*, la cual tiene cinco pórticos.» Estas indicaciones tan precisas de San Juan, completadas dos siglos después por Orígenes, han sido confirmadas en nuestros días por las excavaciones arqueológicas, y el peregrino se complace en venerar a la sombra de la basílica francesa de Santa Ana, el teatro de este milagro del Señor. En medio de otros muchos enfermos, «ciegos, cojos y paralíticos», estaba uno, también paralítico, echado junto a la piscina; llevaba así enfermo treinta y ocho años y Jesús se le acercó: «¿Quieres sanar?», le dijo. La respuesta no podía ser dudosa; pero Jesús estimula el deseo del enfermo para despertar su fe: «Señor -le contesta el impedido-, no tengo un hombre que me eche en la piscina al agitarse el agua, y para cuando yo entro, otro ha descendido antes que yo.» Jesús le manda: «Levántate, toma tu camilla y anda.» E instantáneamente quedó sano, tomó su lecho y se fué. Pero aquel día era sábado. Esta sencilla frase hace ya presentir el conflicto que va a estallar: los judíos, es decir los fariseos, encuentran a este hombre con su lecho a cuestas: «-Hoy es sábado y no puedes llevar ese camastro. -El que me ha curado me dijo: toma tu camilla y anda. -Y ¿quién es ese hombre que te ha dicho: toma tu lecho y vete?» La curación les importa poco; la violación, en cambio, de sus tradiciones les indigna. Pero el paralítico no conocía a su bienhechor porque el Señor se había retirado. No se oculta, sin embargo, pues está en el templo, donde le encuentra el enfermo y se lo da a conocer a los judíos.

Los adversarios de Cristo habían ya, sin duda reconocido, o por lo menos sospechado, su mano en el milagro; ahora ya no cabía vacilar; es Él quien una vez más pasa por encima de sus doctrinas, y en plena ciudad de Jerusalén sostiene sus reivindicaciones con un prodigio. «Y por esto le perseguían -añade San Juan-, porque ejecutaba tales cosas en día de sábado.» La respuesta fué: «Mi Padre obra hasta ahora, y yo también.»

Esta actividad incesante de Dios había sido objeto de revelaciones por parte de los teólogos judíos, y Jesús no podía desconcertar a nadie afirmándola; pero lo nuevo, y a los ojos de los fariseos irritante, era aquella igualdad establecida entre Jesús y su Padre, y al punto les indigna en efecto.

Y a esta cuestión capital de las relaciones o correspondencias entre el Hijo y el Padre, lleva Jesús la polémica, y en este terreno la sostiene. La libertad reclamada por Cristo en la guarda del sábado puso a los fariseos en conmoción, pero este agravio para ellos tan doloroso es ahora velado por afirmaciones de una trascendencia mucho más extensa. Y ésta es la distintiva entre las controversias de Jerusalén y los debates en Galilea: en Cafarnaún se ponen en juego las observancias legales, el sábado, el ayuno y las abluciones: aquí, en el templo, es la teología, la misión y la naturaleza del Hijo de Dios, y esto desde el primer encuentro: «Y estaban empeñados en darle la muerte, porque llamaban a Dios Padre suyo, haciéndose igual con Dios.» Y seis meses más tarde, en la fiesta de la

Dedicación: «Si queremos apedrearte es porque blasfemas y porque siendo hombre te haces Dios» (X, 33).

No es para extrañar que las declaraciones del Señor sean aquí más explícitas que antes los auditorios galileos: los que Jesús tiene a su vista no son aquellos campesinos tímidos que buscaban de buena fe, pero un poco a tientas, la verdad religiosa; éstos son los maestros de Israel, que pasan su vida escudriñando las Escrituras (V, 39) y su controversia apremiante exige respuestas más categóricas, y su ciencia es demasiada para no comprender su alcance; si se escandalizan, su escándalo no obedece a una debilidad que reclame miramientos, sino a su mala fe sin excusa posible. Y en efecto, demasiado bien entendieron adónde apuntaba el discurso de Cristo. San Agustín ha de decir siglos adelante a los arrianos: los fariseos vieron lo que vosotros no queréis ver. Rechazaron este testimonio de Jesús, pero comprendieron perfectamente su sentido. Esta reacción farisaica es para nosotros un dato histórico precioso: en el discurso sobre el pan de vida, la trascendencia real de las palabras del Señor está confirmada por las objeciones que suscita: «¿Cómo puede este hombre darnos a comer su carne?» (VI, 52), y Jesús no avisa a sus oyentes que se han engañado, sino insiste: «En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis de la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros», y esta objeción y esta insistencia nos hace entender que Jesús nos da efectivamente su carne y su sangre. Lo mismo se diga de las polémicas en Jerusalén: «Tú te haces igual a Dios, tú te haces Dios», le repetían los fariseos. Jesús no les corrige que le hayan interpretado mal, sino mantiene todas sus anteriores afirmaciones. Pero, como lo hizo antes cuando el sermón sobre el pan de vida, explica y prueba a sus oyentes que su religión no tiene nada que pueda con justicia escandalizarles.

En el discurso del capítulo quinto se pueden distinguir dos partes: en la primera Jesús se da a conocer en sus relaciones con su Padre y con los hombres (19-30); en la otra parte presenta sus pruebas y denuncia la ceguedad de los fariseos, con sus causas (31-47).

«En verdad, en verdad os digo, que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre, porque todo lo que el Padre hiciere, lo hace también igualmente el Hijo.» Estas primeras frases debían conducir a los oyentes de buena voluntad a la inteligencia de este misterio que se les presentaba insoluble y que turbaba su fe. Cristo había dicho: «El Padre trabaja sin cesar, y yo también.» «Esto es hacerte igual a Dios», protestaban los judíos; y Jesús repone: «Y todo lo que el Padre obra, lo obro yo a mi vez.» Esto no es únicamente igualdad, sino identidad de acción, y esta acción única es la obra de dos personas que se aman y se complacen la una en la otra: «porque el Padre ama al Hijo y le enseña todo cuanto hace». Jesús nos repite en otro sitio: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo»; la mirada infinitamente profunda del Hijo penetra al Padre todo entero, su ser y su acción. Y pronto aparecerán obras mayores aún: la resurrección de los muertos y el juicio universal: «Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así el Hijo da vida a los que quiere...; porque el Padre no juzga a nadie, pues ha dado a su Hijo todo el poder de juzgar...; porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dió al Hijo el tener vida en sí mismo, y le dió poder de juzgar, porque es Hijo del Hombre» (V, 21-22,



26-27).

Estas últimas palabras nos advierten que Jesús habla ahora de su naturaleza humana, no sólo de su naturaleza divina. Y de verdad que en todo el discurso Cristo no se presenta fragmentado: la divinidad de Jesús es el objeto central, pero su humanidad aparece también con los rasgos que le son propios: ella es para el Hijo de Dios, el principio vivificante por el que comunica la vida a todos los hombres, vivos y muertos: El es «la resurrección y la vida», y en ella y por ella le ha constituido el Padre rey y juez de todos los hombres: «El Padre -explicará San Ireneo- ha querido que su Verbo se hiciera visible a toda carne, encarnándose El para que el universo entero conozca a su Rey. Porque convenía que los que iban a ser juzgados conociesen a su juez, y era necesario que los que han de llegar a la gloria conociesen al que les da la gloria».

Y semejante prerrogativa del Hijo del Hombre, que vivifica a quien quiere y juzga a todos los hombres, no es una delegación confiada por Dios soberano a un subalterno, sino el ejercicio de un poder verdaderamente divino del Hijo de Dios hecho hombre. Si tratamos de penetrar su naturaleza y extensión, nada podemos comprender que no sea aquí trascendente, nada que no indique en el Hijo la misma divinidad que en el Padre. «Él ha dado al Hijo el tener la vida en sí.» El más grande de los santos, un San Pablo, por ejemplo, vive, pero no en sí, vive en Cristo; no es lo mismo en Jesús: «Este tiene en sí la vida, como el Padre, porque Él es el Verbo de Dios». «¿Qué diferencia hay, pues, entre el Padre y el Hijo? Ninguna más sino que el Padre, engendrando al Hijo, le comunica la vida y el Hijo la recibe del Padre».

Y trazos así, tan discretos, pero tan valientes, señalan las consecuencias religiosas de esta doctrina: el mismo honor se le debe al Padre que al Hijo: conviene «que todos honren al Hijo lo mismo que honran al Padre»; y el acto de fe alcanza igualmente al Padre y al Hijo: quien recibe la palabra del Hijo, cree en el Padre y será salvo.

La salvación aparece lo mismo en la lejana perspectiva del juicio final, que en el discernimiento presente de los fieles, y todo fundado en la unidad de una misma creencia, lo mismo que las prerrogativas divinas o humanas de Cristo no se oponen las unas a las otras, rayos todos de la misma gloria, de aquella gloria que el Hijo único recibe del Padre.

Estas altísimas reivindicaciones se hacen bajo la garantía de testigos fieles. Jesús apela al de Juan, no para hacerse fuerte en él: «yo no recibo testimonio alguno de hombre», sino para asegurar la salvación de sus oyentes. Juan desapareció: «El fué lámpara que brilla y que arde, y vosotros os alegrasteis un instante con su luz.» Y he aquí que esta alegría de una hora y esta vana complacencia no ha logrado convertir a estas almas ligeras.

«Poseo un testimonio más grande que el de Juan: las obras que el Padre me dió para

que las ejecutase: las mismas obras que yo hago dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado». Este argumento de las obras invócalo frecuentemente Cristo, y, en efecto, es decisivo, pero sólo ejerce influencia sobre las almas de buena voluntad: y los fariseos se sustraen a él, no quieren creer en el que el Padre ha enviado, y por eso la palabra del Padre no permanece en ellos. Escudriñan las Escrituras, y las Escrituras dan testimonio de Cristo; «siempre en las Escrituras se halla la semilla del Hijo de Dios», pero los judíos no las entienden, «no quieren venir» a Cristo. Y la razón de esta ceguera es porque no se cuidan más que de la opinión de los hombres, y no de la gloria de Dios: «¿Cómo podréis creer los que recibís la gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que viene de sólo Dios?» (v. 44).

En otros discursos lanzará Jesús anatemas más terribles contra los fariseos; jamás, sin embargo, ha de acusar mejor el origen de su obcecación: su orgullo de sabios y de legistas, cuya única ambición es recibir el aplauso de sus semejantes sin tener en cuenta el de Dios: El texto es también de los que permiten penetrar más, por contraste, la única preocupación de Cristo: hacer lo que agrada a su Padre y buscar su gloria.

No será Cristo quien ya les acuse, pues su testigo de cargo es Moisés, aquel mismo en quien ellos confían; «porque si vosotros creyeseis a Moisés, me creeríais también a mí, que él escribió de mí». Y cuando más tarde le opondan a Abrahán, va a decir a los judíos de Jerusalén: «Abrahán, vuestro padre, se alegró deseando ver este día, le vió y se regocijó» (VIII, 56). Todos los santos patriarcas y profetas vivieron con este deseo, en esta contemplación del Hijo de Dios. Meses después aparecerán Moisés y Elías al lado de Jesús en la Transfiguración, y toda la escena vendrá a revelar a los tres Apóstoles el sentido de todo el Antiguo Testamento; todo él polarizado en Cristo y enfocado con su claridad.

## II.-LA CANANEA

La corta estancia en Jerusalén que ahora hemos contado, según San Juan, interrumpió por unos días el ministerio en la Galilea, y los sinópticos, que según su costumbre han omitido la expedición a Judea, continúan su relato y nos dejan seguir ya la vida de Cristo: después de esto se puso en camino y se dirigió hacia los confines de Tiro (Mc., VII, 24). El viaje, comenzado en la llanura de Genesaret, se prosiguió, y ya le vemos llegar a tierras de Tiro y Sidón. El objetivo de Cristo es fácil de comprender: amenazado por la hostilidad creciente de los fariseos y por las sospechas de Herodes, dejó la Galilea por una temporada, para proseguir en paz la obra a la que ahora se consagraba, la formación de los Apóstoles. Retiróse, pues, a la costa de Fenicia, donde quería permanecer oculto: su ministerio personal lo reserva, efectivamente, para los judíos; si ha hecho beneficios a ciertos paganos, no es más que como una excepción de la regla general que se ha trazado; son las migas de la mesa de los hijos: así ha usado su poder con el centurión de Cafarnaún, con el endemoniado de Gergesa, y ahora, otra vez, con esta cananea: no hay que ver en el suceso una prueba que El maneja, sino, sobre todo, la aplicación de una pauta de conducta que su Padre le ha fijado y que El respeta. «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt., XV, 24). No obstante, está ansioso de conceder a esta

alma de buena voluntad el socorro que implora y la fe que necesita.

Lo que conocemos de las gentes de Tiro, ilumina la actitud de Cristo y de sus discípulos: Josefo, en su libro contra Apión, avisa que él «invocará, sobre todo, a los egipcios y fenicios, cuyos testimonios nadie osará rehusar, ya que está averiguado que entre los egipcios, sin excepción, y entre los fenicios de Tiro la actitud malévolá contra nosotros era general» (Ap., I, XIII, 70). El Señor y los suyos se hallan no sólo en país extraño, sino en tierra enemiga.

La cananea se percata de su llegada, y va tras El gritando: «¡Hijo de David!»: otras dos veces se encuentra dado en San Mateo este nombre a Jesús, y se oye en labios de no judíos (Mt., IX, 27; XII, 23): Aquí es una pagana quien así le llama, si bien tal vez no haga más que repetir lo que ha oído a los judíos sus vecinos. Esta apelación mesiánica, de forma tan nacionalista, prepara la respuesta que va a seguirse: el Hijo de David no se debe a nadie más que a los conciudadanos de David.

Los discípulos instan a Jesús, e importunados por el llanto clamoroso de esta mujer, le ruegan que se desentienda de ella, concediéndole lo que suplica: «No he sido enviado -replica el Señor-sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» Esta misión exclusiva la afirmará frecuentemente Cristo, y cuando en vísperas de la Pasión, los paganos piden ver a Jesús a su centrada en Jerusalén, y no atreviéndose a abordarle directamente se dirigen a Felipe, que avisa a Andrés, y los dos pasan recado a Cristo. Este, sin responder fijamente, les da a entender que sólo por su Pasión y su muerte «atraerá a todos a sí» (Jn., XII, 22-32). Un poco antes, el mismo evangelista transcribe el sermón del Buen Pastor: «Tengo además otras ovejas que no son de este redil, y es menester que yo las traiga, y oirán mi voz, y se hará un solo aprisco y un solo pastor» (XI, 16); y en su última plegaria al Padre no ruega únicamente por éstos, sino también por todos aquellos que por su palabra «han de creer en Él» (XVII, 20). Así tenía siempre Cristo ante sus ojos estas perspectivas de un apostolado tan grande como el mundo; pero sólo su muerte debía abrir este campo inmenso a su Evangelio. El, en los cortos años de su actividad, debía encerrarse en los estrechos límites de la Tierra Santa y del pueblo de Israel, desde donde se correría después por todo el universo una fuente de vida, pero era menester alimentar primeramente el manantial, y necesario formar estos Apóstoles que más tarde harían oír su voz hasta los últimos términos del mundo.

La pobre mujer insiste y no va ya detrás de Cristo, sino que se adelanta y se arroja a sus pies suplicándole: «¡Señor, ayúdame!» La respuesta de Jesús parece entonces bien dura: «Deja primero hartarse a los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros.» Mas ella le respondió: «Ciertamente, Señor, pero los cachorrillos comen debajo de la mesa, de las migajas de los hijos.» Entonces habló el Señor: «Por lo que acabas de decir, vete, que el demonio ha salido de tu hija» (Mc., VII, 27-29).

Jesús recibe con benevolencia tal respuesta y admira su fe; y se advierte aquí, como en otros apartados del Evangelio, que cuando el Señor parece desoír más severamente los requerimientos es por prever y sostener la perseverancia. Un judío anota así sus impresiones sobre este relato: «La historia es de una belleza grande y de un encanto no menor. ¿De dónde les viene a tantos relatos evangélicos este maravilloso atractivo? ¿De dónde esta sensación de *firstclassness*, de inspiración? Seguramente de que los Evangelios nacieron de la impresión inmediata dada por una personalidad poderosa e inspirada. En todo pasaje que leemos no podemos asegurar si lo leído fué hecho o dicho por Jesús, sino sólo que un Jesús real ha podido dar origen al Evangelio. Sin Jesús, no hay San Marcos».

Saliendo de Tiro, el Señor siguió por la costa hacia el Norte, hasta Sidón; desde aquí una ruta conducía al Jordán: tomola Jesús, y atravesando la Decápolis, volvió al lago. Durante este viaje se encontraba todavía fuera del territorio de Herodes y en país medio pagano, pero ni aun allí su paso pudo quedar inadvertido, y trajéronle los enfermos. Este es el sitio de la curación de un sordo tartamudo, que nos refiere San Marcos. Jesús le retira a un lado:

Y metiéndole los dedos en sus oídos y poniéndole saliva, le tocó su lengua, y mirando al cielo, gimió y le dijo: *Ephphetha*, que quiere decir: Ábrete. Y luego se le abrieron los oídos y se desató su lengua y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijese a nadie. Pero cuando más se lo mandaba, tanto más lo divulgaban, y tanto más se maravillaban diciendo: todo lo ha hecho bien, ha hecho hablar a los mudos y oír a los sordos (Mc., VII, 33-37).

Maldonado notó ya, a propósito de este milagro, que Jesús «acomoda en cierta manera su poder al modo de obrar de las causas naturales, lo mismo que a las costumbres y pensamientos de los hombres». Quería, por lo demás, honrar así su santa humanidad, sirviéndose de ella como de un instrumento: «Hubiera podido -observa Víctor-realizar el milagro con una sola palabra, pero prefiere demostrar que el cuerpo a quien se unió inefablemente es vivo y de una virtud divina»: lo mismo procederá, en San Juan, con el ciego de nacimiento (IX, 6).

### III.-LA SEGUNDA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

Los sucesos referidos léense únicamente en San Mateo y San Marcos, si no es el último de la curación del sordo, exclusivo de este último; San Lucas no conserva nada de lo que vemos en San Marcos después de la multiplicación de los panes hasta la confesión de San Pedro en Cesarea (Mc., VI, 44; Lc., IX, 17; Mc., VIII, 27; Lc., IX, 18), y San Mateo al contrario, fuera de la omisión notada hace un poco, expone la sucesión de los hechos como San Marcos. Inmediatamente después de la historia de la cananea escribe:

Mt., XV, 29-31: y saliendo Jesús de allí, vino junto al mar de Galilea, y subiendo a un monte, se sentó. Y se llegaron a él muchas gentes, que traían consigo mudos, ciegos, cojos, mancos y otros enfermos y los pusieron a sus pies, y los sanó, de manera que se maravillaban las turbas viendo hablar a los sordomudos, andar a los cojos y ver a los ciegos; y glorificaban al Dios de Israel.

San Mateo, que no ha mencionado el viaje ni la curación del sordo, insiste en esta afluencia de las masas: el Señor no está ya en tierra de infieles, se encuentra entre los suyos, sentado en un monte de Galilea, rodeado de turbas judías, y los milagros no son aquellas migajas echadas a los extraños, sino el pan de los hijos distribuido con largueza. Y el grito popular subraya el alcance de estos prodigios: alaba al Dios de Israel, expresión rarísima en el Nuevo Testamento (Lc., I, 68; Act., XIII, 17), es un eco del Antiguo, y acusa al pueblo, fiel aún al Dios que le ha escogido y mandado su Mesías. Y en medio de este concurso, y después de tales milagros, va Jesús otra vez a renovar la multiplicación de los panes (Mt., XV, 32-39; Mc., VIII, 1-10). Entre esta segunda multiplicación y la primera, la semejanza es extraordinaria: sin embargo, tienen sus diferencias. La mayoría de los críticos no católicos creen que es el caso de una doble narración, y el argumento más fuerte en favor de la duplicidad del suceso es la presencia de dos relatos en los mismos evangelistas San Mateo y San Marcos, y la referencia hecha separadamente de las dos multiplicaciones, como de milagros dobles netamente diversos el uno del otro (Mt., XVI, 9-10; Mc., VIII, 19-20).

Se pueden notar, además, las disposiciones diferentes que aparecen en los Apóstoles, y que San Crisóstomo expone en estas líneas: «En la primera multiplicación, los Apóstoles decían al Señor: «Despide a las turbas», y aquí no hablan así, porque tal vez ellos mismos eran ya mejores y tal vez la turba se mostraba menos impaciente y más dispuesta glorificando a Dios». Cristo es quien se adelanta ahora: «Tengo compasión de la muchedumbre», exclama, y espera hasta el tercer día para que las provisiones se concluyan y el milagro se haga más necesario y evidente. Los Apóstoles, sin embargo, siempre a la mira, no se explican lo que sucede, «Se arrastran por la tierra», pues aunque han contemplado la multiplicación anterior, no se les han abierto todavía los ojos.

Esta falta de vista es lo que se les hace más inverosímil a los críticos. Pero es menester observar que a nosotros nos impresionan más hondamente los milagros evangélicos por leerlos uno tras otro sin interrupción, y otro debía ser el efecto en los compañeros de la vida cotidiana de Cristo : habían presenciado, sin duda, muchos prodigios, mas la traza ordinaria de la existencia de Jesús, y la de los mismos Apóstoles, estaba sometida a las necesidades comunes, y cada manifestación sobrenatural de poder, particularmente cuando no venía lograda por alguna súplica, les cogía siempre de improviso.

Jesús pasa el lago y desembarca en la ribera occidental. Los fariseos se presentan, probablemente estaban en una aldea vecina, y se acercan pidiéndole una señal (Mc., VIII, 11-13; Mt., XVI, 1-4). Es verosímil que esta vez también el entusiasmo ocasional por la multiplicación fuera considerable, y los adversarios de Cristo van a atajarlo y contenerlo. También después de la primera multiplicación de los panes, los judíos vinieron exigiendo a Jesús un milagro comparable al de Moisés cuando dió el maná a sus padres en el desierto.

La respuesta es la que ya conocemos por la controversia con los fariseos: Jesús

anima la fe y consuela el infortunio, pero no tiene nada para la curiosidad ni para la presunción de «esta raza incrédula y adúltera». Y añade: «Sabéis juzgar por el aspecto del cielo, ¿y no acertáis a hacerlo por las señales de los tiempos?» Quería recordar a los judíos que no les habían faltado señales que no habían querido ver; ellos cargarían con su responsabilidad. Pero esta respuesta severa viene envuelta en una tristeza grande. Después de tantos meses como Jesús lleva multiplicando sobre estas orillas del lago las predicaciones y los milagros, ¡todo es en vano, al menos para tanto judío! Abandona a sus adversarios de mala fe y vuelve a la ribera opuesta, esto es, a la oriental.

Y se habían olvidado de tomar pan, y no tenían consigo más que un pan en la barca. Y les mandó diciendo: mirad y guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes. Y discurrían entre sí, preguntándose: si no traemos pan. Y Jesús, conociéndolo, les dijo: «¿Qué estáis pensando, que no tenéis pan?; ¿aún no conocéis ni entendéis?; ¿todavía tenéis ciego vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís, y no os acordáis? Cuando yo repartí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas recogisteis de sobra? Doce, respondieron. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas espuertas alzasteis? Siete, le dijeron. Y les decía: Pues ¿cómo no entendéis aún?» (Mc., VIII, 14-21; Mt., XVI, 5-12).

El episodio precedente nos había mostrado la ceguedad de los fariseos, y aquí admiramos la dureza de los Apóstoles; es otra vez un eco de la escena del lago, después de la primera multiplicación: «no comprendían lo que había sucedido con los panes, porque sus corazones estaban endurecidos» (Mc., VI, 52).

No se concluya, por esto, que Jesús no quería que sus discípulos se proveyesen para el viaje-el sustento no lo buscaba habitualmente con milagros-, ni les reprocha el cuidado de procurarse pan, sino el pensar en ello y reducir a estas preocupaciones exclusivas todos los consejos religiosos que les da. Aprovecha la ocasión, después de tantas otras, para despertar su atención y ponerles en vela contra una ceguedad que no deja ver ni aun los más esplendorosos milagros.

Así forma Jesús a sus Apóstoles: su paciencia es inagotable; jamás rechaza a ninguno, ni aun al propio Judas, sino a su tiempo; les avisa con toda la clarividencia y con toda la firmeza de un maestro que conoce sus debilidades y se las quiere corregir. Estos avisos quedaron impresos en la memoria de Pedro, a la vez que la incredulidad que les dió origen y se siente en el relato de San Marcos la noble indignación del Apóstol, que no puede perdonarse este largo endurecimiento, y por eso lo confiesa con una insistencia despiadada.

En fin, la constancia de Jesús y su gracia van a lograr el triunfo sobre esta prolongada insensibilidad; la confesión de Cesarea está a dos pasos e ilustrado por el Padre celestial, el jefe de los Apóstoles va a reconocer en Jesús al Hijo de Dios vivo: esta altísima revelación dejará aún en la penumbra los abatimientos de Cristo y su muerte y serán menester nuevos esfuerzos del Señor, y sobre todo las gracias de su pasión, para triunfar de

esta postrera resistencia.

Y vinieron a Bethsaida, y le trajeron un ciego, y le rogaban que le tocara. Y tomándole por la mano, lo sacó fuera de la aldea, y echándole saliva en los ojos, y poniéndole encima las manos, le preguntó si veía algo. Y él, alzando los ojos, dijo: Veo los hombres como árboles que andan. Y otra vez le puso las manos sobre los ojos y comenzó a ver. Y quedó sano, de modo que veía claramente todas las cosas, y le envió a su casa, diciéndole: Vete a tu casa, y si entras en la ciudad, no lo digas a nadie (Mc., VIII, 22-26).

Bethsaida, la Julias de Filipo, estaba situada en la ribera oriental del lago: aquí volvió el Señor antes de la primera multiplicación de los panes y a ella vuelve ahora, deseoso siempre de encontrarse fuera del territorio de Herodes, y de aquí volverá a subir en seguida a Cesarea de Filipo.

La curación referida es única en el Evangelio como caso de curación progresiva. En otras ocasiones, el Señor concede la salud a los que se la piden, con un gesto o una palabra, aquí la otorga poco a poco. Víctor, que recalca esta particularidad, la explica por la fe imperfecta del ciego y de los que le acercaron: la conducta del Señor dice él, se ajusta aquí al principio que ha proclamado otras veces: «hágase según tu fe». Tal interpretación parece probable. No se halla ya en tierra judía, y es muy posible que la fe de los que acuden al Señor sea muy imperfecta, y la del enfermo mucho más aún; no es tampoco él quien suplica, son los que le rodean y le aproximan a Cristo, como lo hicieron ya aquellos de Cafarnaún que llevaban al paralítico. Puede ser también que este pobre hombre, mal enterado sobre Jesús, dejara obrar a sus parientes o a sus amigos, sin comprender ni él mismo quién era aquel a quien recurrían.

Tal vez por estas disposiciones imperfectas procede Jesús a la unción de la saliva, como antes lo había hecho con el sordo, y según queda observado, Cristo no recurre a este remedio más que dos veces, las dos contadas por San Marcos, y ambas en tierra de infieles.

Se concibe que Jesús en esta ocasión se acomodara a la esperanza del enfermo: le tenía por un curandero, y empieza por emplear una receta curativa, pero a la que le da una virtud sobrenatural: ¿no es así como más de un taumaturgo cristiano encubría sus milagros con el pretexto de prescripciones más elementales? Aquí, por lo demás, la santa humanidad de Cristo poseía una virtud vivificante, y por su medio Jesús sana al ciego, como había curado al sordo.

Toma aparte al enfermo antes de sanarle, queriendo con ello hacer más discreta la manifestación de su poder, y por esto también impone al favorecido la recomendación: «no entres en la ciudad». Es de suponer que esta vez lo mismo que otras Jesús no fué obedecido; preveía indudablemente estas indiscreciones, y trabajaba por evitarlas, pero prefería pasar por esto antes que privar a aquellos pobres de la salud que le suplicaban.

Esta curación, la última que se cuenta en el Evangelio antes de la confesión de San Pedro, era un símbolo de lo que pasaba en el alma de los Apóstoles. ¿No se abrían sus ojos lentamente y por pasos a los misterios presenciados durante tanto tiempo, sin entenderlo? A la vez, esta nueva manifestación del poder del Maestro debía acabar por iluminarlos.

#### **IV.-LA CONFESIÓN DE SAN PEDRO**

Esta escena referida por los tres sinópticos es de aquellas que no pueden pasar sin leerse y sin comentarse (Mt., XVI, 13, 20; Mc., VIII, 27-30; Lc., IX, 12-21). Cristo, que se lamentaba hasta ahora de la incomprensión de sus discípulos, -puede escuchar de sus labios el eco de las revelaciones del Padre: por fin le han comprendido.

El cristiano, por su parte, leyendo la confesión de Pedro, se regocija de esta primera aparición de la fe cristiana, a la vez que seguidamente oye pronunciar a Cristo las palabras de la fundación de la Iglesia. Día verdaderamente decisivo, en el que el primero de los cristianos, San Pedro, reconoce a Cristo por Hijo de Dios vivo, y en el que sobre esta piedra inmovible Jesús promete edificar su Iglesia. Una sola tristeza vela estos gloriosos recuerdos: la escena pasa en tierra pagana, junto a Cesarea de Filipo, y es que a Cristo se le ha obligado a dejar la Galilea, y busca un abrigo en tierras de Filipo.

En el nacimiento del Jordán había una gruta consagrada a Pan, y el terreno denominado por ello Panías, era propiedad de un tal Zenodoro: después de su muerte, hacia el año 20 a. C., Augusto hizo donación de la parcela a Herodes, el cual edificó en las proximidades de la gruta un hermoso templo al emperador. Su hijo Filipo fundó allí una ciudad, que en honor de Augusto la dió el nombre de Cesarea: para distinguirla de las otras Cesareas, sobre todo de la de la costa, se la llamaba Cesarea de Filipo. Su época data del año 2 ó 3 a. C. Era población pagana, donde los judíos sólo entraban obligados por sus negocios, y Jesús probablemente no la visitó nunca lo mismo que a Tiberíades.

El paisaje, que contrasta con el aspecto desnudo de la Judea, descríbelo en estos términos *Mons. Le Camus*: «Llégase a ella por el valle superior del Jordán, subiendo sin notarse casi una serie de pequeñas mesetas superpuestas hasta una altura de 400 metros. Allí está *Tell-el-Kadi*, la antigua Lais; más adelante la ciudad de los hijos de Dan, y las aguas saltan por todos lados. A medida que uno se acerca a las fuentes del Jordán, la verdura se presenta frondosísima aumenta la lozanía y los árboles aparecen más espesos. Se olvidan los parajes áridos de Palestina y se camina alegremente hacia los grandes montes de donde bajan los ríos, soñando allí como en un rincón de Suiza, y donde se puede descansar plácidamente. Y, en efecto, después de atravesar numerosos torrentes que corren entre piedras, se acaba por divisar los macizos de higueras, terebintos, sauces, álamos, adelfas y almendros: allí está Banías, la Paneas antigua. El agua, escasa en toda la Palestina, salta aquí por todos los jardines, inundando hasta el senderillo escombrado de piedras de basalto



y de ruinas por el que caminamos». Este paisaje tan fresco abriga una población miserable de 700 a 800 almas, que durante la noche tienen que abandonar sus cabañas y acurrucarse en los ribazos para preservarse de escorpiones y de insectos.

Sobre uno de esos ribazos verdegueantes y en medio de estos huertos y de estas fuentes, paróse el Señor y propuso a sus discípulos la cuestión decisiva. Por el relato de San Lucas, Jesús oraba un poco separado, cuando los discípulos le encuentran: esta oración del Señor, sobre la que San Lucas gusta de insistir, indica la gravedad de la jornada que comienza, Jesús ora como antes de la elección de los Apóstoles y pide a su Padre esta revelación que iluminará por fin a Pedro.

Ya por el camino traban conversación: nada de recelos, ni de tiesura, la confianza solamente de una conversación familiar: «¿Quién dicen que soy yo?» Jesús no desea la opinión de sus enemigos, sino sólo la de la turba: los Apóstoles viven mezclados con ella y con frecuencia han escuchado juicios que no osarían formular delante del Señor: ¿qué piensa de Él? Esta pregunta es menos para enterarse Jesús, que para llamar la atención de sus discípulos sobre este problema capital; en seguida va Cristo a interrogarles su propio sentir, y no comienza por él, para no ponerles en guardia por el contraste de la ceguera popular: «¿Por qué -dice San Crisóstomo- no les interroga primero su opinión, sino la de la muchedumbre? (532). Para que luego que hayan dado el juicio de las masas y oigan al Señor inquirir: «Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?», provocados por la misma forma de la pregunta a un pensamiento e idea más alta, no le rebajen como los demás.»

Las respuestas se entrecruzan: Unos dicen que eres Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas. Una cosa hay en la mente de todos: que Jesús es un personaje sobrenatural; pero más allá sólo reina la incertidumbre y contradicción: ciertos intérpretes creen que la multitud reconoce en Jesús el espíritu de Juan o de Elías o de Jeremías; es afirmar muy poco: «otros dicen -cuenta San Lucas- que alguno de los antiguos profetas, que ha resucitado»: se trata, pues, de una vuelta a la vida cuando se habla de Juan, de Elías o de Jeremías. Era la obsesión de Herodes como lo hemos visto antes. Sin duda que parecerá extraño que la turba pueda suponer que Juan ha resucitado en Jesús, cuando les ha visto vivir a uno y otro como dos contemporáneos, pero esto sólo indica cuán pronto había entrado el Bautista en la leyenda: acaba apenas de desaparecer y se le hace ya resucitar como a los grandes profetas del tiempo antiguo. Entre éstos, el papel de Elías era bien conocido; es el precursor del Mesías en los tiempos postreros; Jeremías desempeña papel menos brillante, aunque se le cuenta entre los grandes profetas de Israel: en el sueño que Judas refiere a los suyos, ha visto a Onías «y después de él aparecióle otro, un hombre de mucha edad, magnífico y glorioso, y Onías le dice: Este es el amigo de sus hermanos y del pueblo de Israel, éste es el que ruega mucho por los pueblos y por toda la ciudad santa, es Jeremías, el profeta de Dios; y Jeremías, extendiendo la mano, le dió una espada de oro, diciéndole: Recibe esta espada santa, don de Dios, con la cual arrojarás los enemigos de Israel, mi pueblo» (II Mach., XV, 13-16) (cf. IV Esdras, II, 17 y sgg.).

Así se extravía la fe popular por todos estos personajes secundarios, sin que acierte a reconocer en Jesús al que es, a su Mesías. En presencia de este hecho tan claramente consignado por los tres sinópticos, se pregunta cómo han de interpretarse las declaraciones explícitas aportadas antes, en fechas anteriores por los evangelistas, sobre todo por Juan. Para no admitir el testimonio de este último, se recurre como argumento a la escena de Cesarea, pero esto no basta, manifiestamente. B. Weiss (*Vie de Jésus*, II, 265) recuerda que en el mismo San Marcos muchos rasgos anteriores acusan la revelación o el reconocimiento del Mesías: tales son, por ejemplo, la designación del Precursor (I, 7), la vocación de los Apóstoles (I, 18, 20), el advenimiento del reino (I, 14), el reconocimiento de una autoridad nueva (I, 22), la reivindicación para sí del título de Hijo del Hombre (II, 10, 27), la de perdonar los pecados, el grito de los posesos (I, 24, 34 ; III, 11; V, 7). ¿Es creíble que todo esto no despertara en el pueblo el pensamiento de que Jesús era el Mesías? La exigencia de los fariseos reclamando una señal, certifica también reivindicaciones mesiánicas discutidas sin duda por los adversarios de Jesús, pero de ellos conocidas (VIII, 11), y el crítico concluye así: «No se puede comprender la escena de Cesarea de Filipo en el sentido de que -el pueblo no vea en Jesús al Mesías... y que los Apóstoles lleguen por primera vez al conocimiento de su mesianidad, sino más bien el sentido de que la multitud no le tiene ya por Mesías, mientras los Apóstoles perseveran en esa fe.» Y, efectivamente, a tal concepción nos lleva la historia que hemos trazado, sobre todo la que corre desde la multiplicación de los panes: el gran entusiasmo del pueblo no ha resistido la prueba a que le ha sometido la retirada de Cristo a la montaña, y particularmente el sermón sobre el pan de vida; y el trágico episodio de Cafarnaún, tal como llega contado por San Juan, es la mejor introducción a la historia de Cesarea. La amargura de las ilusiones disipadas ha hecho vacilar en el alma de la mayoría la fe mesiánica, pero no ha podido, sin embargo, desconocer lo que hay en Jesús de sobrenatural, y se ha empeñado en buscarle soluciones mediocres en las que ningún hombre razonable podría descansar definitivamente, pero donde más de uno puede encontrar una posición expectante.

A estas suposiciones descorazonadas e incoherentes se opone la fe de los Apóstoles, y aquí, como en Cafarnaún, Pedro es quien la formula en nombre de todos. San Crisóstomo la comenta:

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Esto es, vosotros que estáis todos los días conmigo, y que sois testigos de mis milagros, vosotros que también los habéis hecho por poder mío. ¿Qué responde entonces Pedro, portavoz de los Apóstoles, siempre tan fogoso y corifeo de los Apóstoles? A todos se les pregunta y responde él. Cuando Jesús inquiere el pensamiento de la turba, todos contestan: cuando pregunta lo que ellos piensan, Pedro se adelanta, les previene y dice: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente.» ¿Qué responde Cristo? «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre.» Si su confesión no hubiera sido verdadera, si no le hubiera reconocido como Hijo del Padre, no hubiera sido revelación; de pensar que era un hijo entre los muchos, su confesión no hubiera merecido semejante elogio. Porque, en otro tiempo, los que estaban en la barca, después de haber visto calmar la tempestad dijeron: «Tú eres verdaderamente hijo de Dios», y Cristo no les proclamó bienaventurados, y sin embargo habían dicho bien. Es que no habían confesado la misma filiación que Pedro, sino pensaban que era hijo verdaderamente como otros muchos, distinguido entre todos los demás, pero nunca de la

misma naturaleza que el Padre.

Este comentario deja comprender muy bien el papel de Pedro y la excelencia de su confesión: como lo decíamos hace poco, los Apóstoles se diferenciaban de la turba por la constancia de su fe; pero aún hay más: el conjunto del relato y sobre todo la respuesta de Cristo, hacen reconocer en la confesión de San Pedro la afirmación de una verdad excepcionalmente alta y justa, que sólo una ilustración divina podría hacérsela alcanzar. Sin duda que el objeto primero de esta confesión es la dignidad mesiánica; es lo que emerge claramente de la redacción de San Marcos: «Tú eres el Cristo», y de San Lucas: «el Cristo de Dios», y en San Mateo lo mismo, se le reconoce en el consejo dado inmediatamente por Jesús a sus discípulos; pero esta misma mesianidad se presenta aquí bajo un aspecto trascendente: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Cristo contesta:

Bienaventurado eres tú, Simón, hijo de Jonás, porque ni la carne ni la sangre te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que atares sobre la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo (Mt., XVI, 17-19).

Jamás dijo el Señor a nadie: «Bienaventurado eres tú», bendición que se hace aún más solemne por la apelación completa que da a Pedro, su nombre originario unido al de su padre, Simón Bar-Iona (cf. Jn., XXI, 15-17). Se diría que Jesús hizo su requisitoria y propuso la pregunta con cierta ansiedad, y que la respuesta inmediata y decisiva de Pedro fué para Él una alegría y como un alivio. La escena recuerda la otra pregunta de Jesús, tal vez más llena de inquietud: «Vosotros, ¿os queréis ir también?», y la respuesta del Apóstol: «¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna.»

Y Jesús prosigue: «Y yo te digo que tú eres Pedro.» «Es una respuesta verdaderamente divina -anota San Crisóstomo-: los dos privilegios conferidos aquí a San Pedro, el de perdonar los pecados y el de ser fundamento inmovible de la Iglesia, sólo un Dios podía darlos: antes había Yavé prometido a Jeremías sostenerle como una columna de bronce y como un muro (I, 18), y entonces no debía sostener más que los ataques de los judíos, y Pedro debe hacerse ahora fuerte contra el mundo entero.» Y añade el Santo: «¿Quién ha dado a Pedro el más grande de los dones?, ¿el Padre o el Hijo? El Padre le ha hecho la revelación del Hijo y Este le encarga el difundir por toda la tierra el conocimiento del Padre y de El mismo, y a él mortal le ha confiado todos los tesoros del cielo al entregarle las llaves.»

De antiguo los protestantes se esforzaron en negar que la piedra sobre la que Jesús levantaría su Iglesia fuese el mismo Pedro, mas sobre este particular, como en otros tantos, las antiguas negaciones van poco a poco cayendo en el olvido; Plummer, citando a Brigg, dice: «Todas las tentativas hechas para explicar la piedra en otro sentido de la no referencia a Pedro, han fracasado vergonzosamente. Ni la confesión de Pedro, ni la fe de Pedro son explicación adecuada. Pero a la vez es claro que la promesa se hace a Pedro como a quien confiesa su fe y la de los doce». Reuss se explica así: «Simón Pedro será la piedra sobre la que Jesús quiere fundar su Iglesia. La piedra o la roca sirven, ya en el Antiguo Testamento, como imagen de la solidez de un hecho moral. En el Nuevo Testamento se halla con

frecuencia la alegoría de la Iglesia comparada a un edificio. Estas imágenes se combinan aquí de la manera más sencilla y natural. Se añade una tercera: en los poetas hebreos, la morada de los muertos se representa como un lugar cerrado por puertas que resisten a todos los esfuerzos y que no dejan salir a los que retienen. Ellas representan, pues, el poder de la muerte, del infierno y del demonio. La Iglesia de Cristo será, según eso, inmovible e invencible, en cuanto está fundada sobre una roca.»

Las objeciones de los adversarios modernos no son las que ponían los protestantes del siglo XVI; conceden de grado el alcance de las palabras de Cristo, pero niegan su historicidad. Los exegetas católicos han proseguido la controversia en este mismo campo.

Batiffol insiste en la forma de esta sentencia: no hay palabras de Cristo que hayan conservado más netamente el acento arameo, y todos los detalles de expresión le llevan también: «Simón Bar-lona», «la carne y la sangre», «mi Padre que está en los cielos», el juego de palabras sobre el nombre de Pedro: «Jesús juega con el nombre arameo de Pedro, juego que desaparece en el griego, como también en el latín, prueba buena de que el original de la palabra era arameo, la lengua materna de Jesús: Tú eres Kepha y sobre este kepha yo edificaré.» El acento original es lo mismo en las expresiones siguientes: las puertas del infierno, las llaves del reino, el poder de atar y desatar y tantas fórmulas tomadas por Cristo de la lengua corriente en su alrededor.

Cuanto al sentido de estas promesas, se irá determinando poco a poco con más claridad, pero aun así, es ya bastante explícito: Cristo al fin del sermón del monte, había comparado al hombre sabio con el que edificó su casa sobre roca. El también construiría así, y la roca será Pedro. Por lo demás, esta metáfora resultaba familiar a los judíos. «He aquí -dice el Señor en Isaías (XXVIII, 16)- que yo enviaré, para fundamentos de Sión, una piedra, piedra angular, probada, de valor y sólidamente fundada...»; y más adelante la tomará San Pablo para aplicarla a la Iglesia: «Habéis sido edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo Cristo Jesús la Piedra angular» (Ephes., II, 20).

Contra esta divina construcción Satanás multiplicaría sus asaltos: el último día Jesús dirá a Pedro: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo, pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe; y tú cuando te conviertas confirma a tus hermanos» (Lc., XXII, 31-32). Esta fe inquebrantable de Pedro será para todo el edificio el punto inmovible de apoyo contra el que Satanás ha de estrellarse.

Cuanto a las llaves, «significan el poder del mayordomo». Isaías dice de parte de Yavé a Eliacín: «Daré la llave de la casa de David, sobre su hombro de él; él abrirá y no habrá quien cierre, cerrará y no se encontrará quien abra.» Pedro tiene autoridad sobre el reino; en él podrá recibir a Cornelio como podrá entregar a Satanás, a Ananías y Safira. Pedro abre o cierra el acceso al reino de los cielos, del que es intendente en la tierra». En fin, la expresión de atar y desatar era ya tradicional entre los rabinos y por ella indicaban la

potestad legislativa que imponía determinados deberes, o los dispensaba, y el poder judicial que reconocía a uno culpable, o inocente; este doble poder se le concede a Pedro y más adelante también a todos los Apóstoles.

En seguida de esta institución, Cristo recomienda a sus Apóstoles el no hablar de Él a persona alguna. Muchas veces hemos encontrado ya estas prescripciones, que en las circunstancias actuales son particularmente fáciles de comprender, porque si Jesús se encuentra en este país medio pagano, lejos de Galilea y de su lago, es porque ha tenido que huir de los lazos de sus enemigos. Estas circunstancias tan amenazadoras dan más relieve a las solemnes promesas que acabamos de leer, y en esta fecha en que Cristo pierde pie en Judea, promete a Pedro hacer descansar sobre él un edificio eterno.

Sin embargo, antes de llegar al cumplimiento de estas promesas, será menester pasar por la prueba terrible de la Pasión, que va a anunciar ahora a sus Apóstoles. Como lo observan claramente los evangelistas, sobre todo San Mateo (XVI, 21) y San Marcos (VIII, 31), comenzó entonces Jesús a predecir a sus discípulos su Pasión: hasta entonces se había contentado con ciertas alusiones oscuras y poco frecuentes; ahora habla terminante y positivamente: la fe de los Apóstoles, confesada por Pedro en nombre de todos, es bastante firme para llevar el peso de estas terribles previsiones; por lo demás, Jesús no detalla aún los suplicios, como lo hará más tarde: ni una palabra de la flagelación, ni menos de la cruz; pero lo que anuncia es ya de suyo aterrador: persecuciones organizadas por todos los jefes de la nación, que llegarán a las excomuniones y a la muerte. Y para levantar el ánimo que esta perspectiva pudiera abatir, añade a continuación: «El Hijo del Hombre resucitará al tercer día.» De este modo, en adelante tendrá cuidado de unir siempre la predicción de su triunfo con la de la Pasión. No obstante, esta profecía gloriosa no puede borrar en el alma de los Apóstoles la impresión producida por el anuncio de la muerte. Pedro menos que nadie y más vehemente que todos, no puede tolerar esta idea, y siempre impulsivo, exclama:

«¡No lo permita Dios, Señor!, no sucederá esto.» Pero volviéndose, dijo a Pedro: «¡Apártate de mí, Satanás!, que me eres escándalo, porque tú no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres» (Mt., XVI, 22-23; cf. Mc., VIII, 32-33).

¿Cómo San Pedro, después de una confesión así y de semejantes promesas de Jesucristo, pudo merecer tales reproches? Porque estas promesas deslumbrantes eran para el porvenir; más tarde Pedro será la roca incommovible sobre la que se alzarán la Iglesia; ahora es débil, y las revelaciones de Dios y sus promesas han podido exaltar esa fragilidad, y originar ante el escándalo de la cruz esta presuntuosa respuesta. Compréndese por todo que aquella bellísima confesión no había venido de Pedro, sino inspirada de más alto, y cuando falta la revelación, Pedro no es más que Pedro, con toda su debilidad y su ceguera.

Este escándalo da a conocer también la sabiduría de la reserva del Señor, y del silencio que impone; si los Apóstoles, y Pedro mismo, comprenden tan mal el oficio de Cristo, ¿cómo hubieran logrado exponer al pueblo, sin peligro, que Jesús era el Mesías? No hubieran resultado, sin una milagrosa asistencia de Dios, más que ciegos guías de ciegos.

La respuesta de Cristo indica una indignación y emoción profundas: «Palabras como éstas salen de lo íntimo del alma. No son el enunciado tranquilo de una línea de conducta, ni la fórmula didáctica de una lección. Eso es frío, y esas palabras no lo son. Las pronunció si podemos hablar de Cristo como hablaríamos de uno de nosotros con un calor extraordinario. Es verdaderamente la reacción contra una tentación sentida, y sentida vivamente como tentación. Nuestro Señor va hasta identificar a Pedro con el tentador en persona. El Apóstol había hablado con toda la inocencia de su corazón, sin reflexionar, con la vehemencia al fin, de un afecto mezquino, pero sin mala intención. Pero en esta palabra inconsiderada venía oculto un flechazo emponzoñado y un dardo que apuntaba directamente al fin mismo de la misión del Señor...».

Pedro, por respeto a su Maestro, le había tomado aparte para hacerle esta reconvención, y Cristo, refiere San Marcos, se vuelve para contestarle delante de todos los discípulos; más aún, quiere aprovechar el conflicto para enseñar una vez más no sólo a los Apóstoles, sino a la turba entera, lo que ha de costar a quien le siga:

Y habiendo llamado así a la turba y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz a cuestas, y sígame. Porque el que quisiese salvar su alma, la perderá, y quienquiera que por causa de mí y del Evangelio perdiere su alma, la salvará: porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?, ¿o qué cambio dará el hombre por su alma? Porque quien se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los ángeles santos. Y le decía: En verdad os digo que hay aquí algunos que no han de gustar la muerte hasta que vean el reino de Dios en poder (Mc., VIII, 34; IX, 1; cf. Mt., XVI, 24-28; Lc., IX, 23-27).

Aun en estas lejanas regiones, el renombre de Jesús atraía en su derredor otros testigos que los doce: a esta muchedumbre, oyentes de paso, Cristo no se descubre tampoco, pues una revelación así estaba reservada para solos los Apóstoles, pero a todos hace saber las condiciones de su servicio. Llama, pues, no sólo a los doce después que acaba de reprender a Pedro, mas a toda la multitud, y pronuncia las severas palabras que los tres sinópticos han reproducido en términos casi idénticos.

Estas frases de Cristo despiertan aun hoy día el recuerdo de la Pasión en el alma de los cristianos. A Él se le ve antes que a nadie, adelantarse llevando su cruz, al frente de esta fila dolorosa. Sin embargo, en este momento en que estamos, Jesús no ha predicho aún su crucifixión ni a los mismos Apóstoles, y con más razón, la turba ni lo sospecha. Pero todos conocen lo que es el suplicio de la cruz que los romanos enseñaron a los judíos: para dominar las revueltas promovidas a la muerte de Herodes, Varo había hecho crucificar dos mil hombres. Estas ejecuciones volverán a renovarse con Quadrato y Floro; y más tarde, en los días de la gran sublevación, los romanos levantarán tantas cruces, que faltará leña en los montes. En Judea, y más en Galilea, todos sabían lo que era llevar cada uno su cruz, y cuando Jesús habla a los discípulos de cargarse con ella, se representaban en su imaginación aquellos grupos lamentables de condenados, muchos tal vez amigos suyos o

parientes cercanos. Más adelante, a estos recuerdos añadirán los cristianos el del Crucificado por excelencia, que hará olvidar a todos los otros, cuyo patíbulo transformará en gloria los suplicios y abatimiento de la crucifixión.

La abnegación exigida por Jesús a sus discípulos la explica así San Juan Crisóstomo: Para comprenderlo hay que considerar qué es renunciar a su prójimo: que se vea a uno azotado, encadenado o sufriendo lo que sea, no preocupa: igual debemos hacerlo con nosotros mismos : no tener más de común consigo, sino entregarse a los peligros y a los combates, con tanta indiferencia como si se tratara de otro El ascetismo cristiano concibe de ordinario la abnegación en una forma más activa, como lucha contra sí mismo, pero el sentido aquí indicado da la idea directa de la expresión, y es la que Cristo desenvuelve en los versículos que siguen.

Estas perspectivas de abnegación total y vida eterna quedan iluminadas para nosotros por la vida y el ejemplo de Jesús; a Él hay que seguir llevando la cruz, a El debemos confesar delante de los malvados, y por El hay que perder la vida; entonces se está seguro de hallarla, porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre, con los ángeles santos, y dará a cada cual según sus obras. Aquí está todo el programa de la vida cristiana con sus exigencias y sus promesas. Cristo no lo impone a nadie, pero lo propone a todos: «Si alguno quiere...»; cada cual ha de ver si quiere dar el precio, que es uno mismo todo entero; pero que le conste que si rehúsa, si quiere preservarse, se pierde para siempre. El supremo honor que se tributa a Cristo es exponer de este modo la vida por su palabra, honor que Jesús reconocerá en el día supremo, cuando venga en su gloria rodeado de ángeles, y lo confesará también para todos los suyos, para los que hayan tenido fe en El.

Sólo este día dará Cristo a cada uno según sus obras la vida o la muerte. Esta fianza podrá parecer lejana, pero pronto algunos de los que allí estaban iban a recibir las arras: «Hay algunos de los aquí presentes que no morirán antes de haber visto el reino de Dios venir en poder.» Estas palabras preceden inmediatamente al relato de la Transfiguración, y los Padres en general han seguido esta indicación; la mayoría de los modernos creen, por el contrario, que más que otra cosa se predice aquí sobre todo la expansión de la Iglesia: las dos opiniones son conciliables: «Cristo llama a la Transfiguración su reino, no porque éste vaya a serlo con propiedad, sino porque iba a ser una imagen».

Esta gloriosa manifestación se nos presenta efectivamente como las primicias, o mejor, como las arras del reino de Cristo: el Padre celestial que inspiró a Pedro su confesión, la confirma con su solemne testimonio, y la gloria en que Jesús rodea a sus Apóstoles les da la prenda de la felicidad prometida.

## **V.-LA TRANSFIGURACIÓN**

«Y seis días después, tomó Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los llevó aparte a un monte alto» (Mc., IX, 2).

Desde las primeras frases se caracteriza esta narración por las indicaciones cronológicas que presenta: los sinópticos que no acostumbran a datar los hechos que refieren, aquí han tenido cuidado en señalar el intervalo de tiempo que separa la escena de Cesarea de Filipo de la Transfiguración, y no es mera coincidencia, ya que los dos sucesos están efectivamente ligados el uno al otro: en Cesarea, Pedro recibe y confiesa la revelación divina del Hijo de Dios, y en la montaña, el Padre mismo haciéndose oír desde la nube, confirma el testimonio del Apóstol. En Cesarea predice el Señor a los discípulos su Pasión y sus pruebas: aquí Dios va a manifestar su gloria para levantar sus corazones y para glorificar anticipadamente al que ya camina hacia la muerte.

San Lucas insinúa que Jesús había subido al monte a orar: es el mismo evangelista que nos pinta también al Maestro en oración antes de Cesarea de Filipo y en vísperas de otras circunstancias decisivas de su ministerio. Hoy va a pedir por sus Apóstoles y por sí mismo el auxilio que su Padre va a concederle de un modo tan solemne. Se retira por la tarde y a la mañana siguiente le vemos bajar del monte: esta advertencia explica también el sueño que oprimía a los Apóstoles (Lc., IX, 37). El sitio es más difícil de determinar, aunque desde siglos la Transfiguración se ha localizado en el Tabor. Esta montaña aislada, de unos 300 metros por lo menos y que de todas partes domina la planicie, ofrece en verdad un marco ideal a esta manifestación de la gloria divina: ¡hermoso paraje para retiro de oración y para contemplar desde lo alto toda la Galilea, desde el Mediterráneo hasta el lago! Muchos modernos prefieren el Hermón, próximo a Cesarea de Filipo, que brinda miradores más majestuosos aún que el Tabor: desde aquí, no es solamente Galilea la que se divisa, sino los dos mundos judío y pagano, separados por la elevada cadena de montañas; los tres picos más altos miden por encima de 3.000 metros, pero no se prestan estas cumbres para conjeturas así, ya que una subida que exige seis horas de ascensión y cuatro para bajar, es bien poco probable en este caso. Se pensaría tal vez mejor, en otro punto de esta misma cordillera, donde es fácil el aislamiento. Pero aquí, repetimos, todo son conjeturas que nada interesan al misterio divino.

Nuestro Señor «subió al monte para orar, y ocurrió que mientras oraba, se hizo otro el semblante de su faz, y sus vestidos se volvieron blancos» (Lc., IX, 28-29). Con frecuencia, en los éxtasis de los santos, su rostro aparece iluminado y, en efecto, «otro», como se expresa San Lucas respecto de Cristo; pero ¿qué tiene que ver la oración o el éxtasis de los santos con la plegaria del Hijo de Dios? No es sorprendente que la luz celestial le transfigurara en un grado cual nunca iluminó a alguno de los santos, pues su faz resplandecía como el sol, y sus vestidos relampagueaban de fulgor; «tan blancos eran -anota ingenuamente San Marcos-, que ningún batanero puede emblanquecerlos así en la tierra». A los lados de Jesús estaban Moisés y Elías hablando con El.

Parece que el comienzo de esta manifestación celestial pasó por alto a los



Apóstoles, oprimidos por el sueño, como advierte San Lucas. Encontramos aquí a los tres testigos privilegiados de Cristo igual que les hallaremos en la agonía: el espíritu pronto, la carne débil; el sopor que les invade impídeles unirse a la oración de su Maestro y no alcanzan más que el final de esta manifestación maravillosa. Despertando del sueño, sorprenden a Cristo transfigurado y a los dos hombres que con Él dialogan, en los que reconocen a Moisés y a Elías.

¡Cuál fué ahora el pasmo de los Apóstoles! Los evangelistas no han intentado definirlo ni nosotros lo pretenderemos tampoco. Pensemos sólo en el amor entusiasta que profesaban a su Maestro: el anuncio de la Pasión les había afligido, y aun ahora les duraba el abatimiento por la ruina de sus ensueños ingenuamente ambiciosos; pero ¿qué eran aquellas ilusiones al lado de este resplandor? Y Jesús no estaba solo: todo el judaísmo le sirve de marco en la persona de Moisés y Elías, la Ley y los profetas. ¡Cuántas veces han oído decir de su Maestro que viola la ley, que pervierte las tradiciones judías!: sin duda que conocían bastante a Jesús para dominar esta oposición, pero a pesar de todo, ¿no se habían alguna vez turbado?: temerario sería creerlo: los calumniadores eran los maestros venerados del judaísmo asentados en la cátedra de Moisés y a quienes desde su infancia aprendieron a venerar y a seguir : este conflicto entre lo pasado y lo presente, que lo desgarraba todo a su lado y que en el seno mismo familiar debía, según la palabra del Maestro, oponer el hijo al padre, y la hija a la madre ; este conflicto, ¿no se planteaba en su propio corazón? (Mt. , X, 35). Esta aparición celeste lo pacificaba todo, juntando en torno de aquel Maestro que ellos se aprestaban a adorar, cuanto ellos habían venerado desde su infancia. Con esta emoción, Pedro querría decir algo, hacer una oferta u ofrecer un servicio, y su natural expansivo y precipitado no se puede contener; habla, pero no sabe lo que dice, y el Evangelio nos ha conservado con exquisita naturalidad el relato de esta ingenua oficiosidad.

Tomó Pedro la palabra y dijo: «Maestro, bien estamos aquí; hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» Porque no sabía qué había de decir, como estaban llenos de pavor (Mc., IX, 5-6).

Si intentamos ahora sondear y comprender la esencia de esta escena, verificaremos desde el principio, que la Transfiguración propiamente dicha, esto es, la transformación física del Señor, de sus vestidos y de su rostro, no contiene nada que pueda desconcertarnos ni sorprendernos con justicia: creemos que la humanidad del Salvador toda entera, cuerpo y alma, está unida sustancialmente a la divinidad, ¿es sorprendente que se nos muestre penetrada e investida de esplendor? El discurso sobre el pan de vida nos reveló que la carne de Cristo es vivificante y los milagros manifestaron muchas veces esta virtud. Lo que ahora aparece no es más que una expresión sensible de lo que creíamos ya, que el cuerpo de Cristo está invadido por la virtud divina. Esto, sin embargo, sorprende porque es excepcional: el Señor contenía de ordinario estas manifestaciones, pero lo verdaderamente maravilloso es esta oscuridad habitual en la que se oculta el Hijo de Dios. Es notabilísimo que Nuestro Señor uniese esta manifestación a su plegaria, como queriendo significar así que este resplandor, que a Él le es natural, se deriva de aquel otro que es fuente única de su vida, y de su bienaventuranza, el Padre del cielo, con quien dialoga durante su oración.

La aparición de Moisés y Elías no tiene tampoco por qué sorprendernos: «Dios no es Dios de muertos, sino de vivos», va a decir más tarde Jesucristo, y para El «todos viven». Así es Cristo; por El viven todos. Todos los santos del Antiguo Testamento, patriarcas y profetas, no han caído en la nada con la muerte; viven y esperan a Aquel cuya venida ellos predijeron. Y «por esto ha querido Cristo conversar mano a mano con Moisés, en presencia además de Elías, en la cumbre del monte, para cumplir en el último día la promesa antes hecha». En la visión de Judas Macabeo, que recordamos más arriba, Jeremías se presentaba como quien «ruega mucho por el pueblo y por toda la ciudad santa». Lo mismo, y mejor aún, se puede afirmar de estos que verdaderamente encarna en sí todo el judaísmo, Moisés y Elías: su aparición en la montaña al lado de Cristo no hace más que patentizar a los ojos de los Apóstoles esta vida real, esta intercesión y este ministerio de asesores con Cristo, que prolonga ultratumba el oficio de heraldos y de profetas que tuvieron en el mundo. Podemos mencionar aquí las visiones de Juana de Arco: sus Santas protectoras, desde su juventud, le revelan su misión, y más tarde le anuncian su muerte; sin duda que las relaciones de Cristo con estos personajes son de otro orden. No necesita El avisos del cielo ni socorro de nadie, pero muestra sólo un rasgo común, y es la parte que estos santos toman en los sucesos decisivos de la historia de su pueblo; en la aparición del Mesías y en su muerte. Porque de esto hablaban: «conversaban sobre el fin que había de cumplir en Jerusalén».

El mismo término de «fin» o «Éxodo» lo recogerá San Pedro en la carta donde cuenta la Transfiguración (II, 1, 15): «Cuidaré de que aun después de mi fin tengáis siempre cómo traerlos a la memoria estas cosas.» San Pablo, al contrario, en su discurso de Antioquía de Pisidia, llama a la venida de Cristo al mundo su entrada (Act., XIII, 24). Una y otra expresión indican bien que la vida del Señor sobre la tierra no es sino una fase en una existencia que no ha comenzado acá abajo, ni debe tampoco terminarse aquí. Y este coloquio sobre la Pasión termina por dar a este misterio de ahora todo su sentido: como dice San León: «El fin principal de la Transfiguración era desterrar del alma de los discípulos el escándalo de la Cruz» (Serm., 44, P. L., 54, 310). A ello se dirigía la manifestación gloriosa, y todavía más este coloquio, en el cual los padres del judaísmo hablaban con Jesús de sucesos terribles, pero que serían la salvación de Israel y del mundo entero.

Otro testimonio más sagrado aún iba a dársele al Hijo de Dios: una nube luminosa les cerca, y de la nube se oye una voz: «Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me he complacido; escuchadle.» Pedro, en su ingenua precipitación, había querido levantar allí tres tiendas: Cristo glorioso no la necesita; bástale la nube luminosa que le cubre. Dios se había también aparecido en una nube en el Sinaí, una nube había conducido a Israel por el desierto, y a una nube se había comparado la Sabiduría. Todos estos recuerdos debían estar entonces presentes en la mente de los Apóstoles, y como lo anota San Lucas, «quedaron espantados al entrar en la nube». Es el pavor del contacto divino que había embargado a Pedro en la barca, pero que ahora es más vivo aún delante de una manifestación divina mucho más misteriosa todavía. Se oye la voz divina como en el Bautismo. El Padre da de nuevo a su Hijo un testimonio soberano y obliga a la fe de los Apóstoles. Esta nueva

atestación debió ser mejor comprendida que la primera, hallando oyentes más preparados para comprenderla y para obedecerla.

El temor de los Apóstoles aumenta y caen en tierra la faz contra el suelo: Cristo se acerca, les toca y les levanta; miran entonces alrededor, y todo ha desaparecido: sólo está Jesús; la voz celestial, la nube luminosa, todas estas manifestaciones sensibles no debían tener más que un tiempo, y ellos iban a comenzar una vida de fe bajo la dirección del Maestro. Moisés y Elías habían desaparecido también; el judaísmo se eclipsaba y Cristo permanecía para siempre.

Ya al final de la era apostólica, el misterio de la Transfiguración está contado así en la segunda carta de San Pedro:

Sin irnos tras fábulas ingeniosamente compuestas, os dimos a conocer la virtud y advenimiento del Señor nuestro Jesucristo, como testigos oculares que fuimos de su majestad. Porque cuando El recibió de Dios Padre honor y gloria, siéndole enviada de la grandiosa y fúlgida gloria una voz como ésta: «Este es el Hijo mío, el amado, en quien yo me agradé»: esta voz también la oímos nosotros venida del cielo, estando con él en el santo monte. Y tenemos más segura la palabra profética, a la cual hacéis bien en prestar atención como a lámpara que alumbra en sitio caliginoso, hasta que raye plenamente el día, y el lucero de la mañana amanezca en vuestros corazones.

Estas palabras hacen entender claramente lo que esta visión había traído a los Apóstoles. Era para ellos una nueva seguridad de este advenimiento que aguardaban: Cristo vendría con poder y creíanlo bajo palabra profética, pero el recuerdo de este resplandor que habían contemplado confirmaba aún en ellos el dicho de los profetas: era nueva claridad que se añadía a la luz fiel que resplandece en nuestra noche oscura. Las mismas expresiones del Apóstol señalan también su misión privilegiada que usando el lenguaje de los misterios se representa a sus compañeros y a sí propio, como unos «*epoptes*» o iniciados que han visto esta gloria. Ese debía ser el oficio efectivo de los tres Apóstoles, el de testigos privilegiados de la más resplandeciente manifestación de todo el Evangelio: sobre este recuerdo debían apoyar su fe personal y enriquecer la de los restantes fieles. Pero esto será luego, después de la resurrección de Cristo; sólo entonces comunicarán a los demás lo que ellos habían visto y oído.

Y cuando bajaban del monte, les mandó que a nadie refiriesen lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de entre los muertos (Mc., IX, 9).

La recomendación se comprende sin dificultad: una manifestación tan claramente divina hubiera exaltado el entusiasmo popular del modo más peligroso, y después de una apoteosis así, la Pasión y la cruz hubieran sido para todos un escándalo imposible de tolerar. Una vez pasada esta crisis terrible, el relato de la Transfiguración debía servir por el contrario para confirmar la Fe. Es evidente que los tres Apóstoles, por propia confesión, guardaron la consigna del silencio impuesta por su Maestro, detalle que demuestra del mejor modo su docilidad y el ascendiente que Jesús ejercía sobre ellos.

Un punto, no obstante, les dificultaba aún esta advertencia: ¿qué significaba esta resurrección de que hablaba el Maestro? Sabían, como todos los judíos de aquel tiempo, qué era la resurrección de los muertos, pero no podían entender que Cristo debiera pasar por aquello, que hubiese de morir, y, sin embargo, acababan de oírle comentar con Moisés y Elías aquella partida que debía concluir en Jerusalén. A pesar de esta impresión recentísima, no pueden comprenderla aún, que hasta este punto era para ellos una novedad irritante la perspectiva de la muerte de Cristo.

Con todo, no se atreven a preguntar al Señor sobre el particular, porque tienen, sin duda, fresca en el alma la amonestación severa del Maestro a Pedro, hacía a lo sumo ocho días, en Cesarea de Filipo: toda protesta, lo sabían, sería eliminada terminantemente, y a pedir mayor luz no se atreven: ¡es una luz tan penosa!

Le preguntan sobre la misión de Elías, que, por otra parte, podía esclarecer la del Mesías; acaban de admirar la gloriosa manifestación de Cristo, y Elías ha aparecido, pero como simple testigo, sin representar aquel papel activo que le daba la tradición: «Elías -dice Trifón en San Justino-debe ungir al Cristo» (Dial., 49): ¿cómo explicar, pues, que el Mesías se haya ya mostrado en gloria y que Elías no haya hecho nada?

Jesús les contesta dándoles a entender que Elías ya vino, esto es, San Juan Bautista; pero a la vez insiste en la muerte vaticinada del hijo del Hombre: «debe sufrir mucho y ser vilipendiado». En la forma sumamente concisa que le da San Marcos, parece que esta declaración del Señor se presenta como una dificultad nueva por la cual responde a la cuestión propuesta por los Apóstoles: Elías debe ponerlo todo en orden, y a pesar de ello, el Hijo del Hombre, que vendrá después de él, debe sufrir: esta restauración no será, según eso, el advenimiento de una era de justicia. Y, efectivamente, el Precursor llegó, y, como estaba vaticinado, allanó las colinas e hizo rectos los senderos, y con todo, cuando Cristo vino, ¡cómo se lastimó en estas sendas! La acción del Precursor debía ser un esfuerzo pasional, propulsor de un movimiento pujante y profundo, seleccionador de los primeros Apóstoles del Señor, que se extinguió por fin con el supremo sacrificio en la prisión de Maqueronte, pero no sería el restablecimiento del paraíso en la tierra, como los judíos lo soñaban; la aparición del Mesías no sería el paso triunfal por un mundo ya conquistado y en paz; venía a abrirle dolorosamente su camino entre encarnizados enemigos, y su suerte sería la del Precursor: han maltratado y despreciado a Juan Bautista, y lo mismo harán con el Hijo del Hombre.

Jesús y los tres Apóstoles pasaron la noche en el monte, y al bajar encontraron una multitud confusa y agitada: había llegado un hombre trayendo a Cristo su hijo endemoniado y epiléptico, y los discípulos habían intentado librarle, aunque sin éxito; los escribas se aprovecharon para entablar discusión con ellos, y en los apuros de esta polémica encuentran el Señor y los tres privilegiados salidos de la nube a los pobres Apóstoles. Recuerda esto la

escena de Moisés al descender del monte, sorprendiendo al pueblo idólatra ante el becerro de oro (E.xod., XXXII, 15-20). La turba, admirada porque no esperaba tan pronto la vuelta de Jesús, y porque las discusiones empeñadas durante su ausencia y por su causa han excitado una conmoción que su presencia hace más viva. El padre corre a Cristo en cuanto le ve aparecer, actitud que demuestra que tiene aún cierta esperanza; lo que no han podido los discípulos tal vez lo pueda el Maestro; pero ¡qué débil es este confiar! ¡Estas dudas de las muchedumbres, esta fe tímida de los discípulos y esta obstinada disposición de los escribas es lo que encuentra el Señor al bajar del monte! No puede contenerse, y se lamenta: «Raza incrédula, ¿hasta cuándo he de estar con vosotros?, ¿hasta cuándo os tengo que sufrir?» (Mc., IX, 19). Durante toda su vida le ha tocado soportar esta incredulidad, que le es más dolorosa que todos los otros pecados, pero ¿cuánto tiempo más ha de tolerarla aún? Bien pocos de los presentes comprendieron esta advertencia llena de angustia. «Traedme al muchacho», manda el Señor; se lo presentan y sufre una crisis en su presencia; pregunta a su padre y él le refiere cómo la enfermedad es antigua y terrible, y añade suplicando pero sin fe apenas: «Si algo puedes, ¡ten piedad de nosotros, socórrenos!» Y responde Jesús: «¿Cómo?, ¿si tú puedes?; ¡todo es posible a quien cree!»; y el pobre padre, comprendiendo que la salud de su hijo depende de su fe vacilante, exclama: «¡Creo! ¡Señor, ayuda mi incredulidad!» No hay en todo el Evangelio plegaria más emocionante que ésta ni que mejor descubra la incurable debilidad del hombre, que, dejado a sí propio, ni siquiera tiene la fuerza de creer; pero Cristo puede reanimar esta fe vacilante, y su acción en el alma es más admirable aún que el curar a un paralítico.

Entonces ordena Jesús autoritariamente: «Yo te lo mando, sal de él»; y el espíritu impuro salió, sacudiendo al pobre joven con una última convulsión. En seguida advirtió Jesús a sus Apóstoles que aquel demonio sólo podía arrojarse con la oración, pero que El tenía autoridad y su poder bastaba.

## **VI.-JESÚS EN MEDIO DE SUS DISCÍPULOS. LA IGLESIA**

La muchedumbre permanece aún bajo la impresión de lo que acaba de contemplar, pero Jesús se separa porque quiere atravesar la Galilea sin ser conocido, y por el camino prosigue instruyendo a sus discípulos.

El Hijo del Hombre -les diceserá entregado en manos de los hombres, y le quitarán la vida, y después que se la quiten, a los tres días resucitará. Pero no entendieron lo que les decía, y temían preguntarle (Mc., IX, 31-32; cf. Mt., XVII, 22-23; Lc., IX, 43-45).

Dos veces había vaticinado ya el Señor la Pasión a sus discípulos: después de la confesión de Pedro y en seguida de la Transfiguración. Luego de la primera profecía tentó San Pedro protestar, recibiendo aquella severa reprensión, y en la segunda quisieron, por una tímida pregunta sobre Elías, esclarecer el terrible misterio; esta vez se callan, y no se atreven a inquirir; temen poder saber tal vez demasiado, y al fin se quedan sin comprender este misterio que les aterra. San Lucas parece decir (IX, 45) que esta perspectiva se les cerró por designio providencial, incapaces como eran de soportar más luz. Con todo, estas

palabras de Cristo, misteriosas y terribles, se grababan en su alma, y en el día de la prueba suprema habían de ser fuente de luz y de fuerza.

Treinta años más tarde, San Pablo subirá a Jerusalén también a sufrir, y durante todas las etapas del camino, proféticas advertencias le harán entrever lo que Dios le reserva: el Espíritu Santo avisa al Apóstol, o por sí inmediatamente (Act., XX, 23), o por medio de los profetas cristianos (Ib., XXI, 4, 11), y estas luces siempre son a medias (Act., XX, 23). Jesús contempla desde el principio, sin nieblas, la perspectiva de la Pasión, y la revela progresivamente a sus discípulos.

Al llegar la pequeña grey a Cafarnaún, los recaudadores del impuesto se acercaron buscando a Pedro:

Vuestro maestro, le dijeron, ¿no paga los didracmas? Sí, responde. Y cuando entró en casa, le previno Jesús diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran alcabalas o tributos?, ¿de sus hijos, o de los extraños? Y él respondió: De los extraños. Díjole Jesús: Luego los hijos están libres, ciertamente. Mas porque no los escandalicemos, ve al mar, echa el anzuelo, y el primer pez que trabes cógele y abriéndole la boca hallarás un *estatero*; tómalo y dáselo por ti y por mí (Mt., XVII, 24-27).

«El Éxodo (XXX, 13) prescribía ya a todo israelita el pago anual de medio sico: al tiempo de Cristo, este impuesto, que equivalía a dos dracmas, y que se destinaba al gasto del templo, se recogía en Palestina en los quince días que precedían a la fiesta de Pascua; en los países limítrofes, la recaudación se hacía antes de Pentecostés, y en las regiones más separadas, antes de la fiesta de los Tabernáculos».

Probablemente, el Señor se había encontrado al tiempo de la recaudación en Cafarnaún, por tierras de Filipo; de aquí su atraso y la exigencia de los alcabaleros.

Hasta ahora todo es ordinario, pero el milagro ha desconcertado a más de un comentador del Evangelio, aun de aquellos que no rechazan a priori todo lo sobrenatural porque no ven en éste el carácter religioso que distingue los milagros evangélicos; y sin embargo, la significación religiosa está bastante marcada. Los reyes no exigen el impuesto de sus hijos; para la aplicación de este principio se preguntan ciertos doctores si los sacerdotes estarían sujetos a este impuesto del templo, y en tal caso el Hijo de Dios está exento, y lo mismo los que por gracia han llegado a ser hijos de Dios (Mt., V, 9). Sin embargo, Jesús se somete a esta ley, que no se hizo para Él, y la cumple con dominio soberano, por un milagro. Así hará entender a Pedro, a la vez, su dominio sobre la naturaleza y su modesta obediencia a la Ley. Pronto los Apóstoles van a disputarse el primer puesto, y Cristo les predicará la humildad y el cuidado de evitar el escándalo: todo esto se encierra en este episodio. El Señor soberano, condesciende en pagar el impuesto, y lo hace por no escandalizar a nadie. Se descubre aquí la norma de conducta que siempre se impuso a sí mismo, por ejemplo, en el bautismo, y que también inspiró a los suyos, a la

Santísima Virgen cuando la Purificación. En una palabra, Jesús quiso asociar a sí en este caso a su Apóstol: El paga a la vez por los dos, y por un mismo milagro, demostrando con ello la unión estrecha que ahora y siempre tendrá con Pedro.

Arreglado lo del tributo, entraron en casa, y Jesús, tomando pie de una cuestioncilla motivada en el camino entre los discípulos, les da una instrucción muy seria (Mc., IX, 33-37; Mt., XVIII, 1, 5; Lc., IX, 46-48). Este episodio es uno de aquellos que hacen apreciar mejor el método pedagógico del Maestro. Cristo ha vuelto con los doce a Cafarnaún, y la expresión usada por San Mateo (XVII, 22) parece indicar que habían hecho el viaje en grupos pequeños; Cristo les citó en la ciudad, y allí están ya todos. Durante el viaje, Jesús, juntándose cuándo a unos cuándo a otros, pudo conversar familiarmente con cada uno de por sí y formarles con el método de un contacto cotidiano, lleno de abandono y confianza. Por unos instantes se separa un poco y les deja proseguir solos su ruta, y es la ocasión en que el grupo que le acompaña comienza a discutir sobre la primacía. El episodio reciente de la Transfiguración, o el de Cesarea de Filipo, pudo originar el altercado. Se nota cada vez más que en el seno mismo de los doce hay desigualdades: Pedro ocupa una posición sin igual, y ha recibido del Señor promesas que nadie comparte con él, y en la montaña se encuentra solo con Santiago y Juan; este es, pues, un grupo de preferidos. Estas privanzas provocan envidias y se discute; Cristo acaba de predecir ahora su Pasión, pero en esto no hay que pensar; sólo divisan el reino, en el cual anticipadamente se disputan ya los primeros puestos.

Pero los Apóstoles saben bien que tales ambiciones están condenadas por el Maestro y se aprovechan de su alejamiento para agitar entre ellos esta cuestión candente. Jesús no la presencié, y sin embargo había seguido su conversación, y llegados a Cafarnaún les pregunta: «¿De qué hablabais por el camino?» No se atreven a contestar, como escolares cogidos en una falta: «Callábanse -dice San Marcos porque en el viaje habían discutido quién era el mayor entre ellos.» Entonces Jesús, para llamarles de antemano la atención, hace reunir a los doce junto a sí; toma asiento, como maestro que va a dar una lección solemne, y les expone el principio cristiano de la primacía: la servicialidad. Quien sea el mayor ha de ser el último de todos y el servidor de todos; será una de las postreras lecciones que les leerá en la Cena, cuando, después de haber lavado los pies a los Apóstoles como un esclavo, les diga: «¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?» (Jn., XIII, 12). Aquí también junta la acción a la palabra para exponer su pensamiento más sensible e impresionantemente: toma a un niño, le acerca a sí, le abraza, y exclama: «Si no os volviereis y os hicieris como niños, no entraréis en el reino de los cielos: quien se humillare como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos». Admira cómo San Agustín, repasando los recuerdos de su infancia, se decidiera a comentar este texto; después de referir sus pecados de niño; sus pequeños robos y glotonerías, escribe:

¿Es esta, Señor, la inocencia pueril? No, Señor, no, yo te lo suplico. Porque estas cosas son las que los maestros castigan en un principio, los juegos de nueces, de canicas, los pájaros, pero que luego son robos, heredades, esclavos que les conducen ante los prefectos y reyes. Los pecados del niño cambian con la edad, lo mismo que a la férula del maestro sustituyen castigos más severos. Es, pues, Señor, la estatura de los pequeñuelos lo que tú elogiaste al

decir que de los tales es el reino de los cielos (Conf., I, 19).

Esta página adusta no sorprende en San Agustín, preocupado siempre por ver, aun en la edad más tierna, los achaques del pecado original y de la concupiscencia. El pensamiento del Señor en este punto del Evangelio lo expresa más fielmente San Crisóstomo, si bien pone un poco de optimismo en la descripción de las virtudes de la infancia.

El niño es puro de toda envidia y vanidad, y de todo deseo de primeros puestos; posee la virtud más preciosa, quiero decir, la sencillez, el candor y la humildad.

Después de haber propuesto a los Apóstoles como modelo a los niños, añade Cristo: «Quien recibiere a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe.» Algunos exegetas piensan que estos recibidos en nombre de Cristo deben ser sus enviados. Esta interpretación parece muy estrecha, pues no se trata del recibimiento hecho a un misionero, sino a un niño: se le recibe y se cuida de él, no porque el niño despierte la simpatía natural, sino porque se reconoce en él algo de Cristo, por la misma o mayor razón con que se da a un pobre un vaso de agua en nombre de Cristo. Jesús va a proseguir esta instrucción maldiciendo los escándalos, pero es Juan quien le interrumpe:

Maestro, hemos visto a uno, que no anda con nosotros, arrojar los demonios en tu nombre, y se lo hemos prohibido porque no viene con nosotros (Mc., IX, 33).

En el único episodio de los sinópticos en que San Juan aparece aisladamente: se retrata con aquella su fogosidad natural, y es el mismo que más tarde mostrara contra Cerinto un celo tan vigoroso (H. E., III, 28); aquí, la actitud conciliadora de Cristo le conduce a reflexionar, y se arrepiente de haberse mostrado tan intolerable. A propósito de este hombre que arroja los demonios en nombre de Jesús se ha de traer a la memoria el rasgo contado en el libro de los Hechos, XIX, 13:

Llegaron también algunos exorcistas, judíos ambulantes, a invocar sobre los que tenían los espíritus malos el nombre del Señor Jesús, diciendo: Conjúroos por el Jesús que Pablo predica. Y eran los que esto hacían siete hijos de Escevas, judío, de familia pontifical. Pero el espíritu malo, respondiendo, les dijo: Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero vosotros, ¿quién sois? Y arrojándose de un salto sobre ellos el hombre en quien estaba el espíritu malo y señoreándose de los dos, prevaleció sobre ellos, de modo que se escaparon de aquella casa desnudos y maltrechos.

En este episodio con que ahora nos encontramos, parece que el resultado fué más halagüeño, y, no obstante, Juan se indigna porque los que no siguen a Jesús no tienen derecho, cree él, de servirse de su nombre, y él se lo ha impedido. Jesús es más indulgente: no garantiza las disposiciones íntimas de este exorcista afortunado, pero observa que es poco probable que un hombre que acaba de hacer milagros en su nombre esté pronto a dejarse arrastrar por la calumnia.

Y añade Jesús: «Quien no está contra nosotros, por nosotros está.» Ya hemos recordado esta máxima en otra sentencia de Cristo que parece opuesta: «Quien no está conmigo, contra mí está.» (Mt., XII, 30). Se trataba entonces de las disposiciones íntimas de cada uno, y Jesús excluía la neutralidad: era menester ser de El o estar en contra de Él;



aquí, al revés, se habla de la actitud externa tal como otro la juzga, y la regla en este caso es la indulgencia que presupone las disposiciones más favorables y que mira a un amigo en todo el que no le es contrario.

Luego, volviendo a su instrucción, truncada por la pregunta de Juan, prosigue Jesús:

Quienquiera que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mejor le fuera que le pusiesen al cuello una rueda de molino y le arrojasen al mar (Mc., IX, 42; cf. Mt., XVIII, 6-7; Lc., XVII, 1-2).

Sentencia terrible que procede de un grande amor: El que da la vida por sus ovejas no puede mirar con indiferencia que se las arrebaten por el escándalo; los pequeños, en este caso, son los niños, sin dudar, pero también todos los humildes, los sencillos y cuantos Jesús beatifica en su sermón del monte y que el escándalo se los arrebata.

Puede acontecer que hasta un inocente origine escándalo, y ejemplo es el mismo Cristo entre sus vecinos de Nazaret (Mc., VI, 3); pero ni siquiera hacía por prevenirlos, como acabamos de verlo en el episodio de las dos dracmas. El mismo cuidado vigilante prescribirá San Pablo a sus fieles para no derribar a los débiles en la fe (Rmn., XIV, 21; I Cor., III, 13; II Cor., XI, 29). En el extremo opuesto están los escandalosos voluntarios, que no sólo no se preocupan de ahorrarse a sus hermanos más débiles un escándalo que pudiera evitar, sino que le provocan con designio formal; sobre éstos cae la maldición de Cristo con todo su peso: mejor les estaría que les arrojasen al mar con una rueda de molino al cuello.

En los versículos siguientes de San Marcos (43-50) y de San Mateo (8-9) hallamos algunas sentencias del Señor ya recordadas y comentadas con ocasión del sermón de la montaña: mejor es estar sin pies, sin manos y aun sin ojos que exponerse a caer por toda la eternidad en la gehenna de fuego; es la inutilidad de la sal que se desvirtúa. El sermón vuelve a empalmarse en San Mateo con la estima de los niños.

Mt., XVIII, 10-14: Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeñuelos, porque os digo que sus ángeles están siempre mirando la cara de mi Padre que está en los cielos. ¿Qué os parece? Si tuviese un hombre cien ovejas, y se le extraviase una de ellas, ¿no dejaría las noventa y nueve por los montes, y se iría a buscar la descarriada? Y si la llegase a encontrar, os digo de veras que se alegra con ella más que con las noventa y nueve que no se descarriaron. Del mismo modo, vuestro Padre que está en los cielos no quiere que se pierda uno siquiera de estos pequeñuelos.

Estas recomendaciones son bien urgentes, pero para los creyentes: los ángeles, el Padre celestial, realidades soberanas para el cristiano; sueños mitológicos para quien no tiene fe. En un artículo erudito, Moulton se esfuerza en probar que los «ángeles» de que se habla en este apartado son la muchedumbre celestial de almas que viven en la tierra: si caen, arrastran en su caída a sus ángeles. Ante semejantes fantasías, complácese uno en leer las interpretaciones de los Padres: San Hilario (1.020): «Cristo nos propone aquí un motivo

de amor bien poderoso, para aquellos por lo menos que creen en El verdaderamente. Los ángeles de estos pequeñuelos ven a Dios cada día... Que los ángeles estén encargados de las oraciones de los fieles, lo afirma Cristo categóricamente. Por esto, los que el Señor salva ven a diario a los ángeles llevar sus oraciones a Dios. Así que se pone en un peligro grande quien desprecia a estos niños, cuyos votos y plegarias son elevados por ministerio y autoridad angélicas hasta el trono de Dios».

Por encima de los ángeles aparece el mismo Padre celestial: esta comparación de las cien ovejas la cuenta en otro sitio San Lucas (XV, 4) para dar a entender la infinita misericordia de Dios, y aquí tiene una fuerza particular: ¡qué responsabilidad ante el Padre, la de aquel que eche a perder a uno de estos pequeñuelos cuya salvación le es tan querida!

Por fin, esta larga instrucción de Jesús a sus Apóstoles concluye con algunas recomendaciones sobre la caridad y el perdón mutuos.

Mt., VIII, 15-20: «Si pecare tu hermano contra ti, ve y corrígele entre ti y él solo, y si te oyere, ganaste a tu hermano, pero si no te oyere, toma contigo a uno o dos, para que en la boca de dos testigos o tres estribe todo dicho. Si también les desoyere, dilo a la Iglesia, y si desoyere también a la Iglesia, sea para ti como un gentil o un publicano. En verdad os digo, que cuanto atareis sobre la tierra, será atado en el cielo, y cuanto desatareis sobre la tierra, desatado será en el cielo. Asimismo os digo, que si dos de entre vosotros se concertaren sobre cualquier cosa que hayan de pedir, se les concederá por parte de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

Esta lista de preceptos no está encadenada por un lazo muy estrecho, pero el evangelista ha procurado, sobre todo, no perder ripio de las palabras del Señor. La primera está redactada en dos formas diversas: unos leen: «Si tu hermano pecó contra ti», y en este caso, se trataría del perdón de las injurias; otros omiten estas dos últimas palabras, y entonces, se hablaría de la corrección fraterna; esta lectura es la más autorizada. En el judaísmo contemporáneo de Cristo ya se habían hecho las mismas recomendaciones: antes de castigar al culpable debía prevenirse en privado: lo mismo si se trataba de una mujer sorprendida en adulterio, mas en la práctica, esta prescripción era letra muerta, y los rabinos se lamentaban de que no se hallaba un alma capaz de soportar la advertencia, y mucho menos aún que fuese digna de hacerla.

En la Iglesia de Cristo, la humildad cristiana y la delicadeza de la caridad deben hacerla posible: El aviso se ha de dar discretamente primero sin testigos, después delante de uno o dos, según el espíritu de la legislación mosaica: «un solo testigo no bastará para probar a un hombre un crimen o un pecado, sea cual fuere: un hecho no quedará demostrado más que por la deposición de dos o tres testigos» (Deut., XIX, 15). Si falla esta diligencia, llévase el caso a la Iglesia: Los comentaristas protestantes, entendiéndolo de la colectividad de los fieles; así Reuss: «Si no se escucha la admonición del amigo, sométase el caso a la comunidad para que la opinión pública (como diríamos nosotros) decida de qué

parte está la sinrazón, y así tal vez la unanimidad del sufragio, en este círculo más extenso, produzca su impresión sobre el que hasta ahora ha resistido a todas las anteriores advertencias.» Esta interpretación, rechazada unánimemente por los católicos, es del todo inverosímil: la Iglesia que debe decidir, es la Iglesia jerárquica, a quien Cristo confiere a la vez el poder de atar y desatar.

Jesús, que antes había dado a Pedro este mismo poder, lo hace ahora extensivo a todos los Apóstoles, como de nuevo después de su resurrección. Luego viene para la Iglesia otra nueva promesa, la de una intercesión siempre eficaz, y la razón es, porque El estará siempre en medio de sus fieles. Los rabinos, apoyándose en Malaquías, III, 16, gustaban decir, que allí donde dos o tres israelitas se dedicaban al estudio de la Ley, Dios estaba en medio de ellos. Tomando en los mismos términos esta promesa, familiar a los Apóstoles, Cristo se la aplica así. Es una de las más preciosas que contiene el Evangelio, una de aquellas en que resplandece mejor la divina naturaleza del Salvador: ¿qué hombre podría dar seguridad semejante? Pero no es esta la única palabra de Cristo que nos impone la unión de unos y de otros: el último día de su gloriosa presencia en el mundo, Jesús va a prometer a sus Apóstoles estar con ellos hasta la consumación de los siglos: tal es la asistencia que El asegura a su ministerio, y aquí una promesa parecida se hace a todos los cristianos, en la que Cristo se presenta, sobre todo, como el centro de su vida religiosa y como su intercesor para con Dios.

Si mi hermano peca contra mí, ¿cuántas veces habré de perdonarle? ¿Siete veces? Jesús le responde: No digas siete veces, sino setenta veces siete (Mt., XVIII, 21-22).

Ya San Hilario, y después de él muchos comentadores, recordó, con ocasión de este pasaje, el antiguo cántico de Lamech (Gen., IV, 23-24): «Caín será vengado siete veces, y Lamech setenta veces siete.» Es una locución simbólica que indica un número grande e indefinido. Y se pregunta cómo este deber de perdonar sin límites se concilia con las exigencias de la prudencia y del honor. Sería yo un miserable, dicen, si diera la mano a este hombre, y tal actitud puede ser en efecto justificada si la reconciliación ofrecida no es más que aparente; pero si el arrepentimiento es sincero y eficaz, no hay límites para la obligación del perdón: Cristo, que acaba de responder así a la cuestión de Pedro, prosigue :

Por eso el reino de los cielos se ha asemejado a un rey que quiso ajustar cuentas con sus criados. Y comenzando a ajustarlas, le trajeron a uno, deudor de diez mil talentos. El cual, como no tuviese para pagar, mandó su amo que le vendiesen a él y a su mujer y a sus hijos, y todo cuanto tenía, para que a él se le pagase con ello. Y el siervo, cayendo a sus pies, le dijo: Ten paciencia conmigo, y todo te lo pagaré. Movidado a lástima el amo del siervo, le soltó y le perdonó la deuda. Pero el siervo, al salir, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y, trabando de él le ahogaba diciendo: Paga lo que debes. El compañero suyo, cayendo a sus pies, le suplicaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y te pagaré. Mas él no quiso, sino que fué y le echó en la cárcel hasta que pagase lo que debía. Sus compañeros, como vieron lo sucedido, se enojaron mucho, y fueron e hicieron saber a su amo de lo que había pasado. Entonces el señor, haciéndole llamar, le dijo: Siervo malo, te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste; ¿no era razón que tú también tuvieras lástima de tu compañero, como yo la tuve de ti? Y encolerizado el amo le entregó a

los sayones, hasta que pagase todo lo que debía. Así mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonare cada cual a su hermano (Mt., XVIII, 23-35).

Esta parábola es una de las más expresivas de todo el Evangelio, y para los oyentes de Cristo era aún más fácil de entender, porque algunos rasgos de la historia suponen las costumbres del tiempo, un poco cambiadas de las de hoy. Entre los judíos, como también entre los otros pueblos antiguos, la responsabilidad de la familia entera estaba comprometida por la deuda del cabeza. Recuérdese la historia de la viuda:

Una mujer gritó a Elíseo: «Tu servidor y marido mío ha muerto, y ya sabes que tu siervo temía a Yavé; sus acreedores han llegado para llevarse a mis dos hijos y hacerlos sus esclavos...» (II Reg., IV, 1).

Detalles semejantes de castigo colectivo se recuerdan además en Daniel, VI, 24, y Ester., XVI, 18; *etc.* La enormidad de la deuda no era, por otra parte, excepcional, y Knabenbauer menciona hechos parecidos: Josefo, hijo menor de Onías, compró los impuestos de Siria, Fenicia y Palestina por 16.000 talentos; Suetonio refiere que Nerón dió a Tiridate 300.000 denarios por día, y que a su partida le remitió más de un millón de sestercios. Tácito (Hist., I, 20) dice: «Nerón había gastado en donaciones 22 millones de sextercios.» En esta época, y en estas regiones, donde los reyes hacían de sus esclavos o de sus libertos los ministros de sus finanzas, una deuda de 10.000 talentos (50 ó 60 millones) no tiene nada de inverosímil; pero estas fortunas inmensas se arruinaban como se habían alzado, y un capricho del rey desgraciaba al ministro y le obligaba a restituir: lo más frecuente era hallarle insolvente, y entonces se procedía a la ejecución con que se amenaza al servidor del Evangelio. La deuda del compañero es, al contrario, pequeña: 80 pesetas, poco más o menos, pero se exige con dureza. Y otra vez aplica Dios la regla anunciada en el monte: con la vara que midiereis se os medirá. A la vez aparece la inmensa desproporción entre las deudas divinas y las humanas: ¡qué locura en el deudor con Dios hacerse acreedor tan exigente cuando él se encuentra insolvente!

Con esta especie de eco del sermón del monte se cierra esta plática a los Apóstoles: San Mateo cuenta en seguida la subida de Cristo a Jerusalén, anterior en unos meses a la del Calvario. Los discursos que acabamos de comentar tuvieron por marco Cafarnaún y la «casa», sin duda la de Pedro. Es la última vez que el Señor conversa con sus Apóstoles en estos sitios familiares donde habían pasado su juventud, donde les llamó a seguirle, e hiciera delante de ellos los primeros milagros y pronunciara sus primeros discursos: el tiempo de la lenta y paciente formación se pasó ya; más adelante comprenderán todo el valor y sentirán todo el encanto de estos largos meses transcurridos en la intimidad con el Señor. Volverán a ver también otra vez Cafarnaún, el lago y la barca, la casa y la montaña, y cien detalles más que les parecerían insignificantes, pero que están ya para siempre llenos de tantos tesoros.

## **SEGUNDA PARTE**

### *EL MINISTERIO EN JUDEA. LA PASION. LA RESURRECCION*

## **CAPÍTULO PRIMERO**

## *EL VIAJE POR LA JUDEA. LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS*

I-El viaje por la Judea

II.- La fiesta de los Tabernáculos

III.- La mujer adúltera

IV.- Jesús luz del mundo

V.- El ciego de nacimiento

VI.- El Buen Pastor

### **I.-EL VIAJE POR LA JUDEA**

Hemos llegado, siguiendo los relatos de los Evangelios, al período decisivo de la vida de Jesús: las grandes manifestaciones de Cesarea de Filipo y de la Transfiguración marcan el apogeo de la revelación de Cristo: los Apóstoles han recibido, además en esperanza, por las promesas del Señor, los poderes que asegurarán la perpetuidad de su acción: la Iglesia está fundada, y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. Pero a la vez que este influjo profundo y definitivo sobre los Apóstoles, hemos advertido la actitud de Cristo frente a las muchedumbres, que desde hace algunos meses se impone a sí mismo una reserva mayor. Ha tenido que dejar la ribera del lago, después de Galilea, y cuando ha vuelto de la Fenicia y de las tierras de Filipo a las de Herodes, ha querido atravesarlas de incógnito. Semejantes precauciones denotan un peligro cada vez más grande, y dentro de unos meses estallará la crisis que todo la está dejando ya presentir. Para seguir la historia de este período, no podemos acudir a los que hasta aquí han sido nuestros guías habituales: San Mateo y San Marcos, pues su narración nos transporta repentinamente a las últimas semanas de la vida de Cristo. Los otros dos evangelistas, San Juan y San Lucas, cuentan, por el contrario, con detenimiento los sucesos de este período postrero; sus narraciones son, por lo demás, enteramente independientes las unas de las otras, y antes de seguirles en detalle, es útil determinar su carácter y su objeto. En una cuestión tan oscura y controvertida, no aspiramos a soluciones ciertas, y buscamos únicamente las más verosímiles.

Sanday escribe sobre San Juan (D. B., II, 630 b): «El valor histórico del cuarto evangelio se afirma poderosamente por este período: Con dificultad se habrá descrito nunca una situación de manera tan extraordinariamente viva y natural como la que notamos en el capítulo VII, sobre todo en los versos 11-15, 25-27, 31, 32, 40-52. Los rasgos del capítulo IX no son menos gráficos, puesto que se da también una precisión notable en las afirmaciones del c. X, 22, 40; XI, 54-57, y notamos referencias íntimas sobre lo que ocurre

en los consejos secretos del Sanedrín (VII, 47-52; XI, 47-53). Esta información pudo venir por Nicodemo o por el camino indicado en el c. XVIII, 15. Pero, aun prescindiendo de la verosimilitud de estos detalles, una actividad cual más o menos se describe en estos capítulos, es suficiente para explicar la gran catástrofe que se siguió. Es imposible que Jesús fuera tan extraño en Jerusalén y en la Judea como lo hace suponer a primera vista la narración sinóptica. Este relato de San Juan conduce desde el principio a Jesús a Jerusalén por la fiesta de los Tabernáculos (VII), y refiere en seguida los incidentes que debieron producirse al poco tiempo (VII-X, 21). Todo esto ocurre en unos quince días por la segunda mitad de octubre. Luego (X, 22), Juan nos vuelve a presentar otra vez de nuevo al Señor en Jerusalén por la fiesta de la Dedicación, hacia fines de diciembre, y Jesús se retira a continuación al lado de allá del Jordán, donde Juan Bautista había bautizado. Al aviso de las hermanas de Lázaro, parte de allí para Betania, y en seguida se refugia en Efrén, en los límites del desierto al NE. de Jerusalén (XI, 55). Por fin, sale de allá para celebrar la Pascua en Jerusalén y morir en ella. Todos estos sucesos se encuentran íntimamente ligados, con sólo un intervalo de siete u ocho semanas, entre la festividad de los Tabernáculos y la de la Dedicación.

En este espacio colocan bastantes intérpretes los hechos referidos por San Lucas en los capítulos IX, 51-XIX, 27. Dice Godet (Luc., II, pag. 7): «¿Cómo ocupar los seis o siete meses que separan la fiesta de los Tabernáculos de la Pascua, en que Jesús murió?» No son algunas de las narraciones de San Mateo, XIV y XX, y el de San Marcos, X, las que pudieran llenar esta laguna, pues apenas bastarían para ocupar una semana. Inmediatamente después de la fiesta de los Tabernáculos Jesús vuelve Galilea, da su adiós definitivo a esta provincia y marcha, como lo leemos en San Lucas (IX, 51), para ir acercándose poco a poco a Jerusalén, evangelizando de paso... De todos modos, la narración de San Lucas se encuentra formando así la transición natural entre los relatos sinópticos y el yoanneo... Respecto del contenido de estos diez capítulos que llenan esta parte de San Lucas, se halla en perfecta correspondencia con la situación. Jesús lleva consigo a Judea cuantos creyentes y afectos le ha dado la Galilea, el núcleo de su futura Iglesia... Prepararles para su oficio es su esfuerzo constante durante el viaje. En ello trabaja de continuo de dos modos: enviándoles a misionar delante de Él, como anteriormente a los doce, y haciéndoles ejercitar como a éstos el aprendizaje de su ocupación futura. Después, como la primera exigencia de este ministerio de evangelizar era la ruptura de los lazos que les sujetaban a la tierra, y la emancipación completa del mundo y de sus bienes, hace recaer la mayoría de sus enseñanzas sobre las relaciones de los creyentes con la riqueza terrenal». Esta hipótesis la descarta Sanday (l. cit): «Suponer que toda esta sección se ha de localizar en este punto es desconocer la estructura y el carácter del evangelio de Lucas. Lo más probable es que alguno reunió cierta cantidad de materiales sacados de una cantera especial a la que él tenía acceso, y que no podían fácilmente encajarse en el cuadro que Marcos le había dejado.»

Se ha ensayado aún armonizar por otro principio el relato de San Lucas con el de los restantes evangelistas: hay en estos diez capítulos tres indicaciones, formuladas así: IX, 51, «dirigió su faz para encaminarse a Jerusalén»; XIII, 22, «recorría ciudades... haciendo jornadas hacia Jerusalén»; XVII, 11, «Y sucedió que, yendo camino de Jerusalén, atravesaba por medio de Samaria y de Galilea». Partiendo de estas indicaciones. Wieseler

distingue tres viajes diferentes: «El que se menciona en el capítulo IX, 51, correspondería al viaje de Jesús en San Juan, VII, 1-X, 39 (Tabernáculos y Dedicación); viaje que concluiría con la retirada a Perea (Jn., X, 40). La mención del camino en el capítulo XIII, 22, habría que identificarlo con el viaje de Perea a Betania para la resurrección de Lázaro (Jn., XI), después de la cual Jesús se retira a Efrén. El que se encuentra, en fin, en el capítulo XVII, 11, correspondería al recorrido de Efrén a Jerusalén para la última Pascua (Jn., XI, 55). Jesús habría entonces atravesado otra vez la Galilea, dirigiéndose a esta provincia por la Samaria (y tendríamos que traducir así a San Lucas, XVII, 11: «por medio de la Samaria y de la Galilea»), y volviendo a Judea por la Perea (Mt., XIX; Mc., X). Godet, del que tomo esta exposición (II, 4), critica como sigue semejante teoría: «No es posible conceder la menor verosimilitud a tal manera de ver: 1º Porque estos tres pasajes de Lucas no indican evidentemente, por lo menos en el pensamiento del escritor, tres salidas o viajes distintos. 2º La marcha del capítulo IX, 51, debió tener lugar con motivo de la misión de los setenta discípulos ejecutada con la publicidad mayor, y entonces no debería identificarse con la que refiere Juan (VII, 1) que se realizó como a ocultas. 3º La interpretación que da Wieseler del capítulo XVII, 11, no nos parece admisible.»

En su libro sobre los *Quatre Évangiles*, M. Levesque ha adoptado la misma hipótesis de tres viajes distintos, pero refiriéndose a otra época de la vida de Cristo: el primero sería el que Juan cuenta en el capítulo V (p. 126); el segundo habría que situarlo entre los Tabernáculos y la Dedicación (p. 136), y el tercero, que también lo relatan los otros dos sinópticos, es posterior a la Dedicación (142, cf. 63). Esta hipótesis la ha adoptado Chaume (R.B., 1918, 515, n.1), y Buzy (ib., 562) es más reservado.

Toda esta construcción nos parece efectivamente en extremo frágil, y choca con las primeras palabras de los capítulos que quieren explicar así: «Cuando estaban para cumplirse los días en que Jesús debía ser arrebatado del mundo, manifestó resueltamente su intención de subir a Jerusalén» (Lc., IX, 51): difícil es ver aquí el anuncio de un viaje anterior en dieciocho meses a la muerte de Cristo. Para evitar esta objeción, interpreta Levesque (p. 123): «Se ha de considerar esta advertencia como final de la tercera parte del ministerio galileo, y no como principio de la parte siguiente, según se hace de ordinario.» Parece, no obstante, que estas líneas se unen estrechamente con lo que sigue: «envió delante de sí mensajeros que se pusieron en camino», Y sobre todo, se ve uno obligado a recurrir a una serie de suposiciones difíciles de admitir, y que dan a todo el conjunto un carácter muy artificial, pues parece suponer que, por mantenerse fiel a su plan cuadripartito, Lucas ha omitido voluntariamente las indicaciones topográficas o cronológicas por él reunidas. «Para relatar estos viajes sin romper el plan cuadripartito consagrado por la catequesis, San Lucas recurre a un procedimiento curioso, que consistirá en referir los hechos, pero absteniéndose de dar el tiempo y el lugar que pudieran indicar muy abiertamente la presencia de Jesús en los alrededores de Jerusalén, o en Jerusalén mismo, antes de la última semana» (p. 66); y un poco después, interpretando el fragmento sobre la oración (XI, 1-13), M. Levesque escribe: «En vez de señalar el sitio, como lo hace de ordinario en la primera parte, San Lucas adopta una expresión vaga: *cum esset in quodam loco orans*. Este quodam loco es una imprecisión voluntaria como la de versos más arriba, en que en el *quoddam castellum* esconde a Betania» (p. 67). Parece muy difícil suponer que

el evangelista, al escribir así, haya tenido por fin ocultar el marco real por él reconocido de los hechos que refiere, y más probable se hace que esa indeterminación obedece a que los datos poseídos no le permiten precisar más.

No pretendemos, pues, fijar el tiempo o el sitio de los incidentes que el mismo Lucas no determina: sin duda que hay entre los episodios que relata buen número de rasgos que llegaron a él sin indicaciones de tiempo y lugar y que agrupó según su analogía con las materias que allí se tratan; no pretenderemos, según esto, restablecer el orden real. En cuanto a la salida hacia Jerusalén de que se habla en IX, 51, no la colocaremos antes, sino después de la fiesta de los Tabernáculos, anterior a la de la Dedicación; a San Juan, pues, hemos de pedir que nos sirva de guía.

Después de esto andaba Jesús por Galilea sin querer recorrer la Judea, por que los judíos trataban de matarle. Y estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los Tabernáculos. Dijéronle, pues, sus hermanos: Sal de aquí y ve a la Judea para que también tus discípulos contemplen las obras que haces. Porque nadie hace una cosa en oculto si quiere ser conocido. Ya que tú haces estas cosas, manifiéstate al mundo. Porque ni sus hermanos creían en él. Díceles Jesús: Mi tiempo no ha llegado aún, mas vuestro tiempo siempre está pronto. No puede aborreceros el mundo, pero a mí me aborrece porque doy testimonio de él, de que sus obras son malas. Vosotros subid a esta fiesta, que yo no subo todavía, porque aún no se ha cumplido mi tiempo. Y dicho esto se quedó en Galilea, Mas cuando subieron sus hermanos, subió él también a la fiesta, no manifiestamente, sino como a escondidas. Así que los judíos le buscaban en la fiesta y decían: ¿Dónde está aquél?; y había gran murmullo por su causa en la turba. Unos decían: Es bueno. Y otros: No, sino que seduce a la gente. Ninguno, con todo, hablaba de Él con libertad por miedo a los judíos. (Jn., VII, 1-13.)

Desde este primer párrafo, queda uno embargado por la vida y acción del relato: los hermanos del Señor, su ambición vulgar y su falta de fe, la multitud que se agita pasionalmente en su derredor y cuyas discusiones se escuchan llevadas a media voz por temor de los judíos; los jefes del pueblo, a los que Juan llama así, decididos ya desde ahora a matar al Salvador y, en fin, por encima de todo, Jesús mismo dominando los sucesos y marchando con paso firme a la muerte. Todo se nos presenta desde ahora a nuestra vista, y todo va a llenar la escena durante estos seis últimos meses. Conocemos ya a los hermanos del Señor de los que San Juan habla aquí. San Agustín se lo recuerda en estos términos a sus oyentes: «Entended esto de sus hermanos en el sentido que ya conocéis, porque no es expresión nueva para vosotros. A los parientes de la Virgen se les llama los hermanos del Señor.» Tenemos además en el alma aquel paso de los hermanos del Señor cuando vinieron a Cafarnaún para sacarle de su ministerio y llevárselo a Nazareth (supra I, pág. 231). Desde entonces, muchas predicaciones y muchos milagros debieron conmoverles; pero esta manifestación de Cristo estaba siempre templada con aquella reserva que se había impuesto por ley y que ellos no podían comprender. Si quiere darse a conocer, que se manifieste, decían con su buen sentido vulgar. Y con esta intención llegan a encontrar al Señor. Advierten que Jesús no se manifiesta ya en Galilea con la misma libertad de otras veces; el secreto en que está siempre como medio protegido, se hace más estricto; no atinan con el porqué de esta reserva, y quieren provocar una manifestación decisiva, algo semejante a la de los judíos, que van a decirle bien pronto en Jerusalén: «¿Hasta cuándo nos vas a tener así



suspensos?»

La respuesta de Jesús es misteriosa: «Mi tiempo no ha llegado aún.» Este tiempo es, en todas ocasiones para Él, el de su Pasión; para sus hermanos, el de la manifestación gloriosa, y en realidad, es uno y otra a la vez, pues por su muerte se manifestará Jesús y atraerá a sí todas las cosas. Esta gloriosa ostentación que los judíos procurarán a pesar suyo, no es aún tiempo de provocarla; Jesús se ocultará todavía; sus hermanos, que vayan, si quieren, ya que no puede aborrecerles el mundo ni arriesgar nada. En igual sentido dirá más adelante Jesús a sus Apóstoles:

Si os odia el mundo sabed que primero me odió a mí. Si fuerais del mundo amaría lo que es suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso os odia (XV, 18-19).

## **II.-LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS**

Esta solemnidad, a la que quisieron llevar a Jesús sus hermanos, era una de las más grandiosas del judaísmo. Josefo la llama también «la fiesta santa y grande por excelencia» (A.J., VIII, 4, 1, 100). Ya temprano, para el 14 de thishri (septiembre, o principios de octubre), llegaban los peregrinos que venían de las más apartadas regiones. Los viajes en esta época, acabadas ya las labores del campo, y cuando la temperatura comenzaba a ser apacible, resultaban más fáciles que para la Pascua, y más todavía que para la Dedicación. Por cualquier parte se ofrecían casas de albergue, y rápidamente veíanse elevar de todos los lados, en los patios y sobre las terrazas, cabañas de follaje. Los israelitas recordaban de este modo la memoria de sus padres, que por tanto tiempo habían vivido bajo las tiendas: «El olivo y el mirto, el pino y la palmera quedaban despojados de sus ramas; por las calles y en las plazas, en las terrazas de las casas y en las murallas de la ciudad, se levantaban refugios de ramaje, y durante una semana Jerusalén ofrecía el aspecto de una verde floresta». Para obedecer a aquel precepto: «Cogeréis el primer día el fruto de los árboles más hermosos, ramos de palma y de árboles de fronda, y sauces de las riberas, y os regocijaréis delante del Señor Dios nuestro» (Levit., XXIII, 40) cada israelita tomaba en la mano derecha un manojo compuesto de una palma y de varios renuevos de sauce y de mirto -esto era el loulab-, y en la izquierda el ethrog, una toronja o cidra. Se elevaban estos ramos y agitábase hacia los cuatro puntos cardinales, mientras se cantaba el Hallel. El regocijo era tanto más vivo cuanto que el gran día de la Expiación precedía inmediatamente a la fiesta de los Tabernáculos. En este bosque de verdura se divisaba únicamente la sombría masa de la torre Antonia; allí estaban los paganos a la entrada del templo, donde se portaban como dueños.

Las ceremonias tradicionales encerraban una significación simbólica que no sólo traía a la memoria los grandes recuerdos del pasado, sino que dejaban además presentir lo futuro: los setenta toros que debían sacrificarse representaban las setenta naciones paganas, y el agua, derramada en gran abundancia, simbolizaba la efusión del Espíritu Santo. Durante la noche estaba el templo iluminado; con el resplandor de la aurora, los levitas,

rodeando a los sacerdotes, avanzaban hasta la plataforma de quince peldaños que dividía el atrio de Israel del de las mujeres. Al primer canto del gallo, los dos sacerdotes hacían sonar por tres veces sus trompetas; sobre el décimo peldaño dejaban oír aún otro triple toque, y luego otro al llegar al atrio de las mujeres. Después, tocando todos sus trompetas, atravesaban este patio hasta la puerta Speciosa. Allí se detenían, y mirando al Oeste, hacia el santuario, exclamaban: «Nuestros padres, cuando estaban en este sitio, volvían las espaldas al santuario de Yavé y dirigían sus miradas al Este, porque ellos adoraban al Este al levantarse el sol; pero nosotros, nuestros ojos se alzan a Yavé, nosotros somos de Yavé.» Por este solemne juramento prestado en el umbral mismo del atrio de los gentiles, al que volvían la espalda, los sacerdotes, en nombre de la nación entera a la que representaban, prometían al Señor repudiar todas las supersticiones paganas y no adorar más que a Él.

Sin duda que estos gloriosos recuerdos se hallaban con frecuencia envilecidos por libertades, de las que la historia de la mujer adúltera nos ofrece un ejemplo, y estas protestas de fidelidad exclusiva al Dios de Israel se aunaban en muchos con la ciega obstinación que bien pronto va a dar pie a la repulsa y sentencia del Mesías; pero a pesar de todo, había una ceremonia augusta y santa y Jesús debió regocijarse al venir por última vez a tomar parte en ella con su pueblo.

Esta solemnidad duraba ocho días. Al principio de la fiesta, Cristo no estaba; llegó como a la mitad. No obstante, todo el mundo hablaba de Él sin atreverse a tomar partido manifiesto por causa de las disposiciones de los escribas, que aunque no habían condenado aún abiertamente a Jesús, pero manifestaban demasiado su hostilidad, que intimidaba a los otros. «Vosotros mismos-dice San Crisóstomo-os persuadiréis por todo esto de que los jefes están corrompidos, y que los subordinados juzgan rectamente, aunque no tienen ánimo para sostenerle». Hay aquí tal vez, cierto optimismo: en la época en que nos hallamos ya, y en Jerusalén, no es cierto que el pueblo todo entero estuviera ganado por Cristo, pero está averiguado que los jefes le eran casi todos hostiles.

Esta incertidumbre del pueblo ilumina la respuesta de Pedro en Cesarea de Filipo: entonces no refería a Cristo más que los sentimientos de los que decían «es un hombre de bien»; pero aun entre estos mismos, ¡qué ignorancia, qué incertidumbre! Más hay algo peor; hay quien dice: «es un seductor», como le llamarán los sacerdotes después de su muerte (Mt., XXVII, 63). Y no obstante, ¡son ya dos años de predicación y de milagros! Cirilo de Alejandría recuerda las palabras del salmo: «Gustad y ved cuán bueno es el Señor.» Pero para esto es menester tener paladar sano.

Dimidiada la festividad, Jesús se presenta en el templo y enseña. Aquí, como antes en Nazaret, el pasmo es idéntico. ¿Cómo sabe tanto sin haber estudiado?

Jesús se sirve de esta admiración para levantar a sus oyentes a un misterio más alto: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió...» San Crisóstomo, y sobre todo San

Agustín, desarrollando esta sentencia, prueban con ella la unión de Cristo con el Padre a la vez que su dependencia de Él: «¿Cuál es la doctrina del Padre sino el Verbo del Padre? Cristo es, según eso, la doctrina del Padre; El es el Verbo del Padre. Mas el Verbo debe ser necesariamente el Verbo de algunos; El dice que su doctrina es El mismo, y no obstante, no es suya, porque Él es el Verbo del Padre. ¿Qué hay, efectivamente, tan tuyo como tú mismo? ¿Y qué cosa tan poco tuya, si lo que eres es de otro?».

Y Cristo mismo nos invita a probar su doctrina para juzgarla: «Si alguno quisiere hacer la voluntad del que me ha enviado conocerá si la doctrina viene de Dios, o si yo hablo de mi cosecha.»

En el capítulo III, 21, se leía: «El que obra la verdad viene a la luz»; aquí se afirma una idea parecida, el criterio al que Cristo remite a sus oyentes es su experiencia: los que cumplen la voluntad de Dios juzgarán si la doctrina es de Dios. San Agustín lo expone como sigue:

¿Qué es esto de hacer la voluntad de Dios? Es hacer la obra que a Él le agrada, y la obra de Dios es creer en aquel que Él ha enviado (VI, 29); creer en El, no creerle; si creéis en El, le creéis, pero se puede creerte sin creer en Él... Nosotros creemos a Pablo, pero no en Pablo; creemos a Pedro, más no en San Pedro... ¿Qué es, pues, creer en Él? Es amarle creyendo en El, quererle creyéndole, y creyendo en El ir a Él, y ser incorporado en El. Mirad la fe que Dios exige de nosotros...; no una fe cualquiera, sino una fe que obra la caridad; que esta fe se vea en vosotros, y entonces podréis juzgar de la doctrina; ¿qué juzgaréis? Que no es mía, sino de aquel que me envió, esto es, juzgaréis que Cristo es el Hijo de Dios y su doctrina del Padre.

Se reconoce aquí la exposición que Cristo hacía en el sermón del pan de vida: el creyente que viene a Cristo le conoce y puede juzgar de su doctrina y dar testimonio de ella.

El siguiente argumento es menos urgente; como dice Maldonado, «*morale, non necessarium est*». Porque Cristo no busca su gloria, se prueba que es emisario desinteresado; inclina por ello a reconocer que es veraz, y que no hace más que transmitir el mensaje que ha recibido de aquel cuya gloria le preocupa exclusivamente.

Dadas así sus pruebas, arguye ahora Jesús por su parte: «¿Por qué me buscáis para matarme?» Desde esta fecha, sin duda, los jefes del pueblo habían comenzado ya a urdir la trama, aunque la turba lo ignorase aún y no viese en esta pregunta más que el efecto de una alucinación loca: los que saben más se callan, y la multitud responde entonces: «Eres un endemoniado.» Es el odioso insulto puesto en circulación por los escribas, y que no sorprende volver a oírle en Jerusalén.

Esta oposición de los judíos había quedado exasperada, sobre todo, con la curación del paralítico en aquel sábado, y por eso recuerda Jesús esta obra milagrosa, cuya memoria

estaba tan viva en Jerusalén, y se justifica con la autoridad de Moisés. En el único pasaje del código mosaico relativo a la circuncisión (Levi., XII, 3), no estaba previsto el conflicto con la ley del reposo sabático, y en la práctica, los judíos daban preferencia a la ley de la circuncisión sobre la del sábado. Cristo, ¿no tenía entonces derecho a sanar a un hombre en sábado? Además, que con esta curación habría a la vez dado salud a su alma y su cuerpo (cf. v. 14). No juzguen, pues, los judíos según la apariencia, mas según la realidad.

(25-26): Entonces decían algunos de Jerusalén: ¿No es éste a quien andan buscando para quitarle la vida? Ved que habla libremente y nada le dicen. ¿Por ventura han conocido de veras los magistrados que éste es el Mesías?

Estos que aquí intervienen son habitantes de Jerusalén, que mejor que los otros conocen los proyectos de los directores de la nación, y se admiran de ver al Señor hablando con tanta libertad en el templo. ¿Por qué le dejan hacer? ¿Han reconocido tal vez que es el Cristo? Se siente aquí la docilidad pasiva que sujetaba a los judíos a los escribas y fariseos; si ellos le hubieran reconocido, el pueblo en masa les hubiese seguido, y esto revela la inmensa responsabilidad de los jefes y hace comprender la indulgencia y compasión de Cristo para con el pueblo, que verdaderamente se encuentra como rebaño sin pastor. Sin embargo, la gente insiste: éste no puede ser el Cristo, porque de éste se sabe de dónde procede, pero el Cristo se ignora de dónde ha de venir. Trifón dirá más adelante a Justino (Dial., 8, cf. 110): «El Cristo, suponiendo que nazca y esté en algún sitio, es desconocido y no tiene conciencia de sí mismo, ni poder alguno hasta que Elías venga a ungirle y darle a conocer a todos. Más poderosa aún que estos sueños sobre el Mesías oculto era la impresión irreflexiva, pero en muchos irresistible, de que aquel esperado en el que descansaba toda la esperanza nacional no podía ser este hombre, cuyo humilde origen todos sabían, lo mismo que el de su familia y su pasado; era en otra forma la objeción de los paisanos de Nazaret: «¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José, de Judas y Simón; y sus hermanos no viven aquí entre nosotros?»

Para satisfacer a esta objeción tácita que no se le escapa, Jesús habla, no de su nacimiento en Belén; no se trata de eso, ni de su origen davídico, sino de su origen divino y divina misión: creen conocerle, creen saber de dónde es, y, no obstante, posee un origen y una misión que nadie sospecha, porque no conocen a Aquel de quien El procede y del que trae su encargo; «yo al contrario, yo sí le conozco». Afirmación soberana que muchas veces repetirá, y que es el primer principio de su argumentación contra los judíos en el evangelio de San Juan: «Vosotros no me conocéis, ni a mí ni a mi Padre; si me conocierais, conoceríais también a mi Padre» (VIII, 19). «Es mi Padre quien me glorifica, el cual vosotros decís que es Dios vuestro, y a quien no conocéis; y si yo dijere que no le conozco, seré, semejante a vosotros, un embustero» (VIII, 54-55). Es lo que en el mismo sentido dice San Mateo: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo» (XI, 27).

Esta afirmación de Cristo fué muy bien comprendida, por lo menos de sus adversarios, ya que por ella quisieron apresarle, pero no pudieron, «porque su hora no había llegado aún».

Más de la turba, muchos creyeron en él, y decían: «El Mesías, cuando venga, ¿hará más milagros de los que éste hace?».

Los que poco antes susurraban: es un hombre bueno, se atreven ahora a decir: ¿no será el Mesías?; pero lo corren bajo, siempre temerosos de sus jefes. Su argumento es el que encontramos en casi todo el Evangelio: las señales, ¿las hará con tanta abundancia el Mesías? No hablaban del paralítico de Bezatha, sino en general de los milagros realizados por Jesús. Verosímilmente, éstos no eran vecinos de Jerusalén, sino peregrinos de Galilea, que allá habían visto muchos prodigios de Cristo, de los que les duraba aún la admiración.

Esto es sólo un murmullo; pero escuchado por los enemigos de Jesús que están en acecho mandan su gente para prender a Cristo, aunque probablemente les dieron orden, no de apoderarse de Él a las inmediatas, sino de esperar la primera ocasión favorable; temían a la turba, como la turba les temía a ellos.

El Señor sigue estos pasos miserables, y no se inmuta: les advierte sólo que les va a dejar bien pronto. En seguida volverá a su Padre, y entonces le buscarán y no le encontrarán. Como siempre, los judíos, cuya impresión anota Juan, no entienden la advertencia de Cristo y se burlan repitiendo irónicamente: «¿Adónde va a ir éste que nosotros no podamos hallarle? ¿Va, tal vez, a marcharse a la Diáspora, y a los griegos?» ¡Esto no era para ellos más que una irrisión: un Mesías abandonando a su Israel por los gentiles!

Y este era, no obstante, el plan divino, y Juan lo observa con toda intención, igual que más tarde consignará la profecía inconsciente del sumo sacerdote anunciando que Jesús moriría por el pueblo.

Los Padres, en particular San Cirilo (745-748), han recordado en este pasaje las ceremonias de las fiestas, mostrando cómo el Señor las interpretaba, al elevar las figuras de la Antigua Alianza.

El rito de la libación está descrito en el Mischna: después del sacrificio un sacerdote, seguido de todo el pueblo, bajaba desde el templo a la fuente de Siloé; el ministro llenaba en esta fuente un ánfora de oro, y la vuelta de la procesión era saludada por tres toques de corneta: el primero y tercero, cortos; el segundo, prolongado. El sacerdote subía sobre el plano del lado sur del altar de los holocaustos, y se volvía a la derecha (al oeste); allí se encontraban dos vasos de oro agujereados, y vertía en uno vino, y en el otro el agua. Esta libación solemne era célebre durante los ocho días de la fiesta, aun en el mismo sábado, en el que no se celebraba la procesión y el agua se sacaba la víspera en Siloé.

Para interpretación de esta liturgia, será bueno recordar a Isaías, XII, 3: «Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador»; y toda esta solemnidad, en efecto, resplandecía de júbilo: «Quien no ha visto estas alegrías, no ha conocido en su vida un día de gozo».

Esta ceremonia de la libación traía a la memoria la roca del desierto en la que el pueblo calmó su sed, y este es el milagro apuntado en las palabras de Cristo más directamente aún que por el mismo rito del templo: aquí no había más que una libación; en el desierto, al revés, acercábanse y bebían; y a esto invita Cristo a todos los creyentes: «Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba.» El salmista, como lo recuerda San Cirilo, había dicho a Dios: «Los hijos de los hombres esperarán debajo de tus alas, y serán embriagados por las riquezas de tu casa, haciéndoles tú beber del torrente de tus delicias» (XXXV, 8); e Isaías (LXVI, 12): «He aquí que envío sobre ellos como un río de paz y como un torrente que se desborda.» Más expresamente, San Pablo volverá a tomar esta imagen de la roca: «Todos han gustado el mismo alimento espiritual, y todos han bebido la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que les seguía, y esta roca era Cristo» (I Cor. , X, 3-4).

Una vez más se advierte aquí cómo todas las figuras del Antiguo Testamento las recuerda e interpreta el Señor, en San Juan: el templo (II), la serpiente de metal (III), el maná (VI), la roca (VII), la nube (VIII) y, por fin, el cordero pascual (XIX).

En los discursos de los días precedentes, tal como el evangelista los anota, Jesús respondía a los ataques de sus enemigos; aquí prescinde de ellos, se dirige a los creyentes y, como a la samaritana, como a los judíos de Cafarnaún, les promete la vida, una vida eternamente brotando, bajo la figura del agua viva que saltará de su seno. San Agustín escribe (1.643):

El seno del hombre es su conciencia: cuando ha bebido este licor, su conciencia purificada revive, y sacando de allí, encuentra una fuente, o mejor, se transforma en fuente. ¿Qué manantial es éste y qué río es éste, que se desborda del pecho del hombre interior? Es la benevolencia por la cual quiere ayudar a su prójimo, porque si piensa que lo que bebe es sólo para él, entonces el agua viva no corre de su seno, pero si, al contrario, se preocupa de socorrer al prójimo no puede agotarse y entonces corre... Cada cual puede, según esto, conocer si vive de esto que bebe porque la fuente no nos deja si nosotros no la abandonamos.

Y San Crisóstomo:

Llama Jesús agua viva a la gracia porque ella obra siempre. La gracia del Espíritu Santo, cuando entra en un alma y toma allí asiento, brota con más fuerza que una fuente; no se agota ni se ciega. Y el Salvador, para indicar este don inexhausto y esta inefable energía, la llama fuente, y de ríos; no sólo fuente, sino fuente de ríos en número inefable; y llámala agua que salta, para indicar su fuerza y su ímpetu. Para entender bien lo que aquí se dice, hay que pensar en la sabiduría de Esteban, en la palabra de Pedro, en la fuerza de Pablo:

nada es capaz de contener su impulso: ni la cólera de los pueblos, ni la violencia de los tiranos, ni los ataques del demonio, ni las muertes diarias, sino como ríos arrastrados por una gran corriente lleváronse todo tras sí.

«Todavía no se había dado el Espíritu -añade Juan- porque Jesús no había sido aún glorificado» Sólo después de su resurrección dirá Jesús a sus Apóstoles: «Recibid el Espíritu Santo.» Sin duda que el Espíritu se había ya dado a los profetas del Antiguo Testamento, a Simeón, a Ana y a Juan el Bautista; pero como lo explica el Crisóstomo, el Espíritu sólo se había dado a unos pocos sin la abundancia de carismas que resplandece al principio del cristianismo, y sin el poder de comunicárselo a otros.

Durante estos días los discursos de Cristo no han sido estériles: la opinión de los que le son favorables se afirma cada vez más y ya no se contentan con decir: «este es hombre de bien», sino repiten: «es el profeta, el Cristo». Todas estas opiniones contradictorias que refería Pedro en Cesarea de Filipo, se las ve chocar aquí. Los que no creen objetan el origen de Jesús: El primer día ya exclamaba Natanael: «¿De Nazaret puede salir cosa buena?» Ahora recuerdan éstos las promesas hechas a David. Juan no da respuesta a sus objeciones, bien al contrario, ha querido concluir que ignoraba su nacimiento en Belén: «Es extraño que haya quien deduzca de este pasaje que el autor del evangelio no conocía el nacimiento de Cristo en Belén. El transcribe sencillamente las palabras de la turba, que ciertamente ignoraba esta natividad (cf. Luc., V, 23), y se da en este hecho una trágica ironía, pues la condición que a Jesús oponían los arguyentes, quedaba en realidad cumplida» (Westcott).

Entre todas estas discusiones apasionadas, los emisarios no se atreven, no pueden hallar la ocasión buscada para prender a Cristo, y se vuelven diciendo: «Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre». San Crisóstomo ve en estas palabras la confesión del afecto sincero de una conversación: tal vez sea demasiado: estos hombres han experimentado el ascendiente de esta voz incomparable, como sucedió con frecuencia a las turbas, y se sienten sobrecogidos. Los jefes les reciben burlescamente y como argumento decisivo les oponen su ejemplo. En esta fase decisiva de la vida de Cristo es cuando mejor aparece la terrible responsabilidad de fariseos y sacerdotes. San Cirilo (708-709) recuerda a Jeremías, X, 21: «Porque los pastores se han extraviado y no han buscado al Señor, el rebaño entero ha quedado disperso y sin saber qué hacer.» Ahora el pueblo se nos presenta con los ojos puestos en sus directores, les pregunta y trata de interpretar su actitud, presto a creer cuanto les vea creer, pero los dirigentes se aíslan, desprecian y condenan.

Nicodemo prueba de intervenir tímidamente y se le remite a las Escrituras; no se discuten los títulos de Jesús ni sus pretensiones; que se le juzgue y condene por su origen: es galileo. Una vez más, la sabiduría del mundo condena como locura la Sabiduría de Dios.

### **III.-LA MUJER ADÚLTERA (Jn., VII, 53; VIII, 11)**

Esta historia tan familiar a la piedad cristiana y tan conmovedora origina muy graves problemas críticos. Si se abre el comentario de los Padres griegos que interpretan el evangelio de San Juan, el Crisóstomo o San Cirilo de Alejandría, se advierte que pasan directamente del capítulo VII, 52, al VIII, 12: diríase que no sospechan siquiera la existencia de esta perícopa: Tertuliano y San Cipriano parecen no haberla conocido tampoco, pero San Ambrosio y San Agustín la tienen por auténtica. El testimonio de los manuscritos es también vario; los mejores códices griegos no la registran; sin embargo, se halla en el D y en otros antiguos griegos o latinos, y los que la conservan no la colocan en el mismo puesto. Algunos la llevan como apéndice al final del evangelio, otros, después del capítulo VII, 36, antes de la fiesta de los Tabernáculos, y otros, en fin, la ponen en San Lucas. Esta incertidumbre de la tradición ya fué observada en la antigüedad, y San Agustín la explica por el temor de abusar, con el ejemplo del Señor en absolver demasiado fácilmente el adulterio. El decreto del concilio de Trento sobre la integridad de las Escrituras incluye ciertamente a este pasaje: «Es menester, pues, admitir -escribe Knabenbauer-, que esta perícopa pertenece a la Escritura inspirada, pero que haya sido escrito por San Juan no está definido en modo alguno».

No vamos a proseguir la discusión, pues para la historia de Cristo que escribimos este episodio de la adúltera tiene en toda hipótesis un valor cierto, y esto basta para justificar el uso que hacemos.

Los sinópticos mencionan muchas veces el monte de los Olivos en la última parte de la vida de Cristo (Mt., XXI, 1; XXIV, 3; XXVI, 30; igual San Marcos y San Lucas). San Juan no le nombra en parte alguna, pero sin llamarlo por el nombre, habla también del jardín situado en el lado de allá del Cedrón donde Jesús se dirigía frecuentemente con sus discípulos (XVIII, 1-2). A él, sin duda, se retiró por la noche Jesús. A la mañana volvió al templo, dando principio otra vez a su enseñanza; la turba acude, Cristo se sienta y la instruye, cuando en esto le traen una mujer sorprendida en adulterio.

El intento de los adversarios del Señor es claro: ponerle en un conflicto, o con la ley de Moisés, o con el sentimiento popular; es un lazo que le tienden, como tantos otros, en las últimas semanas de su vida. Están empeñados en arruinar su influjo, y el fracaso de todas estas tentativas les conducirá a medidas de violencia.

Cristo adivina su juego y le desprecia: queda inclinado a la tierra en la actitud en que le han encontrado, y escribe. En otra ocasión, a un hombre que vino a pedirle distribuyera la herencia entre su hermano y él, respondióle Jesús: «¿Quién me ha hecho a mí juez vuestro?» (Lc., XII, 13-14). Ahora también descarta la cuestión que le proponen: no ha de juzgar El de la falta de esta mujer ni va a decidir de su suerte. Los fariseos insisten, y entonces Jesús corta con una palabra el debate: «Quien de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra.» Los acusadores, sintiéndose cogidos y no pudiendo proseguir la cuestión en un terreno semejante, lo soslayan, y los más ancianos, mostrándose más avisados, se retiran los primeros. Jesús se encuentra entonces con la pecadora: «¿Adónde se



fueron? ¿Nadie te ha condenado? Yo tampoco te condenaré. Vete y no peques más.»

San Agustín se complace en dar a conocer en esta escena «la miseria y la misericordia» solas la una frente a la otra: ha sido también él quien ha observado justamente que la sentencia de Cristo era misericordiosa para el hombre e implacable para el pecado y todo está muy bien, pero cualquier análisis no puede menos de alterar la exquisita sencillez del relato. Jesús aparece aquí, como siempre en el Evangelio, tan misericordioso con los hombres, que ellos se escandalizan, pero a la vez, también, soberano dueño de las almas y de la Ley: Con una frase perdona las ofensas más graves, por ser El contra quien se comete la sinrazón, el acreedor único de todos los pecadores. Puede absolver con una palabra, porque en un instante puede purificar un alma y rehabilitada; mas los hombres han de tomar seguridades contra las recaídas demasiado probables, y no pudiendo sanar el alma, ni siquiera conocerla exactamente, exigirán al pecador el levantarse y dar de ello pruebas. Todo esto es superfluo para Aquel que lee en los corazones y que les forma: «Hoy estarás conmigo en el paraíso», ha de decir al ladrón sobre la cruz; ahora, lo mismo, con una sola palabra absuelve a la pecadora y la levanta.

#### **IV.- JESÚS, LUZ DEL MUNDO (VIII, 12-20)**

La doctrina expuesta en este pasaje por el Señor es continuación de aquella referida en el capítulo VII: Jesús no hace su apología, expone sólo su misión. El motivo se lo dan los símbolos del judaísmo, por los cuales revela su naturaleza y su actuación.

Se ha terminado la fiesta de los Tabernáculos, la turba se dispersa y Jesús sólo tiene ya ante sí oyentes de Jerusalén en el atrio de las mujeres donde se despliegan las brillantes iluminaciones de la solemnidad; pero no es menester recordar esta circunstancia para poder comprender las palabras de Jesús: «Yo soy la luz del mundo.» «Luz» era uno de los nombres del Mesías y en este sentido hay que interpretar a Isaías, LX, 1: «Levántate y brilla, porque tu luz viene»; más claramente aún en el capítulo XLIX, 6, el profeta hace avisar de parte de Yavé a su siervo: «Poco es que tú seas mi siervo para rehabilitar las tribus de Jacob y reunir las reliquias de Israel ; mira que yo te he puesto como luz de las naciones para que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra.» Simeón, en el templo, había ya aplicado a Cristo esta profecía: «Mis ojos han contemplado la luz que tú preparaste delante de todas las naciones, luz para alumbrar a las gentes, y gloria de Israel tu pueblo» (Lc., II, 30-32). Y Cristo a sus discípulos: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt., V, 14). Los Apóstoles, San Pablo, y sobre todo San Juan, usarán la metáfora para aplicársela, ya a los cristianos (Phil., II, 15), ya también a Dios mismo (I Jn., I, 5).

Esta instrucción no reviste el carácter solemne de la precedente: el evangelista presentaba entonces a Jesús el último día de la fiesta de pie y llamando a grandes voces, como lo había hecho antes la Sabiduría. Aquí es un coloquio con los que le rodean.

Yo soy la luz del mundo; quien me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (VIII, 12).

Desde estas primeras palabras los fariseos le detienen:

Tú das testimonio de ti mismo y tu testimonio no es verdadero.

Su argumentación es de legistas preocupados con las formas legales. Se lee en el Mischna: «Ningún hombre puede darse testimonio a sí propio.» Este es el axioma de derecho que los fariseos oponen a Jesús. La respuesta del Señor es doble: elimina la cuestión de forma y responde que en realidad El se conoce y que sólo El se conoce y que solamente, por consecuencia, El está en disposición de dar testimonio ele sí mismo:

Aun cuando así sea que yo testifico de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vine y a dónde voy, pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne y yo no juzgo a nadie: y aunque juzgue, mi juicio es verdadero, porque no soy solo, sino yo y el Padre que me envió.

Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero: yo soy quien atestiguo de mí mismo, y atestigua de mí el Padre que me envió. Decíanle, pues: ¿Dónde está tu padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si me conocierais a mí, también conoceríais a mi Padre (14-19). Es lo que ya decía Jesús a Nicodemo: «Lo que sabemos, hablamos, y lo que hemos visto atestiguamos, y no recibís nuestro testimonio. Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre» (III, 11, 13).

Este testimonio de Cristo es luminoso, es la luz del mundo, pero «la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han podido comprender». Todos los demás testigos, así lo explica San Agustín en este punto (1.660), han recibido de esta luz, llámese precursor o profeta, pero, porque nosotros mismos estamos en la noche y nuestros ojos son demasiado débiles para resistir la claridad, debemos guiarnos por estos reflejos. Supongamos que un pagano nos pregunta: ¿Quién es Cristo? Le contestamos: Aquel que anunciaron los profetas. ¿Qué profetas? Citamos a Isaías, Daniel, Jeremías y demás. Respóndenos: Estáis inventando. No, sus libros están en manos de los judíos. Así las antorchas dan testimonio del día por causa de nuestra debilidad que no puede soportar la luz del día: y nosotros, también nosotros, somos muy débiles, y por eso nos dice Pedro: «Tenemos más segura la palabra profética, a la cual hacéis bien en prestar atención como a lámpara que alumbrá en lugar caliginoso, hasta que raye plenamente el día y el lucero de la mañana amanezca en vuestros corazones.»

Pero cuando Cristo aparezca, teniendo delante esta gran luz, no serán necesarios los hachones; no se leerán más los Profetas, ni se abrirá más el libro de los Apóstoles, no buscaremos el testimonio de Juan, ni tendremos necesidad del Evangelio. Habéis sentido el rocío, estáis en la fuente; un rayo deslizándose oblicuamente por una hendidura ha caído hasta las tinieblas de vuestro corazón y ahora veis la luz. Yo voy a dejar este libro, y vosotros os vais cada uno a vuestra casa. Hemos gozado juntos de esta luz, nos hemos alegrado y estremecido de gozo; nosotros nos apartamos ahora los unos de los otros, de la luz, jamás.

La página admirable copiada aquí no es una mera aspiración religiosa, sino una

interpretación excelente del evangelio que comentamos; quien demanda sus pruebas a Cristo, sobre todo en San Juan, no le da otras que su testimonio y sus obras, a las que todas las otras se reducen :

(V, 33): Vosotros, exclamaba Jesús más arriba, enviasteis legados a Juan, y dió testimonio a la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre, mas digo esto para que vosotros os salvéis. Aquél era la lámpara que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis por una hora regocijaros con su luz. Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan: porque las obras que el Padre me ha encargado llevar a cabo, las mismas obras que hago, dan testimonio de mí, que el Padre me envió. Y el Padre que me envió dió testimonio de mí.

Ahora aparece idéntico movimiento de ideas: Cristo une en seguida al testimonio que El da de sí, el testimonio de su Padre, y lo utiliza para demostrar a los fariseos que no está solo, y que efectivamente presenta la doble testificación que le exigen. Por lo demás, esto sólo es una ocasión que aprovecha para volverles a este testimonio del Padre, garantía soberana. Se puede entender de las obras milagrosas que el Padre obra por su Hijo, como acaba de recordarlo en el capítulo V, 36, pero este apartado distingue aún el testimonio del Padre, de este otro de las obras: hay aquí, en realidad, algo más que estos milagros que se ven y que se tocan y es el testimonio íntimo del Padre: El reveló al Hijo a Simón Pedro (Mt., XVI, 17) y El le trae los creyentes (VI, 44). El Hijo posee esta ciencia infinita que le viene del Padre, como todo su ser, cuyo objeto además es el Hijo mismo, a quien el Padre conoce totalmente (Mt., XI, 27) y comunica este conocimiento; cf. V, 32: «Hay otro que testifica de mí, y yo sé que su testimonio es verdadero», y en el mismo sentido decía Jesús poco antes (VII, 16): «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió».

Díjoles Jesús de nuevo: yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado y a donde yo voy no podéis venir vosotros. Decían los judíos: ¿Se quitará a sí mismo la vida para decir: a donde yo voy no podéis venir vosotros? Y les decía: Vosotros sois de la tierra, yo soy de arriba; vosotros de este mundo, yo no soy de este mundo. Por tanto, os dije que moriréis en vuestros pecados, porque si no creyereis que yo soy, moriréis en vuestro pecado. Decíanle: ¿Tú quién eres? Díjoles Jesús: Ante todo, ¿por qué os hablo? Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y muchas tengo que juzgar, pero el que me envió, veraz es, y lo que oí de él eso hablo al mundo. No cayeron en la cuenta de que les hablaba del Padre. Díjoles Jesús: Cuando levantareis en alto al Hijo del Hombre, entonces conoceréis quién soy yo y que no hago nada de mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Y el que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre las cosas que le agradan. Como dijese estas cosas, muchos creyeron en él (21-29).

San Agustín, comentando estos versículos, recuerda a sus oyentes los símbolos que distinguen a los cuatro evangelistas: San Juan es el águila: «Ved -exclamó- cómo ha debido decir cosas sublimes el que se le ha comparado al águila; y, sin embargo, nosotros que nos arrastramos por la tierra, tan débiles, que ni siquiera suponemos entre los hombres, nos atrevemos a explicar y exponer estos textos, y creemos que los podemos comprender cuando los meditamos, o hacernos entender de vosotros cuando los exponemos.» Y prosigue en seguida: «Me dirá entonces alguno de vosotros: dejad el libro; ¿por qué tomar en las manos lo que supera vuestras fuerzas? A esto digo que hay muchos herejes... y en sus errores han propuesto a los fieles cuestiones importunas, y las almas se han turbado, y ha sido necesario que los hombres espirituales que comprenden alguna cosilla de la divinidad

de Nuestro Señor combatan con las armas de Cristo las del diablo.» Si San Agustín necesita excusarse antes de comentar estos discursos de Cristo, ¡cuánto más hemos de hacerlo nosotros! Nuestra disculpa será la suya para cumplir nuestro oficio. Es cierto que este capítulo VIII de San Juan es tal vez el más difícil y el más sublime de todo el Evangelio; por eso, el comentario de San Agustín, que es admirable, ha de guiarnos a través de estos abismos.

En las primeras frases, no obstante, nos separamos de su interpretación: El entiende la frase de Cristo «vosotros me buscaréis» como si se tratase de persecución hostil de los judíos buscando a Cristo para la muerte, y parece más probable que se trata del esfuerzo desesperado de aquéllos que, habiendo perdido a su Salvador, buscan en vano alcanzarle. No es que Jesús quiera condenarles, pero es menester que crean en El y faltando esta fe, morirán en sus pecados. Ellos son, efectivamente, de otro mundo que Él; El es de arriba y ellos de la tierra, y para hacerles pasar de un sitio al otro no hay más que la fe, sin la cual se quedarán siempre acá abajo, lejos de este Salvador que será inaccesible para ellos. Esta oposición habíala ya indicado Jesús en su conversación con Nicodemo: «Nadie ha subido al cielo sino el que descendió del cielo»; y añadía: «y como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así es menester que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna». En este nuevo coloquio vuelve al mismo pensamiento: «Cuando pongáis en alto al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo lo soy»; sin duda, que aun entonces será necesaria la fe, pero quien crea en El tendrá la vida eterna y conocerá al Hijo del Hombre.

Mientras Jesús les habla en el templo, están tan lejos de este conocimiento que le preguntan: «¿Quién eres tú?» La respuesta del Señor se ha interpretado en sentido diverso. Los latinos han traducido con frecuencia después de la Vulgata: «(Yo soy) el principio, yo mismo, el que os hablo.» El texto griego no da este sentido, y las palabras son una locución adverbial que significa «al principio», «primeramente». San Crisóstomo las interpreta así: «Vosotros sois del todo indignos de entender mis palabras, y mucho más aún de saber quién soy yo.» Igualmente también San Cirilo de Alejandría: «He sido deshonrado por vosotros, aunque yo no os hablo más que por vuestro bien...; debía detenerme aquí, ya que he comenzado a hablar...»; Y cree que admite aún esta explicación: «Yo no debía haber comenzado a hablaros, sino más bien reservar mis sermones para aquellos que están dispuestos a aprovecharse.» Todas estas interpretaciones suponen el mismo sentido; una especie de interrogante desolada: ante todo, ¿por qué os he comenzado a hablar?».

Estas afirmaciones de Cristo y este testimonio que se da no quedan sin efecto porque muchos creyeron en El, pero con una fe tímida y vacilante.

El discurso de Cristo reproducido aquí por San Juan (31-47) sigue un movimiento paralelo a aquel del sermón sobre el pan de vida. Entonces los galileos habían quedado convencidos en un principio por el milagro de la multiplicación de los panes, pero no pudiendo soportar la alta doctrina que Jesús les exponía sobre su origen celestial y sobre la

vida que da a los hombres, se alejaron escandalizados. Aquí los judíos también se conmueven en gran número por los discursos del Señor y creen, pero es con una fe superficial: la palabra no ha penetrado en ellos; por esto, cuando Jesús les propone su doctrina, se estrellan contra ella, y la adhesión precaria acaba por una oposición violenta. Este conflicto, además, esclarece poderosamente la historia de Cristo y su enseñanza.

Las primeras frases son ya reveladoras: «Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois de veras discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará».

¿Qué he de decir a vuestra caridad? ¡Oh, si nuestro corazón aspirase aunque sólo fuese un poco a esta gloria inefable! ¡Oh, si nosotros sintiésemos, llorando, que somos peregrinos! ; ¡si no amáramos este mundo y llamásemos sin tregua cori alma piadosa a la puerta del que nos convida! Nuestro deseo es nuestro corazón. Recibimos en nosotros a Dios, si extendemos este deseo cuanto podemos; ¡amadle, pues, conmigo! Quien ama a Dios, no quiere mucho al dinero. ¡Ay!, que al hablar así he sentido mi debilidad y no me he atrevido a exclamar: no quiere el dinero, sino: no quiere mucho al dinero, como si las riquezas merecieran amarse. ¡Oh, sí amáramos a Dios como El se lo merece, no desearíamos las riquezas!... ¡Si sois de éstos, levantad vuestro corazón y vosotros que podéis, escuchadme! Si sois de éstos, llegaréis a sus promesas. No está fuera de vuestro alcance, porque su mano es poderosa, y os llama. (San Agustín)

Estas ardientes aspiraciones elevan todos los corazones cristianos, pero los judíos a quienes Jesús habla no comprenden este lenguaje y se indignan: «Somos descendencia de Abrahán, y a nadie hemos servido nunca; ¿cómo dices ahora, seréis hechos libres?» El debate que comienza a enzarzarse de este modo, recaerá por completo sobre esta posteridad de Abrahán de la que los judíos se jactan sin motivo. En el sermón sobre el pan de vida oponíanle a Moisés como gran taumaturgo y gran legislador de Israel; aquí es el padre de Israel, Abrahán. Ya el Precursor había tenido que combatir las pretensiones de los judíos: «No digáis: tenemos por padre a Abrahán, porque yo os aseguro que Dios puede suscitar de estas piedras hijos de Abrahán (Mt., III, 9). Más tarde San Pablo establecerá, por su parte, que Abrahán es el padre de los que creen, sean judíos o gentiles, circuncisos o incircuncisos (Rom., IV, 11). Esta doctrina, que debía más adelante sublevar a los judíos, no les extraña menos ahora cuando Cristo la promulga con una autoridad más soberana aún que la que pudiera darle el Precursor o el Apóstol.

Desde la primera frase define claramente su posición: «El que hace el pecado es siervo del pecado.» La libertad de que se habla no es herencia de nacimiento, sino una disposición moral que se juzga por las obras que se hacen y que se desarrolla igualmente por ellas. Esta idea, de que todo hombre de bien es libre y el malvado esclavo, es una de las tesis familiares del estoicismo, y los moralistas del Pórtico, por ejemplo, Filón, desarrollaron a porfía este tema. Pero lo que caracteriza el pensamiento de Cristo es que prometa la libertad a los que le siguen y reciben su palabra. No intenta provocar un movimiento espontáneo del alma que bastaría para libertarse ella misma, como lo soñarán, andando los años, los pelagianos discípulos del estoicismo; pero si el alma no es suficiente para librarse ella sola, el Hijo de Dios lo puede. Agustín recuerda cómo los hombres libres,

hechos esclavos por una violencia injusta, recurren a la Iglesia y suplican al obispo que les dé la libertad a la que tienen derecho.

Huyamos todos así hacia Cristo -exclama-; recurramos contra el pecado a Dios, nuestro libertador; supliquémosle que nos redima y que nos rescate por su sangre. Porque el Señor nos dice: fuisteis vendidos gratuitamente, y seréis rescatados sin dinero (Is., LII, 3). Porque el precio no lo pagaréis vosotros, sino yo, dice el Señor; El ha pagado este precio, no en plata, sino con su sangre.

La polémica se prosigue y se exaspera, y los judíos repiten con indignación que son hijos de Abrahán, y que tienen a Dios por padre. Jesús les contesta que ellos no ejecutan las obras de Abrahán ni reciben la palabra de Dios, y, por consiguiente, su padre es el diablo. Entre las respuestas de Cristo se notará particularmente este desafío: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?» Si sus contrarios son esclavos, es que hacen el pecado; si El mismo pudiera ser convencido de pecado, El, al presentarse como libertador, destruiría toda la argumentación; pero les desafía a que le convenzan. Y proponer un reto parecido en estas circunstancias, a los que termina de llamar hijos del diablo y que van a responderle que él es un endemoniado, indica en Jesús una seguridad muy firme, todavía más reveladora que el desafío: mucho mejor que sus adversarios posee el sentido del pecado, y proclamarse exento, demuestra una seguridad incomparable.

Replicaron los judíos y le dijeron: «¿No decimos bien que eres samaritano y que tienes demonio? Jesús les respondió: Yo no tengo demonio sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis a mí. Pero yo no busco la gloria mía: hay quien la busca y juzga» (48-50).

En su primera carta, propone San Pedro a sus fieles el ejemplo de Cristo: «El que no hizo pecado ni se halló dolo en su boca, quien baldonado no respondía con baldones y maltratado no amenazaba sino que encomendaba su causa a Aquel que juzga rectamente» (II, 22-23), Esta mansedumbre de Cristo ante las peores injurias aparece particularmente en este relato: «Tú eres un samaritano y un poseso», le gritan; El se remite a Dios que juzga justamente, y que ha tomado en sus manos su causa. Sin duda que El se da testimonio a sí mismo, pero sólo según lo que su Padre le inspira: este impulso, que le guía en todo, es la regla de su manifestación a los hombres, y en este sentido verdaderamente pertenece al Padre la iniciativa de esta manifestación del Hijo; El lo revela a los hombres y testifica de Él. Y quien reciba este testimonio hallará la vida eterna. Este es el gran don del Hijo de Dios prometido solemnemente, sobre todo en el discurso del pan de vida; los hombres incrédulos se estrellaron allí y hoy se escandalizan otra vez. Y su escándalo es siempre el mismo. La samaritana decía: «¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob?» Los judíos de Cafarnaún le oponen Moisés y el maná. Los de Jerusalén razonan igual: «Abrahán murió y los profetas murieron: ¿eres tú más grande que ellos? ¿Quién pretendes ser?»

La única respuesta de Cristo es remitirse al testimonio de su Padre, y en vista de esta ceguera de los judíos que no conocen al Padre ni aceptan su testimonio, Jesús siente profundamente la fuerza y la felicidad de este conocimiento total que El posee: «Y si dijere que no le conozco, seré semejante a vosotros, un embustero; pero le conozco, y guardo su palabra».

En una discusión precedente había concluido Jesús: «No penséis que yo os he de acusar ante el Padre; hay quien os acusa y es el mismo Moisés, en quien vosotros habéis puesto la esperanza. Porque si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque él escribió de mí» (V, 45-46). Aquí hay el mismo movimiento de pensamiento, más atrevido aún: en toda esta discusión no es ya Moisés, sino Abrahán a quien se acogen los adversarios de Cristo, y esto es desconocerle e injuriarle. «Abrahán, padre vuestro, se alborozó por ver mi día, le vió y se gozó.» En la Transfiguración, el Señor quiso hacer ver a sus Apóstoles que los padres del judaísmo, Moisés y Elías, contemplaban su gloria y se regocijaban; hoy afirma lo mismo de Abrahán; Abrahán no aparecía delante de los judíos para confundirles, pero Jesús les hace conocer que ha visto su venida y se ha alegrado: Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, porque por El todos viven.

Oyendo tal afirmación, los judíos se indignan y no la comprenden más que a medias: «¿No tienes aún cincuenta años y has visto a Abrahán?».

Frente a esta señal de ceguera, la afirmación de Cristo se hace más explícita: «Antes de haber venido Abrahán al ser, yo soy.» Pesad las palabras, dice San Agustín, y comprended el misterio. Comprended que este «venir al ser» se refiere a la creación del hombre que comienza a existir, y «yo soy», significa la sustancia divina. Cristo no dice: yo era, sino: yo soy, significando así la eternidad de su ser. Los judíos gritan contra el blasfemo y cogen piedras; mas Jesús se retira. «Hubiera podido -observa San Agustín- sumirlos en el infierno; era fácil para Dios, pero quiso dar un ejemplo de paciencia antes que hacer una manifestación de poder.»

## **V.-EL CIEGO DE NACIMIENTO**

En las discusiones precedentes hemos escuchado la resonancia del milagro de la piscina de Bezatha, y por el nuevo milagro que va a realizarse ahora se provocará una emoción más viva entre los amigos y enemigos del Señor.

Los enfermos pedían frecuentemente limosna a la puerta del templo (Act., III, 2), y allí parece que encontró Jesús al ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntan en seguida, y su interrogatorio indica bien el prejuicio al que estaban hechos los judíos: «¿Quién ha pecado, él o sus padres?».

Cristo amplía el horizonte de sus discípulos: la enfermedad no es un castigo ciegameamente enviado por Dios, sino ocasión de un bien grande y de una manifestación de gloria, y de nuevo les recuerda lo que termina de enseñar; El hace las obras de su Padre (VIII, 28-29), es la luz del mundo (VIII, 12), afirmación solemne que va a sellar el milagro.

Escupe en tierra, hace lodo con su saliva y unta los ojos del ciego. Ya hemos referido un hecho parecido en San Marcos (VIII, 23); para sanar el ciego de Bethsaida, Jesús mojó con saliva sus ojos y le impuso las manos. Como lo observamos entonces, este empleo de la saliva era mirado entre los judíos como un remedio, tanto que lo prohibía el sábado. Se entiende sin decirlo que nadie esperó nunca curar así a un ciego de nacimiento, pero el Señor despertaba con ello la fe y la esperanza del enfermo, al mismo tiempo que manifestaba la virtud vivificante de su santa humanidad.

Envía al ciego a la piscina de Siloé. Esta fuente era para los judíos un manantial santo. Isaías (VIII, 6) la contrapone así al Éufrates: «Porque este pueblo despreció las aguas de Siloé que corren mansamente, y tomó antes a Rasín y al hijo de Romelía, el Señor hará venir sobre ellos las corrientes impetuosas y abundantes del río, que rebosarán sobre sus cauces y correrán por todas sus orillas...» Durante la fiesta de los Tabernáculos, cada día, fuera del sábado y del primer día de la festividad, el sacerdote iba a sacar allí agua, que llevaba en seguida en procesión al templo para hacer las libaciones solemnes, y estas aguas son las que sugirieron a Cristo el símbolo de las aguas vivas que brotarán del seno de los creyentes. En fin, como lo advierte aquí San Juan, el nombre de Siloé, el enviado, era simbólico: representaba a Aquel que en todos estos discursos se da con insistencia por el Enviado del Padre.

El hombre va a la piscina de Siloé, se lava en ella y queda curado. Entonces se produce en su derredor un gran sobresalto; los unos dicen: «Es el mendigo que ha quedado sano»; otros: «No, es uno parecido.» El repetía: «Yo soy.» «¿Cómo te has curado?» «El hombre que se llama Jesús ha hecho lodo, y me ha untado los ojos, y me ha dicho: Vete a Siloé y lávate. Yo he ido, me he lavado, y ahora veo.» «¿Dónde está este hombre?» «No lo sé.»

En este relato admirable, natural y dramático se siguen detalle por detalle los pasos de Cristo y del ciego. Este hombre no es un creyente; sabe que quien le ha curado se llama Jesús; no conoce más. Es, poco más o menos, el caso del paralítico de Bezatha, que ni sabía quién le había sanado (V, 13); uno y otro milagro son refractarios a la teoría de la «fe que sana». En los dos casos también desaparece Jesús, pero el prodigio habla, la turba se conmueve y los fariseos hacen la averiguación. Estas diligencias aparecen descritas con una precisión que deja seguirlas en todos los detalles (IX, 13-23).

Y al escoger de nuevo un sábado para esta curación prodigiosa, tenía Jesús una intención marcadísima: acometer de frente, en Jerusalén y en el templo, la casuística rabínica, pero autorizando el paso por un milagro. Para los más obstinados de sus adversarios, el portento estaba ya anteriormente condenado; la doctrina le juzgaba; los otros se decían: «¿Si este hombre fuera violador del sábado, podría hacer tales milagros?» Había, pues, escisión en el seno mismo del Sanedrín; hablando más propiamente, el conflicto



rompía en cada una de las conciencias, entre la tradición venerada al par de la Ley y la evidencia de la obra misma.

Desde luego, no quieren creer: ¿es evidente que este hombre ha sido ciego de nacimiento y que se le ha curado así? Se le hace venir, pues su palabra no basta aún, y se manda comparecer a sus padres. En su respuesta se comienza a notar la resolución tomada por los judíos y su efecto: quien reconozca a Jesús por Mesías será arrojado de la sinagoga. Esta excomunión era una pena terrible. Para gente pobre, y por consiguiente, colgada de otros como eran los padres del ciego, el castigo resultaba aún más terrible. No se atreven a hablar, y se escabullen: su hijo tiene ya edad para explicarse, que le pregunten. Le hacen presentarse otra vez.

Los fariseos le conjuran en nombre de Dios (cf. Jos., VII, 19; I, Esar., IX, 8) y al mismo tiempo que procuran intimidarle, interponen su autoridad de doctores: «Estos son -escribe Loisy-los jueces que reclaman la verdad con juramento, dictando al testigo la deposición que desean escuchar.» Cuentan con que su ascendiente sobre un mendigo tiene que ser irresistible. Pero su malvada fe es muy clara y el hombre resiste: «Si es pecador, yo no lo sé; lo que puedo asegurar es que me ha curado.»

Entonces le preguntan de nuevo sobre su curación, con la esperanza de que se contradiga o puedan lograr de él tal confesión de detalle que permita interpretar el conjunto como un fraude, o como una curación natural. Impacientado el hombre por todas estas maniobras, responde vivamente: «Ya os lo he dicho; ¿para qué queréis oírlo otra vez? ¿O es que deseáis haceros sus discípulos?» Esta salida irónica les hiere en lo vivo, y responden con una altivez orgullosa: «Tú serás su discípulo; nosotros lo somos de Moisés.» Y valiéndose otra vez de su ciencia y de su autoridad de doctores: «Nosotros -le dicen-sabemos que a Moisés le habló Dios, y éste no sabemos de dónde es.» Ahora no se atreven a repetir: «Nosotros sabemos que es un pecador.» Se contentan con rehusar. Es la misma maniobra hipócrita que se repetirá en seguida, cuando preguntados por Jesús: «¿De dónde era el bautismo de Juan? ¿Del cielo o de los hombres?», le responden: «No lo sabemos» (Mt., XXI, 27).

El mendigo siente la mala fe de esta respuesta, e insiste: «Cosa extraña por cierto que vosotros no sepáis de dónde es, y a mí me ha abierto los ojos.» Y acogiéndose al principio clásico de los judíos, exclama: «Dios no escucha a los pecadores, pero oye a los que le honran.»

Los fariseos, acorralados, se le echan encima, le reprochan con desprecio que ha nacido en pecado, y le expulsan. Cristo le encuentra y acaba su conversión.

Oyó Jesús que le habían echado fuera, y encontrándole le dijo: ¿Crees tú en el Hijo del

Hombre? Respondió: ¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Díjole Jesús: Le has visto y el que habla contigo, ése es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró. Y dijo Jesús: Yo vine a este mundo para hacer juicio, para que los que no ven, vean, y los que ven se queden ciegos. Y lo oyeron los que le acompañaban de los fariseos, y le dijeron: ¿También nosotros somos ciegos? Díjoles Jesús: Si fuerais ciegos no tendríais pecado; mas ahora decís: vemos, y vuestro pecado persevera.

Los judíos lo han echado, y el Mesías le recibe: «El que perdiere por mí su alma, la salvará.»

Como se ha visto por las respuestas anteriores, este mendigo mira a Jesús como un fiel servidor de Dios y como un profeta; Jesús se le manifiesta como el Hijo del Hombre, y a la vez interiormente alumbrando a este pobre, que cae a sus plantas. Y el juicio se ha cumplido: Jesús había dicho antes que no venía a juzgar a nadie, y, efectivamente, los hombres se juzgan a sí mismos. «Y éste es el juicio, que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz» (III, 19). Esta inversión de papeles, esta ceguera de los que ven y esta iluminación de los ciegos, es la que Jesús confiesa al bendecir a su Padre: «Has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y se las has revelado a los pequeños.»

Algunos fariseos se encontraban con Jesús, porque tal vez, como lo cree San Crisóstomo, eran discípulos vacilantes o, a lo mejor, adversarios que le espiaban. Se indignan: «¿Pero acaso somos ciegos nosotros?» No lo son ciertamente, y eso es lo que les condena: «Si fuerais ciegos no tendríais pecado; pero decís que veis, y vuestro pecado persevera.» Terrible responsabilidad de estos hombres, a los que el pueblo reverencia por su instrucción y que dicen «nosotros sabemos», y, no obstante, sólo se sirven de esta ciencia y ascendiente para cegar a los otros: «Se han alzado con la llave de la ciencia; vosotros no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis» (Lc., XI, 52).

## **VI.-EL BUEN PASTOR (X, 1-21)**

En varios de los discursos comentados hasta ahora hemos visto a Jesús tomar uno tras otro los símbolos del Antiguo Testamento, para aplicárselos: las aguas de la roca, el maná y la nube luminosa. Hoy usa también una alegoría predilecta de los profetas:

¡Hijo del Hombre, profetiza contra los pastores de Israel! Profetiza y di a los pastores: Así habla el Señor Yavé: ¡Desdichados los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! Los pastores, ¿no son para apacentar el rebaño? Vosotros comisteis la grosura, y os vestisteis con la lana; matasteis lo que estaba cebado y no habéis hecho apacentar las ovejas... Por esto, pastores de Israel, escuchad la palabra de Yavé: He aquí que yo mismo voy a los pastores, yo tomaré mis ovejas, y ellos no las apacentarán ni se apacentarán a sí mismos; yo libraré mis ovejas de su boca y no serán su presa, porque así habla el Señor Yavé: He aquí que yo cuidaré por mí mismo mis ovejas, y yo las pasaré recuento... Yo las apartaré de entre los pueblos, y las reuniré de diversas partes y las conduciré a su región.

Yo soy quien haré pacer a mis ovejas, y las haré reposar, dice el Señor Yavé. Yo buscaré la que se perdió, y traeré la que se extravió, y a la tronzada la curaré, y daré fuerza a la que está enferma... Yo quiero apacentarlas con justicia (Ezech., XXXIV, 2-16).

Admirable cuadro, sin duda, pero que como todas las profecías debía ser superado por la realidad: «Yo doy la vida por mis ovejas»; ved lo que debía decir y ejecutar el buen Pastor, y que Ezequiel no había sospechado. De todos modos, esta descripción del mismo Yavé como Pastor de Israel esclarecía también la persona de Jesús. Dios se había anunciado como quien debía venir por sí mismo a libertar su rebaño de los malos pastores y hacerle justicia, y esto lo ha hecho ya Cristo, que, una vez más, ostenta en su persona la divina manifestación prometida a los profetas.

Aun sin invocar estos textos antiguos, todos los detalles de la alegoría eran transparentes para los que le oían. Los rebaños se encierran durante la noche en cercas rodeadas de un muro de piedras secas, a la altura de apoyo. Al atardecer se reúnen bastantes manadas en un solo cercado y se las confía a un guardián, hasta que, de mañana, vienen los pastores llaman a sus corderos y los llevan. Este es el oficio de Cristo: llega; no le impide el muro que las cerca, como sucede a los ladrones; golpea a la puerta y se hace abrir por el vigilante. Luego llama a sus ovejas, que andan mezcladas con las otras; mas ellas conocen su voz, y acuden. Recuérdese, por ejemplo, aquella sola palabra dicha a Magdalena después de la Resurrección: «María.» Es el buen Pastor que la llama por su nombre, y ella responde inmediatamente: «¡*Rabboni!*» Y sale a la cabeza del rebaño y todas le siguen. Para hallar el pasto que buscan no tienen más que seguir su voz familiar. Otros las llaman también -pastores malos-, pero ellas no conocen más que esa voz, y cuando la oyen se salvan. «¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.»

«Yo soy la puerta del aprisco.» Cristo toma aquí otro rasgo de la vida pastoril: después de la salida matinal, la puerta del cercado queda abierta y las ovejas entran y salen a placer; se asustan, y encuentran seguridad en el cercado; tienen hambre, y salen al pasto; seguridad y alimento, todo lo que necesitan, encuéntranlo por la puerta.

Después, el pensamiento vuelve a la oposición entre los malos pastores y el buen Pastor. Se hallan aquí rasgos ya trazados por Ezequiel: los que vinieron antes de Cristo, sólo pensaron en enriquecerse a cuenta del rebaño, robando, matando y destruyendo. Cristo ha venido a darles vida, y una vida sobreabundante.

Los no prevaricadores son, por lo menos, mercenarios; las ovejas no son para ellos, y no tienen de ellas el menor cuidado. En las grandes soledades de Judea la guarda de los rebaños no carecía de peligro: David contaba a Saúl cómo por defender sus reses había matado osos y leones; hoy ya, y también en tiempo de Cristo, estas fieras han desaparecido, pero no los chacales, las hienas y los lobos. Estos enemigos, que todos conocen, hacen mediar la distancia entre el mercenario y el pastor: el uno abandona y el otro defiende su grey.

Más adelante, va a escribir San Pedro a los presbíteros: «Apacentad el rebaño de Dios entre vosotros, gobernando, no forzosamente, sino de buen grado, según Dios, no por vil lucro, sino con abnegación, no enseñoreándose de vuestros feligreses, sino siendo modelos de la grey, y cuando aparezca el mayoral de los pastores recibiréis la corona inmarcesible de gloria (Pet., V, 2 sgs.).

Y San Pablo exhortará a los presbíteros de Éfeso:

Mirad por vosotros mismos y por toda la grey, en la cual os ha puesto el Espíritu Santo por obispos para apacentar la Iglesia de Dios, la cual ganó con su propia sangre. Yo sé que han de entrar después de mi partida lobos fieros entre vosotros que no perdonen al rebaño, y de entre vosotros mismos se han de levantar hombres que hablen cosas perversas para llevarse tras sí los discípulos. Por tanto, velad... (Act., XX, 28 sgg.).

En oposición a los mercenarios, dice Jesús: «Yo soy el buen Pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, como el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre. Nadie conoce al Hijo si no es el Padre, y al Padre nadie le conoce, sino el Hijo.» Esta relación estrecha, exclusiva, no se funda únicamente en el conocimiento mutuo, sino en la comunidad de vida que implica, y dígase lo mismo, guardada la proporción, de este conocimiento mutuo entre el Pastor y sus ovejas. «Y al hablar de conocimiento -explica San Cirilo (1.044-1.048)-, Cristo no significa solamente una operación de la inteligencia, sino una comunidad de vida, ya sea propiedad de naturaleza o comunicada por gracia.» En el mismo sentido dirá San Juan: «Quien ama, ha nacido de Dios y le conoce» (I Jn., IV, 7). Aquí es la misma comunidad de vida que Cristo significará en el sermón de la Cena: «Como el Padre me amó, así yo os he amado a vosotros; perseverad en mi amor» (XV, 9). En los dos textos aparece ese paralelismo, tan querido de Cristo, que une las relaciones del Padre y del Hijo con las de Cristo y los cristianos.

«Y yo doy mi vida por mis ovejas.» Estas palabras, observa Godet, constituyen una especie de estribillo (cf. 11, 17, 18), como habemos encontrado bastante parecidas en San Juan en aquellos momentos de elevación del sentimiento (III, 15, 16; IV, 23, 24; VI, 39, 40, 44, 54). Este sacrificio no está más que debilísimamente significado por la alegoría del Pastor, y que aquí, como siempre, la realidad divina sobrepasa infinitamente al símbolo. El pastor puede exponerse al defender sus ovejas, salvándolas así del peligro de su vida, pero nunca su sacrificio será para las ovejas fuente de vida, y de vida rebosante; lo mismo que sus relaciones con ellas, el carácter familiar de su voz conocida no expresará jamás la unión inefable de Cristo y de los cristianos.

Y la mirada del Señor se extiende ahora fuera de Jerusalén, más allá del judaísmo, sobre todos los hombres: «Yo tengo otras ovejas, y es menester que yo las traiga y ellas oirán mi voz.» Jesús no habla de otros rebaños: son ovejas dispersas sin pastor, y pensando en ellas, Juan escribirá un poco más abajo: «Jesús debía morir, no sólo por la nación, sino además para que a los hijos de Dios esparcidos los juntase en uno» (XI, 52). Esta llamada a las ovejas y esta reunión en un solo redil Dios la quiere, y se efectuará. Jesús emplea aquí este término, que indica en El decretos divinos: «Es menester que el Hijo del Hombre sea

levantado» (III, 14); «es menester que crezca» (III, 30); «es necesario que yo haga las obras de Aquel que me envió (IX, 4); «es menester que el Hijo del Hombre sea levantado» (XII, 34); «es menester que resucite de entre los muertos» (XX, 9).

Por eso el que se sienta en su palabra una seguridad sin vacilaciones: estas ovejas son tuyas, y oirán su voz. Con una aseveración parecida se cierra el libro de los Hechos: «Sabed que a las naciones se ha enviado esta salvación-dice Pablo a los judíos de Roma-, y que ellas la oirán» (Act., XXVIII, 28).

Por todas estas ovejas Cristo va a morir libremente, sin necesidad, y tiende a señalar el carácter espontáneo de esta muerte, que le da su fisonomía verdadera. La expresión es la misma que usará San Pedro para aseverar que está dispuesto a sacrificarse por Jesús (XIII, 37), y que Cristo volverá a adoptar con triste ironía (XIII, 38) al recordar poco después que no hay amor más grande que el que va a probar de este modo, dando su vida por los que ama (XV, 13). Así, este sacrificio voluntario es objeto de la especial complacencia del Padre: «por esto me ama mi Padre».

Y este agrado tiene por objeto no sólo la entrega de Cristo a los hombres por los que muere, sino además su obediencia a las órdenes del Padre. Godet, temiendo que esta noción de mandato comprometa la independencia del Hijo, escribe: «El tenor de este precepto, cuando el Padre le envió, fué así: «y podrás morir o no, resucitar o no, según las libres aspiraciones de tu amor». Jesús le llama orden para cubrir con el velo de la humildad esta incomparable prerrogativa». Por salvaguardar la dignidad del Hijo, se hace violencia a sus palabras. El rasgo más claro del carácter del Hijo de Dios, sobre todo en San Juan, es el de su dependencia total respecto de su Padre: «El que me ha enviado -dice-, el mismo Padre, me ha prescrito lo que yo debía decir, y cómo debía hablar» (XII, 49).

Y un poco más tarde: «Si guardáis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y persevero en su amor (XV, 10); y añade en seguida: «Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, como yo os he amado; ninguno tiene mayor amor que quien pone la vida por sus amigos» (XV, 12-13). Y tal era también el precepto que el Padre había dado al Hijo: amar a los suyos hasta dar su vida por ellos; y por el cumplimiento de este precepto, admira más adelante el Apóstol la obediencia de Cristo (Rom., V, 19; Phil., II, 8; Hebr., V, 8).

Sin duda que no se olvidará que el Hijo de Dios es Dios como su Padre, y que este plan de la Providencia fué decretado por voluntad única del Padre y del Hijo. Pero, en el seno mismo de la Santísima Trinidad, el Hijo recibe todo de su Padre, y si se considera su santa humanidad, se encuentra en ella una voluntad humana capaz de obedecer a las órdenes de Dios, y de merecer. Esta orden es, sin duda, la más terrible que Dios haya dado nunca, pero iba también a producir un fruto incomparable de salvación para los hombres, de dicha para Cristo y de gloria para Dios Padre.

Nació de nuevo división entre los judíos por estas razones. Así que muchos decían: Demonio tiene y está loco, ¿a qué le oís? Otros decían: Estas palabras no son de endemoniado; ¿puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos? (X, 19-21).

Este breve epílogo que Juan añade al discurso de Jesús marca bastante la división persistente en la opinión judía: aquí, como por todo el Evangelio, los mismos discursos y los mismos milagros producen en los presentes efectos contrarios: unos se ofenden y se irritan y otros se conmueven. Pero aquí, igual que durante toda la vida de Jesús, los adversarios son audaces, y los adeptos, tímidos. Los primeros rompen y condenan: «Es un poseo, es un loco; ¿a qué escucharle?» Los otros, como Nicodemo, proponen objeciones, pero sin osar pronunciarse. Será menester que más tarde, a estas buenas voluntades vacilantes las posea y transforme la gracia del Espíritu Santo.

Y esperando este prodigio, Jesús va a la muerte: la siente ya muy próxima, y sus predicciones se multiplican. La elección misma de la alegoría es ya significativa: las ovejas son sus discípulos. Hace poco, cuando el activo apostolado galileo comparaba a los que le seguían al vigoroso buey de labor que se inclina bajo el yugo y le lleva ligero sobre su cerviz (Mt., XI, 29), ahora son ovejas que va a enviar en medio de lobos. Y, sin embargo, les dice: «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre plugo daros el reino» (Lc., XII, 32).

## **CAPÍTULO II**

### *JESUS Y SUS DISCIPULOS. MARTA Y MARIA. LA ORACION. LAS PARABOLAS DE LA MISERICORDIA. EL USO DE LAS RIQUEZAS*

I.- A través de la Samaria. Los discípulos

II.- Condiciones para servir a Cristo

III.- El buen samaritano

IV.- Marta y María

V.- La oración

VI.- Las parábolas de la misericordia

VII.- El mayordomo infiel

VIII.- El rico malvado

IX.- El joven rico

## I.- A TRAVÉS DE LA SAMARIA. LOS DISCÍPULOS

La conversación que acabamos de leer tiene sobre todas las otras de Cristo un acento íntimo y tierno: el buen Pastor reúne en torno suyo a su rebaño y llama a él a las ovejas dispersas. Hemos de encontrar aún con frecuencia el mismo carácter en las narraciones de San Lucas y en los discursos que refiere en la sección que ahora vamos a recorrer.

(IX, 51): Y sucedió al cumplirse los días en que debía salir de este mundo, que enderezó firmemente su faz para encaminarse a Jerusalén.

Este solemne prelude deja ya presentir la gravedad del paso: al ir a Jerusalén, Jesús va a la muerte; sabe que su tiempo está ya para cumplirse, y marcha firmemente, según estaba escrito de Él. Por lo demás, la misma expresión indica el término glorioso de la prueba.

Le acompaña un grupo numeroso: los doce Apóstoles y, además, sin duda, los discípulos de que se hablará en seguida. De este modo envía delante aposentadores a prepararle las habitaciones. El cruce de la Samaria era la ruta seguida con más frecuencia por los peregrinos de Jerusalén, y los samaritanos no se oponían de ordinario. Pero en esta ocasión negaron la hospitalidad suplicada, que debía extenderse a tanta gente.

Entonces se indignan los dos hijos del Zebedeo y piden fuego del cielo. Jesús les apellida Hijos del Trueno y corrige su ardor aún mal regulado. Tal vez tenían presente en su alma el recuerdo reciente de la Transfiguración, y fueron tentados de imitar a Elías acabando con una palabra a los enviados de Acab.

Cristo los reprime, y la pequeña grey, dejando su camino, «se dirigió a otro pueblo».

En el curso de este viaje, o tal vez al final de él, Jesús envió a misionar a los setenta discípulos.

(X, 1-12): Y después de esto designó el Señor otros setenta discípulos, y los envió, de dos en dos, delante de su faz a toda la ciudad y lugar a donde El había de venir. Y les decía: la mies es mucha en verdad, pero los obreros son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande obreros a la mies suya. Id, y mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No vayáis cargados de bolsa, ni alforja, ni zapatos, y a nadie saludéis por el camino. En la casa en que entrareis, decid primeramente: paz a esta casa. Y si allí hubiere hijo de paz, reposará sobre él vuestra paz; pero si no, se volverá a vosotros. Y en la misma casa posad,

comiendo y bebiendo lo que de ellos recibiereis, porque el obrero es acreedor a su jornal. No os mudéis de casa en casa. Y en la ciudad en que entrareis y os recibieren, comed lo que os presentaren. Y curad los enfermos que en ella hubiere, y decidles: ha llegado a vosotros el reino de Dios. Pero en la ciudad en que entrareis y no os recibieren, saliendo a sus calles, decid: Hasta el polvo que de vuestra ciudad se nos ha llegado a los pies lo sacudimos contra vosotros. Empero sabed que ha llegado el reino de Dios. Dígoos que a Sodoma en aquel día le irá mejor que aquella ciudad.

Ya hemos encontrado en San Mateo una misión parecida acompañada de instrucciones casi idénticas. Pero entonces se dirigía Jesús a los doce, y aquí es a los setenta discípulos. Se ha puesto en duda la historicidad de esta segunda misión, y se ha querido ver en ella una mera adaptación a la antigua de los Apóstoles. En realidad, la de los Apóstoles, contada también por San Lucas (IX, 1-5), pertenece a circunstancias distintas y se verifica hacia el fin del ministerio galileo, después de evangelizar la Galilea del Norte. Aquí, antes de emprender la evangelización del Sur, se hace preceder de sus discípulos. En una y otra parte, las instrucciones son semejantes, salvo diferencias de detalle; los doce reciben el poder de resucitar muertos, que aquí no se menciona; se recomienda a los doce reservarse sólo para las ovejas de Israel, y no ir a los gentiles, ni entrar en región de los samaritanos; en ésta no hay tales limitaciones (Mt., X, 5-6).

No han llegado hasta nosotros los nombres de los setenta; pero bastantes hechos nos presentan en torno a los doce un grupo de fieles adeptos de Jesús. Cuando se trata de dar un sucesor a Judas, Pedro exige que el nuevo Apóstol haya seguido al Señor desde el bautismo de Juan hasta la Ascensión. Las vocaciones de aquellos que Jesús llama a seguirle (por ejemplo, en Lc., IX, 57-62), y que, o le obedecen o se desentienden, demuestran que Cristo llevaba en su seguimiento otros además de los doce, grupo que no formaba un colegio destinado a perpetuarse como el de los Apóstoles, y se concibe que se dispersase pronto.

Setenta era una cifra consagrada por el uso judío: Yavé había ordenado a Moisés nombrar setenta ancianos que recibiesen el espíritu de profecía y que le asistiesen en el gobierno del pueblo (Núm., XI); según este modelo estaba constituido el Sanedrín: setenta miembros y un presidente. Cuando Josefo quiso organizar la Galilea, escogió setenta ancianos y les confió el mando (B.J., I, 20, 5; Vida, 14), y los zelotes de Jerusalén, habiendo suprimido los tribunales existentes, los reemplazaron por un consejo de setenta ancianos (B.J., IV, 5, 4). Las naciones de la tierra estaban clasificadas por los judíos en número de setenta (Gen., X), y en la fiesta de los Tabernáculos se inmolaban en el templo otros tantos toros correspondientes a estas setenta naciones. Esta solemnidad de los Tabernáculos estaba aún reciente cuando Jesús envió los setenta discípulos; tal vez haya en ello alguna relación; a lo mejor también haya que pensar en lo que decía poco ha de las ovejas que no son de su redil, pero a las que llamaría y escucharían su voz. Estas conjeturas están algo confirmadas por la omisión, observada más arriba, de prohibir antes a los Apóstoles entrar en tierra de paganos, y por el carácter muy vario de las poblaciones de la Perea, por donde Jesús parece haber enviado a los setenta.

Lo que tiene más importancia es la amplitud que esta omisión revela en el



movimiento creado por Cristo: no es sólo ya para recorrer la tierra de Israel y predicar en ella el reino, ni sólo le ayudan los doce, sino que por todo el país se difunden sus discípulos, predicando y curando. La hospitalidad que reciben les hace penetrar por todos lados y poner así a toda la población en estrecho contacto con el Evangelio.

En los orígenes del Cristianismo se hallarán misiones análogas a ésta de discípulos que van a predicar el Evangelio de dos en dos: Bernabé y Pablo (Act., XIII, 2), Judas y Silas (XV, 27), Bernabé y Marcos (XV, 39), Pablo y Silas (XV, 40), Timoteo y Silas (XVII, 14), Timoteo y Eraste (XIX, 22). Y más tarde aún, la obra de los Apóstoles se propagó también por los evangelistas, de los que Eusebio trazó un admirable retrato.

«Los setenta volvieron con júbilo, diciendo: «Señor, hasta los mismos demonios se nos sujetaban en tu nombre» (X, 17).

Esta escena de la vuelta es una de las alegrías más vivas del Evangelio, y también una de las últimas. Estos discípulos tan recientemente conquistados, aunque mal instruidos todavía; estos pequeñitos, estos humildes y estos corderos enviados en medio de lobos, vuelven como triunfadores. Han arrojado hasta demonios. Y Cristo les contesta diciéndoles que El veía al mismo tiempo a Satanás «caer del cielo como un relámpago».

En su discusión con los fariseos de Galilea les aseguraba: «Si yo arrojo los demonios por el Espíritu de Dios, es que el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Mt., XII, 28). Hoy, esta expulsión no es obra exclusiva suya, pues todos sus discípulos la ejecutan en su nombre: el fuerte armado es expulsado de su casa. Pronto va a clamar Jesús: «Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera» (Jn., XII, 31). Sin embargo, no quiere que la alegría de los discípulos se extravíe. Antes, a la mujer que proclamaba bienaventurada a su madre, respondió Jesús: «Bienaventurados, mejor, los que reciben la palabra de Dios y la guardan» (Lc., XI, 28). Aquí mismo, si los discípulos deben alegrarse, no es tanto por arrojar los demonios cuanto por estar escritos en el reino de los cielos. Con este motivo menciona San Lucas el grito de júbilo lanzado por Jesús a vista de esta providencial disposición:

(21-24): En esta hora se alborzó en el Espíritu Santo y dijo: Te alabo, oh Padre, señor del cielo y de la tierra, porque encubriste estas cosas a los sabios y prudentes y las descubriste a los pequeñuelos; sí, por cierto, Padre, así te ha agradado. Todas las cosas me ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y a quien el Hijo quiere revelarlo.

Y volviéndose a los discípulos, les dijo privadamente: ¡Bienaventurados los ojos que ven lo que miráis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron.

Ya hemos encontrado estos dos textos en San Mateo; el primero, después de la embajada de Juan Bautista (XI, 25); el otro, a continuación de las parábolas (XIII, 16). Los

dos contextos diferentes convienen por igual a estas palabras del Señor, pero se comprenden mejor aún aquí después de la jubilosa vuelta de los discípulos: ¿qué son estos predicadores y estos taumaturgos? Verdaderamente, niños, gente sencilla, sin ciencia, que ellos mismos se maravillan de sentirse con un poder t al entre sus manos; y ante ellos, los sabios y los prudentes no ven. Es la ley providencial que proclamaba poco ha Jesús, después de la curación del ciego de nacimiento: «Yo he venido para que los que ven se queden ciegos, y los ciegos vean» (Jn., IX, 39). Es la ley que con tanta frecuencia celebrará Pablo:

Escrito está: perderé la sabiduría de los sabios, y anularé el aviso de los avisados. ¿Dónde está el sabio?, ¿dónde el letrado?, ¿dónde el pesquisidor de este siglo? ¿No aconteció Dios la sabiduría de este mundo? y pues que el mundo, en su sabiduría, no ha podido conocer a Dios por la sabiduría de Dios, tuvo por bien salvar a los que creen por la locura de la predicación... Considerad, hermanos, que entre vosotros, los llamados, no sois muchos sabios según la carne, no sois muchos poderosos ni nobles. Sino que Dios escogió lo necio del mundo para avergonzar a lo fuerte; y lo innoble del mundo y lo vilipendiado, eso escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es; a fin de que no se gloríe ninguna carne en el acatamiento de Dios (I Cor., I, 19-29. Cf. II Cor., IV, 3-4; Rom., L, 22).

En una y otra parte, el pensamiento es el mismo, pero con la diferencia de acento que distingue al Apóstol del Señor: en San Pablo es el estremecimiento del alma que triunfa al contemplar la exaltación de Dios y la derrota de sus adversarios; en Jesús es la contemplación sosegada de esta majestad todopoderosa, que levanta a los humildes y abate a los soberbios.

Y abandonándose Cristo a esta emoción religiosa, descubre lo que hay de más profundo en su vida: esta comprensión mutua y total del Padre y del Hijo; en este misterio, inaccesible a toda otra inteligencia, pueden Ellos introducir por gracia a los que quieran, pero Ellos solos lo son por derecho de naturaleza. El Padre y el Hijo son igualmente superiores a toda inteligencia creada y se comprenden igualmente también el uno al otro. Esta es toda la teología yoannea que se encierra en estas pocas frases.

## **II.-CONDICIONES PARA SERVIR A CRISTO**

Los textos que vamos a comentar nos dejan entrever, en torno de Jesús y los Apóstoles, a la pequeña grey de sus discípulos. San Lucas es, sobre todo, quien nos la permite conocer, y varios incidentes relatados por él en esta serie de su evangelio nos revelan las condiciones que Jesús impone a los que quieren seguirle, y las promesas que les hace.

Y sucedió que mientras iban caminando, uno le dijo: te seguiré dondequiera que vayas. Y Jesús le dijo: las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo, nidos, mientras el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza. Y dijo a otro: Sígueme; pero él contestó: Señor, permíteme primero ir a enterrar a mi padre. Y Jesús le respondió: Deja a los muertos

enterrar a los muertos; mas tú, anda y anuncia el reino de Dios. Otro dijo también: Te seguiré, Señor, pero antes permíteme disponer de las cosas de mi casa. Pero Jesús le dijo: Ninguno que echa su mano al arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios (Lc., IX, 57-62; cf. Mt., 19-22).

De estos episodios, los dos primeros cuéntalos también San Mateo, el cual los sitúa en Galilea, antes de la travesía del lago que precede a la liberación del poseso de Gergesa (supra I, p. 265). La fecha importa poco; lo que da valor a estas narraciones es la lección que de ellas se desprende: vemos aquí lo que Jesús proponía a sus discípulos y lo que de ellos reclamaba. No mejor que la fecha nos es posible conocer a los héroes de estos episodios. El primero, según San Mateo, era un escriba, a quien San Jerónimo (p. 52-53) juzga severamente: quería, piensa él, seguir a Jesús por avaricia y por ambición, como Simón Mago. San Crisóstomo le tiene también por un imprudente y un avaro, que Cristo despide como descarta al adulador que se acerca diciéndole: «Maestro bueno» (págs. 346-347). Esta severidad, ¿es justificada? Posible puede ser, pero no sabemos una palabra, ya que lo que los evangelistas han querido dar a conocer es la actitud de Jesús: no acepta precipitadamente un ofrecimiento de servicio que pudiera ser sincero, pero que parecía inconsiderado; quiere que se sepa lo que cuesta servirle, y, como iba a decirlo en seguida, es conveniente, antes de comenzar a construir el edificio, asegurarse de que hay con qué acabarlo, porque la edificación es trabajosa; a los dos discípulos de Juan que primero que todos habían venido a encontrarle y a preguntarle dónde vivía, les había respondido: «Venid y ved»; a este escriba, hecho sin duda a una vida cómoda, le da la misma respuesta, pero recalando más expresamente la desnudez que ha escogido por herencia, y a la que los discípulos se deben acomodar. El segundo es ya un discípulo: pide una prórroga para ir a enterrar a su padre, y Cristo insiste en que le siga sin tardanza. Esta insistencia pudo ser motivada por la inminente partida de Jesús. Clemente de Alejandría (Strom., III, 4, 25) ha identificado a este discípulo con el diácono Felipe; si es así, fué uno de los setenta discípulos, y su salida en tal circunstancia costóle muy cara, pero le valió una vocación gloriosa y toda una serie consiguiente de gracias para él y su familia: sus cuatro hijas fueron profetisas, y él, apóstol de la Samaria y del Sarón. Sea lo que fuere de esta identidad, la gran enseñanza que Jesús quiere leer y el Evangelio transmite es que el reino de Dios debe preferirse a todo interés de familia: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» (Mt., X, 37).

El tercer discípulo estaba más dudoso aún, y parece haberle despedido: el reino de Dios se ha de buscar antes que todo; quien se entrega de mala gana, mirando atrás, no puede ser discípulo de Cristo. Recuérdese cómo en tiempo de los Jueces había reclutado su ejército Gedeón: no era tanto multitud como selección, y las exigencias de Jesús son tanto más terminantes cuanto la conquista que inaugura es más santa. Estas exigencias llegan formuladas más explícitamente aún en las sentencias conservadas por San Lucas durante el curso de este viaje:

Y caminando con El muchas turbas, y vuelto a ellas, les dijo: Si alguno viene a mí y no odia a su padre, y a su madre, y a su mujer, y a sus hijos, y a sus hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y quien no lleva su cruz a cuestras, y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío (Lc., XIV, 25-27).

Ya hemos leído estas severas palabras de Jesús dirigidas a sus Apóstoles después de

haberles predicho, por vez primera, su Pasión (Mt., X, 37-38); ahora, próxima ya, no es sólo a los doce a los que quiere dar a conocer las condiciones de su servicio, sino a todos los cristianos, e insiste:

Porque ¿quién de entre vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula el gasto, si tiene para acabarla, no sea que, habiendo puesto el fundamento, y no pudiendo darle fin, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: este hombre comenzó a edificar, y no tuvo fuerzas para rematar? ¿O qué rey, marchando a hacer guerra a otro rey, no se sienta primero a deliberar si puede salir al encuentro con diez mil hombres al que vienen sobre él con veinte mil? Que si no, estando todavía lejos, despacha una embajada a pedir paz. Pues así, entre vosotros, todo aquel que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo (Lc., XIV, 28-33).

Desde el principio de su ministerio sintió Jesús muchas veces pasar por la turba un estremecimiento de entusiasmo; sus palabras, y sus milagros sobre todo, provocaban arranques que parecían irresistibles; mas todo era frágil, como la casa construida a lo largo del torrente y a quien la primera lluvia echa a tierra. Jesús no quería edificar su Iglesia sobre estos sentimientos efímeros, sino sobre la fe, y pues que la construcción iba a ser muy alta y amenazada por muchas tempestades eran menester profundos cimientos; que cada cual viese si le era posible cavar hasta la roca; pero para esto hay que renunciar a cuanto se posee.

La parábola del festín que se lee en el mismo capítulo de San Lucas permite entender claramente el recibimiento prestado a las invitaciones de Cristo:

Un hombre hizo una gran cena y convidó a muchos. Y a la hora de la cena mandó un criado a decir a los convidados que viniesen, porque todo estaba ya preparado. Y comenzaron, todos a una, a excusarse. El primero dijo: He comprado una tierra y tengo urgencia de ir a verla: ruégote me des por excusado. Y otro dijo: compré cinco parejas de bueyes, y me voy a probarlas: ruégote me tengas por excusado. Y otro dijo: Me he casado, y no puedo ir (Lc., XIV, 16-20).

Todos éstos habían aceptado la invitación, pero cuando llega la hora de la comida y se les llama declinan el honor. Para responder al llamamiento de Cristo es necesario romper todos los lazos y decidirse; mas la voluntad dudosa se obstina en la ilusión condenada por Jesús desde el primer día: no se puede servir a dos señores. Veremos en seguida al joven rico sucumbir también a esta tentación. En el transcurso de estos últimos meses, Cristo prosiguió, además, en la formación de sus discípulos: si las turbas galileas andan aún vacilantes y mal convertidas, quiere por lo menos asegurar la fidelidad de esta reducida grey que le rodea. De aquí esas voces de alarma que San Lucas nos ha conservado. Si estas sentencias aparecen con frecuencia más exigentes que las que se hallan en el sermón del monte, es porque Jesús se dirige ahora a una selección, al «pequeño rebaño» de los fieles.

No temas, rebaño pequeño, porque a vuestro Padre plugo daros el reino. Vended lo que tenéis, y dad limosna; haced bolsas que no se aviejan, tesoro en el cielo que no perece, donde el ladrón no llega, ni la polilla lo estraga. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón (Lc., XII, 32-34).

Pronto será herido el Pastor, y el «pequeño rebaño» se dispersará; pero el pánico terrible de la Pasión no hará más que pasar sobre él: el buen Pastor volverá a llamar a sus ovejas, y el rebaño se reunirá ya para siempre. Quedará como Cristo le hizo, humilde y desarmado, como ovejas en medio de lobos (Lc., X, 3), pero fiel a su Pastor y a los pastores que aquí abajo tienen su lugar, Pedro y los que le sucedan (Jn., XXI, 16-17).

### III.-EL BUEN SAMARITANO

Al abrirse esta sección de San Lucas, nos hallamos con Jesús en Samaria, donde parece haber propuesto la parábola del buen samaritano (Lc., X, 25-37):

Y he aquí que se levantó un doctor de la ley para tentarle y le dijo: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? Y le dijo: ¿Qué está escrito en la ley?, ¿cómo lees? Replicó y dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a ti mismo. Y contestóle: Has respondido perfectamente; haz eso, y vivirás. Pero él queriendo justificarse preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Jesús dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales, después de despojarle y llenarle de heridas, se marcharon, dejándole medio muerto. Por casualidad bajaba un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, viniendo también por aquel sitio, llegó, le vio y siguió adelante. Pero un samaritano que iba de camino pasó por cerca de él, y viéndole se condolió entrañablemente, y acercándose, le vendó las heridas derramando en ellas aceite y vino, y subiéndole sobre su jumento, le llevó al mesón, y tuvo cuidado de él. Y al otro día, sacando dos denarios de la bolsa, se los dió al mesonero, y le dijo: Ten cuidado de él, y lo que gastares de más, yo te lo pagaré al volver. ¿Quién de estos tres te parece a ti haber sido prójimo del que cayó en manos de los salteadores? Y dijo: El que obró misericordia con él. Y le dijo Jesús: Vete y haz tú lo propio.

Este relato está calcado sobre realidades cotidianas: desde la fuente de Eliseo, junto a Jericó, hasta la fuente de los Apóstoles, a tres o cuatro kilómetros de Jerusalén, no hay una gota de agua, y este desierto de Judea es todavía hoy de paso peligroso fuera de la época de las peregrinaciones, en las que los numerosos extranjeros se defienden unos a otros. Siempre fué así.

Todos los detalles de esta narración recordaban a los oyentes de Jesús las experiencias de cada día que iluminaban la lección central: ¿quién es el prójimo? Este era el punto vivo de la discusión. Traigamos a la memoria el sermón del monte: «Habéis oído que se ha dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo; pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen» (Mt., V, 43).

Aquí es, en otra forma, la misma lección: este samaritano que Cristo presenta como un modelo de caridad es para los judíos un extranjero y un enemigo, a quien ni siquiera se le puede pedir de beber (Jn., IV, 9), y Jesús dice, sin embargo: éste es tu prójimo. Y para que la lección se esclarezca más y no haya escape describe, efectivamente a este hombre

ejercitando la misericordia; en él ha hallado el israelita herido a su prójimo.

#### IV.-MARTA y MARÍA

Y yendo de camino entró en cierta aldea. Y una mujer, por nombre Marta, le recibió en su casa. Y tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentada a los pies del Señor, oía su palabra. Pero Marta andaba afanada en muchos menesteres. Al fin, parándose delante, dijo: Señor: ¿no se te da nada de que mi hermana me deje sola para servirte? Dile que me ayude. Mas el Señor le respondió y le dijo: Marta, Marta, te acongojas y conturbas con muchas cosas. Una sola, no obstante, es necesaria. María ha escogido para sí la mejor parte, la cual no le será quitada (X, 38-42).

Este episodio, uno de los más encantadores del evangelio de San Lucas, no está ni localizado ni fechado, pero se nombra a las dos hermanas Marta y María. Reconocemos en ellas a las que San Juan nos da a conocer a propósito de la resurrección de Lázaro, y las hallamos aquí tal como el Evangelio nos las pinta entonces. «El carácter de las dos hermanas está descrito con mucha finura. En San Lucas, el contraste se condensa, para expresarlo así, en un solo incidente; en San Juan se desarrolla gradual, según el curso de la narración. En San Lucas el contraste es directo y decisivo; una oposición, pudiera decirse, de luz y de tinieblas. En San Juan, los dos retratos se funden el uno en el otro».

Esta identificación nos permite reconocer a Betania como lugar de la escena. Al tiempo de Cristo, Betania aparecía al viajero que llegaba de atravesar el desierto de Judea en un marco de verdor y de frescura; hoy es un villorrio sórdido, pero a los ojos del cristiano está iluminado por esta página del Evangelio. Marta era el ama de casa; ella recibe al Señor y se afana por hospedarle dignamente. Su hermana María está sentada a los pies del Maestro, como su discípula.

Jesús no parece notar este proceder, y Marta se impacienta. Se acerca y dice: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola para servirte? Dile, pues, que me ayude». María se calla; mas Jesús responde con afectuosa insistencia: «Marta, Marta, te acongojas y turbas con muchas cosas, y una sola, sin embargo, es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no se le quitará nunca.» San Agustín comenta así esta respuesta: «María escuchaba encantada las dulces palabras de Cristo; su corazón estaba cautivo, y cuando el Señor fué interpelado por su hermana, ¡cuál no sería su temor de oírse decir por Jesús: «Levántate y ayuda a tu hermana»! Porque ella estaba seducida por un atractivo poderoso... El Señor la excusa, y sigue escuchando sin temor».

De esta respuesta de Jesús se han de sacar múltiples lecciones: la superioridad de la contemplación sobre la acción, y la de la vida futura sobre la presente. Todo ello, en efecto, puede deducirse por consideraciones muy legítimas, pero la enseñanza primera e inmediata es aquella del sermón de la montaña: «Buscad el reino de Dios y su justicia, y todo lo

demás se os dará por añadidura.» En el cielo, como dice San Agustín (617). «*transit labor multitudinis, et remanet caritas unitatis*». Pero aquí abajo, el esfuerzo del cristiano tiende, no a dispersarse en estos mil bienes perecederos, sino a concentrarse en el reino de Dios. Así lo predicaba San Pablo a sus fieles: «Yo quisiera que estuvierais sin cuidados: el no casado se preocupa de las cosas del Señor; de cómo le agrada. Pero esto lo digo, por lo que a vosotros cumple, no para tenderos lazos, sino en orden a lo que es bueno para caminar ante el Señor sin distracciones» (I Cor., VII, 34-35). Sin duda, es una gracia poder servir a Cristo, y éste será el título de honor de Marta, haber sido la hospedadora del Señor; pero ha de cumplir este oficio sin turbación y sin preocupaciones, los ojos y el corazón puestos en lo único necesario.

Y no es sin motivo el que la Iglesia nos haga leer este evangelio en la festividad de la Asunción de Nuestra Señora: Ella más que Marta, fué la sirvienta del Señor; sin ayuda le alimentó y crió, pero, a la vez, como María, y más que ella, escuchó sus palabras y las conservó en su corazón: «¡Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!»

## V.- LA ORACIÓN

Entre todos los evangelistas, San Lucas es el que nos ha conservado con más diligencia cuanto Cristo nos enseñó por ejemplo y de palabra en lo referente a la oración, y en esta parte de su evangelio que estudiamos, reunió las enseñanzas más preciosas: la oración del Señor y la parábola del amigo importuno.

En San Mateo leemos el *Pater* en el sermón de la montaña, y el estudio del contexto bastaría para hacer reconocer aquí una inserción del evangelista: los preceptos dados por Cristo sobre la limosna, la oración y el ayuno forman un grupo en que los tres miembros son exactamente paralelos entre sí: VI, 1-4, 5-6, 16-18; tres veces seguidas recuerda Jesús a sus discípulos las prácticas hipócritas de los fariseos, y tres veces les repite: «Recibieron su recompensa»; luego prescribe a sus discípulos hacer estas obras de religión en secreto, y cada vez añade: «Y tu Padre, que ve en el secreto, te lo pagará.» En medio de este conjunto tan firme, se advierten algunos versículos relativos a la oración que no tienen paralelo en los otros dos miembros: no es cuestión de orar en secreto, sino de orar sencillamente y sin vanas repeticiones, según una fórmula que el Señor enseñó a sus discípulos; se puede suponer con grande verosimilitud que esta doctrina expuesta por Jesús en otra ocasión la trasladó a este sitio San Mateo para presentar al lector en conjunto la doctrina evangélica sobre la oración.

Esta conjetura se halla confirmada por el testimonio de San Lucas, el cual no colocó, en efecto, la instrucción del *Pater* en el sermón del monte, sino más tarde, en esta colección de discursos, de parábolas y de milagros que agrupó en torno al viaje de Jesús, desde Galilea a Jerusalén. Por eso, como lo hemos advertido, es muy difícil con frecuencia

determinar el marco cronológico y geográfico de los incidentes relatados en estos capítulos, y este contratiempo reaparece aquí. Se lee en el capítulo (XI, 1): «Y sucedió que, estando Jesús en cierto lugar orando, luego que terminó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó también a sus discípulos. Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea el tu nombre...»

¿Se podrá quitar la indeterminación de este texto? J. A. Robínson lo ha ensayado; sin duda que no se pueden traer más que conjeturas, pero en materia parecida, estas suposiciones tienen su mérito. El episodio narrado inmediatamente antes por San Lucas (X, 38-42) es la visita del Señor a Marta y María, y no indica el sitio, dice únicamente que esto sucedía en «cierta aldea»; pero sabemos por San Juan que las dos hermanas habitaban en Betania (XI, 1), y que esta aldea se encontraba en los suburbios de Jerusalén, a quince estadios, poco más o menos, de la ciudad (XI, 18), y esta es, efectivamente, la situación actual de Betania sobre la vertiente oriental del monte de los Olivos. Si, pues, se nos permite aproximar uno a otro estos episodios contados por San Lucas, se encontrará este sitio donde Jesús oraba no lejos de Betania y del monte de los Olivos. Esta localización no es, por lo demás, del todo nueva. Sobre el flanco occidental del monte de los Olivos, un poco debajo del santuario de la Ascensión, había levantada una iglesia con el nombre de *Pater Noster*; los Cruzados la restauraron y agrandaron, y en 1869, la princesa de la Tour d' Auvergne compró el terreno y alzó allí el monasterio del Pater, que ocuparon en 1876 las carmelitas francesas. Tal vez pueda precisarse más aún: San Mateo (XXVI, 36) y San Marcos (XIV, 32) al contar la agonía de Nuestro Señor, nos dicen que tuvo por teatro un terreno por nombre Getsemaní; el apelativo de que se sirven uno y otro significa siempre un lote de tierra perteneciente a un particular; San Juan (XVIII, 1) precisa aún más: «Salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, al que entró él y sus discípulos. Y Judas, el que le entregaba, sabía también el lugar, porque muchas veces se había juntado allí Jesús con sus discípulos.» Nuestro Señor iba, pues, con frecuencia a este jardín como a algo suyo, y él llevaba además a sus Apóstoles; ¿sería temerario suponer que se encontraba aquí con ellos cuando oró y enseñó a continuación el *Pater*? De ser así, ¿qué significación tan profunda tomarían sus palabras en este huerto donde más tarde debía orar hasta derramar sangre, y repetir a sus Apóstoles: «Orad y velad para que no entréis en tentación»! ¿No era esto ya lo que le hacía pedir a Dios en esta plegaria que enseñaba: «No nos dejes caer en la tentación»?

Esta hipótesis da a la escena que comentamos algo de más solemne y trágico, y deja oír en el *Pater* como un eco anticipado de la suprema oración de Cristo; pero aun prescindiendo de toda hipótesis, esta súplica es bastante preciosa, tanto como cualquier otro texto evangélico, para que merezca todo nuestro amor y todo nuestro estudio. Además de los comentarios del Evangelio y del Sermón de la montaña, conviene mencionar los tratados de Tertuliano, de San Cipriano, Orígenes, y de San Gregorio Niseno. Antes aún que los comentaristas, los cristianos se habían acogido a este texto, haciendo de él su oración cotidiana según se lee ya en la Didaché (VIII, 2-3): «No oréis como los hipócritas, sino como el Señor lo ha prescrito en su Evangelio; rezad así: Padre nuestro... Tres veces por día, pedid de este modo.»



Antes de estudiar por nuestra parte esta oración del Señor es menester que resolvamos un problema que impone el cotejo entre San Mateo y San Lucas: no sólo el marco histórico es diverso, como lo hemos visto, mas el texto mismo de la oración presenta bastantes divergencias notables:

(Mt., VI, 9-13). Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre: venga tu reino: hágase tu voluntad, así en la tierra como el cielo: el pan nuestro cotidiano, dánosle hoy: y perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. -(Lc., XI, 2-4): Padre, santificado sea el tu nombre: venga el tu reino; el pan nuestro cotidiano dánosle cada día; y perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe; y no nos pongas en tentación.

Ya Orígenes subraya estas diferencias, concluyendo que los evangelistas no referían ni el mismo hecho ni la misma súplica: Chase escribe también: «Igual que difieren las ocasiones contadas por los evangelistas, así también son diversas las versiones de la oración que cada cual nos ha transmitido. La que contiene el evangelio de San Lucas difiere de la que se halla en San Mateo por la longitud y por el enunciado de las cláusulas de la plegaria, que son comunes a los dos evangelios»: cree, pues, que Cristo enseñó dos veces esta oración, a las turbas una, en el sermón del monte, y otra a los discípulos, en una conversación privada. Esta hipótesis se hace poco probable: si, como parece, el sermón es anterior a esta plática privada, se comprende mal cómo los discípulos ruegan al Señor les dé una instrucción que ya habían recibido y de la que, por tanto, hace el efecto de que no tienen conciencia. La diversidad de circunstancias se explica, lo hemos visto, por un proceso de redacción fácil de comprender en San Mateo ya que éste reunió en el mismo sermón todas las enseñanzas de Jesús pertenecientes a una misma materia. La diversidad de textos origina el mismo problema con que nos hemos encontrado cuando las bienaventuranzas; aquí también la redacción de San Lucas es más breve; faltan en él varias de las bienaventuranzas, y las que allí están tienen una forma más concisa. Es lo mismo que observamos otra vez en el texto del *Pater*: la tercera petición («hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo») falta en San Lucas igual que el segundo miembro de la sexta («mas líbranos de mal»); tampoco se lee en él: «Padre nuestro, que estás en los cielos», sino sencillamente: «Padre»; San Mateo dice: «nuestras deudas»; San Lucas: «nuestros pecados». Estas variantes no son sorprendentes en un texto que desde su origen, lo repetían con tanta frecuencia los cristianos, y por consiguiente, podía alterarse ligeramente, aquí o allá, según los usos locales, como ocurre en Francia, unos dicen: «muestro pan cotidiano», y otros: «muestro pan de cada día». Tales variantes, en efecto, se multiplicaron pronto y la tradición manuscrita y las obras de los Padres ofrecen de ello muchas señales; así en la *Didaché* (VIII, 2), el texto, conforme por lo demás al de San Mateo, concluye por esta doxología que falta en los mejores manuscritos, pero que se halla en otros muchos. «A ti sea el poder y la gloria por todos los siglos.» En San Lucas ciertos padres leen, en vez de «venga el tu reino», «que tu Santo Espíritu venga a nosotros y nos purifique». Que semejantes cambios se hayan deslizado en el texto desde los primeros años, no tiene nada que pueda sorprendernos.

Aquí, como en todo el conjunto de su Evangelio, San Mateo parece dar más

literalmente las palabras de Cristo; se distingue mejor en él el acento judío en la expresión «Padre nuestro, que estás en los cielos» y en el término «nuestras deudas» (en San Lucas, «nuestros pecados»). La Iglesia, por lo demás, ha preferido constantemente la redacción de San Mateo, y el uso litúrgico confirmado por la Didaché manifiesta tal preferencia que se volverá a encontrar siempre.

Antes de entrar en el detalle de esta oración, detengámonos primero un momento a considerar su origen y su carácter general. Tertuliano, recordando el texto de San Lucas, escribe: «Juan Bautista también había enseñado a orar a sus discípulos, pero cuanto hacía Juan preparaba a Cristo, hasta que..., la obra entera del Precursor con su Espíritu pasó al Señor. Por eso, el Evangelio no dice qué fórmula de oración enseñó Juan a sus discípulos: eran palabras de la tierra y enmudecieron ante las palabras del cielo. Quien es de la tierra, dice Jesús, habla palabras de la tierra. Pero el que viene de los cielos, habla de lo que ha visto». Y San Cipriano: «Roguemos, pues, hermanos queridos, como nos lo enseñó nuestro maestro Dios. Es una oración amada y familiar de Dios la que repite sus palabras, la que hace subir a sus oídos la súplica de Cristo. Cuando oremos, que el Padre reconozca las palabras de su Hijo, y el que habita en nosotros, esté además en nuestros labios; y pues se encuentra junto al Padre intercediendo por nuestros pecados cuando pedimos, pecadores, por la remisión de nuestras faltas, repitamos las palabras de nuestro abogado».

Los Padres anotan también el carácter colectivo de esta oración: «Ante todo -dice San Cipriano-, el Doctor de la paz, el Maestro de la unidad no quiere que nuestra oración sea aislada y solitaria, y que cuando el cristiano pide, pida solamente por sí mismo. No decimos «mi Padre, que estás en el cielo», ni «dame hoy mi pan», no es únicamente por uno mismo por quien se implora la remisión de las deudas, y se suplica el no entrar en la tentación y verse libre de todo mal. Esta es una oración pública y común, y cuando oramos, no oramos exclusivamente por una persona, sino por todo el pueblo, porque este pueblo entero, es un solo cuerpo, el que nosotros formamos. El Dios de la paz, el Maestro de la concordia, el que nos ha enseñado la unidad, ha querido que cada uno ruegue por todos como El en sí nos ha llevado a todos». San Crisóstomo insiste también sobre el carácter colectivo de todas estas peticiones: «Padre nuestro, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos nuestro pan, perdónanos nuestras deudas, no nos dejes caer en tentación, líbranos: quiere siempre que hablemos en plural para que no halle en nosotros rastro de cólera contra el prójimo». Por estas observaciones, no se concluirá que el *Pater* fué redactado por Cristo con miras al uso litúrgico; ha de pasar mucho tiempo antes de que se establezca esta costumbre. Jesús quiso sobre todo enseñar a orar a sus discípulos, pero aun en la oración privada quiere también que no olviden a sus hermanos, que no se aislen a sí mismos, sino que gusten sentirse unidos todos, hijos de un mismo Padre y discípulos de igual Maestro. ¿Y no es consuelo y fuerza nuestra tener conciencia al repetir esta súplica, de esta gran unidad cristiana que nos une a toda la Iglesia, a los que ruegan hoy, a todos aquellos que han orado desde Jesús?

Esta plegaria, lo veremos más adelante, expresa los sentimientos de Cristo mismo al dirigirse a su Padre. Se ha de hacer, no obstante, excepción con una de las peticiones: Jesús

no tiene nada que hacerse perdonar, ni por qué pedir perdón; por lo demás, sería desconocer la filiación única de Jesús, ponerle aquí entre las filas de los cristianos. El enseña a decir a sus Apóstoles: Padre nuestro, pero El no habla de este modo; dice: vuestro Padre; y: mi Padre.

Habiendo anotado la distancia infranqueable que nos separa de Cristo reconozcamos también la participación que nos concede en su filiación única; ella es la que nos consiente decir: «Padre nuestro.» Orígenes, que conocía la Biblia como ninguno, observaba ya en su comentario sobre el Padre Nuestro: «Valdría la pena de buscar en el Antiguo Testamento, por si pudiese hallarse en algún sitio, una oración que se dirija a Dios como a Padre; por el momento, la hemos buscado sin dar con ella. No queremos decir que a Dios no se le haya llamado Padre, y a los que en El creen, hijos de Dios; decimos únicamente que no hemos tropezado con súplica alguna que se atreva a dirigirse a Dios llamándole Padre, como el Salvador nos enseña a hacerlo en este sitio.» Después de haber recordado los textos del Antiguo Testamento donde Dios se dice Padre de Israel, o Padre de los justos, concluye Orígenes: «Las citas que hemos transcrito muestran como súbdito a los mismos a quienes se llama hijos de Dios, verificándose así la palabra del Apóstol: «Mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia del siervo, siendo así que es dueño de todo, pero está bajo tutores y curadores hasta el plazo señalado por el padre» (Gal., IV, 1).

«Que estás en los cielos.» Esta calificación, muy frecuente en San Mateo y excepcional en San Lucas, era usual entre los judíos del tiempo de Cristo, y es notable que Jesús no la emplee jamás cuando ruega a su Padre; para sus discípulos, al contrario, sigue la costumbre común y, aunque les impone no llamar a nadie aquí abajo su padre (Mt., XXIII, 9), los hace dar este nombre a su padre «del cielo». Respetaba con esto el uso tradicional, y sobre todo alzaba a Dios el pensamiento del cristianismo que ora; desde las primeras palabras le saca de la tierra y lo eleva hacia Dios inspirándole el respeto y la confianza: el Padre a quien ruega está allá arriba sobre todas nuestras debilidades, y al mismo tiempo tan junto a nosotros, dentro de nosotros. Es el Padre que ve en lo interior.

«Santificado sea tu nombre.» El nombre, en el Antiguo Testamento, tiene con frecuencia el valor de una sencilla perífrasis que significa Dios mismo, pero también frecuentemente indica todo lo que Dios manifiesta a los hombres de sí mismo, o, si se quiere, de sus atributos, en cuanto conocidos, amados y reverenciados por los hombres; así el Salmo LXXVI, 1: «Dios se ha hecho conocer en Judá, en Israel su nombre es grande»; (Ps., V, 12): «Se entregarán a transportes de júbilo los que aman tu nombre»; (Ps., IX, 11): «En ti confían los que conocen tu nombre»; (Ps., CXXXV, 13): «Yavé, tu nombre dura para siempre; Yavé, tu recuerdo de edad en edad»; (Isa., XXXIX, 23): «Cuando vean mi obra en medio de ellos, los hijos de Jacob santificarán mi nombre, y llamarán Santo al Santo de Jacob, y temerán al Dios de Israel»; (Mal., I, 11): «De oriente a poniente, mi nombre es grande entre las naciones, y en todo lugar se ha de ofrecer a mi nombre el incienso de los sacrificios, una oblación pura, porque mi nombre es grande entre las naciones, dice Yavé de los ejércitos.» En el mismo sentido decía Jesús, dirigiéndose a su Padre el último día de su vida: «Yo he dado a conocer tu nombre a los que me diste en el

mundo, al sacarles del mundo» (Jn., XVII, 6).

Los textos que preceden, en particular (Isa., XXXIV, 23) hacen comprender lo que es la santificación del nombre de Dios: el temor, la reverencia y la adoración debidas a Dios, le son ofrecidas por los hombres. También es en Isaías donde se halla la más alta manifestación de la santidad de Dios en el Antiguo Testamento: «Yo vi al Señor sentado sobre un trono elevado y sublime, y los vuelos de su manto llenaban el templo. Dos serafines estaban en pie delante de él. Cada uno tenía seis alas: con dos se cubría la cara, con otras dos los pies, y con las otras dos restantes volaban. Sus voces se respondían, y clamaron: Santo, Santo, Santo es Yavé de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria. A este clamor temblaron las puertas sobre sus quicios, y la casa se llenó de humo. Y dije: «Desdichado de mí, perdido soy porque me veo hombre con los labios impuros, y vivo en medio de un pueblo también de labios impuros, y he visto con mis ojos al Rey Yavé de los ejércitos» (VI, 1-5). Tertuliano recuerda esta visión comentando esta cláusula del *Pater*.

Sin duda que el nombre de Dios es siempre santo, pero no es siempre y en todas partes honrado: «Si pedimos esto -dice San Agustín-, no es porque el nombre de Dios no sea santo, sino porque se le quiere ver tenido por tal entre los hombres; esto es, deseamos que Dios sea tan bien conocido de ellos, que no haya aquí abajo nada que tengan por tan santo, ni nada que teman, antes que violarle». Esta oración como las siguientes, es universal: deseamos ver en todas partes santificado el nombre de Dios, pero no obstante, queremos ver primero en nosotros esta santificación: «Dios nos ha dicho: sed santos, porque yo soy santo; pedimos, pues, que nosotros, ya santificados en el bautismo, prosigamos esta santificación comenzada, y le pedimos cada día, porque tenemos necesidad de una santificación cotidiana, para borrar a diario las faltas que todos los días cometemos». «Dios -dice aún San Gregorio Niseno-maldice a aquellos que, con sus pecados, hacen blasfemar su nombre entre las naciones (Is., LII, 5) y pedírnosle no ser de estos escandalosos, sino al contrario, vivir de tal manera que los hombres vean nuestras buenas obras y glorifiquen al Padre del cielo».

«Venga a nos el tu reino.» La primera petición ha determinado el fin a donde todo se dirige: la santificación del nombre de Dios, las dos que siguen, estrechamente ligadas la una a la otra, tienen por objeto las condiciones de esta glorificación de Dios; su reino, lo primero. Se entenderá por reino un estado de justicia y santidad, en el que Dios sea el Señor reconocido y acatado por todos. Como Jesús lo enseñó con frecuencia en su Evangelio, este reino, que ha venido a promulgar y establecer en la tierra, debe desenvolverse progresivamente como una semilla y como un fermento. Este desarrollo gradual, primeramente lo pedimos en nosotros y en el mundo entero. Pero el término adonde tiende tal desenvolvimiento, establecer el reinado de Dios, sin duda y sin resistencia, es únicamente la segunda venida de Cristo que se inaugurará sobre la tierra al fin del mundo. Entonces resonarán los cánticos triunfantes del Apocalipsis (XI, 15): «Ha llegado el reino de Nuestro Señor y de su Cristo sobre el mundo, y reinará por los siglos de los siglos.» (XI, 17): «Te damos gracias, Señor, Dios todopoderoso, el que es y el que eras, porque te has revestido de tu gran poder y has instaurado tu reino.» (XII, 10): «Ahora llegó la salvación y

el reinado de nuestro Dios y el poder de su Cristo».

«Hágase tu voluntad.» Esta petición se une íntimamente a la que precede: el reino de Dios ¿acaso es más que el reconocimiento de su voluntad como regla soberana, universal y absoluta? Pero a la vez ella la precisa: a los que llegaren a esperar la inauguración del reino de Dios como un golpe súbito de teatro, recuérdales Jesús que este imperio se establece ahora poco a poco por la conformidad de la voluntad de los hombres con la del Padre. Se oirá un eco de esta oración en el Huerto: «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, que se haga tu voluntad» (Mt., XXVI, 42). Sin duda que el sentimiento no es el mismo en las dos coyunturas: Cuando Jesús enseña el Padre Nuestro a sus discípulos, estas palabras: «hágase tu voluntad», son la manifestación de la total resignación, a pesar de las más crueles angustias; pero estos dos sentimientos, tan diversos, van inspirados por el mismo amor, la voluntad de Dios es para Jesús el soberano bien: cumplirla, su manjar y su única ocupación en el suelo (Jn., IV, 34; XVIII, 4); en las horas de paz se deja llevar de todo su atractivo y en las de angustia tiende a ella también con toda su fuerza.

«Así en la tierra como en el cielo.» El catecismo del concilio de Trento dice sobre el particular: «Es oficio del pastor advertir a sus fieles que estas palabras: «en la tierra como en el cielo» pueden referirse a cada una de las peticiones precedentes: que sea tu nombre santificado en la tierra como en el cielo, que venga tu reino, así en la tierra como en el cielo, que tu voluntad se cumpla, sobre la tierra como en el cielo». Igual interpretación había ya propuesto Orígenes y prueba cómo en el cielo el nombre de Dios es santificado, su reino establecido y cumplida su voluntad: nosotros pedimos al Señor que todo esto se realice aquí tan perfectamente como en el cielo.

«El pan nuestro de cada día dánosle hoy.» Las tres súplicas precedentes tenían por objeto los bienes eternos: la santificación del nombre de Dios, su reino y el cumplimiento de su voluntad, y sin duda que aquí en el mundo podemos tener las primicias de estos bienes, pero en el cielo únicamente podemos esperar gozarlas con plenitud. Ahora no estamos en la gloria, sino que luchamos con dificultades terrenas de toda clase, físicas y morales: Jesús lo sabe, y habiéndose sometido a la prueba nos enseña a suplicar a Dios las gracias necesarias, y tal es el objeto de las tres peticiones últimas. En la primera, pedimos nuestro pan de cada día. Y ¿qué pan es éste? San Agustín lo interpreta así: «El pan cotidiano significa, o todo lo que es necesario al sostenimiento de nuestra vida presente, o el sacramento del cuerpo de Cristo, que todos los días recibimos, o también el alimento espiritual del que dice el Señor: aseguraos el manjar que no perece, y otra vez: yo soy el pan de vida, bajado del cielo. Estas tres interpretaciones propónenlas además los otros Padres, y se notará en particular su insistencia en ver aquí el pan eucarístico, observando también cómo el pan de la Eucaristía es para estos Padres, por lo menos para la mayoría, el pan cotidiano. Sobre el particular se puede señalar una indicación apuntada por San Agustín a propósito de este texto, que acusa una diferencia disciplinar entre el Oriente y Occidente: «Muchos, en tierras del Oriente no comunican todos los días en la cena del Señor», y ve en ello una razón para no interpretar esta petición del Padre Nuestro en el sentido del pan

eucarístico. De tres exposiciones propuestas por él, prefiere la tercera; quien quiera escoger otra -dice-, que se quede con las tres...». De esta triple explicación, parece según él, que hay que preferir la primera: el «pan» que pedimos es el necesario para nuestra alimentación, y al recitar esta plegaria pensaremos también en el «pan de vida» que Cristo nos da y que nutre nuestras almas, pero ésta no será más que una explicación secundaria del texto, nunca su sentido primero y literal.

«Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» (Lc.: «Perdónanos nuestros pecados, porque nosotros perdonamos igualmente a los que nos deben.») Estas dos redacciones no difieren más que en matices, y aquí de nuevo parece que San Mateo reproduce con mayor fidelidad la redacción primitiva. Lo que importa más que estas pequeñas variantes es la insistencia que pone Jesús en inculcarnos esta obligación del perdón. Quiso insertar esta cláusula en nuestra oración, para poner, por así decirlo, nuestra suerte en nuestras manos: todos los pecadores somos deudores de Dios, y deudores insolventes; Dios hubiera podido ciertamente perdonarnos nuestras deudas sin condición alguna, pero ha querido establecer esta ley para obligarnos del modo más estrecho a la misericordia con nuestros hermanos. Con esto sostendría entre todos nosotros la paz, el bien social más precioso, y en el corazón de cada uno, la caridad, tesoro principal del cristiano; y para que nadie pudiese pretextar ignorancia de esta ley nos la hace repetir en nuestra oración diaria. Y no satisfecho de hacernos reiterar a Dios de este modo tal seguridad, vuelve a ella al fin de toda la súplica; de todas las peticiones del Padre Nuestro, la única que repite es ésta (Mt., VI, 14, 15): «Porque si perdonareis a los hombres sus yerros, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonareis a los hombres sus faltas, tampoco vuestro Padre os perdonará las vuestras».

«Y no nos dejes caer en tentación; mas líbranos de mal.» Para la primera parte de esta petición, la tradición latina presenta dos variantes de interés: «Muchos cristianos, observa San Agustín, en vez de decir en su rezo: «no nos dejes en tentación», dicen: «no consentas que nosotros seamos puestos en tentación»; en otros lados, según San Hilario, se decía: «no nos abandones en una tentación que no podemos soportar».

Estas dos series de variantes, que también se encuentran en otros autores, atestiguan el mismo cuidado: Dios no nos tienta, pero permite que lo seamos, idea representada en la traducción francesa: «no nos dejes sucumbir a la tentación», que Bossuet recuerda (día 27): «Dios no tienta a nadie, dice Santiago (I, 13). Por eso, cuando le decimos: «no nos pongas en tentación», hay que entenderlo seguramente así: no permitas que entremos. Así habla San Pablo también: «Dios es fiel en sus promesas, y no consentirá que seáis tentados por encima de lo que podéis» (I Cor., X, 13); y nuestras fuerzas están, sobre todo, en nuestras oraciones.»

Semejante interpretación es exactísima, pero es menester añadir que la palabra aramea tiene un sentido más alto que el de «tentación»: es toda prueba, persecución, enfermedad, padecimiento, tribulaciones, y por esto decía Jesús a sus discípulos en la

última Cena: «Vosotros sois los que habéis permanecido fieles en mis tribulaciones, y yo os preparo un reino, como a mí me lo ha preparado mi Padre» (Lc., XXI, 28-29). Y Santiago: «No veáis, hermanos, más que un motivo de alegría en las pruebas de toda clase que padecéis, sabiendo que vuestra fe así probada tiene por fruto la paciencia» (I, 2). Orígenes también, comentando esta petición, observa que no suplicamos a Dios el librarnos de toda prueba, esto es imposible, ya que la vida humana es experiencia y tribulación, y otra cosa sería nociva, porque la prueba nos es útil haciéndonos conocer a nosotros mismos, humillándonos y provocándonos a servir a Dios; pero sólo le pedimos no enredarnos en un combate sobre nuestras fuerzas, y que no nos deje sucumbir en él. Se encuentra un eco de esta oración de Cristo, en el consejo que daba a sus Apóstoles en el Huerto: «Orad para que no entréis en la tentación» (Lc., XXII, 40, 46); no pedirán a Dios que les libre de la prueba, sino únicamente que no desfallezcan en ella.

«Mas líbranos de mal.» Esta petición, que falta en San Lucas, no es distinta de la anterior, se la une estrechamente y la completa. Puede preguntarse si en esta última frase el «mal» se ha de entender en masculino o neutro: «líbranos de mal», o «líbranos del malo». Los Padres griegos, en general, adoptan la primera interpretación y hoy los exegetas andan divididos. Muy difícil es dirimir el debate: si el texto se leyera en San Juan, la interpretación personal sería sin duda la más verosímil, porque el Apóstol gusta oponer Cristo al demonio su enemigo personal y de todos los cristianos; no se acusa semejante modo de hablar en San Mateo, y se puede sostener la interpretación común de los Latinos. Por lo demás, la discusión no es de trascendencia: cualquiera que sea la forma gramatical de la palabra, el sentido de la oración es el mismo: pedimos a Dios nuestro Padre que nos guarde de toda influencia mala, para ser suyos, y sólo de Él.

Al comienzo de su tratado sobre la Oración nos recuerda Orígenes que cuando oramos no estamos solos, sino que el Verbo de Dios se une a nosotros con los ángeles y los santos (II). Este pensamiento debe movernos, sobre todo, cuando repetimos la fórmula del Señor: todos los cristianos nuestros hermanos ruegan con nosotros también, y desde los albores de la Iglesia vienen haciéndose estas mismas súplicas a Dios nuestro Padre. Cuando las repetimos por nuestra parte, nos hallamos en comunión con esas miríadas de justos que han santificado la tierra y pueblan el cielo. Cristo mismo, según la antigua imagen preferida de Clemente de Alejandría, dirige este coro de la oración. Lo hemos dicho; hay peticiones en esta fórmula, que Jesús no puede pronunciar en nombre suyo; por ejemplo, el «perdónanos nuestras deudas», y por lo mismo, si nos manda pedir vernos libres de Satanás, no es posible que dirija por sí esta súplica, pues en Él, como lo dice el último día, no tiene parte alguna Satanás. Pero hechas estas observaciones es fácil de ver que las oraciones dictadas por nuestro Maestro son, en su mayoría, las que a Él le son familiares. Puede leerse aquella postrera de Jesús que nos ha conservado San Juan en el capítulo XVII que no tiene la forma concisa del Padre Nuestro, pues es una libre y larga efusión del corazón de Jesús recomendando a su Padre su propia persona, su obra, sus discípulos, pero los sentimientos que animan las dos plegarias son idénticos, y unos mismos bienes los que ambas imploran: la glorificación del nombre del Padre celestial, el advenimiento de su reino, la ejecución de su voluntad, el amparo contra todo mal, y una y otra se dirigen a Dios como a Padre y tienden a consumir en su amor la unidad de la familia cristiana.

A esta oración del Señor añadió San Lucas algunas enseñanzas sobre la misma materia, dadas por el propio Cristo (XI, 5-13); (cf. Mt., VII, 7-11). Partiendo de su experiencia cotidiana, Jesús demuestra a sus discípulos cómo los hombres se dejan conmover por una súplica insistente. Tal, por ejemplo, un hombre despertado a medianoche: «Amigo -le gritan desde la puerta-, préstame tres panes, que acaba de llegar de viaje un amigo y no tengo nada que presentarle.» El hombre se excusa: la casa está cerrada y todos acostados; insiste el otro, y para librarse del importuno le concede lo que pide: «Mas yo os digo: pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, alcanza, y el que busca, halla, y al que llama, se le abrirá.»

Y para hacer comprender mejor su pensamiento recurre Jesús a otro ejemplo:

Y ¿quién entre vosotros que pida a su padre pan, le dará una piedra, o si pide un pez le dará en su lugar una serpiente, o pidiéndole un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?

Los hombres son malos y avaros, y, no obstante, un padre, ¿admitirá el ruego de su hijo con engaño o irrisión, dándole en vez de las cosas buenas que demanda, objetos que más o menos se les parecen, pero que son inútiles o nocivos? ¿Y va a ser Dios para sus hijos menos dadivoso o menos bueno? Estas seguridades que Jesús da, nos sirven de garantía por su palabra y por los rasgos de bondad que se encuentran aún en los mismos hombres perversos, y que nos descubren la bondad soberana, pero todo esto ha llegado a quedar por la muerte de Cristo, todavía más seguro: «Quien no perdonó a su Hijo único, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no ha de darnos con él todos los demás bienes?» (Rom., VIII, 32).

## **VI.-LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA**

Lc., XV, 1-2: Y se acercaban a él todos los publicanos y pecadores para escucharle. Y los escribas y fariseos murmuraban por lo bajo diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos.

Estos dos versículos de San Lucas son la única introducción que pone a las tres parábolas que relata en seguida: ¿dónde y cuándo se pronunciaron? No lo sabemos. Lo que se nos dice es efectivamente todo lo que importa saber, la ocasión que les dió origen y el fin de Cristo al proponerlas: está rodeado de censores rígidos que le reprochan su condescendencia con los pecadores, y la respuesta es hacerles conocer la misericordia de Dios. Desde los albores de su ministerio, a parecidas acusaciones contestó con las palabras del profeta: «Misericordia quiero, y no sacrificio.» Aquí es más conmovedora aún su respuesta manifestada por estas palabras salidas del corazón de Jesús:



(3-7): Y les dijo esta parábola: «¿Qué hombre entre vosotros que tenga den ovejas, y si se le pierde una, no deja las noventa y nueve en el páramo y se va por la que se extravió hasta que la encuentra? Y habiéndola hallado, se la pone sobre sus hombros gozosos. Y en llegando a casa llama a los amigos y a los vecinos, y les dice: Alegraos conmigo, porque encontré la oveja mía, la que se había perdido. Dígoos que así habrá en el cielo más regocijo por un solo pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella.»

Esta parábola tráela San Mateo (XVIII, 12-14) en la instrucción sobre el escándalo: «Vuestro Padre celestial no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeñuelos.» La lección presentada aquí se une más íntimamente a la historia y la parábola es más transparente. El sucedido de que Jesús habla es de la vida diaria: en aquellos grandes páramos de Judea, donde se deja vagar el ganado, no es raro que un animal se pierda, y si el pastor no le encuentra, es res perdida porque no tiene ni instinto para orientarse ni fuerzas para defenderse. Pero el zagal corre en su busca ya que le empuja no sólo el deseo de salvar su hacienda, sino además la compasión. La encuentra, cárgala sobre sus hombros y la vuelve al redil. Imagen conmovedora, y que ha quedado tan preferida de la piedad cristiana, pues bajo esta figura del Buen Pastor cargado con su oveja gustan las pinturas de las catacumbas representar a Jesucristo.

Aquí se describe el Buen Pastor como se manifestó en el templo por la fiesta de los Tabernáculos, cuando se mostraba, sobre todo, en la seguridad y paz de la vida cotidiana, llamando a sus ovejas, llevándolas al pasto y volviéndolas, y aparecía además en los días de peligro, exponiendo por ellas su vida. Aquí se le ve, con la misma abnegación seguirlas y reunir las.

A la vuelta es la alegría, y Cristo se aprovecha de la exuberancia de las costumbres orientales para pintar a todos los amigos y vecinos invitados asociándose al contento del pastor; débil imagen del gozo del cielo. Aquí, como en San Mateo, a Dios no se le designa más que por una respetuosa perífrasis, conforme a la usanza judía: «no es ésta la voluntad de vuestro Padre celestial»; «habrá más alegría en el cielo». Pero, no obstante estas precauciones del lenguaje, ¡cómo se siente cerca del hombre el corazón de Dios!

(8-10): ¿O qué mujer hay que tenga diez dracmas, y si se la pierde una sola no encienda el candil, y barre la casa, y busca cuidadosamente hasta que lo haya? Y en encontrándola convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque di con la dracma que había perdido. Así os digo, que hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

Esta parábola, de una naturalidad tan encantadora, no se encuentra más que en San Lucas, y ciertos exegetas se desazonan por su misma sencillez. Reuss (491) piensa que no interesa igual una moneda que una oveja, y que esta pobre mujer es un personaje bien humilde para representar aquí el lugar de Dios. Wright levanta un poco todo esto suponiendo que las diez dracmas hacían un juego, inutilizado ya perdida una. Es ir a buscar muy lejos la enseñanza que Cristo ha querido poner al alcance de todos: una dracma sin duda que es bien poca cosa, algo más que un denario, pero representa el salario de una

jornada dura de trabajo. Y entonces, y en aquel país donde el dinero no abunda, a una mujer que por todo no tiene más de diez dracmas no se le pierde una sin dolor. Sabe que no se la ha extraviado fuera de casa y ya se cuidará ella de buscarla. La habitación es oscura, no entra la luz por la puerta, y en estos rincones donde todo se amontona es cosa difícil dar con una moneda. Enciende, pues, la lámpara, barre los rincones, busca por todos lados, encuentra la dracma, y sale a la puerta a enseñársela a sus vecinas, riendo de júbilo: ¡La encontré!

Así se alegrarán los ángeles con la conversión de un pecador. ¡Qué aplicación tan conmovedora después de una pintura tan ingenua! Y ¡cómo se advierte que en esta conciencia de Cristo el cielo y la tierra se juntan!; las alegrías más humildes del mundo y las dichas más sublimes del cielo se han sentido en ella lo mismo unas que otras con suma verdad y se han expresado con natural sencillez. El sentimiento es aquí un poco diverso del de la parábola anterior: allí se tenía compasión de la oveja y aquí no le hay por la dracma, pero se comprende que el menor de los pecadores causa un vacío en el tesoro de Dios, y que cuando se llena, el paraíso todo está de fiesta.

(11-24): Y añadió todavía: Había un hombre que tenía dos hijos. Y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde. Y les repartió la hacienda. Y al cabo de no muchos días, el hijo menor, habiendo recogido todas sus cosas, se ausentó del pueblo para una tierra lejana, y allí malrotó su hacienda viviendo licenciosamente. Y cuando gastó todo sobrevino por aquella región un hambre muy fuerte, y comenzó a pasar necesidad. Tanto que se vio obligado a juntarse a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a sus dehesas a guardar puercos; y apetecía llenar su vientre de las algarrobas que comían los puercos, y nadie se las daba. Y habiendo entrado en sí, dijo: ¡A cuántos criados en casa de mi padre les sobra el pan, y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, pues, e iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de ti: ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: hazme como uno de tus jornaleros. Y levantándose vino a su padre. Aún estaba lejos cuando le vio su padre, y se le enternecieron las entrañas, y corriendo se le echó al cuello y le dió paz en el rostro. Mas el hijo le habló así: Padre, pequé contra el cielo y delante de ti: ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: hazme como uno de tus jornaleros. Pero el padre dijo a sus criados: Presto, traed el mejor vestido y ponédselo, y poned un anillo en su mano y unas sandalias en sus pies, y trayendo el novillo cebado, matadle, y comamos y celebremos festín: porque este hijo mío estaba muerto y ha resucitado, estaba perdido y ha sido encontrado. Y comenzaron a celebrar el festín.

No hay entre todas las enseñanzas del Evangelio página más conmovedora que la que terminamos de leer, ni existe otra que sea tan familiar a todos los cristianos. Cada uno de los detalles de esta historia está grabado en todas las memorias lo mismo que las aplicaciones morales que de ella se han deducido. Todas son indudablemente muy legítimas, pero si en la parábola queremos escuchar la palabra de Jesús, es menester desentendernos de todas estas glosas. La presente parábola, igual que las otras del Evangelio, no se ha de tratar como una alegoría en la que cada rasgo tiene su valor simbólico, ni ha de encontrarse en la aplicación, por ejemplo, en la hermosa vestidura, la representación de la inocencia bautismal, en el anillo al Espíritu Santo, en el banquete la

Eucaristía; todas estas aplicaciones pueden originar pensamientos útiles, pero no son inspirados por el mismo Evangelio. Este cuadro, igual que los dos precedentes, nos permiten contemplar la misericordia de Dios, cuya imagen es aún más transparente y expresiva, pues mejor que el pastor y la oveja, que la mujer y la dracma, las relaciones del padre con su hijo pródigo revelan el amor de Dios por el pecador y su misericordia.

Algunos bosquejos del Antiguo Testamento permiten ya entrever esta misericordia. Véase Oseas, II, 7-9:

Su madre (la de los israelitas) se prostituyó, la que les concibió y ha deshonrado porque ha dicho: iré con mis amantes que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida. Por esto, ved que yo voy a cerrarla su camino con espinas y levantar un muro para que no encuentre ya más sus senderos. Ella perseguirá a sus amantes y no los alcanzará: les buscará y no los hallará. Luego se dirá: Iré y volveré a mi marido primero, con él era más dichosa que ahora.

Esta infidelidad seguida del arrepentimiento se encuentra sin duda bajo otro símbolo en el tema del hijo pródigo, si bien el motivo de la vuelta es parecido en una y otra parte: el alma se siente oprimida por la desgracia actual y por el recuerdo de la paz pasada. Pero el cuadro evangélico es más atrevido, y, ante todo, la actitud de Dios frente por frente del pecador está expresada con más profundidad. En Oseas, Yavé cierra el camino a la esposa infiel y la impide el volver a sus amantes; el padre del pródigo, al contrario, le entrega la parte de su herencia: es Dios dejando al pecador a los deseos de su corazón (Rom., I, 24-28), sabiendo que se cansará en balde en esta persecución estéril, y que si el hijo es recto y sincero volverá por su pie.

Según el derecho judío, la herencia se dividía a la muerte del padre entre los hijos, recibiendo el primogénito una parte doble, con la condición de sostener a su madre y a sus hermanas no casadas. Antes de la muerte, el padre podía disponer libremente de sus bienes y aun alienarlos en favor de extraños. El más joven no podía, pues, hacer valer un derecho; no poseía sino esperanzas, que era menester se realizasen. La casa paterna, el hermano mayor y el mismo padre, todo le molesta. El padre le da lo que le pide, y el joven se aleja. Pronto todo su caudal queda disipado en excesos, y el hambre se echa encima por la región donde se encuentra.

El pródigo entra al servicio de un propietario del país, y le envía a guardar puercos: era el último de los oficios para un judío. No se le retribuye y apenas si se alimenta lo necesario, llegando a envidiar la comida de los animales. Una sentencia rabínica, referida en el *Midrach* sobre el Levítico, dice: «Cuando Israel se vea reducido a las cáscaras del algarrobo, entonces se arrepentirá.» Era la miseria más profunda, y a ella, y más bajo aún, descende el pródigo, ya que este miserable pasto que le llenaría el estómago se le niega también. Entre los otros porquerizos sus compañeros, ¿quién se preocupa de este extraño? Se sabe que se ha arruinado en el vicio, y que ahora se muere de hambre: justicia de las cosas.

Mira entonces allá lejos la casa paterna donde hasta a los más pobres jornaleros se les trata bien y se alimentan con abundancia. Volver a ocupar su puesto de antes en este hogar ya no es posible; pero siquiera el último sitio en la morada de su padre, antes que la abyección en que vive. Los Salmos reproducen con frecuencia estas aspiraciones del alma:

Una cosa he pedido a Yavé que deseo ardientemente: morar toda mi vida en la casa de Yavé para contemplar su magnificencia y admirar su templo (XXVII, 4). Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo iré y apareceré delante de la cara de Dios? Mis lágrimas son mi alimento noche y día, mientras me dicen sin cesar: ¿Dónde está tu Dios? Me acuerdo con efusión de mi alma, de cuando iba rodeado de turba, y avanzaba a su cabeza hacia la casa de Dios en medio de gritos de alegría y de acciones de gracia de una multitud en día de fiesta. ¿Por qué te abates, alma mía, y andas triste? Espera en Dios, porque yo le alabaré ahora. El es mi salvación y mi Dios (XLII, 3-6). Prefiero ser el último de la casa de mi Dios, que habitar en las tiendas de los pecadores (LXXXIV, 11).

Y apretado por estas penas y remordimientos, el pródigo se decide: volverá desilusionado, pero arrepentido, y suplicará el último sitio. Y prepara lo que ha de decir a su padre: «Padre mío, pequé contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de ser llamado más hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros.»

Y el padre le descubre de lejos. Ha venido hoy una vez, todavía, por este camino por donde se fué su hijo y por el cual confía que ha de volver. De repente le divisa allá abajo, enflaquecido, la tez terrosa y hecho un harapo; ninguno le conocería, pero su padre, sí; corre a su encuentro, se arroja a su cuello y le abraza: «Padre mío, yo he pecado contra el cielo y contra ti, no soy ya digno de ser llamado hijo tuyo.» El padre no puede oír más y quiere ver otra vez a su hijo como le conoció antes de su caída. Pronto: los criados, la vestidura más bella, un anillo, unas sandalias, y que maten el becerro cebado, y a celebrar un banquete y a regocijarse, porque mi hijo que estaba muerto ha vuelto a la vida, se perdió y le hemos encontrado.

Si la parábola se concluyese aquí, ya por sí sola bastaría, pues encierra un sentido completo, como la de la oveja y la de la dracma; sin embargo, continúa Cristo, y la segunda parte tiene en su pensamiento tanta importancia como la primera:

(25-32): El hijo mayor estaba entre tanto en el campo, y como al volver y acercarse a la casa oyese el concierto de los instrumentos y los coros, llamó a un criado y le preguntó qué significaba aquello; ha venido tu hermano, le dijo, y tu padre ha matado el becerro cebado porque ha vuelto sin novedad. Y se enojó y no quería pasar. Salió, pues, su padre y le rogaba que entrase. Pero el hijo replicó: Hace tantos años que te sirvo sin traspasar jamás precepto ninguno tuyo, y nunca me diste un cabrito para divertirme con mis amigos. Pero cuando este tu hijo que te gastó la hacienda con malas mujeres llega, matas para obsequiarle el novillo grueso. Mas el padre le contestó: Tú siempre estás conmigo, hijo mío, y todo lo que poseo es tuyo, pero era menester celebrar este festín y regocijarse porque este hermano tuyo estaba muerto y ha resucitado, se perdió y lo hemos encontrado.

Este nuevo cuadro tiene la misma delicadeza de emoción que el primero: El criado aparece indiferente y ordinario: «tu hermano ha vuelto bien»; no ve más en la venida del pródigo. El hermano mayor posee el orgullo de su vida sin tacha y de sus largos servicios que su padre nunca ha reconocido, y se indigna de la misericordia manifestada con el pródigo; ni le llama su hermano ni tampoco vuelve a pronunciar el nombre de «padre». Este se muestra admirable en su condescendencia y en su tacto. Sale al encuentro de su hijo, le suplica que pase, y contesta dulce y tiernamente a sus reproches: «Tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo.» Y la parábola se termina: el heredero, ¿dejóse enternecer?; el menor, ¿perseveró? Jesús no lo dijo, pero al mayor y al pequeño tocó decirlo con su conducta.

Se han propuesto muchas interpretaciones bien diferentes sobre esta parábola. El Papa San Dámaso preguntaba a San Jerónimo: «¿Qué padre es éste que divide su hacienda entre sus hijos?; ¿quiénes son estos hijos?; ¿quién es el mayor, quién el pequeño?; ¿cómo el menor disipó con prostitutas el oro recibido?; ¿quién es el heredero, y cómo a su vuelta del campo se indigna por el recibimiento hecho a su hermano?...» Dámaso añade que conocía las explicaciones diversas que se daban: las unas, viendo en el pródigo a los gentiles y en el primogénito a los judíos; pero entonces, ¿cómo entender el que éste no haya jamás quebrantado las órdenes de su padre? Otras miran en el pródigo al pecador y en el heredero al justo; pero entonces, ¿cómo se le ha pintado envidiando a su hermano menor?

En su respuesta, San Jerónimo parte de la introducción colocada por San Lucas al principio de las parábolas, y, en efecto, es el mejor método. Vemos allí que las tres parábolas, la de la oveja, la de la dracma y la del hijo pródigo, llegan provocadas por los reproches de los fariseos, indignados al ver las relaciones de Jesús y de sus discípulos con los publicanos y pecadores. Estos dos grupos opuestos son, según esto, también los que se representan por los dos hijos de la parábola. Sin duda que se pueden hoy perder de vista estas circunstancias históricas, y para sacar la lección moral dada aquí por Jesús, considerar a los justos y a los pecadores; pero si se quieren distinguir mejor los matices del pensamiento del Maestro, es menester tener presente a los que estaban ante sus ojos, y que eran entonces, como la representación de la justicia y del pecado, los fariseos y los publicanos. Así, los antecedentes en esta parábola son parecidos a los de aquella otra del fariseo y del publicano, aunque aquí al fariseo se le trata con indulgencia grande, y repite según su costumbre: «Yo os he servido siempre, y no he traspasado nunca uno solo de vuestros mandatos.» Jesús no acota ni corrige estas orgullosas aseveraciones y se contenta con hacerle sentir la infinita remuneración de esta vida justa que el fariseo cree mal pagada: «Tú siempre estás conmigo.» ¿No es lo que el israelita decía a Yavé en el salmo?:

Yo estoy siempre contigo y tú me has tomado por la mano, tú me guías por tu consejo y tú me recibes en la gloria. ¿Qué tengo yo en el cielo más que a ti? Y en la tierra no encuentro otro placer que en ti, y mi carne y mi corazón se consumen; Dios es mi fortaleza y mi parte para siempre (LXXIII, 23-26).

Esta es la herencia del verdadero israelita: si comprende su hermosura, no puede envidiar a los demás. Pero lo olvida y no tiene conciencia de ella; no ve más que la ocupación cotidiana cuyo cumplimiento es su carga y su orgullo, y se lamenta de no haber

recibido ni un cabrito, sin fijarse que todos los bienes de Dios si los quiere, son suyos. Cristo dirá a su Padre en el último día: «Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío» (Jn., XVII, 9). Sin duda que Jesús tiene con el Padre esta comunidad de bienes por títulos únicos comunicables; pero en escala menor, todo justo unido a El e incorporado con este verdadero Hijo primogénito, podrá decir a Dios con seguridad: «Todo lo tuyo es mío también.»

Pero entonces deberá, como va a decirlo Pablo a sus fieles (Phil., II, 5), vestirse de los sentimientos de Cristo, «no considerando sólo los intereses propios, sino además los de los otros», sin creer que su Padre le hace injusticia cuando él es misericordioso con el pródigo, y como dice Jesús en otra parábola, no ser malo porque Dios es bueno.

En los corazones en que se borre el espíritu de Cristo no espere hallar el pecador perdón: el mismo justo será justiciero. Esta es la gloria del Cristiano: lleva tan alto a los arrepentidos, que los mismos justos pueden estar envidiosos, y hacer a la vez a los justos tan compasivos, que únicamente sientan alegría al contemplar de nuevo a los pródigos a su lado en la mesa del padre de familias.

Para completar esta enseñanza del Señor sobre la misericordia y la justicia se puede aproximar a la parábola del hijo pródigo la del fariseo y del publicano. Se halla contada un poco más adelante en San Lucas, que no determina ninguna de las circunstancias en que se pronunció, y únela a la del juez inicuo y, efectivamente, completa la doctrina de Cristo sobre la oración, aunque su alcance es más general.

(XVIII, 9-14): Y dijo también la parábola siguiente para ciertos pagados de sí mismos de que son justos y que tienen en nada a los demás. Subieron a orar al templo dos hombres: el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba para sí en estos términos: Gracias te doy, oh Dios, porque 110 soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, como este publicano que aquí está. Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de cuanto poseo. Pero el publicano, allá a lo lejos, de pie, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que, golpeándose el pecho, decía: Oh Dios, ten piedad de mí, pecador. Yo os lo aseguro que éste se fué a su casa justificado antes que el fariseo. Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

Los fariseos que se presentaban como los profesionales de la justicia hallábanse con frecuencia bien lejos de responder a sus pretensiones. Jesús atacó en otros sitios a estos sepulcros blanqueados de apariencia externa vistosa, pero llenos por dentro de podredumbre. San Pablo, el fariseo convertido, no fué menos severo: «Tú que enseñas a otro, no te enseñas a ti mismo. ¡El que predica no hurtar, hurta, y el que dice no adulterar, adultera!... (Rom., II, 21 sgg.) Pero esta hipocresía no era la única queja que de ellos podía tenerse. Aunque su justicia fuera real, estaba llena de orgullo y sin valor a los ojos de Dios. Tal es la lección que Jesús da aquí, y para ponerla en evidencia, la separa de todo lo restante. El fariseo que presenta a sus discípulos es fiel a todas las observaciones de la ley y de la tradición. El publicano, al revés, es verdaderamente un pecador, como se les tenía a

los de su oficio; mas el primero se complace en la justicia y el segundo implora la misericordia de Dios. Por esto, Dios desprecia al uno y se inclina hacia el segundo. Un judío, Montefiore, comentando esta parábola, escribía: «No hay en el Evangelio parábola más característica que ésta. Ninguna refleja mejor un rasgo esencial de la doctrina de Jesús. Una religión legal tiene sus peligros..., y estos peligros se apuntan de un modo inimitable en esta historia maravillosa. Ella toca el punto, descubre la llaga y es verdadera».

Todo se encierra en esta breve sentencia del Señor, que ha penetrado hasta lo íntimo la conciencia cristiana: «El que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.»

## VII.- EL MAYORDOMO INFIEL (Lc., XVI, 1-9)

Difícilmente habrá página del Evangelio que haya provocado tantos trabajos y comentarios. Las disertaciones o monografías pasan de ciento, y los que las han leído nos aseguran que no vale la mayoría de ellas la pena de verse. Muchos se han sublevado por la indignación del administrador: ¿Cómo un hombre así ha podido ponerse de modelo? Renán escribe (*Les Évangiles*, p. 276) «que en el reino de Cristo vale más hacerse amigos entre los pobres, aunque sea por la injusticia, que haber sido un ecónomo correcto». La acusación no es de ahora, y se halla ya en Juliano el Apóstata. Inversamente, se encuentran exegetas que toman la defensa del administrador. Wright piensa que estos deudores cuyos pagarés reduce eran gerentes injustamente gravados, como lo son, por ejemplo, los de Irlanda, y al disminuirles los arriendos, pretendía hacerles justicia, a la vez que servicio a su dueño, que no podía encontrar su interés exigiendo a sus arrendatarios más de lo que produce la tierra.

Todo esto podrá ser ingenioso, pero violenta el Evangelio: es evidente que Jesús presenta al administrador como un hombre malo. Pero no le alaba por eso, y si propone su ejemplo, es por su habilidad en haberse sabido arreglar. En su mundo, y con sus semejantes, los hijos del siglo son más hábiles que los hijos de la luz. Esta es la lección apuntada por el Señor. Todos los demás detalles que la acompañan no tienen valor separadamente, y se dirigen sólo a esclarecer el apólogo y hacerle comprender mejor.

El ecónomo en cuestión no es un esclavo, y el dueño no le amenaza con venderle, sino sólo con despedirle. Es probablemente un liberto, como lo eran la mayoría de estos intendentes, y sus vicios son los de su profesión, ya que, en Oriente al menos, estos abusos de confianza son cotidianos. El amo no toma a su cargo la gestión de su fortuna, pero las denuncias le abren los ojos. El administrador, obligado por su dueño, no trata de justificarse, pues sabe que su gerencia no tiene defensa, y por otra parte cuanto ha robado no lo puso en seguro, sino que lo gastó como el hijo pródigo. Ni el trabajo ni la mendicidad le convienen, y es preciso ganarse amigos aprovechando sus últimos días de poder. Las propiedades de su administración componíanse, según parece, como la mayoría de las heredades de Palestina, de campos de trigo y de olivos; los créditos de su dueño eran

pagaderos en especie, de grano y aceite, y se ha supuesto que se trataba de centros de alquiler. Si la suposición es exacta, el intendente infiel tenía doble interés en reducir el coste, y no solamente hacía un favor a sus deudores, sino que a la vez quitaba de en medio el rastro de sus sustracciones. El bato, de que se habla aquí, representaba alrededor de 39 litros, si era el bato de Galilea; se calcula que estos 39 litros de aceite podrían valer como 2.500 pesetas; era, pues, un tonel de vino de 1.250 pesetas lo que el intendente regalaba al deudor. Cien coros de trigo valdrían, poco más o menos, 25.000 a 30.000 pesetas, y la rebaja consentida de 20 coros subía a 5.000 ó a 6.000 pesetas. Estas cifras son bastante modestas en valor absoluto, pero, para la época, representaban una suma considerable. La corrección de los recibos no era tan difícil si estaban escritos en tabletas de cera. Por lo demás, el oficial no tenía duda de su ensayo. Hacía entonces por los gerentes lo que había hecho más de una vez en provecho propio.

Cuando el amo supo todo esto no pudo menos de confesar que «decididamente era un hombre hábil».

La aplicación es fácil de sacar en esta historia: este pícaro ha sido prudente y avisado; los hijos de la luz, ¿han de serlo menos?

Los malos tienen en sus manos esta riqueza mal adquirida y esta mammona de iniquidad, que poseen por poco tiempo y pronto les faltará; que se aprovechen, pues, de ella para ganarse amigos que les reciban después de su muerte.

Se pregunta: ¿cómo se sabe que los pobres estarán allí arriba antes que nosotros esperándonos? ¿Han de morir primero? Es una dificultad sólo para los que olvidan la escena del Juicio: «Tuve hambre y me disteis de comer.» «Lo que hicisteis con el más pequeño de los míos a mí me lo hicisteis.» En este día supremo, Cristo nos esperará rodeado de los suyos, de sus discípulos y de sus amigos. Ved los que han de recibirnos en los eternos tabernáculos.

### **VIII.-EL RICO MALVADO (Lc., XVI, 19-30)**

La lección que aquí se expone está completada por el contraste de una segunda parábola propuesta por Cristo y referida algunos versos más allá en el mismo capítulo.

En esta parábola se ha querido ver una alegoría: algunos han hecho de Lázaro el pueblo judío oprimido por los poderosos, y los cinco hermanos del rico serían los cinco Herodes, desde Herodes el Grande, Arquelao, Filipo, Antipas, Agripa I y II; otros han visto a los cinco hijos del sumo sacerdote Anás. Godet dice muy bien (p. 221): «¿Jesús se hubiera rebajado a semejantes alusiones personales?».



En realidad, tenemos aquí puesta en acción, lo mismo que en las demás parábolas, una enseñanza moral, y cada detalle de por sí no tiene un valor simbólico; lo significativo es todo el conjunto. Pero ¿cuál es esta significación? Los que quieren convertir a San Lucas en un ebionita lo hacen por esta parábola, sobre todo por el versículo 25. En él se contiene, dicen, una especie de ley del Talión: los que acá abajo gozaron de la fortuna han de ser atormentados en el otro mundo, mientras que los miserables de aquí serán consolados en el cielo. Semejante ley de inversión de papeles es de una sencillez brutal, a que no responde en este sitio la doctrina de Jesús; cuando el rico Epulón suplica que se advierta a sus cinco hermanos, no piensa que hayan de tomar por eso los harapos de Lázaro, sino hacer penitencia y oír a Moisés y a los profetas.

Por el contrario, muchos exegetas creen que el rico ha sido condenado por su crueldad con Lázaro. Es una interpretación que se presenta bastante naturalmente, pero que el texto no impone. El P. Buzy multiplica contra ella las objeciones que no carecen de alcance: «El rico no hace apenas más que mantener su rango y vivir como los de su clase. En todo caso, de su pretendida inhumanidad el texto no dice palabra. Insinúa, mejor, lo contrario cuando nos pinta al pobre a la puerta del rico, que estaba allí tendido... por costumbre y allí ganaba su vida... En Palestina, los Lázaros astrosos y cubiertos de úlceras son legión, y se dan por satisfechos si los ricos les aseguran la comida que les libra de morir de hambre. La petición del rico a Abrahán no tendría sentido si al pobre se le hubiera tratado inhumanamente... Yo creo que, de reconocerse culpable en este particular, hubiera solicitado la intervención de todos los santos del Paraíso antes de acudir a su antiguo cliente».

El P. Buzy concluye: «Si yo no me engaño, después de todas estas razones, queda hecha la prueba: el rico sale disculpado del reproche de inhumanidad, y el texto no menciona ni las causas de su condenación ni las de la salvación de Lázaro... La parábola no eleva a ley un hecho constante: anuncia sólo una posibilidad que puede convertirse en efectiva. La posesión de los bienes de este mundo no sólo no garantiza la consecución de los del más allá, sino que es posible el que sea uno arrojado del seno de la opulencia a las llamas de la gehenna. Por lo mismo, la miseria material no sólo no constituye un estado definitivo, sino que puede ser que los pobres cambien su lamentable condición por los honores inefables de la bienaventuranza».

Es sin duda ésta una explicación muy prudente; pero tal vez lo sea en demasía. Comprendida así la parábola, no encierra apenas más que esta enseñanza, y parece que el acercamiento intentado por San Lucas no orienta hacia una más plausible interpretación: el administrador infiel se asegura su porvenir, cosa que al rico imprudente ni siquiera se le ocurrió, y en el gran día se encuentra sorprendido de improviso. De esta despreocupación pretende preservarnos Jesús, que no nos presenta a un hombre particularmente despiadado, vicioso o cruel, sino a un hombre que únicamente piensa en gozar de su fortuna, y a quien la muerte sorprende inesperadamente. Hubiera podido también granjearse amigos que le

hubieran recibido en los eternos tabernáculos, pero no pensó en ello; dejó al pobre mendigo comer las migajas de su mesa, sin hacer más por él, y después de su muerte se encuentra en el infierno, mientras que al pordiosero le llevan los ángeles al seno de Abrahán. La lección de las parábolas es, según eso, «la necesidad de pensar a tiempo en el porvenir de ultratumba, frente a los bienes terrenales. Este hombre rico es la única figura colocada en primer término. Lázaro pertenece al marco, y su persona es tan importante en el lienzo como la de los cinco hermanos. Ahora bien: para pensar en el futuro, el hombre está suficientemente instruido, pues tiene a Moisés y a los profetas». Es menester recordar, no obstante, que no sin motivo ha colocado Jesús al pobre en el seno de Abrahán. Sin duda que su miseria no bastaba para salvarle, y él también a su vez debía escuchar a Moisés y los profetas y hacer penitencia; pero su misma condición le hace esta penitencia más fácil y le desenreda de las espinas y de los lazos que tienden las riquezas.

Comparemos con esta parábola aquella otra, más corta, contada un poco más arriba por San Lucas:

(XII, 16-21): Y érase un hombre rico, cuyas tierras llevaron una abundante cosecha. Y echaba consigo sus cuentas y se decía: ¿Qué haré, que no tengo sitio para recoger todos mis frutos? Y dijo: Haré lo siguiente: derribaré mis graneros y construiré otros más capaces y en ellos meteré todos los frutos de trigo y demás bienes míos. Y luego diré a mi alma: alma mía, tienes repuesto para muchos años; descansa, come, bebe y date buena vida. Y le dijo Dios: Insensato, esta misma noche te arrancarán el alma, y lo que amontonaste, ¿para quién será? Así es el que atesora y no se enriquece para Dios.

Esta parábola es tan diáfana que huelga todo comentario. En otros sitios, tal vez cueste trabajo separar la lección principal de los detalles accesorios; mas aquí el propio Señor nos lo ha ahorrado, no dejando en escena más que al rico y a Dios, y aun entonces Dios no interviene sino al fin y de improviso. El adinerado no piensa en otra cosa que en gozar lo más posible, y el único problema que se propone ante la plenitud inmensa de sus cosechas es saber cómo podrá entrojado todo, guardarlo todo y gozar; y el problema se resuelve pronto: destruirá los graneros y levantará otros mayores, y entonces el disfrute quedará asegurado para muchos años; no tendrá más que sentarse a la mesa y divertirse. Pero es la hora de Dios: «esta misma noche te pedirán tu alma».

Ante estos cálculos egoístas, tan trágicamente frustrados, la doctrina del sermón del monte aparece más apremiante, y en este pasaje es, en efecto, donde San Lucas trae algunas de aquellas sentencias (XII, 22 sgg.):

Por eso no os inquietéis por la vida, qué hayáis de comer, ni por el cuerpo, con qué os habéis de vestir. Más es la vida que el sustento, y el cuerpo que el vestido. No os preocupéis de lo que habéis de beber o de lo que habéis de comer. Todas estas cosas las buscan las gentes del mundo; mas vuestro Padre sabe que las habéis menester. Buscad más bien el reino de Dios y todas las cosas se os darán por añadidura. No temas, pequeña grey, porque a vuestro Padre plugo daros el reino. Vended lo que tenéis y dad limosna; haceos bolsas que no envejecen, tesoro en los cielos que no disminuye y donde no llega ladrón ni

estraga la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

Ya hemos comparado (I, p. 155 y sgg.) estas máximas del Señor con las que refiere San Mateo, y hemos hecho notar las diferencias que las distinguen: en San Mateo recomienda Jesús las disposiciones interiores y el desprendimiento de las riquezas; San Lucas va más lejos, y exige la renuncia efectiva. En la época a que hemos llegado, esta forma de la doctrina de Cristo se comprende más fácilmente: el «pequeño rebaño» que tiene ante sí no es ya la turba que se oprime en su derredor en la Galilea, junto a las riberas del lago, que le seguía algunas horas, o a lo más varios días, para volver a sus labores de costumbre. Ahora es el grupo de Apóstoles y de discípulos que lo han dejado todo por Él, que le acompañan a través de la Judea o que prosiguen ellos mismos, de aldea en aldea, el trabajo de evangelización. El reino de los cielos les pertenece, pero han de remitir al Padre celestial todas las preocupaciones de su existencia. Otra vez aparece aquí esta transformación del ministerio evangélico, observada ya en más de una coyuntura: no se extiende, como de primero, al pueblo entero, sino que se concentra sobre la pequeña grey de los discípulos, al mismo tiempo que manifiesta más exigencias y requiere una perfección más alta.

Este rasgo aparece particularmente en el episodio del joven rico.

## **IX.-EL JOVEN RICO**

Pertenece el suceso al período que estudiamos ahora (el viaje por la Judea), y se lee en los tres sinópticos, aunque está, sobre todo, detallado en San Marcos, X, 17-31 (Mt., XIX, 16-30; Lc., XVIII, 18-30).

No sabemos más de este joven que lo que los evangelistas nos hacen conocer aquí; pero el breve esbozo es enternecedor. Ha guardado fielmente la ley, desea con sinceridad la vida eterna, y cuando llega a arrodillarse delante de Jesús y le pide consejo, hay en él tanta ingenuidad y rectitud, que el Señor le mira y le ama. Y, no obstante, le falta una cosa, que no tiene ánimo para cumplir: vender su hacienda, darla a los pobres y seguir a Jesús. En vano le promete Cristo un tesoro en el cielo; el cielo está muy lejos y su fortuna la toca con la mano: se le siente cogido en aquella red de espinas de que hablan las par á bolas del lago. Al escuchar las exigencias de Jesús, se torna sombrío, se desanima y se marcha. ¿Cuánto tiempo iba a disfrutar sus bienes? En el estado precario en que se hallaba el país, ¿cuántos años le dejarían los romanos la libre disposición de sus posesiones? No lo sabía; pero a quien sólo tiene una fe vacilante, las incertidumbres más negras le parecen más firmes que las mismas promesas divinas.

La mirada de Jesús, que se había posado sobre él, va ahora a sus discípulos, y les dice tristemente: «¡Cuán difícil es que entren los ricos en el reino de Dios! Se admiran, y repite Cristo: «Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios.» De este asombro de los discípulos que nos pintan los evangelistas

participaron después, en los primeros tiempos de la Iglesia, los lectores del Evangelio. Clemente de Alejandría se esfuerza por disipar estas perplejidades en su homilía: «¿Qué rico se podrá salvar?» Se han querido suavizar las asperezas de este texto por interpretaciones benignas, haciendo del camello un cable, o del ojo de la aguja una de las puertas de Jerusalén. Estos ingenuos artificios son imposibles; el texto queda; la salvación es imposible al hombre, pero no a Dios. Por lo demás, la afirmación que se hace a propósito del rico se extiende a todos los hombres: todos deben renunciarse y seguir a Jesús llevando su cruz, y para todos, esto es una carga sobre sus fuerzas, que Dios sólo puede sostenerla en ellos. Asimismo, no es tanto la expresión lo que desconcierta a los discípulos, cuanto el pensamiento: «¿Quién se podrá salvar?» Clemente de Alejandría se pregunta: «¿Qué es lo que provoca este temblor de los discípulos?; nunca habían sido ricos, habían dejado lo que tenían, pero comprenden en este momento la renuncia imperiosa que Jesús les pide, y ven a este joven guardador fiel de la ley, sinceramente deseoso de la vida eterna, y sin valor para dar el precio: ¡cómo aparece aquí la terrible seriedad de la vida cristiana!» La respuesta de Cristo es afirmarse de nuevo levantando la esperanza humana por el pensamiento del auxilio divino: «Esto es imposible al hombre, pero no a Dios, que todo lo puede.»

Pedro se recobra al oír esto y presenta a Jesús con cierto orgullo los sacrificios que ellos han hecho: «Ves, Señor, que nosotros hemos dejado todas las cosas por seguirte»; a lo que Jesús contesta con la promesa de la recompensa, cuya perspectiva es menester prolongar para enseñar a otros discípulos que tiene delante, que no serán ellos los únicos que han de abandonarlo todo. Estas palabras, lo mismo que la escena del joven rico, inquietan a los exegetas protestantes, como Godet, II, 252: «El acto, verdadera condición para entrar en el cielo, está indicado por la última frase, a la que se dirige todo: Sígueme. El modo de seguir a Jesús se ha transformado con el tiempo. Entonces, para acercarse a Él con el corazón, era menester seguirle externamente, y por consecuencia abandonar su posición terrena. Hoy, que Jesús no vive ya corporalmente, la condición espiritual es la única, pero con todas las secuelas morales que resultan de las relaciones con Él, según el carácter y la posición de cada uno.»

La Iglesia católica, en todos los períodos de su historia, ha comprendido de otra manera estas palabras. San Pablo las tomó a la letra como lo había hecho San Pedro, y después de los Apóstoles, sus discípulos llevaron vida semejante. Bastaría, para probarlo, recordar la admirable descripción que hace Eusebio de la vida de los evangelistas sucesores de los Apóstoles (supra, pág. 43, n. 1). Cuanto a la recompensa prometida por Cristo, distínguense dos estados diversos: en esta vida, el céntuplo: casa, hermanos, madre, hijos, tierras, con las persecuciones, y este rasgo postrero basta para probar que no se trata de un paraíso terrenal. Pero el estadio último en el siglo venidero es la vida eterna. Y entonces aparecerá aquel gran cambio de papeles tantas veces vaticinado en el Evangelio: los primeros serán los últimos, y los últimos pasarán al primer puesto.

### **CAPÍTULO III**

#### *LA FIESTA DE LA DEDICACION. LA RETIRADA A PEREA*

I.-La fiesta de la dedicación

II.- Jesús en Perea

## **I.-LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN**

Los últimos relatos de San Juan nos presentaban a Jesús en Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos. Pasados dos o tres meses llegó el invierno, y por entonces se celebraba la fiesta de la Dedicación.

El origen de esta solemnidad cuéntalo así el libro de los Macabeos, I, IV, 59 (después de la purificación del templo por Judas Macabeo):

Judas, sus hermanos y toda la asamblea de Israel decidieron que el día del aniversario de la dedicación del altar se celebrase todos los años con gozo y alegría, y que durase la fiesta ocho días a partir del 25 del mes de casleu.

Igual escribe Josefo, A.J., XII, 7, 7:

Las fiestas celebradas por Judas y sus conciudadanos en honor de la restauración de los sacrificios en el templo duraron ocho días; no omitió ninguna suerte de regocijos: obsequió a sus compatriotas con ricos y magníficos sacrificios, e hizo cantar los himnos y los salmos destinados a la vez a ensalzar la gloria de Dios y a regocijar al pueblo. Viéronse tan dichosos de poder volver a sus costumbres y de recuperar después de tan largo tiempo y de una manera tan inesperada la libertad de su culto que decretaron una ley para que sus descendientes celebrasen todos los años durante ocho días la restauración del Templo. Y desde entonces hasta hoy celebramos esta fiesta, que llamamos la solemnidad de las antorchas, nombre que se le dió, a lo que pienso, porque esta libertad nos había venido de una manera inesperada.

En un principio esta fiesta era muy semejante a la de los Tabernáculos (II Maccha., X, 6): «Celebraban con alegría diez días de fiesta según el rito de la solemnidad de los Tabernáculos, recordando que poco antes habían celebrado aquella fiesta en los montes y cavernas como bestias. En las manos llevaban varas, ramos verdes y palmas, en honor del que les había procurado el gozo de purificar el lugar santo.» Pronto se diferenciaron las dos solemnidades: la fiesta de la Dedicación *Hanouka* fué la fiesta de las antorchas, en la que el templo y todas las casas particulares se iluminaban.

Como en la solemnidad de los Tabernáculos, se cantaban los salmos del *Hallel* (ps. 113-118), acompañados con flautas; cuando los levitas habían entonado el primer verso, lo repetía el pueblo, y después de cada uno de los versos siguientes respondía: *Halleluyah*.  
¡Gloria al Señor!

Esta fiesta religiosa era, más aún que las otras, una festividad nacional en la que se festejaba la purificación del templo, profanado por los asirios y luego por los griegos. Era, a la vez, la liberación de Israel. Entre estas luces y gritos de alegría apareció Jesús. Era por el mes de diciembre, y hacía frío; Cristo se detuvo en el pórtico de Salomón, que debía ser más tarde el sitio de reunión de los primeros cristianos y, por decirlo así, la primera basílica cristiana (Act., III, 11; V, 12).

San Cirilo de Alejandría, comentando este relato de San Juan, piensa que la presencia de Jesús no es por participar en la fiesta de los judíos, sino únicamente por encontrar al pueblo reunido y predicarle (P. G., LXXIV, 16). Es una interpretación bastante natural en un autor del siglo v, para quien las solemnidades judías no eran más que abominaciones; pero en tiempo de Cristo no sucedía eso: «La salvación viene de los judíos», y el Señor se mezcla con la turba que ora, y participa de sus plegarias y de su alegría, aunque para El no hay solemnidad tranquila, pues los que le rodean son enemigos que le espían.

Los judíos le rodearon y le decían: ¿Hasta cuándo nos tienes suspensa el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo francamente. Jesús les contestó: Os lo dije y no creéis: las obras que yo ejecuto en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen. Y yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me dió es mayor que todo, y nadie es poderoso a arrebatarlo de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una misma cosa (Jn., X, 24-30).

Se escucha aquí un eco de las enseñanzas de la fiesta de los Tabernáculos: es la misma doctrina y la misma acogida la que se le tributa; sólo las ovejas del Buen Pastor oyen su voz, y los que ahora le rodean no son sus ovejas. Le cercan, pero no como las turbas galileas cuando los discípulos le decían (Mc., V, 31): «La multitud te oprime por todas partes, ¿y preguntas que quién te ha tocado?»; entonces era el apiñamiento entusiasta, y hoy, si bien le rodea, pero es para impedir su fuga y para prenderle, y la cuestión propuesta no va a otra cosa; se le quiere condenar. San Crisóstomo observa con mucha finura (LIX, 337): «Cuando les enseña por sus discursos, le dicen: ¿qué señal haces para que creamos en ti? Cuando les propone la demostración de sus obras le replican: «Si tú eres el Cristo, dílo claramente. Las obras gritan, pero ellos quieren palabras, y cuando las palabras les enseñan, se esquivan y piden obras.»

Jesús se contenta con recordarles sus afirmaciones anteriores y las obras por las que las ha sostenido, pero añade inmediatamente que si no creen es porque no son sus ovejas.

«Y yo doy la vida eterna...» Aun hablando a sus enemigos que le buscan para matarle, no piensa Jesús más que en salvarles, y como lo hace siempre, les pone ante los ojos la recompensa infinita y eterna, que da a los suyos. Esta seguridad, que el Buen Pastor prometía antes bajo la imagen del aprisco y de la puerta, la ofrece ahora bajo una imagen

más expresiva: sus ovejas están en sus manos, y nadie se las podrá arrancar; quien está asido por esta mano todopoderosa no tiene ya que temer al ladrón ni al lobo.

Y de repente, para hacer esta omnipotencia más segura, revela Jesús el gran misterio: «Lo que el Padre me dió es mayor que todo...; el Padre y yo somos una sola cosa.» ¿Qué es, pues, esta cosa más grande que todas las restantes que el Padre le dió, y que hace que sea con El una misma cosa? Es su naturaleza divina, que tiene de su Padre, y que le es común con su Padre: «El Padre, engendrando al Hijo le ha dado el ser Dios; engendrándole, le ha dado ser eternal como El; engendrándole, le ha dado ser su igual. Ved lo que es mayor que toda otra cosa». Esta afirmación está subrayada aún por la repetida insistencia: «Nadie puede arrebatárselas de la mano de mi Padre. El Padre y yo somos una misma cosa.» Existe, pues, entre los dos una comunidad de poder, y este poder común tiene su raíz en la unidad de naturaleza. La afirmación es categórica, y los judíos no se engañan aunque se irritan: «Los judíos-observa San Agustín-comprendieron lo que no comprenden los arrianos; si se sublevan, es que han visto que no podía decir: «Mi Padre y yo somos una sola cosa», sin afirmar la igualdad del Padre y del Hijo.» Pero esta invitación déjanos comprender sus disposiciones: pedían a Jesús una declaración categórica; la oyen y se indignan. Sin duda que no es la que esperaban. Querían urgir a Cristo a renegar de sí mismo o a comprometerse por su respuesta, cálculo que será desde ahora el de los sanedritas en el último día: «Si tú eres el Cristo, dínoslo a nosotros» (Lc., XXII, 67). Pero contaban, sobre todo, con las aspiraciones políticas que despertaba el título de Mesías, y si el Señor las confesaba, ellos le denunciarían a los romanos; si se echaba atrás, perdía su autoridad entre las turbas. Es el cálculo que reconoceremos también pronto en la pregunta sobre el Hijo de David. Jesús no puede seguirles en este terreno; no lo hará en la Pasión, y tampoco ahora; desde que se le urge sobre su título de Cristo, acentúa el alcance puramente religioso: su reino no es de este mundo. Por eso, en esta discusión transporta inmediatamente a sus oyentes de aquel plano al suyo: la fe, la vida eterna, el Padre, su unidad con El, es lo que de nuevo les predica: sin duda que sus enemigos, ciegos, tomarán sus afirmaciones por blasfemias y querrán apedrearle, como más tarde en la Pasión gritarán ¡blasfemo! y le conducirán a la muerte; pero si Jesús no escapa al peligro, por lo menos disipa el equívoco: quiere morir y morirá; pero por haber dado testimonio de sí mismo como mártir de la verdad religiosa, no por haber pretendido la realeza y sublevado al pueblo.

Así, en este conflicto que se terminará con su muerte, Jesús manifiesta esta seguridad todopoderosa por la que domina a sus adversarios; fuerza que se afirma particularmente en el verso 28: «Nadie las puede arrancar de mi mano.» Se puede ver aquí una alusión al ciego de nacimiento echado antes de la sinagoga por haber creído en Cristo, y de un modo más general, a todos sus discípulos, humildes y débiles como ovejas, pero a los que Jesús tiene en su mano, y a los que ningún poder será capaz de arrebatárselos.

Cogieron los judíos piedras para apedrearle otra vez y respondiósles Jesús: Muchas buenas obras os he hecho admirar venidas de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondieron los judíos: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia, y porque siendo hombre, te haces Dios a ti mismo. Respondiósles Jesús: ¿No está escrito en

vuestra ley que yo dije: dioses sois? Si, pues, llamo dioses a quienes se dirigió la palabra de Dios, y no puede anularse la Escritura, a quien el Padre santificó y envió al mundo, ¿vosotros decís: blasfemas, porque dije: soy hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creáis a mí, creed a las obras, para que entendáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. Trataban, pues, de echarle mano otra vez, pero él se les fué (31-39).

Estos versículos del Evangelio desconciertan a muchos lectores, a los cuales, después de las declaraciones tan terminantes que acaban de leer, háceles la impresión de tropezar aquí con una atenuación de la verdad que acaba de proclamarse. Antes de discutir esta impresión, recojamos una consecuencia que se desprende: «Es absolutamente imposible -observa Godet (p. 204)-suponer que un escritor posterior, inventor de la teoría del Logos, haya imaginado una argumentación como la que se encierra en este trozo. ¿Cómo un hombre así ha podido pensar en prestar a Jesús un razonamiento que, superficialmente comprendido, parece contradecir a todo lo que le ha hecho afirmar hasta ahora relativo a su divinidad? Esta manera de discusión lleva evidentemente el carácter de la actualidad histórica inmediata, y atestigua a la vez la inteligencia más viva del Antiguo Testamento. De verdad, todo este discurso no puede atribuirse a otro que al mismo Jesús.» «Supongamos -dice en otro sitio (p. 261)- que fué el evangelista quien inventó toda esta argumentación; ¿hubiera podido resistir el presunto autor de la teoría del Logos a la tentación de poner aquí en boca de Jesús esta denominación favorita por la que le había apellidado en el prólogo? Era la gradación completamente natural; la Ley llama dioses a los que se dirige la palabra, pues ¿cuánto menos me pueden acusar de blasfemo a mí, que soy la Palabra misma, cuando me atribuyo el título de Dios? Juan no sucumbe a esta tentación que no existía para él, porque se limitaba a redactar fielmente lo que había dicho su Maestro.»

Estas reflexiones son preciosas para que no las recojamos, ya que ellas nos indican por lo demás la verdadera posición del problema: no es menester considerar esta disputa como las otras escenas del Evangelio, o como las exposiciones teóricas del dogma cristiano, dirigidas en primer término e inmediatamente a todas las generaciones cristianas; sin duda que Jesús nos habla aquí, pero a los que ante todo se dirige es a los interlocutores judíos. Se han sobreexcitado con la grandeza de sus afirmaciones, se irritan y le quieren apedrear, pero su hora no ha llegado; no quiere llevar el conflicto al paroxismo, ni sobre todo abandonar toda esperanza de conducir estas almas débiles a las que la verdad ciega; por otra parte, no quiere ni puede retirar nada de lo que ha dicho, y su esfuerzo estará en contener este ataque, y sobre todo en hacerles la verdad aceptable, presentándosela bajo otro aspecto diferente y a una luz menos cruda. El movimiento es del todo parecido al del final del sermón sobre el pan de vida. Allí Jesús · tenía ante sí oyentes débiles a quienes sus afirmaciones desconcertaban o exasperaban; que El haya venido del cielo, que les dé su carne por manjar y su sangre por bebida, misterios que no pueden soportar, y Cristo no retira una palabra, pero les encamina por otra ruta diciéndoles: «El espíritu es el que vivifica, la carne no es nada.» Si se dejan llevar por este sendero, llegarán a entender que la carne de Cristo es vivificante, porque está unida a la divinidad, a quien sirve de instrumento. Aquí lo mismo, la discusión queda desplazada por Jesús con miras a deshacer las objeciones más apremiantes: los judíos tienen pesando sobre sus inteligencias la incomunicable majestad de Yavé, y las afirmaciones de Cristo les parecen una usurpación



blasfema. Jesús les demuestra cómo en el Antiguo Testamento esta majestad se comunicó a puros hombres, a los jueces, y con mayor razón puede El sin blasfemia reivindicar una comunicación más alta, que por lo demás no precisa aún.

Para hacer comprender toda la distancia que le separa de estos dioses, dice Jesús que a ellos se les dirigió la palabra de Dios, pero que con El ha sucedido mucho más: el Padre le santificó y le ha enviado al mundo. Esta santificación es la consagración por la que el Padre le dedicó a su obra de aquí abajo, y por eso en su oración sacerdotal le dirá Jesús rogando por sus discípulos: «Santifícales en la verdad, porque tu palabra es la verdad; lo mismo que tú me enviaste al mundo, así les envío yo al mundo, y por ellos me santifico, para que ellos se santifiquen en verdad.» Estas palabras se pronunciaron unas horas antes de la muerte de Cristo, y esta santificación es la consagración suprema por la que se prepara al sacrificio.

Así parece que es menester entender la consagración con que el Padre le ungió al enviarle al mundo.

Y después de haber desviado de este modo el ataque de sus adversarios y haberles orientado hacia una inteligencia más recta de su unión con el Padre, prosigue Jesús mostrándoles sus obras. Aquí, como en muchas ocasiones, el testimonio de las obras se invoca sólo como un recurso supremo para convencer a los que rehúsan creerle de otro modo: «Si no me creéis, creed a mis obras.» Las ovejas de Cristo que conocen su voz, no necesitan otra prueba que su testimonio (VIII, 14); pero los que tienen fe más lenta y menos perspicaz deben por lo menos encontrar en sus obras el motivo determinante que les decida.

Todos estos esfuerzos no desarman a sus adversarios, los cuales buscan cómo apresarle, pero El se esquivo y se va.

Y se dirigió otra vez al lado del Jordán, al sitio donde Juan estaba bautizando primero, y allí moraba. Y muchos vinieron a él, y decían: Juan no hizo ningún milagro; pero cuanto dijo acerca de éste era verdadero. Y muchos creyeron en El de los de aquella región (40-42).

Este diseño tan breve, pero tan sosegado, nos calma de todas las luchas de Jerusalén: el mismo evangelista sintió el encanto de estos recuerdos. Allí había seguido a Juan Bautista y allí por vez primera se había juntado a Jesús, terminando de este modo el relato de sus excursiones apostólicas en el punto mismo donde las comenzara. Entre estas poblaciones de la Perea, la influencia del Sanedrín se sentía menos y la memoria de Juan vivía siempre fresca: Gustaba recordar entonces el evangelista cuanto dijera el Bautista de este joven Maestro cuyos milagros y acento habían removido toda la Judea; Juan no había hecho milagro alguno, pero le habían anunciado, y todo lo que dijo se cumplió con creces. De este modo, aun desde ultratumba, continuaba el Precursor su oficio, y proseguía conduciendo a Jesús a los que su voz había conmovido.

Esta estancia en Perea sobre la que San Juan se detiene tan poco, cuéntanla más extensamente los sinópticos. Antes de estudiar su narración, echemos una mirada última sobre las escenas que acabamos de leer. Muchas veces, ya sea en Galilea o en Jerusalén, hemos visto la hostilidad de los fariseos y sus designios homicidas; aquí, por vez primera, sus ataques se precisan en la forma en que aparecerán en la Pasión de Cristo; entonces harán lo que hacen hoy: provocar a Jesús a declaraciones mesiánicas que rechazarán en seguida como blasfemas: «Si tú eres Cristo, dínoslo», y a continuación: «Vosotros oísteis la blasfemia, digno es de muerte.» Creerán triunfar, cuando lo que hacen es seguir a Jesús al terreno que El mismo se escoge: nada de falsos pretextos sobre el sábado o la Ley, nada de proceso político sobre la realeza del Mesías; el conflicto será puramente religioso entre el Hijo de Dios, que se afirma en su confesión, y los incrédulos que le rechazan (Lc., XIII, 1-5).

En este mismo tiempo se hallaban presentes algunos que vinieron a darle la noticia de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios. Y respondiéndoles, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos fueron pecadores sobre todos los galileos porque padecieron así? Os aseguro que no; antes bien, si no hicieris penitencia, todos pereceréis de manera parecida. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿os parece que fueron deudores sobre todos los que habitaban en Jerusalén? Os digo que no; y que si no hicieris penitencia, pereceréis todos del mismo modo.

Estas dos sentencias júntalas San Lucas a otras enseñanzas de Cristo que recoge en el capítulo precedente sobre la avaricia, la limosna y la vigilancia, de las cuales no pretendemos fijar el sitio ni el tiempo; pero como los sucesos que dan ocasión a estos dichos pasaron en Jerusalén, pueden enlazarse con la venida de Cristo a la ciudad santa. La doctrina del Señor es la que hemos recogido en la historia del ciego de nacimiento (Jn., IX, 2), que las calamidades humanas no deben considerarse como castigos reservados por Dios a los más grandes pecadores, ya que todos lo somos y estamos expuestos a infortunios semejantes.

La catástrofe de Siloé no la conocemos y la revuelta de los galileos sabémosla sólo por este texto, aunque nos quedan otros hechos semejantes sobre los galileos, siempre turbulentos, y sobre Pilato, siempre cruel.

Se ha conjeturado que esta sublevación fué aquella en la que Barrabás perpetró el homicidio, causa de su arresto, y se ha supuesto además que esta represión brutal y este asesinato de tanto galileo fué el origen de la desavenencia entre Pilato y Herodes. Son conjeturas bastante verosímiles, pero sólo conjeturas. Lo que sobre todo interesa es sacar de estos hechos lo que ciertamente importa para la historia de Cristo.

De un lado, vese por este rasgo el carácter de Pilato, cruel y violento; no es sólo Josefo al presentarle así, pues Filón hace hablar en estos términos a Agripa en su carta a Cayo:

Pilato, que era procurador de Judea, consagró en el interior de Jerusalén, en el palacio de Herodes, unos yelmos de oro, no tanto por honrar a Tiberio cuanto por disgustar al pueblo... La noticia se corrió, y el pueblo entero se reunió, comisionando al procurador a los cuatro hijos del rey... Pilato opuso a estas súplicas una repulsa llena de rencor, porque era un carácter duro y terco. Entonces gritaron: No nos dirigiremos más a ti y enviaremos diputados para que lleven una súplica a nuestro Señor. Esta última frase aumentó su irritación más que todo lo precedente. Temió que si enviaban los comisionados, se iban a descubrir sus demás fechorías de administración, sus vejaciones, rapiñas, injusticias y ultrajes, los ciudadanos a quienes había hecho padecer sin juicio y, en fin, su crueldad insoportable (Legat., 38, 299).

Tiberio desaprobó al procurador y le obligó a transportar los yelmos desde Jerusalén a Cesarea. Este incidente deja aparecer, una vez más, el carácter de Pilato y su administración. ¡Y a este hombre, que hace perecer a los ciudadanos sin juzgarles, va a ser entregado pronto el Señor!

Y ante este gobernador sombrío y cruel se agita una población siempre dispuesta a sublevarse, y los galileos eran particularmente sospechosos; porque entre ellos el sentimiento nacional se manifestaba más ardiente y violento. Dentro de algunas semanas, cuando Jesús sea llevado a Pilato, el primer movimiento del procurador será ciertamente decirse: éste es otro de esos galileos como los que se levantaron poco ha y a quienes hice matar en el templo. Así también, más adelante, el tribuno de guardia apresará a San Pablo tomándole por el Egipto, jefe de bandoleros que poco antes había alborotado la Judea (Act., XXI, 38).

En una situación semejante se comprende mejor que los sanedritas esperaran coger a Jesús en el lazo mesiánico y hacerle ejecutar acto continuo por el procurador.

Y, sin embargo, no es su propio peligro lo que preocupa a Jesús; lo que le hiera en estas dos catástrofes es la lección que ellas contienen: «Si no hicieris penitencia, todos pereceréis de igual manera.» La amenaza se realizó punto por punto con una precisión sorprendente. Junto a este cuadro de estos galileos, «cuya sangre se mezcló con la de los sacrificios», se puede situar otra narración de Josefo (B.J., V, 1, 3):

Los proyectiles lanzados por las máquinas alcanzaban al mismo altar y caían sobre los sacerdotes y sus ministros, y sobre muchos peregrinos venidos de todos los extremos de la tierra para venerar este lugar famoso y santo para todos los hombres; caían también delante de las víctimas y ensangrentaban con su propia sangre este altar venerado de todos, griegos y paganos. Caían mezcladas gentes del país y extranjeros, sacerdotes y legos, y la sangre de todos estos cadáveres formaba un mar en que se bañaban los altares divinos.

Jesús tenía ante los ojos estos horribles espectáculos que hubieran conjurado la conversión de los judíos, y otra vez repite la misma advertencia, bajo la forma de una parábola que San Lucas refiere así:

(XIII, 6-9): Y díjoles también esta parábola: Tenía una higuera plantada en su viña, y vino a coger el fruto, y no lo halló, dijo al viñador: Observa que hace tres años que vengo a coger el fruto de esta higuera y no lo tiene: arráncala; ¿para qué ocupar la tierra en balde? Pero él le contestó: Señor, déjala todavía por este año, que yo la cavaré alrededor y la abonaré, y tal vez dé entonces fruto; si no, ya la arrancarás.

Este pasaje de Cristo es un eco de la profecía de Isaías sobre la viña de Yavé (Is., V, 1-7). De una y otra parte se advierten los mismos cuidados, iguales decepciones e idéntica amenaza. Cristo, sin embargo, concede una postrera tregua, que si se la desprecia hará el castigo más temible aún que el anunciado por el profeta: el abandono y la sentencia de muerte.

Con frecuencia, en el curso de las semanas que vienen, hemos de oír parecidos avisos, todos inútiles. Jerusalén, la predilecta plantación de Yavé, prefiere ser la ciudad que mata a los profetas. La cruz va a levantarse pronto, y de aquí a unos años, todas sus construcciones se derrumbarán sobre los habitantes como la torre de Siloé, y en el templo profanado correrá la sangre de las víctimas, como lo fué la de los galileos, mezclada con la de miles de judíos.

## **II.-JESÚS EN PEREA**

Por primera vez volvemos de nuevo a ponernos en contacto con los dos primeros sinópticos. Ambos pasan en silencio los viajes a Jerusalén, que hemos referido siguiendo a San Juan, y los dos también no contienen nada que corresponda a la gran colección de episodios y parábolas que llenan los capítulos IX-XVIII de San Lucas. Lo que inmediatamente precede en uno y otro son las enseñanzas dadas por Jesús en Cafarnaún antes de la Transfiguración. San Mateo termina esta serie bastante larga de sermones con su fórmula ordinaria: «y sucedió cuando Jesús hubo concluido estos discursos». Y los dos presentan a Cristo en la otra ribera del Jordán. Esta salida es definitiva y Jesús no volverá ya más a Galilea hasta después de su resurrección. Y ahora no ve sin tristeza desaparecer el marco de tantas pláticas familiares, de tantas conversiones y de tantos milagros: el lago, Cafarnaún, la llanura de Gennesar. «Endereza su faz» para subir a Jerusalén donde le aguarda la Pasión y la cruz, y un nuevo bautismo en que tiene ansia de ser bautizado.

En la Perea, adonde penetra Jesús, prosigue su ministerio ordinario. San Mateo insiste sobre todo en los milagros, y San Marcos, en las enseñanzas. El primer episodio que uno y otro refieren (Mt., XIX, 1-12; Mc., X, 1-11) lo provoca una pregunta de los fariseos. En el discurso de la montaña (V, 31), entre otros puntos de la ley mosaica, Jesús había tocado el del matrimonio para retocar le y había prohibido el divorcio. Era, pues, para los fariseos una bellísima coyuntura para ponerle en contradicción con Moisés, y la aprovechan. Ya conocemos la legislación mosaica: un hombre que tuviera una queja grave de su mujer, podía plantearla el divorcio y repudiarla.

Es sabida, además, la oposición de las dos grandes escuelas judías al interpretar esta ley: la escuela de Chammai sólo permitía el divorcio por razones muy graves, máxime por infidelidad, al paso que la escuela de Hillel le concedía por toda clase de motivos: por un plato roto o sencillamente porque el marido hubiese tropezado con una mujer más hermosa. Esta segunda interpretación prevalecía, y el derecho al divorcio resultaba querido a los judíos por ver en ello un privilegio que Dios les había concedido, negándoselo a los gentiles. Ahora Jesús les declara que esto no es más que una condescendencia hecha a la dureza de sus corazones, y a esta legislación mosaica opone el plan primitivo de Dios, cual aparecía en la creación. Es muy hermoso el comentario de Víctor sobre este pasaje.

Las palabras de Cristo eran duras de llevar y podían provocar la calumnia e invoca en seguida la ley primitiva diciendo: al principio de la creación, Dios les hizo varón y hembra, esto es, que por los mismos hechos, Dios desde los orígenes prescribió lo contrario..., y no sólo la obra creadora la que le da su argumento, sino el mismo precepto de Dios..., porque la ley que lleva, demuestra el Criador, que el mismo hombre debe cohabitar siempre con la misma mujer, sin romper jamás la unión, porque ambos son nacidos de una sola raíz y no forman más que un cuerpo.

Se observará en este argumento de Cristo la apelación que hace de la ley de Moisés a la ley primitiva, ejemplo único en todo el Evangelio: en San Pablo se hallará otro parecido apelando de Moisés a Abrahán. Sólo Cristo podía tener la autoridad necesaria para inaugurar este método e interpretar la Ley como Señor. En el sermón del monte, esta autoridad se afirmó ya, aunque se limitaba entonces a hacer la Ley más perfecta y más íntima; aquí Cristo ejerce su autoridad en este sentido, pero se asegura más explícitamente y no teme anular una concesión mosaica.

En casa, los discípulos, sobrecogidos con la respuesta, llevan adelante la consulta. Por este rasgo se ve otra vez que la enseñanza que Jesús da a sus discípulos se distingue de la del sermón del monte: entonces hablaba a la turba toda; ahora, al auditorio privilegiado de los Apóstoles; de este modo y en este cenáculo, se deja conducir a una conclusión que no había enunciado en su sermón y que la leemos en San Mateo: «Si es así -dicen los Apóstoles-, mejor es no casarse.» San Jerónimo lo interpreta de este modo: «El matrimonio se convierte en una carga pesada si no se puede dejar a la mujer más que por adulterio. ¿Qué hacer si es bebedora, colérica, mala, disipada, glotona, buscona, querelosa y murmuradora? ¿Habría que retenerla? Bien o mal, habrá que hacerlo. Somos libres, nos hemos sometido voluntariamente a este yugo. Por esto, viendo los Apóstoles que es pesado, manifiestan sencillamente su impresión y dicen: si así han de ser las relaciones del hombre con la mujer, no trae cuenta el casarse.»

Cristo no les contradice; al revés, eleva su espíritu de estas consideraciones un poco egoístas a la consideración del reino de los cielos, por el cual es bueno renunciar al matrimonio. Y termina con esta alocución, que le es tan familiar cuando su discurso es más levantado o más misterioso: «Quien pueda comprender, que comprenda.»

Para grabar mejor esta sentencia en el alma de los Apóstoles, Jesús, según gusta de hacerlo, da a su pensamiento una forma ligeramente paradójica. Un protestante poco favorable al celibato, Reuss, ha traducido, sin embargo, con mucha exactitud estas palabras sobre los eunucos: «De ordinario se ha dado este nombre a las personas o por naturaleza impotentes o mutilados por la mano del hombre; yo llamo así a los que libre y animosamente renuncian a todo lo que la vida conyugal puede ofrecer, gozos materiales y morales, para consagrarse a intereses más altos.» El mismo exegeta se pregunta a continuación si la última frase ha de entenderse «en sentido intelectual, comprenda quien pueda». Él prefiere traducir: quien pueda aceptarlo, que lo acepte; queremos decir: «Apropiarse este punto de vista, alzarse a esta altura, imponerse un deber tal, ser capaz de semejante abnegación. Y creemos que esta traducción da perfectamente el sentido original.

Admitimos por completo este segundo sentido, que no excluye el primero, sino todo lo contrario: esta elevada verdad moral, como tantas otras que el Señor nos propuso, sólo es comprendida plenamente por aquellos que la gustan. No se trata de una inteligencia especulativa, sino de una comprensión simpática que entra en el pensamiento de Jesús y que la hace suya incorporándola a la vida. Un anglicano, que tampoco mira con buenos ojos la institución del celibato, Plummer, escribe justamente: «Este pasaje debe compararse con las palabras del Señor en las que declara que sus discípulos han de estar dispuestos, si se les llama, a separarse de todo lo que poseen, aun de su vida, por amor suyo.»

Este es, efectivamente, uno de los consejos que constituyen el programa de la vida perfecta de la que hace poco decía Jesús al joven rico: «Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que posees y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme»; el joven había entendido la sentencia, pero no la aceptó. Lo mismo es aquí: muchos la comprenden y muchos la leen, mas sólo algunos la toman y la ponen en práctica. En San Pablo se hallarán invitaciones parecidas (I Cor., VII, 8, 32), discretas, pero poderosas para aquellos a quienes la gracia toca.

(Mc., X, 13): Y le traían los niños para que los tocase; pero sus discípulos reñían a los que se los presentaban. Jesús lo vio, y le molestó, y les dijo: Dejad que los niños se acerquen a mí, y no se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de Dios. En verdad, en verdad os digo que quien no acepte el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y les abrazó, y poniendo sobre ellos las manos, los bendijo. (Cfr. Mt., XIX, 13-15; Lc., XVIII, 15-17).

En una narración anterior (Mt., XVIII, 2) hemos visto a Jesús entrar en la casa de Cafarnaún, acercarse a sí a un niño y proponerle como ejemplo a sus discípulos ambiciosos. La escena es aquí parecida: Jesús entró en una casa donde sus discípulos le preguntaban privadamente. Los niños, no bien le reconocen, se presentan, pues eran probablemente de la casa, y los discípulos se molestan; piensan que fatigan al Maestro, que le impiden ocuparse en cosas más importantes y que le distraen de la instrucción que les proponía. Jesús lleva a mal estos reproches y toma ocasión del incidente para repetirles que a los párvulos y a los que a ellos se asemejan pertenece el reino de Dios; por eso les abraza, les bendice y les impone las manos. La escena es encantadora y justamente preferida de la piedad cristiana.

A continuación de esta perícopa, se lee en los tres sinópticos la historia del joven rico (Mt., XIX, 16-30; Mc. X, 17-31; Lc., XVIII, 18-30). Ella completa hermosamente la doctrina del Señor sobre la perfección evangélica, y por haberla comentado más arriba (p. 83) no la volveremos a tocar aquí. En seguida hallamos en San Mateo (XX, 11-16) la parábola de los trabajadores de la viña que falta en los otros dos sinópticos. Esta parábola, lo mismo que la del administrador infiel, ha provocado numerosos comentarios, y hoy todavía, muchos lectores del evangelio se pasman y repiten: a trabajo igual, salario igual; y ¿no es todo lo contrario la enseñanza que da aquí Jesús? No es la cuestión social ni el problema del jornal lo que quiso Cristo esclarecer por esta parábola, y se convencerá fácilmente de ello quien la estudie un poco más de cerca.

El tema está tomado de la vida diaria: hoy, en Palestina, los viñedos son escasos, pero en tiempo de Cristo divisábanse por todas partes los majuelos y olivares. El propietario a quien Jesús describe va muy de mañanita a contratar los obreros. El trabajo de la viña es en Oriente de menos cuidado que entre nosotros y exige menos faenas. La cepa se arrastra por la tierra sin sostenerla ni atarla, mas el trabajo de la vendimia lleva mucha gente, allí como en todos lados. Se puede suponer que llegó ese día: los pocos obreros que trabajan de ordinario con el propietario no dan abasto y hay que ajustar otros nuevos. La mano de obra no es muy difícil de hallar, ni es necesario andar mucho ni prevenirse con tiempo; basta ir de mañana a la plaza pública, sobre todo junto a la puerta de la ciudad, y allí es seguro encontrar cuantos jornaleros se deseen. Nuestro hombre los encuentra, efectivamente. Trato hecho y denario por día.

A estos jornaleros contratados les sigue el dueño a la viña. En efecto, la labor urge y los hombres no son bastantes; vuelve a la plaza hacia la hora de tercia, de nuevo a la de sexta, otra vez a la de nona y por fin a la undécima. Estos obreros ajustados los últimos no estaban ociosos por pereza, sino porque nadie les comprometía y al primer ofrecimiento van sin hacer contrata con el amo; él verá lo que es justo. Llega, a la tarde, la hora de pago, y por orden del propietario, el intendente paga primero a los ajustados al fin; esta disposición era necesaria a la parábola, para que los primeros pudiesen ver y comparar el jornal de los últimos; lo ven, en efecto, y se indignan. El dueño, no; recuérdales sólo el trato admitido y aceptado; está en su derecho para disponer de su dinero y nadie puede mirar con malos ojos las larguezas que dispensa.

La historia es clara, pero ¿cómo hacer la aplicación? Pueden darse dos explicaciones, que por lo demás no se excluyen la una a la otra. Entre los jornaleros se distinguen dos categorías: los contratados por la mañana y los restantes. Los primeros hacen un ajuste en regla, no así los segundos, y a los dos grupos se les paga igual; entonces los madrugadores comienzan a tener envidia. Reducida a estos rasgos, la parábola parece bastante clara: los primeros son los judíos, a los que desde mucho tiempo Dios había contratado para su viña, fijando con ellos un ajuste: esta convención es la Ley que determina sus obligaciones y asegura su recompensa. Pero hay además otros trabajadores, largamente ociosos porque no han oído el llamamiento del dueño de la viña, e invitados, se

dirigen al trabajo; entre Dios y ellos no hay nada de convención ni de contrata; venidos tarde, pónense al trabajo como los mejores, correspondiendo a la justicia del dueño de la viña; y a la tarde se encuentran alegremente admirados de verse pagar por un día entero. Los judíos se indignan de estas vocaciones y de esta recompensa, pero Dios les responde que El es señor de sus dones y que no les hace agravio. En estas quejas se reconoce el resentimiento del hermano mayor del pródigo.

Esta comparación con el hijo pródigo nos recuerda la pregunta de San Dámaso a San Jerónimo y su respuesta. El hijo mayor son los obreros de primera hora. Púedese ver a los judíos, pero también, en un sentido más general, a todos los justos que, como los fariseos, se enorgullecían de su justicia y veían mal la misericordia de Dios. Se comprende mejor esta oposición comparando la parábola evangélica con una talmúdica del todo semejante por el tema, pero muy diferente por el sentido moral.

¿A quién se parecía *Rabbi Bun bar Chaija*? A un rey que contrató a muchos obreros. Entre ellos había uno que había realizado un trabajo particularmente esmerado. ¿Qué hizo el rey? Lo tomó consigo y le llevó de una parte a otra. Al llegar la noche vinieron los obreros para recibir el jornal y dió a éste salario completo como a los otros. Entonces murmuraban los trabajadores y decían: «Nosotros hemos trabajado durante todo el día, y éste, que sólo ha trabajado dos horas, ¿recibe el mismo pago que nosotros?» Y el rey les dijo: «Este ha hecho en dos horas más que vosotros durante todo el día.» Así *Rabbi Bun* se ha aplicado más al estudio de la Ley en veintiocho años que otros en ciento.

En esta historieta lo que el dueño recompensa también es la aplicación excepcional, y en la parábola evangélica es su gracia. Se entrevé ya esta lección de la Sabiduría, IV, 13: «Consumado en poco tiempo, llenó una larga carrera, porque su alma era agradable a Dios y por esto se apresuró a sacarle de en medio de la iniquidad.» Se la encontrará muchas veces y más enérgicamente en San Pablo, Rom., IX, 14-16: «¿Qué diremos, pues? ¿Hay injusticia en Dios? ¡Jamás!, porque dijo a Moisés: Yo haré misericordia con el que la hago, y me compadeceré del que me compadezco. Así, pues, no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que obra la misericordia.» Ante todo, Dios es independiente en la distribución de sus dones, y es celoso de esta independencia, y el justo que le sirve desde mucho tiempo no debe encontrar mal que el pecador que llega tarde y que ha correspondido al llamamiento reciba la misma recompensa que él. Esta aplicación individual de la parábola hecha a justos y pecadores parece sugerida por el mismo evangelista. Introduce, en efecto, su relato uniéndole estrechamente a lo que antecede. Lo anterior es, descrita la escena del joven rico, la respuesta de Cristo al San Pedro: «Vosotros que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos...; muchos de los primeros serán los últimos, y muchos de los últimos serán los primeros.» Esta misma sentencia vuelve a aparecer al fin de la parábola: «Así, pues, los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos.» Hay aquí, manifiestamente, una aplicación hecha a los discípulos de Cristo: muchos de ellos serán, igual que los fariseos, los últimos del reino de los cielos, y otros serán los primeros.

#### CAPÍTULO IV



## *LA RESURRECCION DE LAZARO. JESUS EN JERICO*

I.- La resurrección de Lázaro

II.- El último viaje a Jerusalén. Los hijos del Zebedeo

III.- Jesús en Jericó

### **I.-LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO**

La narración que llena el capítulo XI de San Juan tiene para el evangelista y para nosotros una importancia capital: el fin del evangelio y el designio que dictó la elección de los episodios y, en particular los milagros, fué el de fundamentar la fe de los lectores en Jesús, el Cristo, Hijo de Dios (XX, 31), y ningún otro milagro puede servir para ello tan eficazmente: esta resurrección de un muerto de cuatro días y que hiede ya, efectuada a las puertas de Jerusalén y en vísperas de la Pascua, delante de una muchedumbre de testigos, favorables unos, hostiles otros, es manifiestamente una obra del Padre, que con mayor claridad que otra ninguna da testimonio del Hijo de Dios. Pero a la vez es una revelación de su gloria: el Verbo hecho carne es la vida del mundo, y jamás se ha visto con más evidencia que en este día, en el que con una palabra vuelve a un muerto a la vida. Estos dos aspectos del milagro no pueden separarse el uno del otro; lo mismo que en todo el Evangelio la carne está unida al espíritu, así, sobre todo en este episodio capital, no se podrá aislar la realidad histórica del suceso y su significación teológica: es, a buen seguro, una revelación de lo alto, que la fe sola penetra plenamente, pero es además una realidad visible y tangible. Y lo que asegura aún más esta realidad histórica es el lazo estrecho que la une con la última fase de la vida de Cristo, con su condenación y con su muerte.

La conmoción producida por este milagro decide a los sanedritas a la muerte de Jesús. Renán, en su Vida de Jesús, se esfuerza por reducir toda esta narración a una «mala inteligencia», aunque debe reconocer que esta mala inteligencia sostiene como pieza necesaria todo el edificio histórico cuya solidez admite : «Cosa singular; el relato de la resurrección de Lázaro está ligado con estas últimas páginas (del Evangelio) por lazos tan estrechos, que si se le rechaza como imaginario, toda la construcción de las postreras semanas de la vida de Jesús, tan sólida en nuestros Evangelios, se derrumba por el mismo golpe» (513-514). La sola lectura de estas dos frases demuestra lo que la posición tiene de falsa e incoherente.

Comprendemos que el lector de los Evangelios advierta no sin sorpresa el silencio guardado por los sinópticos sobre un milagro tan deslumbrante. Este silencio se ha de explicar, y puede hacerse; pero lo que es no sólo inexplicable, sino ciertamente inadmisibles, es la hipótesis de una ficción alegórica imaginada aquí por San Juan; él, que quiere fundar sobre un testimonio cierto la fe de los discípulos, la apoya sobre sueños, y por este resentimiento de un milagro imaginado habría que explicar la resolución homicida de

Caifás y su partido.

La introducción tan detallada y precisa que San Juan pone a su relato nos transporta al lado de allá del Jordán, a los parajes donde Juan bautizaba en otro tiempo, y adonde Jesús se había retirado después de la fiesta de la Dedicación (X, 40); allí le alcanzan los enviados de Marta y María; de Betania a Jericó hay como unas cinco horas y una o dos más hasta pasar al otro lado del Jordán. Era, pues, necesario un día de camino para avisar a Jesús, el cual, recibido el mensaje, quedóse allí aún dos días; luego se puso en camino, y llegó a Betania cuatro días después de la muerte de Lázaro. Según esto, las dos hermanas enviaron el aviso a Jesús ya a última hora, y el enfermo murió cuando el mensajero estaba todavía en camino. Se puede creer que la enfermedad había sido muy rápida, pero se puede también suponer con verosimilitud que las dos devotas de Jesús, que sabían el peligro que le amenazaba en la Judea, dudasen en llamarle; por eso, cuando el desenlace inminente las decide a avisarle, no quieren pedirle que venga, sino únicamente se remiten a Él: «El que amas está enfermo.» San Juan, para dar a conocer a sus lectores al paciente, advierte que era de Betania y hermano de Marta y María; las dos hermanas eran conocidas de los cristianos, y para precisar todavía más, recuerda la unción que Jesús recibió de María. Si se identifican María y Magdalena, se descubrirá en esta unción aquella contada por San Lucas (VII, 37) ; si se las distingue, habrá que pensar que San Juan quiso notar anticipadamente la unción que referirá un poco más adelante (XII, 3), que era ya, sin duda, por lo demás, conocida de sus lectores.

La respuesta de Jesús, como sucede con frecuencia, sobre todo en San Juan, es misteriosa: «Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.» El mensajero y los discípulos debieron entender que la enfermedad no era mortal. Jesús veía más alto, y por encima de esta muerte, incidente transitorio, miraba la gloria de su Padre y la suya propia; gloria única, ya que el mismo milagro glorificaría a la vez al Padre y al Hijo y les revelaría al mismo tiempo al uno y al otro.

«Y amaba Jesús a Marta y María.» ¿Por qué se recuerda aquí este amor? Se junta a veces esta frase a las palabras que sigue a continuación: «Se quedó dos días en el sitio donde estaba», y se dice: pues que el Señor las amaba, quiso atribularlas. El pensamiento es justo, pero parece un tanto forzado, y más natural es considerar como uno todo lo que viene; porque las quería, se fué hacia ellas después de haberse detenido dos días. Se insiste: ¿Por qué tanto tardar? ¿Para dejar morir a Lázaro y hacer el milagro más sorprendente? Parece, como lo hemos dicho, que Lázaro había ya muerto cuando alcanzó a Jesús el enviado de Betania. En esta circunstancia solemne, como durante toda su vida, Jesús espera la hora de su Padre: «Mi hora no ha llegado», decía en Caná; aquí, lo mismo; espera, y cuando suena la hora señalada por su Padre, va.

«Volvamos a Judea», dice entonces a los discípulos. Esta vuelta era lo que ellos se temían. Jesús deseaba curarles de este miedo, y por ello provoca su confesión. En efecto, le

responden en seguida los discípulos: «Te buscaban para apedrearte los judíos, ¿y vuelves allá otra vez?» Se siente en este miedo el estado de alma que nos describe San Marcos (X, 32): «Jesús caminaba delante de sus Apóstoles, que le seguían temerosos y turbados. El Señor les tranquiliza con una de aquellas sentencias que empleaba con tanto placer y que se encuentran sobre todo en San Juan. Decía en la fiesta de los Tabernáculos, antes de curar al ciego de nacimiento: «A mí me conviene hacer las obras del que me envió, mientras es de día; viene la noche, cuando nadie puede trabajar» (IX, 4). Y ahora: «¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él.» Un poco más tarde dirá a los que le oyen: «Todavía durante un tiempo corto la luz está en medio de vosotros. Caminad mientras tenéis luz, no sea que las tinieblas os sorprendan; porque el que camina en las tinieblas no sabe dónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que vengáis a ser hijos de la luz» (XII, 35-36). En este último pasaje el sentido es un poco diferente: no trata de sí propio, sino de aquellos que le siguen y marchan con su luz. Pero la idea profunda es la misma: mientras está uno amparado por Dios y camina con su luz, el avance es seguro y el trabajo fecundo, y con esta luz se adelanta ahora el Señor; después de unos días caerá la noche sobre él y dirá a sus enemigos: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lc., XXII, 53). Y añade Jesús en seguida: «Lázaro duerme, y voy a despertarle.» Como sucede con frecuencia, los discípulos no comprenden, y temiendo siempre el viaje a Judea, se agarran a esta respuesta de Cristo para disuadirle la vuelta: si duerme, ya se curará, y entonces, ¿a qué exponerse? Jesús insiste y dice claramente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, para que creáis, de no haber estado allí; pero vamos a él.» Entonces exclama Tomás: «Vayamos también nosotros con él, y con él muramos.» Tal respuesta indica en el Apóstol más amor que confianza. A pesar de la exhortación del Maestro, tiene la seguridad de que va a la muerte, pero se resuelve animosamente. El mismo carácter se encontrará en él después de la Resurrección: profundamente unido a Cristo, desilusionado por su muerte y entregado al desaliento, ahora se abandona a sus aprensiones. Y se ponen en camino.

San Juan nos transporta inmediatamente a Betania, a las puertas de Jerusalén. La aldea actual, *El-Azariéh*, recuerda todavía por su nombre la memoria del milagro; hoy no es más que un villorrio habitado por unas treinta familias musulmanas. Marta y María estaban en Betania, pero no estaban solas, porque muchos judíos habían venido para hacerlas las visitas ordinarias de condolencia. El apelativo «los judíos» tiene, por lo común, en San Juan, un sentido molesto; aquí lo conserva también; veremos bien pronto que estos visitantes son hostiles a Jesús. Estos allegados malévolos explican muchos detalles de las escenas que vamos a describir, y ellos harán, por consiguiente, también el milagro más patente, siendo testigos de él los que hasta entonces se habían contado como adversarios de Cristo.

Las dos hermanas tienen aquí el mismo carácter que en San Lucas (X, 3): Marta es la mujer activa, el ama de casa; ella es quien advierte la llegada de Jesús y corre a recibirle; María, menos viva y más sensible, es toda para el dolor: permanece en una habitación interior y no sospecha lo que sucede; la primera palabra de Marta es un grito de pena y de lamento, aunque no hay en él nada de reproche; no dice: «Si hubieras venido...»; sólo: «Si hubieras estado aquí...» Esta ausencia fatal la han originado las persecuciones de los judíos,

y las dos hermanas han perdido con ello su ayuda, y el que Jesús amaba ha muerto. No obstante, Marta confía aún, sin atreverse mucho a definir su esperanza: «Todo lo que tú pidieras a Dios te lo concederá.» Fe imperfecta, es, sin embargo, un principio de fe, que Jesús va a sostener y desarrollar. «Tu hermano resucitará.» Se contenta con esta seguridad para provocar a Marta a elevarse más alto. Marta no lo intenta, y se mantiene en el terreno de la fe judía sobre la resurrección general: ¿es necesario esperar aún algo más? Cristo la inclinará a ello, si lo quiere. Jesús, sin prometer todavía el milagro columbrado, se contenta con esta afirmación general que debe fundar la fe de Marta, como la de todos los cristianos: «Yo soy la resurrección y la vida...» Esta doctrina ya estaba dada en el discurso del pan de vida, y el movimiento de la idea era entonces el mismo con que nos hallamos ahora. Jesús comienza por una afirmación amplia, aunque un tanto vaga, que luego precisará (VI, 35): «Yo soy el pan de vida.» Marta comprende al Maestro, le pide creer, y contesta con una profesión de fe, en la que se esfuerza por dar plena adhesión al misterio que se la descubre: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido a este mundo»; y después de expresarse así, marcha a avisar a su hermana María, diciéndola bajito: «El Maestro está aquí y te llama.»

Todos los incidentes se desenvuelven con una precisión rápida y viva. Es probable que el mismo Jesús enviase a Marta en busca de María, recomendándola hacerlo en secreto. El peligro que los Apóstoles veían en la subida a Jerusalén era demasiado real, ya que hasta los judíos que rodeaban a María eran en su mayor parte enemigos. Marta desempeña discretamente su misión, pero no puede evitar el que todos los amigos sigan a su hermana. Dios sabrá sacar su gloria de esta asistencia hostil. María, entregada a su dolor y a su amor, corre en seguida, y se postra a los pies del Maestro repitiendo la frase de Marta: «Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.» Para elevar a Marta, más activa y menos absorta en su dolor, Jesús había apelado a su fe; con María, más vibrante y más sufrida, procede de otro modo: llora con ella. Esta viva emoción de Jesús se ha interpretado diversamente; para unos, se indigna por el dolor fingido de los que le rodean, y para otros, se duele de la tiranía de la muerte y del demonio: algunos aún ven aquí una reacción viva de Jesús contra una emoción demasiado sensible que quiere contener, y Loisy carga la escena de metafísica. «Cristo se indigna interiormente al ver a todo este mundo llorando delante de un muerto, cuando tiene delante al que es el principio de la vida». Todo es sutil y no da la intensa emotividad y la sencillez tan natural de esta escena. Aquí se ve, ante todo, el dolor de la muerte; existe también la indignación contra la hostilidad de tantos testigos de esta escena, a los que el milagro no convencerá, sino que será, por el contrario, un arma mortal contra Jesús.

Cristo domina esta emoción y pregunta: «¿Dónde le habéis puesto?» Se acerca y llora. Una vez más se siente aquí la real y dolorosa humanidad que el Hijo de Dios tomó en su encarnación. «Si este evangelio -observa Godet- fuera, como lo cree Baur, el producto del pensamiento especulativo, este versículo 31 no se encontraría en él, y Jesús resucitaría a su amigo con la mirada triunfante y el corazón alegre, como verdadero Logos, que no tiene de humano más que la apariencia... Pero no se resucita a los muertos con un corazón de piedra.» Este texto es el único en los Evangelios que, con el de San Lucas (XIX, 41), nos habla de las lágrimas de Jesús (*lacrimatus est*); el otro texto nos le presenta llorando sobre

Jerusalén (*flevit*): en ambos casos se siente la profundidad del sentimiento humano que se compadece de este modo de la muerte de un amigo y de todos los hombres, y que se apena por la próxima destrucción de su ciudad y de su pueblo.

Testigos de este afecto tan tierno y conmovedor, los judíos se dividen y comienzan a sentirse las disposiciones hostiles, por lo menos en muchos, que ni el mismo milagro logrará apaciguar. Algunos se dejan emocionar y exclaman sencillamente: «¡Mirad cómo le amaba!» Otros resisten la impresión, y razonan: «¿No podría éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese?» No le dan más alcance; pero esto sólo muestra, por lo menos, alguna indecisión y también cierta desconfianza: tal dolor, ¿es muy sincero en un taumaturgo tan poderoso?, o ¿es que el milagro reciente no era, de verdad, obra del poder que se creía? No se habla de resurrecciones anteriores, pues no habían tenido lugar sino lejos de Jerusalén; lo que desconcierta a estos judíos es la curación del ciego por ellos presenciada, y cuya impresión estaba aún tan viva en Jerusalén.

Jesús, gimiendo otra vez dentro de sí, vino al sepulcro; era éste una cueva, y una piedra estaba puesta sobre él.

La descripción sumaria de la tumba de Lázaro, tal como aquí se lee, puede iluminarse con lo que sabemos de las sepulturas de los judíos y con lo que vemos todavía hoy, por ejemplo, en las tumbas de los reyes y sobre todo en la de Cristo: son excavaciones naturales o perforadas en roca que se cierran con una gran piedra que se hace rodar sobre la entrada; aquí, en particular, la piedra parece apostada más bien contra la cavidad que encima de ella, pues para salir, Lázaro no necesita trepar por el reborde, sino sólo pasar el umbral. Llega Jesús y gime otra vez contemplando en su derredor este rumor de testigos sin fe. «Quitad la piedra.» María se calla y Marta interviene; el respeto al Señor y también cierta especie de pudor fraternal la detienen: van ya cuatro días de estar allá, y hiede; sin duda, lo ha notado en alguna visita al sepulcro.

Esta intervención de Marta no es una prueba de incredulidad, ya que no ha desmentido su profesión de fe en Cristo; pero está toda preocupada por su duelo, por esta tumba y por este cadáver; y una vez más, Jesús la llama a más alto: «Si creyeres, verás la gloria de Dios.» Es la misma lección de siempre, predicada constantemente por Cristo; los hombres no quieren creer más que después de ver, y es menester, por el contrario, creer para ver.

Jesús levanta los ojos hacia el Padre que está en los cielos, y le da gracias en alta voz. Esta acción de gracias solemne y pública es como un testimonio que Jesús quiere dar a todos antes de este milagro tan decisivo y delante de esta multitud tan dividida. Se viene a la memoria una de las primeras escenas del ministerio galileo en Cafarnaún: la de la curación del paralítico, presentes los escribas, desconfiados: «Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene sobre la tierra poder para perdonar los pecados...»; Ahora, la certificación del Padre es todavía más necesaria ante testigos peor inclinados, y en este gran día de su ministerio, que la muerte va pronto a romper. Y por esto, semejante atestación va a ser

también más esplendorosa que nunca.

Y en voz alta llama a Lázaro: en todas sus resurrecciones, Cristo procede como Señor que manda en la vida; lo hemos visto en Naín y en el lecho de la hija de Jairo; pero ese imperio es aquí mucho más manifiesto. Sin duda que para el milagro en sí era indiferente llamar al muerto en alta voz o resucitarle por un acto silencioso de la voluntad; más aun en esta ocasión Jesús se preocupa de los que le rodean, y por ellos da públicamente gracias a su Padre, y por su causa también evoca de aquel modo a Lázaro. Y de repente, a esta voz, se ve al difunto salir de la tumba atado con sus vendas y envuelto en su sudario. San Juan no intentó describir la emoción de las hermanas ni la admiración de la turba; no lo intentemos tampoco nosotros, y notemos únicamente la calma del Señor. Se observa siempre en estas circunstancias que estas obras milagrosas le son como naturales; ningún choque, ningún pasmo, y menos aún exaltación. En Naín devuelve el muerto a su madre; en casa de Jairo, cuando ha dicho a la joven: «*Talitha Koumi*», y la ha resucitado, manda, sencillamente, que la den de comer; en este caso: «Desatadle y dejadle ir», así dice también al paralítico: «Toma tu camilla y anda.» La vida vuelve, sencilla y totalmente; no tiene más que vivir y andar.

Entonces, muchos de los judíos que habían venido a casa de María y contemplado lo que hizo Jesús, creyeron en él; pero algunos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho.

Inmediatamente después de este cuadro tan excelso y patético de la gloria de Dios vienen los cálculos humanos en lo que tienen a la vez de más sórdido y más cruel. Pero este mismo contraste ilumina aún más este milagro de la amistad: volviendo a Betania y realizando delante de tantos testigos esta obra maravillosa, Jesús precipita su muerte. Encontrábase en esta vida devuelta a Lázaro no sólo el beneficio del Hijo de Dios todopoderoso, sino también la consagración heroica del amigo a quien el milagro debía costar la vida. Y nosotros vemos en esto, más claramente que en página alguna del Evangelio, las reacciones diversas que la misma obra divina produce en las almas: hay aquí una enseñanza que no se puede dejar pasar sin llamar la atención de todos aquellos tentados de pedir a Dios más luz; ¿qué más se puede desear que esta resurrección hecha con un sencillo imperativo, delante de una multitud así y de un muerto ya en descomposición? Y, sin embargo, aquí, como siempre, la luz de Dios no ilumina más que a aquellos que quieren ver, a los otros les ciega; los primeros creen, los demás se aceleran para denunciar a Jesús a sus enemigos.

Se ha preguntado con frecuencia qué tenían que denunciar, puesto que una resurrección no es un crimen ni materia de querrela. Ciertos autores antiguos, Teodoro de Mopsuesta, por ejemplo, imaginaron que fueron a acusar a Jesús de haber desenterrado un cuerpo, para condenarle así por sacrílego. Es ir a buscar muy lejos una explicación que el texto indica bastante claramente: cuando el consejo se reúne, su primera frase es: «Este hombre hace muchos milagros.» Esto es lo que se ha dicho a los fariseos, y lo que les inquieta; es imposible contener ni contrariar la acción de Jesús, y es menester ahogarla. Los denunciadores conocían estas inquietudes, y vienen a exasperarlas por este nuevo milagro,

sea que participasen ellos mismos de las intenciones de los enemigos de Cristo, sea que quisieren adularles.

Se dirigen a los fariseos los primeros adversarios de Cristo: le han perseguido en Jerusalén y en la Judea desde que comenzó a predicar, y le han seguido los pasos por todas partes, por la Galilea, en tierras de Filipo y en la Perea. Pronto, no obstante, otros enemigos más temibles van a tomar la dirección de la conspiración: los jefes de los sacerdotes, esto es, los saduceos, demasiado escépticos para preocuparse mucho de cuestiones teológicas o legales, como lo hacen los fariseos, pero bastante políticos para no inquietarse con las pretensiones mesiánicas de Jesús. Hasta aquí no han desempeñado más que un papel bastante indeciso, aunque ahora van a pasar a actores principales; y desde este instante no serán ya excomuniones ni expulsiones de la sinagoga, sino procedimientos para la muerte.

En el Sanedrín están representados los dos partidos: los príncipes de los sacerdotes son saduceos; los escribas, fariseos. Más adelante, cuando este consejo se reúna para juzgar a San Pablo, el Apóstol logrará empeñar la riña entre las dos facciones irreconciliables; contra Jesús se unirán empujados por motivos diversos, pero igualmente apremiantes. Los fariseos fueron, sin duda, los que provocaron la convocación del Sanedrín y, advertidos por los acusadores, previnieron a los sacerdotes, y todos se reunieron. Nadie piensa en negar los milagros; los fariseos los habían ya reconocido otras veces a cuenta de imputárselos a Beelzebul; los saduceos no estarían para convencerse todavía, pero se les importunó, y éstas eran imprudencias graves.

Caifás interviene entonces brutalmente: «Vosotros no sabéis nada. ¿No veis que conviene que muera un hombre solo, por el pueblo, para que no perezca toda la nación?» Caifás era el sumo sacerdote aquel año. Por la Ley judía, el pontificado era cargo vitalicio; pero los romanos habían en este particular trastornado las tradiciones israelitas y destituido frecuentemente a los sumos sacerdotes. Valerio Grato -refiere Josefo- (A.J., XVIII, 2, 2, 34) «quitó el sacerdocio a Anás y lo confirmó a Ismael y después, destituyendo a éste al poco tiempo, nombró sumo sacerdote a Eleazar, hijo de Anás; al año, destituyó a este último y designó en su lugar a Simón; éste no tuvo la dignidad más que por un año, y José, por sobrenombre Caifás, le sucedió en el puesto. Caifás, nombrado así el año 25 por la gracia de los romanos, fué depuesto el 37 por Vitelio. Era yerno de Anás, que había sido sumo sacerdote del año 7 al 14, y que conservaba, a pesar de su deposición, la influencia principal. Su intervención lleva el carácter que Josefo reconoce a los saduceos (B.J., II, 8, 14, 166): «Los fariseos se quieren mutuamente y fomentan entre sí la concordia con miras del provecho común, pero los modales de los saduceos son mucho más rudos entre sí y entre sus semejantes, a quienes tratan como a extranjeros.»

El consejo brutal y cínico de Caifás sólo tenía en su pensamiento un sentido: para evitar todo peligro de conflicto con Roma, era conveniente desentenderse de Jesús; pero su frase encerraba, sin él saberlo, un alcance más profundo: la muerte de Cristo sería ciertamente la salvación del pueblo no sólo judío, sino de todos los hombres. Así, antes el

Espíritu de Dios había bajado sobre Balaán y le habían hecho bendecir, bien a disgusto, al pueblo escogido (Núm., XXIV, 5); de igual modo, otros enemigos de Dios: Faraón, Nabucodonosor, habían tenido sueños proféticos, sin poderles, con todo, interpretar por sí mismos (Gen., XXI, 2; Dan., IV, 2). Y el evangelista, admirado del sentido oculto de este oráculo, demuestra que el alcance ha sido superado por el suceso: todos los hijos de Dios dispersos serán reunidos en un solo cuerpo por la muerte de Jesús: «Cuando yo fuere levantado de la tierra atraeré a mí todas las cosas.»

Esta reunión secreta del Sanedrín se la comunicó a Jesús, tal vez, Nicodemo, y el Señor se retiró: sabía que no era aún llegada su hora; no es una fuga precipitada, sino una retirada prudente y tranquila: no le prenderían hasta que El quisiese, pero tomó las precauciones que sugiere normalmente la prudencia. La pequeña ciudad de Efraim, nombrada por Bathel (Paral., II, XIII, 19; B. J., IV, 9, 9), estaba algunas leguas al norte de Jerusalén, y como observa el evangelista, en los confines ya del desierto; era, pues, fácil, en caso de persecución de los judíos, atravesar el desierto y ponerse en la Perea. Este es, por lo demás, el itinerario seguido por Jesús al volver para la Pascua: el desierto, Jericó, Jerusalén.

A pesar de los plazos de la detención tomados por el Sanedrín, es probable que no se puso gran diligencia en perseguir a Cristo: no hubiera sido difícil espigar hasta Efrén su paso y el de la pequeña grey que le acompañaba. Pero los sanedritas querían, sobre todo, por este auto de prisión, desterrar públicamente a Jesús del pueblo, intimidar a sus partidarios y obligarles a esconderse. Las fiestas de la Pascua se podían pasar así sin alborozo, e inmediatamente después tomarían una determinación. Más Cristo iba a deshacer este plan demostrando su independencia soberana, entrando en Jerusalén como un triunfador: sin duda que este triunfo vendría a terminar en su muerte, pero no en la muerte oscura e ignorada que tramaban sus enemigos, sino en plena fiesta de la Pascua y en medio de todos los judíos reunidos en Jerusalén.

## **II. EL ÚLTIMO VIAJE A JERUSALÉN. LOS HIJOS DEL ZEBEDEO**

Y en el camino a Jerusalén, Jesús caminaba delante de ellos, y se asombraban, y aunque le seguían iban con temor. Y tomando a los doce, comenzó a decirles las cosas que iban a suceder: Porque ved que subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le harán morir, y a los tres días resucitará.

Esta profecía de la Pasión es la tercera que nos recuerdan los sinópticos. En las presentes circunstancias eran muy naturales estas predicciones: Jesús sube a Jerusalén, y todos los que le acompañan presienten un gran peligro para El; la narración de San Marcos nos le presenta a la cabeza de la reducida caravana; tras él van el miedo y el temor. No le siguen únicamente los doce: vienen además aquellos discípulos que hemos visto acompañarle desde el principio de este viaje. Jesús se detiene un poco para que los doce se



le reúnan; les lleva consigo y vaticinales lo que le espera. Su predicción es más clara y detallada que nunca. Les había ya anunciado la traición, la condena, la muerte y la resurrección. Por vez primera predice ahora que será entregado a los gentiles; ha de ser, pues, crucificado como explícitamente lo profetiza en San Mateo. Las irrisiones, las salivas y los azotes, llegan también anunciados por vez primera. Pero también ahora Jesús junta a estas predicciones terribles la de su resurrección. Y esta vez todavía los Apóstoles no pueden comprenderlo: muchos críticos se admiran de esta ceguera obstinada después de tantas advertencias, y basta para explicarla recordar cuál era el Mesías que esperaban. A medida que su fe en Jesús se fortificaba más y más, crecía también su aversión a estas terribles predicciones, que echaban por tierra todos sus sueños; desviaban, pues, sus almas, y no querían mirar de todo aquello más que el anuncio de la resurrección; es el triunfo, y están impacientes por participar en él.

Así se explica el incidente que encontramos en seguida: la petición ambiciosa de los hijos del Zebedeo. El momento parece muy mal escogido para tales preocupaciones. Es lo mismo que en la profecía anterior de Jesús, después de la Transfiguración; el Señor acaba de decir a sus Apóstoles: «El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres; le harán morir, y a los tres días resucitará», y ya en el camino discuten los doce entre sí quién será el mayor de ellos. Sólo piensan en la gloria de Cristo, y quieren reclamar su parte, y a ser posible, la principal. Es el mismo sentimiento que inspira aquí a los hijos del Zebedeo: «Haz que en tu gloria nos sentemos uno a la derecha y otro a la izquierda» (Mc., X, 37). Según San Mateo, XX, 21, la madre es quien presenta su ambicioso requerimiento: «Dispón que mis hijos se sienten contigo uno a la derecha y otro a la izquierda en tu reino.» En ambos casos, la demanda se presenta como venida de los dos Apóstoles: en San Mateo, también, a ellos es a quienes Jesús contesta directamente. Por lo demás, el paso es de la madre probablemente, pues seguía a Jesús y le servía (Mt., XXVII, 56).

Esta demanda provocada, como lo hemos visto, por el anuncio de la Resurrección, pudo tal vez originarla la promesa de los doce tronos que en San Mateo (XIX, 28) precede un poco a este episodio. Jesús vuelve a sus Apóstoles a la realidad: antes de la gloria, es necesario pensar en el cáliz y en el bautismo, imágenes no del todo nuevas, que por eso son inmediatamente comprendidas.

«¿Podéis beber mi cáliz?» Los dos hermanos responden que sí: «Nosotros podemos»; arranque generoso y sincero, dictado por la ambición y por su afecto a Cristo, como lo serán más tarde las protestas de San Pedro. Jesús les dice que efectivamente beberán su cáliz. Ya se sabe cómo Santiago fué muerto en Jerusalén el año 44 ; cuanto a San Juan, los que rechazan la autenticidad del cuarto evangelio toman pie de esta predicción de Cristo para hacerle morir mártir, por lo menos antes de la redacción de los sinópticos. Es violentar la historia, ya que la profecía de Cristo se entiende bien, aunque los dos Apóstoles no hubieran tenido otra parte en los padecimientos del Maestro que la prometida a todos los discípulos.

Durante esta súplica de los Zebedeos, los otros diez estaban apartados, pero habían comprendido la escena y se indignaron. Jesús les manda acercarse y les enseña cuál ha de ser entre ellos la verdadera grandeza. Ya les había dado una lección parecida después de la Transfiguración, para corregir sus ambiciosas rivalidades, y entonces habíales propuesto por modelo un niño (Mc., IX, 35). Aquí es un ejemplo más conmovedor y más apremiante: es su propia conducta. Les recuerda discretamente su venida al mundo, y designa su fin: ha venido para servir. Esta es la gran lección que les leerá de nuevo en la Cena y que San Juan subrayará trayendo a la memoria que «el Padre ha puesto todas las cosas en sus manos, que ha venido de Dios y que vuelve a Dios» (XIII, 3).

Así comienza a obrar sobre la conciencia cristiana esta fuerza que ha de convertirse pronto en tan poderosa: la imitación de Cristo. En el sermón de la montaña no aparecía aún, y la proponía Jesús a los que deseaba acercar más a sí; viviendo con sus Apóstoles, les forma, sobre todo, con su ejemplo, y, de tiempo en tiempo, se lo recalca más expresamente y les hace fijar en él su atención.

Se han de notar, sobre todo, las últimas palabras del texto: «El Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate de muchos», en que se contiene todo el dogma de la Redención. Esta gran idea de la redención por el sufrimiento no era extraña al judaísmo, y Lagrange (*Lc Messianisme*, 236) recuerda estas palabras del último de los siete hermanos Macabeos (II, Mach., VII, 37): «Yo estoy dispuesto, como mis hermanos, a dar mi cuerpo y mi vida por las leyes paternas, y suplico a Dios se muestre por ello propicio a la nación, y ojalá que la ira de Dios que ha caído justamente sobre toda nuestra raza se aplaque en mí y en mis hermanos.» Léase en el IV libro de los Macabeos este texto, más explícito aún: «Los siete fueron como el rescate del pueblo, y por la sangre de estos hombres piadosos y por su muerte redentora, la divina Providencia libró a Israel de sus males».

Se puede creer que Caifás tuviera más o menos claramente ante los ojos esta idea cuando, en su inconsciente profecía, dijo que valía más sacrificar a un hombre que al pueblo entero (Jn., XI, 50). Jesús, sobre todo, veía claramente el fin que había que alcanzar y el precio que debía pagarse. A su lado siguen aún con los sueños del mesianismo triunfante sus Apóstoles. El sabe que el Hijo del Hombre tiene que padecer, pero conoce además que estos sufrimientos han de ser la salvación del pueblo, y hoy, por vez primera, parece que se lo revela a sus Apóstoles claramente. En la tarde de la Cena volverá a repetir: «Este es mi cuerpo, entregado por vosotros; ésta es mi sangre, derramada por vosotros»; y al otro día consumará su sacrificio redentor.

### **III.-JESÚS EN JERICÓ**

Cuando después de atravesar el valle tórrido y malsano del Jordán se llega al pie de las desnudas rampas tras de las que está edificada Jerusalén, y se encuentra hoy el

miserable villorrio de Er Riha, es menester hacer un esfuerzo para representarse que aquí estaba en tiempo de Cristo la ciudad de Jericó, ciudad de luz y de sol, como Niza o Cannes. La región describióla así Josefo (B.J., IV, 8, 3, 469-473):

Se puede decir con verdad que este sol es divino porque produce en abundancia los frutos más exquisitos y más raros. Los demás productos de otras tierras no tienen comparación con los de este clima, pues con tanta abundancia todas las semillas dan aquí su fruto. El origen de esta fecundidad me parece ser el calor del aire y la abundancia de las aguas. El país es tan cálido que apenas puede uno salir, y el agua, con tal de sacarla antes de despuntar el sol y exponerla al aire inmediatamente, vuélvese fresca por la diferencia del ambiente que la circunda; en invierno, al revés, es tibia y resulta un placer bañarse en ella. Por lo demás, la temperatura es tan benigna que cuando el resto de Judea está cubierto de nieve, las gentes andan allí con vestidos de lino.

Los encantos de este clima habían atraído a él a Herodes el Grande, que edificó un palacio, y Arquelao vivió también allí. Los romanos tenían su guarnición (B.J., II, 18, 6). No era, sin embargo, una ciudad helénica, como Tiberíades o Fasael; a ella acudían los sacerdotes y levitas (Lc., X, 31), y Nuestro Señor, que jamás entró en Tiberíades, no evitó pasar por Jericó y aceptar en ella hospitalidad.

Esta ciudad era para los viajeros que venían de Perea la jornada última antes de Jerusalén. Jesús llega. La caravana de peregrinos de la Pascua se acercaba ruidosa y llamaba la atención; pero el pasmo fué bien diferente cuando se supo que Jesús de Nazaret estaba en la población. Un ciego se veía por allá, Bartimeo, que en seguida comienza a gritar: «¡Hijo de David, ten piedad de mí!» Esta exclamación es el indicio de su fe y de la de los que le rodean. Es el Mesías que pasa. Se sienten ya aquí los primeros estremecimientos del entusiasmo de Ramos. Estos gritos molestan a los discípulos; no es menester distraer de este modo al Maestro, que sin duda enseña entonces a los que le cercan, y reprendido, el ciego clama aún más fuerte. Jesús se detiene y le llama; la turba enmudece instantáneamente, y el Señor no hace porque se calle, mas le exhorta a tener ánimo. No necesita él de estos alientos; arroja su manto y se levanta apresurado. «¿Qué quieres que te haga?» Ofrecimiento más que real, que sólo pudiera hacer Aquel cuyas manos eran todopoderosas. «Maestro, que yo vea.» Es complacido; le sigue, y todos alaban a Dios. Antes imponía silencio a los beneficiados con sus milagros; ahora no intenta velar el resplandor de sus obras ni contener el entusiasmo de la multitud. Y entre estos gritos de júbilo y de triunfo sube a Jerusalén para morir en ella.

Al atravesar Jericó, Jesús divisó a un hombre que para verle mejor se había subido a un sicomoro: «Zaqueo, baja en seguida -le dice-, porque es necesario que yo me hospede hoy en tu casa.»

Esta historia de Zaqueo la cuenta San Lucas (XIX, 1-10) con tanto detalle que se ha grabado en todas las memorias. Jesús llega, Zaqueo intenta en vano verle, toma la delantera y trepa a un sicomoro. Se acentúa a veces el atrevimiento de esta actitud; es seguro, dicen, que entre nosotros produciría admiración ver a un recaudador de aduanas subirse a un árbol

por presenciar mejor el paso de un hombre grande; pero es menester recordar que las costumbres orientales son en estos menos severas y menos ceremoniosas que las nuestras, y que un proceder semejante no excita la risa. Si Zaqueo tenía cierta decisión, era tiempo de mostrarla, él sobre todo, mal visto y aun odioso a muchos de aquella turba entusiasta. Y Jesús iba a recompensárselo por encima de sus esperanzas. Tal vez le divisó Cristo en el árbol, tal vez oyó a su lado pronunciar su nombre, sin duda, con poca simpatía. Jesús le llama: «Zaqueo, baja pronto, que es menester que me hospede hoy en tu casa.» El término «es necesario», empleado por Cristo, es del que se sirve de ordinario para señalar aquello que en su vida ha sido especialmente determinado por la voluntad de su Padre. Además, hay aquí un misterio de predestinación: a este pecador lo ha elegido Dios para ser hospedador de Cristo y recibir de Él la salvación.

Zaqueo baja con grande apresuramiento y recibe a Jesús con júbilo; entonces rompen los murmullos: el diálogo rápido no lo han comprendido, sin duda, más que los que están cerca de Cristo; pero todos le ven entrar en casa de un publicano y de un pecador, y el rumor de indignación es general en la turba. Según esto, no han logrado tantas enseñanzas de Jesús vencer la opinión popular, y el instinto farisaico es más fuerte: los publicanos son gente con la que no se mezclan jamás. Zaqueo lo nota bien pronto, se presenta delante de su huésped y le declara la resolución tomada: largas limosnas y reparación cuádruplo mayor. Parecida a este pasaje se lee una ley del Éxodo, XXII, 1: «Si un hombre robare un buey o un cordero, o los vendiere o matare, ha de restituir cinco bueyes por uno, y cuatro corderos por uno... ; si al que ha robado un buey, un jumento o un cordero se le encuentra vivo en su poder, restituirá doble.»

Según se ve, la restitución cuadruplicada por los bienes robados no estaba prevista en la Ley más que en estos casos particulares; en los otros, era la devolución doblada o quintuplicada. No es, pues, la legalidad la que inspira aquí la conducta de Zaqueo, sino el deseo de reparar ampliamente todos los perjuicios que ha podido originar.

Y por esto se salva: es más difícil a un rico entrar en el reino de los cielos que pasar un camello por el ojo de una aguja; y, sin embargo, este adinerado, cuya fortuna parece haber sido, por lo menos en parte, mal adquirida, se salva, satisfaciendo abundantemente los derechos de la justicia y haciendo a continuación numerosas limosnas. Y este rasgo confirma lo que hemos dicho más de una vez del pretendido ebionismo de San Lucas: no dice que Zaqueo se haya hecho pobre ni que haya vendido todos los bienes, y, por tanto, la salvación haya entrado en su casa; el desprendimiento total no es indispensable condición para la vida eterna.

El publicano convertido quedará ya venerado de la piedad cristiana: las Homilías Clementinas, III, 63, han hecho de él un compañero de San Pedro, y luego uno de los obispos de Cesarea. No es más que una leyenda, pero que tiende a prolongar esta luz evangélica que tan vivamente ilumina al rico publicano de Jericó: Y en la mesa con Zaqueo, Jesús propone a los convidados una parábola que debía disipar sus ilusiones sobre

el reino de Dios y descubrirles su misión.

Se esperaba, observa San Lucas, el advenimiento inminente del reino de Dios, y no es difícil comprender de dónde procedía entonces esta expectativa impaciente: Jesús, que desde algún tiempo tendía a recluirse, se acercaba ahora a Jerusalén para la Pascua, y todo el mundo sentía que el conflicto era inevitable entre Él y los jefes del pueblo, pero nadie, de entre la turba entusiasmada, hubiera tolerado el pensamiento de que este debate iba a terminar con la muerte del taumaturgo. Los murmullos provocados por la entrada de Jesús en casa de Zaqueo prueba, por lo demás, que los judíos no habían cedido un punto en sus pretensiones: el reino era propiedad de los verdaderos hijos de Abrahán, de los santos y de los puros. Esta ambición, que no quieren transformarla, la apoyan los judíos sobre Cristo: acaban de contemplar, después de tantos otros milagros, la curación del ciego; ¿quién puede resistir a este taumaturgo? Jesús, sin duda que les ha advertido muchas veces que su poder no le tiene a servicio de sus dueños, pero son palabras duras que jamás quieren comprender; cuando sus ilusiones queden arruinadas por su muerte, todo caerá por tierra: «Nosotros esperábamos que él sería quien librase a Israel.»

Una vez más, Jesús les quiere advertir, al mismo tiempo que les da a entender su oficio, la oposición que encuentra y el castigo que reserva para sus enemigos (Lc., XIX, 12-27).

El tema que elige para esta enseñanza es el proyecto de un hombre de alta cuna que se marcha lejos para lograr la investidura de la realeza. Todos los comentaristas recuerdan aquí la historia de Arquelao. «Era fácil divisar el palacio reedificado por Arquelao veinticinco años antes, poco después del incendio producido por Simón, esclavo sublevado del primer Herodes. Las miradas del Maestro detuviéronse en las altas murallas de mármol, y su pensamiento, yendo del pueblo que soñaba con la restauración del reino de David al príncipe recientemente arrojado del trono usurpado por los asmoneos, dejó ver con la tristeza de sus recuerdos las angustias que le traían la previsión de la ruina de Israel. Un estremecimiento debió propagarse entre la multitud cuando evocó el fantasma de este hombre, cuyo nacimiento autorizaba la ambición, pero que no era de raza real, y que debió convertirse en solicitador para alcanzar el derecho de ceñir una corona». Todo esto es, sin duda, muy actual, pero dudo que las alusiones tan bien observadas sean muy dignas de Cristo. Por lo demás, todos los príncipes de Oriente se hallaban en el caso de Arquelao; los príncipes de Calcis, de Abilene, de Comagene y de Damasco recibían de Roma su investidura, ni era señal de ambición desmesurada, sino sólo la consecuencia de la servidumbre de todos los pueblos a la Urbe. En el año 40, Herodes el Grande había marchado a la metrópoli para reclamar la revisión de la sentencia del Senado que hacía a Antígono rey de Judea (A.J., XIV, 7; B.J., I, 14, 4), y en el año 4, Arquelao dirigióse también a ella para lograr la confirmación del testamento paterno que le constituía rey: los judíos enviaron una comisión de cincuenta representantes demandando que la Judea fuese administrada directamente por Roma, y Augusto negó a Arquelao el título de rey, aunque le dió el de tetrarca. Un poco después, Antipas se dirigió por su parte al centro del imperio para pedir la corona real, logrando sólo el destierro. Tales sucesos eran pues frecuentes, y al

aludir Jesús a ellos, no satirizaba a príncipe alguno destronado, sino que únicamente recordaba a sus oyentes una sujeción de la que tenían sobrada experiencia, proyectando en el marco de estos acaecimientos su oficio y su misión augustas.

La interpretación de la parábola es fácil: este hombre de elevado nacimiento es Cristo que se va muy lejos a recibir la investidura de su reino. Este largo viaje indica menos la distancia que hay que recorrer que la duración de la ausencia. Se siente aquí la doctrina que, según San Lucas, Jesús quiere dar a sus oyentes: a su lado se aguarda la aparición inminente del reino de Dios, y es un engaño ya que serán aún necesarias largas demoras y el Rey tendrá que hacer primeramente una ausencia muy prolongada, después de la cual llegará investido de su realeza.

Una segunda lección se desprende de la parábola. A su alrededor la oposición es cada día más amenazadora y mucha gente no quiere nada con El ni con su reino: actualmente padece su odio, pero más adelante, a su vuelta, ya les castigará. Con este trazo terrible se concluye la parábola: «Mas a aquellos enemigos míos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traedlos acá y degolladlos delante de mí.» Dentro de cuarenta años estallará la catástrofe aquí predicha: los enemigos de Cristo, por cientos de miles, serán degollados en este templo que constituía su orgullo, del que habían hecho su fortaleza y que debía ser su sepultura. En esta predicción de los postreros sucesos se ve ya lo que aparecerá más claramente en los discursos de Jerusalén: la vuelta vengadora de Cristo, su parusía, tendrá lugar sólo al fin de los tiempos, pero se escucha un preludio en la ruina de Jerusalén, presagio, y bosquejo anticipados del fin del mundo.

Este viaje tan largo del rey, la hostilidad que le persigue, su vuelta y su venganza, son elementos que constituyen por sí solos un cuadro y dan a entender una lección. Pero al lado de esta parábola hay otra segunda, la de las minas. Antes de su partida, el rey confía su dinero en depósito a sus servidores, y a su vuelta les pide cuentas. A esta segunda parte de la parábola corresponde la de los talentos, que se lee en San Mateo (XXV, 14-30): Un hombre se fué lejos, dando a sus criados cinco, dos y un talento; a su llegada exige cuentas; los dos primeros han negociado con su depósito y le han doblado; el tercero lo ha tenido baldío; a los primeros se les felicita e introduce en el gozo de su Señor, al tercero le arrojan en las tinieblas exteriores, y le quitan su talento para dárselo al que tenía diez.

Cristo se aleja para mucho tiempo: lo hemos visto en San Lucas y vamos a volverlo a ver de nuevo en San Mateo. El rasgo no ha de perderse de vista cuando consideremos la cuestión de la parusía y de la venida de Cristo: la impaciencia bien comprensible de los fieles, sostenida además en esto por las aspiraciones judías, podrá aguardar para porvenir muy próximo: la vuelta tan deseada; más Jesús mismo advirtió que esta venida se haría esperar, y tales advertencias han quedado grabadas en el Evangelio.

Durante esta larga espera, el Señor indica que se haga producir lo que dejan en

depósito a sus criados. Es la lección que resalta con más evidencia de las parábolas: en una y otra hay dos grupos: los servidores industriosos que sacan partido del dinero recibido y los siervos pusilánimes y perezosos que lo soterran. En el grupo primero se distinguen diversos depositarios que han recibido cantidades desiguales, pero que las hacen fructificar con el mismo celo y con parecido éxito, y que son también premiados de una manera semejante. La igualdad de las recompensas aparece, sobre todo, en San Mateo, donde se les invita de igual modo a entrar en el gozo de su Señor. En San Lucas la recompensa es proporcional al lucro alcanzado, en el sentido, al menos, de que sigue en progresión, pero siempre supera incomparablemente al valor absoluto: por diez minas, el gobierno de toda una provincia; débil imagen de la distancia entre la recompensa celestial y nuestros esfuerzos. Se observará, por fin, que tal recompensa no es un descanso, o especie de honroso retiro, sino una actividad más grande; un gobierno; este es el depósito doblado al mismo tiempo que el gozo del Señor, ya que estos dos rasgos no se excluyen. El cielo, en efecto no es estado de descanso o de inacción, sino al revés, de una actividad más profunda. Ya aquí abajo, la actividad no se mide por la diligencia externa en las ocupaciones más o menos absorbentes; de este modo, los más activos serían frecuentemente los que desenvuelven menos la vida interior. La verdadera actividad es esta vida íntima del alma, a la que tantas cosas contrarían en este mundo, pero que se abrirá en el cielo por la participación de la vida misma de Dios. No se buscará en esta parábola, como parece haberlo tentado Plummer, un indicio en favor de una sucesión indefinida de vidas y de pruebas; no es definitiva, pero conduce a una vida nueva y no a un reposo inactivo.

Ante este grupo de servidores diligentes está, de una y otra parte, el siervo equívoco y receloso que ha atado la mina en su faja o escondido en la tierra su talento: la excusa que presenta es que su dueño es duro; tal pereza está, pues, inspirada por un triste fariseísmo: lo único que importa es no correr riesgo alguno, y la respuesta de Cristo indica esta reprobación por tal cálculo, injurioso a Dios, y encima, estéril. La actitud que exige de sus servidores es del todo opuesta, Deben trabajar por Dios con celo y confianza, y su ideal no ha de ser el poder decir a su amo cuando esté de vuelta: «Mirad lo que es vuestro», sino, como los otros criados, poder repetir con satisfacción y modestia : «Tu dinero se ha doblado en mis manos»; y este amor por Dios se apoyará de este modo en una confianza cual se debe a un buen dueño y ello será su seguridad contra los peligros que pueden correr por servirle mejor. Se halla un consejo análogo en la sentencia atribuida al Señor por bastantes antiguos: «Sed buenos banqueros» (Agrapha, 11).

Otra verdad todavía se deduce de esta parábola: los dones de Dios y los talentos que nos ha confiado no pueden permanecer sin fructificar, so pena de perderse; el que los entierra, los destruye; sólo se les puede preservar haciéndoles valer y desarrollarse.

En esta parábola, Cristo no pone en escena a aquellos que dilapidan con propósito deliberado los talentos que han recibido o que los hacen valer contra el dueño que se los confió. De éstos no hay ni que decir sino una palabra: ¿cuál será la suerte del depositario prevaricador si al perezoso se le trata tan severamente?

Una postrera sentencia de esta parábola está llena de instrucción: «A quien tiene se le dará, y a quien no tiene se le quitará aún lo que tiene» (Lc., XIX, 26). Cuando el dueño da el talento improductivo al que poseía diez, se admiran las turbas, y Cristo responde con esta sentencia, oída en labios del Señor cuando exponía a sus Apóstoles la interpretación de las parábolas (Ib ., VIII, 18). Entonces daba a entender cómo los judíos, que no entendían ni veían, no podían menos de empobrecerse más y más, mientras los Apóstoles, por estar ya enriquecidos con los secretos del Evangelio, debían enriquecerse todavía en mayor proporción. Aquí es una enseñanza parecida y de un alcance más general; el que posee se hará cada vez más rico, y el que no tiene se agotará, y la misma verdad se aplica en muchos órdenes diversos; fortuna, saber, influencia, y es particularmente verdadera en los bienes espirituales. Los amigos de Dios y generosos con El, los que animosos han arriesgado todo por poseerle, contemplan este tesoro multiplicándose sin cesar entre sus manos, mientras los otros van día por día quedándose sin nada. Esta es la ley inexorable de la vida, pero, sobre todo, es la voluntad del Padre celestial, cuya complacencia en la alta santidad de uno solo de sus criados supera al disgusto originado por la infidelidad de toda una muchedumbre.

## **CAPÍTULO V**

*LA ÚLTIMA SEMANA. LA UNCIÓN DE BETANIA. LOS RAMOS. DISCUSIONES EN EL TEMPLO. LA CONSUMACION DEL SIGLO.*

I-La unción en Betania

II.- La traición de Judas

III.- La entrada triunfal

IV.- La higuera seca

V.- Jesús en el templo

VI-Jesús y los fariseos

VII-La consumación del siglo y la parusía

### **I.-LA UNCIÓN EN BETANIA**

Jesús se mezcló en Jericó con la turba de peregrinos que subían a Jerusalén, y antes de entrar en la ciudad santa desvióse y se detuvo en Betania; era sábado, pues de otro modo Jesús no hubiera podido en tal día hacer el viaje entre Jericó y Betania, durmiendo al sereno, a poca distancia de esta aldea, adonde llegó el viernes por la tarde. Los amigos de Jesús prepáranse a hacerle una fiesta, y esto, tanto más cuanto le están cada vez más



agradecidos y saben el peligro que le amenaza. Le recibió Simón el leproso, personaje a quien no conocemos, por otra cosa. Se ha dicho que era el padre de Lázaro y sus hermanas, mas San Juan no le nombra, y el mismo Lázaro se presenta antes como convidado que como dueño de la casa. A Marta y María las hallamos según las conocemos ya: Marta, afanosa; María, confiada Su homenaje es magnífico, como jamás lo fuera: nardo puro, traído sin duda de la India, conservábase en un tarro herméticamente cerrado: rompe el frasco de alabastro, y el unguento se esparce; una libra, que en sustancia tan preciosa suponía un gasto enorme. Lo derramó primero sobre la cabeza de Jesús, según el homenaje corriente, el que el fariseo rehusara en otra ocasión al Señor (Lc., VII, 46), pero luego baña con el licor los pies de Cristo y los enjuga con sus cabellos; prodigalidad y homenaje excepcionales, que indican su veneración y reconocimiento. La casa entera quedó penetrada del perfume. Judas protestó. Los sinópticos no le nombran y parecen significar que le hicieron coro los restantes discípulos. Tal vez obedezca este silencio a un procedimiento estilístico habitual en San Mateo, pero se puede reconocer también la huella de una influencia nefasta ejercida por Judas; y que se deja sentir en los demás Apóstoles: el pretexto es, por otra parte, especioso: «¿Por qué no se ha vendido este perfume? Podían haberse sacado trescientos denarios y dárselos a los pobres.» No faltarán jamás gentes sabias para criticar las larguezas hechas con Dios y para pretextar el cuidado de los pobres. La suma era considerable: trescientos denarios. Judas no pedirá más de treinta por entregar a Jesús. María se calla, lo mismo que en San Lucas, X, 41 (cf. Lc., VII, 40).

Esta vez también Jesús toma la defensa de la que no sueña más que en El y que no tiene ánimo de responder por sí misma. Judas sólo ve una prodigalidad sin objeto, y Jesús un homenaje tributado a su cuerpo y como un embalsamamiento anticipado; entonces prodíganse las sustancias preciosas y los perfumes, sin que nadie se admire, y desde ahora se embalsama a Cristo: ¡su muerte está tan cerca! Alusión enternecedora para todos, pero particularmente penetrante para Judas: esta muerte va a ser obra suya. No se conmueve, púnzale sólo la herida de su avaricia. Jesús añade, según San Mateo y San Marcos: «Dondequiera que se predicare el Evangelio, en el mundo entero se dirá lo que esta mujer ha hecho; para memoria de ella»: vaticinio impresionante, que todos los días se cumple a nuestra vista, pero, sobre todo, recompensa divina que cubre esta generosidad de un instante con una gloria que se esparcirá por doquiera y durará siempre.

¿Cuál fué la emoción de María al oír estas palabras? Se adivina mejor que se analiza: experimentaba la alegría de verse una vez más defendida por Cristo y admira esta promesa magnífica que entreabre delante de horizontes infinitos, pero, sobre todo, queda consternada por esta perspectiva de la muerte cercana; como los Apóstoles, y mejor que ellos sin duda, siente la proximidad y se estremece; pero aquí, como siempre, calla, escucha y ama.

## **II.-LA TRAICIÓN DE JUDAS**

Y Judas marchó a traicionar a Cristo. Se pregunta sobre el particular, por qué Jesús,

que le conocía, le confió el cuidado de la bolsa común; ¿no era endurecerle en la tentación? Cuando el Señor le llamó no era indigno de su confianza: le hizo uno de los doce y le dió todos los medios que podían hacer de él un apóstol y un santo. Entonces el mismo Cristo, o tal vez la pequeña comunidad, le confió el cuidado de la caja común, si es que sus funciones anteriores no le designaron para esta gerencia. Jesús no quiso inspirarse en esto por su presciencia sobrenatural y debió padecer con la previsión, pero no consintió tratar de otro modo que a los demás Apóstoles al que iba a entregarle. Hace ya un año que Judas está perdido para Cristo, y la primera indicación que acentuábamos sobre el caso está en San Juan (VI, 70): se había querido después de la primera multiplicación de los panes tomar a Jesús para hacerle rey. El Señor lo rehusó, y esta decepción hirió terriblemente a los judíos ambiciosos, y sin duda que con particularidad al desdichado Apóstol: el sermón sobre el pan de vida acabó por separarle de su Maestro, y al concluir esta jornada, respondiendo Pedro: «Señor, ¿a quién hemos de ir? Tú tienes palabras de vida eterna», le dijo Jesús: «¿No os elegí yo doce, y uno de vosotros es un demonio? Y decía esto por Judas, hijo de Simón el Iscariote, porque le debía entregar uno de los doce.»

Ninguno de los Apóstoles comprendió el alcance de esta advertencia, y desde entonces se pasó un año sin que entre estos hombres no exentos de envidias y que vivían juntos de continuo se formase la menor sospecha; se adivina por esto cuál fué la paciencia y discreción del Salvador, que no abandonaba, sin embargo, al Apóstol caído. ¡Qué de avisos generales sobre el peligro de las riquezas, sobre la hipocresía y sobre la guarda de los depósitos confiados! XII, 1-2: «Guardaos de la levadura farisea, que es la hipocresía; no hay nada oculto que no haya de descubrirse, ni nada secreto que no deba manifestarse»; XVI, 11-12: «Si no sois fieles en guardar la mammona de iniquidad, ¿quién os confiará la verdadera riqueza? Y si en lo de otros no fuisteis fieles, ¿lo vuestro, quién os lo dará?» Todas estas advertencias y muchas otras sobre la dificultad de los ricos para entrar en el reino de los cielos toman un sentido más apremiante cuando se piensa que Jesús se expresaba así delante de Judas. El traidor escuchaba indiferente e importunado, y constante en desviar para su provecho los pequeños recursos del colegio apostólico. Cristo se veía, no obstante, cada vez más amenazado, y Judas miraba cada vez más también disipar las brillantes perspectivas del futuro que en un principio le sedujeron: decididamente, la aventura iba mal y era menester separarse y sacar de ello su beneficio. La unción de Betania no fué más que un incidente después de otros muchos, pero acabó de decidir a Judas, y pronto marchóse a encontrar a los príncipes de los sacerdotes.

La presencia de Jesús en Betania se supo luego en Jerusalén, y vinieron en tropel a verle a Él y a Lázaro. Ante esta manifestación popular, los sanedritas se callan; su reciente proclama subraya esta tumultuaria aparición y han decretado apresar a Jesús, que está ahora a las puertas de Jerusalén y todo el mundo corre a verle; sin embargo, no se atreven a hacerle nada. Es, con más resalte, la misma rabia tímida e impotente que en la fiesta de los Tabernáculos, al decir las gentes de Jerusalén (Jn., VII, 25): «¿No es éste a quien buscan para la muerte? ¡Y mirad que habla libremente y nadie le dice nada! ¿Será que los jefes han reconocido que es de verdad el Cristo?» Para salir de estos apuros, los cabezas de los sacerdotes deciden hacer morir también a Lázaro, pero todas estas deliberaciones no zanján la dificultad: ¿cómo apresar a Jesús o a Lázaro en medio de una turba tan entusiasmada?

La traición de Judas y la emboscada de Getsemaní resolverían bien pronto el problema. Pero la hora no ha llegado, ni es aún el tiempo del poder de las tinieblas; restan unas horas al día, y Jesús las va a aprovechar para rematar su obra.

### **III.-LA ENTRADA TRIUNFAL**

La cuentan los cuatro evangelistas, pero se distinguen entre ellos dos grupos: los tres sinópticos describen esta ovación con más detalle, aunque han omitido el alto en Betania, y de no poseer más evangelios, creeríamos que Jesús vino directamente de Jericó con la turba de peregrinos y atravesó, sin detenerse en Betfage ni en Betania. San Juan por el contrario, no dió de esta entrada en Jerusalén más que un breve diseño, pero juntándola a la unción de Betania la hace más comprensible. Ya la víspera por la tarde llegó la multitud de Jerusalén a Betania para ver a Jesús y a Lázaro. No se duda ahora de que el Maestro viene a la capital y los visitantes de la tarde anterior que la han puesto en conmoción improvisan una entrada triunfal.

El año antes, al quererle hacer rey la muchedumbre galilea, Jesús se había echado atrás (Jn., VI, 15), mas ahora no rehúsa el homenaje porque era necesario que una vez al menos hiciese públicamente acto de Mesías, y lo haría, aunque en la forma más modesta. Se ve por lo demás en San Juan que no es la preocupación de la profecía la que dicta la conducta de los discípulos, los cuales sólo más adelante cayeron en la cuenta de que esta entrada sobre un asnillo estaba vaticinada. Pero Jesús sí lo pensaba, y en este sentido habla a sus Apóstoles, enviando a dos de ellos, verosímilmente Pedro y Juan, a soltar el jumento. Las indicaciones que les da muestran a la vez su ciencia sobrenatural, su imperio sobre las almas y su discreción; este desconocido que presta así su bestia a la primera requisitoria es sin duda, como el dueño del cenáculo, un discípulo secreto, ignorado de los mismos Apóstoles. La decisión de Cristo de apartarse un poco de la turba demuestra que consiente en recibir los homenajes, y por así decirlo, en ponerse en escena, y por vez primera el entusiasmo popular siente que Jesús le acepta y le corresponde. Esto lo hace mayor. Sobre el asnillo, que sin duda no llevaba enjalma, ya que nadie le había aún montado, los Apóstoles doblan sus mantos, algunos van más lejos, y los tienden por el camino, se cortan ramos verdes y se cubre la carrera y otros llevan en las manos guías de palma para hacer cortejo al Hijo de David.

A medida que avanza, la multitud se hace más compacta y entusiasta: «y cuando llegaba ya cerca de la bajada del Monte de los Olivos, comenzó toda la masa de discípulos regocijados a alabar a Dios con grandes voces por todos los prodigios que habían visto, y decían: ¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor, paz en el cielo y gloria en las alturas!» (Lc., XIX, 37-38). Esta aclamación recordaba el canto de los ángeles en Belén; coincidencia admirable que marca la unidad de la vida de Cristo y une el pesebre con la cruz. Pero por encima de todo brilla ahora el triunfo mesiánico.

«¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el reino que viene de nuestro padre David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel!» Entusiasmo ardiente sin duda, pero poco iluminado, nacional más que religioso, y que en el corazón de Cristo resuena dolorosamente; distingue ya el «*tolle, crucifige!*».

Cuando el cortejo entra en la ciudad el entusiasmo se redobla: «A su paso toda la capital se conmovió, y decía: ¿Quién es éste? Y las turbas: Este es Jesús, el profeta de Nazaret, en Galilea» (Mt., XXI, 10-11). El movimiento se propaga poco a poco y domina a toda Jerusalén. Los fariseos se sienten agobiados y se dicen unos a otros: «Veis que nada adelantáis: he aquí que todo el mundo se va tras él» (Jn., XII, 19).

Es la crisis suprema de estos movimientos de opinión que se advierten en San Juan, sobre todo después de la fiesta de los Tabernáculos: los partidarios de Jesús no dejan oír entonces más que un rumor tímido que ahora es ya un clamor inmenso.

Importunados por estos gritos, los fariseos no pueden lograr que la turba se calle, y piden a Jesús que intervenga en persona: «Maestro, reprende a tus discípulos. Yo os aseguro que si ellos callasen las piedras darían voces» (Lc., XIX., 39). Así se llegó al templo; el Señor le inspecciona como un dueño que quiere verificar el estado de su casa que intendentales infieles entregan al desorden. Los ciegos y los cojos se le arriman, y les cura: y los gritos se repiten, lo mismo que la indignación de los sacerdotes y escribas: «Viendo los milagros y gritar a los niños: ¡Hosanna al Hijo de David!, se sublevan: Pero ¿oyes lo que dicen? Sí. ¿No habéis nunca leído: de labios de los párvulos y de los que están al pecho te has preparado tus alabanzas?» (Mt., XXI, 14-16).

Desde los comienzos del ministerio de Cristo hemos sentido fermentar esta envidia de sus adversarios, silenciosa primero y luego progresiva. En presencia del triunfo de los ramos se exasperan: ¿no es esto, piensan, un escándalo o una locura? Los romanos al lado en esa torre Antonia de donde vigilan el templo, ¿cómo interpretarán una manifestación así en plena capital de Jerusalén y en vísperas de la Pascua? Estos pretextos cubren mal el despecho de su orgullo: Jesús prescinde de todo y defiende a los suyos; es el Buen Pastor que protege a su rebaño; así procedió, cuando acusaban a sus discípulos de violar el sábado por desgranar unas espigas, y en la doble unción al defender a Magdalena del fariseo, y a María de Judas; ahora no desaprueba tampoco a los discípulos y a los niños que le aclaman, y a los fariseos les trae a la memoria aquello del salmo VIII, que tenía tan en el corazón por el recuerdo que se hace del Hijo del Hombre humillado un poco más que los ángeles: además, que la entrada del Hijo del Hombre en Jerusalén bien merece este homenaje: «Si los hombres se callaran las piedras gritarían.» Y no obstante, en medio de este entusiasmo que arrastra a toda la ciudad y que hace perder la paciencia a los enemigos de Cristo, Jesús no pierde de vista su próxima Pasión: dos episodios referidos por San Lucas y por San Juan revelan estos sentimientos íntimos: en la cumbre del triunfo, un agudo dolor:

(Lc., XIX, 41-44): Y cuando llegó cerca y vió la ciudad lloró sobre ella exclamando: ¡Si

hubieras conocido tú, al menos en este día, lo que a tu paz conduce, pero está ahora escondido a tus ojos! Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cerquen, y te rodeen de trincheras, y te estrechen por todas partes, y te destruyan del techo a los cimientos, a ti y a tus hijos, no dejando piedra sobre piedra, porque no has conocido el día de tu visita.

No se puede aún hoy día bajar del monte de los Olivos a Jerusalén sin recordar estos gemidos de Cristo. Los Cruzados levantaron con el nombre de *Dominus flevit* una capilla cuya traza se conserva hasta ahora; al mismo tiempo se ven, sobre todo por el lado norte hacia el *Scopus* los vestigios de este atrincheramiento predicho por el Señor, y cuyo terrible cerco debía ahogar a Jerusalén y reducirla a la más espantosa hambre hasta el último día, en que el postrer asalto arruinaría por completo el templo, los baluartes y los palacios.

En medio de estas aclamaciones Jesús divisa todo esto y se detiene un instante para llorar. Se siente uno tentado de repetir aquí sobre la ciudad santa y sobre su pueblo lo que decían antes de Lázaro: «¡Mirad cómo le amaba!» Y tal vez algunos se vean tentados de añadir: «El que curó al ciego de nacimiento y resucitó a Lázaro, ¿no podría hacer que no pereciese este pueblo?» Misterio terrible de la libertad humana, que puede llevar a la ruina a una nación tan amada de Dios por la que va a morir.

Este incidente es, sobre todo, precioso porque nos recuerda los sentimientos de Jesús en esta hora de su triunfo en Jerusalén: al verle no sólo animar, mas provocar la ovación de la que es objeto, los lectores superficiales podrían creer que va arrastrado como la multitud, por el entusiasmo mesiánico. Sus lágrimas disipan toda ilusión: quiere ser reconocido como Mesías, porque efectivamente lo es; pero, en esta misma hora, su mesianismo es en absoluto religioso y no político, como el que embriaga a los judíos; y esta embriaguez que siente en torno suyo y que no puede disipar, le apena: es la ilusión fatal que mañana originará su muerte, y pronto la ruina de su pueblo.

También durante esta entrada en Jerusalén parece que hay que colocar un episodio contado por San Juan, todavía más patético (XII, 20-36). Los griegos que habían venido a Jerusalén por la Pascua acuden a Felipe: «Queremos ver a Jesús.» Felipe se lo dice a Andrés, y los dos juntos van a avisárselo al Señor. Y Jesús, fijos los ojos en esta voluntad del Padre donde aparecen todas las etapas de su vida, responde: «Ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre debe ser glorificado.» Pero esta gloria no puede ser más que el fruto de su muerte.

En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en la tierra, se queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá, y quien la aborrece en este mundo, la salvará para la vida eterna.

Estas sentencias terribles han repercutido más de una vez ya en los oídos de los Apóstoles, y siempre Jesús se ha aplicado a sí mismo esta ley severa que imponía a todos sus discípulos: cada cual debe llevar su cruz, pero El les precederá a todos, y no tendrán más que seguirle. Y ya llegó la hora; el grano de trigo va a caer en tierra y va a morir, y no

obstante este trigo es el pan de vida bajado del cielo.

Y ante esta muerte terrible e inminente Jesús se turba:

Ahora mi alma se ha turbado: ¿qué diré? Padre, sálvame en esta hora. Más por eso he venido a esta hora. ¡Padre, glorifica tu nombre! Entonces vino una voz del cielo: Le glorifiqué y de nuevo he de glorificarle (XII, 27-28).

En medio del triunfo es la agonía y la oración del Huerto: «que este cáliz pase de mí»; pero también es la misma voluntad invariablemente orientada hacia la glorificación del Padre; y el Padre que en el huerto responderá enviándole un ángel, contesta ahora por la voz celestial: «Yo he glorificado mi nombre, y le glorificaré.»

La turba oyó el sonido de esta voz, pero sin distinguir las palabras, y sin embargo se dejó oír por su causa, como el mismo Señor se lo declara:

Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera, y yo, cuando sea levantado sobre la tierra atraeré a mí todas las cosas.

Los judíos comprenden a medias estas palabras desconcertantes y replican: «Nosotros hemos oído de la Ley que el Mesías permanece eternamente. ¿Cómo dices tú que es menester sea puesto en alto el Hijo del Hombre? ¿Quién es este Hijo del Hombre?» Jesús no se detiene en esta disquisición y apremia a sus oyentes: «Todavía por un poco de tiempo la luz está en medio de vosotros. Caminad mientras tenéis luz, no sea que os sorprendan las tinieblas... Mientras tenéis luz, creed en la luz para llegar a ser hijos de la luz.»

Y Jesús alejóse y se ocultó (XII, 31-36).

Así se termina en San Juan esta jornada de triunfo. El evangelista se queda sobrecogido delante de esta obstinación: «Jesús había hecho a su vista tantos milagros, y, sin embargo, no creían en él.» Pero ¿qué es esto sino el cumplimiento del vaticinio de Isaías?: «Señor, ¿quién creyó a nuestro anuncio? ¿Quién comprendió tu poder?» Este gran misterio de la incredulidad de los judíos lo entendió el profeta antes de contemplar la gloria del Hijo de Dios.

Y sin embargo, entre esta turba aparentemente incrédula escondíanse muchos creyentes tímidos: «Aun de los jefes, muchos creyeron en El, pero los fariseos no lo confesaban porque no les echasen de la sinagoga, porque amaron más la gloria de los hombres que la de Dios» (XII, 42).

Estos espíritus tímidos se alzarán pronto con la muerte de Cristo y la efusión del

Espíritu Santo; entonces estas semillas de fe podrán germinar y madurar, y los Apóstoles recoger gozosos lo que su Maestro sembró con lágrimas.

#### **IV.-LA HIGUERA SECA**

Amenazado Jesús en Jerusalén retiróse el domingo por la tarde a Betania, como lo haría en los días sucesivos. Al día siguiente, al salir de Betania, sintió hambre, y viendo a lo lejos una higuera que tenía muchas hojas, acercóse para ver si hallaba fruto; no encontró nada, y dijo: «¡Que nadie jamás coma de ti!» Por la tarde, al pasar Jesús y sus Apóstoles, vieron la higuera seca hasta la raíz (Mc., XI, 12-14, 20 sg.).

Este milagro ha desconcertado sin razón a muchos exegetas. Jesús no pudo tener por fin demostrar su poder a sus discípulos, y menos aún encolerizarse contra el árbol; quiso, sólo por esta parábola en acción, indicar la suerte que reserva a los árboles estériles que no tienen vida más que en apariencia, que llevan hojas, pero ningún fruto. Esta severa lección la dió sobre un árbol, mientras las obras de misericordia se ejercitan con los hombres. Los discípulos comprenderán por este ejemplo la suerte de Jerusalén y del pueblo de Dios; era lo que se figuraba en la parábola de la higuera estéril (Lc., XIII, 6) y esto es lo que también debían reconocer en esta acción simbólica del Señor, semejante a tantas otras de los antiguos profetas.

#### **V.-JESÚS EN EL TEMPLO**

Y un día en que enseñaba al pueblo en el templo y evangelizaba, los sumos sacerdotes y los escribas, a los que se les unieron los ancianos, vinieron a encontrarle y le dijeron: «Dinos con qué autoridad haces todo esto, o quién te ha dado tal poder.» Jesús les respondió: «Voy a haceros yo también una pregunta. Decidme: el bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?» Los judíos no se atrevieron a contestar y se fueron.

Es la primera vez que los sumos sacerdotes intervienen personalmente contra Jesús. Después de la resurrección de Lázaro, tomaron su partido. Aquel hombre debía morir antes que poner en peligro a toda la nación (Jn., XI, 50). La entrada de Jesús en Jerusalén y la autoridad que desplegó en el templo les exasperó todavía más: «Buscaban cómo hacerle morir» (Mc., XI, 16; Lc., XIX, 47), y los escribas, encarnizados en vengar su querrela, secundan a los sacerdotes; los ancianos se les unen, quedando ya todo el Sanedrín representado y comprometido.

La queja que dirigen a Cristo es que usurpa en pleno templo una autoridad de maestro y de doctor. ¿Quién se la ha dado? Con todo, no se sigue más que un procedimiento regular.

El objeto de los sanedritas es, como en otros encuentros de estos últimos días, provocar a Jesús a una declaración decisiva que debía perderle; si invocaba la autoridad mesiánica, su proceso se concluiría presto, y si la evitaba, perdería pie en la opinión popular.

La respuesta de Cristo se asemeja por su forma a las argumentaciones rabínicas: responde a una pregunta planteándoles otra. No es necesario, sin embargo, interpretarla como una parada. «¿Por qué Jesús propuso esta nueva? No fué seguramente por prever que ponía a sus adversarios en un apuro, y por consiguiente le dispensaba así de responder. No podemos representarnos a Jesús maniobrando de este modo en vista de una fácil victoria dialéctica. Su respuesta significa que, si ellos hubieran penetrado el sentido del bautismo de Juan habrían también conocido la fuente de su autoridad». Estas observaciones son justas; pero es menester añadir que Juan era el testigo de Cristo, y Jesús mismo le había invocado en una circunstancia parecida (Jn., V, 33): «Vosotros enviasteis una comisión a Juan, y él dió testimonio de la verdad; pero yo no recibo testimonio de hombres, mas digo esto para que vosotros os salvéis.» Esta vez todavía le mueve el mismo cuidado: a estas gentes que sólo buscan comprometerle y perderle le quiere recordar esta gran memoria del Bautista; si son dóciles, él les conducirá a Cristo como llevó a tantos otros.

Pero ellos no se preocupan de la salvación: sólo piensan en salir sin perjuicio de una polémica que les apremia. Frente al Bautista se habían portado desconfiadamente, y esta desconfianza había sido demasiado clara para que pudiesen adherirse a Él sin retractarse. Pero decir: el bautismo de Juan venía de los hombres no había que pensarlo delante de un pueblo entusiasta; la muerte trágica del Precursor le había aún agrandado, y los israelitas estaban tan convencidos de la misión de Juan, que vieron en las desdichas de Antipas un castigo del cielo por la muerte del profeta. No queriendo ni desautorizarse a sí mismos ni chocar con el pueblo, se escabullen: «No lo sabemos.»

Jesús hubiera podido llevar hasta el término esta ventaja e insistir, como lo hizo el ciego de nacimiento ante una respuesta parecida: «Esto es precisamente lo que sorprende: que no sepáis de dónde viene este hombre, y él me ha abierto los ojos» (Jn., IX, 30). Estos triunfos dialécticos tan apetecidos de los hombres eran indignos de aquel que no buscaba otra cosa que la salvación de todos y la gloria de su Padre. Delante de la mala fe de sus adversarios, se calla: ¡perlas para los puercos, no!

Y prosigue su instrucción al pueblo:

Erase un hombre que tenía dos hijos: se dirigió al primero y le dijo: Hijo mío, ve a trabajar hoy a la viña. Pero respondió: No voy. Luego se arrepintió y fué. Se dirigió al otro, y le mandó lo mismo. Y le contestó: Ya voy, señor; pero no lo hizo. ¿Cuál de los dos cumplió la



voluntad del Padre? Dijéronle: Fue el primero (Mt., XXI, 28-31).

Esta parábola era transparente. Jesús mismo hace la aplicación:

En verdad os digo que los publicanos y prostitutas entrarán antes que vosotros en el reino de Dios. Porque Juan vino a vosotros y no creísteis en él, cuando creyeron los publicanos y prostitutas (Ib., 31-32).

San Lucas, refiriendo la respuesta de Jesús a los enviados de Juan (VII, 29), lo había ya observado: «Todo el pueblo que le escuchaba y los publicanos dieron gloria a Dios, recibiendo el bautismo de Juan; pero los fariseos y los legistas hicieron vanos los designios de Dios para con ellos, rehusando su bautismo.» Esta doble actitud es la de los dos hijos de la parábola: de un lado, las cabezas ligeras que responden al padre: «Yo no voy»; de otro, los hijos respetuosos y diligentes que protestan de su sumisión: «Yo voy, señor.» Pero los primeros se arrepienten: la predicación del Precursor les conmueve, reciben su bautismo y hacen frutos dignos de penitencia; los otros se complacen en un alarde de sumisión, pero no van más lejos.

Estos avisos, tan frecuentes en Cristo, a estos profesionales de la justicia, que hacen ostentación de su fidelidad a la Ley y se detienen ahí, es la enseñanza del fariseo y del publicano, y aquella misma que Jesús daba ya en el sermón de la montaña (Mt., VII, 21): «No todos los que me dicen «Señor, Señor» entrarán en el reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos.» Es lo que decía desde los primeros días de su misión en Galilea: «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (IX, 13). Y se ve claramente en esta parábola; lo que constituye la superioridad de los pecadores sobre estos pretendidos justos es la humilde confesión de su falta y la resolución viril que nace de esta penitencia.

Una vez más pretende Jesús hacerla nacer y despertarla en estas almas soñolientas por la falsa seguridad de su justicia; y una vez más fracasa, y su advertencia les irrita sin iluminarles.

Y les da otro aviso más solemne todavía en la parábola de los viñadores, que nos la cuentan los tres sinópticos:

Un hombre plantó una viña y la cercó con vallado, y cavó un lagar, y edificó una torre, y se la arrendó a unos labradores, y se ausentó del pueblo. Y a su tiempo mandó a los viñadores un criado para que cobrase del fruto de la viña. Pero echándole mano, le apalearon y le despacharon con las manos vacías. Envióles otro criado, y le hirieron en la cabeza y le afrentaron, y así a otros, de los cuales a unos mataron y apalearon a otros. Quedábale un hijo único y se le envió el último, diciéndose: Respetarán a mi hijo. Pero los de la viña se dijeron: Es el heredero; vamos, y matémosle, y la heredad será nuestra. Y cogiéndole, le mataron, y le arrojaron fuera del viñedo. ¿Qué ha de hacer el amo de la viña? Vendrá y acabará con estos viñadores, y dará su viña a otros (Mc., XII, 1-9; Cfr. Mt., XXI, 33-43;

Lc., XX, 9-18).

Por tercera vez vuelve Jesús aquí sobre esta imagen tradicional de la viña, de la que con frecuencia se habían servido los profetas para dar a entender las relaciones entre Dios y su pueblo; Isaías, V, merece un recuerdo particular:

Voy a cantar a mi amigo: este es el canto de su amor por su viña. Mi amigo tenía una viña en un collado fértil. La limpió y la binó, y plantó en ella vides. Construyó en medio una torre y alzó un lagar. Esperaba que produjese racimos, y dió agrazones. Ahora bien, gentes de Judá y habitantes de Jerusalén, juzgad, os lo ruego entre mí y mi vida. ¿Qué podía hacer yo por mi viña que no lo hiciera? ¿Por qué al esperar que produjese racimos ha dado agrazones? Pues bien: voy a esperar lo que he de hacer con mi viña: la quitaré el cercado, y la vendimiarán; romperé su cerca, y la pisarán. Y la dejaré desierta; no se la podará ni se cavará, y subirán las zarzas y las espinas, y a las nubes prohibiré que dejen caer su lluvia sobre ella. La viña de Yavé de los ejércitos es la casa de Israel, y las gentes de Judá son su plantación querida. Contaba con un pueblo inocente, y vedle que está cubierto de sangre. Contó con la justicia para su recolección, y ved que se encuentra con la revuelta y el motín (Isa., V, 1-7).

La misma sencilla lectura descubre la diferencia de los dos trozos: Isaías se dirige al pueblo entero, la viña que ha defraudado las esperanzas de Yavé, y que será entregada como presa. Jesús se encara con los jefes del pueblo solamente: ellos son los que han recibido en alquiler la viña de Dios y se han encargado de hacerla dar frutos; ¡cuántas veces reclamó Dios su alquiler, y sus enviados los profetas salieron muertos o maltratados!; en fin, envió a su Hijo único, y a Él también le echaron fuera de la viña y le dieron muerte.

Esta imagen resultaba tan transparente que los jefes del pueblo la comprendieron en seguida y se vieron señalados; la enseñanza dada de este modo es tan alta que no la hay más elevada en el Evangelio. No admiraré, pues, que los exegetas de la escuela crítica no hayan dado fe al informe de los evangelistas.

Sus objeciones son fáciles de descartar: que la forma del discurso sea, sobre todo, más alegórica que parabólica no puede concluir nada contra su autenticidad, y Loisy mismo lo concede: «Jesús hubiera podido excepcionalmente predicar en alegoría, y citó en otras ocasiones textos proféticos.» Que se encierre aquí una predicción y una amenaza es evidente; pero la misma misericordia de Jesús debía a sus adversarios las terribles advertencias que les da, y la forma que revisten estas amenazas confirman su autenticidad: «Tengo mucha dificultad en creer -escribe Burkitt- que un cristiano perteneciente a cualquier escuela, en los primeros tiempos del Cristianismo, haya inventado esta parábola para ponerla en labios de Jesús, y me parece cierto que lo que aquí falta es precisamente lo que un cristiano no hubiera omitido: quiero decir mencionar la Resurrección.»

Añadamos, por fin, que Jesús tiene cuidado de limitar la terrible responsabilidad de este homicidio a los jefes del pueblo; para esta fecha, la multitud le está adherida aún, y, como lo observa Lagrange, la viña que la representa directamente no es ni culpable ni amenazada. «Al contrario, excepción hecha de cuando habla delante del Sanedrín (Act., IV,

10-11; V, 30-31), Pedro no distingue y acusa de asesinato jurídico a todos los israelitas (II, 22-23; XII, 15). Es que la situación ha cambiado desde el momento en que Jesús proponía la parábola.»

Determinada la autenticidad, podemos fijar su alcance. Se ve aquí en primer término la misión trascendente y única del Hijo de Dios. Todos cuantos vinieron antes de Él, aun los más grandes, son meros servidores enviados por Dios; Jesús es el Hijo único. Se podía percibir ya esta relación de Cristo y de su Padre y su autoridad eminente en muchos rasgos de su enseñanza, desde el mismo sermón del monte: «Se os ha dicho..., pero yo os digo.» Se advierte más claro en algunas declaraciones raras y misteriosas: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se le quisiere revelar»; pero aquí, más que en lado alguno, aparece esta superioridad; bajo el velo transparente de la alegoría, es la doctrina que se expondrá más adelante en la carta a los Hebreos: «Habiendo Dios hablado muchas veces en tiempos pasados y de muchas maneras a nuestros padres por los profetas, al final de los tiempos nos ha hablado por su Hijo.» Y precisamente por lo manifiesto de esta declaración, Loisy, ya lo hemos visto, la juzga inverosímil: hubieran arrestado a Jesús de haber hablado así. El Evangelio mismo responde a la dificultad: «Trataron de prenderle, pero temieron a la turba» (Mc., XII, 12).

Al mismo tiempo que esta dignidad divina del Hijo de Dios, aparece la suerte que le espera. Es la primera vez que, delante de concurrencia, profetiza Jesús su muerte. Hemos apuntado las predicciones hechas a los Apóstoles: en Cesarea de Filipo (Mc., VIII, 31), después de la Trasfiguración (IX, 31) y al tiempo de subir a Jerusalén (X, 32). En estas tres circunstancias, Jesús sólo tiene a su lado a los doce y les prepara a la prueba terrible que va a herirles; aquí avisa al pueblo en masa, y, consiguientemente, toma su predicación un acento nuevo. No es sólo una profecía, sino una amenaza. Jesús hace un esfuerzo supremo para prevenir este atentado que consumará la ruina de Israel.

En su nota sobre esta parábola, demuestra Burkitt (p. 325) cómo esta predicción de Cristo encuadra en el conjunto de su doctrina. En la época en que Jesús se presenta es convicción general manifestada por las Apocalipsis, que el reino de Dios está próximo. El Precursor, y luego el Señor mismo, repiten: «El tiempo se ha cumplido, el reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed al Evangelio» (Mc., I, 25). Esta aparición es tan inminente, que los Apóstoles no tendrán tiempo para recorrer todas las ciudades de Israel antes que el Hijo del Hombre venga en su gloria (Mt., X, 23). Y, no obstante, la manifestación tan esperada tarda; algo retrasa su llegada inminente: «Cuando el fruto está maduro se echa la hoz» (Mc., IV, 29); pero ¿lo está aún? La predicación de Juan y de Jesús, ¿ha convertido de verdad a las almas? No. Este es el sentido de las maldiciones lanzadas contra las ciudades del lago; de las palabras severas sobre esta generación perversa y adúltera y sin fe (VIII, 12, 28; IX, 19), y los avisos que preceden un poco al viaje de Jerusalén. En conjunto, la nación no está arrepentida; su pecado permanece, el advenimiento del reino de Dios se retardó, y el Señor espera, pero vengará a sus elegidos que claman a Él noche y día (Lc., XVIII, 7). Dios lo difiere largo tiempo, como lo dice Cristo en este pasaje; aguarda, pero su hora va a llegar. Esta muerte del Hijo predicha en la parábola viene a precipitar la catástrofe, y, en

este sentido, va a servir a los designios de Dios: salvará la viña y se la quitará a los viñadores indignos que la explotan. En la narración de la parábola admira que el dueño del majuelo exponga así a su hijo, pareciendo que adivina el fracaso de este esfuerzo y el ningún efecto de su sacrificio. Los viñadores quedan castigados, mas este escarmiento: tardío es, sin duda, un consuelo muy pobre por la muerte del hijo único. La aplicación lo ilumina todo: Dios sabe, en efecto, que envía su Hijo a la muerte, pero conoce también que esta muerte ha de ser salvadora y redentora; encontramos aquí de nuevo la doctrina expuesta ya por Jesús a los Apóstoles: «El Hijo del Hombre vino para servir, no para ser servido, y para dar su vida por la redención de muchos» (Mc., X, 45).

«Oyendo esto gritaron: ¡no lo quiera Dios!» Esta exclamación de la multitud, que sólo la cuenta San Lucas (XX, 16), demuestra que todos comprendieron lo que quería significar la viña quitada a los malos viñadores y traspasada a otros. Y Jesús, «fijando en ellos sus miradas», insiste: «¿Qué significa entonces lo que está escrito: la piedra que rechazaron los que construían, vino a ser piedra angular? Esta es obra del Señor y admirable a vuestros ojos... ¿Y quién cayere sobre esta piedra se estrellará, y sobre el que ella caiga le hará pedazos?» (Lc., XX, 17-18).

Esta última réplica da a toda la argumentación de Cristo una impulsión terrible. Se le ve cual le pinta San Lucas, fijando sus ojos en los adversarios y amenazándoles con esta caída y con este aplastamiento; profecía gloriosa, sin duda, pero también muy dolorosa: Jesús es de verdad, como lo vaticinó Simeón, «ruina y resurrección».

Los jefes de los sacerdotes hubieran querido apoderarse de Cristo, pero temieron a la turba y se fueron. Esta rabia y este miedo quedan anotados ya por San Marcos después del recibimiento triunfal (XI, 18), como lo son en este pasaje (XII, 12); en el curso de esta semana aparecerá la misma exasperación encarnizada y tímida, y el último día anotará una vez aún: «Los cabezas de los sacerdotes y los escribas buscaban cómo le prenderían dolosamente y le quitarían la vida» (XIV, 1). Las enseñanzas de Cristo se hacen más claras y sus amenazas más terribles; esta luz les hiere sin convertirles, y sólo el temor les contiene el golpe; Judas va pronto a ponerse a su servicio y a darles las seguridades que desean. Pero prosiguen, sin embargo, en sus esfuerzos. Deshechas todas sus argucias, no se resignan a creer que un galileo iliterato pueda escapar por mucho tiempo a sus lazos. Se acercan, pues, y cautelosos dicen a Jesús: «Maestro, conocemos tu sinceridad y que no eres aceptador de personas, porque enseñas con verdad el camino de Dios sin mirar la cara de los hombres. ¿Está permitido pagar el tributo al César o no? ¿Le debemos pagar o no?»

La cuestión, así propuesta, era extremadamente capciosa, y los enemigos de Jesús podían creer que con seguridad le tendían un lazo. Frente a las autoridades romanas, la denegación del impuesto era un acto de rebeldía, y a pesar de la reserva de Jesús, sus enemigos dirán pronto, para perderle, que extraviaba al pueblo enseñando que no pagase tributo al César. Pero ante la turba, esta sumisión era la seña: más odiada de la sujeción, y hacerse Mesías, rey de Israel, y al mismo tiempo predicar el pago del impuesto, ¿no era

renegar de las esperanzas de Israel y negarse a sí mismo? Este escándalo sentíanlo más vivamente los galileos, más fieles y adheridos a Cristo, y en cuyas filas reclutaba el nacionalismo judío sus zelotes; uno de los Apóstoles, sin duda muchos discípulos figuraban en esta facción exaltada.

Para coger a Jesús en esta trampa, comisionaron a los fariseos herodianos: estos últimos deseaban ver la Judea bajo el cetro de un príncipe herodiano, y aguardándolo, sometíanse a las autoridades romanas. La presencia de Herodes en las fiestas pascales debía haber llevado a Jerusalén buen número de sus partidarios. Del todo opuestos a los fariseos, júntanse con ellos ahora para tender asechanzas a Jesús.

La respuesta del Señor es sencillísima: manda a buscar un denario de plata. Estas monedas reservadas para pagar el tributo individual a los romanos no abundaban en Palestina, y ni Jesús ni sus interlocutores las tenían; trajéronse. «¿De quién es este busto y esta inscripción?» De este modo, no pueden callarse ni responder que no saben, como lo hicieron cuando lo del bautismo de Juan: «De César.» «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.» Esta salida era naturalísima, y debía parecérselo a los judíos: el uso de una moneda extranjera tenía entre ellos como señal de sujeción, y por esto crearon los Macabeos un tipo nuevo, como más tarde acuñaría otro Bar Kokebas; si se aceptaba la del César, era que se reconocían sus súbditos y que les obligaba el pago del tributo. Pero la respuesta de Jesús va más lejos: «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.» Principio de fecundidad eterna, que debía traer al mundo el orden y la paz, era sobre todo necesario en aquella época y en aquel medio: en este pequeño mundo judío donde Jesús hablaba y obraba, flotaba aún la impresión de los grandes recuerdos del gobierno teocrático: «El reino de David, nuestro padre.» Es la aclamación de hace días, y lo que esperan con una impaciencia febril. Toda sujeción a un poder extraño parecía a los zelotes una infidelidad contra Dios, el único Rey de Israel; mas la palabra de Jesús les enseña a obedecer mansamente a los reyes de aquí abajo, guardando a Dios su lealtad inviolable.

Pronto la Iglesia va a extenderse por el mundo pagano, y ha de triunfar de otro prejuicio del todo contrario, pero más peligroso aún, que rebaja la majestad divina al nivel de las autoridades humanas; el dios César reclamará todos los homenajes, mas los cristianos guardarán su alma libre en medio de este universal servilismo, y recordando la máxima del Maestro, ofrecerán a los emperadores y gobernadores romanos su obediencia y su respeto, pero reservarán su fe para Dios, y desde este día la verdadera libertad quedará establecida.

Después de los fariseos, intervienen los saduceos (Mc., XII, 18-27; Mt., XXII, 23-33; Lc., XX, 27-40). Sobrecogidos con la creciente influencia de Jesús, están resueltos a perderle; los saduceos, en efecto, como lo definen exactamente los Hechos, V, 17, son el sumo sacerdote y su partido. La cuestión que proponen tiende sobre todo más a ridiculizar a Cristo que a comprometerle. Los saduceos no creían en la resurrección, como no creían en los ángeles (Act., XXIII, 8; Josefo, A.J., XVIII, 14); habían forjado, pues, para su controversia el caso que llegan proponiendo a Jesús:

«Maestro, Moisés prescribió que si un hermano muere y deja a su mujer sin haber tenido hijos, su hermano ha de tomar la mujer y suscitar prole a su hermano. Sucedió que eran siete hermanos. Casóse el primero y murió sin dejar hijos; tomóla el segundo, y el tercero, y así hasta el séptimo sin tener hijos; después de todos ellos, murió la mujer. Después de la resurrección, cuando resuciten ellos, ¿de quién será la mujer?».

Ante esta interrogación burlona, Jesús queda tranquilo y responde con mansedumbre, pero levantando el tema, y sin preocuparse de él, enseña a sus oyentes e instruye a sus adversarios. En el caso particular reprocha a los saduceos el no comprender la Escritura y el no tener una idea bastante grande del poder de Dios, y les opone este texto del Éxodo, que comenta: «Yo soy el Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.» «Según esto, no es Dios de muertos, sino de vivos, porque por él todos viven.» San Ireneo tomará este texto y la interpretación del Señor para oponérsela a los gnósticos: «Si Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; si, además, a Dios se le llama el Dios de los patriarcas difuntos, a buen seguro que viven para Dios y que no están muertos, siendo hijos de resurrección. Ahora bien, la resurrección es el mismo Nuestro Señor».

Otros textos del Antiguo Testamento podían fundamentar la fe en la resurrección; pero ninguno podía esclarecerla más poderosamente que esta frase divina, interpretada por Jesús. La Iglesia la traerá a la memoria en su oficio de difuntos: *Regem cui omnia vivunt, venite adoremus.*

Los amigos de Dios viven de su vida, vida que no terminará jamás.

Pero esta vida nueva comunicada por Dios a sus elegidos no será al modo de esta de aquí abajo; «los hijos de Dios», los «hijos de la resurrección» serán como los ángeles del cielo, que no tomarán mujer ni marido. Esta alta doctrina sobre la vida divina de los elegidos fué provocada por la argucia miserable de los saduceos, e invenciblemente, leyendo esta página, se acuerda uno de la palabra del Señor: «Vosotros sois de la tierra, yo soy de lo alto.» Entre los oyentes de Cristo, muchos sienten la fuerza de su doctrina; los mismos más endurecidos padecen su ascendiente; pero nadie se atreve a tenderle asechanzas.

Y llegando un escriba, que había oído la discusión y cómo les había respondido hermosamente, y se acercó y le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: «Oye, Israel: el Señor Dios nuestro es un solo Señor; y amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y toda tu alma, y de todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Mayor que éstos no hay otro mandamiento.» Y le dijo el escriba: «Muy bien, Maestro: con verdad has dicho que es uno solo, y no hay otro fuera de él: y el amarle de todo corazón y toda el alma, y con todas las fuerzas, y el amar al prójimo como a sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios.» Y viendo Jesús que había respondido cuerdamente, le dijo: «No estás lejos del

reino de Dios.» Y nadie, de allí en adelante, se atrevía a preguntarle. (Mc., XII, 28-34).

Eran frecuentes las discusiones entre los judíos sobre la importancia respectiva de los mandamientos; un ejemplo se halla en esta parábola del *Debarim Rabba*, 6, sobre el Deut., XXII, 7 (216):

Un rey contrató trabajadores y les envió a su huerto. Por la tarde se informó de la labor de cada uno. Llamó al primero: -¿En qué árbol trabajaste? -En este de aquí-Un pimentero; el salario es una pieza de oro. Llamó a otro: -¿En qué árbol has trabajado? -En este de aquí.-Un almendro; el salario es una pieza de oro. Llamó a otro tercero: -¿En qué árbol trabajaste? -En éste. -Un olivo; el salario es doscientos zuzim. Dijeron: -¿A qué no nos advertiste que por tal árbol era la recompensa mayor?; nosotros le hubiéramos buscado. El rey respondió: Si os lo hubiera dicho, ¿cómo hubierais cavado todo mi jardín? Así el Santo no ha revelado qué recompensa guarda, sino sólo para dos preceptos, el más importante entre los importantes: honra a tus padres (Exo., XX, 12), y el más pequeño entre los pequeños: deja libre a la madre cuando cojas los pajaritos (Deut., XXII, 7). Para estos dos mandamientos ha fijado la recompensa: una larga vida.

Este apologuillo de una moral imperfecta indica, al menos, las preocupaciones judías: se ignora cuáles son los preceptos más importantes y los mejor remunerados, y se quiere conocerlos. Por lo demás, en esta época parece que hubo de parte de los fariseos cierta desconfianza contra estas simplificaciones de la Ley: se hacían grandes esfuerzos por multiplicar los prosélitos, y por presentarles el judaísmo más accesible, le reducían de grado a un catecismo; así se habían dispuesto la tabla de los siete preceptos *noáquicos* que determinaban los principales deberes; y otros proponían un doble catálogo: lo que se debe obrar: honrar a los padres, ser bondadoso, reconciliar entre sí a las gentes, estudiar el Torah; lo que se debe evitar: la idolatría, el incesto, el derramamiento de sangre y el homicidio (Abot de R. Nathan). Tales catálogos -observa Gudemann-podían parecer sospechosos a los zelotes, y ver un minimismo que abusa del ignorante haciéndole creer que puede a poca costa ser fiel.

Sobre estos cálculos, suputaciones y rebuscas, Jesús traza el camino para ir a Dios; la Ley y los profetas (Mt., XXII, 40) se reducen a estos dos preceptos: el amor de Dios y del prójimo. Se reconoce el eco de esta doctrina en la primera página de la *Didaché*: «Hay dos caminos: la ruta de la vida y la de la muerte, y entre las dos hay gran diferencia. El camino de la vida es éste: primeramente, amarás a Dios, que te ha creado; segundo, a tu prójimo, como a ti mismo, y lo que tú no quieres que te suceda a ti mismo no se lo hagas a los demás.» Nadie se atrevió a preguntar más a Jesús. Él es quien toma ahora la iniciativa, y se dirige a los fariseos:

¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. Les dijo: ¿Entonces, cómo David en Espíritu le llama Señor, al decir: el Señor dijo a mi Señor: siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies? Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y nadie podía responderle una palabra, y ninguno desde este día se atrevía a proponerle cuestión alguna (Mt., XXII, 41-46. Cfr. Mc., XII, 35-37; Lc., XX, 41-44).

San Mateo refiere este incidente en forma de pregunta propuesta a los fariseos, los cuales quedaron reducidos al silencio, y a partir de este día nadie se atrevió a preguntarle

más. En San Marcos y en San Lucas, Jesús no se dirige a sus enemigos, sino que enseña a la multitud. Esta diferencia no ha de exagerarse. Como se ha observado, no hay una sola discusión de Cristo que se proponga hacer callar exclusivamente a sus adversarios; siempre quiere enseñar al pueblo; pero se comprende que Marcos se adhiera a esta doctrina, mientras San Mateo de ordinario subraya la polémica contra los fariseos.

Lo que tiene mayor importancia es conocer el fin que Jesús se propuso en este pasaje. La mayoría de los críticos liberales estiman que Cristo quiso negar su descendencia davídica. Es una suposición bien improbable, habiendo concedido el mismo Loisy que Mateo y Lucas, ciertamente, y Marcos con mucha probabilidad, miran a Jesús como descendiente de David, y, por consecuencia, no pretenden insinuar en este sitio la negación de la descendencia davídica. El mismo crítico interpreta más exactamente, páginas adelante, este texto (361): «David se pudo expresar así, porque el Mesías es más que un hijo de David y que un rey de Israel, y tal es la conclusión a la que Cristo quería llevar a sus oyentes. Jesús tiene conciencia de ser más grande que Salomón, y más que Isaías, y más que el mismo David, y consiguientemente su título es superior a la filiación davídica. Aun se diría también que es independiente, y que Jesús no tiene cuenta con los textos de los que se deducía la filiación davídica del Mesías.»

Si se prescinde del final de este párrafo, lo demás presenta una interpretación exacta de la palabra del Señor, que tiene conciencia de ser mayor que David, y que quiere elevar a esta conciencia a sus oyentes. No se sigue que descarte la filiación davídica, pues que se le saludó como a hijo de David, sobre todo a su entrada en Jerusalén, y no rechazó estos homenajes; pero no quiere que se detengan aquí, pues esto sería no sólo desconocimiento de su verdadera grandeza, sino una concepción estrecha y peligrosamente nacionalista del mesianismo, contra el que reaccionó durante toda su vida, y lo hizo sobre todo durante estos últimos días.

## **VI.-JESÚS Y LOS FARISEOS**

En todas las estancias de Jesús en Jerusalén chocó con la hostilidad de los fariseos, a los que cada vez encontró más implacables. Sus discípulos fueron amenazados con excomunión (Jn., IX, 12; XII, 42); El, condenado a muerte, y desde la resurrección de Lázaro, perseguido con encarnizamiento. Su ascendiente con el pueblo le protege aún estos últimos días en que los fariseos, aunados con los saduceos y valiéndose de la avaricia de Judas, van a derribar este apoyo precario.

Durante los primeros días de esta semana, estos lógicos capciosos han intentado en vano coger a Cristo entre sus redes; mas El ha roto la trama, y les ha hecho callar, y ahora va a aprovechar sus últimos días de libertad para dar al pueblo y a sus malos pastores un aviso supremo.



Este discurso, muy desarrollado en San Mateo (XXII), está mucho más reducido en San Marcos (XII, 37-40) y en San Lucas (XX, 45-47), y se observan en él, por lo demás, muchos rasgos que San Lucas refirió en otras circunstancias (XI, 39-52; XIII, 34, 39). Se puede pensar que San Mateo los agrupó en uno, como lo hizo en el sermón de la montaña y con las parábolas. Pero, muy probablemente, el discurso del Señor adquirió mayor desarrollo en esta ocasión que el que aparece en San Marcos y San Lucas, y San Mateo es el que nos parece que coloca a luz mejor la oposición irreductible entre su doctrina y el fariseísmo, en este postrer día de la vida de Jesucristo.

En este sermón se distinguen tres partes: en la primera (1-12), el Señor se dirige a la multitud y a sus discípulos; en la segunda (13-36), que es la más larga y la más severa, se enfrenta con los fariseos directamente, y en la tercera (37-40), da su adiós a Jerusalén, recordándola con emoción todo lo que ha hecho por ella, aunque en vano.

Las graves lecciones leídas por Cristo eran tanto más necesarias cuanto la autoridad de que abusaban los fariseos era más santa. Jesús tiene sin embargo cuidado de proteger esta autoridad, y lo hace desde las primeras frases:

«Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Así, pues, haced lo que os dijeren y observadlo, pero no hagáis conforme a sus obras; porque ellos dicen y no hacen. Lían cargas pesadas e incómodas y las echan sobre los hombros de los demás; pero ellos no quieren menearlas ni con el dedo. Cuanto hacen, lo hacen para que los hombres les vean» (2, 5).

Una religión humana: así aparece el fariseísmo; es lo que le ha hecho estéril, intolerable e hipócrita. Funda su autoridad sobre las «tradiciones de los hombres», busca su recompensa en la aprobación de las gentes, y pierde de vista la gloria que viene de Dios.

Por eso se opone a la religión de Jesús, toda divina y celestial: «Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de lo alto.» De aquí aquel procurar el primer cubierto en los banquetes y la presidencia en las sinagogas, y los discípulos mismos de Cristo, formados antes en tal escuela, han aprendido de ellos esta ambición celosa de los primeros puestos, hasta en el reino de los cielos; para reducirles de este orgullo, Jesús no ha omitido nada; pero hasta ahora sus advertencias más urgentes han resbalado sobre su alma y será necesario para humillarla el peso infinito de la Cruz.

Pretenden dominar sobre los hombres, se hacen llamar Maestro, Doctor y Padre. El empleo de estos títulos tan envidiados podrá ser inofensivo cuando el cristiano, saludando en el Apóstol a su padre, se acuerde que de sólo Dios le viene toda gracia, y que únicamente El es su Padre. Mientras tanto, se ha de tomar a la letra la sentencia del Señor:

No llaméis a nadie Padre vuestro sobre la tierra; uno solo es vuestro Padre: el que está en el cielo. Y no os hagáis llamar doctores; uno solo es vuestro doctor: Cristo (9-10).

De este cuidado por deslumbrar a los hombres y por agradarles proviene además esta casuística, que igual pretende una rigidez sin misericordia, como enseña escapatorias que esquivan los más graves deberes: «Si se jura por el templo, nada es, pero si se jura por el oro del templo, obligado está». Se hará exhibición de una fidelidad escrupulosa a las minucias más exigentes de la tradición rabínica que los hombres recalcan, «diezmáis la menta y el comino», y se olvidará la religión que Dios ama, «la justicia, la misericordia y la fe».

Y esta deformación de la conciencia es tanto más grave cuanto la enseñan al pueblo sus guías religiosos, y ponen un celo exagerado en arrastrar a su error a todos los que les escuchan, judíos o paganos.

Muchas veces ya, en Cafarnaún, en el sermón del monte y durante todo el ministerio galileo denunció Jesús este peligro mortal del fariseísmo y procuró separar de él a las almas. En este último día de su ministerio hace un esfuerzo supremo y parece haber fracasado; sus adversarios se obstinan en su error y se encarnizan contra él; pero «el cielo y la tierra pasarán, mas la palabra de Cristo no pasará»; se grabó en el alma de sus discípulos, y se ha hecho ley de la Iglesia. Los cristianos quedarán expuestos también al peligro de una religión humana, al orgullo y a la hipocresía, y si el «pequeño rebaño» se preserva, se lo debe sólo a la gracia de Cristo y a sus enseñanzas. Es menester que leamos este apóstrofe.

(Mt., XXIII, 13-36): Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque cerráis con llave a los hombres el reino de los cielos; vosotros no entráis ni se lo permitís a los que entran. Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque recorréis la mar y la tierra por hacer un prosélito, y cuando lo lográis, hacéis de él un hijo del infierno dos veces más que vosotros. Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: quien jurare por el templo, no es nada; más quien jurare por el oro del templo, obligado queda. Necios, ciegos, ¿qué es mayor, el oro o el templo, que santifica el oro? Y: quien jurare por el altar, no es nada; más quien jurare por la ofrenda que está encima de él, obligado está. Ciegos, porque, ¿qué es más, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Por tanto, quien jura por el altar, jura por él y por todo lo que está sobre él. Y quien jura por el templo, jura por él y por el que en él habita. Y quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está sentado en él. Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmáis la menta y el comino y habéis dejado las cosas más importantes de la ley: el juicio, la misericordia y la fe. Estas habías que hacer sin omitir aquéllas. Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello. Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque limpiáis lo de fuera del plato y de la taza, y por dentro estáis llenos de rapiña e intemperancia. Fariseo ciego, limpia antes lo interior de la taza y del plato para que esté también limpio lo de fuera. Ay de vosotros, escribas y fariseos, que os mostráis como sepulcros blanqueados, vistosos por de fuera y llenos por dentro de huesos de muertos y de toda impureza. Así vosotros parecís también por de fuera justos a los hombres, pero por dentro estáis repletos de hipocresía e iniquidad. Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis las tumbas de los justos, y decís: si estuviéramos en los días de nuestros padres no les habiéramos secundado en la muerte de los profetas. Y así, testificáis vosotros mismos

que sois hijos de los que quitaron la vida a los profetas.

Vosotros, pues, colmad la medida de vuestros padres. Sierpes y raza de víboras, ¿cómo escaparéis de la sentencia del infierno? Por eso ved que yo os envió profetas, y sabios, y escribas; y de ellos mataréis a unos y los crucificaréis, a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre vertida sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, que matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todo pasará sobre esta generación.

Es el discurso más terrible de todo el Evangelio. Algunos se han escandalizado como Montefiore: «En verdad que los Evangelios, de los que se habla generalmente como si sólo se hallase en ellos amor y caridad, están a veces repletos de saña. ¿Qué se ha hecho aquí de aquel precepto del Deuteronomio: los padres no morirán a manos de sus hijos, y los hijos no acabarán a manos de sus padres? ¿Es que la vieja Ley no podría responder con orgullo: pretendéis que mis hijos hayan de expiar la sangre de los justos?, pero yo os digo: ¿dónde está la suavidad del sermón del monte?, ¿dónde las bienaventuranzas?, ¿dónde el precepto promulgado poco ha de bendecir a los que os maldicen?» Estas palabras tan injustas y tan ciegas están tomadas de E. Havet. Se las excusa hasta cierto punto en un judío, pero no se comprende en la pluma de un educado entre cristianos. Pueden, al menos, servirnos para despertar nuestra atención, y si la costumbre ha embotado nuestra primera impresión, tales frases nos hacen sentir cuánto tienen de excepcional en el Evangelio estas terribles maldiciones.

Por lo demás, si tales pavorosas invectivas son terribles, las han precedido ya muchos avisos: Juan Bautista decía en su tiempo a los fariseos que corrían a escucharle: «Raza de víboras, ¿quién os enseñará a huir de la ira venidera?» Son los términos mismos que vuelve a tomar aquí Cristo. Ha recordado el autor de la citada crítica las bienaventuranzas, y tiene razón, pero es menester no olvidarse de las maldiciones que en el texto de San Lucas las siguen: «Ay de vosotros, ricos; desdichados de vosotros, que estáis satisfechos; ay de vosotros, los que reís, desdichados de vosotros cuando los hombres dijeren bien de vosotros.» Estos así anatematizados por Jesús, eran los que contrariaban la moral evangélica; pero se comprende que a éstos de ahora se les condene con más severidad por ser para todo el pueblo maestros de errores, ocasión de escándalo y esperan convertirse para el mismo Cristo en verdugos. Leíamos más arriba: «¡Ay de aquel por quien viniere el escándalo!: mejor le fuera ser arrojado a la mar con una rueda de molino al cuello.» Pero aun ahora, ¡qué distancia entre la responsabilidad del escandaloso que causa la ruina de un niño, y la de los fariseos, que serán el motivo de la ruina del pueblo de Dios todo entero, y de la muerte del Mesías!

Se recuerda que los hijos no deben ser condenados por las faltas de los padres, pero hay que advertir que no es ese el sentido de las maldiciones evangélicas: toda la sangre derramada cae sobre esta generación porque hará morir a Aquel a quien todos los justos y todos estos profetas habían deseado y anunciado. En otra ocasión decía Jesús a sus Apóstoles: «¡Cuántos reyes desearon ver Jo que vosotros veis, y no pudieron!» A este Deseado de los siglos le van a entregar a la muerte los escribas y fariseos. Y así como toda la santidad de los patriarcas y profetas viene a parar a este Mesías, término de sus

enseñanzas, del mismo modo todos los crímenes del pasado se van a consumir en este crimen único. Y después de Cristo vendrán los suyos, perseguidos por los mismos enemigos, azotados, acosados de ciudad en ciudad y condenados a muerte.

Jesús ve delante de sí este porvenir de persecuciones sangrientas, y una vez más, la última, se esfuerza por separar al pueblo que por aquí va a la perdición. Lo ha hecho en las parábolas de los días anteriores; lo ha querido realizar ahora más claramente en estas invectivas terribles, y nadie puede admirarse con justicia; al revés, hubiera sido sorprendente que el Salvador, tan amante de su pueblo, no hiciera antes de su Pasión un esfuerzo supremo por advertirle y hacerle echarse atrás.

Y si se duda todavía en reconocer su amor en esta diatriba, léase el final de estas imprecaciones que terminan por un sollozo:

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían; cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina recoge a sus pollitos bajo sus alas, y no quisiste! He aquí que vuestra casa se queda desierta. Porque yo os lo digo; no me veréis hasta que exclaméis: «Bendito sea el que llega en nombre del Señor» (37-39).

Este trágico apóstrofe es el postrer llamamiento a Jerusalén. Le quedan a Jesús unos días de vida, y se los consagra a sus fieles. La ciudad no volverá a oírle más, y su templo será abandonado. Se entrevé, con todo, en la lejanía, otra perspectiva y una vuelta gloriosa y triunfal, que Jerusalén saludará por fin. ¿Cuándo será? Es el secreto de Dios; Jesús va a conversar de ello con sus fieles al bajar con ellos de las terrazas del templo.

## **VII-LA CONSUMACIÓN DEL SIGLO Y LA PARUSÍA**

El gran discurso escatológico únese estrechamente por lo menos en San Mateo, a las imprecaciones contra los fariseos. Jesús les ha maldecido, ha llorado sobre Jerusalén y el templo, y se ha ido. Con los discípulos atraviesa el Cedrón y gana el monte de los Olivos. A medida que avanza, la mole del templo se destaca con más poderoso relieve sobre la colina que acaban de dejar; los Apóstoles le contemplan sin poder apartar de él sus ojos. Jesús les dice: «¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra que no sea demolida.» Y, cuando se sentó sobre el monte de los Olivos, sus discípulos se le acercaron privadamente y le dijeron: «Dinos cuándo será esto, y cuál será la señal de tu parusía y de la consumación del siglo» (Mt., XXIV, 2-3).

La admiración de los discípulos por este edificio que parece desafiar los siglos y su veneración por el lugar santo, hacen más dolorosa la profecía del Señor: no quedará piedra sobre piedra. Se callan; sin duda que permanecen aterrados por esta perspectiva como lo estuvieron más de una vez por el anuncio de la Pasión, pero también ellos sienten el peligro de tales vaticinios; una de las acusaciones que se hará valer en seguida contra Jesús ha de

ser la de haber predicho la destrucción del templo (Mc., XIV, 58; Mt., XXVI, 61), y más tarde, será también de nuevo motivo de queja contra San Esteban: «Le hemos oído decir que Jesús, ese nazareno, destruirá este sitio» (Act., VI, 14). Esperan, pues, que llegue a lo alto del monte Olivete, y cuando Jesús se sienta, Pedro, Santiago, Juan y Andrés le toman aparte para preguntarle. Inmediatamente le hablan de la parusía y del fin de los tiempos. Una catástrofe como la ruina del templo sólo les parece posible en la perspectiva del postrer día, y en su respuesta Cristo unirá, efectivamente, los dos grupos de hechos: Jerusalén y el lugar santo desaparecerán en una catástrofe terrible, y el mundo entero se abismará al fin de los tiempos en un supremo cataclismo. Pero antes de describir estas grandes tragedias, Jesús quiere prevenir a sus Apóstoles.

Tened cuidado de que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre diciendo: «Yo soy el Cristo», y extraviarán a gran número (Mt., XXIV, 4-5).

Esta advertencia se explica por los sucesos que Cristo acaba de vaticinar y por las disposiciones de los Apóstoles. La ruina del templo que da pie para toda esta explicación, debía presentarse a los judíos como la crisis suprema y decisiva, y entre estos dolores y fiebres, los falsos profetas y los falsos mesías se multiplicarían, como aquel Teudas que se dió por nombre Josué y que prometió al pueblo hacerle pasar el Jordán a pie enjuto. No era el horror de la crisis el que debía producir espontáneamente estos impostores, sino la impaciencia de las esperanzas apocalípticas: ya durante el ministerio de Jesús, las gentes esperaban el reino de Dios como una fulgurante manifestación, y lo mismo será después. En la misma Iglesia se hallarán imaginaciones ardientes que aguarden de un día a otro su parusía, y que vean en la catástrofe de Jerusalén la señal de la gran manifestación. Los Apóstoles han de defenderse de esta seducción, y a pesar de las guerras, hambres y pestes, no han de creer a los impostores que se presentarán como Mesías, sino continuar su obra en medio de las persecuciones y sufrimientos:

(Mc., XIII, 9-10): Estad alerta: Os llevarán delante de los tribunales y seréis azotados en las sinagogas, y se os presentará ante los reyes y gobernadores por mi causa para dar testimonio delante de ellos. Y primero se ha de predicar el Evangelio a todas las gentes...

Estas profecías se leen en San Mateo en otro contexto diferente, y pertenecen a las instrucciones dadas por Jesús a sus discípulos antes de enviarles a misionar. De todos modos, no están aquí fuera de propósito. Estas grandes pruebas que serán el principio de los dolores, alcanzarán personalmente a los discípulos y pondrán a prueba su constancia y provocarán su impaciencia; las persecuciones más aún que el espectáculo de las calamidades exteriores, debían exaltar los sueños apocalípticos, y Jesús quería defender con tiempo a sus Apóstoles contra estas impacencias y mostrarles la gran resignación necesaria para tolerar estas pruebas sin desfallecer. Un rasgo que se encuentra también en San Mateo acentúa esta duración: «Será menester predicar primero el Evangelio a todas las naciones», o, como dice el evangelista, «por toda la tierra, en testimonio a todas las naciones, y entonces será el fin». Era suficiente para hacer entrever, por lo menos a los Apóstoles, la inmensa perspectiva que se abría ante sus ojos. La última hora quedaría para ellos desconocida, y sus deseos debían reclamarla más ardientemente; pero a pesar de todo, no podían olvidar el campo inmenso que Cristo les presentaba y que el Evangelio debía conquistar. ¿Cuánto tiempo sería menester para todo esto? Con semejantes perspectivas escatológicas se mezclan algunas exhortaciones a los Apóstoles: la confianza en el Espíritu

Santo que les dictará lo que han de responder; la seguridad de la salvación y la paciencia por la que salvarán sus almas: una vez más, reciben la doctrina que Jesús les diera con tanta frecuencia: «el que perdiere por mí su alma la encontrará.»

Y después de haberles preparado así les propone el Señor el cuadro terrible de la ruina del templo y de la santa ciudad:

Mas cuando miréis la desolación de la abominación establecida en donde no debe estar, el que lea entienda; entonces los que estén en Judea huyan a los montes y el que esté en la terraza no baje a la casa ni entre a tomar algo de ella; y quien se halle en el campo no se vuelva a coger su manto. Desgraciadas de las mujeres que se hallen encintas y de las que estén criando en aquellos días. Rogad para que no sea en invierno vuestra fuga. (Mc., XIII, 14-18; Cfr. Mt., XXIV, 15-20; Lc., XXI, 20-23).

En San Marcos, cuyo texto hemos citado, esta profecía parece reproducir más de cerca las palabras de Cristo, que son veladas y misteriosas, y sus términos tomados de Daniel para pintar la profanación del lugar santo. Un aviso puesto como señal despierta la atención del lector. Desde que vean esto, que los fieles se pongan en salvo: Jerusalén está perdida y es necesario retirarse a la montaña lo más pronto y sin perder tiempo para entrar en casa y coger lo más necesario, aun el manto mismo. Las mujeres embarazadas, o que den el pecho, se verán en una situación particularmente cruel. Esta calamidad sería peor aún si acaeciese en invierno: en esta cruda y lluviosa estación no pueden pasarse las noches al raso, y la fuga misma se vería cortada por los torrentes crecidos. En San Lucas, es la misma predicción, pero unida directamente a Jerusalén, y sin especialidad al templo. Cuando estos sucesos se cumplieron, los fieles, advertidos por las enseñanzas del Señor y urgidos por los profetas y comunidad cristiana, salieron de Jerusalén efectivamente y se retiraron a Pella. (Eusebio, H. E., III, 5. 3).

Los versículos que siguen en San Lucas completan este cuadro:

Porque será peligro grande para toda la tierra y contra este pueblo; y caerán al filo de la espada, y se les llevará cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será hollada de las gentes hasta que se cumplan los tiempos de las naciones (Lc., XXI, 23-24).

Después del ataque y de la ruina de la capital será la degollación y el cautiverio; luego la esclavitud de la santa ciudad hasta que «los tiempos de las naciones» se cumplan.

El Señor dijo ya a sus Apóstoles: «Es menester que primero se predique el Evangelio a todas las gentes» (Mt., XIII, 10). Esta universal evangelización, ¿se acabará antes de la ruina de Jerusalén? No; sino en el intervalo que separe del fin de los tiempos esta primera catástrofe. Este intervalo es el tiempo de las naciones; y así, entre estos dos planos que acerca la perspectiva profética, San Lucas hace aparecer un período indefinido y verosíblemente muy largo. Luego se presenta otro cuadro: una catástrofe más terrible que la primera, más universal e ineludible:

Serán éstos unos días de tal tribulación cual no la hubo desde el principio del mundo, desde que Dios lo creó, hasta este día, y cual no la habrá jamás. Y si el Señor no acortara estos días, no se salvaría ninguna carne, pero por razón de los escogidos, abreviará estos días (Mc., 19-20; Cfr. Mt., 21-22).

La desgracia que aquí aparece, no es sólo la angustia de Jerusalén y de la Judea, sino la del mundo entero: no hay fuga posible: hace poco aconsejaba a todos los que fueran sorprendidos por la catástrofe guarecerse en los montes; aquí no es cuestión ya de eso; no hay escape, y si Dios no abreviase este apuro, toda carne perecería: no es únicamente la Judea a la que alcanza esta desgracia, es toda la tierra, a su población total amenazada por el cataclismo.

Y en medio de estas calamidades espantosas, las tentaciones surgirán de nuevo, y los falsos Cristos, y los falsos profetas: «y harán señales y prodigios para trastornar, si les fuera posible, aun a los elegidos» (Mc., XIII, 22). El mismo aviso se lee en San Lucas, en medio de esta narración del viaje.

Vendrán días en los que deseen ver un solo día al Hijo del Hombre, y no lo verán. Y os dirán: Vedle aquí, vedle allí: no os apartéis ni vayáis a su encuentro. Porque como el relámpago brilla de un lado al otro del cielo, así será también el Hijo del Hombre en su día. Más primero es menester que él padezca muchas cosas y sea reprobado por esta generación. Y como sucedió en los días de Noé, así acontecerá también en los días del Hijo del Hombre. Comían y bebían, se casaban y casaban a las hijas el día mismo en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio, y acabó con todos. Igual pasó en los tiempos de Lot: comían, bebían, mercaban, vendían, plantaban y edificaban; pero el día que Lot salió de Sodoma llovió fuego del cielo, y acabó con todos. Así sucederá el día en que el Hijo del Hombre se descubra. Aquel día, quien esté en la terraza y tenga sus alhajas en casa, que no baje a tomarlas; y el que esté en el campo, que tampoco se vuelva a mirar atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Quien pretenda salvar su alma la perderá, y quien la perdiere la encontrará. Yo os lo digo: en aquella noche estarán dos acostados en la misma cama: al uno se le cogerá y al otro se le dejará. Estarán dos juntas moliendo: la una será tomada y la otra será dejada. Dos se encontrarán en el campo: al uno se le tomará y al otro se le dejará. Y tomaron la palabra para decirle: ¿Dónde Señor? Y contestó: Donde esté el cuerpo, allí se juntarán también las águilas (Lc., XVII, 23-37).

Está inminente la crisis suprema: sobre el mundo desquiciado aparece el Hijo del Hombre:

Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá y la luna no dará su claridad, y los astros caerán, y las potencias del cielo se bambolearán. Y entonces verán al Hijo del Hombre venir en las nubes con gran poderío y gloria. Y entonces enviará a sus ángeles, y congregará a todos sus escogidos de los cuatro vientos y de las extremidades de la tierra, hasta los confines del cielo (Mc., XIII, 24-27; Cfr. Mt., XXIV, 29-31; Lc., XXI, 23-25).

La mayoría de los rasgos de esta descripción están tomados de la tradición judaica.

Cristo, aquí como en otros sitios, habla la lengua de su tiempo y de su país, y nada prueba a priori que sus palabras hayan de interpretarse más literalmente que las expresiones parecidas de Isaías, Jeremías, Ezequiel o Joel. Se observará por lo demás que San Lucas, que escribe para lectores menos hechos a este lenguaje, atenúe el brillo de las expresiones, y se contente con predecir «habrá señales en el sol, en la luna y las estrellas».

La venida del Hijo del Hombre está también descrita con rasgos cogidos del libro de Daniel (VII, 13-14): «Yo miraba en las visiones de la noche, y he aquí que venía sobre las nubes del cielo como un Hijo del Hombre, y se acercó hasta el antiguo en días y le presentaron en su presencia. Y se le dió poder, y gloria, y realeza, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán. Su poder, poder eterno, que no se le quitará nunca, y su reino, reino eterno, que no será destruido.» Se lee también en el libro de las parábolas de Henoch (LXII, 3-5): «En este día todos los reyes poderosos y los que poseen la tierra, se pondrán en pie y le verán y le reconocerán cómo se sienta en su trono de gloria; la justicia será juzgada ante él, y palabra vana no se pronunciará delante de él... Una mitad mirará a la otra mitad, y quedarán atemorizados, bajarán la faz y el dolor les invadirá cuando vean a este Hijo del Hombre sentado sobre el trono de su gloria.»

Los textos que acabamos de recordar demuestran que las imágenes apocalípticas son susceptibles de diferentes interpretaciones y por ellas solas no se determinaría con certeza la catástrofe aquí descrita; se podría ver en esta calamidad, no la consumación de los siglos, sino la ruina de Jerusalén y del templo. Pero la incertidumbre se borra con la aparición del Hijo del Hombre, ante quien lloran todas las razas de la tierra, y con el toque de asamblea para todos los justos de un cabo al otro del mundo. Estos son los elementos esenciales de esta predicción: Cristo aparecerá en su gloria, todos los hombres le reconocen espantados y El reúne a todos los elegidos. El resto no es más que el marco de estos grandes acontecimientos; el desastre cósmico es secundario, y de los rasgos tradicionales toma Cristo algunos. No sucede igual con el cuadro mismo inspirado en las descripciones proféticas, aunque transformadas : el personaje que aparecía en Daniel era indeterminado, «como un Hijo del Hombre» ; en el libro de Henoch, el Hijo del Hombre está descrito más vagamente y no es propiamente ni un hombre ni un Dios: si se mezcla con los hombres, no es sino en aquel lejano paraíso donde los justos se convertirán en ángeles y nada recuerda en él la humildad del Salvador ni sus padecimientos, ni su misericordia; nada hay en fin que denote al Hijo de Dios en él. Aquí, al contrario, este Hijo del Hombre, cuya vuelta se profetiza, es el propio Jesús, que en seguida va a darle una fianza en forma más solemne aún, al responder a la intimación del sumo sacerdote. Esto es lo que debía prestar a la esperanza cristiana su incommovible fundamento y hacerla repetir hasta el fin del mundo la súplica del Apocalipsis: «Ven, Señor Jesús.» La misma transformación hay en la profecía de la reunión de los elegidos: los judíos esperaban e imploraban la congregación de las tribus dispersas de la diáspora: «Cuando seas desterrado a la otra extremidad del cielo, Yavé tu Dios te reunirá y El irá a buscarte» (Deut., XXX, 4). No son únicamente las tribus de Israel las que congregará este Hijo del Hombre, sino todos los elegidos (cf., II Thess., II, 1); es la muchedumbre inmensa de toda nación y de toda procedencia la que el vidente del Apocalipsis divisaba en derredor del trono del Cordero (VII, 9).



El grandioso cuadro así trazado podía recordar a los discípulos el recuerdo ya antiguo de las parábolas del lago. Jesús díjoles entonces interpretando la parábola de la cizaña:

El Hijo del Hombre enviará sus ángeles y recogerán de su reino todos los escandalosos, y a cuantos cometen la iniquidad, y les arrojarán en el horno de fuego; allí serán los llantos y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mt., XIII, 41-43).

Los ángeles aparecen como los servidores del Hijo del Hombre, y ellos son los que de un extremo al otro del mundo congregan sus escogidos.

Al terminar este gran discurso, vuelve Jesús a la interrogación provocada: los Apóstoles, a quienes acaba de predecir la destrucción del templo, le habían preguntado cuándo tendrían lugar estos sucesos y cuál sería la señal de la consumación de los siglos:

Aprended de la higuera el término de comparación: cuando sus ramas se ponen tiernas y brotan las hojas conocéis que está cerca el verano. Así también vosotros, cuando veáis que llegan estas cosas, sabed que se encuentra cercano y a las puertas. En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo eso sobrevenga. El cielo y la tierra pasarán, pero no mis palabras. Cuanto al día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solamente el Padre (Mc., XIII, 28-32; Cfr. Mt., XXIV, 32-36; Lc., XXI, 29-33).

En este último fragmento, como en muchos otros del discurso, Marcos y Mateo son rigurosamente paralelos; Lucas va por otro camino desde el principio. Se observa, lo primero, que omite el postrer versículo, en el que Jesús declara que el día supremo es desconocido de todos, salvo del Padre. Cuanto a los acaecimientos iniciales que se verán venir, lo mismo que los otros reconocían en la aparición de las hojas la llegada del verano. El ve en ellos la aparición del reino de Dios. Es lo que en el mismo sentido decía en el versículo precedente, 28: «Cuando esto comience a realizarse, enderezaos y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está a dos pasos.» La ruina de Jerusalén y del templo serán la libertad del pueblo de Dios y el advenimiento de su reino. Y de este modo, por todo el grupo desde los versículos 28-33, San Lucas no considera más que el primer plano de sucesos, la catástrofe judía de Jerusalén, no la consumación de los siglos.

En San Marcos y San Mateo sucede de otro modo: hay dos grupos de acontecimientos: los unos, a los que se les ve llegar, como se ve venir el estío; los otros tienen una fecha que es un misterio y un secreto. Volvemos a encontrarnos con la distinción ya conocida: hemos observado más arriba que Cristo habla, desde el principio, de una catástrofe que sucederá en Judea: hay que escapar y salvarse en las montañas (Mc., XIII, 14); después se trata de una desgracia inmensa que alcanzará a toda carne, a todo el linaje humano, y a la que ninguno podrá sustraerse (19-20), pues la parusía del Hijo del Hombre será tan repentina como el rayo que ilumina súbitamente todo el horizonte (Mt., XXIV, 27). Aquí es igual; una catástrofe como principio, que se podrá reconocer por sus señales precursoras, y que espantará a esta generación; luego viene el día supremo, desconocido para todos. Así es como en todo este discurso se descubren alternativamente dos cuerpos de

hechos, anunciados a la vez por el Señor: la ruina de Jerusalén y del templo, y la consumación de los siglos.

Para la interpretación del discurso escatológico puede leerse últimamente la discusión del P. Grandmaison, «Profecías de Jesús, sobre el fin de las cosas». *JésusChrist*, II, páginas 280-321; la disertación de K. Weiss, *Exegetisches zur hrtumslosigkeit und Esehatologie Jesu Christi* (Münster, 1916), y los diferentes trabajos del P. Lagrange, sobre todo el *Evangile de JésusChrist*, p. 473-486. En sus anteriores comentarios (Mt., p. 329; Lc., p. 536), el P. Lagrange proponía una solución crítica muy seductora: el discurso sobre el advenimiento del Hijo del Hombre está contado por San Lucas, en el capítulo XVII, en un contexto del todo diferente: «Así, pues, si Lucas ha colocado este gran discurso (escatológico) en su marco histórico, lo cual se puede creer por su preferencia en seguir el orden cronológico, San Mateo es quien ha transportado una parte de este discurso al de la ruina del templo. Y dando un paso más, se sospechará que Marcos mismo pudo emblocar en uno solo los dos sermones. En esta hipó· tesis, la objeción está cortada de raíz...» La solución es seductora; se evitará, sin embargo, el urgir demasiado la firmeza del marco histórico de Lucas, que no parece tenerla, sobre todo en el relato del viaje, y se observará además que San Lucas mismo contiene en el segundo discurso rasgos que se refieren manifiestamente al fin de los siglos, a la parusía y a la aparición del Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo (21-27); habrá, pues, que retener, por lo menos, que el discurso escatológico se encuentra, desprendido de todo otro elemento, en el capítulo XVII, y que se puede, estudiándole, distinguirlo mejor de la perspectiva próxima de la catástrofe de Jerusalén.

El estudio atento del discurso de Cristo nos ha hecho distinguir los dos grandes acontecimientos que predice, la ruina del templo y el fin del mundo, y entre los dos, un espacio considerable, el tiempo de las naciones.

Las exhortaciones morales que forman la conclusión de este discurso nos llevarán a reconocer con más claridad aún la longitud de este período:

Estad atentos, velad, porque no sabéis cuándo ha de llegar el momento. Es como un hombre que se ausenta, que dejó su casa y dió poder a sus criados, a cada cual su tarea, y a su portero le ordenó que vigilase: por tanto, velad; porque no sabéis cuándo ha de llegar el dueño de la casa, si a prima o a medianoche, al canto del gallo o a la alborada, no sea que llegando de improviso os halle dormidos. Y lo que a vosotros digo, para todos lo digo: velad (Mc., XIII, 33-37).

Esta exhortación a la vigilancia es la parte más importante para Jesús de todo su discurso, ya que de este modo ha tenido cuidado de hacer comprender su alcance. Según el relato de San Marcos, no tiene más oyentes que los cuatro privilegiados Apóstoles, pero a todos sus discípulos quiere hacer llegar esta gran lección: «velad». Por eso la repite bajo mil formas:

Tened cuidado y no estén vuestros corazones hundidos en la crápula, embriaguez y cuidados de la vida, y os asalte repentino este día como un lazo, porque caerá sobre todos los que están sentados sobre el haz de la tierra. Velad, pues, en todo tiempo, y rogad para

que tengáis fuerza para escapar a todo lo que se viene encima, y para presentaros ante el Hijo del Hombre (Lc., XXI 34-36).

Es el mismo consejo que en San Marcos, aunque San Lucas, según su costumbre, da una importancia particular a la ausencia de las preocupaciones materiales, a la libertad de corazón y a la plegaria. San Mateo desarrolló más ampliamente estas advertencias del Señor, y según su costumbre reunió todas las enseñanzas de Cristo referentes a este particular, y como conclusión puso esta parábola tan expresiva que, en efecto, tan fuertemente ha impresionado a la Iglesia cristiana:

¿Quién es el siervo fiel y prudente a quien el señor colocó al frente de su casa para dar a su servidumbre el sustento a su tiempo? Bienaventurado el siervo aquel a quien, al llegar le encuentre su amo procediendo de este modo. De verdad os digo que le pondrá sobre toda su hacienda. Pero si el mal siervo se dice en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comienza a golpear a sus compañeros, a comer y beber con los beodos, vendrá el amo del siervo en el día que no se espera y en la hora que no se sabe y le partirá en dos y pondrá su parte con los hipócritas y allí será el lloro y el rechinar de dientes (Mt., XXIV, 45-51. Cf. Lc., XII, 42-46).

Esta corta parábola se puede aplicar a todos los cristianos, pero mira más directamente a los Apóstoles; ellos son a los que el Señor ha puesto sobre toda su casa, y a quienes ha encargado distribuir a los suyos el alimento. Lo que Cristo les encomienda particularmente es el estar preparados en todo instante y para dárselo a entender acude a la experiencia diaria. Los ladrones agujerean en medio de la noche los muros de barro de que están construidas las casas, mas si el dueño supiera de cierto la hora, no dejaría abrir boquetes en su morada. Este aviso se grabó en la conciencia cristiana: «Vosotros, hermanos, no viváis entre tinieblas para que el día os tome como ladrón; porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día.» Así escribe San Pablo a los Tesalonicenses (I, V, 4). Y San Pedro (II, III, 10): «El día del Señor vendrá como un ladrón.» Y en el Apocalipsis, III, 3: «Si no velas, yo vendré como un ladrón y no sabrás a qué hora vendré a ti.» «He aquí que yo vengo como un ladrón; dichoso el que vela y guarda sus vestidos para no tener que andar desnudo, dejando ver su vergüenza» (XVI, 16).

Pero lo que sobre todo se notará en esta parábola es la reflexión del mal siervo: «Mi amo tarda», y comienza a pegar a sus compañeros de servicio y a preparar una francachela. El R. P. Billot escribe a este propósito: «Mi amo tarda...; esta razón es notable y no se ha puesto aquí sin más ni más. Era la razón de un incrédulo que se burlaba absolutamente de la parusía, pero cuya incredulidad se envolvía en la irónica verificación de su tardanza. Tales son aquellos de los que habla San Pedro en la segunda carta (III, 3-5): «Sabed que en los últimos tiempos vendrán burlones siempre con chanzas que anden según sus propios apetitos y que digan: ¿dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que nuestros padres murieron, persevera todo igual, como después de la creación.» Y todo esto, unido a lo restante, que es fácil de imaginar, se encerraba en la ironía de esta frase: *moram facit dominus meus venire.*»

La misma enseñanza se da en la parábola de las diez vírgenes (Mt., XXV, 1-13) de tema fácil de seguir. La boda se celebraba por lo general al caer la tarde, y el novio iba al

encuentro de la novia con sus compañeros, al son de la música y al resplandor de las antorchas. La esposa, acompañada igualmente, dejaba la casa paterna, encontraba al novio, y conducida por él entraba en la vivienda común. Aquí las diez portadoras de lámparas intervienen: «Es costumbre en tierra de Israel conducir a la desposada de la casa de su padre a la del novio llevando delante una docena de hachas de madera, sustentando vasitos parecidos a júcaras, donde se mojan mechales de estopa en un poco de aceite y pez». Se concibe que en tales lámparas no quepa mucho combustible; las vírgenes prudentes piensan en ello y llevan consigo un vaso de aceite, mas las locas se dicen que el cortejo va a llegar en seguida, y que no es menester hacer tanta provisión. Pero el esposo tarda. Se encuentra la misma advertencia que se dió en la parábola anterior. La espera es tal, que las vírgenes se duermen todas, las prudentes y las locas. Por lo demás, no se les a cusa de este sueño, y las excluidas del festín de boda no lo serán por haberse dormido, sino por no haberlo preparado todo antes de su sueño. Este sueño es la muerte, y el esposo de la parábola es Cristo, el Juez supremo; las vírgenes locas llegarán el día postrero a golpear a su puerta y dirán llenas de angustia: «Señor, Señor, ábrenos.» Pero se les responderá: «Yo os digo en verdad que no sé quiénes sois.» Es la misma doctrina de siempre, la palabra de orden instantemente recordada: «velad».

Al escuchar estas supremas exhortaciones, los Apóstoles recordaban las enseñanzas recibidas antes y traídas por San Lucas en la narración de viaje:

Que vuestros lomos estén ceñidos y vuestras lámparas encendidas; y vosotros estad como hombres que aguardan a su amo, que vuelve a casa después de la boda, para que en llegando y llamando, le abráis en seguida (Lc., XII, 35-36).

Cuando el dueño se levante y cierre la puerta, y vosotros de fuera comencéis a dar aldabadas diciendo: ¡Señor, ábrenos!, él os responderá: No sé de dónde sois. Entonces vosotros comenzaréis a decir: Comimos y bebimos en tu compañía y enseñaste en nuestras plazas. Y él dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad (Lc., XIII, 25-27).

Son rasgos bien parecidos a los que encontramos ahora, aunque se puede observar que durante estos últimos días de su predicación Jesús insiste sobre todo en el largo período que precederá a su vuelta.

Ahora es la misma lección que la que se dió en la parábola de los talentos, referida en este sitio por San Mateo y la hemos comentado ya para unirla con la parábola de las minas, que se encuentra en San Lucas.

Anotemos sólo lo que Jesús deja entender de nuevo sobre su vuelta. Luego de contar la historia del hombre que va de viaje y confía su dinero a sus criados, prosigue (XXV, 17): «Después de mucho tiempo, el amo de estos siervos volvió y les hizo dar cuenta.» Hay en todos estos rasgos una intención evidente sobre la cual hemos de volver en seguida; pero concluyamos antes la lectura de este capítulo:

(Mt., XXV, 31-46): Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria y todos los ángeles con

El, se sentará en el trono de su gloria. Y se congregarán ante Él todas las gentes, y los apartará unos de otros, como separa el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed en herencia el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; peregrino fui y me disteis posada; desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y me vinisteis a ver. Entonces le responderán los justos diciéndole: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿Ni cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a verte? Y les responderá el rey: En verdad os digo que cuanto hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicisteis. Entonces dirá también a los que estén a su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego sempiterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; fui peregrino y no me recogisteis; desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces responderán ellos también diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel y no te prestamos nuestra asistencia? Y les responderá diciendo: En verdad os digo que cuanto no hicisteis con uno de estos más pequeños, no lo hicisteis tampoco conmigo. E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.

Esta escena grandiosa forma la conclusión de las profecías escatológicas. El destino futuro del mundo se ve bosquejado en pocos rasgos; desde el punto de vista de la propagación del Evangelio, lo único que vale para la eternidad, el reino de Dios se habrá predicado por toda la tierra y a todas las naciones. Entonces el Hijo del Hombre hará su aparición de repente, y juzgará al mundo. Ante este tribunal comparecerán todas las naciones delante de Él y de todos los ángeles. El judaísmo anterior a Cristo esperaba la visita de Dios, su parusía, y el juicio que vendría a ejercer aquí abajo. Pero este oficio de juez universal era demasiado divino para que se lo confiriese a su Mesías: «Igual que Dios ha creado, El solo, y no por otro -decía-, así juzgará solo, y no por otro.» El libro de las parábolas de Henoch es el único que da al Mesías esta misión judicial, y aun así, no desempeña El solo el juicio universal. Jesús reivindica este oficio divino, y lo que es más notable tal vez, se propone a todos los hombres, justos y pecadores, como el término de toda su vida moral: todos los hombres se salvarán o se condenarán, según hayan sido sus relaciones con Cristo: si le han amado y socorrido, son sus ovejas destinadas al paraíso eterno, de lo contrario, son cabritos condenados a la pena eterna.

Por esta doble prerrogativa de juez de los hombres y de fin último de los hombres, se nos muestra la persona de Cristo con una majestad clarísimamente divina.

Pero no es esta la lección única que nos da esta gran profecía: ella nos enseña también que el servicio de Cristo, del que depende el valor moral y la dicha eterna de todo hombre, es el servicio del prójimo: «Todo lo que hicisteis por uno de estos pequeñuelos, por mí lo hicisteis.» Esta palabra del juez será para todos una revelación: para los justos compasivos y para los malos sin misericordia, y los hombres a quien asistieron o despreciaron, harán de repente sitio al Hijo del Hombre que ha de juzgar a todos. Aquí, mejor que en ninguna escena, se ve cómo el Hijo del Hombre resume en sí a todo el linaje

humano, y cómo El se encargó de sus miserias, no sólo para llevar su lote sino para sufrir las de cada uno de nosotros, y para reclamar en cada cual la asistencia de su prójimo. Dos días más tarde, después de la Cena, iba a decir a sus Apóstoles: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. Por esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros» (Jn., XIII, 34-35). Así debía coronar la doctrina de toda su vida: desde el sermón del monte, su predicación antes que todo, fué el amor universal y en particular el de los enemigos; el perdón de las injurias a ejemplo del Padre celestial, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y de este perdón concedido o negado, debía depender el que Dios nos le otorgara o rehusara a nosotros mismos. Muchas veces en sus parábolas había repetido la enseñanza. En las instrucciones de estos últimos meses había en varias circunstancias demostrado y repetido que toda la Ley y todos los profetas se resumían en estos dos preceptos: amar a Dios y al prójimo, y que ambos eran semejantes y estrechamente ligados el uno al otro. Pero todos estos mandatos son menos expresivos que la escena del juicio, que el mismo Jesús nos pone ante la vista: sustituyéndose a sí mismo por los más humildes, reclama de nosotros para sí mismo nuestra asistencia. Habiendo recibido todo de Él y teniendo que temerlo todo de Él, ¿podremos negarle los humildes servicios que nos exige?

Y los hombres se dividen como divide el pastor las ovejas y cabritos. Todas las parábolas precedentes dejaban entrever ya esta temible sentencia que debe para siempre dividir a la humanidad en los dos bandos, de buenos y malos: por esto se condena a los viñadores homicidas, XXI, 41, y se arroja de la sala a las tinieblas exteriores sujeto de pies y manos, al convidado que no llevaba vestido de boda, XXII, 13; por esto al siervo malo, sorprendido por su dueño, se le divide en dos partes y se le entrega a los llantos y al rechinar de dientes, XXIV, 51, y a las vírgenes locas se las echa fuera, mientras a las prudentes se las introduce en la sala de bodas, XXV, 12; por esto, al depositario fiel que había hecho fructificar los talentos se le introduce en el gozo de su señor, y al sirviente perezoso e inútil se le arroja en las tinieblas exteriores despojado de todo, XXV, 21-23; 28-30. La misma lección se da aquí una vez más. Ciertos teólogos protestantes se ofuscan y no pueden comprender que no haya, «desde el punto de vista moral, más que dos clases de hombres separados por un abismo infranqueable y sin grandes intermedios». Reuss, que agita la objeción en su comentario, p. 617, vuelve sobre ella en su *Théologie chrétienne* (I, 249): «Las obras de los hombres, tan universalmente imperfectas y defectuosas, ¿darían lugar a una separación tal, que el menos culpable de los réprobos estaría separado por un abismo y para siempre del menos digno de entre los elegidos?» Esta dificultad desconoce la diferencia esencial que distingue una falta grave de las obras sencillamente «imperfectas y defectuosas». Contiene de todos modos una parte de verdad que reconocemos gustosos. Es demasiado claro que nuestras obras son universalmente imperfectas y defectuosas; pero si los justos debieran durante toda la eternidad llevar la merma de estas imperfecciones, sería necesario reconocer en esta repartición de los hombres en dos grupas una simplificación sumaria que correspondería mal a las complejidades reales. Pero creemos en el purgatorio: y a estas almas justas, cargadas no obstante de tantas imperfecciones y defectos, las purifica Dios después de su muerte, y cuando se presentan ante El, se hallan ya verdaderamente sin mancha. Estos son entonces de verdad los benditos del Padre celestial a quienes Cristo introduce para siempre en su paraíso. Entre ellas y los condenados, la diferencia es total e indeleble, y sin duda que muchos querrían decir, con Renán, que el bien y el mal, lo

verdadero y lo falso, sólo se distinguen por una serie de matices imperceptibles como los del cuello de la paloma. Un cristiano no habla jamás de este modo: su sí, es un sí, y su no, es un no. «Quien no está conmigo, está contra mí.» Aún son más los que se han espantado por las perspectivas eternas abiertas por Cristo. También nosotros nos espantamos; pero ¿podemos no verlas? Y si cerramos los ojos, ¿las borraremos del Evangelio? «Los malos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna.» Los unos y los otros tienen un destino igualmente eterno: si queremos arrancar a los condenados de su pena, es menester también arrancar a los elegidos de su vida. Observemos los términos de que Cristo se sirve para señalar la suerte de unos y de otros: para los justos, es el reino que les está preparado desde la creación del mundo; para los malos, es el fuego eterno dispuesto para el diablo y sus ángeles. De este modo, Dios ha hecho su reino para sus hijos y se lo ha preparado desde la creación del mundo; pero el infierno no lo ha hecho para los hombres culpables, sino para el diablo; si los hombres no se hacen aquí abajo cómplices de Satanás no se les asociará nunca a sus tormentos.

Hemos llegado al término de la enseñanza pública de Nuestro Señor, y acabamos de leer todo lo concerniente al advenimiento del reino de Dios, la parusía del Hijo del Hombre y la consumación de los siglos. Es necesario detenernos aún, porque el punto es capital y la doctrina de Cristo sobre este particular se ha comprendido frecuentemente mal. Renán escribía en su Vida de Jesús, c. XVII: «Sus declaraciones respecto de la proximidad de la catástrofe final no dejan lugar a equívoco. La generación presente -decía-, no pasará sin que todo esto se realice... Estas formales declaraciones preocuparon a la familia cristiana durante cerca de setenta años... Si la primera generación cristiana tiene una creencia profunda y constante, es porque el mundo está a punto de acabarse, y la gran revelación de Cristo se va a efectuar pronto...» Desde hace bastantes años, sobre todo después del libro de J. Weiss sobre el reino de Dios, estas tesis se han puesto más al corriente. Toda la exégesis de Loisy ha estado por largo tiempo dominada por ellas, y al fin de su Introducción, p. 252, cree poder resumir así la carrera de Cristo: «El curso y la doctrina de Jesús ha sido el grano de mostaza que se hace un árbol y el puñado de levadura que logra fermentar toda una masa. Nada más insignificante en apariencia: un obrero de aldea ingenuo y entusiasta, que cree en el fin próximo del mundo, en la restauración de un reino de justicia, en el advenimiento de Dios sobre la tierra, y que, alentado por esta primera ilusión, se atribuye el papel principal en la organización de la irrealizable ciudad; que se mete a profetizar, invitando a todos sus compatriotas a arrepentirse de sus pecados para conciliar al gran Juez cuya venida es inminente y súbita como la de un ladrón; que recluta un número escaso de afiliados sin letras, y que, incapaz de reunir otros, provoca una agitación por lo demás poco profunda, en los medios populares; que debía arrestársele prontamente, y que lo fué por los poderes constituidos; que no podía escapar a una muerte violenta y que en efecto la encontró».

Si uno no pudiera entristecerse con las blasfemias de esta página, quedaría al menos admirado de las contradicciones que encierra y de los contrasentidos que impone a la interpretación del Evangelio. M. Loisy recuerda aquí las parábolas de la semilla y de la levadura, y tiene razón: estos símbolos creados por Jesús nos revelan con toda seguridad su pensamiento. Pero este pensamiento es precisamente contradictorio de todo lo que se

pretende aquí: El reino de Dios es parecido a la simiente que el hombre deposita en la tierra; la abandona a su fuerza natural y a la acción divina, se dedica a sus negocios, duerme y vela, y la semilla crece, sin que sepa cómo, y por sí misma produce la hierba, la espiga y después el grano formado en la espiga; entonces la cosecha está madura y se echa la hoz. El reino de Dios es semejante a un grano de mostaza: es la más pequeña de las simientes, pero nace, y es un árbol grande y los pájaros anidan en él. El reino de Dios es parecido a la levadura que una mujer toma y la esconde entre tres medidas de harina hasta que toda la masa fermenta.

Todas estas parábolas no están escogidas al azar: todas tienen un sentido, y siempre el mismo: el reino de los cielos debe desenvolverse poderosa, pero lenta, progresivamente, como se desarrollan los seres vivientes; nada de transformaciones súbitas, sino una evolución gradual que todo lo invade y que lo transforma todo, sin que se note.

Es lo que Cristo debía decir categóricamente y sin parábolas a los fariseos que le preguntaban cuándo había de llegar el reino: «El reino de Dios no viene de modo llamativo de tal manera que pueda decirse, vedlo aquí o allá, porque mirad: el reino de Dios está en medio de vosotros.» Para reaccionar contra estas impacencias, expuso a sus oyentes de Galilea la parábola de la cizaña: ¿Será menester arrancarla ahora? «No; dejad crecer hasta la siega el trigo y la cizaña, y cuando todo madure, se recogerá y se separará el trigo de la cizaña.»

Este aguante y esta longanimidad es la ley que la providencia del Padre celestial se impone en este desarrollo de los individuos, que poco a poco llegan al reino de Dios. Ella aparece aún más claramente en la transformación progresiva del mundo, a la que también se aplican las parábolas evangélicas de la semilla y del trigo. Jesús ha depositado en el género humano estas fuerzas vivas y está seguro del triunfo final, pero espera sin impaciencia. La consigna que da a sus Apóstoles al enviarles a misionar demuestra bien que aún no se trata más que de un primer paso, dado sobre un camino que será muy largo. No irán todavía a los samaritanos ni a los gentiles, sino que se han de dedicar exclusivamente a las ovejas perdidas de Israel (Mt., X, 5). Los paganos tendrán su tiempo (Lc., XXI, 24), y a su hora entrarán también en el reino: «Hoy encienden el santuario visible de Jerusalén, y pronto vendrán a enfilarse alrededor del santuario construido no por mano del hombre (Mc., XIV, 58) que le reemplazará, y contra el cual las puertas del infierno mismo no han de prevalecer (Mt., XVI, 18). La victoria está segura ya que el enemigo cayó del cielo, y no tiene poder para impedir el movimiento que tiende a aniquilar (Lc., X, 17)». Todos estos trazos los conocemos ya, y forman un todo coherente que pertenece a la trama del Evangelio. Manifiesto es el mismo pensamiento en las enseñanzas de esta postrera semana. La víspera de la entrada en Jerusalén le reconocemos en la parábola de las minas, de la que San Lucas (XIX, 11) nos da el sentido: «Jesús añadió una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén y pensaban que había de manifestarse luego el reino de Dios.» Con mayor insistencia aún, refiere San Mateo la misma advertencia en la parábola de los sirvientes: «Mi amo tarda» (XXIV, 43); y en la de las vírgenes. «Como el esposo tardaba, cabecearon todas y se durmieron» (XXV, 5), y en la de los talentos:



«Después de un tiempo largo, el dueño de estos siervos vino» (XXV, 19). Y no se ha de ver en estos toques significativos inserciones de los redactores del Evangelio; no hay un rasgo trazado al azar; la misma parábola supone esta tardanza: porque el dueño se hace esperar, los criados se pegan: porque el novio no llega, dormitan las vírgenes; porque el propietario se retrasa, los del depósito confiado tienen espacio para negociar con él provechosamente, o enterado. Todas estas parábolas nos repiten la misma lección: la vuelta de Jesús se hará esperar, y será necesario que sus sirvientes aguanten el retraso con constancia y en vela.

Y en fin, el mismo discurso escatológico nos lleva a igual conclusión: la ruina de Jerusalén y del templo está cerca, pero aún no es el fin de los siglos. Esta primera catástrofe se verá venir y se podrá sustraerse a ella por la fuga refugiándose en los montes. La otra por el contrario estallará repentinamente y en una fecha desconocida de todos, semejante a un gran golpe de red que aprisionará a todos los hombres. Más aún, entre estos dos acontecimientos será menester un largo trecho para que se cumpla el tiempo de las naciones.

Todos estos rasgos son muy auténticos y profundos. A pesar de todo queda una dificultad: es cierto que, en la época apostólica, la creencia en la venida inminente de Cristo corrió profusamente, y si no viene este convencimiento de la enseñanza de Jesús, ¿de dónde nació? Para responder a esta dificultad observemos primero el estado de alma de los judíos al tiempo de Cristo. Cierta número de ellos, sobre todo los saduceos, abdicaron de las esperanzas mesiánicas y ni querían oír hablar de ellas; éstos no estaban representados en la Iglesia, y si alguno se hacía cristiano, era después de convertirse a la fe mesiánica. Esta esperanza, por el contrario, sería el alma del cristianismo, y San Pablo podrá decir: «Por la esperanza de Israel llevo estas cadenas» (Ac., XXVIII, 20). Así, pues, en esta época, y aun antes de Nuestro Señor, en la mayoría perduraba viva la fe impaciente en el Mesías. Se creía en vísperas la gran manifestación tan largo tiempo aguardada, y no se acertaba a distinguir las diversas venidas de Cristo. Desde que Juan Bautista comienza a predicar, se le pregunta: «¿Eres tú el que ha de venir? ¿Eres tú el Cristo? ¿Eres tú el profeta?» Cuando Jesús empieza a descubrirse como Mesías, la confusión inicial se manifiesta: se le pide una señal del cielo, es decir, esta aparición fulgurante que todos aguardan como la manifestación del Mesías, y entre los mismos Apóstoles la impaciencia despunta con frecuencia hasta el día de la Ascensión: «¿Es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?»

A esta impaciencia conténtase Jesús con responder: «No es cosa vuestra conocer los tiempos y momentos fijados por propia autoridad del Padre» (Ac., I, 7). Una respuesta tan reservada podía contener el impulso que llevaba a los cristianos a la espera de la parusía ya que no le estrangulaba, y en efecto, Cristo no quiso deshacerlo tampoco. Pretendía tener en la incertidumbre a la Iglesia entera y a cada uno de sus discípulos. Esta vigilancia que predicaba de continuo, quería que fuese ley de toda la colectividad y también de cada existencia individual. Aunque para la mayoría de los hombres, la parusía debía estar lejos, pero para cada uno de ellos, la venida de Cristo, en la muerte, estaría próxima y sería inopinada.

Esta perspectiva individual se reconoce indudablemente en ciertas parábolas del Evangelio, por ejemplo, en la del rico (Lc., XII, 20): «Insensato, esta misma noche te arrancarán el alma, y lo que preparaste, ¿para quién será?».

Esta aplicación de las advertencias del Señor a los individuos contribuye a explicar la insistencia, pero, lo hemos dicho ya, otra razón, más fuerte aún, concurre en este sitio. Jesús quiso dejar a su Iglesia en la incertidumbre sobre el día postrero, para que siempre estuviera en expectativa y con la esperanza de su vuelta. Explicando el sermón del monte y la oración del Señor, observamos con qué fervor repetían los Padres de edad en edad: «Que venga nuestro reino, la redención de nuestros hijos, la humillación de nuestros enemigos y la unidad y consumación de los santos.» Estos votos son tanto más ardientes cuanto la fecha de su cumplimiento es más incierta. En su libro sobre *L'Espérance du salut au début de l'ère chrétienne*, el P. d'Alés escribe, p. 236: «No es menos claro que la literatura cristiana primitiva da la impresión de una creencia general en la proximidad del postrer día, o, como se decía entonces, de la parusía de Cristo. Y a los que obsesiona esta creencia acuden de grado a la autoridad de los Apóstoles. De hecho, los Apóstoles pudieron contribuir a entenderla, no deliberadamente, porque una vez más abstuvieron de enseñar lo que ignoraban, sino, sobre todo, por la energía de sus exhortaciones, y también, por su silencio. A su lado y bajo la influencia de su palabra, las corrientes de ideas se desarrollaban, de las cuales ellos no son inmediatamente los autores..., y no debían combatir las más que en la medida en que estas corrientes de ideas amenazasen la fe o la vida cristiana de las Iglesias.»

Esto que se dice tan justamente de los Apóstoles puede y debe aplicarse a Cristo mismo con ciertas reservas. El, cuya ciencia era universal e infalible, quiso no obstante decir a sus discípulos que ignoraba este día, y que sólo el Padre le conocía, con el fin de darles a entender con claridad que esta fecha quedaría siempre oculta, y aun para la misma santa Iglesia, un misterio impenetrable. Al mismo tiempo, les exhortaba con insistencia a estar de continuo preparados. Estas exhortaciones e incertidumbres, cayendo sobre las almas trabajadas ya por la impaciencia del último día y poseídas por un deseo ardiente de volver a ver a su Maestro, debían desenvolver estas aspiraciones, de que está llena la antigua literatura cristiana. «Ven, Señor Jesús.» Es el grito de la Iglesia que resuena en el último verso del Apocalipsis y que se oirá a través de toda la historia del mundo. Los hombres, ¡hay!, son muy inclinados a olvidar las perspectivas eternas y a querer establecer definitivamente aquí abajo, y era de temerse que, si se desistía de esperar la pronta venida de Cristo, se vendría a confiar primero que esta vuelta tardaba, y después, por fin a esperar que no tendría lugar. Esta abdicación de las cristianas esperanzas sería la muerte del cristianismo y la decadencia irremediable de la Iglesia. Entonces se presenciaria, según la palabra del Señor, aquel golpearse de los siervos y aquellas francachelas, diciéndose: «El amo tarda, no vendrá ya.»

De estos criados sin esperanza y sin fe se encontrarán siempre.

Pero frente a ellos se levantarán los siervos fieles que, ceñidos los lomos y el hachón ardiendo entre las manos, esperarán sin desfallecer durante la larga noche la vuelta del dueño a quien aguardan: «Ven, Señor Jesús.»

## **CAPÍTULO VI**

*LA CONSPIRACION. LA CENA. INSTITUCION DE LA SAGRADA EUCARISTIA.  
EL SERMON DE DESPUES DE LA CENA*

I.- Fecha de la Cena

II.- Los preparativos de la Cena. El lavatorio de los pies

III.- La Cena

IV.- El discurso de después de la Cena

V.- La vid verdadera

VI.- La oración del Hijo de Dios

### **I.-FECHA DE LA CENA**

Estos discursos sobre la venida del Hijo del Hombre y sobre el Juicio, últimos pronunciados en público por Jesús, contienen sus postreras advertencias. Durante los dos días que le quedan de vida, Jesús se va a encerrar en el círculo íntimo de sus discípulos, y no aparecerá ya en público más que para ser condenado y morir.

Estos últimos sucesos de la vida del Señor son decisivos en la historia de la salvación. Por eso los relatan los cuatro evangelistas con un detalle y una precisión que no encontramos en ningún otro sitio, y se conoce que desde el principio, la catequesis apostólica, fuente de los sinópticos, procuró grabar en la memoria de los cristianos todas las particularidades de esta historia. Las mismas preocupaciones aparecen en la narración de San Juan. El, que de ordinario deja fuera de su marco los hechos referidos por los sinópticos, ha ido, al contrario, a dar por su parte con el mayor detalle, cuanto Jesús había dicho y ejecutado durante estas últimas jornadas, con la única excepción de la Sagrada Eucaristía. Había referido largamente el sermón del pan de vida en Cafarnaún, y juzgó superfluo volver otra vez sobre lo que los sinópticos habían ya relatado, pero quiso suplir las lagunas de sus narraciones contando el lavatorio de los pies y anotando el discurso de después de la Cena. Todos los hechos que siguen, y que constituyen propiamente la historia de la Pasión, desde el huerto de los Olivos hasta el Calvario, los cuentan los cuatro

evangelistas cuyo paralelismo es aquí más estrecho que en todo el resto de la vida de Cristo.

Esta multiplicación de fuentes y su abundancia excepcional, son un tesoro para los cristianos. Para los historiadores constituyen a veces una dificultad. Hemos observado con frecuencia en el curso de esta historia, que cada evangelista prosiguió su obra con entera independencia. Sin duda que esta seguridad sencilla y recta es una garantía preciosa para el narrador, que le pone en contacto con hechos muy ciertos expuestos con toda buena fe, y sobre los que el escritor no teme examen alguno. Al revés, la preocupación en ponerse de acuerdo con los otros testigos hubiera podido legítimamente despertar sospechas. Es una ventaja de primer orden, que fácilmente recompensa los obstáculos que nos origina. Pero hemos de confesarlas cuando se den tales dificultades, que son particularmente sensibles en la historia de la Cena y de la Pasión. Y la dificultad primera surge sobre el día de la muerte de Cristo. Para seguir esta breve discusión, es menester recordar algunos elementos del calendario israelita. En la Iglesia cristiana, la celebración de la Pascua está siempre fijada en los mismos días de la semana; la muerte del Señor, el viernes, y su resurrección, el domingo. Esta costumbre, que se discutió en el siglo II en tiempo del Papa Víctor, se ha hecho luego ley universal. Entre los judíos, por el contrario, la celebración de la solemnidad pascual es siempre fija en lo referente al mes y al día; la gran fiesta es siempre el 15 del mes de nisán sea cual fuere el día de la semana en que recurra el 15. Todavía es necesario traer a la memoria que, según la costumbre judía, la jornada daba principio por la tarde, al caer el sol, y que la víspera que sigue al 14 de nisán pertenece ya al 15 de la fiesta. Por fin se ha de tener en cuenta que los meses judíos son exactamente los meses lunares. Entre nosotros, el primer día de la luna puede caer en cualquier día del mes, y entre los judíos, el primer día de la luna, es, por definición, el primer día del mes; el 15 de nisán resulta, pues, el día 15 de la luna pascual.

Hechas estas observaciones, está fuera de duda que Jesús murió un viernes. Pero se pregunta si este viernes era el 14 ó el 15 de nisán. Para esclarecer este punto, leamos el texto del Éxodo que determina la celebración de las fiestas pascuales.

(Ex., XII, 3-16): El día diez de este mes, cada cual tome un cordero por familia... Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la multitud de los hijos de Israel por la tarde. Y sus carnes cómanse aquella noche asadas al fuego, con panes ácimos y yerbas amargas. Vosotros lo comeréis así: los lomos ceñidos, las sandalias en los pies y el bordón en la mano, y lo tomaréis de prisa. Es la Pascua de Yavé... Durante siete días comeréis los panes sin levadura, y desde el primer día no habrá levadura en vuestras casas... El día primero será un día santo y solemne, lo mismo que el séptimo. Durante estos días no ejecutaréis trabajo alguno.

La gran solemnidad era, pues, el 15 del mes; comenzaba la víspera por la tarde según la costumbre judía, y durante esta víspera se comía el cordero pascual.

La dificultad que se ofrece es ésta: de un lado, el relato de los sinópticos presenta la

cena celebrada por Jesús con sus Apóstoles como si fuese la comida de la Pascua, y de otra parte, San Juan dice claramente que el día de la cena pascual es el mismo en que Jesús murió. Según esto, para los primeros moría el 15 de nisán y para el autor del cuarto evangelio el 14.

En nuestro estudio sobre la cronología de la vida de Jesús (supra, I, pág. 39) hemos demostrado que los textos de San Juan son decisivos, y que en los mismos sinópticos, ciertos rasgos de sus narraciones inclinan a pensar que el día de la muerte de Cristo era un día laborable, que por consiguiente no era el gran día de la solemnidad por excelencia. La fecha del 14 de nisán, que se nos impone por San Juan, llega también sugerida por algunos detalles del relato sinóptico, y como la mayoría de los historiadores, aquí nos hemos detenido también nosotros.

Pero ahora se ofrece un problema de difícil solución: ¿la Cena fué la comida pascual? Y si lo fué, ¿cómo explicar que Jesús comiese la Pascua la víspera de su muerte, mientras que los fariseos no la comieron hasta el día siguiente, esto es, la tarde del día en que Jesús fué crucificado? (Jn., XVIII, 28).

Antes de discutir esta cuestión, es útil advertir lo que era en tiempo de Cristo la comida pascual. Esta es su descripción según la Mischna, Pesachim, X, ed. Beer, p. 186 y siguientes:

La víspera de la Pascua, hacia la hora de la *minha*, no se deberá comer nada hasta la noche, Aun los pobres de Israel no deben probar bocado antes de sentarse a la mesa, No se han de poner menos de cuatro copas de vino, aunque baya que acudir para esto a la caja de los pobres,

Cuando se vacía la primera copa, los Schammaitas dicen: dígase primero la bendición del día y después pronúnciese la bendición del vino, Los Hillelistas dicen: pronúnciese primero la bendición del vino, y después que se dé la bendición del día, Se presenta delante de los asistentes (los admitidos), dejando mojar la salsa con la lechuga, hasta que se llegue al comienzo de la comida. Se traen los ácidos para mojarlos con la lechuga y la salsa, pero ésta no es obligatoria, Rabbí Eleazar ben Rabbí Sadduq dice que es obligatoria, En la época del templo se traía el cordero pascual Se liba la segunda copa, y entonces el hijo pregunta al padre... (Después de la catequesis del padre), se canta el *Hallel* hasta el «¡Bendito seas tú, Yavé, Salvador de Israel!»

Después se bebe la tercera copa; se pronuncia la bendición sobre la comida, y después la cuarta; se termina el *Hallel* y se dice el canto de la bendición. Entre las copas se puede beber si se quiere; entre la tercera y la cuarta, no está permitido beber. No se despide (a los asistentes) y después de la comida pascual viene el *aphidomen*, Si alguno se duerme, los otros pueden comer aún, pero si están dormidos, no pueden ya comer.

Si se compara esta descripción con los relatos sinópticos, es difícil establecer una concordia. Los exegetas que han intentado distinguir en las narraciones evangélicas los diferentes episodios de la Cena pascual no han podido proponer más que conjeturas. Los historiadores que piensan que Cristo no celebró la Pascua insisten en estas dificultades. Por

otra parte, los sinópticos refieren ciertos rasgos cuya significación no puede desconocerse: es cierto que Pedro y Juan fueron enviados a Jerusalén para preparar la Pascua (Mc., XIV, 12; Mt., XXVI, 17; Lc., XXII, 7), y la comida que se sigue, es la pascual preparada (Mc., XIV, 17; Mt., XXVI, 20; Lc., XXII, 14), y Jesús dice explícitamente : «Con deseo grande he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc., XXII, 15).

Tales textos, sobre todo el último, son difíciles de eludir. Lagrange, después de haber expuesto las razones que pueden hacerse valer en pro de la hipótesis que niega el carácter pascual de la comida, concluye (Saint Marc, p. 360): «Si desde la primera edición de este comentario no nos ha parecido preferible esta hipótesis, un estudio más atento de San Lucas nos persuadió que no puede sostenerse.»

Somos de la misma opinión, y no sólo nos apartaremos de todos aquellos que admiten aquí una tradición entre los evangelistas, y que rechazan, o el testimonio de San Juan, o el de los sinópticos, sino que nos separaremos también de los exegetas que creen poder conciliar con la narración sinóptica la negación del carácter pascual de la Cena.

Bastantes hipótesis se han emitido para explicar que Jesús fué crucificado el 14 de nisán y que comió no obstante la Pascua la víspera por la tarde.

a) Jesús anticipó la celebración de la Pascua. Este sistema lo ha expuesto así Godet, Saint Luc, 342 sgg.:

(Mt., XXVI, 18), nos ha conservado, en el mensaje de Jesús al dueño de la casa, una sentencia que merece pensarse: «Mi tiempo está próximo, en el que yo he de celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos...» No se da uno bien cuenta del pensamiento de Jesús sino viendo en estas frases la indicación enigmática de la obligación en que se encuentra, por la proximidad de su muerte, de anticipar la celebración de la Pascua. Mi muerte es inminente, y será demasiado tarde para mí celebrar mañana la Pascua; por eso la celebraré en tu casa esta tarde con mis discípulos. Esto es una invitación al dueño para preparar la sala inmediatamente con todo lo necesario para la comida. Los dos discípulos debían hacer a la vez con el huésped todos los preparativos. Sin duda, el cordero no podía inmolarse esta tarde en el templo, pero Jesús, excomulgado con todos sus partidarios, y objeto, además, por parte del Sanedrín, de una orden de arresto (Jn., XI, 53), ¿no hubiera podido hacer inmolar el día antes el cordero en la forma oficial? Esto es poco probable. Se exime entonces de la forma usada hasta allí, por el modo; lo mismo que se emancipa de la misma Ley para el día. Le obliga a ello la decisión del Sanedrín de hacerle morir antes de la fiesta (Mt., XXVI, 5).

Esta hipótesis no es verosímil, aunque suscita objeciones: semejante anticipación de la Pascua debió llamar vivamente la atención de los discípulos, y no parece que tengan conciencia de ello.

b) El P. Lagrange supone una divergencia en el cálculo de los días del mes: *Saint Marc*, p. 362 sgg.

Con el sistema judío, tal como regía hasta los últimos tiempos en el mundo musulmán, un mes comienza no precisamente en el momento de la luna nueva según los datos de la astronomía, sino la tarde en que se nota por vez primera la luna nueva; así, pues, en un tiempo claro puede verse, mientras que no se logra en otro. La autoridad competente se aseguraba, sin duda, del valor de ciertos testimonios; pero si eran sospechosos a un partido religioso, como, por ejemplo, el de los fariseos, la cuestión podía seguir siendo controvertida... Se podría suponer... que el año de la muerte de Nuestro Señor algunos creen que era jueves, el 14 de nisán, mientras que los principales de la nación le extendían al viernes. Yo no sé que se haya propuesto esta solución, ni la doy por mi parte mucha importancia. Ella explicará, no obstante, por qué San Lucas miró el día de la Cena como el día legal de la Pascua.

## **II.-LOS PREPARATIVOS DE LA CENA. EL LAVATORIO DE LOS PIES**

Concluida esta discusión, podemos comenzar por los hechos principales de esta gran semana. Seis días antes de la Pascua tuvo lugar el convite de Betania y la unción (Jn., XII, 1) y este día era sábado; hay, pues, que admitir que la víspera llegó Jesús a Betania. Al otro día, domingo, es la entrada triunfal en Jerusalén, y por la tarde vuelve el Señor a Betania (Mc., XI, 11). Los tres días siguientes se suceden entre las enseñanzas que ya hemos comentado, las parábolas, las preguntas y el gran discurso escatológico. Lucas (XXI, 37-38) añade: «Y pasaba los días enseñando en el templo, pero por las noches, saliendo de allí, se albergaba en el monte llamado de los Olivos, y todo el pueblo desde la madrugada acudía a oírle en el templo.» Se siente la crisis que se acerca: de una parte, el pueblo apiñado a su lado, y de otra, a las autoridades se las ve tan malévolas, que Jesús no puede pasar la noche en Jerusalén. Esta precaución de Cristo hace su arresto más difícil: no se atreven a prenderle durante el día, porque la turba le rodea, y dudan perseguirle de noche al monte de los Olivos; ¿no se podrá temer aquí cualquier emboscada o, al menos, una resistencia sostenida del grupo que no se le aparta? La traición de Judas va a sacar a los judíos de esta perplejidad.

(Mc., XIV, 1-2): Y dos días después era la Pascua y los Ácidos; y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban cómo se apoderarían de él con dolo y le quitarían la vida. Y decían: En la fiesta, no; no sea que el pueblo se alborote.

Doce o quince años más adelante, cuando el rey Agripa, estimulado por la ejecución de Santiago, quiso dar muerte a San Pedro, le aguardaba en la cárcel para hacerle comparecer después de la Pascua (Act., XII, 4). Entonces, sin embargo, estaba seguro del sentimiento popular, pero quería respetar la fiesta. Tratándose de Jesús, se imponía mucho más aún esta reserva, por poderse temer una conmoción popular, sobre todo entre los galileos muy numerosos para la Pascua y partidarios del profeta; cuando se volviesen a su provincia, la ejecución se podría realizar sin tropiezo.

En estas indecisiones, los enemigos de Jesús ven acercarse a Judas: «¿Qué me queréis dar y yo os lo entregaré? Y le pagaron treinta siclos de plata» (Mt., XXVI, 15; cf. Mc., XIV, W-11; Lc., XXII, 3-6).

La unción de Betania precipita la traición de Judas defraudado por la prodigalidad de María. Los días siguientes se extravió aún más en su senda malvada. Siente con toda la perspicacia de la rabia y del temor que entre Jesús y los jefes del pueblo judío existe una lucha a muerte, y la actitud de Cristo la tarde de los ramos le ha demostrado bastante que el Maestro no quiere esa realeza nacional, que la multitud está preparada a reconocerle. Las enseñanzas de los días siguientes hacen más viva aún esta impresión: la parábola de los viñadores deja claramente entender que Jesús prevé y acepta su muerte: ¿a qué, pues, contarse, y por qué afiliarse más tiempo ya a una causa fracasada? Las perspectivas de la parusía están demasiado lejos; son muy altas para arrastrar a Judas y encuentra más acertado retirarse de esta aventura en la que imprudentemente se ha extraviado. Habrá que ir más lejos aún, pero entregando a su Maestro, se defenderá a sí mismo más seguramente y se enriquecerá también.

Este paso atroz preparado y consumado en la intimidad de Jesús es un crimen cuyo horror nos espanta y nos admira. Pero reflexionando, no sorprende menos aún la prolongada hipocresía del traidor: su perversión está denunciada ya por Juan desde la Pascua precedente en Cafarnaún, y según esto, ha podido vivir por lo menos un año junto a Jesús sin dejarse mover por tantos discursos y por tantos milagros, ni dejar de ver una sola vez a los once Apóstoles con los que convivía de continuo, pero sin que su corazón estuviera ya con ellos. Un doblez tan obstinado no podía venir sin un endurecimiento profundo, y de parte de este desdichado, ya nada nos admira. Veremos a Jesús multiplicar sus esfuerzos en la Cena sin lograr reducir este corazón donde Satanás ha entrado. Le ofrecen treinta siclos de plata, en moneda del templo, que por el peso del metal equivaldría a la suma un poco superior de ochenta pesetas en nuestra moneda y en valor de venta podían representar de quinientas a seiscientas pesetas; «suma bien poco considerable -observa Reuss-, pero que Judas no había jamás poseído. Y aunque fuera menor, es necesario pensar que la codicia, una vez excitada, se contentase con menos aún de lo que esperara en un principio».

Y el primer día de los Ácimos, cuando inmolaban el cordero pascual, dícenle sus discípulos: ¿Adónde quieres que vayamos para que comas la Pascua? Y envió a dos de sus discípulos, y les dijo: Id a la ciudad, y os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle, y donde entrare, decid al dueño de la casa que el Maestro dice: ¿Dónde está el aposento mío, donde coma la Pascua con mis discípulos? Y él os enseñará en lo alto de la casa una gran sala, aderezada y dispuesta: allí preparadla para nosotros. Y fueron los discípulos, y vinieron a la ciudad, y hallaron como les había dicho, y prepararon la Pascua (Mc., XIV, 12-16. Cf. Mt., XXVI, 17-19; Lc., XXII, 7-13).

Estos detalles tan precisos quedaron grabados en la memoria de Pedro, que, según



San Lucas, era uno de los dos Apóstoles. Le hallamos aquí con San Juan, con quien estará de continuo asociado en la Resurrección y en los Hechos de los Apóstoles. Todo este conjunto de disposiciones es muy parecido al que precede a la entrada de Cristo en Jerusalén. Entonces enviaba a sus Apóstoles a buscar el asnillo y ahora a preparar la sala, pero en ambos casos procede como dueño y amigo. Este, con cuyos servicios cuenta, es sin duda un discípulo de quien nada saben ni los mismos Apóstoles y será preciso un encuentro providencial para hacérsele conocer: en Jerusalén, más que en parte alguna, este misterio se imponía, y se advierte aquí la discreción de Jesús. Se ve también su presciencia; en estos días trágicos tan próximos a la fatal solución tiende a demostrar a todos, a sus discípulos fieles y al traidor, que sabe dónde va y que marcha con pleno conocimiento al patíbulo.

Así se pasó aquella jornada del jueves último en que Jesús gozaría ya de su libertad. Mientras los dos discípulos hacen los preparativos de la Cena, se queda en Betania con los demás, y en medio de estas preocupaciones de los judíos atareados con la preparación de la fiesta, entre las inquietudes crecientes de los Apóstoles que sentían caer la noche, se adivina cuáles debieron ser los pensamientos de Jesús en estas últimas horas que le separaban de la institución de la Eucaristía, de la agonía y de la muerte.

Y cuando llegó la hora, se puso a la mesa, y los Apóstoles con Él, y les dijo: «Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que no la comeré más hasta que se cumpla en el reino de Dios (Lc., XII, 14-15).

Esta frase nos revela a la vez una ternura y un dolor profundos, como Jesús se lo hacía decir al dueño de la casa. «Su tiempo está cercano», y esta Pascua será la última y luego ya no habrá más que la consumación en el reino de Dios. Los judíos solían representarse las alegrías celestiales en forma de un banquete; por eso, en una comida a la que Jesús asistía, uno de los convidados, después de haberle oído, exclamó: «Bienaventurado quien coma su pan en el reino de Dios» (Lc., XIV, 15). También Cristo mismo en sus parábolas figuraba la felicidad del cielo en los rasgos de un festín de bodas. Entre esta realidad suprema y la Pascua ordinaria de los judíos iba a tener lugar otro convite, la Cena que Jesús instituiría inmediatamente. Y en esta hora solemne llena de amor y de dolor, los Apóstoles traban aún entre sí un conflicto sobre la presidencia:

Y se originó una disputa entre ellos sobre cuál sería el mayor. Y Jesús les dijo: Los reyes de las naciones las señorean, y a los que sobre ellas tienen mando, se les llama bienhechores. Pero entre vosotros no ha de ser así; sino el mayor entre vosotros, sea como el menor, y el que manda como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está sentado a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Y Yo, sin embargo, estoy entre vosotros como quien sirve (Lc., XXII, 24-27).

Esta disputa contada por San Lucas hacia el fin de la Cena se comprende mejor en el momento de llegar los convidados al Cenáculo. Los puestos alrededor de la mesa se daban según las reglas de precedencia celosamente observadas, y en otra circunstancia (Lc., XIV, 7) había Jesús recalcado y condenado el apresuramiento de los convidados para tomar los primeros puestos en los convites; su advertencia, como tantas otras dirigidas al mismo fin, la habían olvidado bien pronto los Apóstoles, y la misma solemnidad del banquete pascual, la inminencia del reino de Dios, y el deseo también de hallarse junto al Maestro,

hacían su ambición más ávida y más codiciosa, mientras Jesús era todo para la emoción de esta última Cena. El Señor entonces quiere darles un gran ejemplo que no han de olvidar jamás. El evangelista que nos lo refiere le hace preceder de un prólogo solemne que subraya su trascendencia inmensa.

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, les amó hasta el fin. Y acabada la Cena, cuando el diablo había entrado ya en el corazón de Judas, el hijo de Simón Iscariote, para inspirarle el que le entregase; sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, y que salió de Dios y que volvía a Dios, levantóse de la mesa, se quitó los vestidos, y tomando un lienzo, se lo ciñó, luego echó agua en una jofaina, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a enjuagarlos con el lienzo de que estaba ceñido (Jn., XIII, 1-5).

Lavar los pies de los convidados era en Oriente un oficio de hospitalidad, y Jesús se lamentó de no haberlo recibido de un fariseo que le invitó a su mesa (Lc., VII, 44). Este era un servicio que se prestaba por medio de criados, y Cristo quiere ejercitarlo por sí mismo y no sumariamente como para llenar algún rito. Cada uno de los detalles de este humilde ministerio está notado por San Juan con una admiración enternecedora: se quita su vestido externo quedándose sólo con la túnica, que llevaban los sirvientes, y como un esclavo se ciñe con una toalla; transporta el barreño con las dos manos, y a continuación enjuga los pies de sus discípulos. Los Apóstoles le miran, y aquí como siempre observan con respeto. También en los primeros días de su ministerio le habían visto en Samaria dialogar a solas con la Samaritana y ninguno osó preguntarle «¿por qué hablas con ella?» Este respeto que desde los primeros días les ha inspirado Jesús, se ha desarrollado durante el curso de estos dos años. Cristo va a recordarles después este gran ejemplo de humildad que les está dando. San Pedro sin embargo no puede contenerse y a él se dirige primero Jesús. Al verle acercarse en esta actitud de esclavo, con esta toalla y con esta jofaina, Pedro exclama: «¿Tú, Señor, me lavas los pies?» «Lo que yo hago no lo entiendes ahora, lo comprenderás más adelante.» De aquí a unas horas será la Pasión, y estos excesos de humillación y de sufrimiento comenzarán a abrir los ojos de los discípulos. Luego, sobre todo, llegará Pentecostés, y entonces Pedro comprenderá esta gran lección que todavía es para él misteriosa. Pero en este instante no alcanza lo que Jesús quiere decirle; adivina sólo que un día deberá dejarse hacer, y aceptar lo que hasta allí le parecía intolerable, y de nuevo protesta con energía redoblada: «No, no me lavarás los pies nunca.» Jesús no discute más con su Apóstol tan ciego aún, pero todo corazón: «Si yo no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo.»

Para quien ama a Cristo, esta frase es irresistible; no alcanza a comprender aún las exigencias del Señor, y cede: todo antes que esta ruptura: «¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna.» Hoy, más todavía que en Cafarnaún, Pedro está dominado por Jesús y no puede arrancarse de su amistad. Obedece, y su temperamento impulsivo le lleva en seguida al extremo: «No solamente los pies, sino las manos y la cabeza.» El ejemplo de Pedro arrastra a los demás, y, como él, se dejan lavar los pies uno tras otro, y Judas también. Jesús, sin embargo, advierte al traidor: «Vosotros estáis limpios, pero no todos.» Esta reconvención golpea aquel corazón endurecido, sin penetrarle. Satanás ha

entrado en él, y es su señor.

De este gran ejemplo saca Jesús luego la lección, y para hacerla más sensible aún no teme insistir sobre lo que es El: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy.» De este modo la humildad cristiana no desconoce las verdaderas grandezas sino que las consagra. Jesús se arrodilla ante los pies de sus Apóstoles, pero permaneciendo lo que es e insistiendo en que se le trate como a Maestro y Señor, y por esto es elocuente su ejemplo, porque nos enseña que el servir no es rebajarse y que la verdadera grandeza no tiene que temer defraudarse haciéndose humilde y servicial. Su Iglesia recibirá y aceptará este rito del lavatorio de los pies, pero sobre todo comprenderá y guardará esta lección grande de humildad. En el fondo de todos los corazones humanos el fermento de la envidia y del mando permanecerá siempre en activo, mas el espíritu del Evangelio le ahogará en los verdaderos cristianos, recordando que en la Iglesia de Dios las más altas prelaturas no son sino servicios, y que el Soberano Pontífice gustará de llamarse Siervo de los siervos de Dios.

Este lavatorio de los pies encerraba aún otra lección: Jesús daba a entender a los cristianos la pureza que les exigía traer para la celebración de su misterio. Inmediatamente va a instituir la sagrada Eucaristía y quiere preparar a sus Apóstoles; son puros, sin duda, excepto el traidor, y sin embargo se les ha pegado al pisar los caminos algún ligero polvillo; Cristo quiere limpiarlo, y El solo puede hacerlo; si lo rehúsan, no tendrán parte con El. Pero, purificados ya, van a volverse a sentar a la mesa y a participar de este gran misterio que antes les vaticinara y que ya es hora de realizar.

### **III.-LA CENA**

Es muy difícil seguir en todos sus detalles la Cena celebrada por Nuestro Señor. En los relatos evangélicos existen ciertos hechos que sobresalen con plenitud de claridad y sobre los cuales es necesario insistir. Tales son el anuncio de la traición y la institución de la Sagrada Eucaristía.

Muchos motivos tenía Jesús para avisar anticipadamente la traición de que iba a ser víctima: desde Cesarea de Filipo quiso vaticinar repetidas veces a sus Apóstoles los malos tratamientos que debía recibir de sus enemigos: con ello fortalecía el corazón de sus discípulos contra estas terribles impresiones, y aunque no llegaba nunca a disipar su presunción ni a amortiguar el choque imprevisto que les heriría, dábales al menos la fuerza de rehacerse inmediatamente con el recuerdo de que todo lo había previsto y aceptado el Señor, su Maestro. Dígase lo mismo de la traición de Judas. Cristo iba en apariencia a caer como víctima de una emboscada, y debía tender a demostrar que no ignoraba el embuste; que marchaba hacia él voluntariamente, y que aquel miserable a quien desde tanto tiempo honraba con su intimidad, no le había engañado. Así se encontraría asegurada la fe de los discípulos fieles, y de este modo, además, se establecía esta plena espontaneidad de su

sacrificio, que Jesús se esforzaba en poner a toda luz: «Ninguno me quita la vida, sino que yo la doy de mí mismo: poder tengo para darla, y potestad tengo para volverla a tomar» (Jn., X, 18).

Pero para hacer estas advertencias tenía aún un motivo más imperioso: Jesús no tomaba parte en la ruina del traidor; todos sus Apóstoles le eran queridos, incluso este desdichado hijo de perdición, del que Satanás se había enseñoreado. Durante esta hora última de intimidad, Cristo multiplica los esfuerzos por volverle a su amor, pero son todos en vano. Ya en el transcurso del lavatorio de los pies había denunciado su traición: «Vosotros estáis limpios, pero no todos.» Vuelto a la mesa, y a punto de instituir la Sagrada Eucaristía, habla con mayor claridad.

Y mientras estaban a la mesa y comían, dijo Jesús: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar, el que come conmigo. Ellos comenzaron a afligirse y a decir uno tras otro: ¿Seré yo? Y El les dijo: Uno de los doce que se sirve conmigo en el mismo plato. Porque el Hijo del Hombre va según está profetizado de Él, pero ¡ay de este hombre por el que el Hijo del Hombre sea entregado! Más le valiera no haber nacido (Mc., XIV, 18-21).

Esta escena tan dolorosa y sobria da vivamente la impresión de los Apóstoles: tienen tanta seguridad de las intuiciones del Maestro que llegan a dudar de sí mismos, y por todas partes se cruzan angustiosas preguntas: «¿Seré yo?» Judas no quiere descubrirse por su silencio, e imprudentemente requiere como los otros «¿Seré yo?» «Tú lo has dicho» (Mt., XXVI, 25). Esta respuesta de Cristo sólo la oyó él; ahora se ve ya descubierto ciertamente, y permanece obstinado en su designio. Los otros, con la animación de estas consternadas preguntas que se cruzan, no han escuchado las palabras del Señor, que, por lo demás, son bastante generales para quitarles la incertidumbre, pues todos los doce comen con El y todos meten la mano en el mismo plato : al revelar Jesús este rasgo no pretendía dar una indicación más precisa, sino señalar dolorosamente lo que la traición tenía de odioso, de parte de uno de los presentes y que tomaban parte en aquella cena: era la queja del salmista (Ps., XLI, 10; cf. Jn., XIII, 18): «El que come conmigo mi pan, levantó contra mí su calcañal.»

Se entrevé la emoción del grupo: en vez de las preguntas directas hechas a Jesús, San Lucas nota (XXII, 23) que «comenzaron a conferir entre sí quién fuese de entre ellos el que había de hacer esto». Acaban de querellarse sobre la presidencia y las sospechas pueden nacer facilísimamente, y ¡qué sospechas! Y sobre todo, ¿cómo inaugurar el misterio de amor con aquella agitación e incertidumbre?

De este modo precipita Jesús el desenlace, al que por lo demás le llevaba también la insistencia inquieta de Pedro:

Y dicho esto, turbóse Jesús en su espíritu, e hizo esta declaración: En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar. Mirábase los discípulos unos a otros sin saber

por quién lo decía. Uno de los discípulos, el que amaba a Jesús, estaba recostado sobre su seno. Simón Pedro le hizo señas con la cabeza y le dijo: Dile de quién habla. Y él, dejándose caer sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Respondió Jesús: Aquel a quien yo dé un bocado de pan mojado. Y mojándolo, se lo dió a Judas, el de Simón Iscariote. Y tras el bocado, entró en él Satanás. Jesús le dijo: Lo que has de hacer, hazlo pronto. Pero ninguno de los que estaban en la mesa entendió por qué se lo había dicho. Porque algunos pensaban que, como Judas tenía la bolsa, Jesús quería decirle: Compra lo que tenemos menester para la fiesta; o que diese algo a los pobres. Y él, habiendo tomado aquel bocado, salió inmediatamente; y era de noche (Jn., XIII, 21-30).

Este episodio es uno de los más dramáticos del Evangelio y uno de aquellos que quedaron también más profundamente grabados en la memoria de San Juan. El se complace en designarse por aquel que en la Cena estaba reclinado sobre el pecho de Jesús, al que dijo: «¿Quién es el traidor?» (XXI, 20).

Aquí, como en San Lucas, los Apóstoles se interrogan por lo menos con la mirada. «¿Quién es ése?» Y Jesús redobla su afirmación solemne: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.» Entonces Pedro no se contiene más: ya conocemos los lazos particulares que le unían con Juan, el compañero ordinario de sus misiones o de sus excursiones, y le hace señas, pues, para que pregunte a Jesús, y Juan; con aquella sencilla familiaridad que le daba su pureza y el sentimiento del amor que Jesús le profesaba: «Señor -le dice-, ¿quién es?» Cristo, efectivamente, le contesta, pero le hace comprender a la vez que es secreto que ha de guardar; el ardor impulsivo de Pedro le hubiera llevado, sin duda, a herir a Judas, como en seguida lo hará con Maleo; Juan sufre y se calla. En este confidente silencioso de Jesús se presiente ya a aquel que en el colegio apostólico ha de ser el depositario de los grandes secretos y de los grandes tesoros de Dios: a Pedro se le dará la autoridad suprema y la responsabilidad de las grandes decisiones; a Pablo, el apostolado, la labor incesante y el cuidado de todas las Iglesias, pero a Juan se le ha confiado la guarda de la Madre de Jesús, los secretos de los últimos días y los misterios de la vida íntima de Dios.

La señal que da Jesús era en sí misma una demostración de amistad y un postrer esfuerzo para ganar a Judas; mas el traidor se resiste y se opone, y este supremo intento le entrega a Satanás).

Todo ello fué tan rápido, que nadie más que el confidente de Jesús se percató del sentido de la frase del Maestro ni del fin de la brusca salida de Judas, y es que estaban acostumbrados a verle con el cargo de los intereses materiales de las compras y las limosnas, y no se sospechó más en ello. Este rasgo demuestra, con otros muchos, la profunda doblez del traidor, que, hasta el último instante, engaña a estos once amigos entre los que viviera de continuo, a la vez que es un índice de la confianza recíproca establecida por Jesús entre los suyos; había competencias y rencillas, pero no sospecha grave: las advertencias del Señor son tan apremiantes que están turbados, hasta dudar de sí mismos: «Maestro, ¿seré yo?» Se preguntan unos a otros y se miran estupefactos; pero a pesar de esta angustia y de estas dudas, sus sospechas no aciertan a detenerse sobre ninguno y Judas

sale sin despertar la alarma.

«Y era de noche.» Este postrer detalle acaba de señalar la impresión de esta escena: al escribir, siente Juan todavía la angustia de estas tinieblas que caen y que oprimen los corazones. «Amaron más las tinieblas que la luz», decía antes, a propósito de los enemigos de Cristo; su hora se acerca; unos minutos de libertad y en seguida, en el huerto, dirá: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lc., XXII, 53).

Probablemente, después de la salida de Judas, hay que colocar la institución de la Sagrada Eucaristía. Ya se sabe que es punto discutido con particularidad, y en efecto, se pueden hacer valer en las dos direcciones los textos de los evangelistas. Por una parte, San Lucas (XXII, 21-23) no refiere las advertencias de Jesús sobre la traición hasta después de haber contado la institución de la Eucaristía (XXII, 19-20), pero en San Mateo y San Marcos hallamos el orden inverso; primero, el anuncio de la traición (Mt., XXVI, 27-29; Mc., XIV, 22-25), y Juan no puede zanjar el debate, ya que no relata la institución de la Eucaristía. Los Padres, en gran número, han creído que Judas comulgó, y sacaron de ello sus instrucciones religiosas; a bastantes, sin embargo, y es hoy el sentimiento general, les parece lo contrario y creemos que con razón; en esta materia, los argumentos de conveniencia se pueden invocar en pro y en contra; nada diremos, pues, aunque, no obstante, la lectura de los textos parece favorecer la opinión negativa.

Salió Judas; Jesús se encuentra, por fin, solo con sus fieles; ya llegó el momento tan deseado, al que aludía cuando exclamaba al principio de la Cena: «Con deseo grande he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer.»

La institución de la Eucaristía no la cuenta San Juan, y esta omisión es verdaderamente una de las más notables de su evangelio. Algunos protestantes del último siglo han querido, por ello, pronunciarse en contra de la realidad de la institución: la Eucaristía, según éstos, no habría sido conocida por el amado discípulo; mas hoy es tesis que nadie se atreve a sostener ya, pues es demasiado cierto que cuando Juan escribía su evangelio, la Eucaristía se celebraba en toda la Iglesia como un rito que subía hasta Cristo Nuestro Señor. Por lo demás, el largo discurso sobre el pan de vida, traído en el capítulo VI de San Juan, tiene manifiestamente por objeto la Eucaristía, y en esto convienen todos en la actualidad. Si ahora se pregunta aún por qué el evangelista omitió el relato de la institución, la mejor respuesta está en el fin del libro: perseguía, sobre todo, un designio doctrinal: quiere enseñar, y por esto cuenta tan a la larga las instrucciones eucarísticas de Cristo llenas efectivamente de enseñanzas. Cuanto al hecho mismo de la institución, creyó, sin duda, que el relato de los sinópticos bastaba, y no encontró cosa que añadir. Por lo demás, hay rasgos en su misma narración que se esclarecen por el recuerdo siempre presente de la Eucaristía; por ejemplo, al principio de la Cena: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, les amó hasta el fin» ; así también, en el largo sermón que siguió a la Cena, estas recomendaciones tan apremiantes y tan tiernas que se repiten tantas veces:

«Permaneced en mí, y yo en vosotros» ; y hacia el final, la suprema oración de Jesús a su Padre: «Que todos sean uno como nosotros lo somos, yo en ellos y tú en mí, para que ellos sean perfectos en la unidad.» Se reconoce aquí la doctrina eucarística desarrollada en el c. VI: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre que vive, me envió y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá también por mí.»

El recuerdo de este discurso de Cafarnaún nos ayuda a comprender lo que leemos en este pasaje. Sin duda que los Apóstoles tenían en su Maestro una fe absoluta, y con todo, difícilmente se hubieran elevado de un solo vuelo a la fe en la Eucaristía, de no haber estado ya dispuestos. Nada les llevaba en el judaísmo a este misterio naturalmente inaccesible. Sería sorprendente que Cristo les hubiera puesto de un golpe y sin preparación ante un misterio tan sublime y nuevo, y esto tanto más, cuanto que siempre tuvo cuidado de preparar las almas en cualquier materia para sus destinos y para las revelaciones futuras que quería concederles: ¡qué de llamadas sucesivas en el Jordán, en la ribera del lago y antes de reunir definitivamente a los Apóstoles! ; ¡qué de predicciones durante un año, que dejan entrever la Pasión de su Maestro y sus propias pruebas! Resultaría, pues, extraño, que la revelación de la Eucaristía, tan divina y, por consecuencia, tan desconcertante para los hombres, no hubiese sido preparada de una manera parecida. Y el relato de Juan nos demuestra cómo esta lejana preparación, tan velada, sin embargo, aún, y tan prudente, pareció a la mayoría de los discípulos un peso aplastante que se negaron a soportar. Desde esta fecha, la defección de Judas aparece por vez primera en el Evangelio, y en ese mismo momento también Pedro se une más fuertemente a su Maestro, asegurando a la vez a los restantes Apóstoles: «¿Adónde iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna.» La fe tan ardorosamente profesada en las riberas del lago iba a recibir en el Cenáculo su recompensa.

Este gran misterio le encontramos referido, no sólo por los tres sinópticos, sino aun por el mismo San Pablo en su carta a los corintios, y es menester leer estos textos, cuyo sencillo cotejo resulta de por sí luminoso:

(I Cor., XI, 23-29): Yo aprendí del Señor lo que os enseñé a vosotros, que el Señor Jesús, en la noche que iba a ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, le partió y dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo, entregado por vosotros: haced esto en memoria mía. Y asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cuantas veces le bebiereis, en memoria de mí. Porque cuantas veces comiereis este pan y bebiereis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga. De modo que quienquiera que coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Así, pues, pruébese el hombre a sí mismo, y así coma de este pan y beba de este cáliz; porque quien come y bebe indignamente, come y bebe su condenación, si no discierne el cuerpo del Señor.

En este texto, escrito hacia el año 55, veinticinco después de la Cena, se reconoce el relato de la institución y las palabras del Señor, tal como estaban grabadas en la memoria de los cristianos, y que vuelven a encontrarse en los sinópticos:

(Mt., XXVI, 26-29): Y mientras comían, tomando Jesús pan, lo bendijo, lo partió, y dándoselo a los discípulos les dijo: Tomad y comed: este es mi cuerpo. Y habiendo tomado

el cáliz y dado gracias se lo entregó diciéndoles: bebed de él todos. Porque esta es mi sangre, la del nuevo testamento, la que se derramará por causa de muchos en remisión de los pecados. Y os digo que no beberé desde ahora de este fruto de la vid hasta el día en que con vosotros le beba en el reino de mi Padre.

(Mc., XIV, 22-25): Y estando comiendo tomó Jesús el pan, y habiéndolo bendecido, lo partió y se lo dió diciendo: Tomad; éste es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, y dando gracias, se lo entregó y bebieron de él todos, y les dijo: ésta es mi sangre, del nuevo testamento, que se derrama por muchos. En verdad os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que de nuevo lo beba en el reino de Dios.

(Lc., XXII, 14-20): Y cuando fué hora, púsose a la mesa, y con él los doce. Y les dijo: Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de que padezca. Porque os digo que ya no la comeré hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y tomando un cáliz, dió gracias y dijo: Tomadlo y dividídslo entre vosotros; porque os digo que no beberé del fruto de la vid hasta tanto que llegue el reino de Dios. Y habiendo tomado el pan, dió gracias, lo partió y se lo dió, diciéndoles: Este es mi cuerpo, que se da por vosotros: haced esto en memoria mía. Y asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciéndoles: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre, que por vosotros se derrama.

La primera copa mencionada por San Lucas (17-18) es una de las varias que circulaban durante la Cena pascual, y probablemente al tomarla y hacerla correr entre los Apóstoles es cuando Jesús dijo : «Ya no beberé más el fruto de la vid hasta tanto que llegue el reino de Dios»; San Mateo y San Marcos, que no mencionan esta copa, refieren esas palabras un poco después, cuando Jesús presenta a sus Apóstoles el cáliz que acaba de consagrar en su sangre; el orden seguido por San Lucas es más natural, y sin duda que para poner de relieve estas palabras memorables, contó el episodio de esta copa, cuyo sentido es bien claro: los judíos esperaban en el reino de Dios un orden de cosas nuevo, cielo nuevo, tierra nueva, y Jesús hace alusión a estas esperanzas al hablar de este vino nuevo que ha de beber con sus Apóstoles en el reino de su Padre; pero a este reino, lo sabían muy bien sus discípulos, sólo llegaría por su muerte, y comprendían que esta Cena era la última que tomaban con El aquí en el suelo, que su muerte era inminente, pero que estaría seguida de este advenimiento del reino adonde convergían todos sus deseos.

Después de estas predicciones, ya terminado el banquete, salió Judas, y Cristo tomó el pan en sus manos, dió gracias, lo partió y se lo entregó a sus discípulos, diciéndoles: «Tomad y comed; éste es mi cuerpo.» Luego tomó una copa, dió gracias y se la pasó a sus Apóstoles, diciendo: «Bebed todos; ésta es mi sangre, la sangre de la alianza que se derrama por muchos para la remisión de los pecados.»

La fidelidad literal con que nos han transmitido los sinópticos y San Pablo estas palabras, indica cuán grabadas estaban en la memoria de la Iglesia. De esta última Cena de Cristo, tan llena de enseñanzas que parecen inolvidables, los demás episodios sólo los conocemos fragmentariamente y casi todos por testigos aislados: el sermón de la Cena, cuya importancia para la inteligencia del cristianismo, y sobre todo del mismo Jesús, es comparable a la del sermón del monte; sólo nos le ha conservado San Juan, del mismo modo, la escena tan conmovedora y expresiva del lavatorio de los pies; las últimas advertencias hechas a Judas resuenan en los distintos evangelistas, pero en formas diversas



y en momentos diferentes; en fin, el carácter de la Cena es difícil de determinar, pues no se distingue con certeza si es cena pascual y si Jesús ha comido el cordero.

Todas estas sombras hacen resaltar aún más, como por contraste, el cuadro central, de tan firme dibujo y tan poderosamente iluminado. La Eucaristía entonces instituida fué, se siente desde los primeros años del cristianismo, el centro del culto y de la vida de la Iglesia, y las palabras del Señor, religiosamente preservadas, han quedado no solamente como la forma litúrgica de esta gran acción, sino como el fundamento de la fe cristiana. Las instrucciones de San Pablo a sus fieles atestiguan con qué fe tan dócil y sencilla recibía y creía la Iglesia de entonces estas solemnes aseveraciones del Maestro: «Quien come el pan o bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor...; el que lo come y bebe come y bebe su condenación, no discerniendo el cuerpo del Señor.»

De este modo, remontándonos tan alto como podamos en la historia del cristianismo, se nos presenta la fe de la Iglesia con la firmeza luminosa que conservará siempre; recibe la palabra de Cristo y la cree sencillamente, fielmente, totalmente. Por eso escribirá más tarde el gran doctor francés San Hilario: «No hay que hablar de las cosas de Dios según el humano sentido... Debemos leer lo que está escrito y entender lo que leemos, y entonces habremos cumplido todos los deberes de la fe... Cristo mismo nos dice: Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Sobre la verdad de esta carne y de esta sangre, no hay lugar a duda. Porque Nuestro Señor lo declara y nuestra fe lo cree; ésta es verdaderamente su carne, y los que la comen y beben están verdaderamente en Cristo, y Cristo en ellos. ¿Que esto no es cierto? No lo será únicamente para los que nieguen que Jesucristo es verdadero Dios».

Estas últimas palabras son decisivas y estamos ya en pleno misterio; pero el cristiano, ¿se ha de desconcertar por ello? En el discurso sobre el pan de vida decía Nuestro Señor: «Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron, y el pan bajado del cielo es tal, que quien coma de él no morirá. Yo soy el pan vivo, el pan bajado del cielo; quien coma de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo he de darle es mi carne, por la salvación del mundo...» Así aproximaba el uno al otro estos dos misterios de la Encarnación y de la Eucaristía, y efectivamente se iluminan el uno al otro; si el Hijo de Dios ha tomado en la Encarnación una carne humana ha sido por salvarnos y por unirnos a sí, y por la Eucaristía se consuma esta salud y esta unión. Pero, además, estos dos misterios están tan íntimamente unidos, que se aseguran y confirman el uno al otro.

Todas estas consideraciones sin duda que no se desarrollaron desde el primer día, pero están ya en germen en el discurso que los Apóstoles escucharon un año antes en Cafarnaún. En el intervalo, ¿volvió a recordarles esta doctrina? Así se puede creer con gran verosimilitud. Esta insistencia es muy conforme al método del Salvador. No se satisface con enunciar una vez las verdades que quiere hacer creer, sobre todo cuando ellas pueden

desconcertar o chocar a sus oyentes, sino que se las recuerda con frecuencia y bajo diversas formas; así repitió la predicción de su Pasión en varias ocasiones: en Cesarea de Filipo, después de la Transfiguración y al subir a Jerusalén: lo mismo probablemente sucedió con la Eucaristía, que desde el primer día había provocado un escándalo tal y una apostasía tan general; los Apóstoles habían sostenido el choque, pero no obstante quedaron admirados y debieron, más adelante, verse frente por frente de esta verdad tan alta que debía convertirse un día en el centro de toda su vida.

Por lo demás, de cuanto ellos veían y entendían, muchas cosas les preparaban a este gran misterio, como, por ejemplo, la multiplicación de los panes. En el desierto habían visto dos veces a Jesús tomar el pan, partirlo después de haber dado gracias, como lo hizo la tarde de la Cena, y en sus manos los panes se habían multiplicado. Pero era, sobre todo, mucho más todo aquel conjunto de milagros, de los que habían sido testigos durante más de dos años: la pesca milagrosa, el andar sobre las aguas, las curaciones y resurrecciones y tantas maravillas como cada día habían fundamentado y elevado su fe. Esta fe es su gran fuerza, y al desarrollarla en ellos se ha consagrado el Señor, consiguiendo en ella los mayores resultados: lentos para creer poseen aún poca penetración espiritual, pero creen sencillamente a su Maestro, ciegamente: «Mándame ir a ti sobre las aguas», le dice un día Pedro; y otro, los hijos del Zebedeo: «¿Quieres que mandemos caer fuego del cielo que consuma a estos hombres?» Han hecho además ellos mismos, en la corta misión apostólica, la experiencia de poderes milagrosos puestos en sus manos, y han vuelto entusiasmados de lo que han conseguido. Todas estas impresiones recibieron una fuerza nueva con aquella doctrina de Jesús reiterada tan frecuentemente y con tanta energía: «Todo es posible a quien cree» (Mc, IX, 22): «En verdad os digo que si tuviereis la fe tan grande como un grano de mostaza, si dijereis a esta montaña, quítate de aquí, se quitará y nada se os hará imposible» (Mt., XVII, 20). En la hora en que estamos, esta fe es aún más viva que lo fuera nunca, y lo veremos confirmado con muchas pruebas al leer el discurso de después de la Cena. También ahora, ante palabras tan misteriosas, hacen lo que hicieron siempre en la Escuela de Cristo: creer.

Observemos de pasada, aunque no es nuestro fin aquí la controversia, que este conocimiento que tenemos de los Apóstoles hace todavía más inverosímiles todas las interpretaciones alegóricas que se han inventado para borrar el sentido real e inmediato de las palabras del Señor. Jesús conocía estas inteligencias sencillas y dóciles, y a ellos les confiaba los secretos del reino, como a depositarios que deben transmitirlos al mundo entero; nada ahorra por eso, con tal de disipar todo equívoco y dar a entender claramente estos primeros elementos de cristianismo, que más adelante la revelación del Espíritu vendría a esclarecer y fecundar. Ya un día les había dicho: «Guardaos de la levadura de los fariseos», y los Apóstoles, entendiéndolo a la letra, creyeron que les reprochaba por no haber hecho provisión de pan; el Señor les explicó entonces que no había sido su intención hablarles del pan de los fariseos, sino de su doctrina. Otra vez, diciendo Cristo: «No mancha al hombre lo que entra en la boca, sino lo que de ella sale», sus oyentes se escandalizaron y turbaron, y entonces se tomó el trabajo de explicarse más claramente con sus Apóstoles. Lo mismo, después de proponer al pueblo las parábolas, Jesús daba la interpretación a los doce. ¿Se puede suponer que esta solicitud constante fuera desmentida en esta coyuntura, la más

grave de todas?

Para los protestantes, que rechazan la interpretación obvia y tradicional de la Cena, aquí no hay más que un enigma indescifrable, cuyas soluciones no tienen número: sesenta años solamente después de los orígenes de la Reforma, en 1577, un teólogo contaba doscientas interpretaciones diferentes, propuestas por los protestantes sobre las palabras: «Este es mi cuerpo.»

¿Quién se atreverá a pretender que Cristo no tuvo otra intención en este postrer banquete de adiós, que proponer a sus Apóstoles un enigma insoluble, que desde el día de su muerte la Iglesia debía interpretar en sentido contrario?

El medio más seguro para comprender exactamente las palabras dirigidas por Jesús a sus Apóstoles es penetrarnos de las disposiciones de sus oyentes y esforzarnos por entenderlas como ellos las entendieron. Rechacemos, por de pronto, todas esas interpretaciones forzadas, espinosas y arbitrarias, y volvamos a las palabras del Señor, escuchándolas con una fe ingenua y recta: «¡Qué nitidez! -escribe Bossuet-, ¡qué precisión!, ¡qué fuerza! Pero al mismo tiempo, ¡qué autoridad y qué poder en vuestras palabras! Mujer, estás curada, y sana instantáneamente. Este es mi cuerpo, y éste es su cuerpo. Esta es mi sangre, y ésta es su sangre. ¿Quién puede hablar de este modo, sino el que todo lo tiene en su mano? ¿Quién puede hacerse creer, sino aquel para el cual el hacer y el hablar es lo mismo?... Quiere El en tu fe la misma sencillez que ha puesto en sus palabras: Este es mi cuerpo; éste es, pues, su cuerpo. Esta es mi sangre, y ésta es, efectivamente, su sangre. En la manera antigua de comulgar, el sacerdote decía: El cuerpo de Jesucristo; y contestaba el fiel: Amén: así es. La sangre de Jesucristo; y respondía el comulgante: Amén: así es. Todo estaba dicho y hecho; todo explicado por estas tres palabras. Yo me callo, creo y adoro; todo está hecho y todo está dicho.» Hasta aquí hemos considerado en la Cena del Señor sólo el sacramento, por el que nos dió realmente su carne y su sangre, y este aspecto de la Eucaristía no la agota de ningún modo; encierra otros cuya importancia no es menor. Cristo se dió a sus Apóstoles, pero se ofreció como víctima que consagraba la nueva alianza entregada por los hombres, y redimía sus pecados.

Jesús no dice únicamente: «Este es mi cuerpo y ésta es mi sangre», sino: «Este es mi cuerpo entregado por vosotros» (Pl., Lc.); «Esta es mi sangre, la sangre de la alianza que se derrama por muchos, en r emisión de los pecados» (Mt.).

El primer rasgo que aparece al leer estos textos es que el cuerpo de Jesús está aquí como entregado, y su sangre como derramada. «Quiere, pues, decir que este cuerpo no sólo se nos ha dado en la Eucaristía: tomad, comed, este es mi cuerpo, sino que se ha dado por nosotros y ofrecido por nosotros, como lo fué también en la Cruz: lo que indica que es aún nuestra víctima y que se ofrece todavía, aunque de otro modo». Esta relación de la Eucaristía con la Cruz es esencial; pues si la Eucaristía es un verdadero sacrificio, es porque

representa realmente el del Calvario; no es un símbolo, una imagen o un memorial; es verdaderamente el mismo sacrificio, ofrecido a Dios Padre bajo una forma incruenta ; es el sacrificio que Jesús daba a entender a sus Apóstoles al decirles que aquel cuerpo que les presentaba era un cuerpo entregado y partido por ellos; y aquella sangre, una sangre derramada, la sangre de la alianza.

Para comprender bien el alcance de esta nueva alianza es menester tener presente el relato de la antigua, que era el centro mismo de la fe de Israel, y que esta sola palabra de alianza evocaba por sí misma en la memoria de los Apóstoles:

(Exod., XXIV, 3-8): Moisés se acercó al pueblo y le contó todo lo que le había dicho Yavé, y todas sus leyes. El pueblo en masa respondió a una voz: Haremos cuanto Yavé dice. Moisés escribió todas las palabras de Yavé. Luego, levantóse de mañanita y edificó un altar al pie del monte, añadiendo doce piedras por las doce tribus de Israel. Y envió dos jóvenes hijos de Israel para ofrecer a Yavé holocaustos e inmolar toros en sacrificio de acción de gracias. Moisés tomó la mitad de la sangre, que echó en jofainas, y derramó la otra mitad sobre el altar. Tomó el libro de la alianza y lo leyó ante el pueblo. Y dijeron: Haremos cuanto dice Yavé, y le obedeceremos. Moisés tomó la sangre y la esparció sobre el pueblo, diciendo: Ved la sangre de la alianza que Yavé hace con vosotros según todas sus palabras.

Basta comparar esta última frase con las palabras de Cristo en la Cena, para reconocer el lazo que en el pensamiento de Jesús une estas dos alianzas, empalme subrayado en la carta a los Hebreos (IX, 15-22).

Por eso es mediador del nuevo testamento, para que, interviniendo la muerte como pago del rescate por las transgresiones cometidas bajo la alianza primera, los que han sido llamados reciban la promesa de herencia eterna. Porque donde interviene testamento es fuerza que intervenga la muerte del testador. Un testador, en efecto, no vale nunca mientras vive el testador, y sólo tiene valor cuando muere. Por lo cual ni aun la dedicación del primero se hizo sin sangre. Moisés, después de haber recitado ante el pueblo entero todos los preceptos de la Ley, tomó la sangre de los novillos, y de los machos cabríos mezclada con agua y lana de color de grana, e hisopo, y roció por sí mismo el libro y a todo el pueblo, diciendo: Esta es la sangre de la alianza que Dios ha dispuesto hacer con vosotros. Lo mismo hizo con el tabernáculo y todos los vasos del sagrado ministerio, rociándoles de sangre. Porque se puede decir que, según la Ley, con sangre se purifican todas las cosas, y sin efusión de sangre no hay perdón.

Se habrá observado el paso de la idea de alianza a la idea de testamento. Los dos, en efecto, vienen expresados por la misma palabra.

Este sentido de testamento es predilecto de San Pablo, y encuéntrasele en este pasaje de la epístola a los Hebreos, y en otro de la de los Gálatas, III, 15-17, que por lo demás conviene perfectamente a la Eucaristía. Hay testamentos cuya ley es que estén escritos de mano del testador; pero la ley del testamento de Cristo es que haya de estar confirmado y escrito con su sangre. El instrumento de este testamento es el acto en que está escrito, o sea la Eucaristía. Las promesas de Jesucristo y de la nueva herencia se nos ha

hecho por la muerte de Jesucristo, que nos saca por ella del infierno y nos asegura el cielo; y el acto donde esta promesa se encuentra redactada, y el instrumento donde está la voluntad y la disposición de nuestro Padre, se halla escrito en su sangre; su testamento, en una palabra, es la Eucaristía.

Todo esto no agota aún el sentido del misterio eucarístico tal cual se presentó a los Apóstoles la noche de la Cena. La sangre de la alianza la había derramado Moisés en el Sinaí, sobre el libro y sobre el pueblo, mas no la había dado a beber. Así está descrito el sacrificio de la expiación (Lev., XVI y XVII):

Para entrar en el santuario tomará Aarón un novillo para sacrificio de expiación y un carnero para holocausto... Ofrecerá su toro expiatorio y hará la expiación por sí y por su casa. Degollará su toro de expiación..., tomará su sangre y hará la aspersion con su mano sobre la parte anterior del propiciatorio, hacia el Oriente; hará con su mano, por siete veces, la aspersion de la sangre delante del propiciatorio. Degollará el morueco expiatorio por el pueblo, y llevará su sangre detrás del velo. Hará con ella lo que hizo con la sangre del novillo, y ejecutará la aspersion sobre el propiciatorio y delante de él (XVI, 3-15).

En el capítulo XVII hay reglas parecidas para los sacrificios expiatorios ofrecidos por los israelitas, y se observará, sobre todo, la prohibición de comer la sangre de las víctimas:

Si un hombre de la casa de Israel, o de los extraños que moran en medio de ella, come sangre de cualquier especie, yo apartaré mi rostro del que comió la sangre, y le arrancaré de en medio de su pueblo. Porque la vida de la carne está en la sangre. Yo os la he dado sobre el altar para que sirva de expiación por vuestras vidas, porque por la vida (el alma) la sangre hace de expiación. Por esto he dicho a los hijos de Israel: ninguno de vosotros comerá sangre, y el extraño que entre vosotros mora no la comerá tampoco (XVII, 10-12).

Se sabe que esta prohibición fué siempre escrupulosamente observada por los judíos, y cuando se quiso regular el acceso de los gentiles a la Iglesia se les dispensó de la circuncisión, pero se les prescribió abstenerse «de manjares, sacrificios a los ídolos, de sangre de animales matados y de la fornicación» (Act., XV, 29). La causa de esta abstención está clarísimamente expuesta en el pasaje del Levítico que acabamos de leer: «la vida (el alma) de la carne y sangre os la he dado para que sirva de expiación por vuestras vidas». De este modo, por la muerte de las víctimas, su sangre se ofrecía una vez a Dios, y en lugar de su propia vida, el hombre culpable ofrendaba al Señor esta vida de la víctima puesta en su lugar; ofrenda que se hacía más explícita aún por el segundo acto del sacrificio, que consistía en esparcir sobre el altar la sangre del sacrificio, significando por este simbolismo expresivo que la vida se entregaba a Dios. El hombre no tendrá el derecho de tocarla. Aun prescindiendo de las víctimas, se ha de abstener siempre de comer la sangre, porque la vida pertenece al Señor; el hombre, que la respete, y a lo más, podrá, como en el caso del sacrificio de la alianza, hacer una aspersion sobre el pueblo para consagrarle con este contacto y acercarle a Dios.

Al instituir la Eucaristía, Jesús establece leyes del todo diferentes. Sin duda que se hallan aquí muchos detalles que recuerdan los sacrificios del Antiguo Testamento. Igual

que el sacrificio de la expiación abría al sumo sacerdote el santo de los santos, así la sangre de Cristo le abre el acceso al cielo. Hebr. , IX, 12: «Cristo entró por una sola vez en el sancta sanctorum, hallando redención eterna, no con sangre de machos cabríos y de novillos, sino con su propia sangre.» Del mismo modo esta sangre derramada sobre nosotros nos purifica y nos salva: «es la sangre de la aspersion, que clama más alto que la de Abel» (Ib., XII, 24); es la sangre que nos santifica (XIII, 12); que nos purifica (I, Jo., I, 7); que nos libra de nuestros pecados (Apoc., I, 5); que nos redime para Dios (V, 9); que lava las vestiduras de los mártires (VII, 14) y que les da el triunfo (XII, 11). Todos estos aspectos de la virtud redentora de la preciosa sangre de Cristo estaban más o menos claramente simbolizados por los sacrificios del Antiguo Testamento. Pero lo absolutamente nuevo aquí es la orden dada por Jesús a sus Apóstoles, y en ellos a todos los cristianos, de beber su sangre; y es que su sangre, como su carne, la ha tomado sólo por nosotros, y desde el día de la Encarnación nos pertenece; se ha ofrecido al Padre como nuestra redención, pero a la vez se nos da como principio de nuestra vida. Porque esto es lo que encontramos en la preciosa sangre: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna» (Jo., VI, 54); y como en la ley antigua la sangre de las víctimas y de todos los animales estaba prohibido por Dios a los judíos, «porque en la sangre está la vida», por la misma razón ahora se nos da la sangre de Cristo. La vida precaria y animal, prohibía Dios tocarla a los hombres; pero la vida eterna y divina que se encuentra en la sangre de Cristo, nos la ofrece Dios; más aún, nos la manda beber.

Pero no hemos agotado todavía la significación de este gran misterio tal como le figuraba el Antiguo Testamento y le comprendieron los primeros cristianos. Los judíos, entre los sacrificios de animales, conocían los sacrificios expiatorios por el pecado; pero tenían además los pacíficos o de acción de gracias: en estas víctimas, una parte, la grasa, se quemaba; otra parte, la pechuga y el ala derecha, se entregaba al sacerdote, y el resto se dejaba para el que hacía la ofrenda (Lev., VII, 29; XIX, 5; Deut., XII 6). Dios devolvía de este modo a su adorador una parte de lo que había recibido, y como dice Filón (De vict., 8, 221), le invitaba a su mesa. Todos los paganos conocían también estos convites sagrados, y San Pablo tuvo que prohibírseles a sus fieles, y con esta ocasión les recuerda el banquete eucarístico, la comida sagrada de los cristianos. (I Cor., X, 14-21):

Por lo cual, amados míos, huid de la idolatría. Os hablo como a prudentes: sed vosotros jueces de lo que digo: El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo?, y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Y pues que es uno solo el pan, un solo cuerpo somos muchos, porque participamos de un solo pan. Mirad al Israel según la carne: los que comen de las víctimas, ¿no participan del altar? ¿Qué digo? ¿Es el ídolo algo, o lo inmolado? No, sino que lo que las gentes inmolan, a los demonios se lo inmolan, y no a Dios; y yo no quiero que os hagáis compañeros de los demonios. No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios.

Podían objetar los corintios que un ídolo no es nada. Sin duda, replica el Apóstol, pero este festín religioso es algo: es verdaderamente la participación en el sacrificio idolátrico ofrecido al demonio, lo mismo que los banquetes religiosos de los judíos les ponían en comunicación con el altar y les unían con Dios. Para retraerlos de esta participación idolátrica, San Pablo recuerda a sus cristianos cómo ellos participan de la

mesa del Señor, esclareciendo así aún otro aspecto del misterio eucarístico. Bossuet lo expone de este modo: «Estas palabras del Señor: «Tomad y comed, éste es mi cuerpo, entregado por vosotros», nos hacen ver que, así como los antiguos judíos no sólo se unían en espíritu a la inmolación de las víctimas que se inmolaban por ellos, sino que, efectivamente, comían la carne sacrificada, señal de la parte que tenían en esta oblación, del mismo modo Jesucristo, habiéndose hecho nuestra víctima, quiso que comiésemos de verdad la carne de este sacrificio, para que la comunicación actual de esta carne adorable fuese un testimonio perpetuo para cada uno de nosotros en particular, de que por nosotros la tomó y por nosotros la inmoló».

Réstanos, por fin, señalar un rasgo último en esta Cena del Señor que no es el menos importante: «Haced esto en memoria mía.»

Estas palabras conservadas por San Pablo (consagración del cuerpo y de la sangre) y por San Lucas (consagración del cuerpo), determinan claramente la intención de Jesús: no es sólo una señal que quiere dar a sus discípulos, sino una institución que establece con esta frase: lo que El realiza entonces, han de hacerlo ellos después en memoria de Él. Este punto capital estuvo durante mucho tiempo fuera de toda controversia, pero desde fines del siglo último las negaciones se han multiplicado. Frankland escribía en 1902 sobre el particular: «En los últimos diez años, un vago escepticismo ha amenazado oscurecer lo que por dieciocho siglos se había tenido como un hecho indiscutible».

Tales negaciones no nacen de dificultades propias de la materia, sino de un sistema general de interpretación de la historia evangélica. Para aquellos que no quieren ver en Jesús más que un promotor ciego de un movimiento mesiánico, una institución como la Eucaristía es algo sin sentido. Ella supone no sólo un sacerdocio, sino una Iglesia, y antes que nada, una larga duración y perpetuidad que, para los críticos de que hablamos, sería la misma negación de sus sueños. Jesús, dicen, esperaba con una confianza ingenua la gran catástrofe que debía echar todo por tierra, y no podía pensar en instituir ritos o sacramentos para tiempos que no caían bajo su previsión.

Esta construcción se derrumba con las palabras de San Pablo, pues el Apóstol, a quien se pretende hacer el creador de esta institución, se la atribuye expresamente a la tradición que él mismo ha recibido: su fuente es el Señor, y el sentido íntimo de los hechos y su alcance misterioso se lo ha revelado el Señor; estos mismos episodios poseelos también la primitiva tradición, como se ve comparando su relato de la Cena con el de los sinópticos, y todos proceden, es evidente, del mismo manantial que con fidelidad reproducen.

Ocurre con esta tradición lo que con aquella que Pablo recuerda un poco más abajo, en la misma carta, a propósito de la muerte y de la resurrección de Cristo: allí también hay un conjunto de hechos que el Apóstol recibió y que los transmite, y más de una enseñanza

religiosa que interpreta estos sucesos a la luz de la divina revelación: «Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; fué sepultado y resucitado al tercer día, conforme a las Escrituras.» Y si se inquiere de dónde ha sacado Pablo esta tradición, hay que acercarse a la Iglesia de Jerusalén, a la que se dirigió el convertido de Damasco menos de diez años después de la Pasión de Cristo, hacia el 38 ó 39. Un teólogo protestante, Cremer, observa a este propósito: «Esta aproximación da al testimonio del Apóstol un peso tal, que ha de decirse que ningún hecho se puede establecer con tanta certeza como el de la institución de la Cena por Cristo, para la comunidad por El fundada». Por lo demás, este testimonio de San Pablo llega confirmado por el uso primitivo de la Iglesia de Jerusalén: desde sus orígenes vemos en ella la celebración de la Cena (Act., II, 42, 46:), y nuestros mismos adversarios reconocen que allí es donde San Pablo recibió el rito que estableció en Corinto.

Todavía podemos, sin embargo, subir más arriba: estas palabras de Cristo conocémoslas por los testigos que nos las han contado: «Haced esto en memoria mía.»

Este mandato, objetan, sólo se lee en San Lucas y en San Pablo, y falta en San Marcos y San Mateo. Tal silencio no es para sorprendernos: todos los lectores de los sinópticos están hechos a estas omisiones accidentales, que se advierten en uno o en dos, y que el otro suple; y nosotros añadiremos con Batiffol (p. 59): «No podemos menos de señalar cuánto hay de arbitrario en este procedimiento por el que se hace callar a los testigos que afirman para hacer oír a los que nada dicen.» Pero podemos ir más allá: este imperativo, que Mateo y Marcos no expresan terminantemente, está acusado por todo el conjunto del banquete pascual como ellos le describen: «El hecho terminante, que zanja la cuestión (de la institución) en el sentido afirmativo, no es tanto la fórmula de Pablo o de Lucas, cuanto la actitud general de Jesús, que quiso evidentemente mantener la Pascua, pero renovando su sentido. La institución del rito cristiano estaba encerrada en la celebración de la comida pascual. La repetición de un orden preciso no era necesaria, porque semejante orden surgía del acto mismo de la celebración del rito».

Nos hemos detenido un poco en esta discusión, porque la importancia de la materia lo exigía, y hay en ella, efectivamente, un punto esencial de la religión, a la vez que otro también sustantivo en la historia de Cristo.

Admitamos un instante por suposición la teoría de nuestros adversarios: ¿qué queda de la última Cena? Una comida enternecedora, pero que provoca más a lástima que a admiración: en su última hora Jesús estaría aún tan fascinado por sus esperanzas quiméricas, que en este momento en el que ya la sombra de la cruz se extiende sobre El y no ve más que una apoteosis luminosa; bien pronto la desilusión le aplasta brutalmente, pero sus discípulos se levantan, no se sabe por qué influencia, y transforman sus sueños en institución fecunda. Apartémonos de estas glosas y volvamos a los Evangelios. ¿Qué hallamos allí? La inminencia de la última hora, pero prevista, aceptada y querida; y más lejos de este horizonte ensangrentado, la inmensa perspectiva de la Iglesia: la muerte a la que Jesús camina no es la retractación de sus ilusiones, sino la consagración de su voluntad



redentora: ha venido para salvar al mundo, y le salvará por la cruz que sus enemigos le preparan. Pero esto es demasiado poco; este sacrificio único que suple todas las otras ofrendas desde ahora suprimidas, deberá renovarse sin cesar hasta el fin de los tiempos, y sin cesar también vendrán sus fieles a participar de él recibiendo realmente la víctima que en él se inmola y que les vivifica. De este modo esta institución de la Cena nos deja penetrar en lo más íntimo de la vida de Cristo. Dentro de algunas horas, cuando el poder de las tinieblas se haya apoderado de Él, le arrastrará violentamente delante de sus jueces, delante de sus verdugos y hasta el Calvario, pero esta violencia habrá sido desde un principio aceptada y querida por El: «nadie me quita la vida, la doy yo», y esta libre voluntad aparece aquí en la Cena: «éste es mi cuerpo, entregado por vosotros: ésta es mi sangre, derramada por vosotros». Tal oblación, que tan cara va a costarle, no la olvidará su Iglesia: ella se lo recordará por este memorial que no es un símbolo ni una imagen, sino una representación viva y real, y hasta el fin de los tiempos, todos los cristianos podrán asistir a este sacrificio que les salva, y tomar parte en él, mejor aún que lo hubiesen hecho en el Calvario, ya que comunican realmente en este sacrificio recibiendo la víctima inmolada por ellos.

Esta institución de la Eucaristía ilumina aún otro aspecto del Evangelio. En muchas ocasiones promete Jesús a sus Apóstoles su permanencia entre ellos: «Dondequiera que están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos» (Mt., XVIII, 20). «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (XXVIII, 20) En San Juan, sobre todo en el discurso de la Cena, estas promesas se repiten con mayor frecuencia: «No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros; un poco de tiempo aún, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis, porque yo vivo, y vosotros habéis de vivir también» (XIV, 18...), y tantos otros que leeremos en seguida. Sin duda que todos estos textos no se refieren a la Eucaristía, y unos pueden significar tan sólo una asistencia moral, y otros la venida del Espíritu Santo; pero si se les considera en conjunto, implican una presencia permanente y efectiva de Jesús entre los suyos que por la Eucaristía se cumplió con la mayor plenitud. Si consideramos la obra de Cristo la víspera de su muerte, se puede justamente decir que queda sólo bosquejada y que sus revelaciones son imperfectas: «Tengo muchas cosas que deciros, pero no las podéis entender aún: el pueblo judío apenas si ha empezado a moverse, y el resto del mundo ni siquiera ha recibido el impulso.» Ante esta labor inmensa, ¿Jesús va a dejar a su Iglesia? Sin duda que la enviará su Espíritu, pero quiere además permanecer por sí mismo en ella para conducirla, vivificada y fecundarla Y verdaderamente que podrá decir: «Es conveniente que yo me vaya», no sólo porque después de su partida ha de enviar al Espíritu Santo, sino también porque su permanencia con ellos por la Eucaristía les será más bienhechora y más íntima que lo había sido su estancia en la tierra.

Y ahora, al final de este banquete eucarístico, se comprende mejor la frase de Cristo: «Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de sufrir»; no era sólo el deseo de participar una vez más con los doce del convite sagrado; era, sobre todo, el ansia de darles en esta comida, a ellos y a todos sus discípulos para siempre, esta señal suprema de amor. Y se comprende también cómo Jesús quiso unir al gran recuerdo de la Pascua la institución de este misterio: El es el Cordero de Dios, como le proclamara ya en

el Jordán el Bautista, que borra con su sangre los pecados del mundo, y quiso que su muerte sobre la cruz tuviese lugar en el día y a la hora en que los judíos inmolaban el cordero pascual, para que todos comprendiesen que el auténtico cordero pascual era Cristo: *Pase ha nostrum immolatus est Christis*. Pero este sacrificio único de la cruz había de estar representado hasta el fin de los tiempos por el sacrificio eucarístico, en el que todos los cristianos debían comunicar. Este nuevo banquete y esta Cena de los cristianos se instituirá durante la cena pascual, y Cristo podrá consagrar así con su sangre la nueva alianza y establecer en su Iglesia este nuevo sacrificio, del que el cordero de la Pascua no era más que la figura, y que debía ser para ella fuente de pureza, de vida, de unidad y de unión con Dios.

«Y después de recitar el himno, salieron al monte de las Olivas» (Mc., XIV, 26).

Después de la tercera copa, se cantaba la segunda parte del *Hallel*, esto es, los salmos 115-118, y probablemente es este el himno mencionado en San Marcos y San Mateo. Repetidos en un momento semejante, después de la institución de la Eucaristía y al ir a la Pasión, estos salmos logran un significado nuevo y desgarrador.

(CXV, 1...): No a nosotros, Yavé, no a nosotros, más a tu nombre sea la gloria. Por tu bondad, por tu felicidad. ¿Por qué han de decir las naciones: dónde está su Dios? Nuestro Dios está en el cielo, y hace cuanto quiere. Sus ídolos son de oro y plata, obra de sus manos, de manos de hombres...

(CXVI,...1...): Amo a Yavé porque escucha mi voz y mis súplicas. Inclinó su oído hacia mí, y yo le invocaré toda mi vida. Los lazos de la muerte me rodearon, y las angustias de la tumba se aprisionaron; fui presa de la tribulación y del dolor; pero invocaba el nombre de Yavé: ¡oh, Yavé, salva mi alma!... Debe ser preciosa a los ojos de Yavé la muerte de los que le aman: porque yo soy tu servidor, tu servidor e hijo de tu esclava. Tú rompiste mis ataduras, y yo te ofreceré un sacrificio de alabanza. E invocaré el nombre de Yavé; yo cumpliré mis promesas para con Yavé en presencia de todo el pueblo, en los atrios de la casa de Yavé en medio de ti, Jerusalén. ¡Benedicid a Yavé!

En este momento preciso, según San Marcos y San Mateo predijo Jesús a los Apóstoles su fuga y su dispersión, aunque San Lucas y San Juan colocan la profecía un poco antes, en el mismo Cenáculo; mas esta ligera diferencia es insignificante, y lo que importa acentuar es una predicción tan dolorosa, después de la Cena, en el camino de Getsemaní. Como le gusta hacerlo, Jesús alude a la palabra de un profeta (Zacchar., XIII, 7): «Espada, levántate sobre mi pastor y sobre el hombre que es mi compañero -dice Yavé de los ejércitos-. ¡Hiere al pastor, y que las ovejas se dispersen!»

El pastor a quien directamente se aplica el oráculo parece ser el rey Sedecías: iba a ser herido por los asirios, y el pueblo entero, su rebaño, quedaría desperdigado por el golpe. Jesús se aplica la sentencia, pues mejor que Sedecías, El es el pastor verdadero de todos los que se reúnen a su lado, a los que hallará errantes como ovejas sin mayoral; de allí a unas horas, el buen Pastor quedará herido, y toda la manada en desorden.

Pedro no puede sufrir esta predicción y protesta: «¡Aunque todos yo no!» Tomándola a la letra, esta frase del Apóstol merece buena censura por la presunción que significa, por el mentís que carga sobre Jesús y por la seguridad exclusiva con que se prefiere a todos los restantes; será menos severa, con todo, si se atiende al temperamento impulsivo de Pedro y a su ardiente amor por el Maestro. No siente su flaqueza y sólo escucha su afecto apasionado; su sinrazón está en hacer pie en tales impulsos y en entregarse a ellos todo entero, en vez de someterse humildemente a la advertencia que recibe. También Jesús insiste: «No habrá cantado el gallo dos veces sin que tú me hayas negado tres.» Ni es esto solo; tiene además cuidado de predecirle el resurgimiento a la vez que la caída. Por lo mismo, preocupase de anunciar a sus Apóstoles la dispersión y predecirles una vez todavía su gloriosa resurrección: «Después que resucite, yo os precederé en Galilea.»

Es otra vez la misma pedagogía divina, tantas veces observada: las más terribles predicciones acaban siempre en una perspectiva de gloria; unas horas más y será la dispersión, la huída y la muerte, pero luego, pronto, la Resurrección y el volverse a juntar otra vez en Galilea.

Es necesario anotar la forma particular que revisten estas advertencias y estas profecías en San Lucas: «Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo, pero yo he rogado por ti para que no falte tu fe.» Se entrevé ese mundo celeste donde Jesús vive a la vez que pasa por la tierra; nosotros no percibimos aquí abajo más que las luchas y los humanos sufrimientos, mas allá arriba hay un mundo de amigos y enemigos; unos que nos defienden y otros que nos persiguen. Es aquel mundo que Jesús nos revelaba al hablar de los pequeñuelos, cuando decía: «Sus ángeles en el cielo contemplan sin cesar el rostro de mi Padre que está en el cielo» (Mt., XVIII, 10), y que se siente también en esta exclamación: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc., X, 18). Allí arriba, igual que en la tierra, reina soberanamente, Puede, si lo desea, llamar a doce legiones de ángeles (Mt., XXVI, 53), y su Padre se las enviaría; puede aherrojar también a Satanás, pero consiente en entregársele El mismo, aunque no en abandonarle los suyos. En seguida en el huerto dirá a los soldados venidos para prenderle : «Si me buscáis a mí, dejad a éstos» ; y los Apóstoles, en efecto, marcharán libres, y como contiene a los agentes de los judíos, así sujeta también a los demonios: Satanás hubiera querido perder a los once como perdió a Judas; pero Jesús ha rogado por ellos, sobre todo por Pedro, y se convertirá: desde entonces, todo lo que en El había de inconstante, y por decirlo así de fluido, adquirirá la firmeza de una roca, y la Iglesia entera se apoyará en El. «Después de convertido confirma a tus hermanos.» Esta frase es un eco de aquella otra de Cesarea de Filipo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

#### **IV.-EL DISCURSO DE DESPUÉS DE LA CENA**

El largo sermón que comenzamos a leer es propio de San Juan, y tiene en su evangelio un puesto parecido al de la montaña en San Mateo. Pero entre estos dos discursos, la diferencia de acento y de alcance es grande: el sermón del monte se pronunció al principio del ministerio de Cristo y delante de una concurrencia numerosa, y éste de después de la Cena encierra las últimas enseñanzas de Cristo confiadas al grupo de sus Apóstoles. Por eso tiene un acento más íntimo, de que el primero carece, y descubre los misterios que en éste no se revelaron. Al comenzar el comentario de este sermón decía San Agustín a sus oyentes: Ruego a vuestra caridad, queridos míos, que estéis atentos a este discurso que el Señor dirigió a sus Apóstoles antes de su pasión, porque es profundo; el que lo interpreta ha de hacer un gran esfuerzo y quien lo escucha no debe mostrarse negligente.» Este discurso comienza por un grito de triunfo: «Ahora el Hijo del Hombre ha sido glorificado, y Dios ha quedado glorificado en él» (XIII, 31).

¿Qué glorificación es ésta, saludada así por Jesús? Es, ante todo, la gloria de no verse ya más que entre almas puras: «Vosotros estáis limpios, pero no todos», exclamaba hace unos instantes; ahora salió Judas y quedan sólo los fieles con El en el Cenáculo. San Agustín oye aquí como un preludio de lo que sucederá el postrer día: los cabritos lejos del Hijo del Hombre, las ovejas solas, junto a Él, en la gloria de su Padre. Pero esto no es más que una significación accesoría, y lo esencial de esta gloria es el sacrificio de Cristo. En el evangelio de San Juan, la Pasión del Señor está habitualmente representada como su glorificación, que es glorificación a la vez del Padre. Esta muerte, en efecto, es la más grande señal de amor y de adoración; es el supremo homenaje tributado a Dios; nada tan glorioso además, ni para Dios ni para el mártir mismo. Y desde ahora comienza ya la Pasión: el traidor salió para tender su emboscada y el Hijo del Hombre queda vencido; ya está, pues, glorificado. Pero en seguida su pensamiento se vuelve a los que va a dejar, y su afecto por ellos se expansiona en conmovedoras efusiones:

Hijuelos míos, ya sólo estaré un poco con vosotros; me buscaréis, como dije a los judíos: donde yo voy, no podéis venir vosotros, os lo digo así ahora. Un nuevo mandamiento os doy: amaos los unos a los otros; como yo os he amado, amaos así unos a otros. Por esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros (33-35).

Nunca el acento de Cristo fué tan tierno.

La primera palabra es un adiós: la separación es inminente, y los Apóstoles no la comprenden todavía, y perseguidos por la impaciencia de sus sueños están lejos de prever que han de pasarse aún largos años de trabajo oscuro y peligroso sin tener cerca a Cristo: «Vosotros me buscaréis.» Predicción emocionante que el porvenir iba a realizar con tanta fuerza: estar cerca de Cristo era todo el deseo de los Apóstoles durante su vida en el mundo. Las cartas de San Pablo están llenas de semejantes ansias, y el Apocalipsis de San Juan se cierra con este grito: «¡Ven, Señor, Jesús!»

Cristo no se detiene con esta idea, y antes de dejar a los suyos les significa sus postreras voluntades. El se ha entregado completamente por ellos, y dentro de unas horas

será la muerte sangrienta. Sólo les pide una cosa: el amor fraternal entre ellos. «Este es mi mandamiento nuevo», «este es mi mandato» (XV, 12). Sin duda que no era del todo nuevo, habiéndoselo hecho tantas veces a los discípulos en el sermón del monte y en las parábolas; pero lo que le imprimirá una fuerza nueva era el ejemplo de Cristo: «Como yo os he amado.» Le habían oído después de lavarles los pies: «Yo os he dado ejemplo para que obréis como yo he obrado», y era una lección de humildad y de respetos mutuos la que les daba entonces. Ahora les predica la caridad recíproca, y se la predica con su ejemplo. Es un paso nuevo en la enseñanza evangélica, y un paso decisivo: la imitación de Jesucristo será de aquí en adelante una de las grandes fuerzas morales del cristiano: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo», dirá San Pablo a sus fieles, y esta noche se propone a los discípulos esta regla tan perfecta y este motivo tan apremiante. Y ante todo, este esfuerzo de imitación debía extenderse a la fraterna caridad. Por este rasgo deberán reproducir en sí el parecido con Cristo; que recuerden, pues, los Apóstoles lo que han visto, y mejor aún lo que han experimentado ellos mismos del amor de Cristo, y que lo reproduzcan. Esta llamada es particularmente conmovedora, por hacerla el Señor en un instante tal, después de la Cena, al ir a la muerte: este sacrificio absoluto de sí mismo, que no se satisface con darse una vez, sino que quiere perpetuarse y entregarse sin cesar, es el modelo cuya perfección nos sobrepasa siempre infinitamente, pero en nuestra regla también y más acá nadie tiene derecho a detenerse. En esta noche se fundó la familia cristiana, y en ella todos los cristianos tornáronse hermanos de Cristo. Pronto, después de Pentecostés, se podrá decir de los cristianos de Jerusalén: «Eran un corazón y un alma», y, a pesar de las miserias inherentes a toda agrupación de hombres, este rasgo quedará, según voluntad de Cristo agonizante, como la nota distintiva de sus discípulos: «Se aman aun antes de conocerse», escribirá de los cristianos Minucio Félix; y el satírico Luciano: «Su maestro les ha hecho creer que son todos hermanos.»

Esta idea, sin embargo, no logra arrancar la atención de Pedro de las primeras palabras de Cristo y del anuncio de su partida: «¿Adónde vas, Señor?». Pedro sólo piensa una cosa: seguir a Jesús y ni siquiera le ha oído lo que acaba de decir sobre la caridad; es todo para el otro pensamiento: el Maestro les deja, ¿por qué no ha de poder seguirle? Es la misma impetuosidad que en el lago, al pedir a Jesús ir a El sobre las aguas; se inquieta porque siente como cierta desconfianza; ¡se cree tan seguro de sí! Sin prever distintamente lo porvenir, adivina la crisis que se acerca, la prisión y la muerte, y se cree preparado para todo. Ya sabemos la respuesta de Jesús, firme y triste, pero a la vez esperanzada, o mejor, segura, para más adelante: «Tú me seguirás después.»

La respuesta que acababa de dar a Pedro debió de aumentar aún la turbación de los discípulos: desde el principio de esta noche, ¡qué de predicciones tan terribles! (XIII, 21, 36, 33). Se imagina sin dificultad el silencio angustioso que se siguió a esta postrera respuesta a Pedro; por eso les reanima Jesús: «No se turbe vuestro corazón. Creed en Dios y creed en mí.» El texto griego se puede traducir, como lo hace la Vulgata: «Vosotros creéis en Dios, pues creed en mí.» Pero es susceptible de traducirse como lo hemos hecho arriba, y esta inversión es tal vez más expresiva y da mejor el movimiento de la fe, dirigiéndose del mismo vuelo al Padre y al Hijo. Y familiarmente les habla ya Jesús del cielo como de su casa paterna: «En la mansión de mi Padre hay muchas moradas, voy a

prepararos el sitio...» Podían recordar la casa de Dios en el mundo, su templo; admiraban sus edificios maravillosos, espléndidos, pero aquello no era nada al lado del cielo; allí las habitaciones son innumerables y Jesús va a preparárselas. En el desierto, «el arca de la alianza de Yavé iba a la cabeza de los israelitas haciendo una marcha de tres jornadas para disponerles el lugar de descanso» (Núm., X, 33). Jesús también se les adelantará: «Tenemos la esperanza como ánora del alma, segura y firme que entra hasta lo interior del velo, adonde Jesús penetró primero por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Hebr., VI, 19-20).

De este modo, la partida que les aterra no es más que una toma de posesión de las moradas eternas, y Jesús volver á y les llevará consigo para que estén todos reunidos. Y consolándoles así, añade con una dulce condescendencia: «Ya sabéis dónde voy, y conocéis el camino.»

Pero Tomás responde: «Señor, no sabemos dónde vas, ¿cómo hemos de conocer el camino?» Jesús le contesta: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Ninguno viene al Padre sino por mí; si me hubierais conocido, hubierais conocido también a mi Padre, y desde ahora le conocéis y le habéis visto.»

Se retrata aquí Tomás: ama a Cristo, y se le ha entregado, pero es fácilmente pesimista. Es el que exclamaba antes de la resurrección de Lázaro: «Vayamos también nosotros y muramos con él», y quien después de resucitado Jesús, no querrá creer hasta que le haya tocado con sus manos. Aquí, ante tales afirmaciones de Cristo, tan sublimes y tan alentadoras para la fe, se queda triste y abatido: «¿Cómo dices que conocemos el sendero, si no sabemos dónde vas?»

Jesús, como siempre, no se detiene por la dificultad que le oponen y continúa su camino con dulzura y paciencia, respondiendo indirectamente por nuevas declaraciones: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» Como en otros días a la vacilante afirmación de Marta («ya sé que resucitará en el último día, en la resurrección general») se satisfizo con responder: «Yo soy la resurrección y la vida»; ante estas almas creyentes, entregadas a su amor pero débiles, no se detiene en discusiones que les fatigarían aún más; preséntales, pues, las verdades fundamentales del cristianismo, y apoya sus vacilaciones sobre esta roca. Si se quieren coordinar más explícitamente estos tres términos, se puede decir manteniéndonos dentro del marco de las explicaciones que da aquí Jesús, que El es el camino, porque es la verdad y la vida. Y todo ello por un título único, trascendental; no hay más camino para ir al Padre, porque Jesús es toda vida y toda verdad.

E inmediatamente Cristo conduce a sus Apóstoles al término adonde deben tender: el Padre. Le aman y le desean: toda la enseñanza del Hijo de Dios, ¿acaso no se dirige a este fin? No le conocen aún, porque no conocen tampoco al mismo Jesús. Y sin embargo, responde Jesús: «Y desde ahora le conocéis y le habéis visto.» Es que a pesar de lo

imperfecto de su fe, creen en El, reconocen en Jesús al Hijo de Dios, y, por consiguiente, comienzan a conocer ya al Padre. Pero no es más que un principio que no satisface sus deseos:

Díjole Felipe: Señor, muéstranos al Padre, y esto nos basta. Dijo Jesús: ¿Tanto tiempo como llevo con vosotros y no me habéis conocido aún? Felipe, quien me ve a mí, ha visto al Padre; ¿cómo puedes decir: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? Las palabras que os he dicho, no las he dicho de mí mismo, y el Padre, que en mí permanece, hace sus obras. Creed en mí cuando os digo que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí; o si no, creed a mis obras (XIV, 8-11).

Esta nueva interrupción acentúa el carácter tan familiar de los coloquios de Cristo con sus Apóstoles: ninguna enseñanza más sublime que la que se dió en esta noche, ninguna circunstancia más solemne, y, sin embargo, el diálogo sigue siendo lo de siempre: la conversación de un Padre con sus hijos. A la vez, Felipe nos permite conocer sus disposiciones y las de los demás Apóstoles: está aún muy ciego para las verdades sobrenaturales, pero al menos las desea, o mejor, son su único deseo: «Muéstranos al Padre, y nos basta.» Se acordaba, sin duda, de la Teofanía del Sinaí y de las promesas de los profetas. Hablando de los tiempos mesiánicos, dijera Isaías (XL, 5): «Entonces se revelará la gloria de Yavé, y en el mismo instante le verá toda carne.» ¿No ha llegado la hora del cumplimiento de esta promesa? Y los Apóstoles, ¿no pueden ya tal vez repetir la frase del salmista: «Quedaré satisfecho cuando se me muestre vuestra gloria»?

Todo esto era natural en los judíos, y desgraciadamente los Apóstoles permanecían muy judíos aún.

Jesús le asegura con una tristeza enternecida: «Tanto tiempo como llevo con vosotros, y ¿no me conoces todavía, Felipe? Quien me ve, ve al Padre; ¿cómo puedes decir: Muéstranos al Padre?» Muchas veces hemos sentido en Jesús esta dolorosa admiración ante la falta de inteligencia de sus discípulos y de las turbas, pero nunca le conmovió tan vivamente ninguna incompreensión; esta unidad del Padre y del Hijo es la esencia y el ser mismo de Jesús; su vida humana está colgada de ella, su doctrina irradia de esta luz, y sus discípulos, que después de tanto tiempo le aman, le oyen y le contemplan, ¿no han penetrado todavía este misterio! «Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de corazón tardo?»

Una vez más vuelve Jesús pacientemente a su enseñanza familiar: «¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo no las hablo de mí mismo, y el Padre que en mí mora hace las obras.» Esta penetración recíproca del Padre y del Hijo aparece en las palabras de Cristo y en sus obras; El está en el Padre, y todo lo que dice es doctrina del Padre, que El transmite; el Padre está en El; todo lo que hace, lo ejecuta el Padre. Y esta afirmación viene sostenida por la prueba que siempre dió: «Si no me creéis a mí, creed a mis obras.»

Después de asegurar y alumbrar así la fe de los Apóstoles, vuelve a la materia de su conversación: su vuelta al Padre:

En verdad, en verdad os digo que quien crea en mí hará también las obras que yo ejecuto, y mayores aún, porque me voy al Padre, y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís cualquier cosa en mi nombre, os la concederá (12-14).

Jesús termina de hablar de sus obras, prueba de la presencia del Padre en El; pero ¿desaparecerá todo con su partida? No; Cristo seguirá haciendo aún las obras propias suyas, obras del Padre, porque hará que el Padre sea glorificado en El, y las hará mayores todavía que las ejecutadas hasta aquí. Se ha entendido muchas veces que se habla de milagros más esplendentes o más numerosos, y es un hecho discutible. ¿Puede haber milagro más admirable que la resurrección de Lázaro? Y cuanto al número, es menester recordar que «si se quisieran contar todas las obras de Cristo no cabrían en el mundo los libros que se escribiesen» (Jn., XXI, 25); parece, pues, más verdadero reconocer aquí el don del Espíritu Santo, los carismas y las gracias espirituales de toda clase, que Cristo no ha podido conceder durante su vida, y que repartirá con tan gran profusión después que esté junto al Padre.

Esta es la fuente más alta de la glorificación de Dios; la gran revelación y la gran promesa del Hijo en estos últimos días:

Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros eternamente el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque permanece con vosotros y estará con vosotros (15-17).

Por vez primera, Cristo habla aquí claramente del Espíritu Santo.

En muchas ocasiones, Jesús había hecho esperar este don de Dios, pero no era más que una promesa velada y para lejos; así, por ejemplo, a Nicodemo, III, 5-6: «En verdad, en verdad te digo, quien no nace de agua y de espíritu no puede entrar en el reino de Dios.» Más explícitamente, en la fiesta de los Tabernáculos (VII, 37-38): «Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba; quien en mí cree -como lo dice la Escritura-, manarán ríos de agua viva de su seno», y el evangelista añade: «Y esto lo dijo por el Espíritu Santo que habían de recibir los que creyesen en El, porque aún no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado.» Este término fijado entonces, la glorificación de Jesús, ahora está ya próximo y el Espíritu va a llegar, pero sólo puede venir a los suyos. Por esto dice Jesús desde un principio: «Si me amáis, guardad mis mandamientos»; y a continuación: «El Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir.» Es menester, pues, una preparación, que los Apóstoles la han recibido del mismo Cristo: conocen al Espíritu, y «mora en ellos» y en seguida «estará con ellos»; ya les asiste y pronto les santificará como a su templo, tomándoles como a instrumentos suyos.



Esta venida del otro Paráclito, ¿privará tal vez a los discípulos de Jesús de la presencia de su Maestro? Al contrario, se 1-a va a asegurar. Cuando el Hijo del Hombre se hizo carne, Jesús fué concebido en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo, y si ha de nacer y desarrollarse en los fieles, el Espíritu Santo será también quien obre ~este nuevo nacimiento.

No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros. Un poco de tiempo aún, y el mundo no me verá más, pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis. En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y que vosotros estáis en mí, y yo en vosotros. Quien conserva mis preceptos y los cumple; éste me ama, y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él (18,21).

«En aquel día» : está aquí predicha Pentecostés con toda la economía nueva que inaugura; entonces los fieles conocerán cómo están en Cristo y El en ellos, y tal experiencia les hará por fin comprender que el Hijo está en el Padre; sin duda que entre tales relaciones no existe identidad, sino sólo analogía: de una y otra parte hay comunicación de vida, y por consiguiente, dependencia y compenetración del uno con el otro; es la práctica fiel de la vida cristiana que se introduce lo más íntimamente en los misterios de la vida divina: «Vosotros me veréis, porque yo vivo, y vosotros viviréis.» Y a este amor que el Espíritu Santo despierta y desarrolla en el alma, Cristo responde amando y revelándose: «A quien me ame, yo le amaré y me manifestaré a él.» No se verá ya obligado a decir a sus fieles: «¿Tanto tiempo como llevo entre vosotros y no me conocéis aún?»; y podrá afirmarle, no con tristeza, sino con seguridad de ser comprendido: «Quien me ve, ve a mi Padre.»

Esta manifestación, supremo deseo de los cristianos, es la vida eterna (XVII, 3); pero ¿de dónde procede el que no se prometa más que a determinados fieles y no al mundo entero?

«Judas, no el Iscariote, le dijo: Señor, ¿qué ha sucedido para que te hayas de mostrar a nosotros y no al mundo?». Esta pregunta es un eco debilísimo de lo que repetían los hermanos del Señor antes de la fiesta de los Tabernáculos: «Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo.» Sin duda que creía Judas en Cristo, pero esperaba su manifestación universal, fulgurante e irresistible, que había ya antes soñado. Esta revelación íntima, secreta y puramente espiritual, echaba por tierra todas sus concepciones anteriores, y no podía resistirse a preguntar: ¿De dónde esto? ¿Cómo se ha invertido el plan primitivo hasta este extremo? Jesús, según su costumbre, no se detiene por la objeción, y prosigue en su enseñanza:

Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amaré, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada.

Jesús sólo se manifiesta a los que le aman, esto es, a los que cumplen su palabra; así lo termina de decir, y lo repite: quien ama, será amado del Padre y del Hijo, y el Padre y el Hijo habitarán en él. Este amor e inhabilitación la ofrece Dios a todos; no se la impone a nadie, la da a los que le aman, es decir, a los que guardan sus mandamientos. Poder temible

de la voluntad humana, que puede a su placer recibir o rechazar a Dios.

Luego vuelve Jesús y remata cuanto ha advertido a sus Apóstoles sobre su separación inminente (25-31). Déjales aún muy imperfectos y desproporcionados para su misión futura, y sobre todo muy abatidos por la desgracia que presienten, y no obstante, les quiere tranquilos y aun alegres: «Mi paz os dejo, mi paz os doy...; no tema ni se turbe vuestro corazón.» De nuevo les reitera la promesa del Espíritu Santo. Están lejos de haber comprendido a su Maestro y las preguntas de esta noche bastarían para probarlo: muchas cosas no se las ha dicho, otras las han olvidado, muchas también las han entendido mal; pero ya vendrá el Espíritu Santo y El les enseñará todo, y les recordará cuanto Cristo les dijo. Esta acción del Espíritu Santo iban a experimentar pronto los Apóstoles, y está particularmente manifiesta en aquel mismo que refiere esta promesa.

De esta suerte, la doctrina de los Apóstoles no tendrá otra fuente que la que tuvo la del Señor, pero, bajo el influjo del Espíritu Santo, la comprenderán tan por entero, con tal plenitud y tal claridad, cual ahora ni la sospechan siquiera.

«Mi paz os doy»: la fórmula habitual de saludo entre los judíos era «La paz sea contigo»; no era más que una fórmula y a lo sumo un deseo; pero de parte de Cristo, es un don; El sólo puede dar esta confianza asegurada y esta concordia, sin la cual no existe la paz. Y otra vez disipa el temor y la tristeza de los Apóstoles como lo hiciera ya antes. Pero, a pesar de todo, siente que no pueden dominar la impresión que estas palabras les han producido: «Yo me voy.» Esa es la causa de su inquietud y de su tristeza. Con una delicadeza infinita les dice: «Si me amaseis, os alegraríais porque me voy al Padre, y el Padre es mayor que yo.» Ya es conocido el abuso que los arrianos hicieron de este texto para probar que el Hijo de Dios no tenía más que una divinidad a medias, inferior a la del Padre. La respuesta se halla en el mismo texto: Jesús es menor que el Padre sin duda, pero es en virtud de esta humanidad que va a morir y a subir al cielo al lado del Padre; de ella se habla únicamente aquí, no de la divinidad, sobre la cual no hay caso tratándose de separación, de ida o de vuelta.

Por lo demás, en este mismo discurso la divinidad perfecta del Hijo de Dios es bastante manifiesta; hablando de su padre y de sí mismo dice: «Vendremos a él (al que nos ama) y haremos en él nuestra morada.» Dios sólo puede habitar así entre nosotros, y sólo Dios puede asociar de este modo al Padre celestial con esta fórmula de igualdad perfecta: «Nosotros vendremos a él...» La misma observación sugiérela el oficio del Espíritu Santo, cuya divinidad no era dudosa para los Apóstoles, y que aquí se presenta como quien ha de reemplazar a Cristo cual otro Paráclito.

No obstante, añade Jesús: «Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo.» Parece que Jesús siente ya esta proximidad que inmediatamente en la agonía se hará más violenta y agresiva. Leemos en el episodio de la tentación: «El

diablo se retiró hasta otra coyuntura» (Lc., IV, 13); ya está encima, pero en Jesús no tiene parte; todos los hombres son presa suya; el Hijo del Hombre no debe nada a Satanás, y sin embargo camina a la muerte, a la que el demonio quiere arrastrarle: Jesús mismo da la razón: «Para que el mundo entienda que amo a mi Padre, y según me lo mandó, así lo cumplo, levantaos y vamos de aquí.» Allá en Cafarnaún, en el momento de hacer los primeros milagros, decía el Señor: «Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder sobre la tierra para perdonar los pecados...» (M t., IX, 6). Hoy la revelación que acaba de hacernos es mucho más íntima, y para su Padre y para El mucho más gloriosa, con la garantía de su sangre. La glorificación del Padre y del Hijo no es la actividad milagrosa que han admirado las multitudes galileas, sino la Pasión aceptada de todo corazón por obedecer al Padre y por salvarnos.

## **V.-LA VID VERDADERA**

(XV, 1-2): Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador; todo sarmiento que está en mí y no lleva fruto será arrancado, y todo sarmiento que produce fruto, se le limpiará para que dé más fruto.

Muchas veces, a ejemplo de los profetas, había ya Jesús adoptado el ejemplo de la viña y del viñador para dar a comprender a los discípulos sus relaciones con Dios y consigo mismo, y hoy vuelve a tomar el ejemplo para sacar de él una lección nueva. Hasta entonces los israelitas habían visto en la viña una plantación de Dios, colmada por El de cuidados, y a quien sin embargo rehusó los frutos que de ella esperaba; ahora Cristo enseña a sus Apóstoles que si esta viña ha de llevar su fruto, debe estar unida a Él, y que a este precio será fecunda y cargada de racimos; de otro modo no será más que un sarmiento bueno para el fuego.

Y la lección dada por esta parábola queda subrayada por las interesantes exhortaciones de Cristo: «Permaneced en mí y yo en vosotros; permaneced en mi amor.»

Si los sarmientos caen es porque se desgajan, no es la cepa la que les arroja; por eso dice Jesús: «Permaneced en mí, y yo en vosotros.» De ellos depende el que Cristo viva en ellos. Y la imagen utilizada por Jesús sugiere aún otra lección: la cepa no puede vivir sin sostener a los sarmientos y sólo por ellos es fecunda y productiva; sin duda que los racimos crecen con la savia que recorre la cepa, pero en los sarmientos brotarán y madurarán. Esta imagen nos dejó entender el papel de la humanidad de Cristo: para los hombres únicamente la tomó y por ellos y en ellos producirá sus frutos. Sin duda que ningún hombre en particular es necesario, y no hay sarmiento que no pueda cortarse y arrojarse al fuego; pero estos tallos así cortados serán sustituidos por otros, pues la savia de Cristo no puede permanecer estéril. Esta verdad la expresará San Pablo bajo otra figura. Cristo es la Cabeza y nosotros los miembros, y así también puede decirse que la cabeza no se concibe sin miembros. Si algunos son indignos y tienen que quedar arrancados del cuerpo de Cristo y de la Iglesia, otros ocuparán su sitio, y en todo caso la Iglesia llegará siempre a su pleno

desarrollo aquí y en el cielo. Lo mismo sucederá con la verdadera vid mística: su savia es inagotable y arrojará sin cesar renuevos que cubrirán la tierra; dichosos los que a ella permanecen unidos.

Jesús había ya dejado entender estos misterios en otras parábolas: había descrito a los invitados indignos del reino de los cielos, echados de la sala del festín, para arrojarles al fuego o a las tinieblas exteriores. Tal advertencia es en este sitio más apremiante y más conmovedora, ya que esta unidad que no debe romperse es Cristo; de los que se les separan no se puede decir que se les arrojó de la sala del convite, sino que están cortados del cuerpo de Cristo: separación mortal para ellos y dolorosa para su cabeza. Los demás viven, como el mismo Cristo y de su vida, y sus oraciones se escuchan como las de Cristo.

Y Jesús explica más detenidamente lo que es permanecer en El: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor.» Más arriba había dicho: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (XIV, 15), y en seguida volverá a repetirlo. Este evangelista del amor no se enreda jamás en las mallas de una contemplación inerte, y en un discurso de adiós como el actual, larga efusión de ternura, las llamadas a la obediencia son más urgentes que lo fueron hasta hoy. Por lo demás, Jesús no hace otra cosa que aplicar a sus discípulos la ley que El mismo recibió y que cumple; y esta palabra adquiere una fuerza extraordinaria pronunciada en semejante momento y a continuación de aquel decidido arranque: «Para que el mundo conozca que amo a mi Padre, y que como me lo mandó así lo ejecuto, levantaos.» Y en todo ello no hay violencia, sino un aliento grande y un gozo no menor:

(11-13): Esto os he dicho para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido; este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Ninguno tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hicieréis lo que os mando.

En estos pocos versículos, Cristo promulga de nuevo su precepto, y nuevamente propone su ejemplo como regla que ha de ser en este punto de sus discípulos. Y su ejemplo es amor hasta la muerte.

Esta lección y este ejemplo quedaron grabados en el alma de sus Apóstoles: «Como Cristo dió la vida por nosotros, así nosotros debemos darla por nuestros hermanos» (I Jn., III, 16); «Cristo padeció por nosotros, dejándonos este ejemplo para que sigamos sus pisadas» (I Pet., II, 21); «La caridad de Cristo nos apremia... El murió por todos, para que los que viven no vivan ya más para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos y por ellos resucitó» (II Cor., V, 14-15). Ejemplo espoleador, en verdad, pero de una perfección que nadie alcanzará jamás; los mártires serán «los discípulos y los imitadores del Señor», pero de su sacrificio al de Jesús la distancia será infinita, y ninguno la sentirá tan vivamente como los propios mártires.

La mayoría de estos inimitables privilegios de amor de Cristo los pasa en silencio; hay, no obstante, uno en el que insiste: El es el que ha dado el primer paso y ha

seleccionado a sus amigos; a cuantos revela todos sus secretos, aquellos por los que muere, no le han escogido a Él; El los escogió a ellos. En más de una ocasión los Apóstoles sólo han visto en este llamamiento el sacrificio que se les exigía, y lo han considerado, sobre todo, como una señal de su generosidad y de su amor: «Mirad que hemos dejado cuanto teníamos y os hemos seguido; ¿cuál va a ser nuestro galardón?» Esta noche, por lo menos, les deja comprender Jesús que el beneficio se lo ha hecho El a ellos, y que la actitud consiguiente es el reconocimiento por una vocación gratuita, mucho más que la conciencia satisfecha y exigente por el servicio prestado. «No me elegisteis vosotros a mí, sino yo os escogí a vosotros.» Después, encomendándoles otra vez la mutua caridad, predíceles cuanto les aguarda aquí:

Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció antes. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es de él; pero porque no sois del mundo y yo os escogí del mundo, por esto os odia. Recordad la palabra que os he dicho: no es el siervo mayor que su señor. Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros; si guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto lo harán con vosotros por mi nombre, porque no saben quién es el que me envió (18-21).

Jesús pone a sus Apóstoles frente por frente del destino que les espera, que es el suyo propio. Vieron, durante el curso de estos años del ministerio común, cómo se había recibido su palabra: unos la aceptaban con fe y generosidad y muchos la rechazaban con rabia; es lo que les aguarda: ganarán algunos discípulos fieles, pero chocarán con una masa fanática y cruel. Jesús se aparta un momento de estas perspectivas del futuro para considerar aún esta ceguera terrible, en la que El se ha estrellado: «Si yo hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían culpa; pero ahora no tienen excusa de su pecado» Sin duda que los judíos habían perseguido y asesinado a los profetas antes que a Cristo, como se lo recordó más de una vez; pero todos estos crímenes eran excusables todavía, de no haberse seguido este pecado contra el Hijo del Hombre, a plena luz y ante las obras únicas que jamás nadie hiciera. Por esto, San Esteban iba a echar en cara a los judíos su oposición constante al Espíritu Santo y la resistencia a Cristo, que había colmado la medida. «¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Mataron a los que anunciaban la venida del Justo, a quien vosotros entregasteis ahora y del que os hicisteis homicidas» (Act., VII, 52).

Después predice Jesús nuevamente a sus Apóstoles el destino terrible que les aguarda: excomuniones de la sinagoga y encarnizamiento fanático, hasta creer prestar un servicio a Dios persiguiéndoles, que para hombres entusiastas como lo eran los Apóstoles de su religión nacional y de su patria, tales perspectivas eran desoladoras, y perdían pie, por expresarnos así, al sentirse arrojados de la sinagoga y de Israel.

Todas estas sombrías predicciones guardábalas el Señor para esta última hora: mientras estuvo con sus discípulos, ¿a qué entristecerles con estas lejanas previsiones, tan agobiadoras para su flaqueza? Pero ahora les va a dejar y debe decirles todo, para que en el día de la prueba se acuerden y se aseguren.

Y a continuación de estos avisos, Jesús levanta el ánimo de sus discípulos: quedan

dolorosamente heridos por las profecías que escuchan callados y melancólicos; hace poco le preguntaban: «¿Dónde vas?» Ya no le preguntan, y Jesús se lo reprocha con dulzura: «Ninguno de vosotros me dice: «¿Adónde vas?» Pero porque os he hablado de esto, la tristeza ha henchido vuestros corazones. Mas yo os digo la verdad: os conviene que yo me ausente, porque si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros» (5-7). Este primer rasgo basta para señalar ya la divinidad del que es objeto de esta promesa; sólo Dios puede ser aquel cuya venida es tan preciosa que es uno dichoso comprándola al precio mismo de la ausencia de Cristo. Y El convencerá al mundo; el mundo son los enemigos de Jesús, y quedarán convencidos de pecado; los judíos no se preocupan sino de faltas legales; cueflan el cínife y engullen el camello; pero al no creer en Cristo se han cargado con un pecado mayor, cuya gravedad no sospechan. La acción del Espíritu Santo les convencerá de justicia; en este punto, el error del judaísmo es también grave: los enemigos de Cristo créense justos a sí propios, como el fariseo de la parábola, y desprecian a Jesús como a amigo de publicanos y pecadores, y la Pasión les confirmará aún más en esta locura. La ascensión de Cristo y la misión del Espíritu Santo presentarán a Cristo como triunfador del mundo y Rey de la gloria de su Padre. En fin, el Espíritu Santo convencerá al mundo de juicio: los judíos se engañan sobre el juicio, sobre el pecado y la justicia, y no quieren ver otra cosa que la consagración de sus ambiciones nacionales, y el juicio es más profundo y santo, y se ejerce en las almas mismas, según sus íntimas disposiciones; y ya el príncipe de este mundo está juzgado, ha perdido su imperio por haber puesto su mano sobre el Justo, y el Espíritu Santo, al darse en Pentecostés, va a arrebatarse sus conquistas y a deshacer su reino. Y diseñada así esta acción del Espíritu Santo en el mundo, Jesús se vuelve a sus Apóstoles y adviérteles que les queda aún mucho que aprender, aunque les promete el Espíritu que se lo enseñará todo; hábiales dicho un poco antes: «Os he llamado amigos, porque os hice saber todas las cosas que oí de mi Padre» (XV, 15), y ahora no se contradice al asegurarles que tienen aún muchísimas cosas que aprender: les ha dicho lo que podían soportar, sin poner a su confianza reserva alguna; pero tiene aún grandes misterios que no pueden entender todavía, por ejemplo, la abrogación del judaísmo y sus ritos y la admisión libre de los paganos en la Iglesia: el Espíritu Santo se lo enseñará, y El ha de conducirles en toda verdad. Cristo es el camino, El será el conductor, y lo realizará, no hablando de sí mismo, sino diciendo cuanto haya oído, y tomándolo de lo que tiene el Hijo.

Esta descripción del oficio del Espíritu Santo es la más explícita revelación que contiene sobre el particular el Nuevo Testamento, y se nos presenta igual al oficio desempeñado por el Hijo de Dios. Cristo sostiene reiteradamente que nada dice por sí mismo: «mi doctrina no es mía, es de aquel me envió», y lo mismo será el Espíritu Santo: «No hablará de sí sino lo que haya oído.» Jesús es el testigo del Padre y de los misterios celestiales: «En verdad, en verdad te digo (a Nicodemo) que hablamos de lo que sabemos y que testificamos lo que hemos visto, y vosotros no aceptáis nuestro testimonio» (III, 11), y el Espíritu Santo también dará testimonio del Hijo (XV, 26). Jesús glorificó al Padre; era su obra de aquí abajo, y pronto lo recordará en su oración postrera. El Espíritu también le glorificará (XVI, 14) En fin, el Hijo fué enviado por el Padre, y El a su vez enviará al Espíritu Santo (XV, 26; XVI, 7). De este modo, las relaciones del Espíritu Santo y del Hijo son parecidas a las del Hijo con el Padre. Esta analogía, no obstante, importa diferencias esenciales; la filiación caracteriza las relaciones del Padre y del Hijo, y ella no aparece jamás en la teología del-Espíritu. El Padre es el único principio del Hijo, pero no lo es con

relación al Espíritu Santo; el Hijo envía al Espíritu Santo, pero de parte del Padre, del cual recibe lo que ha dado al Espíritu. Toda esta doctrina se resume bien en la visión simbólica del Apocalipsis, XXII, 1: «Un río de agua viva resplandeciente como el cristal, saliendo del trono de Dios y del Cordero.»

Lo que estas revelaciones nos permiten entrever de la vida divina es lo que ella tiene de más íntimo. A través de estas palabras humanas, el Hijo de Dios y el Espíritu Santo se nos ofrecen como recibiendo todo de otro: doctrina, operaciones, vida, y haciéndolo volver todo en un movimiento irresistible de honor y de gloria, a esta fuente de donde todo procede y a donde todo retorna. Nuestra contemplación, si es fiel a las enseñanzas de Cristo, no puede hallar en el Hijo ni en el Espíritu Santo una persona que en sí propia tenga su origen y su término; eternamente ella recibe todo de otro, y eternamente tiende a ella con todo su impulso.

Así es como los coloquios de Cristo en la última-Cena-completan su doctrina anterior sobre el Padre y sobre sí propio. Desde ahora, Dios es conocido por los cristianos, no como el Dios de los filósofos, sino como el Dios viviente; los patriarcas habían creído en Él sin verle, y los profetas habían transmitido sus oráculos sin revelarle. El Hijo único que está en el seno del Padre podía sólo darnosle a conocer, y lo ha hecho, introduciendo a todos sus discípulos y hermanas nos en la intimidad de esta vida divina, que, porque era inaccesible, creíanla los hombres solitaria, y han descubierto estas efusiones de amor en las que las tres Personas se dan totalmente la una a la otra, se complacen enteramente y se estrechan mutuamente en la unidad de una sola naturaleza; y esta vida, que se les presentaba tan lejana, les invade a ellos mismos para transformarles y unificarles: «Que sean uno como nosotros somos uno, yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en la unidad.» Es la suprema plegaria de Cristo a su Padre (XVII, 20-23) y el blanco adonde se dirigirá en adelante toda la acción del Espíritu Santo en la Iglesia.

Observemos, por fin, cómo describe Cristo esta revelación que el Espíritu Santo comunicará a sus Apóstoles; su fuente será el Hijo de Dios: «El tomará de lo que hay en mí y os lo anunciará»; su fin ha de ser también la glorificación del Hijo de Dios: «El me glorificará...» De este modo, no hay nada en el Cristianismo que no proceda de Cristo y que no vuelva a Él: la primera palabra del Credo será esta profesión de fe elemental que sólo el Espíritu Santo puede inspirar: «Jesús es Señor»; su objeto siempre inagotable, las inexhaustas riquezas de Cristo, y su fin, la glorificación de Cristo: «Nada esencialmente cristiano que no sea divino, nada divino que no venga a concentrarse y a realizarse en el hecho cristiano».

Después de estas instrucciones sobre la lucha con el mundo y la revelación del Espíritu Santo, vuelve Jesús al pensamiento de la separación, y por última vez dirige sus adioses a los Apóstoles (XVI, 16-33). Adioses llenos de ternura, de emoción y de revelaciones medio veladas. Desde las primeras frases, los Apóstoles se desconciertan y se preguntan unos a otros: «Todavía un poco; ¿qué quiere decir esto?» Interrogan qué es este

intervalo corto de tiempo, y sobre todo no pueden hacerse a la idea de que Cristo se vaya antes de restablecer su reino; ¿qué marcha es ésta a su Padre? Y Jesús, como siempre, previene la pregunta, pero no les responde desde un principio directamente, sino les pone ante los ojos lo que les espera: llantos y duelos, mientras el mundo se regocija. Desde el principio de su ministerio, había predicho estos días de lágrimas que seguirían a su partida: «Tiempo vendrá en que se les quite el esposo, y entonces tendrán que ayunar» (Mc., II, 20). Ahora se les vaticina de nuevo, pero significándoles que esta angustia será fecunda y que se cambiará en gozo, como el de la mujer que da a luz un hijo.

Esta comparación era familiar a los profetas (Is., LXVI, 6; Os., XIII, 13), y Nuestro Señor también se había servido de ella para describir la angustia terrible de los postreros días (Mc., XIII, 9; Mt., XXIV, 8). A su vez, San Pablo dirá a los fieles: «Hijuelos míos, por quienes paso dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros» (Gal., IV, 19). También los oyentes del Señor conocerán estos terribles dolores, pero seguidos de grandes alegrías.

El manantial de este gozo será para ellos la vuelta de Jesús: «Os volveré a ver y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro contento». Esta alegría que Jesús les predice ha de ser plena y asegurada: ninguno se la arrebatará, y recibirán cuanto pidan, para que su gozo sea cumplido. Recuerda el vaticinio de Jeremías: «He aquí la alianza que yo entablaré con la casa de Israel después de aquellos tiempos, dice Yavé: pondré ley en sus corazones, y en su interior la escribiré y seré su Dios para ellos, y ellos serán mi pueblo, y éste no enseñará a su prójimo, ni el otro a su hermano diciéndole: ¡conoce a Yavé! Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande, dice Yavé» (XXXI, 32). Esto es lo que va a realizar Cristo cuando venga a habitar en sus Apóstoles: El será su Maestro interior, y no tendrán necesidad de preguntarle, llevando en sí mismos, como llevan, la fuente de toda ciencia; tal instrucción no será como la que Jesús les ha dado en el mundo, por figuras y parábolas, sino que les hablará clara y descubiertamente, sin intermediarios, en el fondo del corazón. San Agustín recuerda lo que San Pablo iba a decir más tarde a sus discípulos: «Esta es la sabiduría que predicamos entre los perfectos» (I Cor., II, 6); «No he podido explicarme con vosotros como con gente espiritual, sino terrena, como a niños en Cristo» (III, 1); «Hablamos de Dios, no con discursos enseñados por la sabiduría humana, sino instruyéndoos con espíritu y hablándoos un lenguaje espiritual para lo espiritual; pero el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no puede entenderlas» (II, 13). Este paralelismo es muy justo, y demuestra bien lo que aún falta a los Apóstoles para comprender directamente los misterios de Dios, y es menester añadir todavía la imperfección natural al lenguaje humano y la superioridad del Maestro interior sobre todo Doctor que se dejó oír en nuestros oídos, Cristo mismo.

Entonces también todas las súplicas quedarán despachadas, hechas como están en nombre de Cristo: «Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre.» No quiere Jesús reprenderles una falta de fe o de confianza; pretende sólo dar les a entender que más adelante, hallándose unidos con El por lazos íntimos y espirituales, encontrarán en esta unión la fuerza de su plegaria: «Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, porque el



mismo Padre os ama»; pensamiento de una delicadeza infinita, una de las más enternecedoras de este discurso. Jesús introduce a sus amigos en esta intimidad de la vida divina, y les introduce verdaderamente como a hijos; más arriba les hablaba del reino de su Padre como de la casa paterna adónde iba a prepararles la morada; ahora es el Padre mismo quien se les presenta próximo por el amor. Y el motivo de esta predilección del Padre es porque aman a Jesús y creen en El. Mas este amor y esta fe se la ha dado también el Padre: «Ninguno puede venir a mí si mi Padre no le atrae.» Así, esta caridad viene, desde su principio, de Dios: el hombre sólo puede recibirla y corresponderla: «La caridad -dirá San Juan (Jn., I, IV, 10)- está no en que nosotros amemos a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo hecho propiciación por nuestros pecados.»

Y resumiendo en dos frases toda su carrera, les decía Jesús: «Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y vuelvo al Padre.» Ya muchas veces, desde el comienzo de su vida pública, le hemos oído hablar de su venida a este mundo; pero aquí la declaración es más expresa y se ilumina por el contraste de la vuelta que es para los Apóstoles un rasgo todo luz: basta ya de parábolas, ya es la verdad clara y transparente. Con la alegría de esta luz, los Apóstoles exclaman: «Ahora nos hablas abiertamente, y no dices proverbio alguno; ahora sabemos que lo conoces todo y que no has menester que nadie te pregunte. Por eso creemos que saliste de Dios.»

«¿Ahora creéis?» Godet ve aquí una exclamación de júbilo: «Es para Jesús un instante de una suavidad inefable; le han reconocido y comprendido estos once galileos. Esto basta: su obra está concluida por el momento, y el Espíritu Santo acabará por glorificarse en ellos, y por ellos en todos los hombres. Sólo le queda ya cerrar este coloquio y dar las gracias.» Tal interpretación se apoya en el capítulo XVII, 8: «Ellos conocieron verdaderamente que salí de ti, y creyeron que tú me enviaste», pero choca con las palabras que a continuación se siguen: «Llega la hora en que me dejaréis solo.» San Agustín (tratado 103, 3) ve aquí una interrogación: «¿Vosotros creéis ahora? Pero pronto os hallaréis tan desalentados que perderéis hasta la misma fe.» Así sucedió con los discípulos de Emaús: «Nosotros esperábamos que redimiría a Israel.» Su fe ahora es sincera, pero frágil.

Y después de predecirles su falta, Jesús les da a entender que su punto de apoyo no está en ellos, sino en el Padre: «No estoy solo, porque el Padre está conmigo.» ¿No lo había estado también durante toda su vida? Pasó haciendo el bien y derramando en derredor el cariño y el sacrificio, pero sin tropezar un alma que le comprendiese hasta el fondo; este aislamiento sobre la tierra había sido la ley de toda su vida. El amor de su propia Madre, tan puro y tan total, no había podido llenar este vacío inmenso; sólo el amor de su Padre había sido su gozo y su sostén, y no querrá otro en su hora suprema, a pesar del terrible abandono que, en su naturaleza sensible, va a experimentar: «El Padre está conmigo.»

Pero si sus Apóstoles no han de ser su apoyo, El será su fuerza, y sus últimas palabras es una seguridad para ellos: «En el mundo pasaréis tribulaciones, pero tened confianza, yo he vencido al mundo.»

Habiéndoseles dado a sí todo entero, tan plenamente cuanto le era posible durante su vida mortal, se vuelve a su Padre y le dirige la plegaria postrera; pero ni aún entonces olvida a sus discípulos; hasta aquí se aislaba para orar; ahora se queda ya entre ellos para hacerlo en alta voz: su plegaria será también la más íntima de las revelaciones y el más precioso de los consuelos.

## **VI.-LA ORACIÓN DEL HIJO DE DIOS**

Y diciendo esto, alzó Jesús sus ojos al cielo y dijo: Padre, llegó la hora: glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique, como le diste poder sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste les conceda la vida eterna. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y al que enviaste Jesucristo. Yo te glorifiqué sobre la tierra y he acabado la obra que me encomendaste para que yo la realizase. Y ahora, oh Padre, glorifícame a mí en ti mismo con la gloria que tenía antes que el mundo existiese. Manifesté tu nombre a los hombres que me diste del mundo. Tuyos eran; me los diste y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo cuanto me diste procede de ti, porque las palabras que tú me diste, yo se las di a ellos, y ellos las recibieron, y conocieron verdaderamente que salí de ti, y creyeron que tú me enviaste. Por ellos ruego, no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos; y las cosas mías, todas son tuyas, y las tuyas mías, y he sido glorificado en ellos. Ya desde ahora no estaré en el mundo; éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guarda en tu nombre a éstos que me diste, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos yo les guardaba en tu nombre: a los que me diste, les guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que se cumpliese la Escritura. Pero ahora voy a ti, y hablo estas cosas aún en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido dentro de sí. Yo les he dado tu palabra, y el mundo les odió, porque no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo. No pido que les saques del mundo, sino que les guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo lo soy. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como me enviaste a mí al mundo, así les envié yo al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que sean santificados también en verdad. Pero no ruego por éstos solamente, sino también por los que crean en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, oh Padre, en mí y yo en ti, para que ellos sean también uno, a fin de que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les di la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en uno, y para que el mundo conozca que tú me enviaste y los amaste a ellos, como a mí me amaste. Padre, quiero que los que me diste estén donde yo estoy para que contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amaste antes de la fundación del mundo. Padre justo, a ti tampoco te ha conocido el mundo; pero yo te conocí, y éstos conocieron que tú me enviaste. Y les di a conocer tu nombre, y se lo daré a conocer, para que el amor con que me amaste sea en ellos, y yo en ellos.

Esta página es, sin duda, la más íntima de todo .el Evangelio: efusión suprema del Hijo que ruega al Padre antes de caminar a la muerte, encomendándole cuanto tiene de más querido en el mundo; las frases son tan sencillas y transparentes que el comentario parece

inútil; y son a la vez tan profundas que gustará más penetrarlas en silencio que hablando.

Jesús «levanta los ojos al cielo»; allí nos ha enseñado a buscar al Padre y allí van con toda su fuerza su pensamiento y su corazón: «Vosotros sois de acá abajo, yo soy de lo alto», decía Jesús a los judíos, y hacia ese cielo de donde jamás se ha retirado se vuelve con toda la efusión de su alma, al mismo tiempo que nos eleva a él; si no estamos ciegos, no hemos, como el publicano, de atrevernos a levantar los ojos al cielo, y solos, en efecto, no lo osaríamos; pero no dudemos en hacerlo uniendo nuestra oración con la del Maestro que ha penetrado los cielos.

Y su primera palabra es una efusión de gozo y de confianza: «¡Llegó la hora!» Hace días, en su entrada en Jerusalén, gemía el Señor viendo aproximarse su fin (XII, 27): «Ahora mi alma se ha turbado, ¿y qué he de decir? Padre, ¡sálvame de esta hora! Mas por eso he venido a esta hora.» En el huerto, Cristo se entregará de nuevo a estas angustias; pero al presente no ve más que esta gran gloria y esta púrpura real que la Pasión va a desplegar; la glorificación del Hijo, que revela su amor incomparable y rescata al mundo, y glorificación del Padre, cuyo honor queda reparado y su reino restablecido.

A la vez pide Jesús a su Padre por sí y por sus miembros esta gloria, de la que ha disfrutado desde toda la eternidad, junto al Padre, antes de la creación del mundo. Más tarde, en el Apocalipsis, la gloria del Hijo se presentará con estos dos rasgos: será a la vez el privilegio incommunicable de su divinidad y la recompensa de su sufrimiento. San Juan le cantará como «a príncipe de la creación, emperador de los reyes de la tierra, Rey de reyes y Señor de los señores»; pero también entonará aquella salmodia: «Digno es el Cordero sacrificado de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fuerza, y el honor, y la gloria, y la alabanza.» Y el mismo Cristo dirá: «Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre en su solio.» Esta es la gloria que aquí suplica Cristo: la ha tenido siempre, desde toda la eternidad, y la ha gozado en el seno del Padre, pero quiere tenerla por un título nuevo después del triunfo de su Pasión.

No la pide para sí solamente, mas por todos los suyos, como lo señala con insistencia; los suyos son, antes que nada, de su Padre; el Padre se los ha dado, y El los guardó fielmente. Se reconocerá en esto un pensamiento que con frecuencia expresó Jesús, en particular en su discurso de Cafarnaún (VI, 37-39):

Todo lo que el Padre me dió vendrá a mí, y al que a mí venga, yo no le echaré fuera, porque bajé del cielo, no a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre que me envió: que todo el que contempla al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. (VI, 43-45): No murmuréis unos con otros. Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no le trajere, y yo le resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: Y serán todos enseñados de Dios. Todo el que oyó del Padre y aprendió, viene a mí (VI, 65-66); hay entre vosotros algunos que no creen. Porque desde el principio sabía Jesús quiénes eran los que no creían y quién era el que le había de

entregar. Y decía: Por esto os he dicho que ninguno puede venir a mí si mi Padre no se lo concede.

Estas últimas palabras demuestran que al hijo de perdición no se lo había dado a Jesús su Padre: así, escribirá San Juan más adelante, hablando de los anticristos o falsos doctores: «Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros, porque si hubieran sido de los nuestros, con nosotros hubieran permanecido.» Para salvar a este hijo de perdición, Jesús no omitió nada; durante los últimos días, durante las postreras horas sobre todo, multiplicó las advertencias, los llamamientos y las amenazas, y en el Huerto, todavía, al presentarse el traidor, ha de decirle: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» Pero todos estos esfuerzos resultarán inútiles; Jesús no encuentra en esta alma la fe que el Padre ha dado a sus hijos, la fe que les ha traído a las manos de Cristo; los otros son verdaderamente suyos: «Han conocido ciertamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.» Además del hijo de perdición, hay todavía otros réprobos por los que Jesús no quiere rogar: el mundo. En los escritos de Juan, y en esta misma plegaria, el mundo entiéndese en dos sentidos diferentes: es, a veces, el universo creado por Dios, y en este respecto Jesús habla de la gloria que tenía en el seno del Padre antes de la creación del mundo (5, 24); es, además, el partido de los enemigos de Cristo, enemigos condenados y perdidos, por los que Jesús se niega a orar. De un significado al otro, el paso es fácil porque la creación se separó de Dios y le desconoció: «El mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció» (1, 10); también, como lo dice en Jn., I, V, 19: «El mundo está colocado todo en la maldad», y del seno de esta corrupción Dios sacó a sus Apóstoles (XVII, 6). Esta observación, muy importante, nos hace conocer que el mundo no es un infierno del que nadie se libra; de él ha sacado Dios a sus elegidos, y de él se puede salir con su gracia. Si Jesús se niega a pedir aquí por el mundo, en otro lado se le representó «como al Cordero que quita el pecado del mundo» (I, 29); «como la víctima de propiciación por todo el mundo» (I Jn., II, 2), y hace un instante le oímos decir a sus Apóstoles: «Confiad, que yo he vencido al mundo» (XVI, 33). Por esto, les asegura, no sólo que el mundo no podrá nada contra ellos, sino que lograrán conquistas sobre el mundo, arrancándole las almas para ofrendárselas a Cristo.

Ante semejantes adversarios, que parecen tan amenazadores pero que están ya vencidos, se ve la pequeña grey de los Apóstoles y de los que más adelante crearán por su palabra. Jesús deja el mundo y ellos se quedan; más aún, les envía como ovejas en medio de lobos, y el mundo les aborrece porque sabe bien que no le pertenecen. Contra esta rabia, Dios les protegerá: «No te ruego que les quites del mundo, sino que les guardes del mal». Su fuerza son las palabras de Cristo que recibieron, y en las que creyeron, y de este modo poseen la vida eterna. «La vida eterna es que te conozcan a ti sólo Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo». El conocimiento del que Jesús habla en este sitio no es la pura especulación; sino un conocimiento amoroso y eficaz (I Jn., II, II, 4-5): «Quien diga que le conoce y no observa sus preceptos es un mentiroso, y la verdad no está en él; mas quien guarda su palabra, éste tiene el amor de Dios verdaderamente perfecto en él.»

Por esta vida eternal, o sea, por este conocimiento de Dios y de Cristo, Dios está en sus hijos, y ésta es su fuerza invencible. Aquí otra vez, las epístolas son el mejor comentario de esta oración (I Jn., IV, 4): «Vosotros, hijuelos, sois de Dios, y los habéis

vencido (a los anticristos) porque el que está en vosotros es mayor que el que está en el mundo. Ellos son del mundo, y por esto hablan según el mundo, y el mundo les oye; nosotros somos de Dios, y quien conoce a Dios, nos escucha; el que no es de Dios, no nos oye.»

Así, todo el esfuerzo de Cristo y toda su plegaria tienden a asegurar en sus Apóstoles esta misión divina que ha de salvarles: «Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad. Pero semejante unión no puede darse sin asegurar a la vez la unidad de los hombres entre sí: «Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que ellos estén en nosotros»; y aquí de nuevo volvemos a escuchar en la carta el eco fiel de esta doctrina: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. Quien no ame, permanece en la muerte. Hemos conocido el amor en que ha dado la vida por nosotros, y nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos... Este es su mandamiento, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros, según el precepto que nos dió: quien guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él; y nosotros conocemos que El permanece en nosotros por el Espíritu que nos ha dado» (I Jn., III, 14-24).

Y al concluir su oración, Jesús dice a su Padre con una confianza filial: «Padre, quiero que los que me diste estén donde yo estoy, y ellos estén también conmigo, para que contemplen mi gloria.» Decía al comenzar: «La vida eterna es conocerte a ti y al que enviaste, Jesucristo.» Aquí abajo, en efecto, este conocimiento que da la fe es verdaderamente la vida eterna, pero en semilla sólo y en esperanza; el germen se abrirá y la esperanza quedará colmada en esta contemplación cara' a cara de su gloria, que Jesús pide para nosotros a su Padre.

Y ésta es una de aquellas palabras que en el Evangelio deben herir más los corazones cristianos: «No ruego sólo por los Apóstoles, .sino por todos los que han de creer en mí por su palabra.» Nosotros hemos creído bajo palabra de los Apóstoles. Cristo, en esta hora suprema, rogó por nosotros .y pidió por nosotros a su Padre esta visión cara a cara, a la que tiende todo nuestro deseo; la suplicó con la confianza de un Hijo que ha recibido de su Padre la plenitud de sus derechos divinos, y a quien a su vez El lo sacrificó todo y dió todo absolutamente: «Padre mío, yo lo quiero.» Esta voluntad postrera: y este pensamiento de Cristo agonizante es el fundamento único, pero fundamento incommovible, de nuestra esperanza.

## **CAPÍTULO VII**

### *LA PASION DE NUESTRO SEÑOR*

I.- La agonía

II.- El prendimiento

III.- El proceso judío

IV.-El proceso romano. Pilato

V.-Jesús ante Herodes

VI-Jesús delante de Pilato

VII-La sentencia: crucifixión y muerte

## **I.-LA AGONÍA**

Llegamos, por fin, a los acontecimientos decisivos de la Pasión y Resurrección del Señor, término a donde se dirigía toda su vida y todos sus deseos: «¡He de ser bautizado con un bautismo; y cómo vivo en estrechura hasta verle cumplido!» La Encarnación misma no se comprende sino como un paso primero hacia este fin: el día de los ramos, cuando siente ya esta turbación precursora de la agonía, se queja: «Ahora mi alma se turbó; ¿y qué diré? Padre mío, sálvame de esta hora. Pero por esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Y vino una voz del cielo: Yo le glorifiqué y le glorificaré todavía» (Jn., XII, 27-28).), Esta prueba terrible y gloriosa es la clave maestra del plan divino, y sobre ella descansa todo el edificio de nuestra salvación: «Cuando yo fuere levantado en alto, atraeré sobre mí todas las cosas» (Ib., 32). El misterio de Cristo ha sacado su fecundidad de la sangre del Calvario. Jesús decía también en esta misma circunstancia: «Si el grano de trigo al caer en tierra no muere, quédase solo; pero si muere, lleva mucho fruto».

Al contar estos terribles sufrimientos del Señor, todo cristiano experimenta un dolor agudo, y al considerar la injusticia y la crueldad de sus enemigos, todo hombre honrado se subleva de indignación. Tales sentimientos son muy justos para que tratemos de ocultarlos; pero por muy en su punto que estén, son siempre sentimientos humanos que es menester contener aquí. El historiador del Señor ha de tomar por modelo a los evangelistas: su amor por el Maestro sobrepujaba al nuestro con mucho, y su emoción, sobre todo la de San Juan, testigo presencial de todo este drama, es infinitamente más viva que cuanto nosotros podemos concebir. Y no obstante su relato es de una emoción contenida, que nos conmueve más que todos los gritos. Comprendieron que el respeto mismo a la víctima que adoraban les imponía este silencio; ante la agonía y muerte del Hijo de Dios, ¿qué son las impresiones de un hombre? Deben callar. Esta reserva, o, para hablar como Pascal, «esta tibieza admirable» de los evangelistas era el homenaje más alto que podían rendir a Aquel ante quien ellos desaparecían: a su ejemplo, guardémonos de velar la cruz con la pantalla humana de nuestras emociones, por muy legítimas que sean; nuestro esfuerzo ha de ser hacer ver y comprender a Jesucristo.

El primer acto de este drama es el más misterioso, y también el que mejor nos deja

entender lo que fué la Pasión del Señor. En casa de Caifás, de Herodes y de Pilato y en el Calvario mismo, los enemigos de Jesús encubrirán la escena y velarán a los ojos distraídos los dos grandes actores de esta tragedia: Cristo y su Padre. En el huerto, ambos están solos; en su derredor se agitan personajes sobrenaturales, ángeles o demonios; pero son únicamente actores secundarios, que nuestra fe apenas si distingue, mientras contempla a plena luz al Cordero cargado con los pecados del mundo, y a Dios, a quien estos pecados han ofendido y a quien la muerte dolorosa del Salvador debe reconciliar con el mundo. Esta disposición no es ciertamente fortuita, y el Señor quiso que a la entrada de su Pasión se nos presentara el misterio en su verdad sencilla e íntima, para que, durante el curso de estas escenas que van a seguirse, nuestras miradas quedasen fijas en estas profundidades divinas que El nos ha revelado y que nos dan el sentido de todo lo demás.

(Jn., XVIII, 1): Y Jesús, luego que dijo estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró el y sus discípulos.

Así comienza San Juan el relato de la Pasión, uniéndola estrechamente a la plegaria sacerdotal que acaba de transcribir. Ya hemos leído esta súplica, que ilumina la escena de la agonía que ahora entramos a considerar.

Se lee en las Actas del martirio de San Policarpo (VII) que, cuando los guardas enviados para prenderle penetraron en la casa donde se refugiaba, el santo se hallaba reposando en la habitación alta; bajó inmediatamente, recibió con familiaridad a aquellos hombres, les hizo dar de comer y rogóles únicamente que le dejaran orar antes de conducirlo; y lleno de la gracia del cielo, este viejo de ochenta y seis años oró en alta voz durante dos horas. Los cristianos estaban admirados y los esbirros perplejos y confusos por haber de detener a este anciano lleno del espíritu de Dios. Y el santo encomendó al Señor a todos aquellos, pequeños y grandes, que él había formado; luego, a la Iglesia entera extendida por todo el universo, y el combate que iba inmediatamente a sostener por el Señor y que pondría fin a sus días. Después se entregó a sus enemigos, que le condujeron a la muerte.

Así es la oración sacerdotal de Cristo: el Rey y Señor de todos los mártires está a punto de verse entregado, condenado y crucificado, y a la cabeza de estos enemigos visibles va a venir el demonio para acometerle inmediatamente de nuevo. Antes de entregarse a estos asaltos supremos, Jesús ora, y en su oración se revelan las más íntimas profundidades de su alma, dejando aparecer la unión infinitamente estrecha del Padre y del Hijo.

Se descubre el resorte de la vida del Señor; aquella seguridad llena de calma que jamás nada turbó y aquella serenidad transparente, ¿dónde tenían su origen sino en esta unión con el Padre? «El Padre y yo somos una misma cosa», exclamaba hace poco, y se sentía la unidad de poder y de acción del Padre y del Hijo, y aquí se la vuelve a encontrar en esta palabra soberana: «Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío»; y percíbesela aún en esta súplica tan segura: «Padre, yo quiero que los que tú me diste estén donde yo esté y se encuentren conmigo.» Pero se nota también, y más vivamente aún, la intimidad de esta

unión bienaventurada que se nos propone a todos como el modelo ideal de nuestra unión con Dios, y entre nosotros mismos: «Que sean uno como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en la unidad.»

Y aquí está verdaderamente lo que ofrece la clave de toda esta vida: siéntense a cada momento tesoros de afecto y de ternura que se expanden sobre todos los hombres: basta recordar la compasión por la multitud que anda sin pastor, la mirada de amor al joven que le pregunta qué le falta todavía para ser perfecto, las lágrimas sobre la tumba de Lázaro; y este afecto tan tierno, tan compasivo y tan generoso, es a la vez del todo independiente. Los más grandes santos han hallado en el cariño de sus amigos o de sus discípulos un consuelo y una ayuda preciosa. San Pablo escribirá (II Cor., VII, 6): «Dios, que consuela a los que están abatidos, nos ha consolado con la venida de Tito»; y a los Filipenses (II, 27): «Epafrodito ha estado enfermo y a punto de muerte; pero Dios se apiadó de él, y no solamente de él, sino también de mí, porque no se me juntase tristeza sobre tristeza.» Estos son sentimientos profundamente humanos, y gusta la humilde sinceridad con que están expresados por el Apóstol. En Jesús no se ve cosa semejante; sin duda que no hay nada de rigidez ni aislamiento estoico, pero al mismo tiempo se advierte la independencia completa de un corazón que lo entrega todo a los hombres sin exigirles nada. San Pablo nos recuerda la palabra de Cristo: «Es mejor dar que recibir.» Esta felicidad fue siempre la suya: hasta con su santa Madre, jamás se advierte que reclame su afecto como apoyo que necesite. ¿De dónde viene esta independencia soberana en un corazón tan pródigo de amor? La respuesta nos la dió el propio Jesús, al decir a sus Apóstoles hacia el final del discurso de la Cena (XVI, 32): «Llega la hora y ha venido ya en que os desparramáis cada cual por vuestro lado y me dejéis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo.» Ese es el tesoro infinito que el mundo no le puede arrebatarse y que él solo le basta.

Pero comprendemos también qué agonía será si Dios se le retira: sería, no un consuelo o apoyo, sino la vida toda del alma, la que le falte de una vez. Pero ¿cómo este apoyo puede faltar a Jesús que continúa contemplando a Dios por la visión intuitiva? Confesémoslo: existe aquí un misterio, y no intentamos esclarecerlo. Podemos sin embargo, tratar de entenderle mejor, y para esto, acudir a comparaciones que son las menos indignas de recordarse en este sitio, sacadas de la vida de los grandes místicos. Santa Teresa describe en estos términos una de esas pruebas de las almas contemplativas (Vida, cap. XX):

Y de este deseo que penetra toda el alma en un punto se comienza tanto a fatigar que sube muy sobre sí y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas que por mucho que ella trabaje ninguna que le acompañe le parece hay en la tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible a hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejísimos de Dios, y a veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creerá ni entenderá sino quien hubiera pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse de estar



ausente de bien que en sí tiene todos los bienes. Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de la soledad en que se ve, con una pena tan delgada y penetrativa que aunque el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir, y por ventura lo dijo el real Profeta, estando en la misma soledad, sino que como a Santo, se la daría el Señor a sentir en más excesiva manera: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Y así se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuando más tales. Así parece que está el alma, no en sí, sino en el tejado o techo de sí misma y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está... Otras me acordaba de que dice San Pablo que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto así, que ya lo veo; más paréceme que está así el alma, que ni del cielo la viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo, que es, como he dicho, una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear, es para más tormento; porque acrecienta el deseo de manera que, a mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen tránsitos de la muerte, salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer que no sé yo a qué compararlo. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que suele ser más sabroso, ninguna cosa admite; luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino a su Dios; mas no ama cosa particular de Él, sino todo junto le quiere, y no sabe lo que quiere. Digo no sabe porque no representa nada la imaginación, ni, a mi parecer, mucho tiempo de lo que está así, no obran las potencias. Como en la unión y arrobamiento el gozo, aquí la pena las suspende.

Página admirable que está, sin embargo, muy lejos de introducirnos en todos los secretos de la agonía de Cristo. La unión del Hijo y del Padre es infinitamente más estrecha que puede serlo la del santo más grande con Dios; queda, no obstante, entre una y otra cierta analogía: «Que ellos sean uno como nosotros somos uno, yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad.»

Igualmente, el conocimiento que el alma humana de Cristo tiene de la divinidad es bien distinto de aquel que dan al alma de los santos las gracias más altas de la contemplación: es la visión beatífica; pero es cierto también que la visión intuitiva es el término adonde se dirige la contemplación sobrenatural, sin llegar, con todo, nunca a ella en esta vida. Así, estos sufrimientos místicos, infinitamente distantes de la agonía del Hijo de Dios, son, sin embargo, una participación. Se observará sobre todo lo que dice la santa de esta soledad del alma, «como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo sin venirle socorro de ningún cabo.» Es, me parece, una de las expresiones más verdaderas de los padecimientos del Salvador.

Se puede esclarecer todavía este misterio con lo que nos dice Santo Tomás (III, 46, 7, 8); el santo se pregunta primeramente si Cristo en su Pasión sufría en toda su alma, y responde : se puede considerar en el alma, o su esencia, o sus facultades; si se considera la esencia, es seguro que el alma sufría toda entera, ya que está toda en todo el cuerpo, y no puede separarse sin dolor; si se consideran sus facultades, sufría también en todas, en

cuanto todas dependen de la esencia del alma que entonces padecía; cuanto a sus propias operaciones, las potencias inferiores estaban atormentadas por dolores múltiples; pero la razón superior encontraba en su objeto, que es Dios, no el dolor, sino el gozo. Y en el artículo 8 se pregunta inversamente si toda el alma de Cristo en su Pasión gozaba de la visión beatífica, y responde de modo parecido: si se consideran sus facultades, el gozo no alcanzaba más que a la facultad superior; y, en efecto la visión intuitiva no puede ser acto propio de facultades inferiores y no podía, por lo demás, repercutir sobre ellas, como lo hará en el cielo porque Cristo no estaba aún en la gloria, y por consiguiente, ni el cuerpo ni las facultades inferiores se hallaban bajo el influjo de esta dicha, sino al contrario, la inteligencia no estaba sujeta en su contemplación por los padecimientos de las facultades sensibles, ni tampoco por los del cuerpo.

Todo esto es sin duda muy misterioso, y ningún cristiano se sorprenderá; al revés, desconfiaría de una psicología simplista y temeraria que pretendiese darle el secreto de la vida, de los sufrimientos y gozo del Hijo de Dios, y tradujera adecuadamente estas realidades trascendentes a nuestras humildes experiencias humanas. Pero, una vez más: las experiencias místicas, ¿no proyectan acaso alguna luz en estas insondables profundidades? «Parecen unos tránsitos de la muerte, salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a qué compararlo. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite..., No obran las potencias. Como en la Unión y arrobamiento el gozo, aquí la pena las suspende.»

Observemos, en fin, que las potencias superiores también la inteligencia y la voluntad, tuvieron sus torturas peculiares en la agonía de Cristo: sufrieron el horror y la vergüenza del pecado, del que Jesús se cargó, y cuyo peso intolerable sentía como nadie.

Estas verdades muy misteriosas sin duda pero muy ciertas, deben imponer nuestra actitud ante la Pasión de Cristo. Acerquemos a nosotros con todo el amor de nuestra alma, toda su dolorosa compasión, pero a la vez también, con toda la adoración de que seamos capaces. El día de Viernes Santo nuestros sagrarios quedan vacíos, más delante de la cruz la Iglesia nos hace hincar la rodilla; es para hacernos comprender que, en sus más crueles abatimientos, el que no conserva casi la figura de hombre y que se nos presenta, según la expresión del profeta, como un gusano de la tierra, es, sin embargo, el Hijo de Dios íntimamente unido a su Padre, y que aun en esta hora misma contempla su gloria.

(Mt., XXVI, 36-38): Entonces Jesús llegó con ellos a una granja, llamada Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí mientras voy y hago oración allá. Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo, comenzó a entristecerse y a desconsolarse. Y Jesús les dijo entonces: Triste, está mi alma hasta la muerte; permaneced aquí y velad conmigo (Cf. Mc., XIV, 32, 34). (Lc., XXII, 30-40): Y saliendo, fué, según costumbre, al monte de los Olivos, y le siguieron sus discípulos. Y llegando al sitio les dijo: Orad para que no caigáis en la tentación.

La comparación de estos textos permite sorprender ciertas diferencias entre los evangelistas: San Juan omite la agonía, y los sinópticos refieren, los tres, los sufrimientos morales de Jesús: San Mateo y San Marcos se siguen más de cerca y San Lucas es más independiente: no menciona la selección de los tres privilegiados, ni describe la angustia del Señor más que al contar su oración. Estas son, por otra parte, variantes sin importancia.

El sitio adonde se dirigió Nuestro Señor con sus discípulos lo llaman San Mateo y San Marcos posesión o heredad; San Juan (XVIII, 1) le llama huerto: «Era, sin duda-escríbe el P. Lagrange (Saint Marc., p. 386), un campo pequeño plantado de olivos, con su molino, instalación rústica que se encontraba y se encuentra todavía en gran número por Palestina.» Según Jn., XVIII, 1, este huerto estaba del lado de allá del torrente Cedrón, rodeábale una cerca, y Jesús venía a él frecuentemente con sus discípulos. El rasgo que se lee en San Marcos, XIV, 51-52, del joven aprehendido sin tener encima más que una sábana, permite entender que había allí alguna casa de habitación donde se encontraban amigos de Jesús. Es menester, por fin, observar que el papel desempeñado por Judas supone que Jesús se encontraba en un cercado que era menester abrir sin despertar sospechas, ya que los sanedritas no tenían necesidad de los servicios del traidor para conocer dónde pasaba Jesús la noche, pues todo el mundo lo podía saber en Jerusalén, pero querían introducirse hasta Él sin provocar desde los primeros pasos una resistencia a mano armada.

Muchas noches había pasado Jesús en oración como le hemos visto desde el principio de su ministerio (Mc., I, 35), y después con frecuencia, sobre todo en la víspera de los acontecimientos más decisivos, por ejemplo, en el de la elección de los Apóstoles (Lc., VI, 12). Pero ninguno de los anteriores sucesos era comparable a estos cuya hora llegaba ya: era la lucha suprema, la gran tentación. Satanás no se presenta en el huerto como se apareció en el desierto, pero no es dudoso que atacó entonces a Cristo y a sus discípulos a un tiempo. Esta es la gran lucha que San Lucas (IV, 13) dejaba entrever en el relato de la tentación: «Y habiendo acabado el diablo la tentación, se apartó de él hasta otra coyuntura.» Esta es la vuelta que presentía ya Jesús al decir a sus Apóstoles: «He aquí que se acerca al príncipe de este mundo, pero en mí no tiene parte alguna» (Jn., XIV, 30). Más adelante, en las actas de los mártires, toda la lucha se concentra no entre los confesores y los verdugos, sino entre Cristo que combate en sus fieles, y el diablo que multiplica sus esfuerzos para arrebatárselos. Y así se nos presenta también desde la primera página de la Pasión del Señor; es el duelo entre Cristo y Satanás.

Pero esta vez no va a ser atacado el Señor solo; los Apóstoles iban a serlo además, y para ellos la prueba sería fatal Jesús trata de prevenirles contra estos asaltos, y por esto les exhorta no solamente a pedir, sino a que se unan a su oración. Toma consigo tres de ellos, los íntimos, aquellos con los que debe poder contar sobre todo; si éstos se sostienen, sostendrán o levantarán a los restantes Y además, Jesús no quiere permanecer solo en esta angustia mortal que pronto se va a apoderar de Él: va a sufrir por todos los hombres pecadores y quiere que esté representada junto a sí unida a su plegaria; por lo menos que la oiga, y los tres testigos de esta escena todo lo adormecidos que estén por la tristeza y la fatiga, verán y escucharán lo suficiente para decirnos lo que costó nuestra salvación al Hijo

de Dios.

Y habiéndose retirado un poco más allá, se postró en el suelo, y oraba para que, si era posible, pasase de El aquella hora. Y decía: ¡Abba, Padre!, todo te es posible; traspasa de mí este cáliz, pero no mires lo que yo quiero, sino a lo que tú quieres. Y vino y los encontró dormidos, y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu está pronto pero la carne es flaca. Y yéndose otra vez, eró diciendo las mismas palabras. Y habiendo vuelto, los halló dormidos, porque sus ojos estaban cargados y no sabían qué responder. Y vino por tercera vez y les dijo: Dormid ahora y descansad. Basta. Llegó la hora: ved que el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos. Ved que el que me entrega está llegando (Mc., XIV, 35-41. Cfr. Mt., XXVI, 30-46; Lc., XXII, 41-46).

Aquí de nuevo, los dos primeros sinópticos son rigurosamente paralelos: San Lucas se separa y no distingue como ellos las tres visitas que Jesús hace a sus Apóstoles, aunque refiere dos rasgos de los que El sólo es testigo: la aparición del ángel y el sudor de sangre. Ya explicaremos un poco más abajo las dudas de la tradición manuscrita, y las razones que tenemos para conservar estos dos elementos de la narración.

Otra divergencia más notable aún llama en este sitio la atención: es el silencio de San Juan sobre esta agonía. Los antiguos cristianos e infieles, Orígenes, Juliano el Apóstata y Teodoro de Mopsuesta, observaron ya este silencio. A Strauss le ha decidido por la negativa: «Todo esfuerzo para intercalar en el relato de San Juan, entre el capítulo XVII y el XVIII, la angustia de Getsemaní es un atentado a la elevación moral y al carácter viril mismo de Jesús». Esta omisión no es más notable que tantas otras observadas ya, y se ha de notar, por lo , demás, en el capítulo XII, 24-27, la narración propia de San Juan, quien, según un procedimiento que le es familiar, da aquí anticipadamente el sentido de los sucesos ya conocidos sobre los cuales no volverá más.

El relato de la agonía de Jesús es para los creyentes una fuente incomparable de fuerza, y para los infieles, un escándalo: desde el siglo II, Celso inició el ataque: «¿Cómo hemos de tener por Dios a este hombre que no ha hecho nada de cuanto había prometido? Cuando le convencimos, juzgamos y condenamos al suplicio, se escondió, huyó y se dejó prender vergonzosamente, y fué entregado por aquellos que él llamaba sus discípulos. Si era Dios, no le estaba bien huir, ni verse atado con cuerdas, y mucho menos aún ser abandonado y vendido por los que con él vivían, le llamaban su maestro, le miraban como a su Salvador, como a Hijo de Dios altísimo y como a un ángel». Y más adelante : «Si las cosas sucedieron como las deseaba, si fué herido por obedecer a su Padre, es claro que nada pudo serle duro ni penoso, porque era Dios y quería todo esto. Y entonces, ¿a qué lamentarse, a qué gemir, por qué tratar de huir la muerte que teme, al exclamar: Padre, si es posible que pase de mí este golpe?». Estos ataques de Celso quedaron eficazmente rechazados por Orígenes, quien demuestra muy bien que Cristo no se escondió, ya que vino al huerto adonde sabía que iba a encontrarle el traidor; que si sufrió estas repugnancias y esta tristeza fué voluntariamente y por nuestra salud, y que su oración, de la que Celso no cita más que las primeras palabras, es una súplica resignada en las manos de su Padre. Todo

esto es claro, pero nuestra educación cristiana no debe hacernos despreciar el escándalo que ese relato de los evangelistas, tan sencillo y sincero, debía provocar en los medios paganos. En este mundo duro y despiadado (Rom., I, 31), toda la admiración es para la fuerza; si no existe, se la disimula y, según la frase de Píndaro, no se deja ver de suyo más que el lado bueno, esto es, lo que hay de imperturbable y de impassible; un alma, o por lo menos, una fuente de bronce. Esta educación espartana y estoica invadió toda la antigüedad, y San Agustín, todo corazón, cree no obstante pedir excusas por haber derramado algunas lágrimas en la muerte de su madre Santa Mónica. Ante semejantes prejuicios la agonía de Cristo, tan profundamente sentida y tan sinceramente descrita, debía parecer a los no creyentes una debilidad, y los mismos fieles dejáronse a veces arrastrar por la opinión general, no a negar esta tristeza, que el Evangelio no puede borrar, pero al menos, a excluir todo sentimiento personal de miedo.

Cuanto al sentimiento de la Iglesia en este punto, hallámosle admirablemente expuesto por Santo Tomás, IIP 46, 6 y ad 4. Los dolores de Cristo, nos dice, fueron extremos; los sufrimientos del cuerpo, porque el suplicio de la crucifixión es de los más dolorosos; los padecimientos del alma, porque tenían por motivo todos los pecados de todos los hombres; el castigo de los judíos, de sus verdugos, el escándalo de sus Apóstoles, y, en fin, «la pérdida de la vida del cuerpo, que, naturalmente, causa horror a la naturaleza humana». Estos sufrimientos fueron, por otra parte, mayores en El, cuya complexión era más perfecta, y la aprehensión del mal, por su sensibilidad, más exacta. Eran dolores puros, en los que ninguna consideración templaba su amargura. En una palabra, fueron elegidos voluntariamente por El, y proporcionados al fin que se proponía, que era nuestra redención.

Tales consideraciones iluminan nuestra ruta y nos permiten penetrar en este santuario íntimo. En el gran sermón, en la oración sacerdotal, Jesús mostraba la serenidad de un alma que nada turba y a la que nada arredra. De repente, todo se cambia; es como si un dique se hubiera desplomado de un golpe, dejando paso a las grandes olas de la tribulación; caen sobre El y semejan sumergirse; se aparta, pega la faz contra el suelo y ora.

La tristeza mortal que entonces padece y que confiesa a sus Apóstoles proviene primeramente de la inminencia de la Pasión; era hombre y quería llevar sobre sí todas nuestras enfermedades para sanarlas todas. La muerte es para todos algo horroroso; Dios ha hecho de ella nuestro castigo, y conserva siempre este carácter de un mal horrible y contra naturaleza. Cuando se la siente acercar y sus primeros trances aprietan el corazón, es una angustia que todos los moribundos padecen dolorosamente, y quien ha asistido a una agonía, no puede recordar sin emoción aquel estremecimiento de todo el ser humano que se siente cogido por la muerte. Jesús quiso experimentarlo para que su ejemplo fuese para todos los agonizantes un consuelo y una fuerza. Y no es únicamente la muerte la que le conturba, sino toda esa serie de horribles sufrimientos por los que es menester que pase. Un anglicano Garvie, rechaza esta interpretación como indigna de Cristo: «Esto es prestar a Jesús una debilidad de la que muchos hombres y mujeres se han visto libres, y que frecuentemente se ha superado por completo, gracias a la fe en El. ¿Es probable que el caudillo del ejército de los mártires se mostrase ante la muerte menos valiente y menos

sereno que aquellos que marchando sobre sus pisadas, y sostenidos por su presencia, desafiarían la muerte y todos los elementos sonriendo, cantando? Nos parece una suposición intolerable». Comprendemos la protesta, pero no la suscribimos: a buen seguro que la fuerza y el arranque de los mártires les viene de Cristo, y si Jesús lo hubiese querido, hubiera recibido también la muerte y los suplicios sonriente y entonando himnos. Prefirió dejar a su sensibilidad natural frente a los horrores de la cruz, y debemos agradecerse: admiramos, sin duda, la intrepidez y la alegría de Santa Blandina, corriendo de un suplicio al otro a lo largo de todo aquel prolongado obstáculo que dividía el anfiteatro, y donde las bofetadas, los peines de hierro y la silla rusiente al fuego reproducían uno tras otro todos los suplicios del tártaro; en esta alegría sobrehumana y en este empeño de grabar sobre su cuerpo todas aquellas heridas con las que quería adornarse para presentarse a Cristo, reconocemos la virtud que el Señor comunica a sus atletas; la admiramos, pero sentimos que esto es un don gratuito, del que nuestra fidelidad y nuestra recompensa eterna no puede depender. El ejemplo de Jesús nos enseña que Dios no condena las angustias de nuestra naturaleza, y la virtud más alta del cristiano se puede contentar con dominarlas sin pretender ahogarlas.

Este aspecto de la agonía lo ha iluminado Reuss: no ha visto más que esto, es su punto vulnerable, pero al menos ha expresado bien esos sentimientos: «No hay que dudar: el texto habla de una prueba soportada por Jesús en el huerto de Getsemaní, y el sentimiento cristiano dejándose llevar de la impresión producida naturalmente por un relato tan sencillo como conmovedor, no ha tenido dificultad en comprender las angustias de esta alma, en simpatizar con su lucha dolorosa, y en edificarse de su triunfo. Lejos de temer que la dignidad del Señor se haya menoscabado al sufrir, los tres narradores se complacen en pintar el estado de su alma con los colores más sombríos. Amontonan los sinónimos para describir su abatimiento, mientan su agitación, una agonía, una lucha suprema, y por decirlo así, desesperada... Osaremos añadir que al poner frente por frente de este profundo decaimiento el aviso repetidamente dado a los Apóstoles, los evangelistas no se vuelven atrás ante la posibilidad de que esta misma amonestación se dirigiera también a Aquel que la pronunciaba, y que sentía la necesidad más que otro alguno. Pero tienen cuidado también, con gran sencillez exenta de afectación, de hacernos ver cómo Jesús domina sus sentimientos y encuentra la serenidad de su espíritu en aquella gozosa unión de su voluntad con la del Padre, que señala en otros sitios como el sello más auténtico de su unión y de su superioridad. Toda esta narración es, pues, tan edificante como inteligible desde el punto de vista religioso y psicológico. El fin ideal del cristiano es la victoria alcanzada de la debilidad humana, con la ayuda de la fuerza que viene de Dios, y desde este plano, tal ideal no se encuentra realizado en parte alguna tan perfectamente como en esta escena de Getsemaní, que sería la página más sublime de un poema, si no fuese el rasgo más divino de una historia».

Todo esto, no obstante, no nos introduce en el corazón del misterio: Llegaremos un poco más, recordando antes otras escenas evangélicas que ayudan a interpretar esta de ahora. Y primero, la tentación: En el umbral de la vida pública se presenta como una lucha parecida a la de la agonía: Satanás acomete al Hijo de Dios, y los cuadros que le representan para seducirle dejan ya presagiar los que va a ponerle ante los ojos para rendirle

en Getsemaní. Es, ante todo la perspectiva de un mesianismo nacional y triunfante, arrastrando en pos al pueblo entero de Israel en un avance gozoso, unánime, e irresistible; desde la montaña de la tentación, Jesús había ya divisado semejantes perspectivas. Aquel espejismo brillante que Satanás le urgía a realizar no le quiso, y toda su vida quedó lastimada; estas muchedumbres, que tantas veces le han aclamado con entusiasmo y que han querido hacerle rey, poco a poco se han separado de esa vocación demasiado elevada para ellas, porque desesperaban reducirla a su medida, y oye ahora el hosanna de los ramos, y escucha subir *el talle, talle, crucifige*. Es su condenación, pero es también la de su pueblo: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» De este modo, su venida al mundo, sus trabajos, sus milagros y sus enseñanzas servirán sólo para condenación de los que más ha amado en este mundo. «Si yo no hubiese venido y no les hubiese hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen excusa alguna de su culpa» (Jn., XV, 22). Recuérdese aquí el grito de dolor de San Pablo: «Digo la verdad en Cristo y no miento, dándome la conciencia testimonio en el Espíritu Santo que tengo una pena grande y un dolor continuo en mi corazón. Porque yo desearía ser anatema de Cristo por mis hermanos los consanguíneos míos según la carne, los cuales son israelitas, de quienes es la adopción de hijos, la gloria y la alianza, la legislación y el culto divino, las promesas y los patriarcas» (Rom., IX, 1-4). Este dolor de San Pablo no es nada en comparación del de Cristo, primeramente, porque su amor por su pueblo es infinitamente menos ardoroso que la caridad de Jesús; después, porque él no tiene como su maestro este motivo tan cruel de angustia; su muerte y su mismo sacrificio va a producir la desdicha de su pueblo. San Pablo deseaba ser anatema, Jesús lo quiso y lo fué; pero esta misma generosa entrega es la que ha originado su ruina. A algunos pasos de aquí, sobre este mismo monte de los Olivos, hace apenas algunos días que Cristo miraba llorando a Jerusalén: «¡Si hubieras querido!» Jerusalén no lo quiso, los días de la visita se pasaron, el del gran crimen llega, y pronto amanecerá el del castigo. Y sin duda que el tentador, ahora como en el monte de la cuarentena, está representando a Jesús, que, de haberlo querido, su ministerio hubiera sido un triunfo, y su pueblo hubiera quedado salvo.

Más cerca de sí que a su pueblo, ve Jesús al grupo de sus Apóstoles, y aun en él encuentra tristeza. Y primero, por Judas. Ya hemos comentado el relato de la Cena y recordamos las predicciones angustiosas de Cristo: «En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición... El que mete conmigo la mano en el plato éste me entregará. Y el Hijo del Hombre va a la muerte como está escrito de él, pero desdichado de este hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado, mejor le estuviera no haber nacido» (Matth., XXVI, 21-24). Se siente pasar por estas palabras todo el horror de un crimen y el pavor de un castigo; pero ya ha sonado la hora, e inmediatamente se presentará Judas; empeñado en su infame proyecto, Satanás entró en él, pero Jesús le ama todavía y le dirá a su recibimiento: «Amigo, ¿a qué has venido?» (Matth., XXVI, 50). En este instante, más que nunca, experimenta el amor que le tortura, como una madre que ve la ingratitud de su hijo único por cuya salvación da la vida, y que, en aquel preciso momento, se siente rechazada y traicionada por él.

Y de los demás, ¿qué consuelo recibe el Señor? No ve más que sopor y letargo, y siéntese ya la tentación terrible que va a caer sobre ellos. En vano les advierte y les urge a

orar; se duermen, y de aquí a un instante todos andarán dispersos y Pedro negándole. Y encima otro dolor que le oprime por su causa: el de las persecuciones, a las que les dejará expuestos. Sobre todo, durante los últimos días de su vida, estas sombrías perspectivas se presentaban a su espíritu: las hemos observado en el gran sermón escatológico (Mc., XIII, 9-13), y las hemos vuelto a hallar en el discurso de después de la Cena (Jn., XVI, 1-4; 20-22). En estas ocasiones se siente el cuidado de precaver a sus Apóstoles contra los males que les esperan, y se reconoce además la tierna compasión de Jesús, que ve a los que tan profundamente ama, débiles y expuestos a pruebas terribles: «Seréis odiados de todos por causa de mi nombre. Llega la hora en la que cualquiera que os haga morir creerá que hace servicio a Dios. Vosotros lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará.» Estos cuadros eran ya de suyo pavorosos, y no obstante no ha podido detallárselos a sus Apóstoles tal cual los veía. Tiene delante de los ojos esas persecuciones que sólo concluirán con el fin del mundo; contempla a su Iglesia pasando sobre la tierra como El atravesará en seguida las calles de Jerusalén entre insultos, silbidos y golpes. Cuando se aparezca a Saulo en el camino de Damasco ha de decirle: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Es que verdaderamente todas las contusiones de sus fieles le hieren a Él en persona, no es una metáfora el que ellos sean sus miembros y El su cabeza.

En su agonía la sangre corre por todo su cuerpo. San Agustín descubre aquí una imagen de la pasión de la Iglesia: ella es verdaderamente el cuerpo de Cristo y está cubierta con su sangre; en todos los países y en todos los siglos ha sido golpeada en sus mártires, que en sus agonías clamarán a su Señor: recordemos, por ejemplo, este rasgo tan emocionante de las Actas de Santa Agatónica: a la vista de los suplicios de los Santos Papila y Carpo, lanzóse llena de ardor, gritando : «¡Este festín también se ha preparado para mí!» Pero si el espíritu está pronto, la carne es flaca, y cuando las torturas la oprimen, grita con angustia: «¡Señor, Señor, socorro, en ti confío!» Cristo la escucha, la tranquiliza y recibe su alma. Pero en esta noche, ¿quién oye a Jesús? Está solo, o mejor, no: de toda la tierra sube hasta El este clamor de los santos: «¡Señor, Señor, auxílianos!», y si puede calmar estas angustias es porque El mismo se ha visto apretado de ellas.

Y los mártires, ¡ay!, no son los únicos en su Iglesia. Hay pecadores y hay apóstatas; no hay más que un Judas entre doce Apóstoles, pero en la inmensidad de la prolongación de la Iglesia, ¿cuántos habrá que contar? San Pablo escribirá: «¿Quién es débil sin que yo no lo sea con él, y quién se escandaliza sin que yo me abraze?» (II Cor., XI, 29).

Pero, ¿y qué comparación entre Pablo y Cristo? El sentía sin duda las miserias y las caídas de aquellos cuyo padre era, pero jamás fueron sus miembros, y aun cuando se separaran de su lado, no les arrancaba de su vida. Cristo, por el contrario, siente dolor de esta unión rota, y a todos estos desdichados vuelve a decir como a sus Apóstoles: «Permaneced en mí»; no le oyen y se separan, miembros estériles y muertos, buenos sólo para el fuego. .

San Pablo, viendo la inconstancia de sus gálatas, les decía: «Y qué, ¿ha muerto



acaso Cristo en vano?» (Gal., 11, 21). Este grito doloroso subía al corazón de Jesús en esta noche de agonía. ¿No morirá en vano?, o mejor, ¿su pasión no iba a ser para tantos hombres, como para Jerusalén y la nación judía, la causa de una responsabilidad más grande y de una condenación más severa? «Si yo no hubiera venido, no tendrían pecado, pero ahora no tienen ya excusa de su culpa.»

Y todo esto no nos hace llegar aún a lo que hay de más amargo y de más profundo en estas torturas. Para comprenderlo, es menester penetrar hasta lo que el Hijo de Dios tiene de más íntimo: la unión con su Padre.

Para internarnos en este gran misterio, poseemos no sólo la ayuda de los Evangelios, sino la de San Pablo en la carta a los Hebreos. Después de explicar que tenemos en Jesucristo un sumo sacerdote que puede compadecerse de nuestras miserias, prosigue:

(V-1-10): Y, efectivamente, todo sumo sacerdote elegido de entre los hombres es constituido para bien de los hombres en las cosas tocantes a Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; él puede ser indulgente con los ignorantes y extraviados, ya que él mismo se encuentra revestido de flaqueza, y por esta razón de su flaqueza debe ofrecer víctimas por sus pecados y los del pueblo. Y nadie se atribuye a sí este honor, sino el que es llamado de Dios, cual Aarón. Así también Cristo no se dió a sí mismo la gloria de llegar a ser sumo sacerdote, sino que la tiene de Aquel que le dijo: Tú eres mi hijo, hoy te engendré; como también dice en otro pasaje: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

Este es Aquel que en los días de su mortalidad, habiendo ofrecido con gran clamor y lágrimas, súplicas y plegarias al que podía librarle de la muerte, y habiéndosele escuchado por su reverencia, aprendió, con ser hijo, sufriendo, la obediencia, y consumado en la perfección, vino a ser para todos los que le obedecen causa sempiterna de salud, proclamado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.

«Sobre este particular-añade todavía el Apóstol-tenemos mucho que decir y cosas difíciles de explicar.» No tendremos, pues, la presunción de agotarlas nosotros, pero al menos podemos considerar y comprender la agonía y la oración del Salvador. Este párrafo no es único en la epístola a los Hebreos. En el capítulo II, 9-11, leemos: «El que se había hecho menor que los ángeles, Jesús, le vemos coronado de gloria y honor por su pasión y muerte, para que por merced de Dios gustase en bien de todos la muerte. Porque le estaba bien a Él, por quien y de quien son todas las cosas, que llevando a gloria a muchos hijos, diese al autor de su salud por medio de los padecimientos la última perfección»; y en el 17-18: «Por lo cual debió asemejarse en todo a los hermanos para que fuese compasivo y fiel sumo sacerdote en lo que tiene orden de Dios, para expiar los pecados del pueblo, porque siendo probado por los padecimientos, puede socorrer a los que son tentados.»

Por todos estos textos enseñanos Dios el papel del padecimiento en toda la vida de Cristo. Sabemos bastante bien que el sufrir nos forma y nos perfecciona, y aquí vemos a Jesús perfeccionado en esta escuela y sujeto a este duro aprendizaje. Es cierto, sin embargo,

que es Hijo de Dios, y el autor sagrado nos lo recuerda en este mismo texto. Es, pues, infinitamente perfecto por su naturaleza divina, y el sufrimiento no puede traerle perfección alguna que le falte, ni revelarle cosa que ignora. Pero lo que sí puede darle es una experiencia humana dolorosa, que debía poner la última perfección en su oficio de cabeza y de sumo sacerdote de los hombres: si se hubiera encarnado en una humanidad desconocedora de la caída y del castigo, no hubiera tenido que aprender tampoco esta dura lección de la prueba, a la que nosotros mismos, sus hermanos, no estaríamos sujetos. Pero el linaje del que es jefe, es esta culpable y paciente, y en la que «todas las cabezas están abatidas y todos los corazones doloridos». Para ser verdaderamente nuestro hermano y el modelo que nos instruye, consuela y arrastra, Jesús no podía atravesar el mundo impasible y sonriente: le convenía llevar la parte de nuestros males, y a este precio, «siendo tentado por el sufrimiento, puede socorrer a los que también son probados»; «puede ser indulgente con los ignorantes y con los que yerran, ya que El mismo se revistió de debilidad».

Estas consideraciones tan profundas y tan conmovedoras son un gran consuelo para todos los cristianos. Quien ama a Cristo no puede considerar la Pasión sin sentirse dolorosamente emocionado, y esta emoción es aún más viva por cuanto cada uno de nosotros tiene su parte de responsabilidad en este inmenso infortunio, pues fué triturado por nuestros pecados. Lo que más eficazmente puede consolar este dolor es la idea de que estos sufrimientos han sido para Cristo el medio de su grandeza, o como lo dice el autor sagrado, de su perfeccionamiento.

Y esta gran idea de Cristo cabeza de un linaje formado y perfecto por el dolor, se completa aún con la concepción del sacerdocio de Cristo. Este sacerdocio, nos asegura el Apóstol, es una gloria que Jesús no se ha atribuido a sí mismo; la recibió del que le dijo: «Tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedec.» Es una gloria pero además una carga pesada. Dios quiere que el sacerdote que intercede por las faltas de todos sea solidario de todas y lleve las debilidades de todos. Los otros sacerdotes, sacados de las filas de los hombres pecadores, siéntense ellos mismos débiles y pecadores, y ante Dios han de ser humildes con sus hermanos e indulgentes. Al aceptar la carga del sacerdocio, el Hijo de Dios no repudia esta ley común, sino que quiere también «revestirse de debilidad», y así se nos muestra en el huerto «presentando con gran clamor y lágrimas oraciones y súplicas»; es que está herido por nuestros sufrimientos y lleva el peso de nuestros pecados. Esto es lo que da a su oración este acento de humildad, digamos mejor, de confusión, tan nueva para Él, y que revela un dolor tan agudo cuando se piensa que quien así ruega es el Hijo de Dios.

Esta súplica viene recordada casi en términos idénticos por los tres sinópticos, y su coincidencia es, además, de mayor significación, ya que San Lucas, en el relato de la Pasión, es, por lo general, más independiente. Se puede creer que los tres Apóstoles escucharon esta plegaria, que Jesús, como observan ellos (Mc., XIV, 39), repitió diversas veces: «Abba, Padre, todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Mc., XIV, 36).

Todo nos trae aquí a la memoria el recuerdo de la oración que Jesús enseñara antes a sus Apóstoles: ya hemos dicho al comentar el Padrenuestro que probablemente había Jesús enseñado la oración dominical a sus discípulos en este monte de los Olivos, que ahora en la gran crisis de la Pasión brota de todos los textos evangélicos; es lo que hay de más íntimo en el alma de Jesús, y que se nos revela bajo la presión del dolor. Ya se hizo notar al comparar la oración dominical con la súplica sacerdotal de Cristo, pero siéntese mejor ahora en este relato de la agonía: «Orad -dice a sus Apóstoles-, para que no entréis en la tentación»; ¿no es esto un eco de su plegaria: «No nos dejes caer en la tentación»?; y sobre todo, la súplica que repite: «Padre, que se haga tu voluntad y no la mía», ¿no es lo que también nos enseñó a repetir: *Pater, fiat voluntas tua*? Pero entonces nos enseñaba esta oración cuando se complacía lleno de gozo en la voluntad de su Padre (Lc., X, 21) y ahora la repite cuando, por vez primera, su voluntad experimenta una repugnancia terrible por este cáliz que Dios le presenta. Este texto alumbrará más tarde a los teólogos y les permitirá distinguir con certeza en Nuestro Señor las dos voluntades pertenecientes a sus dos naturalezas, divina y humana. Es un rasgo más por el que acaba de manifestarnos la verdad de su encarnación. En efecto, ha tomado todo lo de nuestra naturaleza, excepto la culpa.

Maldonado anota en este sitio: «Cristo en esta oración habló como un hombre a quien la voluntad divina le fuese imperfectamente conocida, y que no tuviese bastante fuerza para dominar la muerte.» Así nos manifestaba la repugnancia de su voluntad humana, pero nos enseña con su ejemplo a someternos a la voluntad divina, regla suprema a la que su voluntad humana estaba infaliblemente unida: *quae placita sunt ei, facio semper*.

¿No le reconocemos aquí como San Pablo nos le presenta, revestido de debilidad y capacitado por esto para ser indulgente con los ignorantes y extraviados? Y esta misma debilidad hace más persuasiva la lección que nos da: «Padre, todo te es posible.» Es su primera palabra en esta hora crítica en la que ve a Judas caminar con su tropel de hombres armados: sabe que Dios lo puede todo y que en cualquier instante que intervenga, su acción todopoderosa lo salvará; detendría a Judas, a Caifás, a Pilato y a los verdugos del Calvario. Pero si no quiere interponerse, que su voluntad se cumpla; es lo que importa; la de Cristo, que no se tome en cuenta.

Y entonces, nos dice San Lucas, aparece un ángel del cielo que le conforta: este rasgo recuerda aún la escena de la tentación: entonces también se presentaron los ángeles, pero para servirle; la lucha estaba concluida; Jesús había triunfado de Satanás, pero aquí la agonía va a ser todavía más terrible, ya que inmediatamente después de la visita del ángel se menciona el sudor de sangre. Estos dos incidentes han parecido tan sorprendentes a muchos lectores, que buen número de manuscritos de San Lucas les han omitido. Se encuentran no obstante ya en San Justino y San Ireneo, y se comprende bien que cierto respeto mal entendido los haya hecho pasar por alto, mientras no se explica lo que originó su inserción en este relato. Recuérdese lo que leemos en la carta a los Hebreos: «Fue colocado por su encarnación un poco más bajo que los ángeles», y no es sorprendente que esta humanidad, tan terriblemente acabada, fuera sostenida por un ángel. Cuanto al sudor de

sangre, hay otros casos citados, y se concibe sin dificultad que los Apóstoles que vieron venir a Jesús hacia ellos tres veces durante la noche, quedaran impresionados por esta vista y guardasen su recuerdo.

Pero lo verdaderamente y sobre todo digno de conocer es la agonía íntima de la que este sudor de sangre no fué más que un síntoma. Para penetrar por completo este misterio, es necesario comprender lo que es el pecado, lo que es Dios y lo que es la unión del Padre y del Hijo. Todo ello nos sobrepasa infinitamente: hay, sin embargo, que hablar, y lo poco que podamos entender ha de sernos precioso.

Lo que observamos primeramente es esta distinción entre la voluntad humana de Cristo y la voluntad del Padre: «No lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.» Es una nota que no habíamos oído jamás en el Evangelio; hasta ahora Jesús, viviendo en la intimidad del Padre y dependiente en absoluto de su vida, no quiere sino lo que su Padre quiere: «Mi manjar es cumplir la voluntad del que me envió.» Es su fuerza, su gloria y su luz. Prosigue su ocupación aquí abajo con los ojos puestos en esta voluntad, que tan bien conoce, y en la que se complace. Que le obliguen a hacer milagros, a manifestarse, o a esconderse, es indiferente a todas estas humanas sugerencias; de lo alto, de su Padre, espera la dirección y el impulso: «Lo que le agrada, eso hago siempre.» Y ahora, ¿de dónde viene tal desavenencia: «No mi voluntad, sino la tuya»? No es ciertamente de una resistencia al querer del Padre; esta oración dice bastante su total sumisión, pero este querer santo y amado no se deja sentir, y el contacto sensible que arrastraba a Jesús se perdió; su Padre está lejos de Él como se lamentará pronto en la cruz; es más, su Padre le ha abandonado. De aquí esta oración que Maldonado tan bien interpreta en el pasaje transcrito antes: «Jesús habla como un hombre a quien la voluntad divina le fuese imperfectamente conocida, y que no se sintiese con fuerzas para arrostrar la muerte.» Este dato es certísimo, y nos lo apoya el Evangelio a continuación: ¿quién será capaz de calcular su alcance? Hemos observado más arriba que la vida de Jesús estuvo toda entera colgada de la de su Padre: de la tierra no tuvo consuelo alguno, ni apoyo ni gozo; todo le venía de lo alto; y repentinamente el cielo se cierra, y tras esta unión que ha llenado su corazón de hombre de una felicidad de la que no tenemos idea, viene el abandono y la soledad.

Y la impresión primera es la de un hombre que ha perdido el sentido completo de su vida: es el vértigo en la noche; de aquí el desorden y la angustia de esta plegaria: «Si es posible, que este cáliz se aparte de mí. Pero que no se haga lo que yo deseo, sino lo que quieres tú.»

Lo que hace este dolor infinitamente cruel es el peso de las culpas de que Cristo está cargado, y que le agobia. Si se ve así separado de su Padre, distinguiendo apenas esta voluntad que era hasta entonces su alimento y su vida, es que entre Él y su Padre hay un obstáculo que detiene toda efusión de su parte, todo consuelo de parte de Dios: son nuestros pecados. Es lo que profetizaba Isaías: «El tomó sobre sí nuestros sufrimientos, y se cargó de nuestros dolores, y aparecía a nuestras miradas castigado, herido de Dios y humillado.

Fué traspasado por nuestras iniquidades y deshecho por nuestros crímenes; el castigo que nos salvó vino sobre él, y por sus heridas hemos quedado sanos.» Es lo que con más fuerza aún significará San Pablo: «El que no conocía pecado, le hizo Dios pecado por nosotros para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en El» (II Cor., V, 21) y: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición porque está escrito: maldito es todo el que está colgado en un madero, para que la bendición de Abrahán se verificase en favor de los gentiles en Cristo Jesús, a fin de que por la fe recibamos la promesa del espíritu» (Gal., III, 13). Tales textos están exactamente explicados por el P. Prat: «No hay propiamente sustitución de personas, sino solidaridad de acción. El pecado no se transfirió de los hombres a Cristo, sino que se corrió de los hombres a Cristo, representante de la naturaleza humana, y, por lo mismo, la justicia de Dios no se transfirió de Cristo a los hombres, sino que se extiende de Cristo a los hombres, cuando éstos, por la filiación adoptiva, se revisten de la naturaleza divina. Jesucristo, como cabeza del género humano, cuya causa representa y cuyos intereses abraza, personifica el pecado; se ha hecho pecado por nosotros, no en vez de nosotros, mas para nuestro provecho, porque al hacerse solidario de nuestra suerte, nos asocia a su destino; así, viniendo a ser pecado por nosotros, nos convierte en justicia de Dios en El»; y un poco más adelante: «En nuestro orden de providencia, en el que se obra la redención según el principio de la solidaridad, Jesucristo debe ser hombre para rescatar a los hombres, sujeto a la Ley para librar a los sometidos a la Ley, miembro de una familia pecadora para salvar a los pecadores, revestido de la carne para vencer la carne en su propio terreno, estrechamente asociado a los culpables para hacer brotar en ellos su justicia, sujeto, en una palabra, a todas nuestras enfermedades y a todas nuestras miserias, para ser el pontífice ideal capaz de abrimos las puertas del cielo».

Me he detenido un tanto en citar este comentario para descartar, en una cuestión tan delicada y discutida, las falsas interpretaciones que se han producido: y primero, las blasfemias de los antiguos reformadores. Para ellos, Cristo en su Pasión sufriría los tormentos de los condenados, el sentimiento de la separación de Dios y la desesperación; así lo enseñó Calvino.

Igualmente se expresaron además los luteranos, por ejemplo, Quenstedt: «Cristo padeció la muerte eterna y los tormentos del infierno, no después, sino antes de su muerte temporal, en el huerto de los Olivos y en la cruz».

Como sucede siempre, estas exageraciones blasfemas han provocado una reacción también exagerada en el seno de la reforma. El protestantismo liberal no ha querido ver en la redención más que un ejemplo conmovedor de amor y de abnegación: es la tesis particular desarrollada por Sabatier en su libro sobre *La doctrine de l' Expiation et son évolution historique*: en la p. 69 escribe: «En la obra de la salvación de los pecadores, Jesús no tenía que hacer nada con Dios, cuyo amor había tomado y guardado para siempre la iniciativa del perdón. Dios no tenía necesidad de acercarse al hombre ni de reconciliarse con él; mas el hombre es quien necesita ser llevado a Dios. Pero la obra necesaria para realizarlo no era, por eso, menos inmensa y urgente. Y pues el perdón de los pecados y la vuelta a Dios de los que están separados de El no puede lograrse más que por el

arrepentimiento, la obra de Cristo sería realizar en el individuo y en la colectividad este estado de arrepentimiento, en el que sólo el perdón del Padre puede tener su eficacia. Así obran la Pasión y muerte de Cristo en el alma de los pecadores. Es el más poderoso llamamiento a penitencia que ha escuchado nunca el hombre, y también el más eficaz y el más fecundo en maravillosos resultados. La cruz sólo es la expiación de los pecados en cuanto que es la causa del arrepentimiento, al que está prometida la remisión ... Desde que el drama del Calvario se reduce así a su verdadera naturaleza, se convierte en lo que fué, un drama humano e histórico, el mayor y el más trágico de toda la historia. Toda magia de rito sacerdotal y toda ficción jurídica se desvanecen, y volvemos a encontrarnos en la realidad de la vida moral.» No se necesita una discusión larga para demostrar que así se evapora todo el misterio de la redención; con esta magia de rito sacerdotal queda borrada la epístola a los Hebreos; con esta ficción jurídica, desaparece la teología de la carta a los Corintios y la de los Gálatas; nada queda del gran dogma tan conmovedor y fecundo de la solidaridad humana, y Cristo no es ya el cabeza de los hombres; si ha sufrido, no es como solidario de la humanidad culpable, y si nos ha salvado, no es como a miembros que ha vivificado; todo se ha roto y disuelto en el individualismo: Jesús no es más que un ejemplo para nosotros, del que nuestra vida no depende ya, pero sobre el cual debe, por su propio esfuerzo, modelarse. Y antes que nada, este drama del Getsemaní queda todo desfigurado, y sólo permanece la angustia de un hombre infortunado que ve su obra incompleta y siente cercana la muerte.

Si queremos apartarnos de este racionalismo estéril y entrar en la gran corriente cristiana, volvamos a leer estos textos de San Pablo que citábamos ahora: «Al que no conocía pecado, le hizo Dios pecado por nosotros, para que fuésemos justicia de Dios en EL» «Cristo nos libró de la maldición, haciéndose maldición por nosotros.»

Podremos aún recordar en este sitio una de las páginas más sorprendentes del Antiguo Testamento: Isaías cuenta la visión que tuvo de la majestad divina, y exclama inmediatamente: «Desdichado de mí, perdido soy porque me veo hombre de labios impuros, que vivo entre un pueblo de labios también manchados, y mis ojos han visto al Rey Yavé de los ejércitos» (VI, 5). Es una lejana imagen de lo que sintió en esta noche de agonía el Hijo de Dios. El Señor todopoderoso, e infinitamente santo, tiene una visión con la cual la de Isaías no puede compararse, e infinitamente mejor que el profeta experimenta a la vez la vergüenza del pecado. Hasta entonces sufrió con este contacto, y decía con tristeza e indignación: «Raza incrédula y perversa, ¿hasta cuándo he de estar entre vosotros?, ¿hasta cuándo os he de sufrir?» (Mt., XVII, 17). Pero si este contacto lo sentía tan dolorosamente, al menos no se veía mezclado con esta masa perversa; de los hombres había dicho: «Vosotros sois malos», pero de sí mismo: «¿Quién me convencerá de pecado?» Hoy no habla ya así; personalmente es puro y persiste en su pureza. El es el leño verde y los otros el seco; pero, sin embargo, se ha hecho solidario de las faltas de todos y lleva su vergüenza, y con tanta verdad y con tanta confusión como Isaías puede decir: «Vivo en medio de un pueblo de labios impuros y mis ojos han visto al Rey Yavé de los ejércitos.»

Añadamos que estas culpas que lleva las ve con una clarividencia cual ningún

hombre la tendrá jamás: «El conoce lo que hay en el hombre»; hasta esos repliegues que nosotros no osamos poner a plena luz los penetra.

Para el pecador que se arrepiente tiene siempre tesoros de misericordia; para la pecadora, para la mujer adúltera, para el hijo pródigo; pero aunque se muestre de continuo presto a perdonar, no es porque haya desconocido la gravedad de la falta, ni el carácter sagrado de los derechos de Dios; pues sabía que pagaría nuestras deudas, satisfaciendo la justicia de su Padre y dejando el campo libre a la misericordia. Ahora llegó ya el momento de esta satisfacción y siente su carga inmensa.

Jesús, no obstante, se levanta y vuelve junto a los tres Apóstoles (Mt., XXVI, 40-46; Mc. XIV, 37-42; Lc., XXII, 45-46). Al ir hacia ellos, no ignora el poco consuelo que ha de encontrar. Las advertencias reiteradas que les ha dirigido durante la Cena y la predicción de su abandono demuestran que no tenía ilusión alguna; se dirige, sin embargo, a ellos, sencilla y humildemente, como un hombre que sufre y que busca apoyo. Quería mostrarles así su agonía y despertar en ellos el efecto que el sopor embotaba, y que es la fuerza mejor. Quería, ante todo, unirles a sus padecimientos: en esta angustia mortal que el Hijo del Hombre sufre por todos los hombres, no convenía que estuviese solo, sino que el hombre pecador se le asociase, siquiera en la persona de algunos de sus Apóstoles; sería un dolor terrible, pero ¡qué gracia tan incomparable! Cristo quiere ofrecérsela a sus privilegiados, pero no la comprenden y la dejan pasar. Únicamente en la fase postrera de este suplicio verá Jesús a San Juan ocupar el puesto que todos debían haber llenado al pie de la cruz.

Jesús les encuentra dormidos y se dirige a San Pedro, que más que los otros había protestado de su fidelidad: «Aunque todos te abandonen, yo no te abandonaré.» Y no ha podido velar una hora. Cristo le reconviene dulcemente: «¡Simón!» Este nombre no se vuelve a hallar en San Marcos después de la vocación de Pedro al apostolado (II, 16), y es que, efectivamente, Jesús le encuentra esta noche cual era antes de aquella vocación. Pronto y para siempre será ya Pedro; hasta aquí se le ha prometido esta firmeza incommovible, pero todavía no posee más que las arras de este don incomparable. De momento, las gracias de Dios, que le ilustran y le sostienen, hacen presagiar lo que será, y después cae, con toda su debilidad.

Jesús, sin embargo, no se dirige a él únicamente, sino a los tres: «Velad y orad para que no entréis en tentación.» Este sopor y esta tristeza que los oprime no es más que el comienzo del asalto; es el caer de las tinieblas que envuelven el alma y que en seguida van a apresarla; que rueguen mientras tienen a su lado al Maestro y mientras el alma se siente entumecida, pero no del todo derribada. «Porque el espíritu está pronto, mas la carne es flaca.» A la vez que una advertencia, esta frase del Salvador es una excusa indulgente; deja entender a sus Apóstoles que no pone en duda la sinceridad de su afecto, pero tampoco la debilidad de su querer.

San Lucas observa que esta postración provenía de la tristeza. Llevaban ocho días en un estado de sobreexcitación y de angustia; las últimas horas, la Cena y el sermón de Jesús, habían hecho más vivas aún estas impresiones, y ahora, después de la sobreexcitación, se presentaba el abatimiento: sienten el peligro muy próximo, sin poseer el ánimo de mirar cara a cara esta crisis tan frecuentemente predicha, y de la que siempre han apartado sus miradas; ven a su mismo Maestro reducido por el temor y la angustia, a punto de muerte; su poder y su serenidad de espíritu eran hasta allí su mejor apoyo; ahora les falta de repente esta ayuda, y comienzan a desfallecer y a verse presas del vértigo.

Contra esta tentación verdaderamente terrible, Jesús les había prevenido muchas veces y no le escucharon; ¡se creían tan seguros de sí mismos y de El!; Les advierte aún con insistencia que se defiendan por la oración, pero no encuentra en ellos la energía suficiente; se sienten cortados y no saben qué responderle; pero otra vez se dejan vencer por el sopor.

Y así tres veces; ya la última les dice: «Dormid y descansad».

Este sueño fué bien pronto interrumpido: el traidor se acercaba y Jesús les da la voz de alerta: «Llegó la hora, basta; he aquí que el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vámonos. El que me entrega está ya cerca» (Mc., XIV, 41-42).

## **II.-EL PRENDIMIENTO**

Los cuatro evangelistas han descrito detalladamente el prendimiento del Señor, y en sus narraciones hallan los exegetas ligeras diferencias; para el historiador, estos matices diversos son preciosos, porque le señalan distintas fuentes de información.

En los cuatro evangelistas, una figura aparece en primer término de esta escena: la de Judas. Es el que ha ideado el plan y el que le lleva a término. En todos sus pasos se siente una perversidad profunda y encallecida. Es admirable, primeramente, la reserva de los evangelistas; prohíbense, sobre el traidor, toda frase de indignación, y para notar lo odioso de su crimen se contentan con decir: «Judas, uno de los doce»; nota tan discreta omitida en San Juan, que dice únicamente: «Judas, que le entregaba.»

Detrás del traidor venía una gran muchedumbre, armada con espadas y palos, «dispuesta por los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y de los ancianos» (Mc., XIV, 43): los tres grupos que formaban el Sanedrín se aunaron, pues, para este golpe de mano, y los jefes vinieron, queriendo dirigir por sí mismos esta operación de policía a la que daban tanta importancia. Obtuvieron, además, del gobernador romano un destacamento de soldados, pequeño pelotón que no interviene directamente y no tiene otra misión que



sostener, en caso de necesidad, a los guardas judíos; los enemigos de Jesús temen mucho a Él y a sus partidarios y lo prueban todos sus pasos. Los romanos están, pues, allá, para intervenir con mano fuerte; pero los satélites judíos son los encargados de prender a Jesús. Como no hallaron resistencia, operaron ellos solos. Llegan «provistos de linternas y de antorchas»; sin duda que es época de luna llena; pero esta claridad problemática no bastará, tal vez, para dirigir a los judíos entre la maleza de los olivos y en el fondo de los escondites adonde el Señor puede hallarse oculto. Para mayor seguridad aún, Judas había convenido con su tropa en una señal, por la que designaría a Jesús: un beso; la demostración de afecto y de respeto que el discípulo daba a su maestro al encontrarle: Jesús señalará este golpe doloroso y se lo hará sentir al traidor. Se pregunta por qué los agentes tenían necesidad de una señal para reconocer a Cristo, a quien tan frecuentemente habían visto. Podían estar durante la noche menos seguros de sí mismos, y sin duda temían cualquier lazo de Jesús, por el que se les desapareciese, o de alguno de sus discípulos, dejándose prender por El. Lo que es todavía más odioso por parte de Judas es la recomendación que hace a su fuerza: «Sujetadle bien y llevadle con cuidado.» Ha visto tantas veces a su Maestro escaparse de las persecuciones y pasar por entre sus enemigos, y tiene miedo que esta vez también no se le vaya de las manos; y él, pagado para ello, debe procurar que la aprehensión sea sin obstáculos y que su prisionero pase a poder del Sanedrín.

Acababa la cuadrilla de pasar el valle de Cedrón y avanzaba entre los huertos a la luz de la luna y a la claridad de sus antorchas, cuando de repente ve surgir ante sí a Jesús, que termina de dejar a sus Apóstoles y que se dirige a sus enemigos. Judas va hacia El, le besa y le saluda: «Maestro.»

Cristo se estremece ante tal hipocresía: «Amigo, ¿a qué has venido?» (Mt.). «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» (Lc.). La primera de estas dos preguntas logra en nuestra lengua un acento más tierno que en el original: es el apelativo con el que el señor del festín designaba al invitado que entró en la sala sin tener la vestidura nupcial (Mt., XXII, 12). A esta severa advertencia añade Jesús, según San Lucas, una pregunta apremiante y patética; el nombre del Apóstol debía recordarle otros llamamientos oídos en otras ocasiones, y este título de Hijo del Hombre, tantísimas enseñanzas de Cristo sobre su misión mesiánica, sobre su Pasión, sobre su Resurrección y su gloria, y sobre todo, al principio de la frase, este reproche doloroso y tierno: «Con un beso...» Se reconoce en esto el carácter de Cristo, tan bien expresado por el P. Grandmaison: «Jesús, en una prueba sin límites, permanece igualmente lejos de toda fanfarronada como de todo apocamiento: ningún estoicismo, ningún desafío, ni la menor actitud buscada. No niega el mal, ni le atenúa. Sin dejarse dominar su voluntad fija y constante en la del Padre, su sensibilidad se estremece, tiembla, emite los sonidos más puros, más tiernos, o los más desgarradores».

Este supremo esfuerzo resbala sobre Judas como los anteriores, y Jesús se aparta del malhechor y va hacia sus enemigos: «¿A quién buscáis?» Quería hacer resaltar la espontaneidad de su muerte y defender con ello a sus discípulos. Los hombres armados a quienes así se presenta no esperaban ver venir a su encuentro a Aquel cuya prisión les parecía tan difícil, y repiten sencillamente el nombre que les han dado: «A Jesús de

Nazaret.» «Yo soy», respondió Jesús. Estas dos palabras habíalas ya pronunciado Cristo en otras circunstancias solemnes: a la Samaritana (IV, 26), a los Apóstoles consternados por la tempestad en el lago (VI, 20), a los judíos, cuando la fiesta de los Tabernáculos (VIII, 24, 28), y a los Apóstoles en el Cenáculo, al predecirles la traición de Judas (XII, 19). Para éste, por lo menos, debían venir cargados de recuerdos. Los agentes también están vivamente impresionados por semejante escena; ven a su guía detenerse acobardado, y al que buscan presentárseles como su dominador. Pregúntanse si tal vez este Mesías y taumaturgo no les va a herir por el rayo como antes Elías a los cincuenta hombres enviados para prenderle: se echan para atrás y caen en tierra. Cristo tiende así a hacer patente la espontaneidad de su sacrificio, y esta manifestación de poder será, como todas las del Evangelio, discreta y misericordiosa, advertencia antes que castigo.

Los enemigos de Cristo, admirados pero no convertidos, se rehacen. Avanzando de nuevo, Jesús repite la pregunta: «¿A quién buscáis?» -A Jesús de Nazaret. -Os he dicho que soy yo. Si pues, me buscáis a mí, dejad ir a éstos.» Se reconoce en este rasgo al buen pastor: el mercenario, al ver venir al lobo, huye, porque no le importa el rebaño, y el lobo se lleva las ovejas y las destroza; pero el buen pastor da su vida por sus ovejas: «Y no se me perdió ninguna de las que me diste.» Al defenderles así, no les ahorra sólo los insultos y las brutalidades del arresto; preservábales además de una tentación que hubiera estado sobre sus fuerzas. Como Jesús lo anunciara, uno solamente sucumbiría a esta prueba terrible: el hijo de perdición, que se había entregado a Satanás y había vendido a su Maestro.

Sin embargo, los Apóstoles no sienten aún su flaqueza, y viendo lo que se prepara le dicen: «Señor, ¿sacamos las espadas?» Y sin aguardar respuesta, Pedro tira su golpe, hiere a Maleo y le corta la oreja.

Jesús reprende al Apóstol: «Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que toman la espada, a espada morirán» (Mt.). Esta sentencia de Cristo iba a ser la regla de todos los mártires. Había dicho a sus Apóstoles: «Yo os envío como ovejas en medio de lobos» (Mt., X, 16). De esta paciencia heroica, que pide más ánimo que la lucha a mano armada, quiere dar ejemplo, y sus discípulos le comprenderán; uno, más fogoso que todos, el «Hijo del trueno», describirá en el Apocalipsis el encarnizamiento de la bestia que hace la guerra a los santos y que triunfa, y frente por frente de ella, «el Cordero inmolado desde el principio del mundo»; y añade: «El que tenga oídos, que oiga ... Si uno mata a espada, a espada morirá. Y mirad cuál es la paciencia y la fe de los santos» (Apoc., XIII, 7-10).

Y Jesús curó a Maleo, único milagro que realiza esta noche, milagro de compasión y de beneficencia, y con un enemigo.

Con todo, no quiere dejar pasar sin protesta lo indigno del tratamiento: «Como contra un salteador habéis salido con espadas y palos a prenderme; cada día estaba en el

templo enseñando a vuestra vista y no me cogisteis. Pero todo esto sucede para que se cumplan las escrituras de los profetas.» Hay aquí, ciertamente, el sentimiento de la injuria padecida, pero más aún la afirmación de la libertad de su sacrificio. Recuérdese la majestad que se imponía en otro tiempo a los vendedores del templo, arrojados a latigazos, sin que se atreviesen a resistir; a los emisarios de los fariseos, despachados para prenderle y que vuelven diciendo : «Ningún hombre ha hablado como este hombre» (Jn., VII, 46); a la turba, que con tanta frecuencia ha querido apedrearle y que no ha osado echarle mano (Lc., IV, 30; Jn., VIII, 20, 59; X, 39). Todo esto significaba esta frase: «Estaba todos los días en el templo y no me habéis apresado».

En todas las anteriores crisis, la rabia era tan viva como hoy. Jesús estaba sin defensa en manos de sus enemigos, y a pesar de todo, no podían arrestarle, porque aún no había llegado su tiempo; pero ya es al revés: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.» San Pedro no le defiende, y Jesús no quiere defenderse a sí mismo: «El cáliz que me dió mi Padre, ¿no voy a beberlo?» Se siente un eco de la oración de la agonía, pero un eco calmado; no dice Jesús: «Que este cáliz pase de mí.» El Padre se le presenta, y le recibe de sus manos, sin hacer un gesto ni decir una palabra para apartarlo.

«Entonces los discípulos le abandonaron todos y huyeron.» Es posible que el golpe de Pedro provocara una reyerta, durante la cual se amenazara a los discípulos con el prendimiento. Ciertamente, la tranquila resignación de Cristo acabó por desconcertarles, y si tenían aún bastante ardor sensible para organizar una resistencia a mano armada, no poseían suficiente ánimo para compartir la suerte de su Maestro y dejarse conducir con El; se aprovechan, pues, de la libertad en que se les deja, y huyen.

San Marcos añade: «Un joven le seguía, arropado en una sábana sobre el cuerpo desnudo, y le cogieron; pero él, soltando la sábana, se escapó desnudo.» Este incidente prueba que si los discípulos no hubiesen huido, y su fuga no hubiera sido amparada por Cristo, les habrían aprisionado con El. El rasgo parece estar referido según un recuerdo personal de San Marcos, y muchos comentadores han visto en este joven al propio evangelista; identificación que se haría aún más probable si se pudiese determinar que el huerto de Getsemaní era propiedad de María, la madre de Marcos.

Este último amigo de Jesús desapareció, y Cristo se encuentra solo en manos de sus adversarios. En adelante, no volverá a ver a los suyos más que para ser testigo de su caída (de Pedro), o de su dolor (de María y Juan al pie de la cruz). Sale de su agonía acabado por esta angustia mortal y por el sudor de sangre, y para El no habría ya más consuelo ni más reposo; sólo brutalidades de sus guardas, con la esperanza de las torturas de sus verdugos.

A todos los condenados, este primer apretón de la cautividad es siempre doloroso, y lo era sobre todo en esta época, en la que los prisioneros eran conducidos con una brutalidad sin compasión.

Estos son los tratamientos que Jesús comienza a padecer, y los Evangelios nos dan a conocer uno o dos rasgos solamente de los más odiosos: la bofetada en casa del sumo sacerdote, las salivas y golpes del cuerpo de guardia y la corona de espinas en el pretorio de Pilato; el resto se puede imaginar por parte de estos hombres, criados de los sacerdotes, y seguros de que todos los insultos serían homenajes a sus dueños.

En esta turba que rodea y arrastra a Cristo hay un hombre cuya presencia le es particularmente dolorosa: Judas quiere asegurarse de que el prisionero está bien amarrado y de que no se escapará más, y en seguida, por sí mismo, lo entregará a los sumos sacerdotes.

De todos los responsables de la muerte del Hijo de Dios, ninguno tan culpable como Judas. Los verdugos que clavarán a Cristo en la Cruz le hallarán dispuesto a interceder por ellos y a hacer valer su ceguera: no saben lo que hacen; Pilato tiene menos excusa: podía saber quién era Jesús; le preguntó largamente, reconoció su inocencia y, en fin, le entregó por debilidad; él mismo se condenó al decir al Señor: «Yo tengo poder para librarte y poder para condenarte»; y, no obstante, su responsabilidad ni iguala a la de Judas: «El que me ha entregado a ti ha cometido pecado mayor.» Los judíos, y ante todo sus jefes, son ciertamente más culpables que Pilato: por dos años han visto las obras de Jesús y escuchado sus enseñanzas; «no tienen, pues, excusa de su falta». Y con todo, San Pedro les dirá en su discurso de los Hechos, III, 17: «Yo sé que obrasteis por ignorancia, como también vuestros magistrados; pero Dios cumplió de esta suerte lo que vaticinó por boca de todos los profetas, que su Cristo padecería.» Cuanto a Judas, no hay excusa posible, porque ha pecado en plena luz; elegido por Jesús como uno de los doce, participando de su vida por tres años, testigo de sus milagros, confidente de sus enseñanzas más íntimas, asociado al apostolado, y habiendo en su nombre, como los demás Apóstoles, hecho milagros y conversiones, se entregó a Satanás y vendió a su Maestro.

Esta culpabilidad extrema explica ella sola la actitud de Judas durante estas primeras escenas de la Pasión; hace tal esfuerzo por arrancarse de Jesús, que se lanza al mal en cuerpo y alma; verdaderamente que, como dice el Evangelio, Satanás entró en él. Y mientras tuvo necesidad de este instrumento miserable, le volvió insensible y ciego. Judas continúa su camino y realiza su plan en silencio, sin que nada le detenga; tal vez quedó un instante pensativo y paralizado; se reanima; la suerte está echada, e irá hasta el fin. Más, cuando el crimen se consuma, Satanás le abre los ojos y le precipita en la desesperación. Se ha recordado justamente lo que Tácito escribe de Nerón después del asesinato de su madre Agripina: «Cuando hubo perpetrado el crimen comprendió, por fin, toda su magnitud».

### **III.-EL PROCESO JUDÍO**

Desde que la Judea estaba bajo la dominación romana, obedecía a dos autoridades

diferentes: a las autoridades indígenas y a las de Roma, y el proceso de Jesús se desarrollará sucesivamente en estas dos jurisdicciones: primero ante el Sanedrín, y después delante de Pilato. La presencia de Herodes en Jerusalén le hará también comparecer ante un tercer tribunal: el de este príncipe.

Estas distintas fases del proceso se encuentran netamente señaladas por los Evangelios, aunque ciertos historiadores se niegan a admitirlas, y son, sobre todo, historiógrafos judíos, que se esfuerzan en rechazar la responsabilidad que se hace pesar sobre su pueblo. Antes de estudiar en detalle la historia evangélica, será necesario discutir estas objeciones.

En su comentario de los *Synoptiques*, publicado en 1909, M. Montefiore contentábase con hacer caer sobre solos los saduceos la responsabilidad del proceso: «La balanza de las probabilidades inclinaría fuertemente en el sentido de que los Evangelios están en lo cierto al anotar que Jesús fué condenado a muerte por los romanos, a instancia y por instigación de las autoridades judías, y más especialmente del sacerdocio reinante. Que se celebrara una reunión plena del Sanedrín es muy dudoso, como lo es también el papel prestado a los escribas y fariseos; pero que el sacerdote saduceo concibiera la iniciativa del arresto y del proceso, y que el resultado de él fuera obtener de Pilato una condena, no puede razonablemente dudarse».

Juster (*Les juifs dans l'Empire romain*, I, 1:34) va más lejos, pues niega del todo la responsabilidad de su nación. De aquí su esfuerzo en descalificar a los Evangelios, concluyendo que es menester elegir entre una de dos hipótesis: o que el proceso de Jesús fué religioso, y entonces se litigó delante del Sanedrín, y terminó por la pena capital en la forma admitida por el Código penal judío, la lapidación; o que este proceso fué político, de lesa majestad romana, o sedición; el gobernador de la metrópoli fué quien decidió, infligiendo a Jesús el suplicio corriente entre los romanos, la cruz. Como nadie puede dudar de que el Señor fué, no apedreado, sino crucificado, se ha de concluir que sólo Pilato tiene la responsabilidad de la sentencia, y que los judíos están sin culpa. Todo este edificio parecióle tan sólido a Loisy que construyó sobre esta teoría su interpretación de la muerte de San Esteban.

«Los evangelistas refieren lo que pasó, y la solución es bien sencilla. Los que querían hacer perecer a Jesús, fariseos o saduceos reunidos por el odio, no podían intentar otra cosa que un proceso religioso, y es lo que se hizo. Su condenación debía ser confirmada, pero no tenía garantías de serlo si el proceso religioso intentado contra un inocente revestía apariencias de peligro para el poder de Roma. Y he aquí por qué el mesianismo que reprochan a Jesús toma color de sedición delante del procurador romano. Cuando éste se decide a obrar, la causa ha adquirido un rumbo tal, que se le va de entre las manos, y la emplaza a su tribunal. No tiene más que un asidero, el del mesianismo, blasfemia a los ojos del Sanedrín y agitación revolucionaria ante Pilato. El proceso evoluciona cambiando de jurisdicción, y la ejecución queda al mando, naturalmente, del

último tribunal».

La lectura del Evangelio basta para establecer otro orden de hechos natural y coherente.

Descartada esta controversia, importa determinar más exactamente el marco histórico dentro del cual se desarrolló el proceso de Cristo, y para esto es menester hablar primero de la corte de justicia, el Sanedrín, ante el cual compareció el Señor. Para esta reconstrucción histórica puede uno verse tentado de servirse, sobre todo de la Mischna, tratado Sanedrín. Muchos historiadores lo han hecho; pero como las normas jurídicas formuladas en este tratado contradicen en muchos puntos a los hechos que aparecen en el Evangelio, se ha concluido, o que los Evangelios nos han transmitido mal los sucesos, o que los jueces de Cristo violaron todas las reglas del derecho penal judío. Esta segunda conclusión no tiene nada de improbable; con todo, un examen más atento de este libro rabínico le hace a uno desconfiado, pues las reglas que dicta determinan, más que la realidad (desaparecida largo tiempo antes que se redactase la Mischna, fin del siglo II y principios del III), el estado de cosas ideal que los rabinos se imaginaban. Un ejemplo bastará para caracterizarle: según los rabinos, la presidencia del Sanedrín había pertenecido siempre a los legistas más famosos y la tradición rabínica les acopla por pares : el uno debía ser presidente y el otro vicepresidente del Sanedrín; y está bien probado que la presidencia no perteneció jamás a los legistas, sino al sumo sacerdote en funciones de tal; estos sumos sacerdotes eran de la aristocracia saducea, y los rabinos no sentían por ellos mayor simpatía que la que les tienen los fariseos de hoy día. Lo mismo debe advertirse sobre la competencia del tribunal supremo. Se nos dice, por ejemplo (Sanedrín, II, 4), que si el rey quiere declarar la guerra, no puede hacerlo sin contar con una votación de setenta y un sufragios, y este rey y este sanedrín lo soñaron los rabinos, porque en vano se les buscará en la historia.

Si se quieren considerar, no las fantasías rabínicas, sino la realidad histórica, he aquí cómo se nos presenta, poco más o menos, el Sanedrín. Entró en escena sólo al tiempo del período helénico, en forma de un senado aristocrático, análogo al que se encuentra en las ciudades griegas, y se menciona por vez primera en Josefo (A.J., XII, 3), en la época de Antíoco el Grande (223-187). El movimiento de los Macabeos cambióle de carácter. En vez de las antiguas familias sacerdotales de tendencia helenizante, formaron en el consejo los Asmoneos y sus partidarios; sin embargo, al lado de los príncipes y sumos sacerdotes quedaron representantes de la antigua nobleza de Jerusalén. A partir del reino de Alejandro, la influencia creciente de los fariseos condújoles a entrar en el consejo.

Este senado lo llama por vez primera Sanedrín, Josefo con ocasión del proceso de Herodes (A.J., XIV, 9, 3-5), a quien obligó a presentarse delante de él por inculpación de asesinato, aunque el rey se vengó luego haciendo matar a todos los sanedristas. A la muerte de Herodes, la competencia del Sanedrín se hallaba restringida, como el dominio de Arquelao, a las provincias de Judea y Samaria; pero, por el contrario, en estas dos regiones,

su autoridad se hizo mayor que lo fuera bajo Herodes; A.J., XX, 10: «Después de la muerte de éste y de Arquelao, el gobierno pasó a ser aristocrático, y los sumos sacerdotes recibieron autoridad sobre el pueblo.» Componíase entonces de dos partidos principales: la nobleza sacerdotal y laica, que era saducea, y los legistas, que eran fariseos. La Mischna le da setenta y un miembros, y conocemos mal el modo de reclutarlos. Los miembros desempeñaban el cargo durante un período de tiempo bastante largo, y tal vez era vitalicio; a lo mejor se elegían por votación, o acaso les nombraba la autoridad política, Herodes o los romanos. En este cuerpo consultivo, los miembros más influyentes eran los príncipes de los sacerdotes. A la par hallamos a los legistas, a quienes su conocimiento de la Ley daba una autoridad grande, que durante el siglo primero se hará preponderante. La presidencia del Sanedrín pertenecía al sumo sacerdote, y en cualidad de tal aparece Caifás en el proceso de Cristo (Mt., XXVI, 3), y Ananías en el de San Pablo (Act., XXIII, 2; XXIV, 1). La competencia legal del Sanedrín no se extendía más allá de la Judea y de sus once toparquías, y por eso mientras Jesús estaba en Galilea, no caía bajo la jurisdicción del Sanedrín. No obstante, las decisiones de este cuerpo imponíanse por todas partes al respeto de los judíos piadosos, y Saulo podía recibir una misión para Damasco. El carácter de esta jurisdicción no es el de un tribunal religioso, análogo a la Inquisición, que transmite sus sentencias al brazo seglar; es mejor el de una justicia indígena que funciona, para los negocios de su competencia, bajo la vigilancia del poder ocupante. De su foro eran todas las causas que no pertenecían ni a una jurisdicción inferior, ni a la romana, y por eso se ve al Sanedrín perseguir a Jesús por blasfemo (Mt., XXVI, 65), a Pedro y Juan Cristo (Mt., XXVI, 3), y Ananías en el de San Pablo (Act., XXIII, 2); como falsos profetas y embaucadores del pueblo (Act., IV, 5), a Esteban como blasfemo (Act., VI, 13) y a Pablo por violar la Ley (Act., XXIII). Se ve, trata de una causa capital (Ac., IV, 5), juzga en última instancia, pero no tiene derecho de vida o muerte: «No nos es permitido matara nadie» (Jn., XVIII, 31). La tradición rabínica ha conservado algún recuerdo de esta restricción del poder judicial del Sanedrín: cuarenta años antes de la destrucción del templo, se quitó a Israel el derecho de vida o muerte (Sanedrín, Ser. 1, 1). Esta cifra de cuarenta años es inexacta, pues este poder se perdió antes, desde que la Judea pasó al mando de un procurador.

Este esbozo confirma lo que la lectura de los Evangelios nos deja verificar: En Jerusalén, Cristo se siente más amenazado; por esto no puede permanecer allí, y después de un primer ensayo de predicación ha de retirarse a Galilea. Las estancias siguientes, referidas por Juan, están señaladas por otras tantas crisis de las que si Jesús escapa es porque su hora no ha llegado. En fin, cuando sube a Betania, al llamarle las dos hermanas, sus Apóstoles van con la impresión de que camina a la muerte: «Querían apedrearte los judíos, y ¿te diriges allá de nuevo? Vayamos nosotros también y muramos con él.» Y lo mismo es en San Marcos, según el cual los Apóstoles siguen tristes y temerosos a Jesús, que les precede y va delante de ellos.

Hemos visto, además, cómo las dos facciones del Sanedrín le fueron hostiles: los fariseos se declararon los primeros desde los comienzos de la predicación del Señor; los saduceos estuvieron mucho tiempo desdeñosos, y sólo al fin el movimiento popular les impresiona; ven un peligro para ellos, y desde este día la perdición de Jesús queda decidida

en su alma: «Está bien que un hombre muera por el pueblo.» Y el mismo Caifás, que dió este consejo, es el que ha de presidir el juicio de Cristo. Era entonces sumo sacerdote. La función pontifical vitalicia de derecho era, desde muy atrás, precaria y entregada a los caprichos de los amos, Herodes o los romanos, y en el centenar de años que separa el advenimiento de Herodes (37) de la revolución contra Roma (67), se cuentan veintiocho sumos sacerdotes; ocho sólo durante la vida de Cristo. A pesar de estos cambios frecuentes de personal, el poder quedaba repetidamente en las mismas familias, y así, de veintiocho sumos sacerdotes, se cuentan ocho de la casa de Anás: él, su hijo Eleazar, su yerno Caifás y sus cuatro hijos Jonatás, Teófilo, Matías, Anás, y su nieto Matías, hijo de Teófilo. Se comprende la influencia que el cabeza de familia, también él antiguo sumo sacerdote, debía seguir ejerciendo aun después de salir del puesto, ni será sorprendente verle tomar en sus manos el proceso de Cristo.

### **El procedimiento criminal según el tratado «Sanedrín».**

En vista de la narración que vamos a leer, no carece de interés determinar las reglas judiciales establecidas por los rabinos; esto no es por subrayar las ilegalidades cometidas contra Jesús, pues nada establece la historicidad de todas las tradiciones que hemos de referir aunque nos atengamos a la Mischna: por lo demás, los crímenes de los jefes de la nación judía en este particular son más graves que todos los defectos de forma que puedan señalarse en el proceso. Pero al menos hallaremos en el tratado Sanedrín las formas de justicia ideales que los judíos se representaban, y la iniquidad que cometieron aparece así mejor.

Capítulo IV. En los procesos donde se inflige una multa, son necesarios tres jueces; en los procesos capitales, veintitrés; en los primeros se puede comenzar así por los testigos de descargo como por los de cargo: en los segundos es menester principiar por los testigos de descargo y no por los de cargo, cuando se trata de una multa, la condena, como la absolucón, puede tener valor por mayoría de un solo testimonio; pero cuando se trata de la pena capital, la mayoría de un testimonio basta para la absolucón; para la condena se necesitan dos. Si es cuestión de multa, puédesse comenzar el proceso de día y terminarlo a la noche. Si se trata de pena capital, se juzga de día y se remata de día. Si el proceso termina por la absolucón, se puede concluir el mismo día; si por la condenación, sólo se puede acabar al siguiente; por esto no se juzga las vísperas de sábado ni las de fiesta.

El Sanedrín estaba dispuesto en semicírculo, de modo que los jueces se pudieran ver los unos a los otros. Dos secretarios se colocaban delante, uno a la derecha y otro a la izquierda, los cuales escribían las palabras de los que absolvían y las de los que condenaban. Tres hileras de discípulos se sentaban delante de ellos, cada cual en su puesto. ¿Cómo se inspira el temor a los testigos en las causas capitales? Se les introduce y se les atemoriza diciéndoles: «A lo mejor quieres hablar según suposiciones, o de oídas, como testigo que instruye a otro y dice: Nosotros hemos oído esto a un hombre digno de confianza. Porque tal vez no sepas que al fin verificaremos tu testimonio por un interrogatorio y una indagación. Sabe que las causas capitales no se parecen a los procesos donde se ventila una multa; en éstas el hombre puede dar dinero y está todo arreglado; pero en las causas capitales lleva la responsabilidad de la sangre del condenado y de todos los



descendientes que tenga hasta el fin del mundo. Por esto fué criado el hombre solo en el mundo, para enseñarnos que al que destruye un alma se le contará como si hubiese destruido un mundo entero.» Se probaba a los testigos por siete preguntas: «¿En qué semana de años? ¿En qué año? ¿En qué mes? ¿Qué día del mes? ¿Qué día de la semana? ¿A qué hora? ¿En qué lugar?» Todavía se le preguntaba: ¿Le conocéis? ¿Le habéis avisado? ... El juez que examina mucho es digno de elogio. Se introduce al segundo testigo en seguida y se le pregunta. Si sus dichos se encuentran concordantes, se da principio al examen de los motivos absolutorios..., Si les hallan valederos para la absolución, absuelven, y si no lo son, suspenden para otro día el juicio y se van de dos en dos; comen poco y no beben vino en todo el día y consideran el pleito durante toda la noche. Al día siguiente vienen a buena hora al juzgado: el que la víspera había opinado por la condena, podía en esta sesión segunda opinar por la absolución, pero la inversa estaba prohibida. Si doce absolvían y once condenaban, era absolutorio el juicio; si once libraban y doce condenaban, se debían llamar nuevos jueces hasta el número total de setenta y uno. Pronunciada la condena se llevaba al ajusticiado a apedrearle; pero aun en este momento si el condenado pretendía poder decir algo en su descargo, se reunía el tribunal hasta cuatro o cinco veces, con tal que su reclamación pareciese seria. Un pregonero público le precedía gritando: «A N. N., hijo de N. N., se le condena a ser apedreado porque ha cometido tal falta; N. N. y N. N. son sus testigos. Quien sepa algo en su favor que se adelante y lo dé a conocer». En esta legislación es difícil reconocer lo que es tradición histórica y lo que es fruto de la imaginativa. Pero este discernimiento es aquí poco necesario, ya que lo que interesa sobre todo es recalcar cómo la conciencia judía acumulaba precauciones para evitar, máxime en causa capital, un juicio precipitado o dictado por la pasión: a los testigos se les previene de la responsabilidad en que incurren y a los jueces se les pone en guardia cuanto se puede contra todo influjo y toda sorpresa. Cuando se termina esta lectura y llega uno a los relatos evangélicos, se pasa de un sueño de justicia a la realidad más odiosa y brutal. Hay, sin embargo, una frase de este tratado cuyo eco se oirá en el Evangelio, y que todavía resuena en nuestros oídos: es la advertencia dada a los testigos: «El cargará con la responsabilidad de la sangre del condenado, pues la pérdida de un alma (de una vida) equivale a la destrucción de un mundo entero.» ¡Qué alcance tan terrible logra esta palabra cuando se piensa que la vida así sacrificada es la del Hijo de Dios! «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

### **Anás y Caifás.**

La cohorte, el tribuno y los ministros de los judíos apresaron a Jesús y le sujetaron, y le condujeron primero a casa de Anás, suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año. Y Anás le envió atado al sumo sacerdote Caifás (Jn., XVIII, 12-13, 24).

Esa comparecencia delante de Anás sólo la conocemos por San Juan, y no tiene el carácter de un interrogatorio oficial. Caifás testificaba así su deferencia al jefe de la familia, antiguo sumo sacerdote, y en este negocio espinoso no estaba mal apoyarse en él. El viejo práctico de la política recibió sin disgusto esta señal de condescendencia, que daba también satisfacción a su curiosidad, pero evitó tirarse a fondo en este proceso, y remitió la causa a su yerno; su actitud, curiosa y prudente, fué la que iba a elegir de instinto otro «zorro», Herodes el Tetrarca.

Conducen a Jesús a casa de Caifás: «Era éste el que había dado consejo a los judíos, que era mejor muriese un hombre solo por el pueblo», y el juez que iba a tomar la causa en sus manos, habíala ya sentenciado de antemano. Preguntó, pues, a Jesús «sobre sus discípulos y su doctrina», buscando elementos de proceso, aunque la pregunta sobre los discípulos pudo tener por objeto sencillamente el determinar el alcance de la acción de Jesús o también hacerse con miras a perseguir a los que habían seguido más de cerca al Señor. Sobre este punto, Jesús no responde palabra, pues aquí, como en el huerto, quiere estar solo en su causa: «Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos.» Sobre su doctrina, conténtate con remitir al sumo sacerdote al dicho de los que le han oído. Aquí se oye aún un eco de lo que dijera en el huerto a los que venían a prenderle: «Todos los días estaba entre vosotros, enseñando en el templo.» De una enseñanza tal, dada de este modo, es fácil encontrar testigos; que se les cite. Era recordar al juez el procedimiento legal, y no debía de ningún modo tratar de coger al acusado en un lazo, sino convencerle por los testigos; era oponer así la franqueza y la libertad de la doctrina de Cristo a todos los medios tortuosos y a las astucias por él usadas. Se le tendió una emboscada como a un salteador cuando se le podía haber arrestado todos los días en el templo, y ahora se intenta cogerle en una trampa como a un bribón o un seductor, cuando ha enseñado siempre en público: «Yo he hablado siempre abiertamente al mundo; yo he enseñado siempre en las sinagogas y en el templo donde todos los judíos se reúnen, y en oculto no he hecho nada. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me oyeron, que ellos saben bien lo que yo he dicho.» El sumo sacerdote no responde, pero uno de los guardas hace alarde de celo hiriendo rudamente a Jesús en el rostro. El mismo tratamiento se usará más adelante con San Pablo, por indicación del sumo sacerdote; Act., XXIII, 1-2: «Hermanos, con conciencia tranquila he procedido delante de Dios hasta hoy», mas el sumo sacerdote Ananías mandó a los que le asistían que le pegasen en la boca. Entonces Pablo, encarándose con él, dijo: A ti te ha de pegar Dios, pared blanqueada; tú te sientas para juzgarme según la Ley, y quebrantando la Ley, me mandas golpear.» Se ve por este caso que las brutalidades decían bien con la costumbre de los sanedritas, y la indignación de Pablo es muy natural, y ¿quién la condenaría? Pero la conducta de Jesús es infinitamente superior en calma y dignidad: «Si hablé mal, muéstrame en qué; pero si hablé bien, ¿por qué me pegas?» Reconocemos esta voz soberana tan contenida, y no obstante tan poderosa, que oímos ya en el huerto; el mismo acento conservará durante toda la Pasión. ¿No es éste el mártir ideal del que Jeremías nos traza la imagen, paciente, dolorido, quebrantado hasta el fondo del alma, gritando a Dios en la angustia de su corazón, y, sin embargo, «ante los reyes de Judá y los príncipes, ante sus sacerdotes y su pueblo, como una ciudad fuerte y un muro de bronce?»

Este primer interrogatorio hace sentir al sumo sacerdote el peligro del procedimiento empleado: ¿triunfará de la reserva del preso? ¿Le llevará a las imprudentes declaraciones que espera? No lo sabe todavía. Por lo menos, siente con viveza la necesidad de prepararse para la sesión de la mañana y de reunir testigos, cuyo concurso se asegura. Lo restante de la noche se dedicará a estas maniobras y a la convocación de los sanedritas. Pero mientras se desarrolla en el interior del palacio esta escena violenta y confusa, otro drama se representa en el patio, más dolorosa aún para el Señor: era la caída de Pedro su apóstol, de aquel que debía ser la roca inmovible sobre la cual se iba a levantar la Iglesia.

Los tres sinópticos colocan la negación de San Pedro en el patio de la casa de Caifás: Mateo y Marcos intercalan en medio el interrogatorio de Jesús, y Lucas, al revés, prosigue sin interrumpir lo referente a Pedro, añade luego los malos tratamientos padecidos por el Señor, y su último interrogatorio ante Caifás. En San Lucas también encontramos el rasgo tan conmovedor de la mirada de Jesús a Pedro. No obstante las diferencias de detalle que les distinguen, está fuera de duda que la narración de Juan y la de los sinópticos refieren el mismo hecho.

Los tres sinópticos cuentan explícitamente la profecía de Cristo (Mt., XVI, 7, 5; Mc., XIV, 72; Lc., XXII, 61) y Jn., XVIII, 27, se refiere a los mismos implícitamente, pero con suma claridad.

En estas condiciones, todo nos invita a encontrar en estos relatos la confirmación de una triple caída. Sin duda que los detalles son con frecuencia diferentes en uno y otro evangelista, y si se quiere determinar un recuento minucioso y material de todas las negaciones, se encontrarían más de tres. Pero es necesario considerar mejor tres crisis principales en las que el Apóstol sucumbe. El teatro de estas caídas es el atrio de la morada sacerdotal, donde Pedro entra gracias a Juan, y allí se ve mezclado con la turba de los criados.

La primera prueba fué la pregunta de una esclava. Juan, conocido en la casa, había entrado sin dificultad, y su amigo Pedro se quedó fuera: Juan lo notó, habló una palabra a la portera y le hizo pasar, y sin detenerse en el patio, siguió adelante por la casa, para ver el interrogatorio de Cristo; Pedro solo en los bajos hace lo que los otros, y se acerca al fuego. Se ponía así a plena luz, y la portera le mira, le reconoce, y dice a los demás: «Este también estaba con él» (Lc.); y abordándole directamente: «¿No eres tú de los discípulos de este hombre?» Pedro contestó delante de todos: «No; yo no sé lo que quieres decir.»

Sintiéndose sospechoso, Pedro se aísla un poco y se retira hacia el soportal (Mt., Mc.), pero se ha dado el alerta y las preguntas salen de varias direcciones: «Este es también»; «¿no eres tú de sus discípulos?» Lo niega de nuevo y lo confirma con juramento.

Se pasó una hora, y las preguntas se repitieron. Esta vez son más apremiantes; su acento y su dialecto traicionan a Pedro y dan un mentís a sus negaciones; para colmo, un pariente de Maleo le recrimina: «¿Pero es que no te vi yo en el huerto con él?» El desdichado Apóstol se siente cogido y apretado, se encastilla en sus negativas y añade a los juramentos las imprecaciones, sin duda en la forma tradicional: «Que Dios me haga así y me lo aumente si he conocido en la vida a este hombre.»

Y entonces canta el gallo. Salía Jesús maniatado y atravesó el patio. Miró a Pedro y el Apóstol vuelve en sí como de un mal sueño: esta mirada, el canto del gallo y aquella profecía que le trae a la memoria, todo le conduce a Él, y repentinamente ve esta falta que creía imposible y que ha cometido casi sin tener conciencia. Rompe en sollozos y se va.

Una caída tan grande a continuación de aquellas apasionadas declaraciones de fidelidad y perseverancia hasta la muerte, es para todo cristiano una advertencia terrible, y sin duda que por esto la permitió el Señor, para enseñar a su apóstol, hasta entonces tan presuntuoso, que la carne es flaca. Bien mirado, parece que esta presunción fué su falta mayor. Tan frecuentemente advertido, olvidóse de orar y vigilar, y quiso apoyarse en sí mismo sobre aquel ardor que sentía y que tan pronto se iba a entorpecer. Aquel sopor que le invadió en el huerto era la primera señal de debilidad, que le sacude por un sobresalto, sacando su espada e hiriendo a Maleo; pero toda su fuerza se agota en este arranque inconsiderado que Jesús desapruueba; ve a Cristo entregarse por sí mismo, huyen los otros, y hace lo que ellos. No obstante, se rehace una vez todavía. No puede decidirse a abandonar de este modo a su Maestro, a quien a pesar de todo, ama ardientemente: quiere «ver el fin» y se sitúa a la puerta del palacio; su amigo Juan le conoce, le hace pasar, y con esto, ¡ay!, le expone a la tentación. Era para la que menos estaba preparado, y para él la más peligrosa; «Pedro era animoso y tal vez hubiera descubierto más resolución de habersele acometido a mano armada. Pero siempre fué sensible a la opinión (Gal., II, 1), se escabulle, intenta librarse por un equívoco afectando no saber de qué se trata. De hecho, esto equivalía a decir que no era discípulo de Jesús, pero los términos no eran formales» (Lagrange).

Cogido en esta red, se enreda cada vez más, y pasa a las negaciones terminantes, a los juramentos y a las imprecaciones, hasta que Jesús atraviesa el patio y con una mirada salva a su discípulo.

Este llanto de Pedro y estas sus lágrimas fueron su salvación. Estremece pensar el desaliento que pudo aprisionar a vista de una falta tan grave a este desdichado Apóstol de sensibilidad tan viva, pero viene a la memoria la palabra de Cristo (Lc. XXII, 31): «Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para cribaras como trigo, pero yo rogué por ti para que tu fe no desfallezca, y tú, convertido por fin, confirma a tus hermanos.» Y se acuerda también uno de la tempestad en el lago y de la demanda presuntuosa, aunque sincera, de Pedro: «Señor, si eres tú, mándame venir a ti sobre las aguas.» Y de repente, cogido por la duda, había comenzado a hundirse, teniendo Jesús que auxiliarle. Hoy la tempestad es más violenta y el abismo más profundo, pero como se sumerge ya, la misma mano ha de agarrarle otra vez; sabe, por lo demás, que ella sola es capaz de salvarle.

Y Jesús le salvó, pero quedándose El en poder de sus enemigos, hecho su juguete: «Y le escupieron en el rostro y le daban bofetadas y le herían en la cara y le decían: «Profetízanos, Cristo, ¿quién te pegó?» (Mt., XXVI, 67-68; cf. Mc. XIV, 65). Y los criados imitaron a sus señores y se dieron a regocijarse: «Y le escarnecían golpeándole, y cubriéndole con un velo le herían el rostro, y le preguntaban diciéndole: profetiza, ¿quién es

el que te hirió?» (Luc., XXII, 63).

Después que esto pasó en pleno consejo, delante del sumo sacerdote, tales ultrajes irritantes no sorprenden. Piénsese en los largos rencores acumulados contra Jesús y en tantas tentativas frustradas de prenderle y perderle; por fin, los sanedritas le tienen ya a su disposición, cada uno pone en Él su insulto y su golpe, y los sirvientes los exageran y colman sobre los de sus amos.

Jesús se calla, si bien estas burlas indignas no le dejan insensible: sintió toda su amargura, y en las predicciones que hizo de su Pasión, no las mencionó en un principio, pero la última vez cuando subía a Jerusalén por Jericó, queriendo prevenir a sus Apóstoles contra todas las catástrofes que venían, les reveló estos malos tratamientos entre los suplicios más dolorosos que se le infligirían: Mc., X, 33: «Ved que subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre va a ser entregado a los jefes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le pondrán en manos de los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán y le azotarán, y le darán la muerte, y después de tres días resucitará.» Estas indignidades van a renovarse en seguida en casa de Pilato con más crudeza, pero con menos parodia religiosa, y hasta sobre la cruz, el Señor moribundo se verá expuesto a las irrisiones de sus enemigos.

Y es que Cristo querrá unir siempre en su Pasión la ignominia al suplicio, reparando a la vez las faltas de nuestro orgullo y las de nuestra sensualidad. San Crisóstomo, después de comentar estas dolorosas escenas, añade (Hom., LXXXV, 757): «Leamos estos relatos sin cesar y escuchémoslos como debemos; grabémoslos en nuestro corazón, porque son nuestra gloria. Esto es lo que me da las grandes ideas de Cristo; no las miríadas de muertos que resucitó, sino los sufrimientos que padeció. Estos son los recuerdos que sin cesar nos pone San Pablo ante los ojos: su cruz, sus padecimientos, las injurias toleradas, los ultrajes y los insultos; y añade: salgamos ante El cargados de su oprobio (Hebr., XIII, 13).

### **La condenación de Jesús por el Sanedrín.**

Mt., XXVI, 59-XXVII, 2; Mc. XIV, 53-XV, 1; Lc., XXII, 54-XXIII, 1.

La escena descrita en estos pasajes es capital en la historia de la Pasión de Nuestro Señor. La condenación de Pilato no será más que la consecuencia de lo que aquí decidió el Sanedrín y la repulsa del Mesías, con la ruptura entre Dios y su pueblo se consuma en esta asamblea siniestra. Pero al mismo tiempo esta escena tan dolorosa y tan vergonzosa, si consideramos a los enemigos de Cristo, adquiere un aspecto diferente si la miramos en el mismo Señor: aquí es donde a sí propio se da el testimonio categórico que va a sellar con su sangre. Hasta ahora, conociendo que no había llegado su tiempo, evitó esta declaración expresa que sus enemigos buscan arrancarle: «¿Hasta cuándo nos tienes suspensos? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente» (Jn., X, 24)). Durante esta última semana, sobre todo,

los fariseos multiplicaron las preguntas y los lazos para forzar a Jesús, o a descubrirse, o a retractarse. Siempre frustró sus maniobras; hoy, por el contrario, se les va a adelantar, y aplicándose los textos proféticos más formales, se declarará Mesías e Hijo de Dios: los años de enseñanza se pasaron, llegó la hora del martirio, y dará testimonio de sí mismo.

Y en esta sesión donde parece juguete de sus enemigos, Jesús les domina. Pese a Caifás y a los suyos, la cuestión decisiva se planteará tal cual Cristo la quiere, sobre su misión de Mesías y de Hijo de Dios. Se procurará llevarle a otro terreno para hacerle condenar como blasfemador del templo, mas toda esta red de testimonios capciosos se romperá por sí misma, y será menester venir a la cuestión decisiva: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendecido?».

Vemos primeramente en los textos evangélicos el esfuerzo de los enemigos de Cristo por reunir falsos testimonios. Es curioso que los escritos rabínicos que no han conservado de la vida y proceso de Jesús sino trazos medio borrosos y voluntariamente deformados, parecen guardar el recuerdo de este lazo tendido al Señor.

Lo que es menester observar sobre todo, en el relato evangélico, es que durante esta instrucción, Judas no aparece. Su testimonio, no obstante, hubiera tenido sumo valor para los enemigos de Cristo, y él les hubiera permitido penetrar en la intimidad del círculo apostólico, haciéndoles referir, por ejemplo, la escena de Cesarea de Filipo, con la declaración tan explícita de mesianidad que ellos buscaron en vano otras veces. Es probable que para este momento, el traidor se horrorizaba ya de su papel; había prometido entregar a su Maestro, había recibido su dinero e hizo hasta el fin el encargo pagado, pero no quiso ir más lejos y se contentó con observar, no sin angustia, los pasos de su traición.

En su ausencia, los sanedritas no tenían a su disposición otros testigos que los oyentes vulgares, que sin seguir de cerca al Maestro y sin estar muy iniciados en su doctrina, le habían oído ocasionalmente. Denuncian, deformándolo, lo que Jesús dijera en el templo Juan, II, 19, refiere que cuando arrojó a los vendedores del santuario le pidieron una señal para probar el derecho que tenía para proceder de aquel modo. El contestó: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.» Entonces los judíos repusieron: «Hace cuarenta y seis años que se está construyendo este templo, y ¿tú vas a edificarlo en tres días?» Pero Él hablaba del templo de su cuerpo, y cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos que había dicho esta frase, y creyeron en la Escritura, y en la palabra que Jesús pronunciara. Los oyentes de Cristo se equivocaron sobre el sentido de la sentencia, y los mismos discípulos la entendieron sólo después de su resurrección; pero fuera cual fuese su oscuridad, no podía tomar apariencia de blasfemia sino deformándola completamente. Tal se presentó en el testimonio de estos dos hombres que dijeron, según San Mateo: «Yo puedo destruir el templo de Dios y levantarlo en tres días», y según San Marcos: «Yo destruiré este templo hecho por mano de hombres, y en tres días reedificaré otro que no estará construido por mano de hombres.»

Todo esto no era ni claro ni consistente, y, sin embargo, la acusación era grave: el templo era para los judíos eminentemente sagrado, y a Jeremías, según lo recuerda Lagrange, se le consideró digno de muerte por haber profetizado la ruina del templo (Jer., XXVI, 6). A la frase de Jesús, como la refiere San Juan, se juntaron tal vez las profecías hechas por Cristo durante el curso de esta última semana. Todo este interrogatorio lo han resumido brevemente los evangelistas, y lo que dicen basta para poner de manifiesto el prejuicio del juez que dirige la instrucción, y la dificultad en que se halla; los testigos no faltaron: vinieron muchos; pero se confunden y se contradicen, hasta que llegan dos, los últimos, cuya deposición se nos refiere. Para salir de apuros, Caifás pregunta a Jesús lo que El tenga que decir sobre todo esto.

Cristo se calla. Este silencio arrebató a Caifás sus últimas armas, y desesperado de no sacar nada de estas acusaciones sobre la ruina del templo, el sumo sacerdote pasa a otra cuestión esencial, pero reservada hasta aquí: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito?», y le propone la pregunta conjurándole «por el nombre de Dios viviente» (Mt.).

Esta era la primera pregunta, según parece, que debía proponérsele, y éste era, efectivamente, el gran altercado entre Él y los príncipes. Además, éste era el único agarradero religioso que podía hacer impresión a Pilato, y al llevar a Jesús al gobernador sería menester conducir la cuestión a este terreno. ¿Por qué no lo hicieron desde un principio?

Llevar inmediatamente el litigio a las pretensiones mesiánicas era, desde muchos puntos de vista, poco deseable: la afirmación de la mesianidad no era de suyo una blasfemia, a no ser que se le juntasen, como se hizo en efecto otras reivindicaciones más ambiciosas: resultaba, pues, difícil esperar perder por este camino a Jesús y de otra parte, el recuerdo reciente de las últimas controversias advertía a los fariseos la dificultad extrema que encontrarían en conducir a Cristo a un terreno donde El no quería adelantarse, y en hacerle salir de una reserva de la que se había hecho una ley; recuérdese el chasco de los que le habían preguntado con qué autoridad obraba, o todavía el de aquellos tentadores sobre el tributo a César. Si entonces, delante de todo el pueblo dispuesto a defenderle o a escandalizarse de una negativa, no habían logrado hacerle salir de su reserva, ¿podrían esperar ser más afortunados en esta instrucción judiciaria, donde Jesús sentía que los testigos se habían estrellado al pretender perderle, y El no podía comprometerse más que por sus propias respuestas?

Esta probabilidad debía parecer a Caifás bien débil; pero era su última carta, y la aventuró, y para hacer más apremiante la interrogación, la acompañó de un conjuro solemne. Preguntado jurídicamente por la más alta autoridad religiosa de la nación, y conjurado por el nombre de Dios a responder, Jesús contesta en efecto, sabiendo que esta respuesta iba a ser la decisiva de su muerte; pero quería sellar, el primero de los mártires por su testimonio y por su sangre esta verdad sobre la que descansa nuestra fe. Es menester

observar, por lo demás, que la pregunta de Caifás y la respuesta de Jesús sobrepasan las simples pretensiones mesiánicas para elevarse hasta la filiación divina.

Los discursos continuados en el templo durante el curso de aquella semana habían proyectado sobre la predicación de Jesús una luz muy viva, y sus preguntas apremiantes sobre el Mesías hijo de David y su parábola de los viñadores habían dejado entender a todos, amigos y enemigos, que el Mesías que El pretendía ser reclamaba un origen más alto que la filiación davídica, y se ligaba a Dios, su Padre, por lazos que le aislaban del género humano: los demás hombres eran sus criados; El, el Hijo único y muy amado.

Todo esto se había dicho en pleno templo delante de los fariseos, y no habían dejado de avisarlo a los príncipes de los sacerdotes, que sólo pensaban entonces en preparar el proceso de Jesús. Estas declaraciones son las que sugieren a Caifás las preguntas que le dirige. El sumo sacerdote, igual que los de su partido, no toma en serio estas esperanzas mesiánicas, y mucho menos se siente tentado a ir más allá de las creencias populares, y si lo hace aquí, es porque va arrastrado por las afirmaciones de Jesús, y porque entrevé en estas pretensiones la confesión imprudente que busca.

Y desde que la oye subraya su alcance por la indignación afectada: grita al oír la blasfemia y rasga sus vestidos. Todos convienen, y ya lo hemos observado, en que la pretensión de la dignidad mesiánica no era de suyo mirada como una blasfemia, pero lo que para Caifás constituye en este caso la blasfemia es la elevación sobrehumana y verdaderamente divina que Jesús reivindica proclamándose Mesías.

Esta prevención de blasfemia, única que podía llevar a la muerte, era todo lo que Caifás buscaba en la instrucción, y se comprende con qué diligencia la recogió y la explotó; tiene ya la presa y puede acorralar a su adversario a este dilema fatal: o renegar de su misión, o condenarse a muerte. Parece que triunfa, y en realidad el sentenciado es el vencedor. Jesús iba a la muerte, lo sabía y lo quería. Pero esta muerte que le preparaban sus enemigos no quería padecerla por un pretexto engañoso; quería que su muerte fuese un martirio que pusiese el sello supremo a su doctrina. De este modo descarta, o deja pasar los falsos pretextos: delante del Sanedrín no es cuestión del templo, como con Pilato, será menester renunciar a hacer de Él un sedicioso. Si le condena el tribunal judío y el tribunal romano, será como a Hijo de Dios. En este terreno, no les huye nunca, no se calla y se afirma.

Para hacer comprender esta aseveración, Jesús recurre a los dos textos más explícitos de todo el Antiguo Testamento; el uno es de Daniel, VII, 13-14: «Miraba yo en la visión nocturna, y he aquí que venía sobre las nubes del cielo como un hijo del hombre, y se acercó hasta el Antiguo en días, y se lo presentaron. Y se le dió poder y gloria y realeza y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán. Su poder, poder eterno que no le será nunca quitado, y su reino no se destruirá.» Este texto, que había hallado un eco sonoro en el



libro de Henoch, era familiar a todos los judíos, y más de una vez Jesús había aludido a él: este título de Hijo del Hombre, del que había hecho como su nombre personal, evocaba esta grandiosa visión, y su tendencia había sido recordar casi siempre esta perspectiva cuando delante de sus Apóstoles se presentaba como el Hijo del Hombre. Este Hijo del Hombre, añade aquí, aparecerá sentado a la diestra del poder de Dios. Era otra alusión a un texto mesiánico bien familiar también a los judíos (Ps., 110, 1): «El Señor dijo a mi Señor, siéntate a mi derecha.» Hacía apenas unos días, Jesús había recordado a los fariseos este versículo del salmo, preguntando cómo el Mesías, a quien ellos reconocían como hijo de David, podía ser a la vez Señor de David. Se quedaron entonces cortados; hoy vuelve a tomar el texto, aplicándose y presentándose también no sólo como el Mesías hijo de David, sino como su Señor.

Y esta respuesta de Jesús no era únicamente la reivindicación de sus títulos, pues contenía también una advertencia suprema dada a los jueces. Parece entregado a su poder, impotente y condenado ya, y, sin embargo, esta hora de las tinieblas es para Él la aurora del día triunfal. Muchas veces hemos observado en San Juan cómo el suplicio de Jesús debía ser al mismo tiempo el principio de su elevación: «Cuando sea levantado de la tierra atraeré a mí todas las cosas.»

Hoy mismo, en esta hora, la más sombría de la Pasión, repite esta afirmación con la misma seguridad: «Y pronto veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra de Dios.» El protomártir Esteban tendrá delante de los jueces la visión de esta gloria: «Veo el cielo abierto, y al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios» (Act., VII, 56). Los jueces de Esteban, al oír estas palabras, se encolerizan, se tapan los oídos, se arrojan sobre él y le arrastran fuera de la ciudad para apedrearle. El Maestro fué tratado como debía serlo el discípulo. El sumo sacerdote rasga sus vestidos: «¿Qué necesidad tenemos de testigos? Vosotros oísteis la blasfemia; ¿qué os parece? Respondieron: Digno es de muerte».

Entonces se entienden sobre el procedimiento que ha de seguirse y sobre las acusaciones que han de sostener, y se dirigen al pretorio arrastrando allí a Jesús. Ahora Judas, viendo a su Maestro condenado, comprende repentinamente la enormidad de su crimen y se desespera. San Mateo (XXVII, 3-10) cuenta cómo se verificó este viraje:

«Cuando Judas, el que le había entregado, vió que le condenaban, se arrepintió, y entregó a los sumos sacerdotes y a los ancianos las treinta monedas de plata, diciéndoles: Pequé entregando la sangre del justo. Pero ellos le dijeron: ¿Qué importa a nosotros de eso? Tú te las hayas. Judas arrojó las monedas de plata en el templo, se retiró y marchó a ahorcarse. Y los sumos sacerdotes recogieron las monedas de plata y dijeron: No está permitido echarlas en el tesoro sagrado porque son precio de sangre...»

Esta escena es de una sobriedad y de una precisión cruel. Todas las víctimas de Satanás aparecen cual él las hace: a Judas, del que ya no tiene necesidad, le rechaza despreciativamente, cruelmente; los sacerdotes que se tragan el camello y cuelan el mosquito no tienen ningún escrúpulo de la muerte de Cristo, pero no osarían tocar el precio de la sangre; se hará, pues, con ella una obra benéfica. Y Judas, empujado a la

desesperación como lo fuera al crimen, se marcha y se ahorca.

Este relato trágico aparece aún en una luz más viva si se le compara con la legislación ideal que los rabinos representan, cual era la del Sanedrín: ¿dónde están aquellas amonestaciones tan graves al testigo para no cargar su conciencia?, ¿dónde aquellos llamamientos, hasta en el mismo camino de la ejecución, para encontrar testigos de descargo?

Aquí nadie se preocupa de las congojas del traidor. «Yo he entregado la sangre del justo.» «Es cosa tuya.» Y ¿quién pensará en beneficiar al acusado con esta rectificación del discípulo? No tienen más que un cuidado: forzar a Pilato y arrancarle una condenación.

Se hallaron uno o dos autores en la antigüedad cristiana que no pudieron tomar partido por esta muerte desesperada del traidor. Orígenes, in Mt. (P. G., XIII, 17, 66-7), quien no obstante no se atreve a excusarle, da esta interpretación demasiado indulgente de su conducta: «Desde que vió a Jesús entregado a Pilato se arrepintió, tal vez recordando lo que Cristo dijera a sus Apóstoles con tanta frecuencia sobre su resurrección futura. Viendo, pues, la magnitud de su crimen, Judas se dolió y confesó el pecado que había cometido entregando la sangre del Justo, pero no supo comprender cómo debía llorar su falta. Pensó ya sólo en prevenir con su muerte a su Maestro, que iba a expirar, y marchar delante de Él con su alma separada del cuerpo, para obtener misericordia por su confesión y por su súplica.» Esta interpretación extraña no halló eco en la Iglesia, y no merecía encontrarlo; no era en la otra vida, después de la muerte, cuando Judas podía esperar alcanzar perdón, sino en ésta, con una mirada de Jesús, como la obtiene Pedro. Pero para ello era necesario vencer su desesperación y creer aún en el amor de Aquel a quien había entregado. Judas no tuvo ánimo para ejecutar este esfuerzo supremo; colgóse, y sobre su memoria para la sentencia terrible de Cristo: «Mejor le fuera no haber nacido».

#### **IV.-EL PROCESO ROMANO: PILATO**

El procurador ante el que Jesús iba a comparecer fué uno de los que gobernaron más tiempo la Judea. Lo nombró Tiberio el año doce de su imperio (26) y permaneció en el puesto diez años. Sería imprudente ver en esta duración de su administración la prueba de su integridad. Tiberio aplicaba un principio que era norma de su política. Los nuevos gobernadores van con ansias de enriquecerse, y cuando están en funciones algún tiempo, son menos avaros, quedando ya bien cubiertos, y animaba la humorada con una comparación que nos refiere Josefo (A. J., XVIII, 6, 5): Un caminante herido estaba echado a lo largo del camino, y sus llagas se veían cubiertas de moscas: lo advirtió un pasajero, y por compasión las quiso espantar: «No lo hagas, dijo el herido; éstas se encuentran ya llenas y son menos ávidas; si las echas, vendrán otras más sedientas.» Este apólogo no supone en Tiberio una alta idea de la integridad de sus magistrados, y Pilato, en efecto, no merecía tal estima. Ciertos historiadores contemporáneos se han puesto a rehabilitar le; así

Jackson y Lake, en su obra sobre los Orígenes del Cristianismo, Y Renán, Vida de Jesús, 414: «Todos los actos que conocemos de Pilato nos le presentan como un buen administrador. En los primeros tiempos del desempeño de su cargo, encontrábase con dificultades que tuvo que vencer de una manera brutal, pero da la impresión de que en el fondo tenía razón. Los judíos debían parecerle gente atrasada, y les juzgaba sin duda como un perfecto liberal juzgaba en otro tiempo a los bajos bretones, alborotados por la construcción de un camino nuevo o por el establecimiento de una escuela.» Los historiadores judíos que de él nos hablan, están bien lejos de adoptar este tono desenvuelto; así, por ejemplo, Josefo, B.J., II, 9, 2, 169

Pilato, a quien Tiberio envió como procurador a la Judea, introdujo por la noche en Jerusalén, cubiertas con un velo, las efigies de César que se llaman insignias. Al llegar el día, este espectáculo excitó en los judíos un gran tumulto. Se reunieron en torno de Pilato, en Cesarea, para suplicarle que retirase las insignias de Jerusalén, guardando las leyes de sus antepasados. Como lo rehusase, echáronse por tierra alrededor de su casa y allí permanecieron prosternados durante cinco días y cinco noches. Al día siguiente, Pilato se sentó delante de su tribunal en el gran estadio y convocó al pueblo con pretexto de darle respuesta, dando a los soldados la orden de cercar a los judíos. Cuando vieron la tropa compacta a su lado en tres filas, los judíos quedaron mudos con este espectáculo imprevisto. Pilato, después de haberles declarado que les haría degollar si no recibían las imágenes de César, hizo señal a los soldados para desenvainar las espadas. Pero los judíos, como de común acuerdo, se echaron en tierra en hileras apretadas, y extendiendo el cuello se declararon prontos a morir antes que violar la Ley. Herido de espanto por un celo religioso tan ardiente, Pilato dió orden de retirar en seguida las insignias de Jerusalén. Un poco más tarde suscitó un nuevo motín al despojar para la construcción de un acueducto el tesoro del templo llamado Korbonas: se trajo el agua de una distancia de 400 estadios. A esta nueva el pueblo se indignó, y se esparció vociferante en torno del tribunal de Pilato, que se hallaba entonces En Jerusalén. Este, previendo la sedición, había tenido cuidado de meter entre la multitud un cuerpo de ejército armado, pero vestidos civilmente, y prohibiéndoles el uso de la espada les ordenó herir a los manifestantes con garrotes. Desde lo alto de su tribunal dió la señal convenida. Los judíos perecieron en gran número, unos a golpes y otros aplastándose mutuamente en la fuga. La multitud, aterrada por la matanza, enmudeció.

Igual Filón, citando una carta de Agripa a Cayo:

«Pilato, que era procurador de Judea, dedicó en el interior de Jerusalén, en el palacio de Herodes, unos escudos de oro, menos por honrar a Tiberio que por disgustar al pueblo. No tenían imagen alguna, ni cosa que estuviera prohibida, sino únicamente cierta inscripción con los nombres de los que se las dedicaban y el de aquel a quien se consagraban. Se extendió la noticia, y el pueblo se reunió y comisionó cerca del procurador a los cuatro hijos del rey... Pilato opuso a estos ruegos una repulsa llena de rencor, porque era un carácter duro y terco. Entonces gritaron: No nos dirigiremos más a ti, sino que enviaremos diputados para que lleven la súplica al señor. Esta última palabra aumentó su irritación más que todo lo anterior. Temió que si despachaban los comisionados se descubriesen las demás fechorías de su administración: sus vejaciones, rapiñas, injusticias y ultrajes, los ciudadanos

a quienes había hecho perecer sin juicio y, en fin, su insoportable crueldad. Herido en lo vivo Pilato, no sabía qué resolver; no se atrevía a levantar los objetos consagrados, y no quería tampoco dar gusto a estos hombres, aunque conocía la firmeza de Tiberio en tales circunstancias. Los grandes lo adivinaron, y conocieron que se volvía atrás en su conducta sin querer confesarlo, y escribieron a Tiberio una carta llena de humildes súplicas. El emperador, entendiendo la respuesta de Pilato y sus amenazas, bien que fuera poco inclinado a la cólera, se irritó tan ostensiblemente como no es fácil ni conveniente decirlo; tanto le desagradó el suceso. En seguida, sin querer dejar el negocio para mañana, le escribió descalificando su audacia enérgicamente y ordenándole quitar cuanto antes los escudos. De la metrópoli los transportó a Cesarea, a la cual su bisabuelo Augusto había dado su nombre, y los consagró en el templo a él dedicado. De este modo se armonizó el respeto debido al príncipe con la observancia de las costumbres antiguas del país».

Es menester recordar aún lo que San Lucas menciona (XIII, 1) de los galileos cuya sangre mezcló Pilato con la de los sacrificios, la sedición en que tomó parte Barrabás (Mc., XV, 7), y, en fin, los sucesos que motivaron la destitución de Pilato: el año 35, un pseudo profeta había prometido a los samaritanos mostrarles sobre el Garizin los vasos sagrados del templo antiguo, y una multitud se reunió en Tirathana, para subir a la montaña; Pilato hízoles atacar por los soldados, y unos huyeron, quedando otros prisioneros; a la mayoría se les juzgó y se les ejecutó. Se llevó la queja a Vitelio, procónsul de Siria, quien envió a Roma a Pilato, adonde sólo llegó después de la muerte de Tiberio (Josefo, A.J., XVIII, 4, 12).

Estos distintos incidentes dejan conocer bien al procurador: siempre desconfiado con los judíos, viendo en todos lados amenazas de sedición, y presto a la menor alerta, a ensañarse y a matar.

Para que un hombre tan suspicaz y tan poco respetuoso con la vida de los judíos dudara tanto en entregar a Cristo a la muerte, debió ser necesario que estuviera muy asegurado de la futilidad de la acusación. Al mismo tiempo, se ve cuán temible era el fanatismo de los judíos: en el mismo Cesarea, a los principios de su administración, Pilato hubo de ceder en el pleito de las enseñas: en Jerusalén su posición era aún más difícil allí, sobre todo, una revuelta podía ser muy peligrosa, mayormente en los días de la Pascua, y en fin, el recurso a Tiberio no era amenaza vana ; lo aprendió a su costa cuando el negocio de los yelmos, y las consecuencias podían ser más graves todavía en el proceso de Jesús.

Conociendo al procurador, podemos más fácilmente seguir el relato de la comparación y de la sentencia de Jesús. Al cotejar entre sí los textos evangélicos, se reconoce una vez más aún los tres grupos ya frecuentemente distinguidos: Mateo-Marcos; Lucas; Juan. El primero, que era el más explícito en el proceso judío, es, al contrario, el más conciso sobre el particular de la comparación ante Pilato; San Lucas es más detallado, y añadirá el interrogatorio de Herodes, único que lo cuenta; San Juan, el más completo de todos en el procedimiento desarrollado en el pretorio, es quien nos hace comprender lo que los demás dicen en una palabra.

Para entender esta fase nueva del proceso de Cristo es necesario primero determinar las relaciones del proceso judío con el romano.

Como lo hemos visto, y como la narración de San Juan nos lo recordará en seguida explícitamente, los judíos no tenían entonces el derecho de vida y muerte. No se puede decir, según eso, que vienen a reclamar a Pilato el exequátur para la sentencia que han dado, y se ve, en efecto, que se entabla otra nueva instrucción. H. Regnault presenta así el encadenamiento de los hechos: «Solos los judíos prendieron a Jesús por la noche y lleváronle ante el Sanedrín, mucho menos para celebrar un juicio en regla que para establecer el carácter blasfemo de las palabras de Jesús; luego, cuando todo el mundo se convenció de que era digno de muerte, se produjo un hecho que parece al principio inexplicable: la segunda reunión del Sanedrín. La utilidad está perfectamente observada gracias a la explicación de San Mateo: «A la mañana se reunieron para hacer morir a Jesús.» Esta era, en efecto, la única parte del programa que quedaba por cumplir: es menester que Pilato haga ejecutar al que los interesados han encontrado culpable. Y en esta sesión matinal se discute qué acusaciones han de llevarse ante el procurador, y qué quejas serán bastantes para convencerle. Recuérdense las dudas de Pilato, las proclamaciones de inocencia y los sarcasmos que tienen por motivo, no la fe del procurador en la inocencia del inculpado, sino el despecho que experimenta al verse sujeto a representar el papel que los judíos le reservan en este negocio.»

Así, pues, los sanedritas condenaron a Jesús, ya que a sus ojos el pleito estaba concluso; pero para que la sentencia fuese eficaz, era necesario que la diese Pilato, y de aquí sus esfuerzos por arrancársela, lo mismo que la nueva forma impresa a las acusaciones. Para ellos los motivos determinantes habían sido los religiosos, la blasfemia; más ante Pilato van a hacer valer desde un principio las acusaciones políticas.

Se presentan, pues, de mañana y no quieren entrar en el pretorio para no contaminarse y poder comer la Pascua. Pilato conoce sus escrúpulos, se los ahorra y sale donde ellos; pero desde las primeras palabras aparece la oposición de los dos puntos de vista: quiere recibir no una sentencia que haya de ratificarse, sino una acusación que hay que controlar. Se indignan: «Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado. Tomadle, pues, vosotros-replica Pilato y juzgadle según vuestra ley.» Se siente en estas palabras todo el desprecio del romano por el judío. Es la actitud que adoptará más tarde, en Corinto, el precónsul Galión, cuando los judíos le presenten a San Pablo (Act., XVIII, 24): «Si se tratara de alguna obra injusta o de una acción malvada, yo os sufriría conforme es razón, judíos; pero si son cuestiones de palabra y de nombre y de la Ley vuestra, vedlo vosotros, que yo en estas cosas no quiero ser juez. Y les despachó del tribunal. Entonces, cogiendo todos a Sóstenes, el arquisinagogo, le golpeaban delante del tribunal, sin que Galión se preocupase de ello.»

Esta actitud altanera y despegada es la que Pilato querría adoptar; pero los judíos no

se lo toleran; quieren no sólo maltratar a Jesús delante del Tribunal, como a Sóstenes en Corinto, sino condenarle a muerte, y es lo que no pueden: «A nosotros no nos está permitido dar a nadie la muerte.» San Juan ve en esto el cumplimiento del plan divino que Jesús había dado a conocer anticipadamente, y que Dios proseguía: de haber sido condenado a muerte por los judíos, Cristo hubiera sufrido la lapidación, como San Esteban; al remitírsele a los romanos, los judíos le entregaban al suplicio de la cruz, muerte afrentosa sin duda, pero elegida por El mismo; no sucumbiría a las piedras y golpes en el suplicio tumultuoso de la lapidación, sino moriría entre dolores atroces, dominando desde lo alto de su cruz este mundo que contemplará su agonía y que El arrastrará hacia sí como a todas las cosas, igual que la serpiente de bronce alzada entre el cielo y la tierra.

Ante tal insistencia, es necesario que Pilato instruya causa. Ciertamente que no era para él Jesús un desconocido: el procurador estaba ya en funciones cuando Cristo comenzó a predicar, y este ministerio no pudo proseguirse durante más de dos años a través de la Palestina, sin que un magistrado suspicaz como Pilato hiciese sobre el particular sus averiguaciones. A falta de información anterior, los sucesos de los últimos días hubieran bastado para darle la voz de alarma, y la entrada triunfal del día de Ramos, y luego las polémicas cotidianas en el templo con los fariseos debieron llamar la atención de la más distraída policía, y la de los romanos no lo era. Aun antes del proceso, sabe Pilato a qué atenerse sobre el acusado y sobre los que le persiguen: San Mateo, XXVII, 18, y San Marcos, XV, 10 dicen que «conocía que los príncipes de los sacerdotes le habían entregado por envidia». En esta convicción debió afirmarse por el proceso; pero ciertamente le era anterior, y esto explica la actitud de Pilato en esta crisis; ve con toda claridad que el hombre que le traen no es un agitador político, y que todas las querellas que contra Él se hacen valer son puros pretextos para arrancarle la condenación que reclama la envidia.

Pero se dirá que, si Pilato estaba convencido de la inocencia de Jesús, ¿por qué se dejó arrastrar por los judíos, desde el principio, a subterfugios indignos y luego la sentencia? Fué clarísimamente por temor de un recurso a Roma: soltar a Jesús sin averiguación hubiera parecido que se desprecupaba del orden público turbado por sus pretensiones mesiánicas absolverle, con la acusación de los motivos religiosos presentados por los judíos, podía sonar a tolerar la violación de su ley, que Roma, y sobre todo Tiberio, querían se hiciese respetar. Este miedo de Pilato fué un crimen grande, pero la humana flaqueza le hace fácilmente comprensible, sobre todo en un hombre para quien era tan poca cosa la vida de un judío.

Jesús estaba ya en el pretorio; Pilato le manda llamar, y el interrogatorio va a proseguirse aparte de los judíos, a quienes sus escrúpulos religiosos mantienen allá afuera.

«¿Tú eres el rey de los judíos?» Esta pregunta se halla no sólo en San Juan, sino en los tres sinópticos, quienes, no obstante, conservaron únicamente este rasgo del interrogatorio. No era otro, en efecto, el punto capital para Pilato, y él debía dilucidarse; luego lo sostendrá y clavará sobre la cruz: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos.» No hacía

más con ello que traducir las pretensiones mesiánicas que los judíos reprochaban a Jesús; es la primera queja que han hecho valer, y a ella vendrán, al fin, para arrancar la condenación que Pilato les niega.

Antes de responder directamente, Jesús procura conducir a Pilato a precisar su querrela: ¿Se expresa de este modo de por sí, o sólo repite lo que ha escuchado a los demás?

Es un primer esfuerzo para provocar la atención del juez y llevarle poco a poco, si es posible, a darse cuenta del alcance del dictamen que va a emitir, haciéndole presentir la dignidad de aquel a quien se pone a juzgar.

Pero este esfuerzo se estrella contra el desdén de Pilato: «¿Es que soy acaso judío? Tu nación y los jefes de los sacerdotes te han puesto en mis manos; ¿qué es lo que has hecho?» Se vuelve a encontrar en Pilato el desprecio que veíamos hace un instante en Galión por estas querrelas de palabras, en las que se complacían los judíos: es reírse de él, piensa, creer que un Pilato pueda preocuparse la menor cosa de los judíos y de su rey. Al punto, pues: «Te han entregado, ¿qué has hecho?»

Jesús viene ahora a la pregunta propuesta por Pilato y le hace comprender con una palabra que no tiene por qué alarmarse de sus pretensiones: «Mi reino no es de este mundo.» Y la prueba que da es, que sus servidores le defenderían, mientras que, evidentemente, no ha ensayado siquiera una resistencia.

Aquí, otra vez, hay en la respuesta de Jesús, más que una sencilla justificación de su conducta, un esfuerzo para llevar a Pilato a ideas mucho más altas; esfuerzo frustrado también como el anterior. El gobernador no retiene de todo esto más que una confesión que no le parece tan clara, y sobre la que insiste: «¿Luego eres rey?» Jesús contesta: «Tú dices que yo soy rey.» Esta forma de respuesta es la misma de que se sirvió Jesús delante de Caifás.

En estas dos circunstancias, Jesús emite sobre su misión y sobre su persona el testimonio que se debe, y que va a consagrar con su muerte: a los judíos les recuerda el oráculo profético: «Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y venir sobre las nubes del cielo»; ante el juez pagano se esfuerza por despertar el testimonio de la conciencia, impulso del alma naturalmente cristiana, que conduce a la verdad: «Yo he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.» No es cuestión aquí del segundo advenimiento, que Pilato no esperaba, y que para él no tenía sentido alguno, sino únicamente de su venida al mundo.

Aquí particularmente se siente el esfuerzo del Señor por apresar a esta alma en el atractivo de la verdad, tan poderoso para todos los hombres. En la mayoría de las actas auténticas de los mártires se hallará en los confesores de Cristo este cuidado de iluminar y salvar, si es posible, al magistrado que les pregunta; tal, por ejemplo, Carpo, después de haber expuesto la fe en el verdadero Dios y la necedad de la idolatría: «Créeme, gobernador, que tu culto es vano»; y Potino, a quien el magistrado pregunta cuál es el Dios de los cristianos: «Tú le conocerás, si eres digno.» Y Apolonio al procónsul Perennio: «Sufro por verte tan ciego delante de las bellezas de la gracia: la palabra del Señor, Perennio, pertenece al corazón que ve, lo mismo que la luz a los ojos que la miran: nada sirve hablar a los insensatos, lo mismo que esclarecer a los ciegos.» Mucho menos sensibles a la muerte que les amenaza que a la obcecación de que son testigos, se esfuerzan por salvar a los que quieren perderles. No harán en esto más que imitar a su Maestro, testigo fiel y rey de los mártires.

Esta última tentativa fracasa como las anteriores: «¿Qué es verdad?» No es necesario ver en esta frase de Pilato la angustia de un hombre que desespera llegar a esta verdad de que se le habla, sino sencillamente la salida escéptica de un magistrado a quien importuna semejante ideología, y que desea desentenderse de una conversación estéril. Por lo menos ha oído lo bastante para convencerse como nunca de que este rey de los judíos que le han traído los sacerdotes no es un peligro para el orden público; será, a lo sumo, un soñador. Sale, pues, y dice a los judíos: «Yo no encuentro crimen en él.»

Pero a los enemigos de Cristo no se les desarma tan fácilmente, y se irritan y acumulan contra El las acusaciones políticas: es un sedicioso que levanta al pueblo y prohíbe pagar tributo a César. Jesús está allí, oye todo esto y se calla. Se calla como se calló ante Caifás, como va a callarse ante Herodes. En todos estos interrogatorios, habla lo bastante para testificar y hacer conocer la verdad, y cumplido este deber enmudece. Los acusadores que así gritaban, hacíanlo manifiestamente de mala fe; dejando en la sombra el verdadero motivo de sus persecuciones, lanzan contra Jesús pretextos en los que ellos mismos no podían creer, y a los que la más leve averiguación echarían por tierra: así la cuestión del tributo al César. La respuesta de Jesús no era aún de una semana, y la conocía todo Jerusalén: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.» Pilato, pues, si quiere luz, puede tenerla, y Jesús no tiene ya nada que decir.

Los judíos insisten, sin embargo (Lc., XXIII, 5): «Amotina al pueblo, enseñando por toda la Judea, comenzando desde la Galilea hasta aquí.» Al mencionar la Galilea, tierra clásica de los levantamientos, los judíos pensaban, sin duda, hacer la acusación más plausible; Pilato sólo ve en ella un medio de salir de cuidados: la Galilea era jurisdicción de Herodes; el tetrarca estaba en Jerusalén; va, pues, a aprovecharse remitiéndole esta causa molesta, y encargarle, si no de juzgarla, al menos de instruirle.

## **V.-JESÚS ANTE HERODES**



El fin de Pilato al enviar a Jesús a Herodes es fácil de comprender. Quiere descargarse en el príncipe de un negocio importuno, y ve al mismo tiempo en este envío una señal de deferencia para con el tetrarca, que le acercará a él.

¿Le remitió para ser juzgado en última instancia? No lo dice el Evangelio y no parece muy verosímil, y se comprende mejor todo este procedimiento, si se considera esta nueva comparación como una instrucción suplementaria. «Concita a todo el pueblo desde la Galilea hasta aquí»; esta queja nueva traída por los judíos, motiva una nueva indignación; no basta enterarse de lo que Jesús ha podido hacer y decir en Jerusalén durante estos últimos días, sino cuál ha sido su actuación en Palestina, y sobre todo en Galilea, ya que allí ha predicado particularmente. Y en este respecto, ¿quién mejor para averiguarlo que el tetrarca?

Está en Jerusalén y que se encargue de la instrucción: Pilato no exige decidir, sino instruir; no es un procedimiento oficial, pero será para el gobernador una fuente de útiles informaciones, y el tetrarca verá en este paso una señal de confianza y de deferencia.

Herodes se presta gustoso a este deseo de Pilato: se siente halagado por esta cortesía, a la cual, sin duda, están poco hechos los romanos, y antes que nada, ve en esta comparación una circunstancia inesperada para contentar su curiosidad: «Desde hacía mucho tiempo deseaba conocerle, porque había oído hablar mucho de él y esperaba verle hacer algún milagro.» Este deseo era ya de muy atrás: desde los tiempos de la predicación de Cristo en Galilea, decía: «Hice decapitar a Juan, y ¿quién es éste de quien oigo tales cosas? Y buscaba verle» (Lc., IX, 9). Hasta entonces no se había prestado Jesús a este deseo; habíase mantenido lejos del tetrarca, y había hablado sin miramiento de este «zorro» (Lc., XIII, 31). Ahora Herodes le tenía a su merced: de la pesquisa que iba a entablar, dependía la vida o la muerte de Jesús; ¿sería menester antes, para estar seguro, que el profeta se sometiese a todos sus deseos?

Si con este procedimiento Herodes desagradaba a los judíos, no le preocupaba cosa mayor. Para todos estos sanedritas que conducían a Cristo a su tribunal, no tenía otra cosa que el desprecio de su padre Herodes. Monarca tan griego como judío, había hecho su capital de aquella Tiberíades, edificada sobre un terreno que todo judío miraba como impuro, y donde vivía habitualmente, o en Maqueronte o en Perea, fuera del alcance de las autoridades judías; preocupado poco de sus anatemas, no tenía, como Pilato, que tomar las mismas precauciones; el procurador estaba frecuentemente en Jerusalén en contacto con los jefes de la nación judía; Herodes no les encontraba más que ocasionalmente, y podía herirles sin peligro.

Desde que ve llegar a Jesús le dirige una multitud de preguntas, pero no logra que le conteste una. Los fariseos, sin embargo, activan violentamente su acusación y están

ofendidos tanto por el desdén del tetrarca como por la altivez de Pilato; pero las peores afrentas les son indiferentes con tal que arranquen la condenación que persiguen.

En esta lucha apasionada y confusa, Jesús se calla: ha respondido a Caifás y a Pilato; para Herodes, ni una palabra. En toda su Pasión sólo se defiende en la medida estricta exigida por la obediencia a una autoridad legítima: el sumo sacerdote, conjurándole en nombre de Dios, tiene derecho a una respuesta, y la recibirá; el procurador romano posee autoridad legítima, está en su deber de averiguar y de juzgar y también Cristo le contestará. Herodes no tiene derecho alguno, y su interrogatorio únicamente tiende a satisfacer su curiosidad altiva, y Jesús no le dirigirá una palabra. Podría disputar su vida y tendría muchas probabilidades de salvarla, pero «¿el cáliz que me dió mi Padre no lo he de beber?» Y a esta razón general, que ordena toda su actitud durante esta jornada, se juntan aquí motivos particularmente apremiantes. El príncipe que le interroga es el responsable de la cautividad y de la muerte de Juan Bautista; le había hecho apresar, pero aun siendo su carcelero sufría su ascendiente, y representaba este doble papel de tirano y simpatizante, hasta que al fin la crueldad de una mujer le arrastra y obtiene de él la muerte del profeta. Quería proceder así con Cristo, distrayendo su curiosidad oyéndole, y luego arrojarlo como juguete de quien uno se cansa. A estos cálculos miserables no se presta Jesús, que no arroja las perlas a los puercos.

Herodes siente la lección que le da este silencio, y se venga con su arma favorita: la burla. Verrall, lo hemos dicho ya, quiere eliminar toda intención hostil, y traduce así: «Herodes juzgó que el hombre no era de importancia y se divirtió con sus soldados: le dió una vestidura hermosa y se lo remitió a Pilato». Demostraría aquí, a lo sumo, una actitud de frivolidad y desdén, pero el Evangelio va mucho más lejos: el príncipe se vió despreciado y se vengó. La burla que imagina alcanzará a la vez a Jesús y a los acusadores; al vestirse de una «túnica brillante», le presenta como el rey de los judíos, y ésta será una satisfacción para el tetrarca, ridiculizar a la vez a sus adversarios y enviarles con un desprecio igual. Al interpretar así esta escena, no se hace más inverosímil la irrisión en casa de Pilato; todo al contrario, se concebirá con gran verosimilitud que el aparato burlesco con el que Jesús vuelve a Pilato inspira la mofa de los soldados romanos: se les envía un rey de los judíos, y así le tratarán.

De este modo se acentúan estos ultrajes, que desde el principio de la Pasión alcanzan a Jesús y que sólo cesarán con su muerte: caen sobre él salivas e irrisiones, que de tribunal en tribunal se hacen más sangrientas. Los hombres se prestan siempre, ¡ay!, a este juego cruel, y las actas de los mártires estarán repletas de cosas así; pero la fe cristiana adivina detrás de estos miserables instrumentos al enemigo del cual es aquella hora, y que se ceba en su víctima. Y Cristo, por su parte, acepta estas vilezas y todas estas brutalidades, sabiendo que redime con ellas nuestro orgullo y nuestra sensualidad.

Toda esta escena no tuvo probablemente sino unos pocos espectadores. Por eso los otros sinópticos la pasan en silencio; a Jesús sólo le siguieron a casa del tetrarca algunos

guardas y acusadores, o testigos de cargo. Se le devolvió a Pilato, y va a continuar la instrucción oficial.

## **VI.-JESÚS DELANTE DE PILATO**

Pilato no sacó de su combinación todo el partido que había esperado, pues Herodes le remitió el detenido sin descargar nada al procurador de la responsabilidad que pesaba sobre él. Por lo menos, el paso fué una señal de deferencia, que el tetrarca la recibió como tal, y los dos rivales se hicieron amigos. Por lo demás, son del mismo sentir en el negocio; para uno y otro, el preso es un pobre hombre sin importancia, por el que no pueden perturbarse, y los acusadores son unos envidiosos, dignos de todo desprecio.

Pero si son despreciables, los judíos son también temibles, y Pilato les tiembla en efecto; cargado de nuevo con la importuna responsabilidad del juicio, cree poder eludirlo con una amnistía.

Los cuatro evangelistas refieren el nuevo expediente imaginado por Pilato, peor que el anterior: al enviar a Jesús a Herodes, intentaba el procurador arbitrar su responsabilidad última con la del tetrarca; mas al ofrecer su gracia al pueblo, le presenta como un condenado que merece el suplicio, pero a quien amnistía con ocasión de la fiesta. Antes de llegar aquí imagina, según San Lucas, una nueva defensa: «Yo no encuentro culpa en este hombre, como tampoco Herodes; le corregiré y le soltaré»; para ahorrarse la susceptibilidad de los judíos, Pilato no se atreve a confesar la completa inocencia de Jesús y admite que hay que darle su correctivo, y promete hacerlo. Esta componenda no calma las iras, y el juez lo siente pronto, recurriendo entonces al detestable expediente de la amnistía.

Según San Marcos (XV, 8), parece que esta idea se la sugirió al magistrado un paso de la turba: subía al pretorio y reclamaba el edicto de gracia; rasgo que deja comprender mejor el procedimiento, ya que así el juez no tenía necesidad de inventar expediente y aprovechaba la ocasión que la diligencia de los judíos le ofrecía. Para informe de esta intervención de Pilato, las narraciones evangélicas presentan matices ligeramente diversos. Según San Mateo, el procurador propone formalmente la elección entre Barrabás y Jesús: «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?» Según San Marcos y San Juan, se contenta con proponer el indulto para Jesús: «¿Queréis que ponga en libertad al rey de los judíos?» Esta reserva era más hábil, pero el título de «rey de los judíos» dado al preso podía parecer una irrisión y ofender al pueblo.

A la pregunta propuesta por el procurador, los judíos no responden inmediatamente; hay entre ellos, a lo que parece, un segundo de vacilación, y Pilato espera.

Aquí hay que colocar el incidente referido por San Mateo: Mientras estaba sentado en su tribunal, su mujer le envió a decir: «No tomes parte en el pleito de este justo, porque hoy he padecido mucho en sueños por su causa».

Este episodio hace comprender mejor la actitud de Pilato y sus esfuerzos por salvar a Jesús. Sin duda que se dió cuenta desde el principio de que el hombre que le traían era inocente y de que los que le perseguían le envidiaban por su influencia; pero esta persuasión no hubiera bastado probablemente para provocar por su parte una resistencia tan continuada: ¡la vida de un extranjero era tan poca cosa para un pagano, para Pilato sobre todo, y, por otra parte, corría tanto riesgo, por su causa, de descontentar a los jefes del pueblo judío! Todo se explica mejor si el cuidado de la justicia se mezcla con un temor religioso; los sueños tenían en la vida romana un papel con frecuencia decisivo, y este Oriente misterioso les daba aún un alcance mayor. Cuanto a la mujer de Pilato, la conocemos demasiado poco para discernir con certeza el motivo que la inspiraba. Se puede conjeturar con verosimilitud que ella, como tantas otras romanas de su tiempo y de su medio, se sentía arrastrada por las religiones orientales, y en particular por la judía, a la que su estancia en Palestina la había permitido conocer mejor. Había, sin duda, oído hablar de Jesús, de sus predicaciones, de sus obras maravillosas y del movimiento popular provocado por El en Galilea y hasta en Jerusalén; pudo saber la víspera por la tarde su arresto, en el que la cohorte romana tomó parte, y durante la noche había tenido un sueño sobre el particular, sueño que no describe, pero que le había hecho padecer mucho. Desde entonces embargábala sólo una preocupación: hacerse a un lado ella y su marido en este pleito inquietante, y su intervención no tiene por fin inmediato la salvación del acusado, sino la seguridad de Pilato.

Mientras ella intervenía de este modo, los príncipes de los sacerdotes no perdían su tiempo, y esparcidos entre la turba, la concitaban contra Jesús, y no sorprende que lo hicieran con fortuna. Desde mucho tiempo, el pueblo, sobre todo el de Jerusalén, estaba dividido entre la influencia de los fariseos y la del nuevo profeta, y el evangelio de San Juan nos ha permitido seguir las fluctuaciones de esta opinión: hace sólo algunos meses aún, los defensores de Jesús eran poco numerosos, y se callaban cuando los de los fariseos repetían en alta voz que era un hombre peligroso y un seductor que corrompía al pueblo. Los sucesos de las últimas semanas, particularmente la resurrección de Lázaro, provocaron un viraje muy sensible, pero poco profundo; la entrada de los Ramos triunfó sin repetición. Durante los días siguientes, jornadas de discusiones y de enredos, se siente perdida la ocasión; Jesús no estaba ya seguro en Jerusalén, y cada día se retiraba por la noche a Betania; las escenas nocturnas y las de esta madrugada acabaron de arruinar su popularidad; se le detuvo como a un malhechor, sin resistencia, y sus Apóstoles huyeron o renegaron. Ante Anás y Caifás, delante de Herodes y Pilato, se ha callado, o apenas se ha defendido, y todas las esperanzas que en El se apoyaban cayeron a la vez. Desde entonces, si no es ya el Mesías soñado, ¿qué puede ser sino el seductor denunciado siempre por los jefes del pueblo? Este chasco y estos rencores bastarían ellos solos para explicar esta vuelta de la turba; pero en algunos, sin duda que se juntó todavía el miedo; decididamente, los fariseos se lo llevan, y se conoce la violencia de su rabia; los mismos Apóstoles no se atreven a exponerse; ¿quién, entre los discípulos efímeros de Jesús, tendrá el valor de

desafiarles? Y entonces, para hacerse perdonar sus aclamaciones de la víspera, redoblan sus maldiciones.

Cuando Pilato les preguntó de nuevo: «¿Queréis que os entregue al rey de los judíos?», respondieron todos: «¡A ése no, a Barrabás!» Pilato insiste aún; tal vez piensa que es la popularidad de Barrabás más que el odio la que inspira esta respuesta: «¿Qué queréis entonces que haga del que vosotros llamáis rey de los judíos?» Y gritaron de nuevo: «¡Crucifícale!» Se bate aún: «¿Qué mal ha hecho?» Pero claman más fuerte: «¡Crucifícale!»

Todos los expedientes tentados fracasan uno después de otro: Herodes y Barrabás les han hecho sentir el temor del procurador, a quien tienen cogido, y le llevarán hasta el final, por la misma presión violenta, sin volver a una discusión, por lo demás inútil. Pilato no perdió, sin embargo, toda esperanza; los azotes deben preceder a la crucifixión; hará azotar a Jesús y tentará luego conmover a los judíos. Pero, ¡ay, que el furor no se calma con la vista de la sangre! Los judíos, que se ven ya vencedores, triunfarán más con esta nueva crueldad, y, una vez aún, Jesús será la víctima de la debilidad de Pilato, y una vez más el delirio de sus enemigos le oprimirá. Y, sin embargo, todo este programa de sufrimientos y de vergüenzas lo ha elegido El y escogido, y por él nos salva.

Las predicciones de la Pasión hechas por Jesús al subir a Jerusalén insisten en la flagelación: «Los príncipes de los sacerdotes entregarán al Hijo del Hombre a los gentiles para ser burlado, azotado y puesto en cruz, y al tercer día resucitará» (Mt., XX, 19; Mc., X, 34; Lc., XVIII, 33). Suplicio a la vez degradante y terrible; la flagelación es, en efecto, uno de los episodios más crueles de la Pasión. Los judíos conocían el suplicio del látigo, pero entre ellos se aplicaba en una forma bastante benigna.

La flagelación romana era, por lo contrario, terrible: las correas del azote estaban guarnecidas de huesecillos o perdigones de plomo, que no sólo magullaban las carnes, sino que podían romper aun los huesos. La costumbre de esta pena infamante había pasado del Oriente a Roma, y por eso la ley se la reservaba a los esclavos y a los extranjeros, sin que se pudiese aplicar a los ciudadanos de Roma; y a San Pablo bastó para librarse de ella invocar su título de ciudadano romano (Act., XXII, 24-25). Aun entre los extraños, a algunos se les trataba con menos brutalidad.

Jesús no podía esperar, en su suplicio, alguno de los alivios o de los miramientos de que se prevalecían los alejandrinos u otros súbditos de Roma. El era un judío, un galileo salido del pueblo, a quien debía tratarse como lo eran de ordinario por los romanos estos montañeses despreciados y facciosos, y los agentes de la ejecución debían ser soldados sirios, contados entre los enemigos de los judíos, a los que perseguían por todas partes con rabia y desprecio.

A los evangelistas les pareció suficiente mencionar con una palabra el afrentoso suplicio, sin tentar describirlo; y ¿a qué más? Todos los lectores lo habían contemplado por sus ojos alguna vez y conocían todas sus fases: al condenado, a quien despojan de sus vestidos, le atan a una columna baja o a un poste, y sobre la piel extendida cae una lluvia de golpes en la espalda, en el pecho, en el vientre, en los ojos y en la cara también. Los autores contemporáneos nos hacen escuchar los gritos de los jueces excitando a los verdugos: Firme! (Suet., Cal., 26); Adde virgas! (Liv., XXVI, 16), y nos muestran, por fin, el cuerpo del atormentado tendido en tierra, bañado en su sangre (Cic., Verr., V, 54), retorciéndose de dolor (Plut., Coriol., 24) y expirando con frecuencia en el mismo suplicio (Verr., III, 29; IV, 39; V, 54). ¡Y así fué tratado el Hijo de Dios!

Al fin, los soldados le levantan y le devuelven sus vestidos; luego, delante de este judío, pretendiente a la realeza y a Mesías, se dedican a regocijarse: Después los soldados condujéronle al interior del atrio, esto es, al pretorio, y llamaron a toda la cohorte. Vistiéronle de púrpura y le ciñeron a la cabeza una corona de espinas que habían tejido. Y se pusieron a saludarle: «Salve, rey de los judíos.» Y le herían en la cabeza con una caña, y le escupían, y le doblaban la rodilla para rendirle homenaje. Y después de estas burlas le quitaron la púrpura y le dieron sus vestidos.

Esta escena irrisoria habíala también profetizado el Señor (Mc., X, 34): «Los jefes de los sacerdotes le entregarán a los gentiles, que se reirán de él, le escupirán en la cara, le azotarán y le condenarán a muerte.» Estos indignos tratamientos, ejercitados sobre un condenado sin defensa, han indignado con justicia a los lectores del Evangelio; y Orígenes para explicarlos escribe (P. G., XIII, 1.775): «Es verosímil que los soldados estuviesen aún mal disciplinados por razón del advenimiento del nuevo emperador, y por esto, obrando contra toda la disciplina entonces vigente, procedieron así, haciendo de Jesús un juguete, sirviéndose de su título de rey de los judíos. Pero para mí, creo que lo que lo que los soldados hicieron, lo hicieron por instigación de los reyes invisibles, de los príncipes de este mundo, aliados contra el Señor y contra su Cristo.»

De esta manera, la cohorte del pretorio representaba al ejército del mal. Esta explicación tiene su valor, pero es menester reconocer que los soldados y lictores eran con frecuencia despiadados para con sus víctimas y gustaban hacer de ellas un juguete. Cicerón nos describe (Verr., V, 45, 142) el suplicio de un ciudadano romano, Servilio, a quien Verres hizo azotar por seis lictores, los más diestros y vigorosos; al fin, uno de ellos, Sestio, volvió su látigo, y con el mango golpeó los ojos del desgraciado, que cayó con los ojos y la cara bañados en sangre. Aquí, por lo demás, ya lo hemos dicho, los ejecutores son enemigos de los judíos, y es para ellos una suerte poder torturar impunemente y escarnecer a este rey de los judíos.

Este espectáculo que nos describen los evangelistas nos produce horror y vergüenza; es una página que, por honor del linaje humano, se querría poder borrar, aunque

fuera con sangre; pero está grabada demasiado profundamente. Ella debe, por lo menos, enseñarnos lo que es el hombre y lo que es Dios: el estudio del Evangelio nos ha permitido ver con qué respeto soberano trató Cristo a los hombres; no les conquista por la violencia, les atrae; no les aplasta, les eleva; a sus Apóstoles les sacó de la nada y los llevó lenta y pacientemente a las más altas cimas de la vida moral. Así se conduce Dios con los que enseña; mas aquí, al revés, vemos cómo trata el hombre a Dios cuando le tiene, o cree tenerle, a su merced; crueldades, irrisiones, burlas; sobre El acumula todo lo que puede ofender o degradar, y Dios se deja hacer, porque lleva en sí un tesoro tal de vida y de gloria que puede por su muerte vivificar al mundo, y con sus ignominias, glorificarle.

## VII-LA SENTENCIA: CRUCIFIXIÓN Y MUERTE

A medida que el drama se precipita, las pasiones se exasperan. Desde la mañana, los judíos se cebaron en su presa. Pilato multiplicó en vano los expedientes para arrancárselo de las manos, y sus maniobras y crueldades no lograron más que exaltar la insolencia israelita. Las escenas de la flagelación y de la coronación de espinas pasaron en el interior del pretorio; por eso Pilato hizo salir a Jesús y se lo presentó a la muchedumbre. Cristo aparecía sangrando, desconocido y disfrazado con una clámide de soldado y una corona de espinas: «Ved al hombre», dice Pilato, con mezcla de lástima y de desprecio: ¿no está castigado? ¿Qué podéis temer ya?» Pero los fariseos no se contentan tan fácilmente: «¡Crucifícale!, ¡crucifícale!», gritan con un furor que los primeros éxitos no hacen más que exaltar. Pilato, asqueado por este encarnizamiento, les respondió: «Crucifícale vosotros; yo no encuentro crimen en él.» El permiso estaba otorgado y era para los enemigos de Cristo una garantía mediocre, con la que no quisieron contentarse, pues los galileos podían tentar aún, con achaque de la fiesta, cualquier movimiento para salvar a su profeta, y sobre todo, podían más adelante vengarse de esta muerte; para asegurar su certeza, los fariseos quieren cubrirse con la autoridad romana, y sienten muy bien que el que la representa es tan débil y tan movedizo que no resistirá un nuevo asalto. Hacen valer entonces una nueva queja: tienen una ley que Roma reconoce y protege, y Jesús la ha violado llamándose Hijo de Dios. La acusación cambia de carácter: hasta aquí era puramente política, presentando a Jesús como un sedicioso; ahora se torna religiosa. Jesús es un blasfemo que viola la Ley, pretendiendo ser Hijo de Dios. Este nuevo procedimiento era, así lo parece, el más indicado: la Ley judía estaba efectivamente amparada por la autoridad de Roma, que castigaba a los transgresores; tal, por ejemplo, sucedió con un soldado romano, que quemó y rompió un ejemplar de la Ley, y denunciado por los judíos se le condenó a muerte y se le ejecutó. La historia de San Pablo nos demuestra también cómo la santidad del templo estaba protegida por la autoridad romana; introducir en el recinto reservado para los judíos a los paganos era un crimen que castigaban los de la metrópoli, y está fuera de duda que una doctrina blasfema, atentatoria a la Ley, se hubiera sancionado del mismo modo. Y, sin embargo, vemos que los fariseos no avanzan, sino a más no poder, a este terreno. Caifás tenía ya mucha dificultad en proponer a Jesús la pregunta decisiva: «¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios bendecido?» Lo hizo sólo después que todos los otros motivos se desvanecieron. Dígase lo mismo aquí: los judíos buscaban primero arrancar una condena sin información: «Si no fuera un malhechor, no te lo habiéramos entregado.» No pudiendo lograr su intento, esfuézanse por lo menos en mantenerse en el terreno político: es un

sedicioso, levanta al pueblo y prohíbe pagar tributo a César; pero fracasada la maniobra, se ven reducidos a jugarse la última carta: se hace Hijo de Dios.

Esto era a sus ojos una grave imprudencia, cuyos efectos podían ellos calcular; los adictos de Jesús, atemorizados ahora, no dejarían de recobrar, y entonces pedirían razón de las persecuciones empeñadas contra su Maestro; si a Jesús le habían condenado los romanos como a un agitador, no era más que una acusación política, y lo odioso de ella caería sobre el intendente de Roma; pero si se le ajusticiaba como a Mesías e Hijo de Dios, no podían velar el carácter religioso de la enemiga, y desde entonces los responsables serían los dirigentes del pueblo, y los romanos únicamente sus instrumentos; y ¿no era una responsabilidad terrible haber ahogado, por un recurso a los usurpadores extranjeros, toda la esperanza de Israel? San Pablo debía decir más adelante a los judíos de Roma (Act., XXVIII, 20): «Por la esperanza de Israel llevo estas cadenas», y los sanedritas sentían toda la fuerza de estas reivindicaciones, y cuando se exponían a ellas no era de grado. Pero aquí, como en casa de Caifás, se vieron conducidos por una voluntad más fuerte que la suya: Dios entregaba su Hijo a la muerte, pero quería que se le hiriera como a un mártir, no como a un sedicioso. San Pedro escribirá más tarde a los cristianos (I Pet., IV, 15): «Que ninguno de vosotros padezca como homicida, ladrón o malhechor, o como codicioso del bien ajeno. Si no sufra como cristiano, que no se avergüence, antes glorifique a Dios por este mismo nombre.» Así debía morir y glorificar a su Padre el rey de los mártires.

No obstante, esta nueva querrela, lejos de decidir a Pilato, no logra más que perturbarle; conocía mal la religión judía, y según esto, no era muy capaz de sentir la fuerza exacta de este término: Hijo de Dios. Pero lo que sabía de las religiones orientales le hacía presentir allí algo de misterioso y temible. Desde el comienzo de esta causa extraña se estrellaba contra fuerzas oscuras que le espantaban: la rabia encarnizada de los jefes religiosos del pueblo, el silencio tan natural y majestuoso del acusado, todo confirmaba en él el aviso de su mujer: «No te metas en la persecución de este hombre.» El nuevo cargo lanzado ahora por los sanedritas daba una fuerza mayor a estas aprensiones: un Hijo de Dios. ¿Y, si lo era este hombre, después de todo?

Sin atreverse a afrontar la cuestión angustiosa, pregunta a su prisionero: «¿De dónde eres?» Jesús no le dijo palabra. No podía exponer los misterios de su origen a este hombre tan mal dispuesto para entenderlos; por lo demás, Pilato sabía ya demasiado para que cumpliera netamente su deber.

El procurador se admira y se irrita con este silencio; creía ser muy condescendiente prestándose a este nuevo interrogatorio, y no esperaba ver sus avances despreciados por un hombre a quien tenía a su merced. Es menester creer un visionario a este acusado que no cae en la cuenta de los peligros que corre: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para librarte y poder para crucificarte?» La respuesta de Cristo debió ser para el procurador romano más desconcertante aún que su silencio: este ajusticiado medio muerto, a quien una palabra puede acabar, no tiene preocupación alguna por defenderse, y sólo se



apura por la responsabilidad de sus jueces. Sí; sin duda que tiene Pilato poder sobre El, pero es un poder que le viene de lo alto y del que dará cuenta; los que le han entregado a Jesús son los depositarios de una potestad más sagrada aún que la suya, de la que han abusado y cuya cuenta será más dura: «Por esto, el que me entregó a ti comete un pecado mayor.»

Pilato, ¿comprendió toda esta doctrina? Es muy dudoso, pero por lo menos entendió lo suficiente para sentir con mayor viveza la responsabilidad con que le cargaría una condenación, y «desde este momento buscaba cómo librarle»; antes había hecho algunos esfuerzos para salvarle, pero esfuerzos tímidos e indirectos, para lograr que desistieran los judíos y Herodes asociase su responsabilidad a la suya; pero ahora buscaba positivamente detener este negocio y dar por libre a Jesús.

Mas estas veleidades sinceras tropiezan con un obstáculo que será para ellas infranqueable: «Si tú le pones en libertad, no eres amigo del César; que quien se hace rey, se declara contra César.» Los judíos volvieron a las acusaciones políticas, pero esta vez las llevan a fondo: han puesto en juego a César, y Pilato comprende que si resiste, sus adversarios le perseguirán en Roma. Hay en ello para él un peligro realísimo: los principios de su gobierno quedaron señalados con actos de violencia; el pleito de las enseñas, luego el del tesoro religioso, y es muy probable que estas maneras fuertes no se aprobaran del todo en Roma; podía contar aún con el apoyo de Leján (muerto el 31), pero era necesario que él no empujase a ello a sus subordinados: «Porque si, por lo demás, los judíos pudiesen escribir al emperador diciéndole nos hemos asegurado de un hombre que se levantó contra ti, y tu representante rehusó juzgarle, bajo pretexto de que él no lo arrestó por sí mismo, es posible que una vez más se le diera un disgusto a Pilato. Desgraciadamente para él como para Jesús, con la experiencia que tenía de los judíos, en un instante midió la revolución que zumbaba; la masa de los judíos indígenas aumentada con los correligionarios llegados de todos los puntos del imperio para celebrar la Pascua en la ciudad santa, el apoyo dado bajo mano por los sacerdotes y ancianos del pueblo... He aquí por qué Pilato, en primer término, no pudo protestar, y después, se vió obligado por la urgencia de los sucesos a entregar a Jesús, a quien conocía inocente y quería salvar».

Se retira, pues, del pretorio, hace salir a Jesús y viene a sentarse a su tribunal para dar la sentencia. A la vista del prisionero y del juez, los judíos lanzan un nuevo grito de furor; ahora con un tono más imperioso y decisivo: «¡Que muera!, ¡que muera!, ¡crucifícale!» Pilato no se atreve a resistir, pero se venga de su derrota con una postrera ironía: «¿Y a vuestro rey tengo de crucificar?» Los judíos, que ya tienen por fin su presa, olvidan todo lo demás, y por saciar su furor reniegan de todas sus esperanzas: «No tenemos más rey que a César.» El procurador escucha este grito servil y rabioso; si pudo tener al principio de la causa ciertas dudas sobre los motivos de los fariseos, ya no las tenía. Nunca había despreciado tanto a los judíos, a los que no intenta arrancarles la presa, pero pretende por lo menos evitar su propia responsabilidad. El tumulto creciente ahoga su voz y recurre a una acción simbólica, familiar a judíos e infieles. Manda traer agua, se lava las manos en presencia de todo el pueblo, y dice: «Inocente soy en la sangre de este hombre; es cosa vuestra.» Y el pueblo entero ruge: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros

hijos».

Esta escena fué para Jesús una de las más dolorosas de toda la Pasión: era judío y amaba a su pueblo; lloraba hacía poco sobre Jerusalén recordando a través de sus lágrimas cómo había querido recoger a su lado a todos sus hijos y Jerusalén no aceptó. Hoy es la misma obstinación, y peor aún; es la maldición de su sangre derramada: los judíos, ciegos por el furor, llaman todo el peso sobre sí y sobre sus hijos, y ya lo sentirán, en efecto. Hay en la suerte de este pueblo una lección para todo el género humano: los castigos peores son los que el hombre se inflige a sí mismo cuando Dios no le conduce y le deja a su locura: toda la historia de Israel es testigo, y con bastante frecuencia se lo repitieron sus profetas: «Israel, tú eres quien te pierdes.» Mas aquí, estos juicios de Dios aparecen a una luz fulgurante: «No tenemos otro rey más que a César.» Y no tendrán, efectivamente, otro rey más que César, y a pesar de todos sus sueños de independencia y de todas las apasionadas revueltas, el mismo yugo volverá a caer sobre ellos, implacable, aplastante, hasta triturarles.

«¡Que muera!, ¡que muera!, ¡crucifícale!» «¡Que su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» Y Cristo, su esperanza, muere, en efecto, y se le clava en la horca, y esta sangre que debía darles la vida grita venganza contra ellos, más alto que la sangre de Abel. Ante estos castigos lloró Cristo, pero lloró en vano, viendo al morir que sus tormentos y su muerte iban a ser para el mundo entero fuente de vida; pero para el pueblo que El amaba más sobre la tierra, para su pueblo, el motivo de un castigo terrible, y contra esta voluntad obstinada, su misericordia fracasó.

Si los judíos tienen en el proceso la responsabilidad principal, no se sigue que Pilato sea inocente ; él se lo entrega, y se lo entrega por una condenación en regla: este último punto no está tan claro, y se podría dudar considerando los textos que nos dicen que «Pilato se lo abandonó para ser crucificado» (Jn., XIX, 16); «Le entregó para que lo crucificaran» (Mc., XV, 15); lo mismo (Mt., XXVII, 26); «Abandonó a Jesús a su capricho» (Lc., XXIII, 24-25). Pero al lado de éstos hay otros testimonios que aseguran una condenación en regla, y así lo significa el rasgo referido por San Juan, XIX, 13: «Pilato se sentó en su tribunal», y lo que aún lo dice más claramente el libelo de la sentencia: «Pilato hizo una inscripción y la mandó poner en lo alto de la cruz, con estas palabras: Jesús Nazareno, Rey de los judíos» (Jn., XIX, 19).

Este letrado formulando la sentencia lo leyó el juez que la pronunció, luego se llevó ostensiblemente delante del condenado, y por fin se clavó en la cruz. Por la brevedad brutal de su redacción, Pilato se vengaba a su manera de los judíos que le habían forzado, y por eso cuando se le quiso hacer adoptar una redacción atenuante, vuelve a toda su altivez: «Lo escrito, escrito está.»

Y enviando a Jesús al suplicio, asocióle Pilato dos compañeros. Esta junta deshonrosa del rey de los judíos y de dos ladrones caía muy dentro de las costumbres

romanas, y se hallará con frecuencia en las Actas de los mártires.

Al ordenar esta ejecución colectiva, el procurador quería tal vez aprovechar la circunstancia para desalojar la prisión antes de la fiesta; en todo caso, muestra el poco caso que hizo de Jesús y que todas sus dudas y temores no lastimaron grandemente su frívolo escepticismo. La conducción de la cruz sólo está contada con una palabra en San Juan; los otros evangelistas la describen un poco más, y San Lucas, sobre todo, refiere a este propósito ciertos detalles de gran valor. Al leer estas narraciones tan sobrias, pero cargadas de terribles realidades, vienen a la memoria las palabras de Cristo a los Apóstoles: «Si alguno quiere ser mi discípulo, que se renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt., XVI, 24; cf. X, 38). Entonces no era más que una metáfora; pero ahora el suplicio del Maestro hace sentir la realidad temible: la predicción de Cesarea de Filipo, contra la que Pedro se había sublevado, era una descripción bien pálida ante la escena que todo Jerusalén tenía ahora a sus ojos. Y en adelante, todas las generaciones de cristianos que lean esta sentencia del Señor la comprenderán a la luz del Calvario.

Por esto quiso dar Jesús a este espectáculo la mayor notoriedad: todo el mundo judío estaba reunido en Jerusalén para la fiesta; hoy, más aún que cincuenta días después en la próxima Pentecostés, se ven gentes de todas las naciones que están debajo del cielo: partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, de la Judea y de Capadocia, del Ponto y de Asia, de la Frigia y de Pamfilia, del Egipto y tierras de la Libia, vecinos de Cirene, romanos de paso, cretas y árabes : todos han venido para comer en Jerusalén el cordero pascual y todos van a ser testigos del sacrificio del Cordero de Dios.

Allá andan apresurados por toda la ciudad ultimando los preparativos de la fiesta, buscando una habitación y una víctima, gozosos y atareados, sintiendo pasar sobre ellos ya, como la cálida brisa de Egipto, los caros recuerdos de la Pascua y de la liberación; y de repente se sienten sobrecogidos por estos remolinos del motín, por estos gritos de muerte, que del pretorio repercuten por toda la ciudad; luego, el cortejo fúnebre, que trabajosamente se abre camino a través de las calles atestadas de la santa capital.

La costumbre romana daba a estas ejecuciones la mayor publicidad posible, y los relatos de Josefo sobre la ejecución de Celer (A.J., X, 6, 3, 126) y Níger (B.J., IV, 6, 1, 359) nos muestran a ambos traídos y llevados de un lado al otro por toda la ciudad: con Jesús no se hizo excepción, pues más aún que los romanos tendían los judíos a esta exhibición. Un centurión estaba, según costumbre, encargado de presidir la ejecución; tenía a su mando un grupo, manípulo o centuria (de 60 a 100 hombres), y es probable que las precauciones se tomaran con más empeño, ya que se trataba del rey de los judíos y se podía temer, especialmente en tiempo de Pascua, una sublevación de sus partidarios. Precedidos de esta escolta, avanzan los tres ajusticiados llevando su cruz, sea la cruz toda entera arrastrada por el paciente, sea sólo el travesaño llevado al brazo. En todo caso se comprende pronto que Jesús, exhausto por los azotes, no pudiera transportar por sí mismo el instrumento de su suplicio: los soldados alquilaron entonces un judío que venía del campo, un hombre de

Cirene, por nombre Simón; a sus dos hijos, Alejandro y Rufo, los menciona San Marcos, sin duda, como muy conocidos de la comunidad cristiana. La cruz será, pues, para este hombre y su familia, el instrumento de salvación; él, el primero de todos, cumplió a la letra el precepto del Señor: «Si alguno quiere ser mi discípulo, que tome su cruz y me siga.» No era para él una faena impuesta autoritariamente y llevada de mala gana, sino que ya la virtud de la santa cruz obraba sobre él, como bien pronto sobre el Buen Ladrón.

Sólo San Lucas describe «la gran masa del pueblo» que seguía al cortejo. Había allí toda esa gente que la curiosidad malsana arrastra a las ejecuciones capitales, pero estaban también todos aquellos adictos de Jesús que, temerosos, vacilantes y desesperados, querían por lo menos «ver el fin». Pronto los dos viajeros de Emaús van a decir al desconocido que se les junta en el camino que él es el único en Jerusalén que no conoce esta catástrofe terrible. Están también algunos fieles, las santas mujeres que San Lucas menciona en particular, y no son las galileas que hayamos al pie de la cruz, sino otro grupo compuesto de mujeres de Jerusalén; los hombres se callan o se unen a los blasfemadores; las mujeres tienen el valor de llorar, y su presencia y su aflicción añade aún un testimonio más a tantos otros recogidos sobre la acción de Cristo en Jerusalén. Jesús, en su respuesta, se revela una vez más: ante Pilato se olvida de sí mismo y sólo cuida de la responsabilidad de sus jueces; aquí, delante de sus fieles que se lamentan por El, sólo piensa en las desdichas que les amenazan, y volviendo a las predicciones hechas poco ha sobre los últimos días, pinta la agonía inmensa que pronto va a oprimir a las mujeres de Jerusalén: su propia Pasión es el prelude de estas grandes calamidades que se desplomarán sobre la ciudad deicida: «Vendrán días en que se dirá: ¡Dichosas las que no concibieron!» ; y todo se resume en este postrer rasgo que es para todos nosotros uno de los avisos más graves de todo el Evangelio : «Si en el leño verde se hacen estas cosas, ¿qué será del madero seco?» Jesús siente el peso de la justicia divina, y nos advierte, El, inocente que sufre por nosotros los culpables, que este peso es terrible.

Es el mismo cuidado, más conmovedor aún, que aparece en esta frase traída también por San Lucas: «Perdónales, porque no saben lo que hacen.» Jesús habla así mientras se le clava en el patíbulo, y aquellos por quien intercede, no son únicamente ni sobre todos los soldados; «éstos malaventurados es demasiado evidente que no sabían lo que hacían, porque no creían obrar mal» (Lagrange); los grandes culpables contra los que se arma la justicia divina por la muerte de Jesús, los que llaman sobre sí la maldición de la sangre derramada, son los judíos. Comparado con éstos, Pilato mismo tiene un pecado menor, y no obstante, es claro que ellos mismos no aprecian todo el horror de su falta: «Yo bien sé, hermanos -dirá pronto San Pedro-, que obrasteis por ignorancia, lo mismo que vuestros magistrados» (Act., III, 17. Cf. XIII, 27). Esta insistencia en rogar por sus verdugos alivia el gran dolor de Cristo: su muerte, expiación por los pecados, es a la vez en los que la persiguen el pecado mayor del mundo y el que será más rigurosamente castigado.

Llegaron al Gólgota, cerro roqueño que se encontraba entonces fuera de las murallas de la capital.

Allí va a desarrollarse el último acto, el más terrible de todos. Josefo refiere (B.J., VII, 6, 4) cómo el miedo del suplicio atroz de la cruz apresuró la capitulación de Maqueronte; un judío, por nombre Eleazar, era el alma de la defensa, y hecho prisionero por sorpresa, se le azotó ante los defensores de la ciudad: se plantó para él por fin una cruz y se le condujo a ella. Pero aquel hombre, hasta entonces vacilante, se sintió desfallecer, y gritó a los suyos que se entregaran para salvarle la vida. Desde la ciudad, sus parientes y amigos lloraban y decían en voz alta que la tortura era intolerable y era menester sustraerle a ella, y la emoción fué tan viva, que la ciudadela capituló. Aquí nadie interviene por Jesús; sólo algunas mujeres lloran, sus enemigos triunfan y la turba mira y deja hacer. Se le ofrece por fin un último alivio (Mc., XV, 23): «Le presentaron vino mezclado con mirra, pero no lo tomó.» Se lee en el Talmud de Babilonia: «Se daba a beber a los condenados a muerte una copa de vino con un grano de incienso, para turbar su conocimiento», según los Proverbios, XXXI, 6; la tradición dice que «mujeres generosas de Jerusalén lo hacían espontáneamente y de su bolsillo». Este pasaje del Talmud es sin duda muy posterior para que pueda sacarse una doctrina cierta; parece, con todo, que era un sentimiento de compasión el que hizo ofrecer a Cristo esta copa de vino aromatizado, y se puede creer con verosimilitud que fueron amigos de Jesús, tal vez las santas mujeres, las que prepararon este brebaje y lograron por fin ofrecérselo al Señor. Pero El no aceptó este alivio de una pena que quería padecer en la integridad de sus fuerzas intelectuales».

Se sabe bastante lo que era el suplicio de la cruz. Los principales datos clásicos están reunidos por G. Humbert. «De ordinario, a los condenados se les azotaba previamente con varas *sub furca*, y después debían llevar la cruz, o por lo menos el travesaño, hasta el sitio de la ejecución, expuestos así a las injurias y a los golpes del populacho. La cruz se ponía plantada, y al paciente se le subía con ayuda de correas y cuerdas, y después se le clavaba con largos clavos que le pasaban los pies y las manos. Una tableta, con la indicación de la calidad del crimen, se ponía en la parte superior. A los esclavos en general se les crucificaba fuera de la población. Allí se levantaba como un bosque de cruces de donde salían gemidos y llantos, porque se dejaba morir de hambre y de sed a los malhechores crucificados, que luego servían de pasto a los perros y buitres. Algunas veces los ajusticiados vivían así varios días, y a no ser para alivio de su dolor, no estaba permitido quebrarle los miembros. Entre los judíos la usanza lo prescribía, para que el cadáver se pudiese enterrar la misma tarde. Así, después de la muerte de Jesús se pudo enterrar su cuerpo.» Los pies se fijaban con dos clavos, probablemente sobre una especie de soporte ajustado al madero.

Los soldados, acabada su obra, fijos ya los condenados en sus cruces, se sentaron al pie de los patíbulos y echaron a suertes los vestidos de Cristo. Juan, testigo presencial de estos sucesos, los ha pintado más por menudo: se conmovió con el cumplimiento literal de la profecía: el Hijo de David vió en efecto sus vestiduras divididas y su túnica sorteada. Esta túnica sin costura la había tal vez tejido María Santísima o las santas mujeres, y ella quedará en el pensamiento de los cristianos como el símbolo de la unidad de la Iglesia.

Y mientras prosigue esta expoliación y este juego, Jesús agoniza, y sus enemigos le contemplan. Los evangelistas distinguen varios grupos: el pueblo mira y se calla (Lc., XXIII, 35). En esta turba hay sin dudarlos muchos amigos de Jesús, aterrados por la catástrofe y atemorizados por los judíos; los hay también, y son muchos más aún, los vacilantes de la víspera a quien el escándalo de la Pasión ha derribado, y en ellos ha muerto la fe; habían esperado en este hombre, pero ya, ¿a quién creer?, ¿en quién esperar? Se ve también los transeúntes de qué habla San Marcos (XV, 29) y San Mateo (XXVII, 39), que no parecen conocer a Jesús más que por lo que de Él oyen repetir desde por la mañana a los jefes del pueblo; es un blasfemo que se ha jactado de destruir el templo y de reedificado en tres días; como el criado que dió a Jesús la bofetada en casa de Anás, están ahora otros haciendo coro a sus príncipes; pasan delante de la cruz, meneando la cabeza y gritan al ajusticiado: «¡Hola!, ¡tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo y baja de la cruz!» Y los príncipes se mezclan también en estas injurias; tienen el corazón tan lleno de rabia y de alegría, que no pueden callarse, y desdeñosos de dirigirse a su víctima directamente, se ríen entre ellos: «Salvó a otros, y no se puede salvar a sí mismo. ¡Que Cristo, el rey de Israel, baje ahora de la cruz y que nosotros veamos y creamos!» (Mc.). San Mateo refiere los mismos ultrajes, acentuando la blasfemia religiosa: «El confía en Dios; ¡si Dios le ama, que le libre!, porque él ha dicho: yo soy el Hijo de Dios.» Los soldados mismos toman parte, y regocijados por ver a los directores de los judíos insultar así a su Mesías, les hacen coro: «Si tú eres el rey de los judíos, sálvate» (Lc.).

Los ladrones por su parte se hacen eco de todos estos clamores. San Lucas cuenta el episodio con más precisión: uno de los ajusticiados repite lo que escucha en su derredor: «¿No eres tú el Cristo? Sálvate, pues, a ti mismo, y a nosotros contigo.» El otro le reprende, sin embargo: «¿Cómo no temes a Dios, padeciendo el mismo suplicio?» Y prosigue en su humilde confesión: «Nosotros -dice- padecemos justamente, y recibimos lo que merecemos, pero éste nada malo ha hecho.»

Y de repente, levantado por la gracia, suplica: «Jesús, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino»

«Hoy -responde el Señor- estarás conmigo en el paraíso»; palabra soberana, y en la que Cristo se revela de cuerpo entero. A los peores ultrajes, no responde, y a la primera petición de un corazón contrito se abren sus labios con la promesa de su reino; sus enemigos creen haberse apoderado de todo lo suyo: sus mismos vestidos se los han arrebatado y los verdugos se los dividen, y en éste momento dispone como Señor del paraíso.

Durante estas horas últimas de la agonía de Jesús, la oscuridad cae sobre la tierra, a la vez que todo queda en silencio en torno de la cruz; ahora se acerca el grupo reducido de los fieles de Cristo.

Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopas, y María Magdalena. Viendo Jesús a su madre y a su lado al discípulo que amaba, dijo a su madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Y luego, al discípulo: He ahí a tu madre. Y desde esta hora el discípulo la tomó como suya (Jn., XIX, 25-27).

Esta escena de una intimidad tan conmovedora ha sido siempre querida, entre todas, de la piedad cristiana, y gustará oír aquí el comentario de San Ambrosio en su carta al clero de Verceli (P.L. XVI, 1.218):

María, la madre del Señor, estaba de pie delante de la cruz de su Hijo; esto sólo nos lo ha dicho San Juan evangelista. Otros refieran cómo el mundo tembló en la Pasión del Señor, cómo el cielo se nubló con tinieblas y el sol se oscureció o cómo el ladrón fué recibido en el paraíso después de su piadosa confesión. Pero San Juan me enseña lo que los demás no me enseñaron: como Jesús en su cruz llamó a su madre; él dió más valor a esta señal de piedad filial demostrada por Jesús, vencedor de suplicios, que al don del reino de los cielos. Era, sin duda, un rasgo de bondad perdonar a un ladrón, pero era todavía más una manifestación de piedad honrar a su madre con tal amor: «He aquí a tu hijo», «He aquí a tu madre». Es el testamento de Cristo en cruz, repartiendo entre su madre y su discípulo los deberes de piedad. De este modo establecía el Señor su testamento, no sólo el público, sino su testamento doméstico, y Juan ponía su firma en él, testigo digno de tan gran testador. Testamento precioso, que lega, no plata, sino la vida eterna; escrito, no con tinta, mas por el Espíritu de Dios vivo, de Aquel que dijo: «Mi lengua es como la pluma de un escriba que escribe rápidamente» (Ps., XLIV, 2). Y María se condujo como convenía a la madre de Cristo: mientras los Apóstoles estaban huí, dos, ella se mantenía de pie al lado de la cruz, y con sus ojos maternales contemplaba las heridas de su Hijo, esperando, no la muerte de su bien amado, sino la salvación del mundo. Porque sabía ella, morada del Rey, que la muerte de su Hijo era la redención del mundo, y pensaba que con este morir a sí misma podía añadir algo a este don que debía enriquecer a los hombres. Pero Jesús no tenía necesidad de ser ayudado en la redención; El, que sin ayuda de nadie salvó a todos los hombres. Por esto dice: «Me he quedado como un hombre a quien nadie ayuda, libre entre los muertos» (Ps., LXXXVII, 5). Recibió el amor de su madre, pero no buscó asistencia de ninguno.

Nada añadiremos a este texto, y contemplemos sólo en silencio este gran espectáculo. Como en otro tiempo el Sinaí, el Calvario está envuelto en tinieblas y cubierto de misterio, pero sobre todo de duelo; los blasfemadores reducidos a su pesar por la angustia han enmudecido: el Crucificado está en silencio y sus fieles junto a Él en esta nube oscura: jamás han sufrido tanto, ni han suplicado tanto, y jamás se sintieron tan cerca de Cristo y tan íntimamente unidos a Él como en esta agonía donde todo se abisma y todo desaparece. De repente resuena en la cruz un grito poderoso: «*Eloi, Eloi, lamasabachthani?*» Son, en dialecto arameo, las primeras palabras del salmo XXII. En todas las grandes crisis de su vida, toma Jesús instintivamente la sublime voz de los salmos para traducir sus sentimientos y sus plegarias: así en la tentación había rechazado con sus palabras los asaltos de Satanás, y ahora en el momento de suprema lucha, vuelve otra vez a estos textos sagrados.

Podemos leer aquí el salmo XXII, oración suprema de Cristo agonizante:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Lloro y la salvación está lejos de mí. Dios mío, doy voces durante el día y no me respondes; durante la noche, y no tengo punto de reposo. Sin embargo, tú eres santo y habitas entre los himnos de Israel en ti confiaron nuestros padres, se confiaron a ti, y tú les libraste; clamaron a ti, y se vieron salvos; confiaron en ti, y no fueron confundidos. Y yo soy gusano y no hombre, el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe. Cuantos me veían se burlaban de mí; movían sus labios y la cabeza, diciéndome: ¡Si se abandonó a Yavé, que El le salve, que le libre, pues le quiere!... Mi fuerza se secó como una teja de arcilla, y mi lengua se me pegó al paladar, y me redujiste al polvo de la muerte. Los perros me cercaron y un ejército de malvados me ronda; taladraron mis manos y mis pies, y podría yo contar todos mis huesos; ellos me observan y me miran, y se dividieron mis vestidos, y echaron a suerte mi túnica. Y tú, Yavé, no te apartes de mí. Tú, que eres mi fuerza, ¡apresúrate a venir en mi ayuda! ¡Libra a mi alma de la espada y a mi vida del poder del perro! ¡Sálvame de las fauces del león y sácame de los cuernos del búfalo!

Entonces anunciaré tu nombre a mis hermanos, y en medio de su reunión te alabaré: Vosotros, los que teméis a Yavé, ¡alabadle! Vosotros todos, descendencia de Jacob, ¡glorificadle! ¡Reverenciadle todos, posteridad de Israel! Porque no desechó los sufrimientos del atribulado, ni escondió su rostro delante de él, y cuando el afligido clamó a él, le oyó.

Así, este grito de angustia se termina con un cántico de esperanza y de triunfo. Los enemigos de Cristo no lo ignoraban; les era familiar también a ellos este salmo, pero su corazón estaba cerrado en estos instantes a la súplica; la gran voz divina no resuena ya más, y toman ellos ocasión para un sarcasmo nuevo: «Llama a Elías; veamos si viene Elías a hacerles bajar de la cruz.»

Jesús no obstante deja oír todavía un grito: «Tengo sed.» La sed era el gran tormento de los crucificados, y desde el principio de su suplicio Jesús la soporta sin queja; pero ahora, dice San Juan, quiere cumplir una última profecía (Ps., LXVIII, 22). Había allí un vaso lleno de vinagre, y los soldados empaparon una esponja, que clavaron en una caña de hisopo, y se la acercaron a la boca. Cuando Jesús gustó el vinagre, dijo: «Todo está acabado», y lanzando un grito poderoso añadió: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu»; e inclinando la cabeza, expiró. Aquí otra vez hacía eco a la oración del Salmista:

Yavé, en ti he puesto mi refugio; ¡que jamás me vea confundido! ¡En tu justicia, líbrame! ¡Inclina hacia mí tu oído, ven pronto a socorrerme!... Porque tú eres roca y mi fortaleza, y por causa de tu nombre me has de dirigir y llevar. Tú me sacarás del lazo que me han tendido, porque tú eres mi defensa. En tus manos pongo mi espíritu; tú me librarás, Dios de verdad.

A estas palabras tan conmovedoras, Jesús habíalas dado un acento todavía más filial: «¡Padre, en tus manos pongo mi espíritu!» Plegaria, confianza filial y entrega absoluta en el Padre del cielo; ésta era la gran lección del sermón del monte y ella fué también la última del Maestro moribundo.

Inmediatamente después de la muerte de Jesús, el velo del templo se rasgó, la tierra



tembló, las piedras se agrietaron, las sepulturas se abrieron, y después de la resurrección de Cristo, los muertos salieron de sus tumbas y se aparecieron en Jerusalén a numerosos testigos. El centurión exclamó: «Verdaderamente que este hombre era Hijo de Dios», y las turbas que habían asistido a este espectáculo, volvían a Jerusalén hiriéndose el pecho. Esta convulsión que sacude la tierra y este estupor que se apodera de los hombres, no es una impresión efímera; es por el contrario el primer índice de un movimiento que nada detendrá ya en lo sucesivo. La muerte de Cristo lo ha renovado todo en el cielo y en la tierra, y el retroceso del tiempo deja cada día apreciar mejor la inmensa trascendencia del drama del Calvario. Los enemigos de Cristo creyeron deshonrarle para siempre con este suplicio ignominioso, pero le exaltaron al alzarle en este patíbulo: «Cuando yo fuere levantado sobre la tierra, atraeré a mí todas las cosas.» La crueldad bárbara de los hombres habían intentado estas torturas para dar un escarmiento, y el infeliz condenado estaba cosido a la cruz como un ave de presa cuyo cadáver debía servir de fantasma. Sería un ejemplo en efecto el ejemplar y el ideal del humano sufrimiento, que en adelante se levantaría entre el cielo y la tierra para conmover el corazón de Dios y consolar las humanas debilidades.

Uno de los rasgos más emocionantes en la historia de los mártires de Lyon es el de los sufrimientos de Santa Blandina. La joven esclava había pasado ya por todos los suplicios, hasta que los verdugos ataron a un poste aquel pobre cuerpo lacerado; H.E., V, 1, 41: «Blandina quedó atada y suspendida en un madero, para que las fieras lanzadas contra ellas la devorasen. Aquel mirarla así atada en forma de cruz, y aquel oírla orar en alta voz, daba a los atletas un ánimo grande, y parecíanles ver con los ojos del cuerpo, en aquel combate de su hermana, a Aquel que por ellos fué crucificado para persuadir a los que en El creen, que quien sufre en el mundo por la gloria de Cristo, tendrá eternamente parte en Dios viviente.»

¿No se nos muestra en este episodio todo un aspecto de la historia de la Iglesia? Todos los cristianos, aunque no igualen en heroísmo a los mártires de Lyon, deben sin embargo sufrir, luchar y morir. ¿Qué es lo que les sostiene en estos combates cotidianos, y sobre todo en su agonía y en su muerte, más que el pensamiento y la imagen del que murió por ellos, y al que sin cesar les pone la Iglesia ante los ojos? Cuando el padecer es agudo o agobiadora la tristeza, todas las demás consideraciones carecen con frecuencia de fuerza. Se podrá reconocer con el Buen Ladrón que la pena está bien merecida por las faltas, y pensar que las pruebas preparan la gloria; pero el sentido de la justicia no es bastante vivo, ni la esperanza demasiado fuerte. Que se levanten entonces los ojos a la Cruz, y el que se atreva, que se queje del Crucificado, o que dude de su amor. En el desierto de la vida no hay más señal de salvación que ésta: la serpiente de bronce curaba a los israelitas; Cristo crucificado nos salva.

## **CAPÍTULO VIII**

### *LA RESURRECCION. LAS APARICIONES. LA ASCENSION*

#### I.- La Resurrección en la catequesis apostólica

II.- La sepultura. La tumba vacía. Las apariciones de Jerusalén y de Emaús

III.- Las apariciones en Galilea

IV.- La Ascensión

## **I.-LA RESURRECCIÓN EN LA CATEQUESIS APOSTÓLICA**

La historia de la vida de un hombre se termina con su muerte. Fuera el genio más poderoso o el más grande de los santos, desaparece entonces de este mundo, y su influencia, aunque pueda irradiar aquí abajo y sobrevivirse a sí mismo en sus obras o en sus discípulos, pero todo no es ya más que el eco de una voz que para siempre enmudeció.

En este punto, la historia de la vida de Cristo se opone a la de todos los hombres: el drama terrible del Calvario no detiene en el mundo definitivamente su carrera, sino que se rehace de este golpe mortal, y vive aún cuarenta días entre los suyos. No es su muerte, es su Ascensión la que pone término a su vida terrestre. Así es cómo comprendieron los Apóstoles la vida de su Maestro. Al día siguiente de la Ascensión antes de Pentecostés mismo, San Pedro hace reemplazar a Judas en el colegio apostólico, y lo único que exige del futuro Apóstol es que haya sido testigo de toda la carrera de Jesús, «comenzando desde el bautismo de Juan, hasta el día en que desapareció de entre nosotros» (Act., I, 22).

Esto es en efecto lo que contaron los primeros testimonios de Jesús. La catequesis apostólica, cuya enseñanza nos han transmitido nuestros Evangelios, presenta como un drama íntimamente ligado y cuya unidad no puede romperse, toda la carrera de Cristo, desde el bautismo a la Ascensión. Por esto no se niega la vida gloriosa del Señor; creen firmemente que vive y reina en el cielo a la derecha de su Padre, como le contempló San Esteban y de donde viene con frecuencia para asistir y guiar a sus Apóstoles: a San Pedro a Joppe; a Jerusalén a San Pablo, y en otras muchas circunstancias. Pero estas apariciones no tienen el carácter de conversación que guardaban las que se sucedieron durante los cuarenta días después de la Resurrección. Estas *señalan* una fase, la última, de la vida de Jesús sobre la tierra, pues cuanto sigue a la Ascensión pertenece ya a su vida celestial.

Esta concepción de la vida del Señor tan íntimamente marcada en el Evangelio impúsose a toda la tradición cristiana, y sólo la han rechazado los que a la vez han negado todo el testimonio cristiano.

Renán dió entre nosotros ejemplo de esta ruptura. La vida de Jesús se termina para él en el Calvario: la obra se hundió, murió el profeta y todo ha concluido. El escritor quiere dejarnos esta impresión de un fracaso definitivo, y nada podía servir tan bien como esta

vivisección arbitraria de los hechos. Lo que se siga, el nacimiento de la Iglesia, la floración admirable de gracias y prodigios nacidos de la Cruz, todo ello quedó refutado en otra historia: Los Apóstoles; y se abriga la confianza de que el lector distraído o prevenido aceptará sin mucha dificultad el que este movimiento tan poderoso, que después de diecinueve siglos arrastra al mundo, haya tenido origen en una ilusión de la que no se sabrá dar interpretación alguna plausible. Vuestro oficio aquí no es el de apologista, y bástanos demostrar desde el punto de vista histórico que la vida de Cristo es inseparable de su obra que ella sola la puede sostener y explicar, y que si desconoce la Resurrección, se vuelve ininteligible la fe de los Apóstoles y el nacimiento de la Iglesia.

En los primeros años del cristianismo nadie soñaba en poner en duda la Resurrección del Señor, pero es menester notar bien que desde los orígenes este hecho se consideró como una de las piezas maestras de todo el edificio cristiano. Vamos a leer lo que San Pablo escribía a sus fieles de Corinto veinticinco años después del sucedido, a continuación de recordar los testimonios que ponen fuera de litigio el acontecimiento, concluye el Apóstol:

Ahora bien: si la predicación evangélica os dice que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, ni Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, luego es vana nuestra predicación, vana también nuestra fe: nos vemos además convencidos de falsos testigos de Dios, porque atestiguamos contra Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es cierto que los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, ni Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, todavía estáis en vuestros pecados: síguese además que cuantos en Cristo durmieron se han perdido. Si en esta vida únicamente tenemos puesto la esperanza en Cristo, somos los más desdichados de todos los hombres. Más si Cristo resucitó de entre los muertos, primicias es de los que durmieron.

Este texto del Apóstol está lleno de enseñanzas. Primeramente nos hace sensible la viva oposición con que tropieza en los medios helénicos la fe de la Resurrección. Se ha tratado desde hace cosa de veinte años sobre todo de explicar por la influencia de las religiones de misterios, misterio de Eleusis, culto de Attis o de Isis, el nacimiento del desarrollo del dogma cristiano, y en particular la creencia en un Dios muerto y resucitado. Los paralelos e influencias pueden ser ingeniosos, pero son falsos, máxime en este particular de la Resurrección, y los griegos, lejos de arrastrar en este sentido el dogma cristiano, se estrellaron e hirieron en él desde el primer día: cuando San Pablo les expuso en el areópago de Atenas su creencia en un solo Dios, le oyeron gustosos, pero al llegar a la Resurrección, hiciéronle callar y le despidieron despectivamente. Mientras triunfó el helenismo, protestó contra esta afirmación de la fe cristiana, y a ella atacó desde su origen con preferencia, la agnosis; ella es la que San Pablo defiende, como más adelante la defenderá San Ignacio de Antioquía, y más tarde aún, San Ireneo Atenágoras, San Metodio y todos los apologistas cristianos.

Y si el ataque es obstinado, la defensa es sin debilidad y sin transacción. Se trata de un dogma capital: en él se apoya o se derrumba toda la fe cristiana. Y San Pablo no indica sólo con esto la misión apologetica de la Resurrección de Cristo, prueba definitiva que

sostiene nuestra creencia, sino que significa sobre todo la importancia de este hecho en toda la economía de la fe. «Cristo-dice en otra parte-murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.» Por su muerte, Jesús, cabeza nuestra, ha herido mortalmente al pecado, llevando al sepulcro todo el humano linaje pecador; y resucitándole Dios, nos llama con El a una vida nueva. Sabemos cómo el bautismo representa, por su símbolo, esta muerte y esta resurrección: el neófito que entra en el agua bautismal y se sumerge en ella, significa con esto que se une a la Pasión del Señor y muere con El al pecado, y cuando sale es ya un hombre nuevo, a quien Cristo llama a participar de su vida nueva, de su vida gloriosa.

Muerte y vida, todo el cristianismo está aquí, y todo entero descansa en este doble misterio de la vida de Jesús: en su muerte y en su resurrección, y una y otra son por título igual apoyos indispensables de nuestra fe. Si Cristo no murió, nuestros pecados no están redimidos; si no resucitó, su sacrificio no fué agradable a Dios, murió en balde, y nosotros, que hemos puesto en El nuestra esperanza, somos los más miserables de los hombres.

Este recuerdo sumario de la teología de San Pablo basta para hacernos sentir la importancia del dogma de la Resurrección. No es sólo, ni sobre todo, un consuelo para nuestra piedad que se regocija contemplando vivo al que lloró muerto, sino antes que nada es el fundamento de nuestra fe; aquí, en esta vida gloriosa del Señor, vemos la prenda y las primicias de nuestra propia gloria; unidos a nuestra Cabeza, estamos ya justificados, esperando tomar parte en el cielo en su vida triunfante. Y la creación entera, que se apoya en el hombre y que quedó arrastrada en su caída, comienza a rehabilitarse en El y salta de esperanza aguardando su total liberación.

Si la fe en la Resurrección es, desde los orígenes, tan esencial al cristianismo, fué menester que desde el primer día se la tuviera por un hecho indudable. Y, en efecto, en el texto cuyos últimos versículos acabamos de citar, recuerda brevemente San Pablo a sus fieles la enseñanza que les ha dado y los principales testimonios sobre los que se apoya su creencia.

Yo os enseñé en primer término lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que fué visto de Cefas, y después de los doce. Después le vieron más de quinientos hermanos de una vez, de los cuales los más viven todavía hasta hoy, y algunos ya durmieron en el Señor. En seguida fué visto por Santiago; luego por todos los Apóstoles. Últimamente, después de todos, como a un aborto, se me apareció a mí. Porque yo soy el último de los Apóstoles, indigno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios ; pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia confiada a mí no ha sido estéril, sino que he trabajado más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien: sea yo o sean ellos, esto es lo que os predicamos y esto lo que creísteis (I Cor., XV, 3-11).

En este texto no tenemos un relato de la Resurrección y de la vida gloriosa del

Señor; encierra sólo un breve recuento de los principales testimonios que sostienen nuestra creencia. No están enumerados aquí todos los testigos de la Resurrección, sino únicamente aquellos cuya autoridad es mayor, o la declaración más fácil de contrastar. Pedro sobre todo, el jefe del colegio apostólico, y cuya autoridad en el mismo Corinto estaba tan arraigada que muchos se acogían a él para oponerle a Pablo (I Cor., 1, 12); después, los doce; luego los quinientos discípulos, y el Apóstol nota expresamente que la mayoría vive aún, a los cuales pueden, si lo desean, preguntar. A Santiago se le nombra a continuación, y su autoridad era decisiva para los judaizantes; después, los Apóstoles todos, y por fin, el mismo Pablo.

Si se compara este catálogo con el que se puede reconstruir con los relatos evangélicos, se verifica que los dos son incompletos: San Pablo no menciona la aparición a las santas mujeres, y se comprende sin trabajo: éstas eran para los corintios testigos sin autoridad; pero inversamente recuerda la aparición a San Pedro, que no se refiere en parte alguna, si no es en San Lucas, que la anota con una palabra, y sobre todo habla de una manifestación colectiva a quinientos hermanos, de la que los Evangelios nada indican.

Desde los primeros pasos nos persuadimos, pues, como lo hemos observado ya tantas veces, que los Evangelios, en los relatos de la Resurrección, no son ni quieren ser narraciones completas; de la vida de Cristo describieron algunas escenas y lo restante quedó en la sombra y nosotros lo ignoraremos siempre.

Por eso, en las descripciones de la vida gloriosa del Señor, no tendremos otra aspiración que la que hemos confesado en otras partes de la obra: jamás hemos pretendido reconstruir integralmente la vida de Jesús con los fragmentos que tenemos entre manos, y ahora no intentaremos tampoco reconstruir íntegramente estos cuarenta días; interpretaremos sencillamente los datos que nos ofrece la tradición cristiana, esforzándonos por comprenderlos y coordinarlos.

## **II.-LA SEPULTURA. LA TUMBA VACÍA. LAS APARICIONES DE JERUSALÉN Y DE EMAÚS**

Y primeramente hemos de indicar las observaciones que hacen los evangelistas sobre la tumba de Cristo.

Después de la muerte de Jesús, los que habían oído su grito postrero, viendo avanzar las tinieblas sobre la ciudad santa y temblar la tierra, volviéronse a Jerusalén golpeándose el pecho. Un grupo de fieles quedaba junto a la cruz. Muy junto al Señor, María, su Madre, y Juan, y a alguna distancia las santas mujeres que de antiguo le servían en Galilea, y que le siguieron hasta el Calvario. Aun después de muerto, no pueden separarse de Él. Allí están María de Magdala, María, madre de Santiago el Menor y de José, Salomé, «y otras muchas

que habían subido con El a Jerusalén» (Mc., XV, 41).

Los soldados se acercan a los crucificados y rompen las piernas de los dos ladrones, mas uno de ellos, viendo a Jesús ya muerto, le atraviesa el corazón con su lanza, y sale de él sangre y agua (Jn., XIX, 31-37).

Luego llegan José de Arimatea y Nicodemo. José, miembro del Sanedrín, se fué a buscar a Pilato y obtuvo el permiso de enterrar a Jesús. Quiere colocar su cuerpo en la tumba que él se había preparado a sí propio en un huerto cercano al Calvario. Nicodemo le acompaña, trayendo cien libras de ungüentos aromáticos. Recogen, pues, el cuerpo de Jesús, le atan con tiras empapadas en aromas y le depositan en el sepulcro excavado en la roca. Las mujeres asisten al sepelio y observan cuidadosamente el emplazamiento de la tumba. Después se vuelven a Jerusalén, compran aromas y perfumes, y como la noche caía y el sábado comenzaba, quédanse en sus casas.

Al otro día, sábado, los sumos sacerdotes y los fariseos llegan a visitar a Pilato: «Señor -le dicen-, hemos recordado que ese impostor, cuando aún vivía, dijo: «Resucitaré al tercer día.» Dad, pues, orden para que el sepulcro se custodie hasta el tercer día, no sea que sus discípulos le roben y digan al pueblo: resucitó de entre los muertos, y sería la última impostura peor que la primera.» Pilato, cansado de sus exigencias, les responde: «Ahí tenéis la guardia. Tomadla y custodiadle como sabéis.» Hicieron guardar el sepulcro, sellando la piedra y colocando a los lados centinelas (Mt., XXVII, 62-66).

Apenas brilla la aurora de Pascua, las santas mujeres, a las que no les impide ya el descanso del sábado, corren al sepulcro.

Y pasado ya el sábado, María de Magdala, María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, vinieron al monumento al despuntar el sol. Y se decían unas a otras: ¿Quién nos retirará la piedra de la puerta del sepulcro? Y mirando, vieron corrida la losa, que era muy grande. Y entrando en el sepulcro, vieron un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dijo: No temáis. ¿Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado?; resucitó, no está aquí; ved el sitio donde le pusieron. Pero id y decid a sus discípulos y a Pedro que él los precederá en Galilea. Allá le veréis, según os dijo. Entonces, saliendo, huyeron del sepulcro temblando y fuera de sí. Y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo (Mc., XVI, 1-8; cf. Mt., XVIII, 1-10; Lc., XXIV, 1-12).

Este relato y los paralelos dan la viva impresión de todas las emociones de esta hora primera. Se han observado muchas veces las menudas divergencias que los distinguen: San Mateo y San Marcos hablan de un ángel; San Lucas y San Juan mencionan dos; San Marcos nos asegura que las santas mujeres estaban tan atemorizadas que no dijeron nada a nadie; San Mateo y San Lucas cuentan que avisaron a los Apóstoles; Juan describe con todo detalle el papel de María de Magdala, y no habla nada de las demás mujeres que los

tres sinópticos mencionan. Autorizarse con estas divergencias para rechazar todos los testimonios, sería un método muy malo: se concibe sin dificultad que una emoción tan viva produjera en diversos sujetos impresiones diferentes, cuya marca traen nuestros relatos. Para contentarnos con un ejemplo, «San Marcos describe admirablemente el primer momento, todo admiración y temor. Sabemos que las mujeres se rehicieron y que la alegría, como acontece, se mezcló al escalofrío inicial y les hizo capaces de transmitir su mensaje».

El hallazgo de la tumba vacía y la primera aparición son bastante fáciles de reconstruir. A la aurora, las mujeres corren al sepulcro. Los soldados de Pilato guardan el monumento; las santas mujeres nada sabían, sin duda, pero otro obstáculo podía detenerlas: la gran piedra corrida ante la entrada. Ni habían siquiera pensado en ello, absortas en su dolor y en su deseo; pero en el camino se acuerdan del sepulcro visto la antevíspera: «¿Quién nos quitará la piedra?» Ya es conocida la disposición de las sepulturas judías, y en particular la de Cristo. Al fondo, una cámara mortuoria bastante estrecha, y al lado, un largo banco de piedra, ligeramente picado: es el lecho fúnebre. Una abertura muy baja da acceso a una pequeña antecámara, cubierta a la vez por una gran piedra, aplicada por el exterior y ajustando en una ranura de la bóveda. Esta gran piedra es la que Cristo mandó quitar de la tumba de Lázaro al acercarse a resucitarle. Hoy, ¿quién la removerá? ¿Quién dejará a las mujeres entrar en el sepulcro y embalsamar el cuerpo del Señor? No llevan más cuidado, pues la idea de la Resurrección no se les ocurre. Se acercan, y a los primeros destellos del día contemplan la losa removida, y libre la entrada a la sepultura, donde una gran luz reverbera, pasan todas estremecidas de emoción. Hay ángeles allí, y se quedan cortadas y estupefactas: «No temáis. ¿Buscáis a Jesús, el Crucificado? No está aquí, vive: id presto y decid a los discípulos, sobre todo a Pedro, que ha resucitado, y que él les precederá en Galilea, y allá le veréis.»

María Magdalena parece que no asistió a esto, y desde que vió la piedra removida y abierta la tumba, no tuvo más que un pensamiento: se han llevado el cuerpo del Señor; e inmediatamente corrió a avisárselo a Pedro y Juan. Les encontró sin duda con María, la Madre de Jesús, a la que Juan recibiera; Pedro, deshecho de dolor y arrepentimiento, y Juan, lastimado con las escenas terribles del Calvario. Magdalena entra repentinamente: «Se han llevado el cuerpo del Señor y no sabemos dónde lo han puesto» (Jn., XX, 2). Sin perder tiempo, se levantan y corren al sepulcro. Juan llega el primero, se inclina un poco al interior, ve los lienzos puestos a un lado, pero no pasa; la emoción es demasiado fuerte sin duda, y no puede entrar hasta el fondo de esta tumba sagrada, tan llena de angustia, y en la que, sin embargo, la esperanza comienza a despuntar. Pedro, su amigo y su guía, es, como siempre, más decidido y más activo; la emoción le empuja a obrar; entra y examina todo: el sudario repuesto, el paño en que se había envuelto la cabeza plegado aparte; Juan entra también, ve y cree (Jn., XX, 3-10).

Magdalena, entre tanto, había vuelto en su seguimiento al sepulcro, y no entra con ellos, sino que se queda llorando a la puerta de la sepultura. Otra vez aún se inclina al interior, y ve dos ángeles sentados sobre el lecho funerario, uno a la cabeza y otro a los pies. «Mujer, ¿por qué lloras?» Sólo puede repetir este pensamiento, que desde la aurora es

su obsesión: «Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.» Se vuelve de la tumba y se encuentra frente a un hombre, en pie junto a ella; a través de sus lágrimas, no distingue sus facciones, aunque por lo demás, apenas si mira, sumida toda en su dolor. Es, sin duda, el jardinero, se dijo, que al volver a su ocupación después del sábado, habrá removido la piedra y se habrá apoderado del cuerpo: «Señor-pregunta-, si tú le llevaste, dime dónde le has puesto y yo le traeré.» Jesús le dice: «¡María!» Y volviendo en sí exclama: «¡*Rabboni!* Maestro.» El buen Pastor llama a sus ovejas por su nombre, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.

María quiere arrojarse a los pies de Cristo y estrechárselos de nuevo, regándolos con sus lágrimas, como lo hiciera la antevíspera junto a la cruz. Jesús la separa dulcemente: «No me toques, aún no he subido a mi Padre.» La vida gloriosa de Cristo durante estos cuarenta días no será ya como aquella de antes, entre las turbas de Galilea o los discípulos de Jerusalén. Pero tampoco es aún la vida del cielo, entre los ángeles y los elegidos, junto al Padre. Por lo demás, ésta no es hora de contemplación sosegada a los pies de Jesús. María tiene que dar un mensaje: «Vete a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Jn., XX, 11-12).

Las narraciones que acabamos de leer nos dan la impresión primera de esta mañanita de Pascua, por la cual sentimos el duelo de las mujeres y su desarrollo, y el primer despertar de una fe que parecía muerta, y que las apariciones angélicas no llegan en un principio a resucitar.

Todas para su dolor, y hundidas aún por el golpe terrible del Calvario, las santas mujeres no ven más, ante el hallazgo de la piedra desplazada y de la tumba vacía, que un nuevo golpe que las desconcierta: «Se han llevado al Señor, y no sé dónde le han puesto.» Es el lamento que no se cansa de repetir María de Magdala. Se lo dice a los Apóstoles, a los ángeles y al mismo Jesús. Para despertarla, es necesario que el Maestro la llame como otras veces: «¡María!» Y esto que aparece en Magdalena se manifestará en todos los discípulos: son tardos para creer; ni las antiguas predicciones les vienen a la memoria, ni las nuevas señales les conmueven, ni el testimonio de las mujeres o de los otros Apóstoles les convence. Sólo la aparición, la voz y el contacto de Jesús mismo reanima su fe apagada.

Este resurgimiento de la fe de los discípulos es el fruto principal de las apariciones de estos cuarenta días: encontraremos algunas enseñanzas nuevas sin duda, pero la gran lección dada por Jesús resucitado es la fe, una fe más fuerte que la muerte, y que nada ya en adelante podrá quebrar.

De todos los Apóstoles, el primero que debía ser reanimado por Jesús era su cabeza, San Pedro. La aparición que el Señor le concede sólo la conocemos por una breve mención de San Pablo y otra de San Lucas, y no sabemos ni el sitio ni la hora ni los detalles, pero no debe pasarse en silencio, porque es una de las más firmemente atestiguadas. Swete escribe a



este propósito: «Cuando ocho o nueve años después de la primera Pascua subió Pablo a Jerusalén «para visitar a Pedro», ¿quién puede dudar que la conversación giró sobre las apariciones del Señor resucitado?» Pablo tenía que contarle lo que había visto en el camino de Damasco, y Pedro, a su vez, cómo el Señor se le había aparecido el mismo día de la Resurrección. ¡Se apareció a Cefas! Era uno de los hechos salientes en el evangelio que San Pedro predicaba a las iglesias de la gentilidad.

Esta ayuda era particularmente necesaria a Pedro, quien, como todos los demás, estaba deshecho por la catástrofe del viernes santo; pero más que todos los otros, sentía la vergüenza y el dolor de su caída, la confusión de sus protestas empeñadas, a pesar de las advertencias del Maestro, y la presunción con que se había preferido a todos; pero antes que nada, experimentaba punzante sentimiento de haber renegado, en la hora decisiva, de aquel a quien nunca dejó de amar; estaba aún confuso con aquella mirada del Maestro, dirigida al pasar por el patio de Caifás, la última mirada de sus ojos buenos. Después, aquel Cristo, a quien él se había entregado con toda su alma y a quien amaba más que a todo el mundo, había muerto sin él, abandonado de él; y Pedro sentía el peso inmenso de su remordimiento y de su soledad. Había hallado a Juan, su amigo, y sin duda que a María también, la Madre de Jesús, pero el Maestro no estaba ya.

Al aviso de Magdalena había corrido al sepulcro a buscar a Jesús, si era menester a servirle aún. Ante la tumba vacía y los lienzos plegados, Juan comprende y cree; mas para levantar a Pedro se necesita el mismo Jesús. Pudo tener lugar la aparición al volver a Jerusalén, o durante otra visita al sepulcro; no lo sabemos, pero al menos vemos aquí el cumplimiento de la palabra de Cristo en la Cena (Lc., XXII, 32): «Y cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos.» A los Apóstoles no pudieron convencerles ni la Magdalena ni las santas mujeres, pero lo alcanzó Pedro, y por la noche, cuando los discípulos de Emaús lleguen al Cenáculo a contar su visión, encontrarán a los Apóstoles ya persuadidos (Lc., XXIV, 34): «El Señor ha resucitado verdaderamente y Simón le ha visto.»

El relato de la aparición a los discípulos de Emaús (Lc., XXIV, 13-35) es uno de los más detallados de todo el Evangelio y uno de los más interesantes. El viene a confirmar primeramente lo que la historia de la Pasión nos había ya dejado verificar: que San Lucas ha recogido y utilizado para las últimas semanas de la vida de Cristo una fuente que le es particular. Sin excluir otros testigos, se puede conjeturar con la mayor verosimilitud que uno de los actores de este episodio era uno de los viajeros de Emaús, Cleofás, a quien el mismo evangelista menciona. A Emaús era fácil llegar desde Cesarea, donde San Lucas pasó dos años junto a San Pablo, ya prisionero.

Otra observación de mayor trascendencia aún nos llega sugerida por el mismo relato: la catequesis no iluminó apenas más que a Cristo y al grupo de sus Apóstoles, y aunque a su lado se divisan las multitudes que se arremolinan en derredor del Señor, o le abandonan, pero ellas no resultan otra cosa para nosotros que un ejército anónimo y

silencioso. Lo que San Lucas refiere de los discípulos nos introduce en un círculo de adheridos un poco más distanciado y menos privilegiado que el de los Apóstoles, que no nos deja conocer individualmente. Aquí aparecen y se revelan dos, y se descubren en ellos los rasgos que la historia de los Apóstoles nos ha hecho familiares: una adhesión apasionada por Jesús, pero a la vez una fe mesiánica demasiado terrena, que achica el horizonte y pone en peligro su esperanza: «Jesús de Nazaret, profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de los hombres»; «Nosotros confiábamos que había de redimir a Israel.» Esta fe ardiente, pero oscura, es la misma que con frecuencia hemos hallado en los Apóstoles de Jesús; la hemos visto también, menos viva sin duda, y menos profunda, entre las turbas judías, y ahora nos la encontramos en Emaús, y por este detalle se confirma aún el valor histórico de las narraciones de San Juan sobre el particular de la evangelización de la Judea.

Cleofás y su amigo salen de Jerusalén la tarde de la Pascua, y todo el camino hasta Emaús conversan mutuamente con gran animación, haciéndose el diálogo cada vez más movido ; se paran porque un desconocido les alcanza, y viéndoles tan hondamente preocupados les dice: «¿Qué es eso de que habláis y por qué estáis tristes?» Sin admirarse de esta intervención, que las costumbres del país; hacen natural, los dos viajeros se pasman de la ignorancia y le cuentan sus grandes esperanzas tan terriblemente desmentidas: «¡Oh, necios y tardos de corazón!» Este apóstrofe que San Lucas nos refiere, quedó sin duda grabado en el alma de Cleofás: «¿No era necesario que Cristo padeciera y así entrase en su gloria?» Este plan divino habíalo Jesús revelado muchas veces durante su vida mortal, y siempre en la forma que aquí lo encontramos: es menester que Cristo padezca. Sin duda que no se trata de una fatalidad ciega, sino de un querer del Padre, libre y amorosamente aceptado por el Hijo, que debe triunfar del mal no aplastándolo por la fuerza, sino dominándolo por la paciencia, allanándonos así a todos el camino de la salvación y de la vida. Los profetas habían conocido este plan divino y le habían manifestado, y Jesús les trae a la memoria sus testimonios, desde Moisés hasta el último de ellos. El detalle de esta argumentación no nos le transmitió el evangelista, pero el tema mismo es para nosotros de un interés grande. Desde los primeros días de la Iglesia, San Pedro, San Pablo y todos los Apóstoles apoyarán en el Antiguo Testamento su demostración cristiana; pero este método apologético es más antiguo que ellos; Cristo en persona lo empleó, y por eso exclamaba en los días de su paso por la tierra: «Escudriñad las Escrituras, que ellas dan testimonio de mí.»

Admirados y enternecidos, pero no iluminados todavía, Cleofás y su amigo llegan a Emaús. El viajero les manifiesta el deseo de seguir adelante su camino, pero ya es tarde, y por el lado de la gran planicie del Sarón que se abre delante de ellos, el sol comienza a hundirse en el mar: «Quedaos con nosotros, porque la noche llega y el día va de vencida.» Insisten, y el caminante cede a sus instancias. Entran en la casa, donde bien pronto se arregla una comida modesta. Es el día segundo de los ácidos y los panes sin levadura están sobre la mesa; el desconocido toma uno, lo bendice, lo parte y se lo ofrece a sus hospedadores. Esta bendición y este cumplido era oficio del dueño de la casa; y en efecto, el Maestro es el que tienen delante: es el Señor y le han reconocido. Pero no ven ya más, porque Jesús desapareció.

Si los ojos no le contemplan, los corazones están aún heridos por Él, y todo admirados se preguntan los discípulos: «¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino interpretándonos las Escrituras?» Y estos hombres, agobiados hace un momento, se levantan inmediatamente para volver a Jerusalén y referir todo a los Apóstoles. ¿No le recibirían como a las mujeres? Ni lo piensan. La fe y el amor son fuerzas divinas, que ninguna incredulidad puede vencer. Pero a su llegada encuentran ya a los Apóstoles convencidos: «El Señor ha resucitado de verdad, y Simón le ha visto.» Y en seguida, con toda la emoción de discípulos que acaban de renacer a la fe y hallar vivo al Salvador que creían muerto, refieren el encuentro tenido en el camino, la larga plática, con la fracción del pan.

La noche se echa encima: reinaba oscuridad en la sala del Cenáculo, como hace tres días, cuando Jesús se levantó para ir a la muerte. La esperanza renace, pero sin calmar aún todas las turbaciones, sin apaciguar todos los espantos, y la puerta está cerrada «por miedo a los judíos»; repentinamente se presenta Jesús.

Esta aparición a los diez Apóstoles descríbela San Lucas con la misma riqueza de detalles que la de Emaús, y es evidente que procede de la misma fuente (XX.IV, 19-23; cf., Jn., XX, 19-23). En este Cenáculo tan bien atrancado por temor de los judíos, Jesús se presenta súbitamente, en pie, y los discípulos desde un principio quedan espantados. Antes, al verle caminar sobre las aguas del lago, quedaron estupefactos y exclamaban: «Es una aparición» (Mt., XIV, 26); ahora, su entrada en la sala es también desconcertante; les haya trastornados por su muerte y a medio tranquilizar por lo que cuentan Pedro y Cleofás. ¿Es El verdaderamente? Y con una condescendencia paternal, Jesús se deja ver y tocar. Al principio del siglo II, el glorioso mártir de Antioquía, San Ignacio, recordaba esta escena en su carta a los de Esmirna: «Miradme -decía Jesús a sus Apóstoles-, tocadme y ved que yo no soy un espíritu sin cuerpo.» Y para mejor convencerles todavía hace que le sirvan los relieves de su comida, un poco de pescado frito, que come ante ellos.

Todas estas dudas se comprenden sin dificultad. Después de la terrible catástrofe de la antevíspera, la Resurrección era para los Apóstoles una alegría tan grande que no podían creer en su felicidad; ahora el amor de Jesús se prestaba a todas sus exigencias, sabiendo bien que así prevenía nuestra incredulidad. Para todos los hombres, la victoria alcanzada sobre la muerte es tan inesperada que para creerla es menester tocarla con la mano.

«¡La paz con vosotros!» Esta fórmula de saludo que todos los judíos cambiaban, era preferida del Señor, que podía darle todo su valor y transformar este deseo trivial en la expresión de un don divino. Pero en este día sobre todo, pretende darles las primicias de esta paz que acaba de conquistar: por su muerte ha pacificado el cielo con la tierra, y por su resurrección, nos trae la garantía más segura de la reconciliación divina: Dios está apaciguado. Por eso repite dos veces la fórmula: «¡Paz con vosotros!», e inmediatamente

prosigue: «Como mi Padre me envió, así os envío yo a vosotros.» Va a subir pronto al cielo, o mejor, está subiendo ya, como se lo decía por la mañana a la Magdalena, y, no obstante, su misión en el mundo no ha concluido aún: prosigue y se perpetúa por los Apóstoles, por la Iglesia. Y añade: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados, y a los que se les retuviereis les serán retenidos.» Unos meses antes prometía Jesús en el templo hacer brotar del seno de los creyentes una fuente de agua viva, y San Juan (VII, 39) observa: «Y esto lo dijo por el Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, porque aún no se había dado el Espíritu, por no haber sido Jesús glorificado.» Ahora Cristo ha sido ya glorificado por su muerte y por su resurrección, y comienza a dar el Espíritu Santo a sus fieles. Como el día de la creación Yavé vivificaba toda carne expirando sobre ella y derramando en todo su Espíritu (Gen., II, 7), así al principio de esta nueva creación Jesús sopla sobre sus Apóstoles y les da el Espíritu Santo. Pero esto no es aún más que las primicias de lo que pronto van a recibir. Por eso añade Jesús: «Yo enviaré sobre vosotros lo que el Padre prometió; permaneced en la ciudad hasta que quedéis revestidos de la virtud de lo alto.»

El primer don del Espíritu Santo, repartido de este modo a los Apóstoles, será el poder de perdonar los pecados. En los primeros días de su ministerio público en Cafarnaún, había reivindicado Jesús para sí solemnemente esta potestad divina: «Para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder sobre la tierra para perdonar los pecados, levántate -había dicho al paralítico-, toma tu camilla y anda.» Lo mismo que su misión se perpetúa en los Apóstoles, sus poderes vienen también a parar a sus manos, y lo que en la Antigua Ley no tuvo jamás patriarca, profeta ni pontífice, lo poseerán todos los sacerdotes de Cristo hasta el fin de los siglos: «A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se les retuviereis, les serán retenidos»; poder verdaderamente divino, prometido antes a Pedro (Mt., XVI, 19), luego a la Iglesia entera (XVIII, 18), y ahora puesto en manos de los Apóstoles.

Así concluye esta jornada de Pascua. Hace apenas unas horas todo parecía perdido para siempre: el Salvador sepultado, su obra arruinada y en el corazón de los mismos Apóstoles, la fe y la esperanza muertas. Ahora todo revive. Cristo resucitado da el nacimiento a la Iglesia, y los Apóstoles, firmes y levantados para siempre en la fe, serán apoyos inquebrantables.

Uno de ellos fué, con todo, más lento en creer; estaba ausente cuando esta aparición de Cristo, y sólo ocho días después una nueva iba a dar razón de sus dudas».

«Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas.» La frase del Profeta recordada por Jesús al ir a la Pasión se había cumplido en esta noche terrible: faltos de su jefe y de su guía, los once se habían dispersado. El día de Pascua, la mayoría juntáronse de nuevo, y por ellos se cumplió la promesa del Señor: «Cuando dos o tres se reunieren en mi nombre, allí estaré en medio de ellos.» Sólo a Tomás, que se obstina en su soledad y en su abatimiento, no le llega la luz de Cristo. Encuentra, por fin, a los demás llenos de gozo y le refieren lo

que han visto, oído y palpado. Escucha y se cierra; él sólo se rendirá a la evidencia personal e inmediata.

Esta obstinación no nos sorprenderá más que a medias, si recordamos los otros dos rasgos que San Juan nos ha conservado de Santo Tomás. Cuando Jesús, al aviso de Marta y María, vuelve a Betania por causa de Lázaro y los Apóstoles quedan consternados ante el peligro, Tomás les anima: «Vayamos también nosotros y muramos con él» (XI, 16). Es generoso y fiel, pero sin esperanza. Durante el discurso de la Cena, dice Jesús a los once: «Vosotros sabéis adónde voy, y conocéis el camino.» Tomás contesta: «Señor, nosotros no sabemos adónde vas, ¿cómo hemos de conocer el camino?» (XIV, 4). Es siempre el mismo espíritu recto y leal, pero estrecho, que teme antes que nada dejarse engañar y vivir de ilusiones. A la muerte de Cristo, su horizonte, ya reducido, se cierra completamente, y delante de él no hay más que noche oscura y no tiene ya nada que esperar. Amaba, no obstante, a su Maestro y a sus hermanos, y después de algunos días de aislamiento, vino hacia ellos, que estaban respirando dicha; pero este gozo y esta fe le chocan; él pretende ver con claridad, y no dejarse arrastrar por un entusiasmo ciego; y luego su pesimismo natural se encuentra, sin duda, agriado además por algunos remordimientos; esta aparición que le cuentan con tanta insistencia y en la cual no puede creer, la han recibido los otros cuando estaban todos reunidos fraternalmente con María en el Cenáculo, que es ahora su casa. ¿Por qué no se encontraba con ellos? ¿Por qué se había aislado? Tal vez los demás le hicieron este reproche, pero a buen seguro que él se lo hacía a sí mismo por lo bajo, obstinándose en la actitud tomada; y así ocho días; y el gozo del colegio apostólico nublado por esta incredulidad enfadadiza.

E inesperadamente Jesús se presenta en medio de los suyos como ocho días antes: «¡La paz con vosotros!», y en seguida dirigiéndose a Tomás: «Mete tu dedo aquí y mira mis manos, y acerca la tuya y métela en mi costado»; y añade con una ternura paternal, pero abrumadora: «Y no seas incrédulo, sino fiel.» En este momento decisivo se hubiera podido Tomás obstinar aún, como se obstinaron tantos testigos de la resurrección de Lázaro; pero si su alma estaba agriada y su espíritu era estrecho, su corazón era leal. De nuevo se entrega a Cristo, y su vuelo, empujado por la gracia, se eleva a la misma altura de la confesión de Pedro: «¡Señor mío y Dios mío!»

Y Jesús responde: «Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron.» Esta dicha será la de los discípulos de los Apóstoles, y es hoy la nuestra. San Pedro escribirá a los cristianos del Asia Menor: «Vosotros no visteis a Jesucristo, y le amáis, y hoy aún, sin verle, creéis en él y os regocijáis con una alegría inefable y llena de gloria.» ¡Cuántas generaciones les han sucedido después! , y cada cristiano, sin ver a Cristo, ha tendido a Él con toda su fe, y la Iglesia entera, sin verle, repite las palabras de Tomás; «¡Señor mío y Dios mío!»

### **III.-LAS APARICIONES EN GALILEA**

Los ángeles, al aparecerse a las santas mujeres, les habían avisado (Mc., XVI, 7): «Decid a sus discípulos y a Pedro que él os precederá en Galilea. Allí le veréis como os lo dijo».

Si no poseyéramos más que estos textos de San Marcos y San Mateo, pudiéramos concluir que todas las apariciones de Cristo tuvieron lugar en Galilea; y en efecto, son las únicas que nos refieren los dos evangelistas, si no se tiene en cuenta el final de San Marcos, cuya autenticidad es discutida. Por el contrario, hemos visto en San Lucas y en San Juan el relato detallado de las apariciones en Jerusalén. ¿Será menester reconocer en estos grupos de episodios dos tradiciones contradictorias sucesivas? Muchos críticos radicales lo pretenden, y parten de esto para construir su explicación: según ellos, los Apóstoles, inmediatamente después de la Pascua, volvieron a Galilea. Allí nada les recordaba la catástrofe del Calvario; todo, al contrario, hacía revivir la impresión de las predicaciones de Jesús, y bajo esta influencia, todo aquel pasado, tan querido y tan pronto roto, les volvió a la memoria; su esperanza frustrada se levanta y crea su sujeto; se imaginaron ver a Cristo viviente, y más tarde acaban por contar sus apariciones; de aquí que durante este primer período las localizasen en Galilea. Para dar a esta frágil construcción una base sólida, se imaginó lo de la tumba vacía y las apariciones a las santas mujeres, y por fin, se situaron las de Jerusalén en el mismo día de la Pascua. Más adelante se trabajó por armonizar estas dos tradiciones, haciendo seguir a las apariciones de Jerusalén las de Galilea. Esta construcción no es más que una cavilación, que los hechos derriban. Y de estos hechos, el más cierto y el más tangible es la existencia de la Iglesia cristiana, apareciendo en Jerusalén inmediatamente después de la muerte de Cristo. Cincuenta días después de la Pascua, en Pentecostés, los Apóstoles se encuentran reunidos todos en Jerusalén en la misma fe: ¿cómo explicar a continuación de la muerte de Jesús esta fe y esta reunión, y no en Galilea, sino en Jerusalén? El testimonio de San Pablo, que nos hace echar para su redacción los años 55-57, y para su origen más de veinte antes, esto es, los primeros años del cristianismo, nos dice: «Resucitó al tercer día, según las Escrituras, y fué visto por Pedro y luego por los doce.» Las apariciones aquí recordadas son, con mucha probabilidad, las de Jerusalén, y la identificación parece particularmente cierta por la aparición a San Pedro, si se coteja este texto de San Pablo con el de San Lucas, su compañero y discípulo. Si consideramos ahora el evangelio mismo de San Lucas, independientemente de toda comparación con San Pablo, se observa en los relatos de la Resurrección, como en los mismos de la Pasión, el empleo de una fuente muy antigua, muy precisa y muy digna de fe, que recuerda una tradición en Judea, y determinando más, de Jerusalén. A todo esto se junta el testimonio de San Juan, testigo presencial, y de un Apóstol.

Todo este conjunto prueba sobreabundantemente que las apariciones de Jesús en Jerusalén están confirmadas, no por una leyenda nacida tardíamente en el seno de las comunidades cristianas, sino por testimonios del todo primitivos y dignos de fe. Para rechazar esta evidencia, no basta el silencio de San Mateo y San Marcos. El estudio de los Evangelios nos deja, por lo demás, comprender con dificultad este silencio. No es sólo la historia de la vida gloriosa de Cristo, sino toda la de su ministerio, la que en estos dos evangelistas se desarrolla por completo en Galilea; y así las cosas, los sucesos de Jerusalén

han de quedar casi totalmente en silencio. Pero, dicen, no es este mutismo sólo el que impresiona, son las palabras que ponen en boca del ángel o del Señor resucitado: «Decid a sus discípulos y a Pedro que El os precederá en Galilea, que allí le verán.» Estas palabras, nos replican, ¿no significan bastante claramente que para los evangelistas que las refieren es en Galilea, y no en Jerusalén, donde se aparece Cristo a sus Apóstoles?

Lo reconoceríamos sin dificultad si no conserváramos otro testimonio, y entonces podríamos concluir por éstos que Jesús se manifestó a sus Apóstoles en Galilea; pero advertidos por otro lado de las apariciones de Jerusalén, no podemos, sin hacer violencia a los textos, reconocerles otro sentido, ya que los evangelistas a quienes interpretamos no quieren contar más que las apariciones de Galilea, y son las que anuncian, pasando las restantes en silencio. Esta preferencia, además, se explica aquí muy naturalmente: en Galilea ocurrieron las manifestaciones más notables de Cristo, esto es, las que lograron mayor número de testigos, y que fueron ocasión de enseñanzas más explícitas; en Jerusalén reanima Jesús la fe de sus Apóstoles, pero en Galilea les instruye con más plenitud sobre el reino que funda y sobre el ministerio que les reserva. San Mateo, siempre tan preocupado por el establecimiento del reino de Dios, y San Marcos de la formación de los Apóstoles, debían insistir particularmente en estas doctrinas.

Las narraciones de la Resurrección nos ofrecen otro ejemplo muy notable de una preterición parecida: San Lucas pasa inmediatamente de la aparición de la tarde de Pascua a la de la Ascensión, y la fórmula que emplea parece excluir todo intermedio: «Les condujo hasta Betania, y elevando sus manos, les bendijo. Y mientras les bendecía, se separó de ellos...» De no poseer otro testimonio, creeríamos que la Ascensión tuvo lugar el día de Pascua. Y, sin embargo, el mismo San Lucas, que escribió estas líneas, trazó en el libro de los Hechos las siguientes: «A ellos se les mostró vivo con muchos argumentos, apareciéndoseles por espacio de cuarenta días, y diciéndoles las cosas tocantes al reino de Dios.» No ignoraba esto cuando redactó su Evangelio, sino que, habiéndose extendido largamente en las apariciones de Jerusalén, y sobre todo en la de Emaús, que conocía de primera mano, pasó en silencio las de Galilea, que ya San Mateo había referido.

Y este primer evangelio es el que otra vez nos suministra las informaciones más explícitas sobre el ministerio galileo, y antes de entrar a relatarlas es necesario recoger la narración que leemos en San Juan (XXI).

Este episodio tan detallado, tan lleno de recuerdos precisos y vivos, tiene para nosotros un interés particular, ya que nos hace entrever lo que fué durante estos cuarenta días, la vida de los Apóstoles. Los demás relatos nos pintan su desaliento al otro día de la Pasión, y su alegría cuando vuelven a ver a Jesús, dejando en la sombra los largos intervalos que separan estas apariciones. Este relato de San Juan arroja un rastro de luz. Dóciles a las órdenes de su Maestro, los discípulos han vuelto a Galilea, adonde, por lo demás, todo les llamaba. Saben que el Señor les visitará, pero ignoran dónde y cuándo. A pesar de la alegría de la Resurrección y la fe nuevamente adquirida, se encuentran en un

gran desconcierto. Por vez primera después del llamamiento del Maestro se ven en esta Galilea, con tanta frecuencia recorrida en su seguimiento, sin guía y sin norte: el sermón de la montaña, las parábolas, las largas travesías por el lago y por los montes y llanuras, es el pasado, un pasado que no les pertenece y que no pueden hacerlo revivir, porque Jesús no está. Las predicaciones, las misiones por la Judea y el mundo es el porvenir, y siente bien que la hora no ha sonado; será menester para ello volver a ver a Aquel que el Padre les ha prometido, y le aguardan.

En esta espera, tal vez ocasión de desavenencia, Pedro, el hombre de acción y el jefe del colegio apostólico, vuelve a su antiguo oficio y arrastra a los demás con él: «Voy a pescar. Vamos nosotros también contigo.» Toda la noche en brega, y sin caer un pez. Se acuerdan, sin duda, Pedro sobre todo, de la pesca milagrosa que antes había decidido su vocación; ya no está Jesús, y el oficio es de nuevo fatigoso y estéril, como en los días malos.

Al amanecer se divisa un desconocido en la ribera, cuyos rasgos no se distinguen. «Muchachos-les grita-, ¿no tenéis nada que comer? -No. -Echad la red a la derecha de la barca y cogereís.» Los pescadores creyeron que, a lo mejor, el desconocido divisaba desde la orilla algún banco de pesca que ellos no acertaban a ver, y como su vida de discípulos les había hecho dóciles, obedecen. Al querer sacar la red, la sienten tan llena, que les es imposible tirarla a bordo.

«¡Es el Señor!» Juan aquí otra vez es el primero en reconocer a su Maestro; pero como en el sepulcro, Pedro, advertido por él, se le adelanta; si su mirada es menos pronta, su acción es más impetuosa. Se ciñe su túnica, se arroja al mar y llega el primero a la ribera. Allí les esperaba Jesús, donde les tenía preparado su desayuno: pan con un pez; y para que la fiesta sea completa, les invita a comer también de lo pescado. Luego, ejerciendo como durante su vida mortal el oficio de amo de casa, les reparte el pan y los peces. Todos le miran, sin atreverse a decirle: «¿Quién eres?» Saben muy bien que es Jesús. Desde las primeras semanas del ministerio de Cristo, junto al pozo de Jacob, Juan había ya notado el respeto de los discípulos para con su Maestro, y su reserva. Aquí el respeto es aún mayor; Jesús está todavía en medio de ellos, pero no es de este mundo, y más vivamente que nunca sienten en él un misterio que les abrumba y que no osan escudriñar.

Así se concluye la comida. Cristo, siempre atento a la humana flaqueza (cf. Mt., V, 43), quiso fortalecer primeramente a sus Apóstoles, fatigados por el largo trabajo de la noche y del ayuno. Sólo después de aquel refrigerio dice a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» No le da el nombre de Pedro, que su fe había merecido y del que su defección le había hecho indigno: como en los primeros días de su apostolado, le llama Simón, hijo de Juan. Al discípulo presuntuoso que se había preferido a los demás, le pregunta: «¿Me amas más que éstos?» Y se lo pregunta por tres veces, para borrar con esta triple confesión sus tres negaciones. La respuesta de Pedro es de una humildad conmovedora: no se compara con nadie y se contenta con decir a Jesús mismo: «Tú sabes



que te amo.» A la tercera vez, la emoción es mayor, la insistencia de Jesús le entristece y le hace más vivo el recuerdo de su presunción y de su caída: «Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo.» «Apacienta mis corderos», le dice Jesús, y luego: «Apacienta mis ovejas», y otra vez aún: «Apacienta mis ovejas.» El Apóstol caído ante todos los demás, es delante de todos levantado y repuesto en su oficio de pastor y de jefe. Y Jesús prosigue recordando al pescador de Galilea la vida independiente de su juventud, y anunciándole en términos velados la prisión, la cruz y la muerte que le aguardan. San Juan, se le nota, refiere esta profecía tal cual quedó grabada en su memoria, sin querer acusar estos rasgos que Jesús había dejado imprecisos: «Extenderás las manos, y otro te ceñirá y llevará donde tú no quieras.»

Esta terrible perspectiva no abate el ánimo de San Pedro; al contrario, le exalta, y en seguida piensa en su compañero y amigo, y curioso, como lo ha sido siempre (cf. Jn., XIII, 24), pregunta a Cristo con el libre atrevimiento de su carácter: «Y de éste, Señor, ¿qué será?» Pero la salida queda ahogada y Jesús le enseña a seguirle sencillamente, sin pretender conocer el destino de los otros: «Si yo quiero que esté así hasta que yo venga, ¿a ti, qué? Tú sígueme.» Entre Cristo y sus fieles hay secretos que no puede penetrar la amistad humana, aun la más santa: delante de los trabajadores de la primera hora reivindica la libertad de sus dones, aquí, los secretos y la libre disposición de su Providencia. Esta frase misteriosa dió pie por mucho tiempo a una mala inteligencia, y San Juan va a deshacerla, sin esclarecer, no obstante, lo que Cristo había querido dejar en la sombra.

Sin duda que poco después de este episodio tuvo lugar la manifestación gloriosa contada por San Mateo (XXVII, 16-20):

Los once discípulos fueron a Galilea a la montaña que Jesús les había señalado, y viéndole, prosternaronse; pero algunos dudaron. Y acercándose Jesús, les habló en estos términos: Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas a guardar todo lo que os he dicho. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.

La montaña aquí mencionada está probablemente cerca del lago: muchas veces había Jesús predicado en ella, y allí situó San Mateo el sermón del monte. Allí les citaba de nuevo Jesús. San Mateo no ha consignado explícitamente la cita y es menester precisarla, sin duda, por la primera aparición en Jerusalén, que se halla de nuevo confirmada por este dato.

Los Apóstoles están probablemente con otros discípulos y de improviso se presenta Jesús a cierta distancia; los Apóstoles se prosternan, supremo homenaje que le tributaron raras veces durante su vida, como el día aquel mencionado por San Mateo (XIV, 33) en que los doce quedan pasmados de estupor y de admiración. Después de la Resurrección, su respeto es mayor; se prosternan y le adoran. Algunos, sin embargo, dudan; no vacilan de la resurrección de Jesús, pero tampoco le reconocen completamente, y temen una vez más

tener delante un fantasma.

Jesús se aproxima y les habla, y sus palabras poseen una majestad soberana: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.» Durante su vida mortal había ya afirmado más de una vez que el Padre le había dado todas las cosas, pero jamás había reivindicado aún tan explícitamente su dominio sobre el mundo entero; mas por su muerte, ha conquistado el imperio supremo, y en su resurrección ha recibido su investidura. Viene aquí a la memoria la escena de grandeza sobrehumana con la que se abre el Evangelio, la lucha entre Cristo y Satanás; en esta tentación, el supremo esfuerzo del espíritu del mal había propuesto a Jesús el imperio universal y le había mostrado todos los reinos de la tierra: «Todo esto te daré si caído en tierra me adorares.» Pretensión sacrílega y promesa mentirosa. Pero la humilde obediencia de Cristo debía subir más alto aún: «Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le sublimó y le dió un nombre soberano por encima de todo nombre, para que ante él doblen toda rodilla el cielo, y la tierra y los infiernos.»

Y este poder universal sobre los hombres sólo le recibe para salvarlos y sólo le reivindica para autorizar su misión y la de sus Apóstoles. «Haced discípulos a todos los hombres.» Durante su vida mortal les había dicho que únicamente predicasen a los israelitas, dejando a un lado a samaritanos y gentiles; pero ya ha sonado para todos la hora de la salvación, y desde su cruz levanta y atrae a sí al mundo entero. Y para afirmar bien esta virtud todopoderosa, envía por la tierra a esta gente pobre, instrumentos débiles pero cargados de una fuerza soberana, vasos frágiles pero que llevan tesoros.

Y por el bautismo derramarán esta gracia de lo alto, por el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El bautismo había sido para el Precursor el rito por el que introducía a sus discípulos, si no en el reino de Dios, por lo menos en los caminos que conducían a él; durante los primeros meses de su ministerio en Judea, Cristo había bautizado no por sí, sino por medio de sus discípulos: en Galilea no queda rastro de este bautismo; no hay más forma de agregación al cristianismo que la adhesión a Cristo; le siguen y se hacen sus discípulos. Pero Jesús va a desaparecer pronto y la unión con El, fuente indispensable de toda vida, no será ya más sensible que por estos signos visibles y eficaces que deja a su Iglesia, por los sacramentos. No serán sólo ritos y ceremonias, como lo era el bautismo de Juan, sino fuentes de vida y de gracia.

El bautismo cristiano habrá de conferirse en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Hemos dejado escrito en otra parte, que este precepto de Cristo, anotado aquí en el Evangelio, procedía efectivamente de Él, y no era, como lo han sostenido los exegetas radicales, una fórmula litúrgica introducida ulteriormente en el texto sagrado; hemos también probado que tal texto implica necesariamente un precepto ritual, que se puede entender de una consagración del bautizado a las tres divinas Personas, pero en todo caso ha de reconocerse en estas palabras del Señor el resumen y el coronamiento de toda su enseñanza sobre Dios: desde los primeros días predica la fe en el Padre celestial, y poco a

poco revela en sí al Hijo, cuyo conocimiento, poder y naturaleza son el conocimiento, el poder y la naturaleza misma del Padre. En estos últimos coloquios anuncia a sus Apóstoles la venida del Espíritu Santo y les hace entender que este otro Paráclito, que El les enviará de parte del Padre, acabará en ellos su revelación y su obra, y habitará en ellos por el mismo título que el Padre y el Hijo. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, huéspedes divinos del alma, vendrán a ella por el bautismo, y serán como el amigo que sostiene y consuela, como la fuente que vivifica y como el Dios a quien se adora.

Esta revelación anotada tan brevemente en este versículo del Evangelio será la consumación de toda la doctrina de Cristo. Los judíos no conocieron de Dios más que su obra externa y le adoraron de lejos y con los ojos velados; ahora el velo le rompe el mismo Hijo de Dios, e introduce a los cristianos hasta el Santo de los Santos, a estos misterios de la vida íntima de Dios hasta los que nadie había penetrado; y esta revelación está ligada por El mismo al bautismo. Cuando los herejes se esfuercen en oscurecer o deformar la fe cristiana, la Iglesia no tendrá más que invocar esta institución del Señor, y en este sacramento, fuente única e indispensable de toda justificación, encontrará ella la fórmula auténtica e irreformable de su fe.

Jesús ordena en seguida a los Apóstoles enseñar a sus discípulos cuanto les ha hecho conocer, y añade: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.» No es ésta la primera vez que Jesús promete a los suyos su presencia perpetua: antes habíales asegurado que cuantas veces dos o tres se reunieran en su nombre, estaría en medio de ellos, y en la Cena les había prometido no dejarles huérfanos. Pero la promesa hecha aquí tiene otro alcance; no es sólo un consuelo, sino una garantía solemne: acaba de confiarles una misión sobre sus fuerzas, la conversión del mundo entero, y en esta empresa no les abandonará, porque estará con ellos hasta el fin del mundo. Así había dicho Moisés a Yavé (Exod., III, 11): «¿Quién soy yo para ir a Faraón y hacer salir de Egipto a los hijos de Israel?» Díjole Dios: «Yo estaré contigo.» Toda la historia del Éxodo es la confirmación de esta palabra de Yavé. Nosotros tenemos algo mejor que el Éxodo: veinte siglos nos muestran a Jesús viviente en su Iglesia y a pesar de las miserias e indignidades de sus miembros, propagando su vida, manteniendo su unidad y haciendo germinar siempre la más elevada santidad.

#### **IV.-LA ASCENSIÓN**

Después de esta estancia en Galilea, los Apóstoles volvieron a Jerusalén. Una vez más, la última, se presenta Jesús en medio de ellos y participa de su mesa. Les encomienda no salir de Jerusalén, sino esperar allí el efecto de la promesa del Padre, el bautismo del Espíritu Santo. Ellos, siempre obsesionados por sus sueños mesiánicos, le preguntan otra vez: «Señor, ¿es ahora cuando vais a restablecer el reino de Israel? Dulcemente Jesús se desentiende de su curiosidad y les conduce a sus promesas: «No os pertenece conocer a vosotros el tiempo o momento oportuno que el Padre se ha reservado. Pero recibiréis poder del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda la

Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra.»

Y hablando así, habíales conducido «fuera de la ciudad, hasta Betania, y levantando las manos les bendijo, y mientras les bendecía se elevó al cielo.» «Y una nube se lo quitó de los ojos. Y como siguiesen con la vista clavada en el cielo mientras El se iba, pusieronse delante dos varones con vestiduras blancas y les dijeron: Varones galileos, ¿qué hacéis mirando al cielo? Este Jesús que ha sido levantado de entre vosotros al cielo vendrá de este modo que le habéis visto subir. Y se volvieron a Jerusalén con grande gozo».

Para los primeros cristianos, este relato del triunfo de Jesús fué un manantial de gozo y esperanza y muchos textos apostólicos se hacen eco de él. El Símbolo de los Apóstoles en su forma más antigua, afirma así la Ascensión como la Resurrección, y se ha de reconocer que los dos misterios se hallan íntimamente ligados en la literatura bíblica y en la fe cristiana, sin que pueda rechazarse el uno sin el otro. Y, no obstante, es cierto también que muchas almas se encuentran desconcertadas actualmente por este misterio.

Nada justifica esta perturbación, y lo que en parte la explica son las descripciones legendarias por las que muchas veces se ha desfigurado el relato bíblico. Se representa a Cristo atravesando sucesivamente todos los círculos del cielo, hasta llegar por fin al trono de Dios. Todo ello claro está que no pertenece a la revelación cristiana, y si se quiere hallar un equivalente de estas imaginaciones, se le encontrará en las fantasías de que están cargadas las apocalipsis, y tal es por ejemplo la descripción de los siete cielos en la Ascensión de Isaías. En el texto de los Hechos no hay nada así, y éste es un contraste muy notable entre estas dos literaturas: la inspirada y la apócrifa; de un lado, la sobriedad de una narración histórica, y del otro, las caprichosas invenciones de una imaginación que se abre libre curso.

En los relatos de San Lucas o de San Marcos no se encuentra más que esta narración tan sobria e impresionante: los once acompañando al Maestro al monte de los Olivos, y viéndole elevarse repentinamente de en medio de ellos, una nube que se lo roba de su vista, y nada más. De su Ascensión triunfal, de los cielos misteriosos que atraviesa, ni una palabra; sólo se conserva de la escena lo que se ha visto y oído: han visto a Jesús subir al cielo y un día se le verá descender.

El corto relato que precede y que sirve de introducción al episodio, acentúa más aún el carácter sencillo y real. Jesús come con sus Apóstoles y les recomienda permanecer en Jerusalén hasta que hayan recibido el Espíritu Santo. Preocupados todavía por las aspiraciones políticas que han envenenado hasta aquí toda su vida, los Apóstoles preguntan a su Maestro: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?» Jesús se contenta con responderles: «No es cosa vuestra conocer el tiempo y los momentos que el Padre ha determinado de propia autoridad.» Mejor que esta respuesta, va a desengañarles la visión del monte de los Olivos: «Mi reino no es de este mundo», decía antes Jesús; los

Apóstoles no lo han comprendido aún, pero lo entenderán mejor al ver a su Maestro dejar la tierra y subir al cielo: sí, verdaderamente su reino no es de este mundo, su reino es el de los cielos.

Y más todavía que su misión en el mundo, es la persona misma de Cristo la que queda a plena luz con el resplandor de la Ascensión: «Vosotros sois de aquí abajo; Yo soy de arriba», decía Jesús a los judíos (Jn., VIII, 23); y a Nicodemo: «Nadie ha subido al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre» (III, 13). Y en su gran discurso de Cafarnaún (VI, 62): «¿Esto os escandaliza? ¿Qué sería si vieseis al Hijo del Hombre subir adonde estaba de primero?» Todos estos rasgos esparcidos por las enseñanzas del Señor se encontraron en la doctrina del Apóstol sobre el hombre celestial, pero mejor aún se comprenden a la gran claridad de la Ascensión: verdaderamente, Jesús es del cielo; éste es su origen, como será en adelante su morada.

Y esta nube en la que desaparece es para los Apóstoles el más expresivo de los símbolos. En una nube se aparecía Dios en el Antiguo Testamento; desde una nube se hizo oír en el bautismo y en la Transfiguración; en una nube se nos mostrará el día postrero; la nube es el velo misterioso que cubre a Dios y le oculta a los ojos de los hombres: este velo envuelve ya al Señor Jesús y a través de este misterio le espera nuestra fe, hasta el día en que nos introduzca en el secreto de su faz.

Y hacia el cielo arrastra con Él el corazón de los cristianos. Es la enseñanza que sacaba también San Pablo de estos misterios (Col., III, 1-2): «Si habéis resucitado con Cristo, buscad lo que es de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensad lo que es de arriba, no las cosas de la tierra.» ¿No era ésta ya la doctrina del sermón del monte? Todos los pensamientos del cristiano, toda su preocupación y todo su amor deben ser para su Padre que está en los cielos; pero, ¡cómo todo esto se hace ahora más apremiante! En el cielo, el cristiano busca y ama, no sólo al Padre celestial, sino a su Señor y a su Maestro, que le ha precedido allá arriba y le espera allí preparándonos una morada.

De este modo, cuanto conocemos de Cristo debe transfigurarse por este misterio. Lentamente, durante el curso de este libro, le hemos escuchado y seguido y nos hemos esforzado por comprenderle mejor, por amarle, sobre todo, y por seguirle más de cerca. Todo este estudio no nos servirá de nada si no nos eleva de la tierra al cielo. Si queremos aproximarnos a Cristo y, como la Magdalena tocar y besar sus sagrados pies, nos dirá también a nosotros: «No me toques, no he subido todavía a mi Padre.» Pero si, al contrario, le hemos visto subir al cielo, si nos esforzamos por seguirle, nuestra posesión es eterna, y nada soltará nuestro abrazo. Digamos, pues, con San Pablo (II Cor., V, 15): «Ya no conocemos a nadie según la carne; si hasta ahora hemos conocido a Cristo según la carne, desde este momento no queremos conocerle según la carne.» Sus compatriotas viéronle según la carne, le oyeron según la carne y quedaron ciegos y sin oír; sintieron pesar sobre ellos la virtud de los milagros, se curaron con su contacto y se estremecieron con el acento de sus discursos; pero su carne un instante vivificada quedó muerta, y sus corazones

momentáneamente conmovidos, se endurecieron de nuevo. Verdaderamente, la carne no sirve nada, el espíritu es quien da vida.

Y nosotros, que no hemos visto al Hijo del Hombre, somos más dichosos, porque creemos en El y vivimos de su Espíritu. Sigamos a los Apóstoles, que bajan del monte de los Olivos llenos de gozo y de esperanza, y como ellos, cerrémonos en el Cenáculo con María; a la expiración del Espíritu, la Iglesia va a nacer y Cristo vivirá siempre en ella.

Que este conocimiento íntimo de Cristo viviente sea el fruto de nuestro estudio. Es lo único que ambicionamos: «La vida eterna es que os conozcan a vos, solo Dios verdadero, y al que enviasteis Jesucristo.»

En el curso de estos capítulos hemos hablado de la Judea, de su historia, de sus costumbres y de su religión, y verdaderamente que hemos contemplado con amor grande esta Tierra Santa donde Nuestro Señor vivió; las mismas piedras nos resultan queridas: «*Placuerunt servis tuis lapides eius*»: nos acordamos todavía de aquella jornada en la que, desde lo alto del Scopus, miramos por vez postrera a Jerusalén: «¡Si te olvidare alguna vez, Jerusalén, que se me olvide mi diestra!» Y, sin embargo, esta Tierra Santa no es más que el marco; lo que importa únicamente es el lienzo.

Con mayor veneración aún hemos estudiado los libros inspirados que nos relatan la vida de Jesús y nos conservan sus enseñanzas: tal ciencia, sin duda preciosa, es la ciencia de la palabra de Dios, y, sin embargo, si se la compara con el conocimiento del Hijo de Dios, no es otra cosa que un medio providencial para permitirnos alcanzarle; ella pertenece al orden de la fe, esto es, a un orden esencialmente provisorio, y en medio de las tinieblas en que vivimos aquí abajo, es un resplandor que nos guía hacia Jesús y hacia su Padre: en los esplendores del cielo, estas antorchas se apagarán y no tendremos necesidad, nos lo dice San Juan, de luz alguna, sino de la del Cordero: El será la luz esplendorosa y eterna de la ciudad de Dios.

Hacia esta claridad hemos de elevar nuestros ojos. A veces sentirnos alguna tristeza el día de la Ascensión, al ver apagarse el cirio pascual después del Evangelio: Cristo nos ha dejado por los cielos. Que el ejemplo de los Apóstoles nos forme con otros sentimientos: con la Ascensión pierden todo apoyo visible, y, sin embargo, bajan de la montaña de los Olivos llenos de alegría recordando las palabras del Maestro: «Si me amaseis, os alegraríais, porque me voy a mi Padre.» Y verdaderamente le aman y se regocijan y se acuerdan además de aquello otro: «Voy a prepararos una morada.» Antes, en los días del ministerio de Cristo, había algunos encargados por El de este oficio de aposentadores; por ejemplo, Pedro y Juan prepararon la víspera del gran día el Cenáculo de Jerusalén, Ahora, la única habitación a que aspiran es al cenáculo celeste, y el mismo Maestro ha ido a preparárselo. Nosotros también tenemos allí nuestro puesto y Cristo nos deja por ir a asegurarnoslo, aunque además está con nosotros en la Sagrada Eucaristía y en nuestras

almas, urgiéndonos a ir a verle allá arriba: cuando todo queda dentro de nosotros en silencio, su voz se eleva, y en lo más íntimo de nuestros corazones nos vuelve a decir a nosotros lo que un día dijera a San Ignacio de Antioquía: «Ven a lo alto, ven al Padre.» Que nos hable esta voz y que todo lo demás calle; pronto las voces de los hombres no llegarán a nuestros oídos; los mismos Evangelios no son sino un eco que va a morir, pero la voz de Cristo se oirá eternamente en nuestros corazones si acá abajo le hemos amado, oído y seguido.

## **EPÍLOGO**

### *LOS FRUTOS DEL MINISTERIO DE JESUS. LA REVELACION DEL HIJO DE DIOS*

I.- La fe y la incredulidad. La gracia del Calvario

II.- La revelación del Hijo de Dios

III.- Jesús, vida nuestra

### **I.-LA FE Y LA INCREULIDAD. LA GRACIA DEL CALVARIO**

Hemos recorrido una vez más la vida y la doctrina del Señor. ¿Hemos penetrado de lleno el misterio? Seguramente que no, ya que siempre sobrepasará de una manera infinita la debilidad de nuestro espíritu, pero por lo menos nos ha hecho sentir su atractivo, y aspiramos a penetrarle más y más. Para lograrlo con mayor eficacia, será útil considerar a la luz del Evangelio la revelación del Hijo de Dios y la acogida que se le dispensó. Las reacciones diversas de la turba entusiasta y tornadiza, las de los fariseos y discípulos y las de los Apóstoles que se entregan generosamente a Jesús, pero sin renunciar desde un principio a sus sueños, nos harán comprender mejor lo que el Señor propuso a sus fieles, la doctrina que les enseñó, el misterio que se esforzó por revelarles, y sobre todo la indispensable necesidad de la luz interior de la gracia, que sola puede herir los corazones y convertirlos.

Al leer muchas escenas del Evangelio parece como si Jesús hubiera encontrado desde los primeros días una adhesión sin reserva; lo primero en sus Apóstoles, que a su llamamiento lo dejan todo por seguirle. Hemos señalado el comentario tan expresivo de San Jerónimo explicando y justificando estas vocaciones súbitas (P. L., XXVI, 56): «El resplandor y la majestad de la divinidad velada que se transparentaba debajo de estos rasgos humanos, podía con una primera mirada atraer a sí a los que le veían.» Este atractivo es tan poderoso, que arrastra aun a los discípulos imprudentes que presumen demasiado de sus fuerzas y que Cristo debe descartar: -«Señor, yo te seguiré dondequiera que vayas. Las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza» (Lc., IX, 57-58). Dígase lo mismo de las turbas: admiran la

autoridad de esta palabra tan diferente de la de los escribas (Mt., VII, 29); gustan el encanto de estos discursos de gracia (Lc., IV, 22) y aun los más prevenidos exclaman: «Jamás hombre alguno habló como este hombre» (Jn., VII, 46). Le siguen al desierto hasta olvidarse de comer y de beber cinco mil hombres una vez y otra tres mil. Y esta conmoción no es de unas semanas, se continúa por todo el ministerio de Cristo. Durante su último viaje se le ve subir a Jerusalén seguido de una concurrencia grande, enviando a través de la Perea sus setenta discípulos, lo mismo que antes enviara sus doce Apóstoles por toda la Galilea; la entrada en Jerusalén al grito de hosanna no es sino la clausura triunfal de esta larga misión. Y, no obstante, todo ello se esfuma cinco días después; se diría que era la casa fundada sobre arena, que la lluvia y los vientos echan por tierra. Y lo que fué todavía más desolador, la misma Resurrección no alza sino imperfectamente estas ruinas: el día de Pentecostés están por todo reunidas en el Cenáculo ciento veinte personas.

Y los Apóstoles no se engañaron en esto: una de las primeras impresiones que quedan al abrir el Evangelio es la tristeza de ver al Verbo de Dios desconocido: «Vino a los suyos y los suyos no le recibieron» (Jn., I, 11), dolorosa verificación del prólogo que se halla hacia el fin del Evangelio, en el relato de la última semana: «Después de haber hecho tantos milagros en su presencia, no creían en él» (XII, 37). Para San Juan, como para San Pablo (Act., XXVIII, 26-27) y para el propio Jesús (Mt., XIII, 14-15), éste es el misterio de la obcecación predicho por Isaías: «Vete-avisaba Yavé a su profeta-y dirás a este pueblo: ¡Escucháis y no comprendéis, veis y no conocéis; endurece el corazón de este pueblo, cierra sus oídos, tapa sus ojos; que con sus ojos no vea, ni entienda con sus oídos; que su corazón no comprenda, no vaya a curarse otra vez!» (Is., VI, 8-10).

¿Qué faltó, pues, a estas muchedumbres tan entusiastas, y aun a estos discípulos tan generosos, para tener una fe firme y clara? Al Evangelio hemos de pedirle la respuesta, y algunas sentencias de Cristo, o de los evangelistas, sobre todo de San Juan, podrían bastar, pero las comprenderemos mejor si consideramos de nuevo algunas escenas donde se revelan los oyentes del Señor.

Lo que primero llama nuestra atención son los milagros de Jesús. El mismo invoca con frecuencia su testimonio, y vemos, máxime en San Juan, que su impresión contribuye lo más eficazmente a procurar la adhesión de los discípulos o de las turbas. Por desgracia, en muchos casos, todo su afecto parece limitarse a una emotividad pasajera, admiración, pasmo, o a lo sumo reconocimiento.

Mencionemos primeramente, sin detenernos, el caso demasiado frecuente de los milagros que no producen efecto alguno religioso: los que son su sujeto, contemplan en él un beneficio y no una prueba, por si no se aprovechan, ni ven luz alguna: «En verdad os digo, me buscáis no porque habéis visto milagros, sino porque comisteis de los panes y quedasteis satisfechos» (Jn., VI, 26). Este es el caso de los nueve leprosos del camino, que no piensan más que en la salud recobrada, y se van sin ocurrírseles siquiera dar las gracias al taumaturgo (Lc., XVII, 17).



Otros más observadores reconocen en la acción de Cristo el efecto de una fuerza sobrenatural; pero, adversarios encarnizados del Señor, no quieren ver en El más que un agente del diablo: «Por Beelzebul arroja los demonios» (Mc., III, 22). Los fariseos repitieron tan frecuentemente esta odiosa calumnia, que se oyó el eco en Jerusalén, en la fiesta de los Tabernáculos (Jn., VIII, 48). Sólo adversarios arrebatados por la rabia y por la cólera pudieron llegar a este extremo.

La mayoría reconoció en sus milagros una fuerza sobrenatural que veneraban y admiraban. Así, en Naín, los testigos de la resurrección del joven «quedaron llenos de temor y glorificaban a Dios» (Lc., VII, 16); después de la resurrección de la hija de Jairo, sus padres «quedaron atónitos» (Lc., VIII, 56), y más tarde, cuando Jesús atravesó la Decápolis haciendo milagros, «las gentes estaban estupefactas y decían: «Lo hace todo bien; hace oír a los sordos, y hablar a los mudos» (Mc., VII, 37).

Esta viva emoción religiosa, que parece haber sido muy frecuente, no despierta en el alma muchas veces otra cosa que ese sentimiento de gozo, de admiración y de estupor. De vez en cuando se ilumina con una claridad nueva, pero muy débil aún y vacilante: «Cuando el Mesías venga, ¿hará más milagros que los que éste hace?» (Jn., VII, 31). En ocasiones no llega hasta aquí, pero «glorifican a Dios, que ha dado tal poder a los hombres» (Mt., IX, 8). En los Apóstoles se encuentra más a menudo esta emoción religiosa, alumbrada con una vista más penetrante y más íntima; tal sucede en San Pedro, después de la pesca milagrosa: «Cuando vió esto Simón Pedro, cayó a los pies de Jesús y dijo: Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador» (Lc., V, 8); así también, después de la primera tempestad apaciguada en el lago, «quedaron consternados y se decían unos a otros: ¿Quién es éste a quien los vientos y la mar obedecen?» (Mc., IV, 41). En esta circunstancia, una impresión tan viva sucede, como tantas veces, a un instante de desaliento y desconfianza: viendo a Jesús dormido sobre el cabezal, le despiertan gritando: «Maestro, ¿no te preocupas de que perezcamos?» Y Cristo tuvo que decirles: «¿Por qué teméis? ¿Es que no tenéis fe?»

Se ve cómo se suceden aun en los Apóstoles las impresiones vivas, pero pasajeras; los milagros les maravillan y les conmueven, pero sin revelarles plenamente a Cristo, ni provocar en ellos esta fe luminosa y firme que más tarde les esclarecerá, y por su medio iluminará a toda la Iglesia. En más de una ocasión, Jesús se sorprende dolorosamente de esta ceguera; después de las dos multiplicaciones de los panes, al decirle el Señor: «Guardaos de la levadura de los fariseos», creyeron que les reprochaba por no haber traído provisiones, y Cristo les dice tristemente:

¿A qué disputáis sobre que no tenéis pan? ¿Es que aún no habéis reflexionado ni entendido? ¿Tenéis endurecido el corazón? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos, no entendéis? ¿Y no recordáis? Cuando yo di de comer a cinco mil hombres, ¿cuántas espuelas de sobra recogisteis? y Le respondieron: Doce. Y cuando multipliqué los siete panes entre cuatro mil. ¿Cuántas cestas llenas llevasteis? Dijéronle: Siete. Y les dijo: ¿Y no

comprendéis todavía? (Mc., VIII, 17-21).

Unos días después tiene lugar la escena de Cesarea de Filipo y su fe queda definitivamente polarizada: «¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!» Para esta época va ya ciertamente más de un año que Pedro vive con Jesús que escucha su doctrina y presencia sus milagros, y entonces por vez primera penetra íntimamente, y es menester aun así, una revelación de Dios.

En vista de estos hechos muy ciertos se presenta otra vez más la cuestión: «¿Cómo las turbas fueron tan ciegas y los Apóstoles tan lentos para creer? Instintivamente estamos por responder: Es que las declaraciones de Cristo no eran bastante expresas, ni sus milagros bastante incontestables, y de grado haríamos eco a las palabras de los judíos: «¿Hasta cuándo nos traes colgados? Si eres tú el Cristo dílo claramente» (Jn., X, 24), o aquello de sus parientes: «Si ejecutas tales cosas, muéstrate al mundo» (Jn., VII, 4). Estas son palabras de incrédulos y de gente que no comprende qué es fe, y que piensa que basta para producirla una declaración categórica, apoyada en un milagro irrefragable. Jesús les respondió por sí mismo con la historia del rico Epulón: «Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán a un muerto que resucite» (Lc., XVI, 31), y quiso más adelante que la resurrección de Lázaro viniese a esclarecer esta verdad, confirmándola con una experiencia decisiva.

Muchos judíos que habían visto lo que hizo, creyeron en él, pero otros fuéronse a denunciarle a los fariseos; y los fariseos dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros; si le dejamos obrar, todo el mundo se irá tras él, y vendrán los romanos y destruirán el lugar santo y nuestra nación (Jn., XI, 45-48).

En este caso, evidente para todos, ni amigos ni enemigos piensan en negar el milagro; pero unos ven una razón para creer en Cristo y los otros un motivo para perseguirle. Y otros fariseos eran los mismos que en Galilea importunaban a Jesús pidiéndole una señal (Mt., XII, 38). San Jerónimo, comentando estas exigencias, escribe con mucha verdad:

Tú que calumnias lo que ves con tus ojos y tocas con tus manos, y al mismo de quien recibes un beneficio, ¿qué vas a decir de una señal del cielo? Dirás, seguramente, que los magos de Egipto han hecho también muchos prodigios celestiales (in Mt., XII, 38; P. L., XXVI, 82).

Si se les urge a los adversarios obstinados de Jesús y no pueden eludir de otro modo la fuerza de sus obras o de sus palabras, se refugian en la ignorancia. Así los fariseos a quienes el ciego de nacimiento prueba evidentemente lo que Cristo ha hecho por él: «Sabemos -dicen ellos- que Dios habló a Moisés, pero este hombre no sabemos de dónde viene» (Jn., IX, 29). Igual al argumento ineludible de Jesús, a propósito del Bautista: «El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres? Responded. No lo sabemos» (Mc., XI, 30, 33). Estos hombres prefieren las tinieblas a la luz, y en este antro tenebroso adonde se refugian, ninguna evidencia puede alcanzarles.

¿Concluiremos, por esto, que los milagros son argumentos sin valor? Ciertamente

que no, ya que los que los presenciaron y no se rindieron son inexcusables: «Si yo no hubiera hecho en medio de ellos las obras que ningún otro ha realizado, no tendrían pecado; pero ahora las han visto y me han odiado a mí y a mi Padre» (Jn., XV, 24). Las obras de Cristo eran luminosas; a los que no alumbraron, es que eran ciegos, y ciegos voluntarios: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado, pero decís: vemos, y vuestro pecado permanece» (IX, 41).

Estas enseñanzas de Cristo comienzan a dejarnos entender este misterio, a primera vista desconcertante, de una ceguedad tan obstinada ante obras tan manifiestas: por un lado, nos lo dice El con claridad, ningún milagro será bastante evidente para forzar a creer a quien no quiere creer, y ama más las tinieblas que la luz, y por otra parte, los milagros son suficientemente claros y ofrecen pruebas bastante ciertas para comprometer la responsabilidad de los que los contemplan. Se añaden además otros rasgos, que nos llevan más adentro todavía en la inteligencia de este misterio. Cuando el oficial de Cafarnaún ruega a Jesús que venga a curar a su hijo, Cristo exclama tristemente: «Si no viereis milagros y prodigios, no creeréis» (Jn., IV, 48). Y mucho más tarde, después de la Resurrección, cuando Tomás ha tocado las cicatrices de Cristo glorioso y prorrumpe en aquel «¡Señor mío y Dios mío!», responde Jesús: «Porque me viste has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron» (XX, 29).

¿Habrá que concluir de estos textos que esos milagros no son gracias preciosas y que no es una felicidad grande haberlos presenciado? Lejos de esto, podemos aplicar justamente a las obras maravillosas de Cristo lo que El dijo de toda su vida en la tierra: «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis. Yo os lo digo: muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo alcanzaron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron» (Lc., X, 23-24). Pero esto es una bienaventuranza y una gracia para aquellos cuyo corazón es dócil; ellos son los únicos felices, que entre todos reconocen al Señor sólo con verle pasar, o con oír una palabra de sus labios; así: lo reconoció Juan Bautista a su vuelta al Jordán; le ve pasar y exclama: «¡Este es el Cordero de Dios!» Así María Magdalena, después de la Resurrección le descubre en aquel «¡María!» Era de las ovejas de Cristo y había reconocido la voz del Buen Pastor (Jn., X, 4). Este hermoso privilegio de la fe, que distingue al Señor a la menor señal y le sigue, aparece desde la primera página del Evangelio. El sacerdote Zacarías y la Santísima Virgen reciben ambos un mensaje del ángel San Gabriel, mas Zacarías piensa primero en su vejez y en la prolongada esterilidad de su esposa y pide una señal, y el ángel castiga su falta de fe; la Virgen María no conoce estas dudas; quiere ilustrarse sobre su virginidad, pero cree, y la mujer de Zacarías podrá decirle: «¡Bienaventurada tú, porque has creído!»

Vese bien cómo se engañan los que piensan que nosotros miramos en el milagro una manifestación de poder que obliga a los hombres a creer: así A. Réville: «El milagro, si la opinión vulgar es fundada, impone la fe desde fuera, estrecha el sentimiento, violenta la convicción y no cambia nada la disposición real del testigo». Ignoro si hombre alguno ha sostenido jamás una teoría tan grosera, pero en todo caso, ni la Iglesia la enseña ni el Evangelio la sugiere. Hemos recordado más arriba uno de los textos donde el valor

apologético del milagro es el más evidente: en Cafarnaún. Viendo Cristo ante sí al paralítico y observando la oposición sorda de los fariseos, les dice: «Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene sobre la tierra poder de perdonar los pecados, levántate -dice al paralítico-, toma tu camilla y vete a tu casa»; y las gentes entonces «glorificaban a Dios, que había dado tal poder a los hombres.»

San Juan Crisóstomo comenta así esta exclamación de los judíos:

Esta pobre gente se arrastra aún por la tierra; la carne les detiene. Jesús no les reprocha y sólo con sus obras les da la voz de alerta progresivamente y eleva su espíritu. Era todavía poco tenerle por el mejor de los hombres y por enviado de Dios. Sin embargo, de haberse asegurado bien en esta creencia, hubieran avanzado poco a poco hasta reconocerle por Hijo de Dios. Seguramente que no supieron guardar firmemente esta fe primera, y por ello no pudieron ir más allá (P. G., LVII, 361).

El método de Cristo está exactísimamente anotado en estas palabras: se sirve del milagro para despertar el alma y levantarla: el pasmo, la admiración son los primeros pasos en este camino, y si el alma es atenta y fiel, discernirá sobre sí poco a poco, ante todo, un poder sobrenatural y después un hombre a quien puede y debe entregar su fe.

Se pueden traer aquí las palabras que en boca del Señor pone Clemente de Alejandría (Strom., II, 9, 45): «La primera palabra de la filosofía es la admiración; así Platón en el Theetete y Matías en sus Tradiciones..., y escrito está también en el Evangelio de los hebreos: El que admira, reinará, y el que reina, descansará.» Una frase semejante de Jesús viene referida y comentada en las homilías atribuidas a San Macarías (Hom., 12, 17; P. G., XXXIV, 568):

Antes de la Cruz, los mismos Apóstoles que permanecían en compañía del Señor vieron milagros grandes; cómo quedaban purificados los leprosos y resucitados los muertos; y no comprendían la acción de la fuerza divina en los corazones, ni que ellos debieran renacer espiritualmente y unirse al alma supraceleste y llegar a ser una nueva criatura; pero por los milagros que veían, amaban al Señor. Y el Señor decíales: «¿Por qué os admiran los milagros? Yo os doy una herencia que el mundo entero no posee.» Pero permanecían como extraños a estos discursos hasta el día en que resucitó de entre los muertos y se elevó por nosotros sobre los cielos; y entonces el Espíritu, el Paráclito entró en ellos y se mezcló con sus almas.

Este texto nos expone lo que todo el Evangelio nos hace comprender: hasta la muerte del Señor, todo su misterio no fué más que preparación; sus milagros eran manifiestos y sus discursos luminosos; mas los Apóstoles vivieron en esta luz sin verse completamente penetrados, y es que eran necesarias la Cruz y la venida del Espíritu Santo.

Esta disposición providencial aparecía, sobre todo, cuando considerábamos las obras maravillosas de Cristo; pero no es menos evidente en sus palabras.

Hemos observado en San Crisóstomo que los milagros de Cristo tenían primeramente por fin despertar y elevar las almas. Esta educación progresiva es aún más clara en sus discursos. Recordemos sólo en algunos rasgos cómo se desarrolla este ministerio: al principio, Jesús hace eco a Juan Bautista: «El reino de Dios está cerca; convertíos y creed al Evangelio.» Luego, en su enseñanza moral, cuyo ejemplo más acabado se nos ofrece en el sermón del monte, prosigue esta obra de conversión, proponiéndola un objeto nuevo y una perfección más alta: son las bienaventuranzas, donde aparece todo el ideal de la vida cristiana, la vida con Dios, Padre celestial, continuándose en la intimidad y en el secreto del corazón. Todos estos discursos fueron oídos avidísimamente: ¿cuál fué su fruto? El que Cristo Nuestro Señor había vaticinado: En unos fué la casa alzada sobre arena, que las primeras lluvias derrumban ; en otros, la casa construida sobre roca, que no pueden conmover tempestades ni avenidas; ¿de dónde esa diferencia? Del cumplimiento práctico de todo este programa de vida. Los que la abandonaron vieron venirse abajo toda la edificación, y los que se entregaron a él decididamente levantaron su vida sobre el único fundamento puesto por Dios, la piedra angular, Cristo Jesús.

Por esta fidelidad generosa en seguir la ley de Cristo, los Apóstoles se hicieron capaces de entender estos secretos, y por eso, después de la enseñanza moral, llega el anuncio del reino de Dios, y aquí comienzan a diferenciarse las dos clases de oyentes: la turba, que escucha las parábolas, y los Apóstoles, que reciben la interpretación. Los primeros miran sin ver y escuchan sin comprender; solos los segundos son iniciados en el misterio. En esta disposición providencial creen reconocer los jansenistas su ley sin compasión: «No se comprende cosa en las obras de Dios-dirá Pascal (*Pensées*, 566)- si no se toma como principio que quiso cegar a unos y alumbrar a otros»: y todavía: «Hay bastante luz para esclarecer a los elegidos, y suficiente oscuridad para humillarnos. Hay bastante oscuridad para cegar a los réprobos, y suficiente luz para condenarlos y hacerles inexcusables.» La fe rechaza esta interpretación; el Padre celestial no tiene el designio de cegar a sus hijos, ni envió por eso a su Hijo, ni por eso le entregó a la muerte. Ya lo sabemos: esta hipótesis de Cristo que aparece en las parábolas es a la vez un castigo y un esfuerzo misericordioso : por falta de aprovechar las gracias recibidas hasta allí y de poner en práctica la doctrina del Señor, los judíos se hicieron incapaces de comprender las enseñanzas más difíciles, y para ellos más imprevistas, sobre el reino de los cielos, y por eso sólo se les propondrá en parábolas, y esta manifestación incompleta será el castigo que ellos se han merecido; pero será a la vez una precaución providencial y misericordiosa, ya que sus ojos, demasiado débiles, no hubieran podido soportar tanta luz y se hubiesen vuelto ciegos : el Rey mesiánico y su reino eran tan diferentes de lo que se esperaba, que de haberlo visto con claridad, no hubiesen tolerado esta revelación, que era par a ellos un escándalo. Los Apóstoles, al contrario, llegan a ser los depositarios de estos secretos, y aprenden a reconocer el reino en la humilde semilla de casi imperceptible progreso, pero que un día cubrirá la tierra, al mismo tiempo que a ver en el Rey mesiánico, no un conquistador ni un triunfador, sino algo infinitamente más grande, Dueño del mundo, Rey de los ángeles y Juez universal.

Esta distinción que se establece entonces entre las dos clases de oyentes de Cristo se acentuará en lo sucesivo en la historia evangélica, y a los Apóstoles se les iniciará más y más en los misterios del reino, que las masas no percibirán sino de lejos y en parábolas. Y no es verdad que el cristianismo deba, como después lo harán las sectas gnósticas, clasificar en dos grupos distintos a sus afiliados: de un lado, los espirituales que conocen a Dios, y de otro, los psíquicos o hylícos, incapaces de este conocimiento. Esta diversificación no tiene más que un fin pedagógico y esencialmente provisorio: nada se dice al oído que no deba repetirse desde los tejados; nada se habla en las tinieblas, que no haya de traerse a pleno día. Pero mientras dure esta formación de los Apóstoles, esto es, mientras Cristo viva, esta distinción entre los Apóstoles y las multitudes se hará más acentuada cada día.

En las riberas del lago se manifiesta esta doble forma de la enseñanza del Señor; pero bien pronto la partida de Cristo la va a hacer aún más profunda: arrojado de la Galilea por las maniobras de sus enemigos, Jesús se retira hacia la costa de Fenicia y después a las tierras de Filipo. Las muchedumbres galileas no le siguen y le acompañan únicamente los Apóstoles. Es la hora de las más altas revelaciones, que se encuentran de este modo reservadas al grupo íntimo de los privilegiados. Y aún no es bastante: entre los mismos doce, distínguense tres que serán depositarios de más preciosos secretos, de la gloria de Jesús y luego de sus padecimientos, en la transfiguración y en la agonía. La fe mesiánica de Cesarea de Filipo, revelada por el Padre y confesada por Pedro, será secreto de los doce: «Prohibido a los discípulos decir a nadie que él era Cristo.» Y de modo parecido, la gloria celeste manifestada sobre la montaña será exclusiva de los tres hasta la resurrección del Señor: «No digáis a nadie esta visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.»

En esta economía de la revelación cristiana, hemos reconocido una disposición providencial: así se formó la Iglesia, y de esta manera fué preparándose para su misión doctrinal, confiando a sus jefes la revelación de la que ellos debían ser depositarios y dispensadores. Es un gran bien, sin duda, pero un bien sacado de un mal grande: si las revelaciones más altas fueron durante la vida del Señor reservadas al grupo de los Apóstoles, es porque las masas galileas se hicieron incapaces de comprenderlas.

Por lo demás, entre los mismos Apóstoles observamos esta indocilidad, que les impide entender hasta lo último del Evangelio. En Cesarea de Filipo, Pedro confiesa a Cristo como Hijo de Dios viviente: es una fe altísima que el mismo Jesús beatifica; pero es una fe incompleta, ya que no puede sufrir la perspectiva de la cruz. Y en esta circunstancia comienza Jesús a predecir a sus Apóstoles los sufrimientos y la muerte que le esperan, y ante semejante predicción, Pedro no puede contenerse: «No lo quiera Dios, Señor. No sucederá como dices.» Jesús le responde severísimamente: «Apártate de mí, Satanás, que me sirves de escándalo; tú no piensas como Dios, sino como los hombres.» Esta severa reprensión produce su efecto: ni Pedro ni los otros osarán ya oponerse en este punto a las predicciones de su Maestro, aunque se siente que no las pueden aceptar. Algunos días más tarde sucede la Transfiguración, y Nuestro Señor, viendo la fe de los tres Apóstoles fortificada por este milagro, se aprovecha para vaticinar de nuevo su Pasión; se callan

también, pero sin poderse resignar a esta perspectiva. Más de una vez, en los meses siguientes, les repite Cristo que ha de ser entregado, condenado, azotado y puesto en cruz; los Apóstoles se entristecen, pero apartan su espíritu y pensamiento de esta idea. Así, al llegar la catástrofe, les coge de improviso y les abate.

Este miedo a la cruz y esta incapacidad de aceptarla es uno de los rasgos que forman contraste más sorprendente entre la vida pública de Jesús y su vida gloriosa; desde las primeras páginas de los Hechos, la fe de los Apóstoles se nos presenta transformada y la cruz no es ya para ellos un escándalo, sino una luz; no un peso que les agobia, sino fuerza que les arrastra. En este misterio, más que en todos los restantes, se ve que, para convencer a los hombres, son impotentes los discursos, lo fueron los del mismo Hijo de Dios, y que sólo la gracia es eficaz.

Y son toda una serie de discursos de Cristo los que para nosotros son particularmente reveladores; tales, por ejemplo, aquellos que parecen hallar en un principio oyentes dóciles y fieles, pero que acaban por sublevarles. Se encuentran, sobre todo, en San Juan, y citaré con especialidad dos ejemplos: el discurso sobre el pan de vida, en Cafarnaún, y el sermón sobre el Padre celestial, y la libertad que promete a sus hijos, tenido en el templo, en la festividad de los Tabernáculos. El primero de estos dos discursos recordemos que fué pronunciado después de la primera multiplicación de los panes. Este milagro había provocado tal entusiasmo, que la multitud quiso tomar al Señor para hacerle rey. El segundo llega precedido de algunas conversaciones que habían arrastrado a cierto número de judíos a creer, y a ellos, anota expresamente San Juan, que se dirige Jesús en este nuevo discurso. En estos dos sermones, Cristo se esfuerza por llevar más allá a sus oyentes revelándoselos con mayor plenitud; pero esta claridad más viva les ciega y les indigna; los primeros dicen: «Duras son estas palabras, ¿quién las podrá tolerar?», y se marchan; los otros tratan a Cristo de poseso y, por fin, quieren apedrearle.

Dígase lo mismo de aquella predicación de Nazaret que San Lucas nos ha conservado: al principio, los conciudadanos de Jesús admiran los discursos de gracia que corren de sus labios y todos dan testimonio de Él; pero cuando oyen que los extraños han de serles preferidos, no sólo los de Cafarnaún, sino los paganos, se ofuscan, echan a Jesús fuera de la sinagoga y quieren precipitarlo de lo alto de la montaña.

Aun hoy día, al leer estos discursos del Señor, quedamos confusos ante esta ceguedad de los judíos: lo que les irrita son las gracias más altas de Dios:

Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él; lo mismo que mi Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá también por mí; éste es el pan del cielo; no como el pan que comieron vuestros padres, y murieron; quien come este pan, vivirá eternamente.

Si permanecéis en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os libraré. Quien comete el pecado, es esclavo del pecado, y el esclavo

no permanece siempre en la casa, el hijo sí permanece siempre; sí, pues, el Hijo os libra, seréis verdaderamente libres.

Estas palabras, ya tenemos experiencia, son espíritu y vida, y, sin embargo, sublevan a los judíos y aun a la mayoría de los discípulos. Y en el discurso de Nazaret, ¿qué otra perspectiva abre a los judíos, sino la de la conversión de los gentiles? ¿Y no era para ellos su esperanza y su grandeza? ¿No había cantado Isaías?:

Sobre ti se levanta Yavé, sobre ti aparece su gloria; las naciones caminan a tu luz, y los reyes a la claridad de tus destellos; mira en derredor tuyo y ve: todos éstos se han reunido y han llegado por ti; tus hijos vendrán de lejos y tus hijas vienen· traídas en brazos. Tú saltarás de gozo y te alegrarás, y tu corazón se apresurará y dilatará cuando las riquezas de la mar vengan a ti, cuanto a ti lleguen los tesoros de las naciones (LX, 2-5).

Pero claro, este glorioso porvenir iba a realizarse de un modo totalmente diverso del que ellos habían concebido: esperaban la conquista del mundo y sentían venírseles la ruina. La propagación del reino de Dios en el mundo no sería su exaltación, sino su ocaso, y esta inversión de papeles y expulsión de los hijos de Abrahán, de Isaac y de Jacob, a los que reemplazarían extranjeros en el convite real, era para ellos un escándalo intolerable. Pero esta disposición divina no nacía más que de sus faltas, y en ellos estaba el guardar aún su tesoro religioso, su Mesías, su Dios y su templo; nadie lo deseaba tanto como el mismo Cristo: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían, ¡cuántas veces he querido recoger a tus hijos como la gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas, y tú no lo has querido! He aquí que se os va a abandonar y a quedar vuestra casa desierta» (Mt., XXIII, 37-38; Lc., XIII, 34-35). La razón más profunda de esta ruina era precisamente esta obstinación en acaparar la herencia divina que Dios quería comunicar al mundo entero: ellos se decían hijos de Abrahán, y olvidaban que de las piedras mismas podía Dios suscitar hijos de Abrahán. Este particularismo que alza cabeza entre los judíos de Nazaret es el que también enorgullece y ciega a los de Jerusalén en el pasaje de San Juan, que recordábamos hace poco, y al querer Cristo hacer de ellos hijos de Dios y prometerles la libertad, responden con una suficiencia envidiosa: «Nosotros somos descendencia de Abrahán y no hemos servido a nadie» (VIII, 33). Es el mismo orgullo que se encabrita en Cafarnaún, desde las primeras frases del sermón sobre el pan de vida: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto» (VI, 31). Este recuerdo les exalta: ¡Moisés, el pan del cielo!, ¡he aquí sus glorias! ¿Qué les importa de Jesús y de su pan de vida? No se pueden leer estos episodios evangélicos sin recordar lo que San Pablo iba a escribir más tarde con tanto dolor:

Los hijos de Israel se han vuelto duros de entendimiento, porque hasta el día de hoy permanecen con el mismo velo sobre los ojos cuando leen el Antiguo Testamento, y siguen con ese velo porque sólo Cristo es quien lo hace desaparecer; hasta hoy, cuando leen a Moisés, tienen puesto un velo sobre sus corazones; pero si se vuelven al Señor, se les quitará ese velo; el Señor es espíritu, y donde se halla el espíritu del Señor, allí estará la libertad (II Cor., III, 14-17).

¿Y qué se necesitaba para esta conversión de los corazones? Era menester la muerte de Jesús y la gracia del Espíritu Santo. ¿No es la misma impresión que se experimenta al leer la historia del joven rico?: Viene a Cristo lleno de candor y de rectitud. Y Jesús, habiéndole mirado, le amó y le dijo: «Una cosa te falta: vende todo lo que tienes y dala a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.» Pero púsose triste al oír estas



palabras y se fué todo afligido, porque poseía muchos bienes (Mc., X, 20-22). ¡Cuántos, más adelante, dueños de grandes bienes, harán el sacrificio con alegría, por seguir a Cristo! En plena sociedad pagana, en Roma, y hasta en la misma familia imperial, se vieron desde el primer siglo del cristianismo estos ejemplos ilustres: el magistrado prefecto de Roma el año 64, cuando estalló la persecución de Nerón, hermano mayor del futuro emperador Vespasiano, hizo a su fe el sacrificio de su vida; a su hijo Flavio Clemente lo condenó a muerte por Cristo su primo Domiciano, y su mujer, Domitila, participó también en su martirio. Estas ilustres víctimas tenían, sin duda, bienes mayores que los del joven del Evangelio y no estaban, indudablemente, preparados para el llamamiento de Cristo, por una vida tan pura, ni por una observancia tan exacta de los preceptos de Dios; no tuvieron la dicha de verle siquiera, de escuchar su voz ni de sentir el influjo de su persona, y con gran ánimo diéronlo todo: las riquezas y la vida; era imposible esto para el hombre, pero no para Dios y para su gracia. No diremos, es claro, que Dios se la rehusó a este joven; dábale bastante fuerza para seguir el llamamiento que presentía, pero no este vuelo generoso que pronto arrastraría a las almas.

«Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a mí todas las cosas.» Esta frase da la clave de todo el Evangelio: no es sólo la mirada de fe que contempla en el sacrificio del Calvario la fuente de todas las gracias; es toda la historia evangélica, que nos muestra hasta aquí las almas ciegas, inertes, pesadas, y que únicamente la muerte de Cristo va a transformar. Para leernos esta lección más claramente. Jesús no ahorró nada: ejecutó obras que nadie ejecutara; habló como no hablara hombre alguno; ejerció sobre los hombres un ascendiente personal cual nadie lo tuvo semejante; prosiguió su ministerio con tal paciencia, con tal abnegación y con caridad tan a radiante y delicada que quedará para todas las generaciones de cristianos como el modelo ideal del amor; y todo esto, puede decirse, no produjo conversión alguna completa; los mismos Apóstoles no eran aún más que cristianos a medias; las turbas se encontraban vivamente impresionadas, se entusiasmaban con facilidad, pero no comprendían el Evangelio y permanecían ciegas, y cuando Cristo quiso iluminarlas más por completo, las hirió y las irritó.

San Pablo escribirá más tarde a sus fieles de Corinto:

Cuando vine a vosotros, vine anunciándoos el testimonio de Dios, no con superioridad de elocuencia o de sabiduría. Porque no tuve otro pensamiento que saber entre vosotros otra cosa que a Jesucristo, y éste crucificado... Y mi palabra y mi predicación no estuvieron apoyadas en persuasivas palabras de humana sabiduría, sino en una demostración de espíritu y virtud; para que vuestra fe no se funde sobre sabiduría de hombres, sino sobre la virtud de Dios.

Es el mismo designio providencial que reconocemos aquí: Jesús hubiera podido, sin duda, derramar en su vida gracias tan persuasivas y poderosas que sus oyentes se hubiesen convertido enteramente ; pero entonces no se hubiera discernido esta acción íntima y sobrenatural. Se hubieran atribuido tales conversiones al poder de sus milagros, a la elocuencia de sus discursos o al encanto de su persona; pero ya nadie podrá engañarse en lo sucesivo: la doctrina enseñada con tanta insistencia por el Señor sobre la necesidad de la

revelación divina y de la divina atracción, recibirá del fracaso mismo del ministerio de Jesús una confirmación decisiva.

El día de Pentecostés, ciento veinte discípulos forman toda la Iglesia, reunida en una sala. En esta misma jornada, con la primera predicación de San Pedro, se convierten tres mil hombres; algunos días después, otro sermón de Pedro gana a cinco mil (Act., IV, 4) y no son convertidos a medias estos cristianos que desde su bautismo venden cuanto poseen y lo ponen a los pies de los Apóstoles; ¡qué lejos estamos del joven rico que se aleja triste y descorazonado! Y en los mismos Apóstoles, la transformación es evidente: no han pasado dos meses desde la Pasión a Pentecostés, y estos hombres que renegaban de su Maestro vivo, le defienden muerto; citados ante el Sanedrín, condenados y azotados, se alegran de padecer por El.

Este milagro es uno de los más patentes de todo el cristianismo, y muchas veces se ha invocado justamente su evidencia.

Si nosotros lo recordamos aquí, no es para demostrar el origen divino de nuestra religión, sino para poner en luz mejor la palabra del Señor: «Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a mí todas las cosas.» El Calvario es el único fundamento del cristianismo; San Pablo se vedará la sabiduría del lenguaje para no hacer vana la cruz de Cristo (1 Cor., I, 17). Por este mismo fin, Jesús rehusó las alegrías de las conversaciones numerosas y profundas, y se reservó la gracia para su muerte. Sin duda que el trabajo realizado durante estos tres años no ha sido inútil: Jesús ha sembrado, bajo la acción de la gracia, y estas semillas germinarán; ha depositado en el corazón de sus discípulos tesoros de enseñanzas y de ejemplo, y, según su promesa, el Espíritu les recordará todo esto. El fuego de Pentecostés, cayendo sobre los Apóstoles, inflamará repentinamente todos los recuerdos amontonados día tras día en el curso de estos tres años, y de ellos saltará una llama enorme que no se extinguirá más en la Iglesia. Se puede conjeturar con grande verosimilitud que lo mismo sucedió con la mayoría de los primeros cristianos. Entre estos miles de convertidos ganados por San Pedro había, sin duda, muchos heridos ya por los discursos y los ejemplos de Cristo; pero esta impresión, estéril hasta allí, sólo fué fecunda por la sangre de la cruz y por esta fuente de agua viva que Jesús había prometido y que de aquí se derramó.

## **II.-LA REVELACIÓN DEL HIJO DE DIOS**

Lo que aquí se nos presenta es lo que San Ignacio de Antioquía proclamaba en su carta a los Romanos (III, 3): «Nada de lo que se ve es hermoso. Pero Nuestro Señor Jesucristo se manifiesta mejor después que se volvió al seno del Padre.» ¿No es lo que decía Jesús la víspera de su Pasión? «Si el grano de trigo no muere al caer en tierra, quédase solo; pero si muere lleva mucho fruto» (Jn., XII, 24); y un poco después de la Cena: «Os conviene que yo me vaya» (XVII, 7) ¿Y no se reconoce el mismo pensamiento

en San Pablo cuando exclama (II Cor., V, 16): «En adelante, ya no conoceremos a nadie según la carne; y si hemos conocido al Cristo según la carne, ya no le conocemos así?»

Si consideramos de nuevo el Evangelio a esta luz, reconoceremos que viviendo el mismo Cristo, el elemento decisivo en la revelación del Hijo de Dios no es la palabra que hiere el oído: es la voz divina que se hace oír en el alma, que la abre y la ilumina. «Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no le trajere» (Jn., VI, 44). «Bienaventurado eres tú, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado la carne y la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos» (Mt., XVI, 17). Desde hace muchos meses Pedro sigue a Jesús y le escucha, y, no obstante, el Señor no atribuye a sus discursos la revelación decisiva, sino a la gracia del Padre celestial.

Cierto que los discursos del Señor son «espíritu y vida» (Jn., VI, 63), pero no para todos. Entre los que los oyen hay quienes reconocen las palabras de vida eterna (VI, 68) y viven de ellas, y los hay que no las entienden (VIII, 37) y permanecen en sus pecados y mueren. Y dígase lo mismo de los milagros: «Las obras que yo ejecuto en nombre del Padre dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas; mis ovejas oyen mi voz» (X, 26-27).

El esfuerzo de los discípulos de Cristo debe ser, sobre todo religioso e íntimo. «Si la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cómo serán ellas!» (Mt., VI, 23); pero, al contrario: «Si tu cuerpo todo es luz sin parte alguna tenebrosa, todo él será luminoso, como cuando la lámpara te alumbrá con su centelleo» (Lc., XI, 36). Será de aquellos que obran la verdad y vienen a la luz para que aparezca que sus obras se han ejecutado en Dios» (Jn., III, 19, 21). Estos son los hijos de la luz, que penetran las palabras de Cristo y entrevén aquellas profundidades que la humilde transparencia del discurso vela a las almas soberbias.

A ello tiende el esfuerzo del Maestro, que enseña, sin duda, pero provocando en el alma el arranque y abriendo ante ella esas perspectivas misteriosas e infinitas a las que debe animosamente comprometerse. Y esto desde los comienzos de la predicación galilea; hay, dice El, algo más grande que Jonás y que Salomón, más celestial que el maná, más santo que el templo y más sagrado que el sábado. Estas breves sentencias no son sino impulsos, pero que parten de las cumbres de la historia y de la religión de Israel y que las sobrepasan. Las parábolas son cada vez más atrevidas y más veladas, dejando, por fin, aparecer al fin de los tiempos al Hijo del Hombre enviando sus ángeles, juzgando al mundo entero, y, sobre todo, presentándole como al Hijo único, Heredero del Dueño de la viña; pero estas revelaciones tan altas llegan cubiertas con símbolos, y estos símbolos son, sin duda, diáfanos para quien los contempla a la luz de Dios; pero al que los ve desde las tinieblas se le hacen opacos.

¿Cuándo aparecerá la gloria del Hijo de Dios sin estos velos? Los mismos Apóstoles lo esperan impacientes, y, sin embargo, a ellos se les «ha dado a conocer los

misterios del reino de los cielos» (Mc., IV, 11); después de la Cena, con las declaraciones más explícitas del Maestro, exclaman llenos de gozo: «Ahora nos hablas claramente y no dices proverbio alguno» (Jn., XVI, 29). Este deseo es bien excusable, pero esta alegría es prematura. Jesús acaba de decirles: «La hora ha llegado en que yo no hablaré más en parábolas» (ibid., 25); este momento está cerca, mas no ha llegado aún, y será necesaria la venida del Espíritu Santo para esclarecer las palabras de Cristo (Jn., XIV, 26).

Y lo que es todavía más sorprendente y nos hace comprender mejor la insondable profundidad de Cristo es que sus palabras son misteriosas para su misma Madre: el evangelio de San Lucas, todo lleno de recuerdos de María, lo verifica refiriéndonos la escena del templo: «María y José no comprendieron lo que Jesús les dijo» (II, 50); y en dos ocasiones nos presenta el evangelista a Nuestra Señora «conservando todas las palabras de su Hijo y meditándolas en su corazón». En el curso de estas meditaciones, el Espíritu Santo ilumina las palabras del Señor y se las revela; la intuición que comunica a Nuestra Señora es incomparablemente más profunda que la concedida a los Apóstoles; pero la fuente divina es la misma, la fe, y tiende a la misma eterna visión.

Uno de los Padres que ha comprendido mejor y más profundamente el Evangelio, San Ireneo, escribía: «Si aun en este mundo creado hay cosas que Dios se reserva, y otras que puede comprender nuestra ciencia, es sorprendente que, entre las cuestiones que la Escritura provoca, aunque toda la Escritura es espiritual, las hay que podemos resolverlas con la gracia de Dios; pero ¿no contiene otras que están reservadas a Dios, no solamente en este mundo, pero aun en el futuro, para que Dios tenga siempre qué enseñar y el hombre siempre qué aprender de Dios?»

Dios es el Maestro y el hombre el discípulo: relación esencial que nada, ni aun la misma bienaventuranza celestial, ha de destruir: los espíritus orgullosos quisieran sacudir esta tutela, mas los hijos de Dios se complacen en ella y la quieren como dependencia que les une al Padre y que les tiene colgados de su vida. Su ambición no es sondear el misterio de Cristo, sino comprender que es, en efecto, insondable para entender con el Apóstol, «con todos los santos, cuál es su largura, su anchura y su profundidad» (Eph., III, 18), y para reconocer que es inmenso e inconmensurable respecto de los grandes de aquí abajo.

Y como conclusión de este libro, tratemos de contemplar otra vez más este misterio del Hijo de Dios; es la lección del Evangelio y toda la vida del cristiano.

«Quien me ve a mí, ve al Padre»; esta frase, dicha por Jesús a sus Apóstoles el último día, nos pone en el camino que hemos de seguir. La unión del Hijo de Dios con su Padre es el misterio de Cristo. Hacia el Padre está orientada toda la vida de Jesús, a Él nos arrastra, y este murmullo de agua viva que escuchaba San Ignacio de Antioquía diciéndole en el fondo del corazón: «¡Ven al Padre!», lo oye el alma cristiana como un eco en todo el Evangelio.

Desde la infancia de Cristo, este misterio se presenta primeramente a María y a José: «Hijo mío, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos con dolor. -¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre? Y ellos no comprendieron lo que les decía» (Lc., II, 49-50). Ciertamente que la Virgen y San José sabían que no tenía más que un Padre; pero no se daban cuenta aún hasta qué punto su vida humana pertenecía al Padre celestial y estaba toda entera, no sólo consagrada a su servicio, sino puesta en sus manos. En la oscuridad de los primeros años, este plan divino aparece velado; pero poco a poco va manifestándose; ninguna vida humana ha estado tan pendiente de la voluntad divina como aquella; marchaba al término fijado por el Padre, la cruz, y Cristo, que sabe la hora, no querrá ni adelantarla ni retrasarla; y todo este largo camino no tendrá más que una ley: «Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn., VIII, 29) : «Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió» (Jn., IV, 34).

No es sólo obediencia y docilidad: es comunidad de vida. Nada pertenece tanto a un hombre como las obras que ejecuta y la doctrina que enseña; las obras de Jesús son las del Padre celestial, y lo mismo su doctrina: «Mi doctrina no es mía, sino del que me envió» (Jn., VII, 16-17). Y esto no se ha de interpretar como en los profetas, de una revelación comunicada por Dios y recibida por el hombre, sino de una ciencia divina, eterna, de la que el Hijo de Dios gozaba antes de su encarnación: «Lo que he visto en mi Padre, eso os hablo» (VIII, 38; cf. XV, 15).

Esta teología que nos revelan, sobre todo los discursos referidos por San Juan, nos permite comprender de dónde vienen a las palabras de Jesús este acento único: «Ningún hombre habló jamás como habló este hombre» (Jn., VII, 46). Entre los profetas y los Apóstoles, los que se acercaron más a los misterios divinos, sentíanse agobiados y su voz temblaba al hablar. Isaías: «¡Desdichado de mí, perdido soy! Porque soy un hombre de labios impuros, y mis ojos han visto al Rey Yavé de los ejércitos» (Is., VI, 5). Jeremías: «Me sedujiste, tú, Yavé, y fui seducido; me cogiste, y fui vencido... Yo decía: no haré más mención de él, no hablaré más en su nombre. Esto fué en mi corazón como un fuego devorador metido en mis huesos. Me esforzaba por contenerle y no he podido» (Jer., XX, sgg.) ; San Pablo: «Yo sé de un hombre en Cristo que catorce años atrás-si con el cuerpo o fuera de él yo no lo sé, Dios lo sabe-fué arrebatado hasta el tercer cielo; y sé de tal hombre-si en cuerpo o fuera del cuerpo yo no lo sé, Dios lo sabe-que fué arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables que no es dado al hombre expresar» (II Cor., XII, 2-4).

Estos balbuceos de los hombres oprimidos por la emoción son un homenaje a este esplendor celestial que les deslumbra. En Jesús no hay nada de asombros; las más altas verdades no caen en su alma como un torrente en el valle, la llenan como el manantial a un lago, sin turbar ni con un rizo su transparencia. «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre nadie le conoce sino el Hijo y a quien el Hijo quiere revelárselo» (Mt., XI, 27). «Nadie ha visto a Dios; el Dios Hijo único que está en el seno del Padre, éste le ha dado a conocer» (Jn., I, 18). «Nadie ha visto al Padre sino aquel que es Dios, éste ha visto al

Padre» (Jn., VI, 46).

Esta claridad divina es natural al Hijo de Dios; por ella su vida humana está toda iluminada y de ella proviene a su enseñanza ese resplandor celeste que ninguna otra palabra humana poseyó jamás.

Las realidades divinas aparecen aquí con un relieve que ningún otro hombre ha sabido darle: «Ninguno es bueno sino sólo Dios» (Mc., X, 18). «No llaméis a nadie Padre sobre la tierra, porque sólo tenéis un Padre: el Padre celestial; y no os hagáis llamar maestros, porque vuestro Maestro es uno: Cristo» (Mt., XXIII, 9). «Buscad primero el reino y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (VI, 33). Todo esto dicho, no en el fervor de un acceso de entusiasmo, sino en esta constante serenidad en que Cristo vive. No está ciego para las cosas de este suelo; las ve, las ama y quiere a las almas puras, a los pecadores convertidos, a los pobres que sufren persecución, a las ovejas sin pastor, a los niños y hasta a los lirios del campo; pero lo ve todo esto envuelto en una claridad divina, y lo ama en Dios. No se hace ilusión: «El sabe lo que hay en el hombre», en el que reconoce este reflejo divino que le ennoblece, y le ama.

Y lo que más le hiere entre todas las humanas miserias y todas esas manchas que le cercan es la obcecación de los hombres. ¡Oh, raza incrédula y perversa!, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os toleraré? (Mt., XVII, 17). El, que vive en la luz, o mejor, El, que es la luz, no puede comprender esta locura de los pecadores que «aman más las tinieblas que la luz, porque sus obras son malas».

Este divino resplandor que ilumina toda la doctrina de Cristo aparece particularmente en ciertos rasgos donde se revela el mundo o Él le ve. Las controversias morales o religiosas las ventila Jesús lo más frecuentemente, manteniéndose, no en el nivel de las humanas disensiones, sino elevándose de golpe hasta Dios. A las vanas argucias de los saduceos contra la resurrección, responde: «No es Dios, Dios de muertos, sino de vivos» (Mt., XXII, 32); a los razonamientos de los fariseos sobre el divorcio: «Lo que Dios unió, no lo separe el hombre» (Ib., XIX, 6); si trata de imponer el respeto a las almas de los niños: «Yo os digo, sus ángeles en el cielo ven sin cesar el rostro de mi Padre que está en el cielo» (Ib., XVIII, 10); si quiere hacer esperar el perdón al pecador, le enseña el cielo regocijándose de su conversión (Lc., XV, 7-10), y si desea, en fin, inspirar confianza a los que oran, les dice: «Yo no os digo que rogaré por vosotros al Padre, porque el mismo Padre os ama» (Jn., XVI, 27). Ninguna palabra tan sencilla ni que penetre tanto en nuestra alma; el Hijo nos revela el secreto del Padre.

Si intentamos concentrar en un foco estas claridades esparcidas por las enseñanzas de Cristo, se nos presenta infinita la distancia entre este Maestro único y todos los maestros de aquí abajo; es la distancia de la tierra al cielo: «Vosotros sois de la tierra, yo soy de allá arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo» (Jn., VIII, 23). «El que es de

la tierra, de cosas terrenales habla; el que viene del cielo, está por encima de todas las cosas, y lo que ha visto lo asegura» (Jn., III, 31-32). Y si dirigimos nuestras miradas a este Hijo de Dios vemos que toda su vida está en su Padre. Viene del Padre toda entera, y nada en absoluto tiende a Él. Esta unidad misteriosa, que sobrepasa infinitamente todas las revelaciones de aquí abajo, Jesús nos la revela: «El Padre y yo somos una sola cosa» (Jn., X, 30). Es imposible conocer al Hijo sin comprender a la vez al Padre; es lo que Nuestro Señor dice a San Felipe el último día de su vida: «Pero llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y no me conocéis todavía, Felipe? Quien me ve, ve al Padre» (Jn., XIV, 9). Ya había dicho a los judíos: «Vosotros no conocéis ni a mi Padre ni a mí; si me conocierais, conoceríais también a mi Padre» (Ib., VIII, 19).

Y aquí está el porqué sólo el Hijo puede revelar al Padre (Mt., XI, 27; Jn., I, 18) y sólo el Padre puede conducir al Hijo (Jn., VI, 44). El Padre y el Hijo abrázase el uno al otro en un conocimiento perfecto, que les es natural, y del cual hacen ellos participar por gracia y en la medida que quieren a los que les place. Los discursos de la Cena completan esta teología, haciendo aparecer junto al Padre y al Hijo al Espíritu Santo, testigo también del misterio celestial e iluminador de las almas. Y a esta inefable unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se convida a todos los cristianos, y este don gratuito de Dios les permite aplicarse, como hijos de Dios, lo que el Hijo decía de sí propio: no son de la tierra, sino del cielo; no son del mundo, mas de Dios (I Jn., IV, 5); ellos viven también y por esto ven: «El mundo no me verá más; pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis» (Jn., XIV, 19).

### **III.-JESÚS, VIDA NUESTRA**

Es necesario vivir de Dios para verle; pero es claro que no se puede vivir sin verle: «No se posee la vida más que participando de Dios, y esto es conocerle... La vida del hombre es la vista de Dios.» *Vita hominis, visio Dei*. Jesús es la verdad y la Vida. Todo el linaje humano vive de Él; en lo pasado, todas las profecías y revelaciones tendían hacia El; por El suspiraban todos los deseos de los hombres: «¡Qué de reyes y profetas quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron!» Y ahora los discípulos lo contemplan: ¡bienaventurados ellos! Durante siglos, los hombres han estado repitiendo la plegaria suplicante del salmista: «Di a mi alma: yo soy tu Salvador.» Y oyen ahora la respuesta llena de bondad, tan humana a la vez y tan divina: «Venid a mí todos los que sufrís, y yo os aliviaré.»

Como un enfermo en una noche de fiebre distingue mal los rasgos de su padre y oye su voz sin reconocerle, así el pueblo judío había sentido con frecuencia a Dios próximo y habíase conmovido con su acento. Ahora le contempla ya, y en esta misericordia y amor a los hombres que en El aparecen pueden reconocer los trazos columbrados en otro tiempo. El Dios de la zarza ardiente, el Dios de la nube, era El; El es a quien contempló Abrahán y se estremeció de gozo; El, a quien vió Isaías en el templo; El, el que tantos símbolos hacían presentir: la Roca, la Serpiente y el Pastor.

Y a los que le escuchan, con tanta frecuencia inconscientes, recuérdales Jesús con discreción estas apariciones y estos símbolos, con los que el Padre le revela. El que ha enviado a su pueblo después de tantos profetas rechazados o muertos, es el objeto supremo de su amor, su Hijo único: «Escuchadle.» Y a cada cristiano repite idéntica palabra: «He aquí mi Hijo muy amado, toda mi sabiduría y todo mi amor. Escúchale.» «Si te tengo ya hablado todas las cosas en mi palabra, que es mi Hijo, y no tengo ahora otra que te pueda revelar o responder que sea más que eso, pon los ojos sólo en él, porque en él lo tengo puesto todo y dicho y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas. Porque tú pides locución, o revelación, o visión en parte, y si pones en él los ojos, lo hallarás en todo; porque él es toda mi locución y respuesta, y es toda mi visión y toda mi revelación, la cual os he ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándooslo por hermano, maestro, compañero, precio y premio».

El cristiano que ha comprendido esta revelación del Padre no puede soñar en otro maestro; el que debía venir, vino, y no debemos oír a otro. El día de la tentación, si Jesús pregunta: «¿Tú también quieres dejarme?», todo cristiano le responderá, con San Pedro: «¿A quién iré? Tú tienes palabras de vida eterna.»

Las exigencias de Cristo podrían parecer extremas a quien las oía por primera vez: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí... Vosotros no tenéis más que un Maestro: Cristo»; pero éstas son las mismas exigencias de la vida, y todos aquellos en los que ha prendido esta vida no pueden comprender siquiera que pueda preferirse otra cosa al amor de Cristo.

Y poco a poco esta vida invade el alma como el fermento hace levantar la masa, y elevada hacia Dios cada día, más cerca y más urgentemente, la contemplación se hace más ardorosa, el amor más radiante y el alma se transforma; y Cristo, «Yéndola mirando -con sola su figura-, vestida la dejó de hermosura», hasta venir a decir con San Pablo: «Ya no yo, es Cristo el que vive en mí.»

Término entrevisto aquí abajo y plenamente logrado en el cielo; cuando le conozcamos como nos conocemos y cuando le veamos tal cual es, nos transformaremos plenamente en Él, y esto será la vida eterna. *Haec est vita aeterna, ut cognoscant te, solum verum Deum, et quem misisti Jesum Christum.*

## **Table of Contents**

JULIO LEBRETON

Sinopsis

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION ESPAÑOLA

I.-ORIGEN, FIN Y CARÁCTER DE LA OBRA II.-SUS VALORES HISTÓRICOS Y



RELIGIOSOS III.-LA MANERA DEL PADRE LEBRETON      INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

I.-CARÁCTER Y FUENTES DE LOS RELATOS EVANGÉLICOS II.-LOS MENSAJES DEL ÁNGEL Y LA VISITACIÓN III.-EL NACIMIENTO IV.-LA INFANCIA DE JESÚS

CAPÍTULO II

I.-JUAN BAUTISTA II.-EL BAUTISMO DE JESÚS III.-LA TENTACIÓN IV.-LA VUELTA AL JORDAN. TESTIMONIOS DE JUAN BAUTISTA. LOS PRIMEROS DISCÍPULOS.      CAPÍTULO III

I.-LA EXPULSIÓN DE LOS VENDEDORES DEL TEMPLO II.-NICODEMO III.-JESÚS EN JUDEA IV.-LA SAMARITANA      CAPÍTULO IV

I.-DESENVOLVIMIENTO DEL MINISTERIO DE JESÚS. LA GALILEA II.-LA PREDICACIÓN DEL REINO DE DIOS III.-LA VOCACIÓN DE LOS

APÓSTOLES IV.-LA PREDICACIÓN EN LAS SINAGOGAS V.-CAFARNAÚN VI.-CONFLICTOS CON LOS FARISEOS VII.-LA ELECCIÓN DE LOS APÓSTOLES      CAPÍTULO V

I.-EL SERMÓN. SU IMPORTANCIA Y SU INTERPRETACIÓN II.- LAS BIENAVENTURANZAS III.-LA LEY ANTIGUA Y LA LEY NUEVA IV.-LA RELIGIÓN INTERIOR V.-LA PREOCUPACIÓN ÚNICA DEL CRISTIANO VI.-CONCLUSIÓN

CAPÍTULO VI

I.-EL CENTURIÓN DE CAFARNAÚN. LA VIUDA DE NAÍN II.-LA EMBAJADA DE SAN JUAN BAUTISTA III.-LA PECADORA IV.-LOS PARIENTES DE JESÚS. LOS FARISEOS      CAPÍTULO VII

I.-EL FIN DE LAS PARÁBOLAS II.- LAS PARÁBOLAS      CAPÍTULO VIII  
I.-LA TEMPESTAD II.-EL ENDEMONIADO III.-LA HEMORROÍSA Y LA HIJA DE JAIRO IV.- NAZARET Y LAS CIUDADES DEL LAGO V.-LA MISIÓN DE LOS APÓSTOLES VI.-LA MUERTE DE SAN JUAN BAUTISTA VII.-LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES. CRISTO ANDA SOBRE LAS AGUAS VIII.-EL PAN DE VIDA IX.-GENESARET. DISCUSIÓN CON LOS FARISEOS DE CAFARNAÚN

CAPÍTULO IX

I.-LA PISCINA DE BEZATHA II.-LA CANANEA III.-LA SEGUNDA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES IV.-LA CONFESIÓN DE SAN PEDRO V.-LA TRANSFIGURACIÓN VI.-JESÚS EN MEDIO DE SUS DISCÍPULOS. LA IGLESIA

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

I.-EL VIAJE POR LA JUDEA II.-LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS III.-LA MUJER ADÚLTERA (Jn., VII, 53; VIII, 11) IV.- JESÚS, LUZ DEL MUNDO (VIII, 12-20) V.-EL CIEGO DE NACIMIENTO VI.-EL BUEN PASTOR (X, 1-21)

CAPÍTULO II

I.- A TRAVÉS DE LA SAMARIA. LOS DISCÍPULOS II.-CONDICIONES PARA SERVIR A CRISTO III.-EL BUEN SAMARITANO IV.-MARTA y MARÍA V.- LA ORACIÓN VI.-LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA VII.- EL MAYORDOMO INFIEL (Lc., XVI, 1-9) VIII.-EL RICO MALVADO (Lc., XVI, 19-30) IX.-EL JOVEN RICO      CAPÍTULO III

I.-LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN II.-JESÚS EN PEREA      CAPÍTULO IV

I.-LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO II.EL ÚLTIMO VIAJE A JERUSALÉN. LOS HIJOS DEL ZEBEDEO III.-JESÚS EN JERICÓ      CAPÍTULO V

I.-LA UNCIÓN EN BETANIAII.-LA TRAICIÓN DE JUDASIII.-LA ENTRADA TRIUNFALIV.-LA HIGUERA SECAV.-JESÚS EN EL TEMPLOVI.-JESÚS Y LOS FARISEOSVII-LA CONSUMACIÓN DEL SIGLO Y LA PARUSÍA      CAPÍTULO VI  
I.-FECHA DE LA CENAII.-LOS PREPARATIVOS DE LA CENA. EL LAVATORIO DE LOS PIESIII.-LA CENAIV.-EL DISCURSO DE DESPUÉS DE LA CENAV.-LA VIDA VERDADERAVI.-LA ORACIÓN DEL HIJO DE DIOS      CAPÍTULO VII  
I.-LA AGONÍAII.-EL PRENDIMIENTOIII.-EL PROCESO JUDÍOIV.-EL PROCESO ROMANO: PILATOV.-JESÚS ANTE HERODESVI.-JESÚS DELANTE DE PILATOVII-LA SENTENCIA: CRUCIFIXIÓN Y MUERTE      CAPÍTULO VIII  
I.-LA RESURRECCIÓN EN LA CATEQUESIS APOSTÓLICAII.-LA SEPULTURA. LA TUMBA VACÍA. LAS APARICIONES DE JERUSALÉN Y DE EMAÚSIII.-LAS APARICIONES EN GALILEAIV.-LA ASCENSIÓN      EPÍLOGO  
I.-LA FE Y LA INCREDULIDAD. LA GRACIA DEL CALVARIOII.-LA REVELACIÓN DEL HIJO DE DIOSIII.-JESÚS, VIDA NUESTRA

